MANUEL GALVEZ

VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO

SEGUNDA EDICION

EDITORIAL DIFUSION, S. A



TUCUMAN 1859

BUENOS AIRES

Justificación de la tirada.

Nº)04983

VIDA DE DON
GABRIEL GARCIA MORENO

LIBROS DE MANUEL GALVEZ

POESIA

El enigma interior (agotado)
Sendero de humildad (agotado)

CRITICA, ENSAYOS E IDEOLOGIA

El diario de Gabriel Quiroga (agotado)
El solar de la raza (11.500)
La vida múltiple (agotado)
El espíritu de aristocracia y otros ensayos
Este pueblo necesita... (5.000)
La Argentina en nuestros libros (3.000)

SOCIOLOGIA

La inseguridad de la vida obrera (agotado)

NOVELA

La maestra normal (26.000)
El mal metafísico (11.500)
La sombra del convento (13.000)
Nacha Regules (40.000)
Luna de miel y otras narraciones (agotado)
La tragedia de un hombre fuerte (8.000)
Historia de arrabal (8.000)
El cántico espiritual (agotado)
La Pampa y su pasión (8.500)
Una mujer muy moderna (agotada)
Miércoles Santo (5.500)
Los caminos de la muerte (14.000)
Humaitá (13.000)
Jornadas de agonía (11.000)
El gaucho de "Los Cerrillos" (5.000)
El general Quiroga (5.000)
Cautiverio (5.000)
La noche toca a su fin... (3.000)
Hombres en soledad (15.000)

BIOGRAFIA

Fray Mamerto Esquiú (agotado)
Hipólito Irigoyen (15.000)
Juan Manuel de Rosas (10.000)

TEATRO

Nacha Regules
El hombre de los ojos azules

ANTOLOGIA

Los mejores cuentos (agotado)

Dedico este libro a dos ecuatorianos tan distinguidos como de diferente posición política y a quienes les une la admiración a García Moreno:

AL DOCTOR JOSE MARIA VELASCO IBARRA

ex presidente del Ecuador y fervoroso liberal, que me dió la idea de escribirlo, me alentó con entusiasmo para que lo llevara a cabo y me auxilió con sus opiniones interesantes y algunos libros que pudo proporcionarme en su destierro;

Y AL DOCTOR JULIO TOBAR DONOSO

conservador y católico, actual ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, a quien debo no sólo el envío de muchas obras esenciales para mi trabajo y de un buen número de cartas privadas del prócer, sino principalmente la valiosa y exacta información de sus propios notables libros, realizados con alto e imparcial criterio histórico.

PROLOGO

La vida de don Gabriel García Moreno constituye, sobre todo por su terrible final, el más apasionante drama que haya ocurrido en América. Esto ya es bastante para tentar a un escritor. Pero García Moreno fué también un hombre genial, en el sentido más estricto del término, y poseía un carácter sobrehumano y una cultura profunda en diversas ramas de la ciencia. Si por el talento algunos pocos gobernantes de América están a su misma altura, ninguno se le acerca por su saber. En la universalidad de los conocimientos sólo un gran hombre de América puede comparársele: don Francisco de Miranda.

García Moreno es también uno de los hombres más famosos entre los hispanoamericanos. En todos los países civilizados de la tierra, en los colegios de los jesuítas y en los de alguna otra orden religiosa, se lee a los alumnos, durante las horas del refectorio, la vida del prócer ecuatoriano. Generalmente se les lee en el idioma nativo, y, si no está traducida a ese idioma, en francés. Así ocurría en Beirut, donde, por no haber sido vertida al árabe, los niños libanenses la oían en la lengua de Bossuet y de Víctor Hugo. Y hasta es frecuente en los colegios jesuíticos que, en la fiesta de los premios, los alumnos representen cierto drama sobre la muerte de García Moreno.

Pero yo no he escrito este libro solamente porque me haya fascinado la grandeza del personaje y su celebridad mundial. Sin negar la posibilidad de una influencia subconciente, ya que, siendo un niño de doce y trece años, oí en el colegio del Salvador, de Buenos Aires, leer la vida de García Moreno, puedo afirmar que me han guiado dos propósitos, que acaso no son sino

uno solo. Hasta hace pocos años, mi curiosidad e interés por cuanto atañe a la literatura, la historia y la política se dirigió, después de lo argentino, claro está, hacia lo europeo y sólo en insignificante dosis hacia lo hispano-americano. Hay en mí, en estas horas, algo que es como una especie de arrepentimiento por mi pasión europea, y por eso quiero ahora interpretar a algunos grandes hombres de pueblos hermanos — García Moreno, Miranda, Bolívar — dejando a un lado a eminentes figuras argentinas que me interesaban: Mitre, con su amor por el libro en medio de la semibarbarie en que le tocó vivir; Juan Facundo Quiroga, el caudillo genial, al que he evocado en una de mis novelas; Urquiza, cuyo final es no menos dramático que el de García Moreno; Monteagudo, tan interesante como ignorado. Creo también, aparte de mi situación personal —y éste sería el segundo motivo que me mueve a ocuparme de un personaje no argentino— que ha llegado el momento de que los pueblos de Hispano América nos conozcamos los unos a los otros. Ahora que los hombres de Europa, esos locos, no piensan sino en matarse por hegemonías económicas y políticas, nosotros, los hispanoamericanos, debemos acercarnos y para eso nada mejor que el mutuo conocimiento de nuestros grandes hombres. Pero, entiéndase, debemos conocer a nuestros grandes hombres como hombres, no como estatuas; debemos conocerlos con sus virtudes y sus defectos. Y comprendiéndonos y queriéndonos, acaso podamos los hijos de Hispano América, de la América "que aun reza a Jesucristo y aun habla en español", que dijo Rubén Darío, defendernos contra todos los enemigos: los de la imperialista Europa y los de la imperialista América anglo-sajona.

• • •

En el Ecuador no se ha escrito hasta el presente ninguna biografía completa de don Gabriel García Moreno. Pero se han escrito muchas en el extranjero. En 1887 apareció la obra en dos volúmenes del padre redentorista Alfonso Berthe, titulada García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano. *Este libro, que causó sensación en el mundo civilizado, y cuyas ediciones en francés sobrepasan de los sesenta mil ejemplares, ha tenido numerosos imitadores. En Francia, en España, en Italia, en Alemania, en el Brasil se han publicado reducciones de ese libro. Hay varias en francés. La*

traducción española de la obra de Berthe y las adaptaciones que de ella se han hecho en nuestro idioma, editadas algunas por los padres Salesianos, han logrado tiradas asombrosas.

Desde que empecé a documentarme para mi libro, he tenido noticia de otras cuatro biografías sobre García Moreno. Una, la prepara en el Ecuador un escritor distinguido. Otra, obra de un chileno, aun permanece inédita. La tercera, del norteamericano Richard Pattee, de la que por amabilidad del autor conozco algunos capítulos, es muy seria y documentada y se está imprimiendo en Quito. Y la última, muy injusta para García Moreno, apareció hace seis años en La Habana y es su autor el profesor Roberto Agramonte.

El libro de Berthe es, en cierto sentido, una obra maestra. No puede pedirse una composición más perfecta. Son muy notables su arquitectura y su plan, y la distribución de su material produce el efecto de lo acabado. Su prosa, suelta, fluyente, clara, hace agradable la lectura. Pero es lástima que todo esté contado por lo largo, sin la menor preocupación de síntesis. No es éste, sin embargo, su mayor defecto, sino la incomprensión de la política ecuatoriana y el desconocimiento del país. Como buen francés, Berthe no ha podido comprender al Ecuador ni a sus hombres. Imagina la política de este país como si fuera la de Francia. Ve en el Ecuador, desde los días iniciales de su Independencia, luchando la Revolución y la Contrarrevolución, ambas con mayúscula. Con la Revolución, hija de los principios del 89, están, según Berthe, los liberales y los masones, y García Moreno es el jefe de la Contrarrevolución. Nada de esto es exacto. Los grupos políticos ecuatorianos, que ni siquiera pueden ser llamados "partidos" hasta la segunda presidencia de García Moreno, carecen de toda ideología y tanto en los gobiernos como en las oposiciones se mezclan los conservadores, los católicos y los liberales. García Moreno ha formado en filas en las que actúan muchos liberales conocidos. Ha sido partidario de tal cual liberal o masón, y en 1860, siendo Jefe Supremo, y teniendo treinta y ocho años, propone como presidente de la República a un famoso liberal, sindicado también de francmasón. Sólo en los últimos años de su vida llega a ser García Moreno un auténtico contrarrevolucionario. Y con esta incomprensión perjudica a Berthe su parcialidad: no solamente pinta perfecto a su héroe, callando o paliando sus errores y defectos, sino que considera a todos sus enemigos,

muchos de los cuales son hombres respetables, como bandas de ladrones y de foragidos.

* * *

De este mismo defecto de excesiva parcialidad, pero con criterio opuesto al de Berthe, peca el profesor Agramonte. Para él García Moreno acumula todas las infamias, defectos y crímenes de que es capaz un hombre. El señor Agramonte ha creído a pie juntillas, con ingenuidad bastante frecuente en los profesores, que ven la vida a través de los libros y no en la realidad, todo cuanto quiso hacerle creer Roberto Andrade, enemigo feroz de García Moreno hasta el punto de asesinarlo y que necesitaba justificar su crimen cargando de delitos a su víctima.

Además, el señor Agramonte es psiquiatra. Ya sabemos lo que es la Psiquiatría aplicada a la literatura y a la historia. Para el doctor Max Nordau, psiquiatra de principios de este siglo, Tolstoi era un imbécil, Wagner un degenerado y Nietzsche un demente. Agramonte considera al padre de García Moreno, por haber dejado su pueblo castellano para vivir en Cádiz y de allí ir a un lugar del Perú y luego a Guayaquil, como un "poriómano", vale decir, como un enfermo de manía ambulatoria; de acuerdo con lo cual, las americanos que hemos ido a Europa varias veces, seríamos locos furiosos. A García Moreno, porque dijo una vez que para afianzar su sistema necesitaba gobernar veinticinco años más, le aplica este rótulo: "locura cesarista". Sus descensos al volcán el Pichincha y sus grandes obras de progreso material "son de origen megalománico". El haber desterrado a varias mujeres, le parece una prueba de "sadismo psicológico". Porque canta en las ceremonias religiosas — recomiendo esto a los creyentes que, los domingos, cantan en las misas de los padres benedictinos — le clasifica de "melómano". Porque una vez, en el campo, ve que una mujer se baña desnuda en el estanque de la hacienda en que se aloja, y, en su irritación púdica, empuja al agua a la compañera de la otra, que sin duda está por imitarla, el profesor diagnostica: "satiriasis". El querer que sus gobernados no robaran, ni jugaran, ni se emborracharan, es también una enfermedad para el señor Agramonte: la "manía moralizante", propia de un esquizoide. Hay un lugar común, viejo desde Adán, según el cual el ser humano es desagradecido y olvida los bienes que le hacen, y en esta "idea", como la llama Agramonte, que

todos hemos expresado alguna vez, y que García Moreno manifiesta en una carta, ve el profesor un "sentido delirante y paranoico" . . .

El señor Agramonte, que seguramente es médico, carece de lógica. Así, atribuye a "megalomanía" el que García Moreno, como abogado, defendiera a un cliente, un sacerdote, contra un personaje tan importante como el Arzobispo. De la afición del estudiante García Moreno a las Ciencias Exactas y en especial a las multiplicaciones — en realidad, no era que tuviese afición por las multiplicaciones sino facilidad para realizarlas rápidamente — deduce el señor Agramonte el "sadismo" de su biografiado. ¿No se cree? Transcribiré sus palabras textuales: "Le cautivaban las Ciencas Exactas, y se dice que sentía afición especial por las multiplicaciones. De ahí el sadismo y el patíbulo". Al leer ésto, uno pregunta quién es el loco...

Su ignorancia en cuanto se relaciona con la Religión Católica alcanza a lo pasmoso. Por haber hablado García Moreno de un sacerdote sucio y mal oliente le considera como ateo. El llevar escapularios y medallas es prueba de "fetichismo". Confunde el respeto a los sacerdotes con la fe en el dogma, como se ha visto, y al pecado con el descreimiento en el dogma. Supone que García Moreno, por haber perjurado aceptando el poder cuando juró que no lo tomaría por segunda vez, no es católico. Con la lógica del señor Agramonte, San Agustín, por ejemplo, no habría sido católico, pues antes de ser santo incurrió en pecados mucho más grandes que el del perjurio.

La parcialidad del señor Agramonte se manifiesta al hablar de Juan Montalvo, el gran escritor y enemigo de García Moreno. El hombre que abandonó a su hija y que vivió su vida entera de los "préstamos" nunca devueltos que hacía a sus amigos, de muchos de los cuales dijo después las mayores perrerías, es considerado por él como "un hombre puro", y de "moral rectilínea". Y sus viajes a Europa y por varios países de América no parecen ser poriomaníacos como los de García Moreno...

También ignora el profesor que monjes y clérigos son distinta cosa: al comentar una frase de García Moreno en que menta "la disciplina monástica", el erudito profesor dice que García Moreno habla de la "sumisión cadavérica de los clérigos". Y en fin, sus ignorancias no son solamente en materia de religión, pues por ahí, al comparar a García Moreno con Calvino, llama al hereje

"el fanático genovés", de lo cual se deduce que para el señor Agramonte la ciudad suiza Génève, Ginebra en español, patria de Calvino, es la italiana Génova...

La difusión que ha tenido en América el libelo psiquiátrico del profesor cubano, presentado en una hermosa edición y reproducido, en parte, por ciertos pasquines enemigos del orden y de la verdad, me ha obligado a prestarle una desmesurada atención.

• • •

No ha habido en el Ecuador un hombre tan discutido como García Moreno. Su caso se parece al de don Juan Manuel de Rosas y más aun al de Hipólito Yrigoyen. Atacado implacablemente por unos y defendido exaltadamente por otros, García Moreno tuvo, como Yrigoyen, un partido político que convirtió su nombre en bandera. A Rosas le faltó esa suerte. Así como a Yrigoyen, denigrado por tanta gente, el Partido Radical le salvó del ostracismo, a García Moreno le salvó el Partido Conservador ecuatoriano. No es que él lo fundara, como se cree. Estaba por encima de las divisiones partidistas. Pero en sus escritos y en su obra de gobernante creó orientaciones que el conservadorismo recogió e hizo suyas.

Como a Yrigoyen, a García Moreno beneficiáronle los gobiernos que le siguieron. Tiranuelos y malos gobernantes hicieron que el Ecuador lamentase su ausencia. Sus antiguos enemigos, como se verá oportunamente en este libro, le elogiaron por algún concepto y renunciaron a su enojo. Si el Ecuador no ha reconocido enteramente su grandeza, tampoco se la ha negado del todo. Su nombre no ha estado en el ostracismo sino por breve tiempo. En el Ecuador hay carreteras, establecimientos públicos y calles que llevan su nombre. Pero cuando iba pasando el rencor de los liberales apareció el libro de Berthe. Mucha gente se exasperó con este libro en que se trataba con injusticia a los enemigos del gran hombre y se callaban o paliaban sus erorres y sus defectos, algunos de los cuales fueron harto graves.

Reavivado el viejo encono, los católicos ecuatorianos, haciendo suyo el criterio de Berthe, hablaron con tanta exageración de su héroe que le atrajeron no pocas antipatías. Pero todo pasó, y llegó la celebración del centenario de su nacimiento, en 1921. Era un excelente oportunidad para que todos los ecuatorianos

se uniesen en el recuerdo admirativo del gran civilizador que fué García Moreno. Por desgracia, no ocurrió enteramente así.

Pero es indudable que hoy, en 1941, el concepto que tiene el Ecuador del más ilustre de sus hijos le es favorable. Sus errores han sido perdonados o explicados o comprendidos. Basta para demostrarlo el hecho de que haya sido un descollante miembro del liberalismo quien me haya dado la idea de escribir este libro y me haya estimulado en muchas cartas, en las que nunca deja de manifestar su fervorosa admiración hacia el gran presidente.

La opinión extranjera ha contribuído no poco a que el Ecuador reconozca el genio y la admirable obra de García Moreno. Menéndez y Pelayo, Luis Veuillot, monseñor Baudrillart, Carlos Octavio Bunge, Rufino Blanco Fombona — para citar hombres de diversos países — y otros escritores no menos responsables, han alabado a García Moreno en muchos de sus aspectos. Uno de los más autorizados espíritus que le juzgaron, Francisco García Calderón, que a su talento crítico, a su serenidad y capacidad de comprensión y a su conocimiento de los hombres y de la Historia añade la circunstancia de ser peruano, vale decir, ciudadano de un país que tuvo siempre dificultades con el Ecuador, ha dicho de él: "Carlyle lo habría clasificado en su galería de héroes".

Ojalá que este libro de buena fe y de patriotismo hispanoamericano contribuya a que todos los hombres del Ecuador, conservadores, liberales y de otros partidos o de ningún partido, comprendan y amen a aquel de quien dijo don Marcelino Menéndez y Pelayo, con su altísima autoridad, que era "uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza" y que su patria "podrá ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la Historia". Y ojalá que consiga difundir, en algunos rincones de los diversos pueblos de la América española, el nombre, el genio y la obra de don Gabriel García Moreno.

M. G.

I. — INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Allá abajo, sobre el océano Pacífico, ha quedado, en el fondo de su golfo, Guayaquíl, con sus calles anchas y de arquerías; sus casas de madera y de balcones salientes, algunas de tres pisos y muchas construídas sobre pilotes; y sus muelles atestados de barcos. Varios arrieros dirígense hacia Quito, la capital de la joven República del Ecuador. Un niño de menos de quince años y de aspecto distinguido va con los hombres y a su cuidado. Como en esos años de 1836 no hay ferrocarril, ni siquiera mensajerías porque el camino es una angosta senda, el niño viaja a caballo.

Han recorrido ya gran parte de las cincuenta y tres leguas que separan de Quito a la capital de la provincia del Guayas. Han navegado por el ancho Guayas hasta Babahoyo. Allí han montado y han cruzado el ramal occidental de los Andes. El chico, que sabe Historia, habrá recordado que por esos parajes anduvieron los ejércitos de Tupac-Yupanqui y que por allí el conquistador Belalcázar derrotó al rey de Quito. Ahora el pequeño viajero contempla el eternamente nevado Chimborazo, de seis mil metros de altura; duerme en el pueblo de Ríobamba, en cuyas proximidades venció a los españoles el ejército de Bolívar; y cruza los arenales que la rodean y en donde sólo parecen crecer los cactos y los espinos. Mientras avanza a lo largo de la hoya de Ríobamba, admira otros dos volcanes: el Altar, de cerca de cinco mil cuatrocientos metros, y el Cotopaxi, que casi llega a los seis mil. Y otros todavía, un poco más adelante: el Rumiñahui, el Chaupi. Y así, entre montañas monstruosas, con la permanente visión de aquellas cumbres de fuego, se acerca el muchachito al macizo de cerros del Pichincha. He ahí los dos cerros: uno, cono truncado, es el Rucu-Pichincha,

y el otro, de agudo pico, el Guagua-Pichincha. Más acá del Rucu-Pichincha, en su misma falda, en una meseta, y a dos mil ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, se adormece la vieja Quito.

El adolescente, que tiene alma exaltada, siente golpear su corazón al divisar a Quito. Se ha alejado de su madre a la que adora, de sus hermanos, de su amada Guayaquil, para ir a estudiar a la capital de la República. En Quito funciona la única Universidad del Ecuador. Allí el adolescente espera aprenderlo todo, conquistar heroicamente la sabiduría. Y ambicioso como es, y sintiendo como siente la fuerza de su voluntad, acaso también espera dominar a los hombres y ser famoso.

Este muchacho que aún no tiene quince años, de bello rostro, de ojos de águila, de elegante figura, de maneras señoriles, llámase Gabriel García Moreno.

* * *

Su padre, el castellano viejo Gabriel García Gómez, había vivido años en Cádiz, donde estudió y donde trabajó con uno de sus tíos, que fuera en otro tiempo secretario del rey Carlos IV. En 1793 se vino a América. Ejerció el comercio en El Callao, donde ganó dinero. Y por fin, establecióse en Guayaquil.

En esta ciudad se casó con una joven de alcurnia. Mercedes Moreno era hija de don Ignacio Moreno, regidor perpetuo del Cabildo de Guayaquil y Caballero de la Orden de Carlos III, y sobrina del doctor José Ignacio Moreno, Arcediano de Lima y autor de unas *Cartas Peruanas* y un *Ensayo sobre la supremacía del Papa.* Un hermano de Mercedes, el abogado y juez Miguel Juan Moreno, fué promovido a la Audiencia de Guatemala, donde nació su hijo Ignacio, que llegó a ser Cardenal Arzobispo de Toledo: la máxima dignidad eclesiástica en España. Y también era pariente de Mercedes un ilustre jesuíta, el padre Jacinto Morán de Butrón, autor de varios libros, entre los cuales uno sobre la provincia de Guayaquil.

En América, donde no hay nobleza de sangre, estos parentescos daban a la familia de García Moreno una situación social eminente. El tener entre sus antecesores o allegados más próximos un ex secretario del Rey, dos sacerdotes ilustres, un alto magistrado, un regidor perpetuo del Cabildo y dos escritores, equivale para el joven Gabriel a poseer los mejores per-

gaminos. Y muestra en su familia estas tres cosas: la tendencia a las alturas, el temperamento religioso y la afición intelectual.

Don Gabriel García Gómez era amable y de algún talento. Pero faltóle suerte y se arruinó en Guayaquil. Enemigos de su hijo dirán que, en su extrema pobreza, llegó a pedir cigarrillos por favor, en las puertas de los hoteles. Cuesta creerlo en hombre tan digno como era y de tan rígidas costumbres. Era también valeroso, como quedó probado cuando el bombardeo de Guayaquil, en 1833, por la escuadra peruana. A pesar de que vivía frente al malecón y de que su casa era baleada sin misericordia, no buscó refugio en otra parte; y hasta afírmase que, en lo mejor del tiroteo, salió en cierto momento a la ventana. Murió meses antes de que Gabriel emprendiera su viaje a Quito.

Doña Mercedes tiene tan tremendo carácter como su marido. En cierta ocasión, habiendo sabido que uno de sus hijos, hombre de cuarenta y cinco años, le pegara a su consorte, lo llamó a su presencia, lo hizo arrodillarse y le dió de azotes con un látigo de siete cuerdas. Es muy religiosa, como todos en su hogar. Gabriel la adora. Cuando ella muera, muy anciana, él le escribirá a un amigo: "Fué el tesoro y la gloria de sus hijos."

Marido y mujer fueron siempre realistas, enemigos de la independencia americana. Parece que doña Mercedes rehusábase a embanderar e iluminar su casa en las fiestas patrias y que prefería pagar la multa con que se castigaba a los contraventores. No olvidemos que don Gabriel García Gómez era español y que doña Mercedes tenía parientes encumbrados en España.

Ocho vástagos tiene el matrimonio. El mayor, Manuel, es clérigo. El segundo, José, conoce a fondo la liturgia de la Iglesia. El tercero, Pedro Pablo, se enriquecerá más tarde en el comercio. El cuarto, Miguel, es hábil e inteligente. Hay tres mujeres: Rosario, Mercedes y Carmen. Rosario vivirá ciega durante años, y así morirá.

* * *

Gabriel nació en Guayaquil, el 24 de diciembre de 1821. Ya entonces sus padres eran pobres. Doña Mercedes fué la primera maestra del niño. A los siete años, lo que era raro en esos tiempos, Gabrielito leía y escribía.

Tenía mala salud. Acaso esto exageraba su timidez y medrosidad. Su padre propúsose curarle. Un día de tormenta, le encerró en un balcón: así se acostumbraría a no temer a los truenos y a los relámpagos. Otra vez le ordenó encender uno de los cirios que rodeaban a un cadáver. Obró don Miguel por el bien de su hijo y con resultado excelente. Acabáronse los miedos, pero acaso semejantes procedimientos educativos influyeron perjudicialmente en los nervios y en la psiquis de Gabriel.

Muerto García Gómez, doña Mercedes encomendó al padre Betancourt, religioso del convento de la Merced, la instrucción del chiquillo. En diez meses Gabriel aprendió toda la gramática latina, inclusive la sintaxis. A su profesor le asombraron su inteligencia, su prodigiosa memoria y su capacidad de trabajo. Betancourt presintió, sin duda, que su alumno era un temperamento excepcional, un hombre de gran valer. Creyó necesario mandarlo a Quito: en Guayaquil no había Universidad ni institutos de estudios secundarios.

Pero doña Mercedes carecía de vinculaciones y de medios. Betancourt propuso a dos hermanas suyas que tenía en Quito, señoras de pasable situación económica y muy caritativas, alojar y alimentar a Gabriel. Con gusto aceptaron encargarse de ese adolescente, ya que parecía destinado por Dios a un porvenir magnífico.

Y el 18 de septiembre de 1836, con los arrieros a quienes lo habían confiado, con la cabeza llena de ilusiones y después de las llorosas despedidas de su madre y de sus hermanos, partió hacia Quito.

* * *

Antes de que Gabriel llegue, debemos decir qué es el Ecuador y recordar los acontecimientos de los últimos años en la política ecuatoriana, en la que él ocupará, dentro de pocos lustros, el más prominente de los lugares.

El Ecuador tiene cerca de quinientos setenta mil kilómetros cuadrados, un poco más que Francia. En los tiempos de la niñez de García Moreno, su extensión es mayor. Un viajero norteamericano que ha conocido el país en 1822, le calcula una población de cuatrocientos seis mil habitantes. El historiador colombiano José Manuel Restrepo le atribuye poco más de quinientos mil, incluyendo los indios y los esclavos. Pero

el geógrafo ecuatoriano Manuel Villavicencio le calcula un millón y cien mil almas en 1858, lo cual supone para el año 36 una población mayor que la calculada por los otros. La cordillera de los Andes, que corre de norte a sur, en dos ramas paralelas, divide al Ecuador en tres partes. Una, la llanura, está entre el océano Pacífico y el primer ramal de la cordillera. Otra, la meseta, entre las dos ramas. Y la tercera, bosques casi vírgenes en 1836, y que va desde el segundo ramal para el oeste, se halla habitada por indios salvajes. Salvo Guayaquil, las ciudades —Quito, Ríobamba, Cuenca, Ambato, Ibarra— se alzan en la meseta. La gente vive entre montañas gigantescas y volcanes y a grandes alturas sobre el nivel del mar. Los habitantes, en su mayoría, son indios y mestizos. Pero existen en las ciudades pequeños núcleos de familias de pura raza blanca, descendientes de españoles, y en los que se conservan tradiciones de cultura y de señorío.

Hubo un reino en Quito, al que los Incas conquistaron. Luego se apoderaron del país los españoles. Al independizarse las colonias, el Ecuador siguió el destino de Colombia. Durante algunos años formó una sola nación junto con ese pueblo hermano, llamado entonces Nueva Granada, y con Venezuela. El Libertador Simón Bolívar fué el creador de esta nación, a la que dió el nombre de Colombia. Pero cuando el Libertador, después de algún tiempo de dictadura y de haber estado a punto de morir por manos de sus antiguos partidarios y amigos, renunció, el 8 de mayo de 1830, y por exigencia de estos ingratos y traidores, a continuar en el mando que ejercía provisionalmente y se retiró a Cartagena con idea de irse a Europa, ya se comprendió que Colombia no subsistiría. Veinte días antes se había consumado la separación de Venezuela. En el Ecuador, apenas se supo la renuncia de Bolívar, tan amado por el pueblo ecuatoriano, una reunión de personas representativas resolvió constituir al país en Estado Libre e independiente, y se encargó al general Juan José Flores el mando civil y militar hasta que se reuniese la convención. Era el 13 de mayo de 1830.

Flores, que ocupará un lugar importante en la vida de García Moreno, nació en Venezuela, pero está casado con una ecuatoriana de familia noble. Su origen es modesto e insignificante su cultura. Tenía apenas treinta años. Su mejor título era la distinción que el Libertador le demostrara. Pocos le ga-

nan en valor, revelado en ochenta y cinco acciones de guerra, y en don de gentes, habilidad política y generosidad. Por desgracia, le tocó gobernar un pueblo muy dividido, todavía sin una conciencia nacional y falto de hábitos de orden y disciplina. Más aún: le tocó construir una nación, hacerlo todo. Y para esta obra enorme carecía de preparación, de colaboradores aptos y de recursos.

Apenas designado presidente provisional, ocurrió uno de los sucesos más dolorosos en la historia de América: el 4 de junio, Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, fué asesinado en Berruecos, lugar de Nueva Granada. Era el preferido de Bolívar, el mejor de sus generales, el valiente entre los valientes. Tenía treinta y cinco años al morir. El asesino moral fué el general granadino José María Obando, hombre violento y anárquico, feroz ex guerrillero realista. Para el Libertador, la muerte de su amigo Sucre, fué un terrible golpe. Tuberculoso, su enfermedad se agravó. Y el 17 de diciembre de 1830, en la pobreza y el destierro voluntario, en la casa de un español amigo suyo, en Santa Marta, murió el más grande de los hombres que haya producido la América.

Mientras tanto, Flores había empezado a gobernar, ahora como Presidente definitivo, elegido el 14 de agosto de 1830 por la convención de Ríobamba. Le acompañaba como vicepresidente don José Joaquín Olmedo, el autor del *Canto a Junín*, poeta de celebridad continental. Esta asamblea reunióse después de oír la misa del Espíritu Santo, y votó una Constitución donde establecía que la Religión Católica era la del Estado y que el Gobierno debía, "en ejercicio del Patronato, protegerla con exclusión de cualquiera otra". Y proponía, no la independencia absoluta, sino la confederación con Nueva Granada y Venezuela, para formar la República de Colombia.

Es inexacto que Flores no realizara obras de progreso, que su gobierno fuese pretoriano, puramente militar. Algo hizo, y sus intenciones eran buenas. Pero, ¿cómo gobernar entre revoluciones incesantes?

Cinco estallan a fines de 1830, en noviembre y diciembre, en las ciudades de Guayaquil, Cuenca, Loja, Quito e Ibarra. Las inició en Guayaquil el general Luis Urdaneta, de acuerdo con su primo Rafael Urdaneta, dictador de Colombia. Se levantó en armas vitoreando a Bolívar —que aún vivía— y adhiriéndose al gobierno de Bogotá. En Quito triunfó la revolu-

ción, pero la astucia de Flores logró, por medio de un general que acababa de incorporarse a los rebeldes, que en el acta del pronunciamiento no se declarara que la sublevación era contra Flores, a quien considerábanle partidario de Bolívar. Y el 17 de diciembre, el mismo día de la muerte del Libertador, Flores entró en Quito, entre las aclamaciones populares.

En 1831 hubo tres revoluciones. En enero, una nueva de Urdaneta, que se apoderó de Ríobamba, y que, después de negociaciones de paz y toma de otras ciudades por los rebeldes, terminó al llegar la noticia de la muerte del Libertador. En marzo, varios batallones, en diferentes ciudades, subleváronse, acaudillados por el levantisco Urdaneta, el cual, vencido, fué perdonado por el Presidente Flores, que le dió una escolta para salir del país. En la noche del 10 al 11 de octubre, por cuestión de raciones disminuídas y de sueldos impagos, se sublevó, incitado por un sargento, un batallón formado por granadinos. Reunióse dinero, se les dieron raciones. Parecían calmados, cuando de pronto partieron hacia el norte, en dirección a su patria. Un general los siguió para convencerlos de que volvieran, y lo fusilaron. Persiguiéronles las tropas del Gobierno. Vencidos, unos grupos fueron fusilados y otros exterminados mientras huían. De cuatrocientos treinta y tres hombres, quedaron sólo doscientos.

Hubo unos meses de paz. El 12 de agosto de 1832 sublevóse en Latacunga el batallón *Flores*. Los rebeldes fusilaron en masa a los oficiales y saquearon la ciudad. Partieron hacia Ambato y hacia Guayaquil. Flores, al frente de las tropas del Gobierno, salió en busca de los rebeldes. Luego las dejó bajo el mando del general negro Juan Otamendi, que alcanzó a los enemigos en Bahía, los derrotó y fusiló a todos. De quinientos treinta y ocho, ¡sólo catorce salvaron la vida!

En 1833 se conspiró en Quito. Acusósele a Flores de vivir con boato, de preferir a los jefes extranjeros y de complicidad en el asesinato de Sucre. Un irlandés, el coronel Francisco Hall, masón y filosofante, fundó, con varios jóvenes distinguidos, una sociedad revolucionaria y el periódico *El Quiteño Libre*. Redactábalo Pedro Moncayo, nombre que debemos recordar. Por razones personales, se pasaron a las filas conspiradoras un general de relieve y el ministro José Félix Valdivieso.

En febrero, la conjuración recibió un inesperado y formidable apoyo. De regreso de sus andanzas por el mundo, había

llegado al país el primero de los ecuatorianos de ese tiempo: Vicente Rocafuerte. Había nacido en 1783, como Bolívar, a quien conoció en París. En 1809, al producirse la revolución contra España, fué preso en Guayaquil. Elegido diputado a las Cortes de Cádiz, volvió a Europa. Viajó mucho, hasta por Rusia. Asistió a las Cortes. Por negarse a un homenaje a Fernando VII debió huir de España. De vuelta en Guayaquil, en 1817, vivió de enseñar el francés. Uno de sus textos era *El Contrato Social.* El año 19, al llegar al Ecuador la guerra emancipadora, debió dejar la patria por exigencia de su madre, de la que era único hijo. En Cuba, una sociedad secreta con fines políticos, a la que pertenecía, le designó para ir a España, desde donde informaría a Bolívar sobre los sucesos de la península. El 21, en Méjico, trabajó por la independencia, pero fué adversario de Iturbide cuando el caudillo y presidente se hizo proclamar emperador. En Estados Unidos publicó dos estudios de carácter político y doctrina liberal. Se consagró a trabajar, y dió su dinero por la emancipación de América. Volvió a Méjico, al que representó en Londres. Hizo imprimir en español textos escolares y escribió sobre Finanzas. Intimó con el general La Fayette. Su prestigio era tanto, que, en España, varios escritores le dedicaron sus obras. En 1830, otra vez en Méjico, por haber condenado las revoluciones y preconizado la legalidad, se le negó el pasaporte para su patria. Se le enjuició a causa de un *Ensayo sobre la tolerancia religiosa,* y, absuelto, fué aclamado en las calles. Por fin, en los primeros días de 1833 obtuvo el pasaporte y se embarcó para Guayaquil.

Llegó resuelto a dedicarse a sus campos. En sus minas de Santa Elena cuidábase de una herida que se le ocasionara al caerse del caballo, cuando la lectura de un número de *El Quiteño Libre* cambió su disposición. Poco después, la Sociedad Patriótica le saludaba y nombraba jefe del partido. Por esos días hubo elecciones y se le eligió diputado. Exaltóse de entusiasmo y se dirigió a Quito. Al pasar por Guayaquil, fué protagonista de un suceso que tuvo honda repercusión. Un coronel Casanova, sicario de Flores, había violado una niña de diez años. El padre, impotente contra el sátiro, no atinó sino a quejarse en un diario. Casanova lo acusó por calumnia. El presidente del tribunal, ante el numeroso público que presenciaba el juicio, preguntó al padre de la niña, un hombre de cabeza y barba

blancas, quién lo defendía. "¡No tengo más defensor que Dios!", exclamó el pobre hombre, que ya se veía condenado. Y entonces, ante la emoción de todos los presentes, una recia voz gritó: "¡Y yo!". Era Vicente Rocafuerte, el estupendo orador, el primero de los ecuatorianos. "Crímenes como éste —dijo al terminar su defensa — dieron dos veces la libertad a la antigua Roma, y no será extraño que en la actualidad sirva de arma al pueblo y de palanca para levantar el edificio de la libertad". El acusado fué absuelto; y a la salida de la casa de la Justicia los guayaquileños juraron combatir contra Flores, a quien llamaban "tirano" y "extranjero".

En Quito, Rocafuerte se incorporó al grupo de *El Quiteño Libre.* Inauguróse el Congreso en setiembre, y en una de sus sesiones concedió al Presidente Flores "facultades extraordinarias" para prevenir probables desórdenes. Rocafuerte, que por enfermedad no pudo asistir a la sesión, publicó una protesta en la que calificaba al Congreso como "inmoral y corrompido", y a los ministros como un "triunvirato de perversidad, hipocresía y vileza". Rocafuerte fué destituído y arrestado, y, lo mismo que a otros, entre ellos Pedro Moncayo, se le envió al destierro. El 12 de octubre produjéronse dos rebeliones militares: una en Quito y otra en Guayaquil. El 18, Flores, al mando de casi toda la guarnición de Quito, se puso en marcha hacia Guayaquil. Esto contribuyó al fracaso de la revolución del 19 de octubre, en la que murió el coronel Hall. Reclamado Rocafuerte, que dirigíase al destierro, por los opositores de Guayaquil y por ciudadanos tan eminentes como Olmedo, púsose al frente de la nueva revolución. Vencido el movimiento y tomada Guayaquil por el Gobierno el 24 de noviembre, él debió huir y refugiarse en un barco norteamericano. Pero a los pocos días reapareció en Puná, se declaró Jefe Supremo y estableció allí su Gobierno. Contaba con seiscientos soldados y algunos barcos. A principios del 34 se dirigió al Perú, en busca de armas. Mientras tanto, sus soldados comenzaron una guerra de terror que duraría más de un año. En abril volvió a Puná. Flores sedujo a su lugarteniente. Traicionado, Rocafuerte fué preso el 18 de junio. Flores, entonces, tuvo un rasgo de generosidad y habilidad admirables: en vez de fusilar a Rocafuerte, le ofreció la reconciliación y el gobierno de Guayaquil. El vencido aceptó, aunque muchos de sus partidarios protestaron, sobre todo Moncayo, que desde el exterior comenzó a atacarle.

Pero no terminaron las revoluciones en el inquieto Ecuador. En abril de ese mismo 1834 se había levantado en armas el presidente del club "El Quiteño Libre", el general José María Sáenz, que fué vencido y asesinado. La revolución reapareció poco después, y uno de sus autores morales, pariente de Flores, fué, con otros cómplices, lanceado. Pero los revolucionarios no estaban vencidos. Extendido el movimiento en la provincia de Imbabura, Valdivieso, el ex ministro de Flores que se le había dado vuelta, se proclamó allí Jefe Supremo, el 12 de junio. Las tropas rebeldes avanzaron hacia Quito y en julio entraron triunfadoras. Valdivieso propuso una conferencia con representantes de Flores, la que fracasó. En setiembre la reinició Rocafuerte. Pero por esos días, el 10, Flores, que había terminado su período presidencial, abandonó el poder y el mando del ejército. ¡Extraño "tirano", a la verdad! Retiróse a la vida privada, y Rocafuerte quedó como jefe del Gobierno. La nueva conferencia propuesta por Rocafuerte, que ahora contaba con la adhesión de varios jefes revolucionarios y había vencido a sus antiguos soldados convertidos en montoneros, también fracasó, porque los representantes de Valdivieso pretendían que se desterrase a Flores. Entonces Rocafuerte, ya poderoso, sacó de su retiro a Flores y le dió el mando del ejército. Las fuerzas revolucionarias, que dábanse el nombre de "Ejército Restaurador", se habían adueñado de Cuenca, de Loja y de Esmeraldas. El ejército de Flores, que llamábase "Convencional", porque el gobierno de Rocafuerte preconizaba la convención que arreglase las diferencias con el Gobierno de hecho de Valdivieso, que lo ejercía en Quito, aceptó en Miñarica, el 18 de enero de 1835, la batalla que le ofrecía el enemigo, y lo venció. Quito fué ocupada por los triunfadores el 23 de ese mes. Entre los jefes vencedores que se distinguieron, debemos retener los nombres de dos: el general José María Urvina, que será años más tarde el gran odio de García Moreno, y el coronel granadino Fernando Ayarza, que era negro, y que, en sus represiones, había destruído pueblos enteros y torturado y matado a muchas personas, entre ellas a no pocos inocentes.

Flores fué de una rara magnanimidad. No quiso que se fusilase a nadie, y, pudiendo tomar de nuevo el poder, indicó a Rocafuerte para ejercerlo, como única autoridad legítima que era por el momento. Declaró que carecía de ambiciones, y que si había aceptado el mando del ejército fué por obediencia al

Gobierno. Y mientras Rocafuerte, que aún permanecía en la capital del Guayas, no llegase a Quito, consintió en quedar como delegado. Llegó Rocafuerte en abril y convocó a una convención. Esta Asamblea Nacional se reunió en Ambato el 22 de junio. La presidió el gran poeta y respetable ciudadano don José Joaquín Olmedo, que había cantado en una magnífica oda al general Flores, como vencedor de Miñarica. Rocafuerte fué elegido, con el apoyo de Flores, Presidente interino de la República. La asamblea aprobó una nueva Constitución y el 2 de agosto votó a Rocafuerte como Presidente definitivo. Y el 8, este ilustre ecuatoriano asumió el mando en propiedad.

Pero no por esto hubo calma. Las partidas revolucionarias que habían continuado su obra devastadora, a pesar de Miñarica y de la amnistía, no cesaban en sus depredaciones. Apenas Rocafuerte asumió el poder, los emigrados en el Perú organizaron una invasión, que llevóse a cabo el 19 de setiembre. Los invasores fueron vencidos, y Rocafuerte, que tenía un sentido del orden de que carecía Flores, hizo fusilar a veinte prisioneros. En Esmeraldas hubo otro alzamiento. Derrotados los rebeldes, se fusiló en el acto a dieciocho. En Atacames, un comandante y un oficial fueron pasados por las armas. Otra partida fué tomada, y la misma suerte siguieron ocho de los rebeldes, inclusive dos comandantes. Hubo todavía dos revoluciones más, ambas en 1836. La primera, en abril, consistió en una invasión por el norte, que habían organizado los emigrados en Nueva Granada. La otra, en junio, fué dirigida por el comandante Facundo Maldonado. Rocafuerte ordenó el fusilamiento de Maldonado. El Clero, el Ejército, las altas clases pidieron por él. Pero Rocafuerte, que anhelaba terminar con la anarquía, se mantuvo inflexible y fusiló al rebelde. Tres meses después, cuando llegue a Quito el niño García Moreno, todavía se hablará de este suceso, que conmovió hondamente a la población y que dejará un tremendo recuerdo en el ánimo y la sensibilidad del muchachito. Calcúlase que en estos dos años de 1835 a 1836, Rocafuerte, el hombre de orden, fusiló —¡recordémoslo bien!— a sesenta y dos revolucionarios. Pero terminó con el bandolerismo político y con la anarquía.

Ya va llegando a Quito Gabriel García Moreno. Ha sido necesario evocar los horrores que ha presenciado o de los que ha tenido noticia, porque esos fuertes sucesos se graban en los niños para siempre, se incorporan a la multitud de sus recuer-

dos, marcan el temperamento y aun lo modifican; y porque años más tarde él tendrá mucho que ver con los actores de esos sucesos. Gabriel tenía nueve años cuando Flores asumió el Poder y comenzó la guerra civil. En los seis años siguientes ha habido en el Ecuador dieciocho revoluciones, inclusive una guerra civil que duró un año, y numerosos fusilamientos y asesinatos políticos. No puede dudarse de que la imaginación de Gabriel se ha llenado de sucesos horribles, y de que junto con ellos ha entrado en su espíritu una poderosa pasión por el orden —y, acaso, una ambición no menos poderosa—, con el fin de imponerlo a sus díscolos compatriotas y salvar así al Ecuador.

Ya va llegando a Quito. ¿Qué impresión le hace la ciudad maravillosa, al verla desde la altura? ¿La habrá visto como cierto extranjero, el cual dice que se parece a una de las ciudades encantadas de *Las mil y una noches*, tan expresivamente descritas por Shaharazada? Más probable es que al niño García Moreno, que tiene tanta sed de estudio y tan hondo fervor religioso, se le haya aparecido como Jersusalén a los cruzados, como la Tierra Prometida a los israelitas.

* * *

Ya está en Quito el muchacho, instalado en la casa de las señoras Betancourt. No se sabe gran cosa de estas señoras. Una de ellas está casada con un señor Espinosa. Según algunos historiadores, su posición económica es regular, pues tienen con qué vivir pasablemente. Otros afirman que son pobres. De lo que no cabe dudar, es de su virtud y religión y de que han acogido a su huésped con simpatía y de que le tratan con la mayor consideración y hasta con afecto.

A Gabriel la ciudad le impresiona. Es mucho más grande que Guayaquil, pues tiene alrededor de sesenta mil habitantes, mientras su ciudad nativa no alcanza a veinticinco. Ninguna semejanza entre ellas. Allá, donde no hay montañas, el horizonte es libre y las calles son llanas. En Quito, formidables cerros atajan la mirada, entre ellos el Pichincha, con su penacho de humo; el Panecillo, fila de colinas que, como dice el viajero Alcides d'Orbigny, parecen talladas por la mano del hombre, y en una de las cuales están las ruinas del templo del Sol; y el Ilinisa, que se recorta en dos puntas de formas piramidales. Las calles, como que la ciudad está construída en la

falda de uno de esos cerros, suben y bajan, en cuestas pronunciadísimas. Mientras en Guayaquil tienen amplitud las calles y las casas, aquí todo parece apretado, salvo la plaza principal, que es espaciosa, y en cuyo centro luce una bella fuente. En Guayaquil hay alguna vida y movimiento; Quito, sin industria, es triste y sus calles quedan desiertas a las ocho de la noche. Un viajero norteamericano, el anónimo autor de *View of South America and México*, que conoció la ciudad en 1822, la describe así: "Las cuatro calles de cada lado de la plaza, son rectas, anchas y hermosas. Las otras son inclinadas y tan pedregosas y agujereadas, que se hacen intransitables por ruedas de carruajes." Las casas, de un piso o dos, están construídas en piedra o en ladrillo, no como las de Guayaquil, de madera; y tienen balcones y techos de tejas. La ciudad está como a caballo, como a horcajadas en las "quebradas": aluviones que hienden el suelo sobre el que se levanta la ciudad. Por las calles, como en Guayaquil, andan muchos negros y, además, indios vestidos con una túnica que les cubre desde el cuello hasta las rodillas y que vienen a vender sus productos. Pero lo que a Gabriel le impresiona, como impresionará siempre a todo el que conozca Quito, son sus templos. ¡Maravillosos templos los de la Compañía, San Francisco, la Capilla del Sagrario, el del Carmen antiguo! Ellos y las imágenes en las calles, como en las viejas ciudades de Europa, prueban la religiosidad de Quito. Un historiador, que más tarde le tratará mucho, refiere que el muchacho anda "solo por calles y plazas, metiéndose en templos y conventos y fijándose en todo".

Gabriel es reservado. No se da con otros muchachos. Parece que le gustara el aislamiento. Hasta que entra en el colegio, no habla con nadie, salvo con las personas de la casa. Es —según el mismo historiador— "alto, enjuto, pálido" y tiene una "gallarda figura y aire ingenuo, movimientos rápidos y mirada penetrante". Puede agregarse que tiene cejas espesas y ojos grandes, pardos, dominadores y distanciados entre ellos más de lo común; que ha comenzado a amanecer su corto bigotito de muchacho; y que sus movimientos le dan cierto aire de atolondrado o extravagante.

* * *

He aquí a Gabriel, pocos días después de haber llegado a Quito, en la Universidad. No son claros los datos que dan sus

biógrafos. Parece que, en realidad, no es un estudiante universitario, pues sólo frecuenta las clases de Latinidad, a cargo de un eminente profesor. En aquellos tiempos la asignatura fundamental es el Latín, y es preciso conocerlo a fondo para poder después seguir estudios universitarios. Gabriel, que tiene la pasión de saber, y como pocos hombres en el mundo la han tenido, dedícase con fiebre al aprendizaje del Latín; y en poco tiempo llega a ser el primer alumno de la clase.

Es muy serio. No hay otro estudiante tan disciplinado como él. Por esto, y a pesar de tratarse de un recién venido, se le designa monitor o, más exactamente, bedel. El más importante de sus biógrafos, el padre Alfonso Berthe, dice que "se le confió la vigilancia de los tránsitos", o sea de las galerías por donde los alumnos se pasean en silencio mientras, con algún libro entre las manos, preparan las lecciones para la próxima clase.

En este cargo estudiantil, Gabriel revelará pronto su carácter de hierro y su sentido del orden y del deber. Vigila escrupulosamente a sus compañeros. Imposible, con semejante censor, haraganear, conversar, hacer bromas. Falta que descubre, la denuncia al superior implacablemente, sin consideraciones de amistad o simpatía. Cierta vez, ocurre un suceso extraordinario. No se sabe cómo, aparecen en las galerías un sastre francés y su hija. Es de imaginar el jaleo con que los saludan los muchachos. Gabriel denuncia a los culpables, que son todos menos cuatro, y la autoridad les impone el castigo reglamentario: el látigo. Un moderno biógrafo de García Moreno, tan incomprensivo como petulante, ve en esta anécdota, en esquema, al futuro "tirano". Por haber cumplido con su deber, lo califica de "esquizotímico" y atribuye la denuncia a un "resentimiento animal, atávico, impropio de la espontaneidad juvenil". A la verdad, la anécdota sólo revela un espíritu fuerte, para quien el cumplimiento del deber es sagrado.

No cabe duda de que ya ha sido advertida su rica naturaleza. A pesar de su rigidez, se hace de numerosos amigos, que le estiman y aun le respetan. Igualmente inspira simpatía a los profesores, que admiran su formidable capacidad de trabajo, su temperamento ferviente, su amor por la ciencia. Uno de sus dones que más sorprende es su memoria. Dícese que todas las mañanas, al pasar la lista de los trescientos alumnos, los nombra uno por uno, sin recurrir a ningún papel, y que

sabe los puntos buenos y malos con que cuenta cada cual. Cierta vez que lee con sus compañeros al historiador Alfredo Nettement, afirma que Tácito está citado equivocadamente y dice las palabras exactas; y al traerse la obra de Tácito, se comprueba la asombrosa memoria del estudiante.

Pero si Gabriel llama la atención por su talento y otros méritos, también la llama por lo bravío de su carácter. Es violento y aun impulsivo. Roberto Andrade, implacable enemigo suyo, refiere en su libro *Montalvo y García Moreno* una reveladora anécdota. Se la puede creer en parte, pues proviene de un señor José María Espinosa, hijo de una de las señoras Betancourt, y está de acuerdo con el carácter de Gabriel. Parece que, un día, el muchacho ha puesto al sol un poco de agua en una palangana, para calentarla. Una jovencita de la familia, sin mala intención, vacía la palangana. Gabriel se arroja sobre la niña, la empuja sobre un sofá, le levanta la basquiña y le da unos latigazos. Probablemente, no todo es verdad. Acaso el señor Espinosa refirió mal el hecho y Andrade lo repitió peor. Pues, ¿cómo no echan de la casa a ese huésped que azota a una niña de la familia? Ha de tratarse de una criada, y seguramente no le ha dado de latigazos —¿de dónde sale ese látigo tan oportuno?—, ni le ha levantado la basquiña. Es de creer que todo ha consistido en unas cuantas palmadas.

También refiere Andrade que a un niño, Martín Icaza, por haber hablado mal de él, lo lleva a un excusado y lo obliga a comer excrementos. Esto es tan monstruoso, tan inhumano y repugnante, que no se puede creer. Que lo amenazara, que lo asustara diciéndole que le haría comer de aquéllo, puede pasar. Pero de ningún modo lo otro, y menos en un muchacho tan religioso como es Gabriel. Estas anécdotas han de ser análogas a las que nuestros unitarios divulgaron contra don Juan Manuel de Rosas: sobre escaso cimiento de verdad, alta torre de mentiras.

El primer día de setiembre de 1837, al cabo de un año de Latín, Gabriel ingresa como externo en el Convictorio de San Fernando. Allí va a cursar Filosofía, Matemáticas, Historia, Ciencias Naturales. Estudios de los que se llaman "secundarios", como se ve. El instituto depende de la Universidad. Hasta ayer ha pertenecido a los padres dominicos, pero Rocafuerte lo ha secularizado y le ha puesto por nombre: Colegio Nacional de la Universidad.

Gabriel dedícase con igual fervor a todas las asignaturas, pero descuella particularmente en las Matemáticas y en la Química. Una vez, recita toda la nomenclatura de los cuerpos simples. Otra, al terminar el catedrático de Matemáticas, don Manuel Angulo, de explicar frente al pizarrón una operación harto difícil, el joven García Moreno exclama: "El profesor se equivoca". Revuelo entre los alumnos. El hombre, naturalmente, niega. Pregúntale Gabriel si quiere que le demuestre su error. Y a su respuesta afirmativa, el muchacho así lo hace, ante el asombro de sus compañeros.

Su fama de excepcional cabeza, de gran estudiante, no tarda en trascender de las aulas, y Rocafuerte, en las postrimerías de su gobierno, le concede una beca, con la obligación de enseñar Latín. Y así, mientras sigue el curso de Filosofía, el adolescente conviértese en profesor.

* * *

En tanto, ha seguido gobernando Rocafuerte. Su obra es verdaderamente proficua. Ha puesto orden en la Hacienda pública y suprimido o disminuído el agio y la usura; y también el contrabando, con lo cual han aumentado enormemente los recursos del fisco. Ha construído caminos, que tanta falta hacían, y fomentado la ganadería y la agricultura. Ha creado la Guardia Nacional, el Colegio Militar y la Escuela Náutica, con lo que desaparecerá el predominio del soldado inculto, de esos batallones siempre en rebeldía, compuestos, en su mayor parte, por colombianos y venezolanos, muchos de ellos negros o mulatos. Con los mejores cuadros de los conventos ha instituído un Museo. Dos escuelas primarias había en Quito a su ascensión al poder; ahora hay varias, pues, aparte de las oficiales, ha obligado a los conventos a abrir escuelas. No había escuela para las niñas: él ha fundado una. Y ha hecho publicar textos escolares que se regalan a los niños pobres.

Pero lo que más debe interesarnos en Rocafuerte es su sentido del orden y la jerarquía, porque esto le marca como un precursor de García Moreno. Rocafuerte representa en el Ecuador lo que Diego Portales en Chile, Juan Manuel de Rosas en la Argentina, Manuel Oribe en el Uruguay y Andrés Santa Cruz en Bolivia. Después de más de veinte años de incesantes revoluciones y cambios de gobierno, estos hombres fuertes, surgidos todos en la década 1830-1840, se imponen y establecen

la paz. Pero sólo Rosas perdura. A Portales, lo asesinan; a Oribe y a Santa Cruz, les quitan el gobierno. Rocafuerte no sabe o no quiere quedarse en el poder; y el Ecuador deberá pasar veinte años más de revoluciones, hasta que aparezca García Moreno. Su relativa debilidad hará necesario el advenimiento del que por ahora es un joven estudiante de Humanidades.

¡Hombre de orden! En su mensaje al Congreso del 3 de enero de 1837, Rocafuerte se alaba de haber impuesto un período de paz, "el más extenso que se ha visto desde el establecimiento de la independencia del Ecuador". Y apenas se trata de un año y unos meses...

Y lo singular es que Rocafuerte, el hombre de orden, proviene del campo liberal. Es discípulo de Montesquieu y de Rousseau; pero en su mensaje de 1835 reniega de ellos al decir: "La servil imitación que los franceses hicieron de las instituciones romanas, del consulado, del tribunado, del Senado, no los condujo a su prosperidad, sino al jacobinismo y a la inmoralidad". En el poder se transforma, como muchos años más tarde Arístides Briand, en Francia, y Arturo Alessandri, en Chile. Como Alessandri, es izquierdista antes de asumir el mando, y un gobernante de derecha, un hombre de orden, que no desdeña empuñar el garrote, desde que tiene en sus manos el poder. He aquí algunas de sus frases: "A mí no me arredra el título de tirano; lo que me horroriza es la cruel idea de que, por la falta de valor y firmeza en el Gobierno, diez o doce anarquistas trastornen el orden o interrumpan el curso pacífico de nuestra prosperidad". Otra vez escribe: "Portales, en Chile, ha fijado la paz y el orden a punta de látigo y de rigor; ese es el medio más positivo de organizar estas atrasadas regiones". Otra: "En América, sólo un Gobierno enérgico, como el de Prieto —quiere referirse a Portales, ministro y factótum durante la administración de Prieto—, o de Rosas, que raye en despotismo o en feroz tiranía, podía sostenerse y conservar el don precioso de la paz". Otra aún: "En este país de insensatos, hay que gobernar a latigazos", idea que repite al afirmar que "aquí es preciso hacerlo todo a punta de lanza" o que "palo y más palo es el único modo de gobernar a estos países", y al escribirle a Flores: "persuádase que se necesita aquí mucha fuerza y un rigor que toque en crueldad, para sofocar el espíritu anárquico que atormenta a esta sociedad". Cree que el Ecuador no puede todavía digerir "el subs-

tancioso alimento de la libertad", y que es necesario prepararle por la educación y otros medios, entre los cuales la "benéfica dictadura". Inclusive preconiza "una firmeza que inspire terror". Su desilusión de la democracia es muy grande. Y antes de ser elegido Presidente, cuando ejercía el poder con carácter interino, dijo, en su Mensaje a la Convención de Ambato: "Catorce años de revoluciones y continuas desgracias deben convencernos de que nos hemos puesto en una falsa posición, al pasar del régimen colonial al de un sistema de democracia, cuyas bases esenciales son las buenas costumbres, la instrucción pública y la cómoda subsistencia y agradable modo de vivir de las masas". Y como confiesa que nada de esto hay en su patria, deduce que en ella "faltan los fundamentos en que debe apoyarse el edificio democrático". Despréndese de las palabras de Rocafuerte que el Ecuador no estaba preparado en 1810 para independizarse de España. Es lo que pensaban de la Argentina dos hombres de tan diverso espíritu y carácter como fray Mamerto Esquiú y don Juan Manuel de Rosas.

Este sentido del orden en Rocafuerte impresiona, sin la menor duda, a Gabriel García Moreno. En los últimos meses del gobierno de Rocafuerte, él tiene dieciocho años. Igualmente ha de haberle impresionado la actitud del gobernante frente a la Iglesia. Rocafuerte es católico y asiste a misa y con un devocionario. Pero en sus años en Inglaterra y Estados Unidos, se ha contagiado de ideas protestantes. Ha traducido una obra filosófica de un protestante y hecho traducir una obra teológica de otro protestante. Cuando funda un colegio de niñas, llama a dirigirlo a un profesor de esa secta, si bien le pone a su lado, para la enseñanza moral, a una profesora católica y encarga la enseñanza religiosa a un sacerdote. En 1835, en el decreto en que convocaba a elecciones para la Convención, prohibía votar a los eclesiásticos que tuviesen algún cargo. Esto sublevó a ciertos católicos. El Vicario Capitular de Cuenca prohibió, bajo pena de excomunión, leer o conservar los artículos de un periódico que justificaba la actitud del Gobierno; y para defender los derechos de los sacerdotes como ciudadanos fundó un semanario, obligándolos a suscribirse. Rocafuerte quitó el cargo al Vicario, lo expulsó del país y multó con dos mil pesos a varios miembros del Cabildo Eclesiástico de Cuenca, a quienes conminó a que en adelante se abstuviesen de "cometer hecho tan atentatorio de las libertades públicas, tan contrario a los

principios sólidos de la moral cristiana, tan opuesto a las disposiciones vigentes, al derecho de Patronato que reside en la Nación, a los cánones y, en fin, a la disciplina de la Iglesia". Lo que para los católicos intransigentes del Ecuador coloca a Rocafuerte en el campo adverso a la Iglesia, es su regalismo y su defensa del Patronato. Es claro que el Patronato, como doctrina, no puede ser aceptado por un católico, pero sí como hecho. Establecido en España por monarcas católitos, en las Repúblicas americanas ha habido presidentes y ministros católicos que lo han aceptado porque está en nuestras leyes. Rocafuerte, hombre de poder, no tolera otro poder que el suyo y acaso se excede en el cumplimiento del Patronato; pero no procede como enemigo de la Iglesia, a la que, en verdad, no intenta combatir.

Poco dura la paz de Rocafuerte. El general Flores se le ha puesto en contra, y desde sus cargos de jefe del Ejército y presidente del Congreso, le hace guerra de zapa. Los proyectos económicos de Rocafuerte, que no convienen a los intereses de algunos de sus paniaguados, le irritan sobremanera. Dos altos jefes, el general negro Juan Otamendi y el coronel José María Urvina, hombres de Flores, están harto descontentos de Rocafuerte. Conviene recordar el motivo que ha disgustado a Otamendi, pues muestra hasta dónde llega, y a pesar de la dura mano de Rocafuerte, el estado de espíritu anárquico en el Ecuador de entonces. Iba a dar un baile en Ríobamba el gobernador de la provincia, coronel Nicolás Váscones, e invitó a Otamendi, que estaba allí con su mujer, Angela Fajardo, la altiva mulata de ojos azules. El baile ha empezado a las nueve, sin esperarlos. Otamendi llegó a las nueve y media con su mujer, retiróse ofendido y retornó con diez lanceros, negros como él, a los que hizo despejar el salón a lanzazos. Hubo muertos, entre ellos un doctor Camilo Quiroga. Rocafuerte quitó a Otamendi el mando militar que ejercía y sin duda iba a fusilarle; pero el bárbaro salvóse por influencia de Flores. A Urvina tiénele ofendido que Rocafuerte le destituyera como Encargado de Negocios en Bogotá, cargo en el que se había conducido harto incorrectamente. Ahora, Otamendi y Urvina conspiran. Pero, descubiertos a fines de 1837, Rocafuerte destierra a Otamendi al Perú, y al otro a Colombia.

Es el 10 de marzo de 1838. Pronunciamiento, en Ríobamba, de varios coroneles que se habían acogido a la amnistía de-

cretada después de Miñarica. El ministro de Guerra se pone al frente de las tropas y vence a los rebeldes en la quebrada de Hualilahua, el 17 de marzo. Rocafuerte tiene un bello rasgo: opónese a las manifestaciones de regocijo que se preparan, "porque son hermanos los que han sucumbido". Eso sí, pide la pena de muerte para los principales culpables. Pero la justicia los absuelve.

Va a terminarse la administración de Rocafuerte. El 15 de enero de 1839 reúnese la Legislatura. Rocafuerte le envía un Mensaje magnífico, en el que, entre otras cosas, condena "el inoportuno liberalismo" de las instituciones ecuatorianas. ¿Quién le sucederá? El dueño de la situación es el general Flores. Sábese que ha ofrecido la presidencia a don Vicente Ramón Roca. Pero opta por hacerse elegir él mismo, por segunda vez. Esto lo hace la Legislatura el 15 de enero; y el 31, Flores asume el mando.

* * *

Mientras tanto, el jovencito García Moreno ha seguido cursando sus estudios secundarios con el mejor éxito. No cabe la menor duda, pues es sensible en extremo, de que los acaecimientos de aquellos días le impresionan poderosamente. A él, que ha presenciado varias revoluciones en Guayaquil, que ha oído los relatos de los sucesos del año 35, debe complacerle la mano dura de Rocafuerte para imponer el orden. El también es un hombre de orden. Puede afirmarse que la obra de Rocafuerte se graba en su espíritu para toda la vida. Lo admira a ese Presidente que años más tarde será considerado como su precursor, que es, acaso, su "prefiguración". Y es seguro que, cuando él gobierne, lo recordará y aun lo imitará.

Pero también debe afirmarse que le han disgustado las actitudes "liberales" de Rocafuerte. El muchacho es católico, profundamente católico. Pertenece a una familia en la que hay varios eclesiásticos, ha sido educado por Betancourt, que es un buen sacerdote, y por su madre: mujer inteligente y bien penetrada de la doctrina de la Iglesia, la que defiende y siente con bravía intransigencia. Acaso todo esto ha influído en la determinación que el muchacho va a adoptar. Acaso cree que, en la carrera para que imagina haber sido llamado por la Divina Providencia, podrá defender a la Iglesia contra los avances del poder civil.

Su fervor religioso ha sido siempre grande. Pero en estos días de mediados del año 38, poco tiempo antes de la terminación del gobierno de Rocafuerte, ese fervor se ha exaltado. Gabriel se convence de que su vocación es el sacerdocio. Consulta a diversas personas y todas le aprueban. Por esos días se halla en Quito un eminente sacerdote guayaquileño, monseñor Garaicoa, que ha venido para ser consagrado Obispo de Guayaquil. Unos días antes de la consagración, en octubre, Gabriel le expone sus deseos. El Obispo, que, evidentemente, no tiene penetración psicológica, le aconseja comenzar en seguida la carrera eclesiástica. Y pocos días después de ser consagrado Obispo, le impone al joven García Moreno la tonsura y las órdenes menores. Para quienes lo ignoren, sépase que el haber recibido esas órdenes no significa ser sacerdote. Las órdenes menores no implican voto alguno, ni siquiera un compromiso de continuar los estudios eclesiásticos. Son el signo, reconocido por la Iglesia, de la capacidad y la vocación.

He ahí, pues, a Gabriel convertido en seminarista. Pero no viste la sotana. La tiene, sin embargo, en su cuarto, y le place mirarla de cuando en cuando, como para templarse en su decisión. Dos signos exteriores lleva Gabriel: el cuello usual de los sacerdotes y la tonsura, es decir, el redondel afeitado en la coronilla. Como es natural, algunos de sus compañeros le hacen bromas; pero bromas amables, porque saben que el carácter impulsivo del tonsurado no las toleraría si no lo fueran.

¿Cuánto tiempo mantiene el joven García Moreno su propósito de ser sacerdote? Más o menos un año. Al cabo de este tiempo, y según su biógrafo el padre Berthe, la pasión de la ciencia lo absorbe tan completamente que no le deja lugar para otra cosa. Más probable parece que es el conocimiento de la mujer lo que le aleja de su falsa vocación. El mismo biógrafo refiere que, por esos años, Gabriel, sin dejar de ser católico ni de practicar la religión, cae en el pecado carnal y llega a ser, más o menos, como todos los jóvenes.

Es apasionante, en la psicología de García Moreno, esta frustrada vocación del sacerdocio. Ella revela una de sus grandes ambiciones: Dios, la santidad y, acaso, el martirio. Hombre de pasiones, de fuertes pasiones, tendrá que luchar contra ellas, contra sí mismo, durante toda su vida. Gabriel tiene desde su niñez, y como pocos, el sentido del pecado y del remordimiento. ¡Quién sabe si no ha buscado el sacerdocio por defenderse de

sí mismo! Y nada extraño sería que su pasión por el estudio fuese, siquiera en parte, un derivativo de sus inclinaciones hacia la mujer, un modo de huir de la tentación. Su ensayo sacerdotal le marcará para toda la vida. En medio de sus luchas gigantescas, del ambiente dramático en que se moverá, siempre habrá de recordar, y acaso con nostalgia, sus meses de seminarista. Y a fuerza de combatir contra sí mismo y dentro de sí mismo, llegará una época en que realizará su ideal de la adolescencia.

* * *

Estamos en 1839 y ha empezado a gobernar de nuevo el general Juan José Flores, fundador de la República ecuatoriana. Es ahora otro hombre. Durante los cuatro años de Rocafuerte, ha cultivado su clara inteligencia. Era ignorante y ha adquirido una relativa cultura, la magra cultura que en tan corto tiempo puede adquirirse. Ha aprendido a escribir y hasta ha publicado versos. Ya en el Senado, el año anterior, asombró a sus colegas por sus diversos conocimientos.

Flores gobierna benévolamente. Trata de hacerse simpático, de que se olvide su condición de extranjero. Prometió gobernar con todos los partidos y mal que mal va cumpliendo. Sus dos primeros años son de paz interior. El país comienza a progresar. Flores favorece a varias importantes iniciativas particulares, de carácter industrial. Uno de sus primeros actos, por todos aplaudido, fué nombrar gobernador de la provincia del Guayas a Rocafuerte. El gran ex presidente es también un gran gobernador, aunque no deja de mostrarse autoritario y de incurrir en tal cual arbitrariedad. Entre sus actos, ninguno tan memorable como su conducta cuando la fiebre amarilla, en 1842. No sólo se preocupa de los enfermos como Gobernador, sino que cuida de muchos de ellos personalmente. Rivaliza en esta abnegación cristiana con el propio Obispo Garaicoa. Y no ha faltado quien le llamara "ángel de Caridad".

Desgraciadamente para el Ecuador, la paz acaba hacia mediados de 1840. Ocurre que en Colombia, que todavía se llama Nueva Granada, un general se ha alzado contra el Gobierno. La rebelión sólo comprende a la provincia de Pasto. Pero esta provincia, hasta ayer, si puede decirse, foco de españolismo realista, una especie de Vendée sudamericana, ha formado parte

del Ecuador. El Gobierno de Bogotá pide al de Quito su ayuda para sofocar la rebelión y le tienta con la promesa de resolver, terminada la campaña, la cuestión de límites. Flores, creyendo poder recuperar para el Ecuador la región de Pasto, y, acaso, llevado también por su gusto de la guerra, asiente a la solicitud granadina. En setiembre, mil soldados ecuatorianos al mando de Flores, a los que después se agregarán otros mil, únense a las fuerzas de Nueva Granada. Es vencido el rebelde y Flores regresa a Quito. Pero pronto sábese que el rebelde, dedicado a la guerra de recursos, ha obtenido varios triunfos. Flores vuelve a ponerse al frente del ejército, entra en Pasto y, provisionalmente, incorpora esta provincia al Ecuador. En Pasto firma sobre las futuras fronteras un convenio que el Congreso granadino desconoce. Flores ha recibido de Nueva Granada una espada de oro en signo de agradecimiento, pero no logra que se pague al Ecuador la indemnización que se estipulara. Pasados los primeros momentos de entusiasmo, la oposición ridiculiza la campaña. Y así comienza el desprestigio de Flores.

Pero nada le perjudica tanto como su actitud frente a la Iglesia. Sería, acaso, exagerado calificarla de anticlerical. Ni un solo acto contra la religión produce el Gobierno. Pero sí numerosos contra el Clero, principalmente contra el Clero regular. Tanto el Presidente como los diputados y senadores, siguiendo en esto la tradición de Rocafuerte, son, aun los más católicos, regalistas. No quieren dejarle a la Iglesia otra jurisdicción que la espiritual. Creen que los asuntos mixtos, los de disciplina externa del clero, deben estar bajo la soberanía del poder civil. Pretende el Gobierno suprimir los pequeños conventos, aquellos en que no haya más de ocho frailes o de ocho monjas. El Gobierno es tan despótico con el clero que a un sacerdote de Cuenca se le procesa por haber dicho que "las puertas del infierno no prevalecerán contra el rebaño de Jesucristo, que el filosofismo quiere cautivar bajo el poder temporal".

En todo esto se advierte la influencia del general granadino don Francisco de Paula Santander, uno de los padres de Nueva Granada, que ha sido Presidente de esa República, cuya política dirige. Santander es francmasón. Flores le escribe con frecuencia. En una ocasión le ha dicho que enviará cierta carta al internuncio, "como usted me lo indica". Y agrega, en

una postdata, que le adjunta la carta y le pide que la lea, la cierre y haga con ella "lo que convenga". En su correspondencia con el masón Santander, Flores habla siempre del "fanatismo" y de "los fanáticos", calificando así a los que defienden las prerrogativas de la Iglesia. Inclusive ha llegado a escribir Flores que si, por medio del internuncio, el fanatismo "pretendiere establecer sociedades religiosas, pronto serán disueltas", y que piensa pedirle al Papa la secularización de todos los conventos, lo que considera "empresa única, que puede hacer la dicha de este país"...

El pueblo es católico y muy ferviente. No tiene noticia de esas cartas de Flores a Santander, pero le basta con lo que ve y oye y con las actitudes del Gobierno, para convencerse de que se va a perseguir a la Iglesia. Desde los primeros días de esta segunda administración floreana comienzan a desparramarse lo que Rocafuerte, en carta a Flores, llama "mil patrañas": que los bienes de los conventos están ya repartidos, que hay un proyecto de divorcio, que se intenta expulsar a los sacerdotes regulares...

* * *

Gabriel García Moreno es ahora, desde 1840, un estudiante universitario. A fines de ese año ha cumplido diecinueve. Ha elegido el Derecho. Su vocación está en las Ciencias Naturales y Físicoquímicas, pero ellas, en el Ecuador, no dan para vivir. Y no gustándole la Medicina ni la carrera militar, no le queda otro recurso que ser abogado.

Es un estudiante extraordinario. Mientras atiende las explicaciones del profesor, lee un libro sobre otra materia. No se toma vacaciones, ni asiste a fiestas ni a reuniones sociales, salvo durante un breve período. Descansa de sus trabajos diversos estudiando idiomas. Para no dormir más de lo que se ha fijado, se acuesta en el suelo, vestido. Levántase a las tres de la madrugada, lávase la cara y, para ahuyentar la modorra, mete sus pies en agua fría. Llega a enfermarse de los ojos, a ponerse neurasténico

No se limita al Derecho. Sigue dedicado a las Ciencias Naturales y a las Matemáticas. En 1840 ha llegado a Quito, contratado por el Gobierno, el sabio francés Sebastián Wisse. Se entusiasma este hombre con el talento del joven García Moreno y consiente en enseñarle Matemática superior. Parece

que el alumno resuelve algunos problemas según métodos propios y a veces antes que el profesor.

Pero Gabriel no sólo combate contra sí mismo con el fin de lograr el saber. También aspira a lograr la valentía, a vencer todo temor. Cierta vez que va a caballo por la montaña, se encuentra con dos caminos: uno llano y sin peligros, y otro angosto y abrupto y orillado por terribles abismos; y elige el segundo, que le obliga a vencer el vértigo. Otra vez, en que anda por los alrededores de Quito con un libro en la mano, instálase debajo de una gran piedra en la montaña, para descansar y defenderse del sol. De pronto, observa que la piedra está a punto de caer y que puede aplastarle. Aléjase de allí al instante. Pero en seguida se avergüenza de su miedo y vuelve.

Enemigos de García Moreno refieren un hecho muy grave, realizado por el estudiante universitario. Parece que, irritado por la clasificación que le pusiera en un exámen uno de los profesores, lo busca y lo abofetea. Aumenta voluminosamente su gravedad la circunstancia de que se trata del Rector, el doctor Mariano Miño, hombre de unos cuarenta años. ¿Es posible que el estudiante cometiera semejante atropello sin ser, por lo menos, expulsado de la Universidad? Si hubo de serlo, como alguien dice, el caso es que no lo fué. Un acto tan odioso hubiera desprestigiado al joven García Moreno, y todo lo que ocurrirá por estos años demuestra que su buen nombre va sin cesar en aumento. Pero tampoco parece posible que dos historiadores, aunque enemigos suyos, mientan con tanto descaro. Acaso Gabriel increpa al Rector, acaso le dice que merece ser abofeteado, y la anécdota, de boca en boca, se va transformando y agrandando. No hay otra explicación.

Pero no cabe duda de que es irritable e impulsivo el estudiante García Moreno. He aquí que tiene un altercado con un oficial del ejército. El oficial lo desafía, y Gabriel, olvidándose de su catolicismo, acepta el duelo. Enterado el jefe del batallón por el mismo oficial, le prohibe salir del cuartel: el duelo está castigado por las leyes. Gabriel acude con sus padrinos al "campo del honor". Como su adversario no llega, se enfurece, va al cuartel, lo hace llamar, lo trata de cobarde y aplícale un bofetón.

Por estos años del 41 y 42, hace un poco de vida mundana. Lindo muchacho, de veinte años, de espléndida estampa, de ilustre y respetable familia, de un talento sin igual y del más

brillante porvenir, es, naturalmente, solicitado por la sociedad. El es bastante ogro y se hace de rogar. Por entonces escribe unos versos que tal vez tengan relación con la vida social que le proponen, y en los que dice no querer amores, no querer hermosas muchachas, porque los amores sólo "dan penas al alma". Pero también podrían referirse a amores pecaminosos.

Al fin, acaba por ceder, y comienza a frecuentar diversas tertulias. Una de ellas es la de Mercedes Jijón de Flores, la mujer del Presidente. Esta señora tiene una hermana menor, Juanita, dueña de un álbum de poesías. ¿Gusta Gabriel de la cuñada de Flores? Escribe en el álbum una letrilla, al modo del poeta español Meléndez Valdés. Trátase de un pastor que ha perdido su dicha al enamorarse de una bella. La dama ha dejado de amarle, y él echa al viento sus quejumbres. Este poema es escrito en 1842, cuando Gabriel tiene veintiún años. Pero deja de ir a la casa, con motivo de ciertos chismes en que le ha metido un guayaquileño.

Para el estudiante que tiene la pasión de saber, estas frecuentaciones sociales son inconvenientes. Pierde el tiempo que él quiere consagrar al estudio. Y un buen día, para terminarlas, para enclaustrarse en su casa durante seis semanas, se hace afeitar la cabeza.

En diciembre de ese año 42, Gabriel cumple veintiún años. Podemos dar por concluída su adolescencia.

II. — JUVENTUD Y REBELDIA

El general Flores no es tan mal gobernante como le creen sus enemigos. Sin duda, no tiene el talento, ni el saber, ni la capacidad de Rocafuerte. Pero hombres como Rocafuerte ha producido pocos nuestra América. Flores se parece a casi todos los gobernantes de estas tierras. Limítase a dar empleos y a firmar los expedientes de trámite y los decretos que forman el tráfago de toda administración. La mediocridad y la rutina de su gobierno son harto frecuentes en América, lo mismo que su afán de colocar en el presupuesto a sus parientes, que son los de su mujer. Pero ha incurrido en tres errores que le serán fatales: el no haber hecho vicepresidente a Roca, faltando a su promesa; la intervención militar en Colombia; y el propósito de prolongar su Gobierno.

Don Vicente Ramón Roca es hombre de talento y de carácter. Tiene gran prestigio, sobre todo en Guayaquil, de donde es oriundo. Corren por sus venas algunas gotas de sangre negra. Tal vez por esto, porque nadie odia tanto como el mulato, le combate a Flores desde hace cuatro años, tenazmente, con verdadera saña. Ahora va a tener mayor motivo para su propaganda contra "el intruso", contra "el extranjero".

Con el fin de perpetuarse, Flores ha ideado una nueva constitución. Ha convocado a elecciones para una convención que habrá de reunirse el 15 de marzo de 1843. La razón que da para justificar su decreto es excelente: el Congreso no se ha reunido ni en 1841, ni en 1842, y tampoco se reunió el Congreso extraordinario que se convocara. Su período presidencial va a terminar en enero. ¿Qué hacer? Todos reconocen que de algún modo es preciso evitar la crisis política que sobrevendrá. Pero los enemigos de Flores combaten el propósito de dar al país una nueva constitución. ¿No basta con reformar la existente?

Flores, cuya viveza y cuyas mañas políticas recuerdan las del guerrillero y presidente uruguayo don Fructuoso Rivera, aparenta haber procedido por iniciativa ajena. Se ha hecho presentar peticiones por diversos cantones y municipios, en las que suplícanle convocar una convención. El Gobierno aparece como cediendo a los deseos de los municipios de Loja e Ibarra, que han invocado razones de "salud pública".

He aquí reunida la Convención de Quito: treinta y tres ciudadanos, algunos eminentes. Poco tiempo han necesitado los autores del proyecto de la nueva Constitución para fraguarla: es, en parte, tímida imitación de la que diera a Bolivia el Libertador. Desilusionado de la Democracia, Bolívar ideó aquella carta semimonárquica, basada en severos principios de jerarquía, de orden y de autoridad. La "Constitución floreana" alarga hasta ocho años la duración del período presidencial y autoriza la reelección. Los diputados durarán en sus funciones ocho años y doce los senadores. Crea esta Constitución un cuarto poder: una "Comisión permanente", compuesta por cinco senadores.

La Constitución es aprobada sin grandes dificultades. Flores, hábil como siempre, había establecido en su decreto de convocatoria que podían ser convencionales los ministros, los legisladores y los empleados; y la asamblea resultóle adicta. Pero el país recibe mal la nueva Constitución, a la que llama "carta de esclavitud", como llama "jenízaros" a los soldados del Presidente. El primero en protestar contra ella es Rocafuerte, que rompe de este modo, y con estrépito, su amistad con Flores. Al ser aprobada la Constitución, el 25 de marzo, el iracundo ex presidente la juzga "monstruo político, engendro de una representación servil y corrompida". Acaso Rocafuerte exagera. No es el Presidente Flores un déspota que exija sumisión. En la aprobación de la carta han entrado por mucho los argumentos de Flores y del autor principal del proyecto, ambos discípulos de Bolívar. En su Mensaje presentándolo a la Convención, Flores ha invocado la necesidad de suprimir la turbulencia la volubilidad, la inexperiencia, "la oposición sistemática".

Apenas aprobada la Constitución, es elegido Presidente (la República, sólo con dos votos en contra, el general Flor(Una oposición impetuosa comienza. Rocafuerte, que ha er grado a Lima, escribe sus "catilinarias", que después son unidas en volumen, y en las que ataca sin la menor miseric-

dia, y a veces sin escrúpulos, a Flores, más acaso al hombre que al gobernante. Pedro Moncayo ha fundado en Piura, pueblo del Perú, el periódico *La Linterna Mágica,* en el que maltrata a todos los hombres del Gobierno, inclusive a los más respetables ex convencionales, con el desparpajo y apasionamiento que son característicos de su eternamente disconforme y espontánea personalidad. Por causa de un decreto, semejante a otro de Bolívar, que establece una capitación de tres pesos y medio anuales a todo varón desde los veintidós hasta los cincuenta y cinco años, prodúcense revueltas en Quito, en el entonces barrio del Puntal, y en diversos pueblos. Más de mil hombres se apoderan de Ríobamba, si bien el movimiento se detiene por falta de armas. En el norte, la sublevación del pueblo es general. Y aparte de estas rebeliones de carácter más económico que político, otras exclusivamente políticas se suceden. En Patate álzase en armas un coronel. En Guayaquil, ciento ochenta ciudadanos piden sediciosamente al Gobierno que convoque otra Convención. El ministro don Francisco Javier de Aguirre quiere enjuiciarlos. Flores, siempre contemporizador y magnánimo, consiente en convocar un Congreso extraordinario. Los ánimos se calman un tanto. Pero la oposición, muy excitada contra Flores, ha resuelto echarlo abajo.

* * *

Entre sus enemigos más ardientes cuéntanse el clero y los católicos. No todos los católicos, sino aquellos que los liberales de entonces llaman "ultramontanos" y que son los intransigentes contra los avances del poder civil sobre los privilegios de la Iglesia.

La nueva Constitución establece que la religión de la República es la católica, "con exclusión de todo otro culto público". No puede pedirse nada mejor para la Iglesia. Pero el intolerante clero ecuatoriano ve en las palabras "culto público" un gravísimo peligro para la Iglesia, sino un ataque. ¿Dónde están el peligro y el ataque? Nadie lo adivinaría. Están, según los miembros del clero, en que esas palabras suponen la posibilidad del ejercicio del culto privado, y en que abren el camino al culto público... Pero, ¿podría ser de otra manera? ¿Es que un judío, pongamos por caso, no ha de tener derecho a rezar en su casa a Jehová, o a realizar las ceremonias que quiera?

Esto parece razonable, pero no lo es para el clero ecuatoriano.

Hay otros motivos de enojo. Ese mismo artículo de la Constitución impone a los poderes públicos la obligación de proteger y hacer respetar a la Religión, "en uso del Patronato". Y esto se complica con el juramento de la nueva Carta, que se impone a todos los empleados, inclusive a los sacerdotes que reciben sueldos del Gobierno. Subleva al clero y a los católicos que los empleos de la Iglesia sean considerados lo mismo que los laicos, y que se obligue al clero a jurar el Patronato, al que la Iglesia doctrinariamente condena. La Constitución y las leyes recientes ponen a los empleados eclesiásticos en un tremendo conflicto: si juran, faltan a su conciencia; y si no juran, pierden su carácter de ciudadanos. Y por fin, los clérigos tienen un último motivo de disgusto en el hecho de que la Constitución, con indudable injusticia, les prohibe ser legisladores.

Levántase el clero contra las reformas. Un eminente sacerdote, el padre Solano, es procesado por un artículo, si bien se le absuelve. El clero de Cuenca y el de Quito exigen declaraciones que expliquen las palabras sobre el culto. Amenazan no jurar la Constitución, aunque experimenten "las últimas calamidades". Se da la declaración, la que sosiega la agitación del clero.

Pero la calma no perdura. Aunque en 1844 el Gobierno se interesa por que regresen al país los jesuítas, al mismo tiempo entrométese demasiado en la vida claustral: llega hasta vetar el nombramiento del provincial de los franciscanos. Muchos clérigos y frailes apoyan al Gobierno. Otros se mantienen ajenos a la política. Y un buen número de ellos se embarca, desde el principio, en el movimiento revolucionario que estallará más tarde.

* * *

Gabriel García Moreno es uno de los más exaltados enemigos de Flores y de su Gobierno.

En 1843, cuando todavía tiene veintiún años y sigue estudiando Derecho, se inicia, en cierto sentido, en la política. Ingresa en la *Sociedad Filantrópico-Literaria*, fundada cinco años antes, y convertida en foco de conspiración. García Moreno habla ante sus compañeros, les lee párrafos de *La Linterna Mágica*, los excita contra el Gobierno, predica la revolución. ¿Es clausurada la Sociedad por las autoridades? Así lo afirman unos

historiadores. Otro dice que el Gobierno adopta providencias para que los oradores "no suban de punto en sus demostraciones antifloreanas", lo que trae la disolución de la Sociedad. El mismo historiador, Juan León Mera, gran católico y que será, años después, amigo y partidario de García Moreno, asegura que algunos, mortificados, echan la culpa de lo ocurrido, "con justicia", a Gabriel, y que los otros se enardecen aun más y se ponen en camino "de la rebelión franca y activa". Y agrega que, entre ellos, es el primero "el lector y comentador de *La Linterna Mágica*".

Gabriel García Moreno tiene el mayor prestigio entre los jóvenes, y puede probarlo el hecho de haber presidido la Sociedad, según lo afirma Roberto Andrade, que será, tiempo adelante, el más feroz de sus enemigos. Discútese si Gabriel ha propuesto o no el asesinato de Flores. Semejante proposición no es digna de un católico. Pero, por ese tiempo, ¿es él realmente católico? Parece indudable que durante cierta época deja de practicar la religión y que se entrega a los amoríos. Esa época no puede ser otra que la de estos años que van del 43 al 45. Roberto Andrade afirma que Gabriel, en una de las reuniones de la Sociedad, ha exclamado: "¡El puñal! ¡Pronto estoy para dar una puñalada al tirano!" Andrade, por entonces muy niño, no lo ha oído, pero sí dos concurrentes que a él se lo contaron más tarde. Parece que Gabriel, cuya erudición teológica es notoria, ha apoyado sus palabras citando a Santo Tomás y a otros canonistas, teólogos y escritores eclesiásticos, entre ellos el Cardenal Belarmino, y a los jesuítas Mariana, Suárez y Molina, que han defendido el tiranicidio. Refiere Andrade que uno de los asistentes, el doctor Manuel Angulo, aquel profesor de Matemáticas al que en cierta ocasión refutara Gabriel, ha dicho: "Yo no soy partidario de ese regicidio canónico"; y que otros dos, un doctor Cornejo y un señor Guerrero, se han comprometido a acompañar a García Moreno. Por su parte, Pedro Moncayo cuenta que García Moreno, que había impreso a la Sociedad "un carácter fogoso y violento", que revelaba ser "un dictador en cierne", cierta noche, al discutirse el medio de librar al país de la nueva tiranía, ha exclamado: "El medio más pronto y más seguro es el puñal, y yo me ofrezco a llevar adelante este proyecto, si alguno de mis socios quiere acompañarme". A lo que Cornejo contesta: "Yo acompañaré a usted". Pero Moncayo habla como si estas cosas hubieran sido

dichas en otra Sociedad que ha reemplazado a la *Filantrópico-Literaria.*

¿Han deseado realmente el joven García Moreno y algunos de sus camaradas asesinar a Flores? El historiador Pedro Fermín Cevallos refiere que la Sociedad "había proyectado" librarse del Presidente "por medio de un asesinato". Agrega que, rechazada la idea por casi todos, otros han insistido en llevarla a cabo. El doctor Antonio Borrero Cortázar, que será primero gran amigo de García Moreno y después rígido adversario, escribirá: "Por esa época, García Moreno anduvo en conciliábulos revolucionarios, en los cuales se trataba de quitar la vida al general Flores". Juan León Mera, panegirista de García Moreno, encuentra que no es inverosímil "que se hubiese tratado de asesinar a Flores, ni que García Moreno hubiera tenido parte en el proyecto". Y lo explica diciendo que esos muchachos, que poco antes han dejado las aulas con la cabeza "llena de lecciones de historia griega y romana, no discernidas por la filosofía cristiana", tienen por modelos a Harmodio y a Aristogitón, a Casio y a Bruto.

¿Intentan García Moreno y sus amigos poner en práctica el proyecto? Andrade afirmará saber, por relato de los señores Cornejo y Guerrero, que, una noche, ellos y García Moreno se pasan las horas, hasta el amanecer, puñal en mano, en un zaguán del barrio de Santa Catalina, donde vive una querida de Flores. Inútil espera, porque Flores no sale en toda la noche. Entonces, Gabriel sube a la azotea de un edificio vecino y más elevado que el otro, desde el que se ven los corredores de la casa donde está holgándose el Presidente. Y allí, con un fusil en la mano, espera, sin resultado, su aparición. Pedro Moncayo contará las cosas de otro modo: Cornejo y García Moreno ven cierta noche a Flores entrar en una casa de la plaza de San Francisco, acompañado de su edecán, y deciden aguardarlo, pero a las once sale, envuelto en una capa bordada, un individuo que resulta ser el edecán.

Ni Andrade, ni Moncayo, merecen entera fe. ¿Debe creerse, por eso, que sea falso todo cuanto afirman? Alguna verdad debe haber en sus relatos. Gabriel García Moreno es exaltado y apasionado. A pesar de su cristianismo, es capaz de grandes odios. Por entonces, en 1844, compone un *Soneto Político* en el que habla del "despotismo odioso de un soldado", y llama a Flores "tiranuelo" y "asesino". Si bien no propone su asesinato,

se pregunta si faltará quien, con brazo fuerte, *arroje para siempre y sin clemencia, de una Roma infeliz al cruel Tarquino.* Moncayo referirá años más tarde que el joven político y poeta hace circular unos versos contra Flores, sin decir si son de García Moreno o de algún otro, en los que se anatematiza al Presidente como a un "cruel tirano, del crimen nacido", y llámase "vil fementido" a todo aquel que le soporta.

En estos días de fines del 44, ya no existe la *Sociedad Filantrópico-Literaria.* Ahora se ha fundado otra análoga, la *Sociedad Filotécnica.* Se instala públicamente, y, para desorientar al Gobierno, con cierto aparato. El pretexto es el amor al arte, que eso significa en griego el nombre de la institución. El verdadero propósito es echar abajo a Flores. Acaso algo de lo hablado y sucedido en la Sociedad anterior pertenece a esta otra: los que sobre estos temas han escrito, mezclan los acontecimientos y los confunden un poco. Lo indudable es que esta nueva Sociedad de conspiradores dura apenas unos meses. Muchos de sus miembros se dispersan para trabajar mejor en el movimiento revolucionario que se prepara. Y no es difícil que las autoridades, directa o indirectamente, hayan provocado su disolución.

* * *

En este año de 1844, Gabriel recibe el título de "doctor". Pero todavía no es abogado. Hoy nos parece una rareza que el título académico preceda al profesional. Ello es frecuente, sin embargo. En la Argentina ocurre lo mismo en los tiempos en que estudia Hipólito Irigoyen. Para poder ejercer su profesión, García Moreno necesita cierto tiempo de práctica.

El certificado de la Universidad dice que se le ha conferido la "investidura" de Doctor el 26 de octubre. Firman el Rector y dos catedráticos de la Facultad de Derecho. Pero desde antes de su examen, el primer día de julio, se ha inscripto en la Academia de Derecho práctico; y se ha matriculado en la secretaría de la Corte Suprema de Justicia, con el objeto, dice el certificado, "de ejercitar su práctica". Y no bastándole todo eso, concurre también, como practicante de Jurisprudencia, al estudio del abogado Ramón Borja, en donde empieza a trabajar el primer día de julio. Continuará allí hasta setiembre del 45, en que el abogado se marcha a Cuenca. Su conducta, como dirá el doctor Borja en su certificado, es "intachable, y

muy recomendable su afición para las letras". Muestra también "disposiciones nada comunes para la abogacía". Y termina el doctor Borja diciendo que cree "muy fundadamente" que García Moreno ejercerá con gran éxito la profesión a que aspira.

Ya aparece el asombroso dinamismo de Gabriel, pues mientras practica en tres partes a la vez, hace política revolucionaria, y todavía tiene tiempo para seguir estudiando Ciencias Físicas y Matemáticas con el ingeniero Sebastián Wisse.

Las ciencias y la política: he ahí las dos mayores pasiones de García Moreno. Por estos años, está en una encrucijada de su vida. ¿Será un sabio, solamente un sabio? ¿O será un gran político, un renovador, conductor y civilizador de su pueblo? Acaso es por obra indirecta de Flores, cuya política él juzga abominable, que Gabriel se decide por el segundo camino. Una vez, un peruano condiscípulo suyo le aconseja escribir la historia del Ecuador. Y entonces Gabriel, que sin duda ya ha elegido su ruta y que, tal vez, presiente su futura grandeza, le responde: "Mejor es hacerla".

* * *

No obstante la resolución de dedicarse a la política, realiza, a principios de 1845, junto con Wisse, una hazaña auténtica: desciende al cráter del Pichincha. Nada revela más enérgicamente su valentía y su amor por la ciencia. El no ha contado esta dantesca excursión, pero sí Wisse, en una carta al cónsul del Ecuador en París.

Es el 14 de enero. Salen de la capital los exploradores y van a dormir en una hacienda, en un vallecito al pie del volcán. Al día siguiente, montan en sus mulas con un criado, y, acompañados por un indio que les sirve de guía, comienzan la ascensión. Todo va pasablemente hasta la parte superior del volcán. Aquí el suelo es una piedra pómez muy delgada en la que, a cada paso, se entierran hasta veinte centímetros. Esfuerzos hercúleos para andar y, sobre todo, para no retroceder involuntariamente en tan movedizo suelo. Dirígense hacia uno de los picos. Llegan a las once y media de la mañana. La niebla les impide ver a quince metros. Poco a poco, desde el borde del cráter, empiezan a distinguir algo en su interior. Resuelven meterse adentro. "Y hénos aquí —dice Wisse— lanzados como locos en la empresa más temeraria, y entregados a peligros que, tal vez, jamás hombre alguno se haya atrevido a afrontar". El

guía niégase a seguirlos. Le entregan los ponchos y todo cuanto pueda incomodarlos en el descenso. Un enorme perro los acompaña algunos metros; pero muy pronto, asustado por el estrépito espantoso de los bloques de piedra que se desprenden de las paredes y ruedan al fondo del cráter, resuelve, con canina inteligencia, abandonar a los audaces que no temen morir aplastados por aquellas piedras gigantescas y arrastrados al fondo.

Mientras descienden lentamente, la brisa ha desalojado un poco a las nubes y ya se ve el fondo del cráter y el borde opuesto a aquel por el que ellos han entrado. Bajan más, y he aquí que llegan a "una profunda quebrada, larga, angosta, abierta a la izquierda y erizada, por todas partes, de inmensas masas de piedras desprendidas de las paredes". Cuelgan el barómetro en una piedra y ven que han bajado trescientos metros. Siguen descendiendo y llegan al punto más bajo de la cresta que separa los cráteres. Olor muy fuerte de vapores sulfurosos, que no saben de dónde proceden. Ahora bajan por un camino cada vez más peligroso. Han entrado en un segundo cráter y sus paredes son de mayor pendiente que las del primero. Descubren un montículo en el centro del cráter. Ven humaredas y largas capas amarillentas en el suelo. No les cabe duda: han llegado a las bocas del volcán. Suben al montículo. Luego alcanzan a las bocas por donde el vapor sale abundantemente y con mucho ruido. Están los exploradores en comunicación directa con el centro de la tierra, quizá con los antípodas de Sumatra. Ya no pisan sobre rocas, sino sobre una mezcla de tierra, ceniza y azufre. El calor es horrible. Examinan las numerosas bocas del volcán. Una cierta grieta les causa inquietud. Y piedras inmensas, ruidos de derrumbamientos y olor a huevos podridos. A las cuatro de la tarde suspenden sus observaciones porque no se ve ya nada. Llueve fuertemente. Se refugian debajo de un bloque para mirar el barómetro, pero el barómetro ha desaparecido. Ahora llueve a torrentes y nieva. Se han formado grandes ríos. Los caminos para subir están llenos de agua, intransitables. Las aguas arrastran piedras. Grandes bloques, describiendo inmensas trayectorias, rebotan diez y aun veinte veces antes de llegar al fondo. Algunos vuelan sobre las cabezas de los dos hombres espantados. El eco multiplica el ruido de los derrumbes. Se agarran de las piedras y las piedras se desprenden y ellos resbalan hacia abajo. Todo se llena de agua, de lodo y de nieve. Las manos, heladas, no pue-

den reconocer la forma de los objetos. Para engañar el hambre, comen nieve. Siéntanse a cada paso para poder respirar. Tratan de salir del cráter oriental. Pero, ¿a dónde irán? Wisse, que marcha adelante, trepa a una roca. Apenas está arriba, advierte que la masa, de poca consistencia, se desprende, y le grita a su discípulo: "¡Sálvese!" La masa ha podido aplastar al muchacho, que se libra de la muerte escondiéndose bajo otra roca. Ya han subido mucho. Al acercarse a la entrada del volcán, llaman al indio. No responde. Acaso no puede oírles. En la desesperación de no poder avanzar más, piensan de nuevo en pasar la noche dentro del volcán. Están mojados hasta los huesos. No tienen nada para comer. Peligros de muerte los amenazan. Tratan de no dejar entumecer el cuerpo, a fin de salvarse de morir. Pero se sobreponen al cansancio y al hambre y siguen avanzando.

¡Ya están en la orilla del cráter! Son las siete de la noche. Comen puñados de nieve, la que les desgarra el paladar. ¿Y el indio? No aparece por parte alguna. Llueve torrencialmente. Los exploradores se dejan caer sobre el suelo de piedra pómez. Este suelo es, naturalmente, resbaladizo, y así, sin más trabajo que mantener el equilibrio, los dos hombres se dejan arrastrar y "con admirable rapidez" llegan abajo. Gritan desesperadamente en la ilusión de que alguien les oiga. No aparecen ni el guía, ni el criado. Tampoco se ven las mulas. "¡Estamos abandonados!", exclama Wisse al contar su aventura. Caminan para conservar un poco de calor en sus cuerpos. Se pierden. Atraviesan un hondo barranco en busca de lo que creen el buen camino. Oyen ladridos de perros y voces humanas. Aparece el guía. Están en la pendiente de una quebrada, de la que jamás habrían salido por sí mismos. El guía los lleva a una cabaña. ¡Han andado tres leguas desde el cráter! Allí el criado y el indio los reciben llorando, pues los creyeron muertos, sobre todo desde que vieron volver al perro solo. A la mañana siguiente bajan a la hacienda y luego entran en Quito.

El geólogo Wisse, orgulloso de su hazaña, dice: "De todos los sabios que han visitado el volcán, ninguno ha bajado al cráter. Hace cien años los académicos franceses, después de varias tentativas, renunciaron a penetrar en él". Sólo "dos locos" —así lo afirma— han podido borrar la palabra "imposible". Y agrega, ufanamente: "La altura que hemos descendido

y vuelto a subir en seguida, es mayor que cuatro veces la más alta pirámide de Egipto y cinco la torre de Estrasburgo..."

Y con todo lo que han padecido en su aventura, con los peligros por que han pasado, intentan renovarla. "Tengo el proyecto —dice Wisse— de regresar en la buena estación próxima con mi excelente discípulo". Piensa hacer con él un estudio completo del volcán, dedicándole una semana. Tratarán de levantar el plano exterior de los cráteres y de las dos aberturas, de reconocer las bocas volcánicas, de medir las alturas y de estudiar la composición geológica de los cráteres. Es espectacularmente interesante que a estas cosas se dedique con pasión un muchacho de veintitrés años, que es ya un político y que durante más de tres lustros será un gran conductor de hombres y el dueño y señor de su país.

* * *

Por esos días, la conspiración avanza. Su centro está en Guayaquil. Rocafuerte, el poeta Olmedo y hasta el general Urvina, hasta ayer partidario de Flores, preparan allí el movimiento. A todos los mueve don Vicente Ramón Roca. Y el jefe militar será el general Antonio Elizalde.

Mediados de febrero. El gobernador del Guayas, un señor que lleva el espantoso apellido de Espantoso, huele el movimiento y destierra a Roca y a un coronel de los conjurados. Roca, entonces, hace estallar la revuelta. Y el 6 de marzo, el general negro Ayarza, el general Elizalde y otros altos jefes preséntanse en el cuartel de Artillería. Allí se pronuncian contra el Gobierno. Y numerosos jóvenes van al cuartel para armarse. Hay algún combate, en la propia Guayaquil. Al cabo, don Manuel Espantoso, espantado, renuncia y capitula. Fórmase un Gobierno provisional, un triunvirato, en el que Olmedo representa a Quito; Roca, al distrito del Guayas; y Diego Noboa, al del Azuay, cuya capital es la docta Cuenca. Este triunvirato modifica la bandera ecuatoriana y borra los quince años del gobierno "extranjero" de Flores. En adelante, 1845 será indicado en los documentos públicos como el Año I de la Libertad.

Mientras tanto, el general negro Otamendi, fiel por el momento al Gobierno, se ha instalado con buenas tropas cerca de Babahoyo, en la hacienda *La Elvira*, de propiedad de Flores. Allí lo ataca el 3 de mayo el jefe revolucionario Elizalde, que es vencido. El presidente Flores abandona Quito, y va también

a *La Elvira*. Nuevo combate el 9 de mayo y nueva derrota de los rebeldes. Pero, a pesar de estos dos triunfos, Flores no tiene motivos para estar contento. Su amigo y protegido el general José María Urvina, gobernador de la provincia de Manabí, se ha pasado a la revolución, con su ejército, dos meses atrás. Rocafuerte, a quien el triunvirato nombrara Encargado de Negocios en Lima, compra allí armas y municiones para los rebeldes. En mayo se pronuncian por el movimiento Esmeraldas, Loja y Alausí. El vicepresidente Valdivieso, que ha quedado en Quito en ejercicio del poder, abandona la capital y se traslada a Latacunga con la guarnición. Y entonces Quito se subleva también.

Flores puede, acaso, vencer a sus enemigos, pero después de larga, dolorosa y costosísima lucha. Prefiere pactar, y así lo hace. Le han propuesto un armisticio y lo acepta. Sus representantes y los del Triunvirato de Guayaquil firman un convenio en la hacienda *La Virginia*, de propiedad de Olmedo, el 17 de junio, y, al otro día, un acta adicional. Hábil como siempre, Flores obtiene las mayores ventajas imaginables: conservará el título, los honores y el sueldo de general en jefe; se le pagará la cantidad que el Estado le debe; y recibirá veinte mil pesos para que se mantenga en Europa durante dos años, al cabo de los cuales podrá volver al Ecuador. El se compromete a embarcarse en seguida. Su familia, que por ahora quedará en Quito, será tratada con las debidas consideraciones. En cuanto a sus partidarios y jefes y oficiales que le han sido adictos, no serán enjuiciados ni perseguidos: el convenio establece que a nadie se molestará por sus opiniones pasadas ni por servicios prestados al anterior gobierno.

El vicepresidente en ejercicio, Valdivieso, firma, por su parte, un convenio análogo con los representantes del Triunvirato. Ambos convenios son ratificados por los triunviros con estas graves palabras: "Empeñamos y comprometemos el honor nacional". Y firman don Diego Noboa, don Vicente Ramón Roca y don José Joaquín Olmedo. Los tres son respetables y respetados. Olmedo, cumbre de las letras y de la cultura hispanoamericana —recordémoslo— es el autor del *Canto a Junín* y de otro poema no menos notable, *Oda a Miñarica*, escrita hace once años y en la que elogiaba a Flores. No es que él haya cambiado, sino que el general Flores, vencedor contra la anarquía de 1835 y merecedor de sus elogios, se ha convertido en un presidente

perpetuo, en una especie de déspota, a quien buena parte del Ecuador, desde hace dos años, ha deseado ver fuera del poder.

El 25 de junio, Flores parte hacia Europa. Antes de embarcarse, al ver a los que han ido a despedirle, suelta el llanto. Así ha caído el fundador de la patria ecuatoriana. De ella debe alejarse, como José de San Martín se alejó de la patria argentina, y como Simón Bolívar hubo de alejarse, pero le detuvo la muerte, de la patria colombiana. Se ha dicho de Castilla: "Hace los hombres y los gasta". Pudiera decirse de América: "Engrandece a los hombres y los desprecia". Con la caída de Flores ha terminado todo un período de la historia del Ecuador: el período "floreano", que ha durado quince años, desde 1830 hasta 1845. Ahora va a empezar un nuevo período, al que el 6 de marzo dará su nombre. Este período "marciano" durará también quince años, al cabo de los cuales comenzará otro, de duración exactamente igual. En la Quito de 1845, a nadie se le ocurre que el personaje que dará su nombre a este último período pueda ser el muchacho exaltado y violento, el estudiante sin un cobre en el bolsillo, el revolucionario enemigo de los tiranos, que se llama Gabriel García Moreno.

¿Qué ha hecho él durante la revolución? Harto poco, pues el movimiento ha sido en Quito tardío. Y no fué preciso combatir. Sólo sábese de él que, encontrándose con otros jóvenes en Tumbaco, lugar próximo a Quito, como vieran llegar a unos indios, a los que el Gobierno enviara con armas para la salvaje y lejana región del Napo, los emborracharon y les quitaron quince fusiles. No es gran hazaña, dada la inocencia y la propensión alcohólica de los indios. Pero la obra de García Moreno ha sido de la mayor importancia y eficacia en la preparación de la revuelta. Es increíble todo lo que él se ha movido, lo que ha hablado y discutido. Y como posee en el más alto grado el don de la palabra y un talento poderoso que le permite argumentar con lógica inexpugnable, ha sabido atraer a las gentes a su causa, infundirles confianza y aun exaltarlas de entusiasmo revolucionario.

* * *

El Gobierno provisional ha convocado el 11 de julio a elecciones para la Convención que, reunida más tarde en la lejana y sureña Cuenca, deberá elegir al nuevo presidente de la República. Mientras todos se preparan para la lucha política, él

se alista, junto con su profesor y amigo el geólogo Wisse, para un nuevo descenso al cráter del Pichincha, aventura heroica y maravillosa que ambos describirán en seguida.

Es el 11 de agosto. Cerca de ocho horas a caballo hasta llegar a la choza *El Corral*. El 12 suben a caballo cuatrocientos setenta metros, hasta el comienzo de las capas de piedra pómez. De allí, trepan otros cuatrocientos setenta metros, en hora y media, hasta la arista del cráter. Levantan el plano de los contornos del volcán, y a las cuatro retornan a la choza. Día 13: descenso a los cráteres, con instrumentos, algunos víveres, vino y hielo y en compañía de un indio. Wisse, después de tres cuartos de hora de veloz marcha hacia abajo, llega a las dos y media de la tarde al fondo del cráter. García Moreno, seguido del indio, se empeña en seguir un camino abierto por el agua; pero rodeado de peligros, expuesto a despeñarse, toma el otro camino, y a las cuatro se encuentra con Wisse. Han bajado trescientos veinte metros. Marchan por un torrente seco y encuentran —dice García Moreno— "una peña inclinada que forma una especie de altar, la que elegimos para refugiarnos durante la noche, sin más cama que un poco de musgo y algunos vegetales y sin más techo que la bóveda inmensa de los cielos". Duermen envueltos en sus ponchos de bayeta y con una temperatura de dos grados. Desde el amanecer del 14 hacen estudios y exploraciones. Levantan el plano del curso del torrente. Se alimentan con sus víveres y retornan a pasar una segunda noche bajo la piedra. El 15 descienden al cráter encendido. Arrojan en su boca unas botellas llenas de nieve. Llegan al fondo a las ocho, después de "dos horas de infinitos peligros", dice Wisse. Han descendido cuatrocientos diez y ocho metros, según el ecuatoriano, y cuatrocientos setenta y cinco según el francés. Las bocas encendidas del volcán son setenta. Sale de ellas un humo abundante, y el calor es tan intenso que no lo puede soportar un ser humano. Los gases producen, según García Moreno, un ruido semejante al de un torrente lejano. El paisaje o, por mejor decir, el interior del volcán, debe recordar al infierno dantesco. El joven ecuatoriano, que, en sus veinticuatro años, es ya un escritor, lo describe así: "Vistos los cráteres en un día claro, con sus aristas en forma de dientes de sierra, sus altas peñas desprendidas de la masa general en actitud de precipitarse y

el humo amarillento que serpea en medio de una profundidad espantosa, presentan un espectáculo magnífico y terrible, y más grandioso por el silencio que reina en la naturaleza. De vez en cuando es interrumpido este silencio por los silbidos del viento o por el estrépito con que se derrumban las piedras, unas veces rodando por los declives y otras saltando de peñasco en peñasco y arrastrando consigo cuantas se hallan en su camino".

El 15, a las dos de la tarde, con niebla y llovizna, parten hacia el cráter del este, rumbo a la salida del volcán. No ven ni a diez pasos. En lo mejor de la marcha ocurre un accidente que por muy poco deja sin vida a García Moreno y al indio. Cuenta Wisse: "subían por una barranca y alcanzaban un codo o cambio de dirección, cuando se oyó un terrible tronido en la altura, y, al instante, una nube de gruesos proyectiles pasaron con horrible estrépito a dos metros de sus cabezas; si se hubieran adelantado tres pasos más, habrían sido irremediablemente precipitados por el alud". A las cuatro y media llegan al fondo del cráter oriental, agotados por la fatiga y el hambre. "Aunque mojados —dice Wisse— y cubiertos de heridas, en estado lamentable, nos resolvimos a pernoctar en la acostumbrada guarida, porque por mi parte no me quedaban fuerzas para subir a la cima del volcán". ¡Otra noche bajo la piedra, adentro del Pichincha! Wisse refiere que, por única comida, toman un poco de nieve. Se agazapan detrás de la roca, y, sin pegar los ojos, pasan la noche "al modo de los indios, es decir, —explica el francés— con la cabeza entre las rodillas, porque la lluvia no nos permitía acostarnos". Al otro día, el 16, con la aurora, y empapados por la lluvia y el rocío, pónense en marcha. Están entumecidos y como "petrificados", según el francés. Refréscanse con nieve y empiezan a subir. Otra vez García Moreno ha estado a punto de perecer. "Mi compañero, el señor García Moreno —dice Wisse—, subía por un plano de muy fuerte inclinación; el pie le faltó y resbaló de espaldas, por un espacio de diez metros, hasta que tropezó con una piedra que, felizmente, no se desprendió". Por fin, a las nueve de la mañana, "después de inauditas penalidades", según Wisse, llegan a la cima del volcán.

Estas aventuras atrevidas, y que no han terminado, revelan en Gabriel García Moreno su espíritu de luchador. Toda su vida será una gigantesca lucha. Así como ahora ha luchado

contra la hostil naturaleza del Pichincha, ha luchado y luchará hasta su último aliento contra los hombres, contra sí mismo y contra las ideas que él considera perniciosas para su patria. Acaso estas excursiones fortalezcan y templan su carácter enérgico y viril. Y acaso han sido para él escuela de austeridad y aspereza, de violencia y de pasión.

* * *

He ahí reunida en Cuenca la Convención que habrá de elegir al presidente de la República. Es el 3 de octubre de ese mismo 1845. Asisten cuarenta y dos convencionales. Varios son sacerdotes eminentes: monseñor José Miguel Carrión, obispo auxiliar de Quito; el canónigo Andrés Villamagán, a quien se le atribuye talento y saber; el clérigo José Antonio Hidalgo, que renunciara al obispado de Cuenca; el doctor José María Riofrío, que años más tarde será Arzobispo de Quito; y monseñor Ramírez y Fita, obispo electo de Guayaquil. Hay otros hombres de prestigio y valer en la asamblea: Jerónimo Carrión, que será años después presidente de la República; Pedro Moncayo, el escritor y libelista; Pedro Carbo, especie de patriarca guayaquileño; Roberto Ascásubi, con quien va a emparentar políticamente García Moreno; y el doctor Antonio Bustamante, distinguido jurisconsulto y a quien por sus virtudes llaman Catón; y el doctor Manuel Ángulo, profesor reputadísimo.

Hay dos candidatos: José Joaquín Olmedo y Vicente Ramón Roca. Olmedo, gran señor, hombre de fortuna y espíritu de calidad, es considerado por algunos de sus poemas, sobre todo por el canto a *La Victoria de Junín,* como el máximo poeta de América. Tiene sesenta y cinco años. Es abogado y ha sido profesor universitario en Lima. Diputado a las Cortes de Cádiz, debió huir al ser repuesto Fernando VII. Ha ocupado numerosos cargos: jefe del Gobierno interino, en 1816; miembro del segundo Triunvirato; representante en Francia, Inglaterra y España; vicepresidente en 1830; gobernador del Guayas poco después; y ahora miembro del Triunvirato. Su prestigio extiéndese por toda América y aun llega a Europa, circunstancia importante por las complicaciones internacionales en que se encuentra el Ecuador. El otro candidato, Roca, es un comerciante austero, enérgico, inteligente y buen administrador. Pertenece a una familia acaudalada de Guayaquil; pero él no posee fortuna, tanto que, al dejar el poder, entrará como empleado en

el escritorio de un pariente suyo. Ha revelado talento político al dirigir la campaña contra Flores. Aunque su sangre no es enteramente blanca, nadie le objeta por esto. Y tiene un gran título: la amistad con que le honró Bolívar.

No cabe duda de la superioridad de Olmedo. Rocafuerte lo apoya. Pero en la Convención tiene mayoría Roca. Dícese que los amigos de Roca, y aun él mismo, conquistan votos ofreciéndoles a los convencionales empleos en el futuro Gobierno. Cuentan con veintiocho y Olmedo con catorce. Les falta un voto a los roquistas para pasar de los dos tercios y poder imponer a su candidato. Y entonces compran a uno de los catorce.

¿Es enteramente cierta esta compra de votos? Entre los veintiocho que siguen a Roca figuran hombres austeros y algunos sacerdotes. Acaso el intercambio no ha ocurrido del modo que se dice. ¿Y es tan malo que, terminados sus cargos, los convencionales vayan a ocupar los mejores empleos y, sobre todo, dada la escasez de hombres de que padece el Ecuador, y cuando esos convencionales no forman siquiera un partido —no hay todavía partidos—, sino apenas un grupo que será como el embrión del conservadorismo? A la Convención llega la noticia de la acusación que se le hace, y el 20 de octubre decide que sus miembros no podrán ocupar empleos en el próximo Gobierno, ni, los que son sacerdotes, cargos eclesiásticos.

Triunfa Roca, que asume el poder el 22 de febrero. Elige bien sus ministros. Ninguno de los tres ha sido convencional. El de lo Interior y Relaciones Exteriores es el doctor Manuel Gómez de la Torre, cuyo hermano, que fué convencional, votó por Olmedo. El de Hacienda es el doctor Manuel Bustamante, ausente de Quito. Hasta que llegue, lo reemplazará Roberto de Ascásubi, que votó también por el poeta. La Convención ha elegido vicepresidente de la República al coronel don Manuel de Ascásubi, hermano mayor de Roberto.

La asamblea de Cuenca aprueba una nueva Constitución. En ella se reducen las facultades presidenciales, el poder de los extranjeros y la intransigencia religiosa de las constituciones anteriores. Por sus diversas resoluciones, según dice Rocafuerte, al terminar los trabajos, esta asamblea ha dado muerte al militarismo y a la dominación extranjera. Pero incurre en el error de desaprobar los convenios con Flores, lo que trae la confiscación de sus bienes. Esos convenios, aunque inmorales y aun

ilegales, garantizaban la paz; y su ruptura significa el reanudarse de los odios y de las conspiraciones.

* * *

Por aquellos comienzos del 46 ha ocurrido un hecho, por entonces oscuro e insignificante, pero que años más tarde cobrará trascendental importancia en la vida de García Moreno.

Un señor Francisco Montalvo, ex diputado a la Convención, ha sido nombrado Director General del Crédito Público. Es hombre inteligente e ilustrado. Ha sido profesor de Literatura en el Convictorio de San Fernando: uno de sus mejores alumnos fué Gabriel García Moreno. ¿Dónde estaba Montalvo al recibir la noticia de su nombramiento? No interesa mayormente. Tal vez en Guayaquil. El caso es que parte hacia Quito y se detiene en Ambato.

En este pueblo viven sus hermanos. Uno de ellos, el menor, Juan, que apenas tiene trece años, es un chiquillo sorprendente. Posee una prodigiosa memoria y asimila todo con rara facilidad. Francisco cree que el muchacho promete. ¿Cómo dejarlo en aquella aldea de Ambato, en donde no podrá formarse? Habla con otro de sus hermanos con quien vive el muchacho, y resuelve llevarlo pronto a Quito.

Así sucede. Y un día de 1846 llega a la capital del Ecuador Juan Montalvo, que será con los años uno de los más grandes escritores de America y el más ilustre y enconado enemigo de Gabriel García Moreno. De quedarse Juan en el pueblo, en donde no habría adquirido la cultura que tendrá con el tiempo, ni, por consiguiente, su magnífica y sabia prosa, Gabriel García Moreno no hubiera recibido sus golpes implacables, no se hubieran escrito contra él tantas páginas crueles y clásicas. La Historia debe recoger y mostrar, a medida que van ocurriendo, ciertos hechos aparentemente pequeños y oscuros, pero que son, acaso, más trascendentales que otros visibles y ruidosos.

* * *

El joven Gabriel García Moreno, sin duda por frecuentar los volcanes, está él mismo hecho un volcán. El gobierno de Roca le tiene indignado y furioso. Pero más que al Presidente, odia a los convencionales que le votaron por promesa de em-

pleos. Y para desahogar su furor, funda un periodiquito, *El Zurriago,* cuyo primer número aparece el 18 de marzo.

En la escala periodística, *El Zurriago* ocupa uno de los últimos lugares, apenas uno más arriba que las hojas manuscritas que en los postreros años de los colegios secundarios redactan los muchachos con aficiones literarias y que circulan a escondidas de mano en mano. *El Zurriago* —una sola hoja— se reparte gratis y a hurtadillas. Ni pie de imprenta, ni nombre de ciudad. El segundo número aparece como editado en Samborondón, aldea próxima a Guayaquil, y con cuyo nombre —por lo de "zambo"— se alude al color del Presidente. Está malamente impreso, aunque en papel fuerte, en cuarto menor y con tipos antiguos y defectuosos. No faltan líneas torcidas, lagunas, partes casi borradas. Algunas letras que no había han sido fabricadas rudimentariamente, en la imprentita de mala muerte. Dícese que el pasquincito se compone en el propio cuarto de García Moreno, su único redactor.

El primer número consta del Prospecto, una *Sátira,* una advertencia y dos breves notas a la *Sátira.* El segundo, de dos artículos y el soneto *A la Patria.* El tercero, de tres artículos y el *Romance Satírico.* El cuarto, de tres artículos y la fábula *El perro y los ratones.* Y el quinto y último, aparecido el 9 de julio, de tres artículos y dos notas. Los artículos tratan de la Convención pasada, de cómo se compraron los votos, del efecto causado por el pasquincito, de su defensa, de quiénes son sus redactores y de una conspiración descubierta.

García Moreno, mientras dura este ensayo periodístico, y, posteriormente, algunos panegiristas suyos, atribuyen al pasquincito gran importancia. Puede afirmarse que en la vida política ecuatoriana no la tiene. La escasez de la tirada no le permite ser leído por un vasto público. Llama la atención, eso sí, por su abundante procacidad. La *Sátira,* sobre todo, escandaliza, pues el autor llama a los convencionales por sus nombres y los califica sin el menor respeto, ni escrúpulo, ni misericordia. El doctor Manuel Angulo, su ex profesor, aparece como hipócrita, fanático, ambicioso. Al canónigo Villamagán, sacerdote virtuoso y de mucho saber, le juzga "majadero", le acusa de "chocha estupidez" y de haber querido levantar "el trono de la superstición y la ignorancia". Al doctor Rafael Borja, magistrado judicial, le califica de "bajo". Del doctor Bustamante dice que "vende su honra y a la patria vende" al que le ofrece "fructuosa

dignidad". A don Jerónimo Carrión, a quien, años más tarde, él hará presidente de la República, le dice, moderadamente, "finchado". A Ramírez y Fita, obispo electo de Guayaquil, lo considera "astuto", lo que no es grave cargo, pero agrega que anhela "mitrar" — ocupar las mitras — de Cuenca y de Quito. Uno de los convencionales es "necio y torpe"; otro, "imbécil"; un tercero, "estólido", sobrepuja "en albardas" a todos los demás. El sacerdote Hidalgo, que, por humildad, no aceptará más tarde el obispado de Cuenca, le merece el calificativo de "zafio". Y esto sin contar las enormidades que dice de todos en conjunto. A los sacerdotes les llama "la chusma clerical hambrienta". Aplica a todos estas palabras: inmunda bahorrina, malvados, pérfidos, ladrones...

Esto, en verso. En prosa, llama a los que votaron por Roca "los malvados, los veintiocho que prevaricaron". Del general Urvina, secretario general de Gobierno, dice: "Para él los vicios no tienen arcanos, ni la prevaricación misterios; para él no hay código en el mundo que haya previsto el límite de sus excesos; para él la moral y el honor son quimeras". Y pinta así al canónigo Villamagán: "desharrapado y grasiento", con "un olor rancio y desagradable, altamente ofensivo a las narices", y dice que es "para los necios un sabio, para los sabios un necio, muy bueno para los tontos y muy tonto para los buenos".

Pero si no importancia política, *El Zurriago* la tiene, y en alto grado, para el historiador que quiere conocer los talentos literarios y la psicología de García Moreno.

El muchacho alcanza apenas a los veinticinco años. Si ha estudiado mucho y sabe muchas cosas, es indudable que su inteligencia jamás ha ido hacia la literatura. Absorbido por las Matemáticas, por las Ciencias Naturales y Físico-Químicas, no ha podido leer muchas poesías ni libros de bella prosa. No ha cultivado su aptitud literaria. Y, sin embargo, escribe con la seguridad de un escritor hecho. Aquí y allí, en los cinco números del pasquincito, se leen frases notables por su vigor, su exactitud expresiva o su ingenio. Como Angulo elogiara al Presidente por su sagacidad, advierte que esta palabra caracteriza al astuto y ladino, y agrega: "Sin saberlo ha dicho la verdad, por tener algo de niño y mucho de loco; y queriendo incensar a su ídolo, le ha arrojado a la cara una brasa del incensario". El tono de su prosa es, a veces, declamatorio, defecto de casi toda la literatura hispanoamericana, pero excusable en

estas páginas de combate. García Moreno adjetiva con precisión y sus palabras son sobrias y eficaces.

Ya se ve el carácter del hombre en sus comienzos periodísticos y literarios. Es un espíritu viril, patriota y honrado. Si ataca tan impíamente a los convencionales, no es porque su candidato perdiera la elección, sino porque los cree venales y a él le saca de quicio la inmoralidad política. Revélase en estos escritos sincero, vehemente, exaltado, violentísimo. Asombra su valentía, ya que es un muchacho sin protectores. Su lenguaje puede costarle la cárcel o el destierro. Hay una rara lógica en sus argumentaciones. Y nobleza de alma, a pesar de sus sarcasmos, calumnias, insultos y falta de caridad.

Es *El Zurriago* un monumento de injusticia. Sin haberse previamente informado, García Moreno pone en la picota a veintinueve personas, la mayoría muy respetables. El "acomodo" en que incurrieron, de ser cierto, no es un robo ni un crimen; y, sin embargo, son tratados por el libelista como vulgares ladrones y delincuentes. Ya se sabe que en el periodismo político el ataque brutal es permitido. Pero al joven García Moreno se le fué la mano: *El Zurriago* es un auténtico pasquín. Y no obstante, pocos hombres tienen en tan grado como él, según lo demostrarán sus años posteriores, un sentido tan fuerte de la justicia.

Su irritación, ¿es obra solamente de su honradez y su patriotismo? Puede afirmarse que no. García Moreno, que se sabe lleno de talentos y de méritos, se ha de considerar por esos días un fracasado. Sólo tiene veinticuatro años y medio, pero es como si tuviera algunos más. Siente en sí una cuantiosa capacidad de dominio sobre los hombres. Es ambicioso, y sus ambiciones son, seguramente, muy grandes. Y con todo, ¿qué es por el momento? Carece de medios de vida: le sostienen personas de su familia. Se le considera un muchacho de talento, pero él debe creer que el talento no significa, por esos años, un valor cotizable. Ni siquiera ha terminado sus estudios. En 1848, a los veintisiete años de edad, bastante tarde, será abogado. *El Zurriago* representa para él un modo de ponerse en evidencia. Pero este propósito de llamar la atención, que no es un defecto, sino una necesidad en los hombres públicos, ha sido secundario en su voluntad, ha estado en un segundo plano, o ha compartido el primero. García Moreno ha procedido con la sincera exasperación de su honradez cívica.

* * *

En julio, uno, y en agosto, otro, García Moreno realiza dos actos que revelan sus aspiraciones.

El 6 de julio, tres días antes de que aparezca el último número de *El Zurriago*, se presenta ante el público, en la Universidad, en un certamen literario. Es un rasgo de audacia, pues nadie ignora que él es el redactor de *El Zurriago.* No puede creerse que el profesor de Literatura —Francisco Montalvo, ex convencional y partidario del Gobierno— le designara espontáneamente para hablar en el certamen, junto con otro estudiante. La iniciativa ha de haber partido de García Moreno. ¿Trata de buscarse simpatías? ¿O más exactamente, de "rehabilitarse"? ¿O acaso sus diatribas, lo que no es de creer, han gustado al público distinguido, adverso a Roca, que concurrirá al acto? ¿O quiere ponerse en evidencia con motivo de un noviazgo en que anda con una dama aristocrática, diciendo bellas palabras sobre la poesía, ante un público de selección, en la Universidad? Probablemente hay un poco de todo esto. El discurso es excelente y revela en García Moreno una cuerda harto distinta que la revelada en *El Zurriago.* Las cinco páginas de este discurso sobre la poesía moderna muestran un alma de artista, un temperamento con indudable capacidad para realizar obra de belleza. "Nacido entre el estruendo y los estragos de una guerra universal; habiendo visto desplomarse y hundirse cien tronos en un océano de sangre, luchar enfurecido medio mundo por romper sus pesadas cadenas, brotar de la nada nuevas naciones y gobiernos, expuestos cada instante a sumirse en el abismo de que salieron; y escuchando por donde quiera los ayes dolorosos de las víctimas que devora la anarquía, nuestro siglo es necesariamente grave, severo y melancólico, como el padre infeliz que ha visto perecer, con sus hijos queridos, los consuelos y las delicias de la vida. No pueden aliviar sus tormentos el dulce canto de Tirreno y Alcino, ni los sencillos acentos de los pastores del siglo de oro, ni los blancos y melodiosos versos del cantor de la Paloma de Filis: para entretenerle y agradarle, preciso es mostrarle pintadas, de un modo triste y severo, grandes escenas que le interesen y conmuevan; y sólo pueden conmoverlo aquellas composiciones grandiosas, análogas a su carácter sombrío..."

El otro acto revelador de sus ambiciones es su casamiento. El joven Gabriel, que posee belleza y talento, y aun no ha cumplido veinticinco años, se va a casar con una mujer "fea y

vieja", pero que tiene fortuna y alta situación social y que es hermana del vicepresidente de la República. ¿Cuántos años le lleva Rosa Ascásubi? Enemigos de García Moreno afirman que es sexagenaria al casarse. He aquí un ejemplo de cómo se le calumnia a García Moreno. Aun sin conocer la fe de bautismo, es fácil deducir que nació en 1808 o 1809, pues su padre, perseguido y oculto desde principios de 1810, no vió desde entonces más a la esposa, que murió el 13; y de los cinco hijos que tuvo el matrimonio, el mayor, Manuel, nació en 1805; el segundo, Roberto, en 1806, siendo el último una mujer, Rosario, que no pudo venir al mundo sino en 1809.

Pero como doce años es exagerada diferencia, puede sospecharse que García Moreno se ha casado por el dinero y la posición de Rosa Ascásubi. Sin embargo, ese mismo número de años llevábale a Disraeli su Mary Ann, a la que tanto amó. Las cartas de García Moreno a Rosa demostrarán que él ama a su mujer, aunque no en el grado que Disraeli a la suya. Pero esto no impide, claro está, que, al decidirse por Rosa, no haya Gabriel pensado en que ese matrimonio convenía a sus ambiciones. Será rico, y cuñado de los poderosos señores de Ascásubi. Podrá imponerse, realizar su destino, llegar a las altas posiciones a que tiene derecho por sus espléndidos talentos. De estudiante pobre, sin un cuarto en el bolsillo, pasará de pronto a ser un gran señor.

Se ha casado poco menos que a escondidas, como si se avergonzara de ese matrimonio con una mujer que le lleva doce años. Acaso su novia y los Ascásubi se avergüencen también. Porque de otro modo no se explica que el 4 de agosto, el día en que debe realizarse el casamiento, García Moreno parta para Guayaquil. No es de creer que la autoridad lo persiga: Roca respeta como ningún otro la libertad de la prensa. Evidentemente, se ha querido evitar la ceremonia. Lo demuestra también el secreto de ese matrimonio. Ni los amigos de García Moreno tienen noticia. Cuéntase que en el viaje a Guayaquil con uno de ellos, apenas se ha acostado a dormir en un "tambo" —especie de caravansérail, de posada para los viajeros—, Gabriel despierta al acompañante para decirle que a esas horas se ha casado. El otro le pregunta si tiene alguna pesadilla. Y Gabriel le cuenta que ha dejado un poder a cierto amigo y que hace dos horas se ha firmado el acta matrimonial.

De este modo, extraño y acaso impropio de un hombre jo-

ven, se ha casado Gabriel García Moreno. Su casamiento con una mujer para él vieja, al parecer fea y con dinero y posición, no es criticable, aun cuando no la amara mucho. Hombre nacido para el poder, en quien la Providencia ha puesto la aptitud del mando, tiene derecho a valerse de todos los medios, salvo el delito, a fin de lograr el poder, a fin de realizar su destino.

Y aunque él sólo tiene veinticinco años — pero bien vividos —, con el casarse acaba su juventud.

III. EL HOMBRE DEL VOLCAN

Apenas ha empezado Roca a gobernar, comienzan las revueltas militares de los partidarios de Flores. Las resoluciones de la Convención de Cuenca los tienen indignados. Numerosos jefes "floreanos" han sido separados del ejército. El presidente Roca no hace sino cumplir aquellas resoluciones, de las que no es el autor, como tampoco lo es del asesinato del general Otamendi, ocurrido dos meses antes de que la Convención se reuniera.

El primero de los levantamientos militares estalla en Quito y Latacunga, el 5 de abril. El segundo, organizado en el cuartel de Artillería de Quito, y apoyado por algunos oficiales a los que se borrara del escalafón, el 29 de junio. Y pocas semanas después, el 17 de setiembre, hay otro en Guayaquil, más grave que los anteriores, y que termina con la rendición de los rebeldes. Estos tres movimientos se producen mientras García Moreno publica *El Zurriago.*

El 12 de octubre llega de España la más sensacional de las noticias: el general Flores organiza allí una expedición militar. Al parecer, la reina madre doña María Cristina la favorece, pues se trata de crear un reino en el Ecuador y de colocar en el trono al hijo de doña María Cristina y de su esposo morganático Agustín Fernando Muñoz, duque de Riánsares. Pero como el príncipe es muy niño, Flores ocuparía la Regencia, cargo en el que, durante muchos años, podría gobernar al Ecuador. No se sabe más por el momento. En los meses siguientes, se sabrá que Flores tiene comprados cuatro barcos y alistados numerosos aventureros de diversas naciones, entre los cuales unos dos mil irlandeses. Créese que el rey de Francia, Luis Felipe, apoya la expedición. Parece que los gastos los sufraga la propia reina madre de España, y que el reino a crearse com-

prendería no sólo el Ecuador, sino también Colombia, el Perú y Bolivia. Y murmúrase que el mariscal Santa Cruz, el ex dictador de la Confederación perúboliviana, es aliado de Flores.

Esta increíble empresa constituye un atentado contra la independencia de los pueblos de América. Todos protestan, salvo el Brasil, gobernado entonces por la monarquía europea de los Braganza. Pero nadie protesta con tanta tenacidad, ni con tanta energía, como el gobernador de Buenos Aires, general don Juan Manuel de Rosas. En su Mensaje del 27 de diciembre da a la Legislatura las noticias de la expedición que ha recibido de Europa y de los gobiernos de Chile y del Perú. Califica a Flores de "envilecido" y al plan de "execrable" y anuncia que su Gobierno "hará causa común con los demás Estados americanos para resistir y repeler tan inaudita, irritante agresión". Es enorme lo que contra Flores y su expedición hace el gran patriota argentino, a quien por su resistencia al imperialismo de Francia e Inglaterra se le llamara el Gran Americano. Envía notas a los gobiernos de América; y al del Brasil, que permanece silencioso, llega hasta a exigirle que se pronuncie. Y fiel a sus originales procedimientos de propaganda política, en Semana Santa hace quemar a Flores en efigie, vestido de Judas, junto con Santa Cruz y algún otro, como "traidores a la Independencia americana", entre los estallidos de los cohetes y los buscapiés y los insultos del populacho.

¿Qué hay de verdad sobre la expedición? Que Flores intente echar abajo al gobierno del Ecuador, que ha faltado al solemne compromiso contraído con él, nada tiene de extraño ni es una mala acción en su caso. Pero, ¿puede ser cierto que pretende establecer un protectorado de España en el Ecuador y convertir a su patria en un reino? Flores se defenderá más tarde hábilmente. El gobierno de España desmiente los propósitos que se le atribuyen. No está probada, ni mucho menos, la acusación de que atenta contra la soberanía ecuatoriana y el régimen republicano.

Tal vez haya en todo esto una explicación bastante sencilla. Es muy probable que el interés de la reina madre de España no sea político. Acaso desea ayudar al general Flores desinteresadamente, por razones sólo amistosas. La reina madre, doña María Cristina, no es un modelo de virtud, y el general es muy simpático y elegante y hombre afortunado en amores. Un escritor peruano recuerda que alguien le ha llamado en España

"el rey de la noche, por sus condiciones de gentil caballero en saraos y banquetes". Y el escritor Manuel Cañete, muy difundido en el último cuarto del siglo XIX, alaba la distinción de Flores, su claro talento, su no común ilustración y, sobre todo, "la bondad y dulzura de su carácter". Por entonces reina en España doña Isabel II, que había jurado en 1843. Cuando Flores llega a Madrid, el 46, Isabel es una jovencita de diez y seis años. Ya está casada con Francisco de Asís y ya no se entiende con él. Apenas casada ha empezado a andar en amores con el general Serrano; y como ésto trae complicaciones políticas, el duque de Sotomayor se propone reconciliar a los reales cónyuges, lo cual será motivo de la caída del ministerio, en marzo del 47. Doña Isabel, cuyas liviandades la harán famosa, bien pudo gustar del apuesto americano. Le regala una magnífica espada, en la que ha hecho grabar en letras de oro el nombre del general, y lo condecora con la Real Orden de Carlos III. En España y en el Ecuador se le cree a Flores uno de los amantes de Isabel. ¿No estará aquí, más que en la amistad de doña María Cristina con el general ecuatoriano, la explicación del apoyo a su empresa?

* * *

No se ha calmado García Moreno al casarse. Su temperamento volcánico necesita la lucha, la agresión. Imposible para él permanecer tranquilo. La noticia de la expedición de Flores, a quien combatiera poco tiempo atrás, le sirve de pretexto para fundar un nuevo periódico, para ejercer sus formidables violencias verbales de libelista. Ejecutivo y dinámico, no tarda en decidirse. Y el 31 de octubre aparece el prospecto de *El Vengador.*

Por los mismos días, él, el enemigo de Roca, se acerca a Roca: le ofrece su pluma y su persona. Lo hace por consejo de Rocafuerte, que es en política su jefe. El ex presidente considera que, en estos momentos de peligro para la patria, deben todos los buenos ecuatorianos agruparse alrededor del Gobierno. García Moreno es nombrado Consejero Municipal, pero no por Roca, como se ha dicho, pues según la Constitución en vigor, la del 45, corresponde a las Asambleas electorales, formadas por representantes de las parroquias de los cantones, la designación de los consejeros municipales de cada pro-

vincia. No sabemos si este cargo lo ha pedido o si se lo han dado espontáneamente.

Como ahora tiene dinero, el de su mujer, García Moreno puede dar a su periódico mejor apariencia que al anterior. *El Vengador,* cuyo primer número sale el 24 de noviembre, está impreso en cuarto mayor y con bastante corrección y elegancia. No se reparte gratis, como *El Zurriago,* sino a un real el ejemplar. Se publicará cada martes. Y no lo redactará sólo García Moreno, pues insertará poesías de un joven peruano, condiscípulo y amigo suyo.

Propónese *El Vengador* despertar al pueblo, que duerme mientras "el tirano" se acerca. En el prospecto habla el periodista de "la ley manejada por manos corrompidas". Es el único ataque a los que gobiernan. Sus agresiones son para Flores, sus partidarios y los españoles, a los que llama "hordas de Iberia". ¡Qué no les dice a los "floreanos" este precursor del gran polemista francés Luis Veuillot, el cual, años más tarde, tendrá los mayores elogios para él! "Nada han dejado por hacer Flores y sus abominables partidarios, para excitar en el pueblo el odio y el furor y la venganza; ninguna maldad se han olvidado de cometer, ningún acto de barbarie han omitido para convertir nuestra necia tolerancia en indignación ardorosa, nuestra indolente mansedumbre en saña aterradora". Tan aterradora es, en efecto, su saña contra los floreanos que preconiza su exterminio. "Si nosotros empuñásemos ahora las riendas del Gobierno, haríamos que unos jenízaros fuesen a buscar a su príncipe anónimo en país extranjero y que otros fuesen a esperarle en la región de las almas". Como si esto no estuviese claro, insiste en que se debe "interponer entre los ecuatorianos y los jenízaros traidores la extensión del océano o la duración de la eternidad". Y termina uno de los artículos del primer número: "¡Desaparezca la raza floreana devorada por el fuego que ella misma enciende; y húndase en el sepulcro arrastrando consigo el aborrecimiento y excecración de la patria y el desprecio y maldición de los siglos!" Y he aquí cómo juzga a Flores y a la reina madre de España: "Este monstruo de iniquidad viene ahora, acompañado de viles piratas, a levantar un trono en la América del Sur, para colocar en él al vergonzoso fruto de la disolución de una reina. Viene con foragidos dignos de él, a saciar el hambre de crueldades y

matanza, para dar un cetro al hijo infame de la rival de Mesalina".

Aconseja éstos medios de defensa: la unión, porque "una nación dividida en facciones pierde la fuerza y energía necesarias para conservarse independiente y libre"; la formación de un ejército, excluyendo a los jenízaros, para los cuales "sólo debe haber dos caminos: el destierro y el sepulcro"; y la obtención de dinero. Para este último fin, propone reducir a la tercera o cuarta parte los sueldos de los civiles, "cercenar, mientras dure la guerra, las cuantiosas pensiones de los obispos y cabildos eclesiásticos" y embargar y confiscar las propiedades enemigas. Y considera confiscables, no solamente los bienes de Flores, sino los de todos "los que, directa o indirectamente, dentro o fuera del territorio, le auxilien o favorezcan, ya tramando conspiraciones, ya empleando la seducción, u oponiéndose a la defensa del país, o manifestándose enemigos, con un hecho hostil de cualquiera naturaleza". De cualquiera naturaleza...

En este periódico hay un progreso sobre el anterior, y es que, si bien igualmente virulento o aún más, no designa a las personas por sus nombres. A uno de los floreanos le llama "hipócrita y violador del séptimo precepto", vale decir, ladrón. Habla de "la codicia hambrienta" y de "la usura insaciable" de otro. A éste le llama Don Ladronio de Proto-Uñate; a aquél Don Zonzorrión Bobalías; al de más allá, Don Opas.

Pero la expedición no viene. El gobierno español ha disuelto el campamento de Santander, donde Flores reunía a sus gentes; y lord Palmerston, el primer ministro inglés, ha prohibido que salgan de Inglaterra, y hecho embargar, los tres buques adquiridos por Flores. Claro es que Palmerston no ha procedido por simpatía hacia el Ecuador o su Gobierno, sino por impedir la extensión de la influencia de Francia en América, ya que existe una unión estrechísima entre los gobiernos de España y de Francia.

En *El Vengador*, que deja de aparecer en marzo, no todo ha sido violencias verbales. En uno de los últimos números, García Moreno consagra una bella página a don José Joaquín Olmedo, que acaba de morir. Poco después, en hoja suelta, publica una elegía *A la memoria de Rocafuerte*, que ha partido de este mundo, en Lima, donde era ministro del Ecuador,

el 16 de mayo. Y suyo es el *Epitafio* que se colocará en la tumba del gran ecuatoriano, su precursor.

* * *

Aunque parezca raro, el clero y los católicos, en buena parte, simpatizan con Flores. No les importa que Roca sea católico, y Flores, según se dice, aunque erróneamente, masón. Pero Roca es regalista; y uno de sus ministros, liberal. El caso es que García Moreno, el futuro gobernante cristianísimo, no les ahorra denuestos a los politiqueros de sotana. En *El Vengador* habla de "la traidora alegría de algunos sacerdotes sin fe, religión, ni patria, que, unidos a Don Opas, se preparan a entonar un tedéum que se convertirá en responso". Y como *El Monitor Eclesiástico,* periódico redactado por clérigos y, acaso, órgano oficial de la Curia, defiende a Flores, García Moreno le acusa de querer atraerse "la gracia de cierto jenízaro de su clase, improbando todo aquello que no es obra de Flores, para merecer, por este medio, un buen rebaño y hacer del Evangelio un instrumento cortante para esquilar las ovejas y enriquecerse con sus despojos". Agrega: "Codiciosos abogados de las fiestas en honor de los santos, abogan por el verdadero santo de su devoción, el dinero, descuidándose de extirpar las costumbres del paganismo". Llega hasta llamar a los sacerdotes "ateos en la práctica", que "se burlan, con sus hechos, de nuestra religión santa". De uno de esos sacerdotes dice que, "contribuyendo activamente al horrible degüello de Miñarica, compró, con la sangre del inocente, una silla en el coro". Y reclama de la policía que vigile a los redactores del periódico clerical.

Uno de esos días en que se consideraba indudable la expedición de Flores, ha ocurrido un incidente entre García Moreno y un eclesiástico. El canónigo Torres, acusado de partidario de Flores, pasaba frente a la casa de Ascásubi. Dos señoritas que se hallaban en los balcones dijeron, al verle: "Este clérigo es un pícaro". Torres levantó los ojos hacia el balcón y contestó: "Que yo sea pícaro, está por probarse; que ustedes son viejas y feas es cosa probada". Las mujeres corrieron a contarle al joven Gabriel, que salió como bala para provocar al canónigo. Lo encontró en su casa, sentado a la mesa. Torres, al ver la actitud amenazante de García Moreno, agarró un cuchillo y le ordenó a un negro, su esclavo,

que se pusiera detrás con un garrote. García Moreno, intimidado, o por haber comprendido su error, dijo que volvería, lo cual no hizo. ¿Es verdadero este cuento? No es de creer que García Moreno haya pensado pegar a un sacerdote. Su intención sería decirle algunas verdades sobre su floreanismo. Pero al advertirle en actitud de defensa armada, ha desistido de una discusión que pudiera conducirle a combatir con un ministro de Dios.

De cualquier modo, la exaltación de García Moreno, durante esos fines del 46 y principios del 47, parece evidentísima. Helo ahí en su nuevo cargo de Recaudador de Contribuciones, persiguiendo implacablemente a los partidarios de Flores. Dícese que él mismo ha pedido ese empleo a Roca. Tiene un título para pedirlo y ejercerlo: sus palabras en *El Vengador*, por las cuales ha clamado para que los partidarios de Flores paguen los gastos del ejército y saquen al erario de su pobreza. ¿Es alguna contribución especial a los partidarios de Flores la que García Moreno debe cobrar? Así parece. El caso es que no perdona a los que deben pagarla. A una señora de Valdivieso, acaso parienta del ex ministro del mismo apellido, dama respetable, García Moreno, como ella no puede cumplir en el acto, la conduce presa, rodeada de una escolta, por las calles de Quito. Algo semejante hace con otra señora, doña Mercedes Gaviño, casada con el coronel España. Y por igual motivo encierra en la prisión a varias personas conocidas, entre ellas a un general y ex ministro.

Dos nuevas pruebas de su tremendo carácter va a dar García Moreno en las últimas semanas de 1847 y primeras de 1848.

A pesar de haber pasado el peligro de la expedición de Flores, el Gobierno teme que se levanten en armas sus partidarios. En Guayaquil, principalmente, se prepara algo. Entonces Roca, que ya conoce la energía y rapidez del joven García Moreno, le nombra gobernador del Guayas. Allá va él a sofocar cualquier intento revolucionario. No pierde un minuto. Cae sobre Guayaquil —esta vez la gastada imagen es exacta— como un huracán. Mete en la cárcel a los floreanos, destierra a los más peligrosos. Salen del país un general nacido en Irlanda, un coronel y dos tenientes venezolanos, varios oficiales ecuatorianos y cinco particulares, uno de ellos español, que se aleja con toda su familia. En total, trece personas,

sin contar las familias. Con eso basta. Y así, el 8 de diciembre, a los ocho días de haber llegado, García Moreno puede anunciar al Gobierno el completo restablecimiento de la tranquilidad pública en la provincia del Guayas. Envía la lista de los que han pedido pasaporte para emigrar, "perdidas las esperanzas de trastornar el orden y las leyes por medio de motines militares, amedrentados los enemigos del orden por el entusiasmo patriótico de este pueblo tan generoso como valiente, y cargando sobre sí por su conducta inicua la ignominia que producen las manchas del crimen". Generoso él también, agrega que a algunos se les ha concedido el sueldo de un mes, para que subsistan en el extranjero. Y saluda al ministro de lo Interior con las palabras "Dios y Libertad".

Detengámonos un instante. Estos días de Gabriel García Moreno en la gobernación del Guayas constituyen un acontecimiento trascendental para el Ecuador y aun para la América. Significan la iniciación oficial, en la política, de quien habrá de ser, durante más de quince años, el amo del Ecuador y el más grande de sus gobernantes; de quien habrá de ser una de las más poderosas personalidades de la América toda.

La otra prueba de su carácter intolerante y agresivo la da al volver de Guayaquil, a mediados de diciembre.

Sucede que la intransigencia del Gobierno para con los floreanos ha cedido. El Congreso acaba de votar una amnistía. García Moreno se indigna e inmediatamente, porque él es de un dinamismo y rapidez eléctricos, funda *El Diablo* para combatir a Roca y a su Gobierno. Con harta injusticia, llega en sus ataques hasta a acusar al Gobierno de complicidad con Flores.

Dice que *El Diablo* es el único defensor del pueblo, pues ha venido a combatir contra los que lo martirizan, a disipar las polvaredas que, con el fin de proteger la llegada de los bandidos de Flores, están oscureciendo el aire. Los autores de la amnistía son Iscariotes: le han dado a la Patria un beso antes de plantarle un puñal en el corazón. Los condena por haber abatido los muros de la moderna Troya, para hacer entrar en ella su caballo lleno de jenízaros. Esos hombres cantan a la unión, beben por la concordia, se duermen en el encanto de sus sueños, y de pronto, a una señal convenida, entrará en el puerto la escuadra de Flores. Los ase-

sinos desembarcarán en silencio y degollarán, durante su dulce sueño, a los ingenuos herederos de la simplicidad troyana. A los que justifican la amnistía fundándose en razones de humanidad, les pregunta por qué en el cielo, poblado de retrógrados, no aparecería un genio progresista que pidiese a Dios un decreto de amnistía en favor de los ángeles rebeldes, esos pobres desgraciados que, por seguir a Lucifer, se equivocaron. Dios comprendería estas razones —dice García Moreno sarcásticamente —, y el Infierno se despoblaría y el Cielo se convertiría en un pandemonium, "como lo será el Ecuador hasta la consumación de los siglos".

Esta actitud antirroquista de García Moreno demuestra su sinceridad y su desinterés. Ha podido continuar en la gobernación del Guayas — cargo por el que no ha querido aceptar sueldo o retribución alguna — o pedir al Gobierno un nuevo empleo. Al combatir a Roca pierde todos los méritos contraídos ante el Gobierno en los tres cargos que ha desempeñado y, sobre todo, los que ha contraído al aconsejar, desde *El Vengador,* la unión de todos los ecuatorianos alrededor del gobierno de Roca. Y tan sincero es en su actitud antirroquista que no le detiene en sus ataques la circunstancia de ser un cuñado suyo, Manuel Ascásubi, el vicepresidente de la República. García Moreno es, pues, libre. No tiene compromisos con nadie. Y la violencia misma de su lenguaje, la espontaneidad de su palabra y de su pensamiento, demuestran que no ha perseguido ni persigue ningún interés que no sea el del bien de su patria.

* * *

Durante todo el año 47 y principios del 48, el Gobierno ha seguido luchando contra los partidarios de Flores.

En marzo de 1847 ha habido una invasión por el lado de Tulcán, organizada por los emigrados en Nueva Granada. En agosto ha abortado una sublevación en Quito y huído sus cabecillas. En noviembre es denunciado el movimiento de Guayaquil, aquel que sofoca García Moreno en ocho días.

Todavía en 1848, mientras aparecen los últimos números de *El Diablo,* hay sendas invasiones de los emigrados en el Perú y en Nueva Granada, la segunda de las cuales ha retrocedido ante las fuerzas de Ayarza.

Con estas intentonas terminan las inquietudes. Durante el

resto de 1848 y todo 1849, no habrá más revoluciones. Pero el Gobierno de Roca ha debido soportar, en dos años y unos meses, diez y siete: unas fracasadas al realizarse y otras descubiertas a tiempo. Esto basta para comprender hasta qué punto necesita de orden el Ecuador, hasta que punto le urge un gobernante de garra, capaz de imponer el principio de autoridad. Breve tiempo de paz vendrá ahora. Mas no por obra de Roca. En el Ecuador témese tanto a las dictaduras —se acuerdan de Bolívar— que los congresos sancionan leyes insuficientes para luchar contra la anarquía. Cesan las revueltas porque Flores se ha desinteresado de la política. A pesar de que el Gobierno le confisca los bienes y expulsa a su familia, él renuncia a la venganza que significa alterar el orden. Inicia sus largos viajes. Primero, por las Cortes de Europa, donde le reciben como a un príncipe destronado, como acaso nunca se ha recibido a un personaje hispanoamericano; y después, por los países de nuestro continente, en cada uno de los cuales se demora largo tiempo.

* * *

García Moreno ha tenido una idea de la mayor importancia, en los días en que redactaba *El Vengador*: la de una confederación de las naciones del Pacífico, a objeto de defenderse contra las agresiones europeas. El proyecto ha interesado muchísimo. El gobierno ecuatoriano se ha puesto en contacto con los gobiernos de Chile, Bolivia, Perú y Nueva Granada, y el 11 de noviembre de 1847, poco antes de la partida de García Moreno para Guayaquil, se ha reunido una conferencia de los representantes de las cinco naciones, uno por cada nación. La conferencia prosigue sus sesiones hasta mediados de 1848, si bien a nada concreto se llega, acaso por haber desaparecido el peligro de la invasión de Flores. Anotemos dos cosas importantes: la libertad internacional de que por entonces disfrutan los pequeños pueblos hispanoamericanos, que pueden reunirse sin temor a los Estados Unidos, sin tener que soportar su oposición o sus veedores; y la influencia de Gabriel García Moreno.

Realmente extraña es esta influencia de García Moreno, de un muchacho de veinticinco años. Nada revela mejor su prestigio y la fuerza poderosa de su temperamento. Y eso que Gabriel, en los días en que lanza su proyecto y en los de las primeras reuniones de la conferencia del Pacífico, no ha de-

jado aún de ser estudiante. Pero muy pronto, unas semanas más tarde, termina sus estudios y recibe el título de abogado.

Los certificados de estudios, en esos años y en el Ecuador, ¿son generalmente objetivos como los de hoy, y sólo se hace una excepción con García Moreno? Lo ignoramos. El caso es que al flamante abogado se le tributan alabanzas magníficas. He aquí el certificado del doctor Ramón Borja, a cuyo estudio ha asistido el joven Gabriel, como practicante de Derecho. Ya lo conocemos, porque se refiere a la práctica realizada desde julio del 44 a setiembre del 45. Pero conviene recordarlo porque es expedido el 2 de marzo de 1848. El doctor Joaquín Enríquez certifica los estudios realizados por García Moreno en la Universidad, desde el 20 de setiembre de 1845 hasta la fecha, es decir, el 13 de marzo de 1848. "En ese tiempo —dice Enríquez, de García Moreno—, ha manifestado esos talentos precoces que posee de notoriedad; sus conferencias jamás se limitaron a sólo las materias designadas, ni menos a dar una razón sencilla de lo estudiado; su raro juicio le hacía notar lo que debía reformarse para mejorar las doctrinas y la secuela de los juicios; su constante aplicación a cuanto está enlazado con la Jurisprudencia y su buen criterio en escoger lo justo y lo bueno le hacen conocer bien su profesión; esta sola cualidad le constituye ya un profesor de Derecho, al cual se le puede confiar la defensa de la propiedad, el honor y la vida; pero posee, además, conocimientos extensos en literatura, y otras raras virtudes de las que, ahora más que nunca, necesita la Patria; el bien general, el progreso y la gloria del Ecuador son el ídolo de su corazón, y a este objeto ha consagrado hasta hoy sus trabajos y sus esfuerzos". Por estos motivos, Enríquez opina que García Moreno, aparte de ser digno de ejercer la noble profesión de abogado, "llenará su deber con ventajas de la Patria y hará conocer que es exacto este certificado". No pueden decirse mejores elogios de un hombre joven, tanto más sorprendentes cuanto que García Moreno, por diversas actitudes suyas, es, seguramente, una personalidad discutida. Por sus sañudos ataques a docenas de personas que ocupan un lugar espectable en la sociedad y en la política, así como por su intransigencia en el cobro de las contribuciones, no cabe duda de que tiene numerosos enemigos. Mucha gente le odia. Sus relaciones con el Gobierno son, en estos momentos, muy malas. Y sin embargo, el doctor Enríquez

no vacila en hacer su apología en un documento oficial. Es que ya se está revelando el genio de García Moreno y Enríquez no ha podido sustraerse a su poderosa atracción. Y es verdad también que nadie, salvo quien le odie, puede dejar de ver, no sólo los talentos de García Moreno, sino sus "otras raras virtudes", entre las que figuran su amor al bien general, al progreso y a la gloria del Ecuador. El señor Enríquez, probablemente un hombre de mediana inteligencia, a juzgar por su prosa, pero de corazón y amigo de la justicia y de la verdad, ha sido "tocado" por la personalidad de García Moreno, y eso lo ha engrandecido y transformado en un vidente.

El secretario de la Academia de Derecho Práctico, el señor Lorenzo Espinosa de los Monteros, expide un certificado sobre el examen que en ese Instituto ha dado, el 18 de marzo, Gabriel García Moreno. Con este certificado y los anteriores, y otro que ha pedido al Jefe Político de Quito, preséntase ante la Suprema Corte solicitando día para dar examen. El certificado del Jefe es interesantísimo, pues informa, con juramento, que la opinión pública considera a García Moreno "como a uno de los ecuatorianos de ilustración, probidad y patriotismo" y que él ha observado de cerca, el año anterior, a García Moreno, en su cargo de Consejero Municipal, en el que "se consagró con celo, constancia y acierto, al arreglo de las rentas; ayudó a formar dos reglamentos importantes, el de policía y el del régimen interior del Consejo; mostró mucha consagración al servicio público y un positivo anhelo por la causa del pueblo y del orden". Da examen en la Suprema Corte el 23 de marzo, de Jurisprudencia teórica y práctica, y es "plenamente aprobado". Inmediatamente, con las manos sobre un Misal, presta juramento. Y no sólo jura defender la Constitución y las leyes, y cumplir los deberes de su profesión, sino también no cobrar "honorarios indebidos", no cobrarle al Estado, ni a los pobres de solemnidad, ni a los hospitales, los hospicios y los indígenas, y "defender la pureza de María Santísima en el misterio de la Concepción".

Ya es abogado Gabriel García Moreno y puede empezar a tener pleitos. Parece que le caen algunos. Sus pocos clientes son desgraciados a los que defiende gratis. Procede en todos los casos con un sentido absoluto de la Justicia. He aquí que un juez quiere obligarle de oficio a defender a un asesino.

El le contesta: "Esté usted seguro que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino".

Su asunto más importante es la defensa de cierto sacerdote contra el Arzobispo, que le ha suspendido en sus funciones. El sacerdote afirma ser víctima de falsas denuncias. García Moreno, en sus escritos, ataca al Arzobispo, a quien, fundándose en las leyes, acusa de abuso de autoridad. Durante varios meses lucha con empeño para levantar el interdicto. ¿Abandona la causa porque se convence de "la indignidad de su cliente", como dice el padre Berthe, o porque sucesos extraños al asunto le obligan a huir de Quito? Esto último parece más cerca de la verdad.

* * *

Los numerosos conflictos que por estos años tiene García Moreno con sacerdotes, obligan a preguntarnos: ¿es realmente católico en ese tiempo?

El hecho de atacar públicamente por la prensa a tal o cual sacerdote que actúa en política, nada significa. León Bloy ha sido el más ferviente de los católicos y ha incurrido en increíbles violencias verbales contra los miembros del clero. Pero Bloy ha hablado con extrema dureza de algunos sacerdotes porque no cumplían con su deber: él amaba a la Iglesia apasionadamente y la quería perfecta, en sí misma y en sus sacerdotes. García Moreno puede no respetar el hábito cuando quien lo lleva es indigno. Pero parece que el padre Villamagán es virtuoso y tiene muchos méritos: él le llama sucio, necio y loco. Al doctor Angulo, por ser muy devoto, le llama "el padre Angulo". Les dice: "ateos en la práctica" a un grupo de sacerdotes que han votado por Roca, vale decir, por el candidato católico, pues Olmedo no lo era. García Moreno injuria y calumnia a varios miembros del clero.

A la verdad, García Moreno se expresa como un anticlerical. Maltratando al general Flores, en *El Vengador,* dice que es un artículo de la fe jenízara creer que Flores "nació de una..., siendo ella una... antes del parto, en el parto, y después del parto". Además de no ser muy católico eso de sacarle a un hombre la deshonestidad de su madre — si es que fué deshonesta la de Flores, lo que no está probado—, hay profanación en aplicar a una mujer liviana las palabras que corresponden a la Virgen María.

¿Practica, por esos años, la religión García Moreno? ¿Se confiesa, comulga, va siquiera a misa? No lo sabemos. Hacia 1850, en Panamá, alguien que se dice contemporáneo suyo afirmará de él que era ateo en estos años pasados. Tanto no podemos creerlo. En sus escritos no hay la menor palabra que lo revele. Pero sí parece indudable su liberalismo. El actual jefe del Partido Conservador ecuatoriano, que admira grandemente a García Moreno, ha escrito en su libro *Política Conservadora*: "Don Gabriel García Moreno, en su juventud, fué liberal roussoniano". Aquí se habla de liberalismo político. Pero, ¿puede ser católico auténtico un roussoniano? Acaso un hombre de no muchas luces juzgue compatible el catolicismo ortodoxo con las doctrinas de *El Contrato Social*. No es el caso de García Moreno, para quien las ideas del pensador de Ginebra debían ser, desde el punto de vista católico, heterodoxas. No olvidemos que García Moreno ha sido seminarista. Y si bien aun no ha entrado de lleno en los estudios teológicos — lo que hará años más tarde — sabe ya lo suficiente para conocer la perfecta unidad doctrinaria de la Iglesia, dentro de la cual no caben los principios roussonianos. Tal vez García Moreno está pasando por esos períodos de transición en que ciertos espíritus inquietos buscan el modo de acomodar con sus nuevas ideas las viejas, de las que no quieren desprenderse enteramente.

Lo más probable es que García Moreno conserve su fondo católico, aunque no intacto ni perfecto. Pero de lo que no cabe duda es de su liberalismo político. Habla como un discípulo de la Revolución Francesa. No se le caen de la pluma "los derechos del hombre". Para él son sagrados los ideales republicanos, y considera un crimen que se juegue con "las palabras más nobles, con los sentimientos más elevados, con las ideas más liberales". Dice que los buenos ecuatorianos tienen "por Dogma la Libertad y por regla los Derechos del Hombre". Pasarán algunos años para que García Moreno se convierta en un conservador definido.

* * *

Nada extraño sería que en los certificados de estudios se alabara tan extraordinariamente al joven García Moreno porque, desde unos días antes, gobierna su hermano político el

coronel Manuel de Ascásubi, en reemplazo de Roca, que está enfermo.

Más de dos meses ocupa el poder Ascásubi. Durante este tiempo háblase de una invasión que prepara Flores, desde Jamaica, y en Quito, Ibarra y Riobamba descúbrense conspiraciones en combinación con gente del ejército. El Gobierno se ve obligado a expulsar del país a la familia del ex presidente. En una de las tentativas revolucionarias, cae preso su jefe, el capitán Manuel Antonio Cerda. Como en la prisión trata de seducir a soldados y sargentos para una nueva revuelta, el Comandante General del distrito, que es el negro Ayarza, ordena la flagelación de Cerda. Amarrado a un pilar y amordazado Cerda, el castigo se suspende por orden del vicepresidente en ejercicio. Otra versión dice que Cerda va a ser ejecutado, cuando Ascásubi dispone que no se realice el castigo.

Lo más interesante de este breve gobierno es la proclama que el 22 de marzo dirige al pueblo. Allí aparece por primera vez una idea que años más tarde expresará García Moreno: la de que las leyes del país son insuficientes para gobernar. En el Ecuador hay dos tendencias: los liberales quieren que los gobiernos sean débiles, para lo cual las constituciones restringen su poder; y los conservadores quieren que los gobiernos tengan las necesarias facultades para imponerse a la demagogia, a la anarquía y a las revueltas militares. Ascásubi dice en esa proclama que las continuas conspiraciones, "estimuladas por la impunidad legal de sus autores, han dejado en evidencia la ineficacia de la legislación para reprimirlas y la impotencia judicial para encadenarlas"; que "se ha profanado la Constitución, haciéndola servir de escudo impenetrable para evitar el castigo a reos de infames traiciones"; y que se ha llegado al escándalo de sostenerse en los Tribunales "la inobediencia a la ley escrita, la irresponsabilidad de los jueces y el derecho de la anarquía". Pero él ha resuelto salvar a la Patria. "Decidido estoy a emplear la fuerza y la firmeza contra la sedición y la perfidia". Más o menos así habló Rocafuerte. Así hablará más tarde el presidente don Gabriel García Moreno, del cual el coronel Ascásubi será uno de sus ministros. Por esas palabras de la proclama, que son las palabras de un hombre de orden, de un antiliberal, Ascásubi debe ser considerado como un precursor de García Moreno.

Tampoco el haberse recibido de abogado ha puesto serenidad en el alma volcánica de Gabriel. Todavía es un muchacho, como que tiene veintiséis años, pero su saber, su prestigio, la situación social que ocupa por su matrimonio con una Ascásubi, debían moderar sus ímpetus agresivos. Va a hacer, en estos días de fines del 48, una auténtica barrabasada, que tendrá para él molestas consecuencias.

Ocurre que el ministro de Hacienda, don Manuel Bustamante, es acusado en el Congreso por mal administrador de los dineros públicos. Quien eso le dice es el diputado Roberto de Ascásubi, que había sido ministro interino de Roca, —y, por ende, partidario suyo—, en la cartera Hacienda, antes de que llegara Bustamante a Quito, y que ahora es opositor. El principal cargo de Ascásubi se refiere, a lo que parece, a una orden que él cree ser de Bustamante, pero que ha sido expedida por su antecesor, vale decir, por el propio Roberto de Ascásubi, que no se acordaba de esa orden. Bustamante pide que sea leída, con fecha y todo, y deja en ridículo a su acusador. Y agrega unas palabras en las que condena la manía de hacer oposición a toda costa.

Estas palabras sublevan a García Moreno. Ve en ellas una grave acusación contra su cuñado. Gabriel convence al otro cuñado, a don Manuel, el vicepresidente, para ir con él y con el general Ayarza, Comandante de Armas, a pedir explicaciones al Ministro. ¿Desafío? No lo parece, pues si Manuel de Ascásubi y Ayarza fueran en condición de padrinos, no los acompañaría García Moreno. Entrevístanse los tres con Bustamante. La conversación se desarrolla mesurada y hasta cordialmente. Bustamante ofrece satisfacciones, no sabemos cuáles. Hay quien afirma que García Moreno insiste en que ha de haber un duelo: él desea batirse con el Ministro. Ayarza termina de pacificar a todos. Se despiden los tres visitantes, acompañados por el dueño de casa. El exasperado Gabriel se queda atrás de sus compañeros; y cuando ellos han bajado unas gradas de las escaleras, llama "¡cobarde!" y da una bofetada al Ministro, que le contesta de igual modo y con tan buen éxito que le rompe dos dientes. Gabriel desenvaina su estoque —¡los viejos bastones con estoque!— y ataca a Bustamante. Pero Ascásubi y Ayarza que, al oír los ruidos, han vuelto a subir los escalones que bajaran, contienen al agresor. Ascásubi le quita el estoque, lastimándose ligeramente, mientras Ayarza

lo abraza para impedirle proceder. Y entre ambos le arrancan presto de allí.

¿Es todo esto exacto? Lo ha contado Roberto Andrade, su enemigo mortal, quien afirma conocer los hechos por haber leído el sumario y haber recibido informaciones de un nieto de Bustamante. Que algo ha ocurrido, y muy grave, no puede dudarse. El propio García Moreno hablará más tarde del incidente, en estos términos vagos, tal vez porque no le conviene ser explícito: "Castigué como debía (no con estocadas) a otro que se negó a dar toda especie de satisfacción, aun aquella que en los países civilizados ningún hombre de honor puede negar sin infamarse". Estas palabras "hombre de honor" y la afirmación de que en los países civilizados nadie niega sin infamarse, sin quedar descalificado, toda especie de satisfacción, parecen referirse al duelo.

Algunas observaciones deben hacerse. Ante todo, sorprende la fuerza persuasiva de García Moreno. ¿Cómo un muchacho de veintiséis años, casado poco tiempo atrás, sin tener él un centavo, con la opulenta y principal dama Rosa Ascásubi, ha podido convencer a don Manuel, que tiene cuarenta y dos años, es coronel, y nada menos que Vicepresidente de la República, para que haga con él y Ayarza esa extraña visita al ministro de Hacienda? Es de creer que algo grave ha dicho de Roberto Ascásubi el Ministro, para que el Vicepresidente y el Comandante de Armas acepten semejante entrevista. Pero en ningún caso ha debido el Vicepresidente incurrir en ese error. Sólo puede explicárselo por un poder enorme de sugestión en la palabra exaltada de García Moreno.

Debe también anotarse el incidente como una prueba del temperamento belicoso, exasperado, volcánico de Gabriel. ¡Un muchacho de veintiséis años abofeteando a un Ministro! Raras veces se habrá visto insolencia igual. ¿Y quién le ha mandado a defender con tanto empuje a su hermano político? No será el propio Roberto de Ascásubi, que es un hombre de cuarenta años, no un anciano, y a quien le sobra valor para defenderse solo.

García Moreno dice no haber dado de estocadas al ofensor. Así será, pues él no miente. Pero parece indudable que sacó el estoque. De cualquier modo, lo sacara o no, el abofetear a un ministro es acción harto condenable. El mismo García Moreno lo comprende así, y huye de Quito.

Mientras él anda escondido, la policía levanta un sumario y se le procesa. El juez teme a alguien, tal vez a los Ascásubi o a hipotéticos sicarios de García Moreno, y solicita una escolta militar al Comandante de Armas. Ayarza se la concede. Los enemigos de García Moreno dicen que él guardará rencor hacia Ayarza, por este hecho, durante largos años.

* * *

García Moreno ha huído de Quito. Hélo ahí en un pueblito lejano, en Vinces. Este lugar queda a cincuenta kilómetros, o muy poco más, de Guayaquil, hacia el norte; y a unos veinte de Babahoyo. No sabemos si Gabriel vive en el mismo pueblito o en alguna hacienda de las inmediaciones. Es de creer, más bien, esto último. Ha ido allí a esconderse de las autoridades, y en el pueblito lo encontrarían fácilmente.

Pero, ¿lo buscan en realidad? El juez debe haber ordenado su captura. En los primeros meses, mientras gobierna todavía Roca, es posible que las policías lo busquen, aunque sin suficiente celo: García Moreno es el hermano político del vicepresidente de la República. Después, desde octubre, ya no lo buscarán.

¿Qué ocurre? Un acontecimiento trascendental viene a favorecerle. La presidencia de Roca va a terminar el 15 de octubre, y corresponde al Congreso elegir el sucesor, que debe reunir dos tercios de los votos. Hay dos candidatos: el general Elizalde y don Diego Noboa. Elizalde es un héroe de la Independencia y ha ocupado altos cargos. Noboa es un hombre honrado que formó parte, con Roca y Olmedo, del Gobierno provisional de 1845. El Congreso resuelve que el 3 de octubre se realice la elección. Pero, previendo que ningún partido reunirá los dos tercios de los votos y que ni los partidarios de Elizalde ni los de Noboa cejarán, un senador propone se declare que al Vicepresidente le corresponde encargarse del Poder Ejecutivo en el caso de que termine un período presidencial sin haberse elegido al Presidente. Así lo revuelve el Congreso, entendiendo interpretar fielmente el espíritu de la Constitución. Llega el 3 de octubre. Elizalde tiene veinticuatro votos y Novoa veintidós. Nuevas votaciones dan el mismo resultado. Sesión permanente, hasta el 14. Los escrutinios alcanzan al número de ciento cinco. El resultado es casi invariable: veinticuatro votos Elizalde y veintiuno su rival. No queda otra

solución que poner en práctica lo recientemente aprobado, y así el Congreso le comunica a Ascásubi, el 15 de octubre de 1849, que lo declara encargado del poder. Es don Manuel un hombre muy distinguido. Desciende de un prócer de la Independencia, y su madre pertenecía a la grandeza española. Cultiva las letras. Es austero, viril, vehemente. Ha sido revolucionario en tiempos de *El Quiteño Libre* y combatió valerosamente en Miñarica. Al asumir el mando, se propone la unión de todos los ecuatorianos. Así, ofrece ministerios al doctor Benigno Malo, respetada y eminente personalidad que ha actuado con Flores; a José Javier Valdivieso, que representa otra tendencia; y al general José María Urvina, que no acepta, acaso porque ya tiene pensado el plan subversivo que pondrá en práctica más tarde. El breve gobierno de Ascásubi realiza cosas excelentes. Otra semejanza de Ascásubi con García Moreno es el llamar a los jesuítas al Ecuador, iniciativa que, por la caída del gobierno, fracasará.

He ahí, pues, al joven García Moreno, el prófugo de la justicia, convertido en hermano político del Presidente de la República. Es claro que esta situación le favorece. Por austero que sea don Manuel, no dejará de hacer algo por su tremendo cuñado. Rosa fastidiará a su hermano para que lo salve. Pero don Manuel no necesita imponer su autoridad en favor de su cuñado porque el Congreso lo va a salvar. Ni necesita ordenar a las policías que hagan la vista gorda. En nuestra América, y acaso en todas partes, no hay policía que se atreva a poner preso al cuñado del Presidente.

Ascásubi, el mismo día que asume el mando, autoriza el regreso de la familia de Flores. Él mismo la había expulsado; ahora quiere hacerse perdonar aquella severidad que creyó necesaria entonces. Ya en tren de generosidades, el Congreso acuerda una amplia amnistía en favor de los ecuatorianos desterrados por causas políticas. Son autores de esta ley dos personajes: el general Elizalde y el doctor Benigno Malo, ambos senadores. En la Cámara de Diputados amplíase la amnistía a "los puestos en causa por disgustos habidos con las autoridades de la administración pasada". Este agregado, no cabe la menor duda, se refiere a García Moreno. Observemos la suavidad de los términos, como si no se quisiera molestar a García Moreno o a su cuñado el Presidente de la República.

Ha sido algo diferente de un "disgusto" lo que ha tenido el hermano político del Presidente...

* * *

Mientras se realizan las votaciones en el Congreso, empieza Ascásubi a gobernar y se discute en ambas cámaras la ley de amnistía, Gabriel García Moreno permanece escondido en Vinces.

¿Qué hace allí? Lee mucho. Entre otros libros lee el *Quijote,* al que hace numerosas anotaciones. También escribe versos. Conócense cuatro poesías escritas en Vinces; pero probablemente ha compuesto algunas más. Una de ellas es una traducción latina de Marcial. Tal vez lo ha hecho como ejercicio, para perfeccionarse en el latín o para no olvidarlo.

De las otras tres, una es un *Soneto Burlesco,* imitado del famoso de Lope de Vega que empieza: *Un soneto me manda hacer Violante.* Aparte de que esta especie de imitaciones son de por sí malas y carecen de todo valor como creación, el soneto le ha resultado harto flojo a nuestro poeta. Vale algo más su poemita *El día naciente,* del que sólo se conserva un fragmento. Muestra en esos versos a la Aurora, que, *entre cintas de púrpura esplendente,* alza la risueña frente mientras baña en luz divina el cielo y la tierra. Describe el batir del aura las alas de los azahares *en la cima del plátano sonante* o meciéndose "en los móviles palmares". No falta colorido, delicadeza y gracia en este fragmento; pero no revela una verdadera personalidad de poeta.

Por otro motivo, más interesa el epigrama *A Aurelia.* Dícele que podría ella odiarle si, "en sátira maligna", revelara él que su cara sólo es una pintura deslucida y que en su "alquilado pelo" no se alcanza a contar sus Adonis; pero, ¿por qué odiarle cuando nada de eso dice? El interés de estos versos no reside en el contenido, sino en la persona de Aurelia. ¿Existe esa Aurelia, aunque en la realidad con otro nombre? ¿La ha pretendido García Moreno y ahora se venga de sus desdenes? ¿O es una ficción literaria, frecuente en los poetas que imitan a los clásicos españoles? Nada sabemos. Lo que sí sabemos es que la inspiración no le acompaña en Vinces a García Moreno. Más tarde escribirá cosas mejores, cuando cultive la sátira implacable o el poema de elevación religiosa.

* * *

Otra ocupación tiene García Moreno en Vinces, y es planear, de acuerdo con su antiguo profesor y amigo, el geólogo Sebastián Wisse, con el cual se cambia algunas cartas, una ascensión al Sangay, volcán en actividad. García Moreno tendrá que ir a Ríobamba para encontrarse con el sabio, y de allí partirán juntos al Sangay, que no queda lejos. No necesita ocultarse, pues el 23 de noviembre ha sido promulgada por el Ejecutivo la ley de amnistía sancionada el primero de ese mes.

Esta excursión al Sangay está considerada por los geógrafos como una hazaña aún mayor que el descenso a las entrañas del Pichincha. Wisse la relatará poco después, al comunicarla al Instituto de Francia, que la publica cuatro años más tarde; y Alejandro de Humboldt la comentará elogiosamente en el *Cosmos*. Humboldt considera al Sangay como el más activo de todos los volcanes de la América del Sur. Habla de su altura colosal, seis veces mayor que la del Strómboli; del "incomparable fenómeno" que presenta en la actualidad; de sus bramidos, que él oyera una vez que se encontraba en Chillo, cerca de Quito. Elogia el atrevimiento de la expedición de Wisse y resume sus experiencias.

García Moreno le escribe a su cuñado Roberto Ascásubi, desde Ríobamba, el 29 de diciembre. Le llama "mi queridísimo don Roberto". Le anuncia una relación sucinta, porque "las noticias de Guayaquil" le tienen "con la bilis elevada al cubo". Refiérele que el 21 fueron a Ichubamba, hacienda situada a nueve leguas del Sangay. El 23 estuvieron temprano en el Pongo, a cuatro leguas. Dejaron allí los caballos y emprendieron el viaje a pie. El mismo día principiaron a bajar la cordillera con mucha dificultad, y después de cuatro horas detuviéronse en una quebrada donde pasaron la noche. El 24 caminaron todo el día, y a las cinco llegaron al río que corre a las faldas del volcán. Han andado con lloviznas y niebla. Al hacer buen tiempo vieron el Sangay, a dos leguas, "en toda su terrible majestad". Continúa García Moreno: "A cada momento se levantaba una columna de humo más o menos negro, y pocos segundos después se oía la detonación que acompañaba siempre a las erupciones". Construyeron una choza con la puerta hacia el volcán, para observarlo de noche. El mismo día gozaron el espectáculo del volcán en erupción. En una hora contaron doscientas cuarenta erupciones, o sea cuatro por minuto, número

que García Moreno califica de "increíble". Agrega: "Casi siempre la erupción se presentaba como el cuadro del infierno en la cúspide del volcán; desprendíanse del centro de las llamas muchas piedras encendidas que se levantaban a grande altura, y en seguida caían rodando en los lados del monte, hasta perderse en la oscuridad". En una de las erupciones, en la más fuerte, "el cerro quedó cubierto, hasta la mitad, de piedras encendidas, y el bramido fué espantoso". En la madrugada del 25 emprendieron la marcha, con provisiones. Después de varias quebradas y cuchillas llegaron al cerro "negro y funesto" y oyeron los ruidos de las piedras al ser lanzadas por él. Wisse, muy cansado, se quedó al pie del volcán. García Moreno y el criado del sabio subieron hasta la mitad de la altura, hasta el lugar de donde manaba una "agua negruzca y terrosa que desaparecía luego entre la arena y ceniza que únicamente cubren el Sangay". No subió más: quedaban pocas horas de luz para volver a la choza y era muy grande el peligro de ser alcanzado por las piedras. Reunióse con Wisse. Rehicieron todo el camino y el 28 por la mañana estuvieron de regreso en Ríobamba.

Antes de despedirse de su hermano político, García Moreno habla de algunos productos volcánicos que ha guardado, "por si acaso" puede continuar su viaje a Europa. Y agrega estas palabras, que revelan su poderosa energía física: "Para haber caminado a pie tres días y medio, no me siento muy maltratado".

¿Pasa García Moreno algunos días en Quito, antes de embarcarse? Es casi seguro que ha ido a despedirse de los suyos, sea antes o después de la excursión. Los ciento veinticinco kilómetros que separan a Quito de Ríobamba poco significan para un hombre de la salud, la energía y la agilidad de García Moreno. Ahora está en Guayaquil. En una carta a Roberto Ascásubi le dice: "cuanto más me alejo de Rosita y la familia, mayor es el vacío que siento en el corazón y más sensible se me hace el viaje tan dilatado". El 17 de enero, en compañía de su hermano Pedro Pablo, va a partir. "No tengo tiempo — le escribe a su mujer, a su adorada Rosita — para más que decirte adiós, un adiós que me conmueve hasta lo íntimo del corazón".

Se dirige primero a Nueva York. Ahora va a Panamá, donde atravesará el istmo para tomar otro barco que lo conduzca a la gran ciudad norteamericana. El 6 de febrero le escri-

be a Roberto Ascásubi unas líneas en donde le habla de la lucha esclavista que ya comienza. Y el 16 de abril está en Londres.

* * *

¿Qué son esos sucesos de Guayaquil que han exacerbado su bilis y de los que él se ha enterado al comenzar la expedición al Sangay?

Algo sensacional, que significará el comienzo del derrumbe de un régimen: el general José María Urvina, el 20 de diciembre, se ha levantado en armas en Guayaquil, con la ayuda del coronel Francisco Robles, Comandante de la plaza, y del coronel Guillermo Bodero. La intentona se realizó antes de tiempo y fracasó, en parte por la energía del Gobernador del Guayas, don Francisco de Paula Icaza. ¿Qué razones han dado aquellos jefes para sublevarse? Que era inconstitucional que el Vicepresidente quedara en el poder; que el ministro Malo era floreano; y que los sobrantes de la Tesorería de Guayaquil no debían auxiliar a la de Quito. Por esta vez se han frustrado los planes de Urvina. Ya los realizará pronto. Su figura de jefe audaz y valiente se destaca con energía, en medio de los mediocres o los vacilantes que actúan en los primeros planos de la política. Ha hecho varias revoluciones. Es orador elocuente. Acaba de presidir la Cámara de Diputados y ha desdeñado el ministerio de Guerra. Ascásubi, infiel a las palabras de su Proclama del año anterior, cuando reemplazó a Roca enfermo, no castiga al general Urvina. Limítase a confinarle en Quito. Allá va el revolucionario, dispuesto a triunfar con su astucia.

Una gran inquietud queda en el ambiente del Ecuador, y sobre todo en Guayaquil. Sospéchase que vendrán días sombríos. Se teme el imperio del cuartel y del sable. A los espíritus civiles, los que son hombres de ley y no de guerra, les aflige el retorno del militarismo, mejor dicho, del pretorianismo, cuya principal figura es la del general Urvina.

IV. — DESTIERROS

Mientras Gabriel García Moreno va viajando hacia Europa, graves sucesos ocurren en su patria. Urvina, que sólo ha permanecido en Quito ocho días, donde ha logrado, con su astucia y su don de persuadir, engatusar a Ascásubi y obtener que le permita volver a Guayaquil, está otra vez conspirando en esta ciudad. Noticias de la inminente rebelión militar llegan hasta el Gobierno. Entonces Ascásubi, el 12 de febrero, envía a Guayaquil al general Isidoro Barriga con el encargo de cambiar a tres jefes sospechosos: los coroneles Francisco Robles, Comandante General del Distrito, José María Vallejo y Guillermo Bodero, que mandan los dos más importantes batallones. El general Barriga llega a Guayaquil el 19, toma el mando de la guarnición y substituye por jefes leales a los rebeldes, a los que declara en disponibilidad.

Al día siguiente prodúcese el movimiento. Los jefes depuestos encarcelan a las autoridades civiles y militares de Guayaquil. Urvina es nombrado por los rebeldes Jefe del Distrito. Rápidamente establece la calma y en seguida nombra Gobernador a don Miguel García Moreno, hermano de Gabriel. Pone en libertad a Barriga y a los que él nombrara. El 2 de marzo, una reunión popular presidida por el Gobernador designa Jefe Supremo al general Elizalde, que no acepta. Recúrrese entonces a don Diego Noboa. Propónesele a Urvina nombrarle Jefe Supremo suplente, pero rehusa. Este levantamiento, como todos los que hubo y los que habrá en el Ecuador, tiene carácter político y no ideológico. Lo demuestra esa asamblea de padres de familia que elije primero al liberal y masón Elizalde, y, por no aceptar él, al devoto Noboa. Y tampoco Urvina representa por ahora el liberalismo, puesto que nombra gobernador al católico Miguel García Moreno.

El 4 de marzo llega a Quito una carta de Urvina: pide, para hacer la paz, que se convoque un congreso constituyente. Ascásubi se opone a que se dé al país una nueva constitución. Se le conceden facultades extraordinarias. Moviliza a los ciudadanos hábiles, acuartela al ejército y el 13 envía tropas a Ríobamba, que estarán bajo el mando de Ayarza. El movimiento se extiende por el litoral del Pacífico. El 6 de mayo conferencian representantes de los gobiernos de Quito y de Guayaquil. Quito ofrece el retiro del gobernador del Guayas, Icaza, del mismo ministro Malo y aun del propio Presidente. Por su parte, niégase a convocar un congreso constituyente. Rómpense las negociaciones, y el 5 de junio Noboa, detrás del cual se oculta la eminencia gris de Urvina, dirige un ultimátum a Ascásubi. Pronunciamientos del 6 de junio en Ríobamba, donde cae preso Ayarza; del 10, en Ambato, Latacunga y Quito; del 12 en Guaranda, del 13 en Ibarra, del 14 en Cuenca y del 17 en Loja. Ha triunfado la revolución.

Ascásubi ha caído. El mismo 10 de junio, Quito elige un Jefe civil y militar. Hecho curioso: este Jefe es el ministro de Hacienda de Ascásubi, el doctor José Javier Valdivieso. Sin duda se le ha nombrado con el solo fin de hacer la paz. Pero si la revolución ha triunfado en todo el país, no han triunfado Noboa y Urvina. Cuenca, Loja y Manabí han designado Jefe Supremo a Elizalde y varias localidades a Valdivieso, si bien poco más tarde Loja decídese por Noboa. ¿Cómo Elizalde acepta lo que rehusó en Guayaquil el 20 de febrero? Él dice que lo hace para salvar al país de la anarquía. Y en efecto: se empeña desde el primer momento en persuadir a Noboa para que convoque a una convención. Noboa ha sido el primer partidario de convocarla; pero desde la caída de Ascásubi, se niega a dar el decreto de elecciones para convencionales.

La anarquía se anuncia, y provocada por los mismos partidarios de Elizalde. El propio Elizalde toma las armas. Va a Manabí, y desde allí, al mando de mil hombres, dirígese contra Noboa, exigiéndole que reúna la convención. Intervienen Urvina y la Municipalidad de Guayaquil, y ambas partes designan comisionados para celebrar una conferencia. La paz se arregla el 27 de Julio en la hacienda *La Florida*, de propiedad de Noboa. En este acuerdo se establece que se reunirá una convención. Eso sí, quedan dos gobiernos: Noboa seguirá siendo

Jefe Supremo en cinco provincias, y Elizalde en las de Cuenca y Manabí.

Pero todavía no se hace la paz. En agosto hay un levantamiento en Ambato. Por ahí anda Ayarza, que se ha fugado de su prisión de Ríobamba, al mando de un pequeño ejército. El mismo convenio de *La Florida* queda roto por causa de incidentes que ha habido en Loja y en otras partes. Parece que la anarquía es por entonces el mal endémico del Ecuador, como de casi todas las naciones de la América hispana.

* * *

García Moreno, mientras tanto, ha viajado por Francia, Inglaterra y Alemania. Ha permanecido en Europa cuatro meses, y a fines de julio ya está de vuelta en Panamá.

En Europa, y recorriendo tres países, no ha podido ver mucho García Moreno, sobre todo si se considera que por entonces son todavía escasos los ferrocarriles y que marchan con la lentitud del niño que está aprendiendo a caminar. Según su panegirista el padre Berthe, Gabriel estudia en Inglaterra, Alemania y Francia "el estado político de esos países, casi tan revolucionados como la América y en plena confusión desde el cataclismo de 1848". Ha de haber sido así, más o menos, pues el viajero es político por temperamento. Antes que el arte y los paisajes, le han de haber interesado ciertos aspectos sociales de esas naciones. "Lo que le sorprendió sobre todo en Francia, —agrega Berthe— fué el retorno de las ideas religiosas". Ignoro en qué se funda Berthe, pero no cabe duda de que es así. Hechos próximos demostrarán cómo el ferviente católico que hubo en otros años en Gabriel, comienza a reaparecer. A todo espíritu religioso, —y aun al que no lo es— le impresiona en Europa la belleza del arte católico, la obra grandiosa, única en el mundo, realizada por la Iglesia y el cristianismo. También sorprende —entonces como ahora— la sinceridad, la hondura y aun la exaltación de la fe de los europeos, harto superior a la religión rutinaria y pobre de espiritualidad que se practica en América. Recordemos que en Francia acababa de caer la monarquía, y que, después de un breve período republicano y revolucionario durante el cual la Iglesia fué perseguida, gobierna ahora el príncipe Luis Napoleón.

Pero lo singular es que García Moreno se interesa por los sucesos políticos a pesar de estar asqueado de la política. Tiene

resuelto abandonarla. Es cosa de no creer, pero lo afirma su biógrafo ecuatoriano Pablo Herrera, gran amigo y partidario suyo: García Moreno vuelve al Ecuador con la decisión de dedicarse al comercio. "Regresó con un pequeño negocio", asegura Herrera. Acaso lo ha convencido su hermano Pedro Pablo, con quien viaja por Europa, y que es comerciante. ¡García Moreno dedicado al comercio! Imposible imaginar detrás de un mostrador, o en la paz de un escritorio, a este hombre todo dinamismo, pasión y exaltación. ¿Como ha podido suponer él, aunque fuera por un instante, que su vocación estaba en el comercio? Acaso presiente su verdadero destino, su terrible destino, y piensa en el comercio como un modo de evitarlo, de salvarse. Y es que ignora los designios que Dios tiene sobre su vida, la misión que Él le ha confiado.

* * *

Es el 29 de julio de 1850. En el puerto granadino de Panamá, un barco va a partir hacia el Sur. Uno de los pasajeros, que acaba de llegar de Europa, es Gabriel García Moreno. También viajan algunos jesuítas, probablemente en segunda clase, que han sido expulsados de Nueva Granada. García Moreno, que acaba de conocerlos en la ciudad, entra en contacto con ellos apenas parte el vapor. Sin duda está enterado de aquella expulsión, que adivina injusta. Su hondo espíritu de justicia le acerca a esos sacerdotes, que le refieren todo lo sucedido. Lo de siempre: cargos falsos. La verdad es que los liberales gobiernan en Nueva Granada, y que entre ellos y la masonería han decidido echar del país a la Compañía de Jesús. Un ejecutor terrible tienen las órdenes oficiales en el general José María Obando, el que asesinó en Berruecos al Mariscal Sucre. Obando odia a muerte a los jesuítas y parece dispuesto a perseguirlos en todas partes.

El barco va viajando apaciblemente, García Moreno conversa con los padres. No sólo le acerca a ellos el amor a la justicia, sino también su curiosidad intelectual, ya que entre estos desterrados hay verdaderos sabios. Pero he aquí, que, el 31, el barco toca en el puerto granadino de Buenaventura y que sube a bordo Obando, que va a Lima como ministro plenipotenciario. Dícese que él instigó al Gobierno de Nueva

Granada para que expulsara a los jesuítas. Ahora, no contento con ésto, quiere impedirles que bajen en el Ecuador. Pero no ha contado con la energía y la habilidad de García Moreno, que ha resuelto proteger a los perseguidos.

El 4 de agosto, García Moreno está esperando que el vapor atraque en el puerto de Guayaquil. Ya se ha enterado de cuanto ocurriera durante su ausencia: la revolución de febrero, los meses de anarquía que siguieron, la caída de su cuñado Ascásubi y la existencia de varios jefes supremos. Le complace, por el bien de los jesuítas, que en Guayaquil gobierne don Diego Noboa, que es católico y excelente persona, y al cual, por su blandura de carácter, él sabrá poner de parte de sus protegidos. ¿Sabe que Noboa, por el convenio de *La Florida,* también puede gobernar en Quito? Si no lo sabe a bordo, lo sabrá al desembarcar. Lo importante para él es que Noboa aun no ha partido para Quito. Desembarca a la disparada y corre a ver a Noboa. El Jefe Supremo está en la cama. García Moreno lo convence con la facilidad que esperaba y Noboa ordena que se permita el desembarco de los padres. García Moreno vuelve como bala al barco y les da la gran noticia a sus protegidos. Es todavía de madrugada. Los padres desembarcan y se alojan en el Seminario. García Moreno ha obtenido un triunfo.

Obando está, por el momento, en completa derrota. Ha sido bien burlado. Uno se lo imagina esa mañana en paños menores, vomitando interjecciones y tirándose de los pelos, al ver desde el buque cómo se le escapan sus presuntas víctimas. Pero no es hombre de darse por vencido. Busca a Urvina y le compromete, a cambio de posterior ayuda granadina, a hacer una revolución contra Noboa y a sostener a su vez, desde el gobierno del Ecuador, el régimen ultraliberal que domina en Nueva Granada. ¿Le lleva a este consejo su resentimiento? Es casi seguro. Además, la actitud de Noboa le hace temer que el gobierno ecuatoriano ayude al general granadino Julio Arboleda, católico y enemigo suyo, en caso de que Arboleda intente una insurrección. Los hechos demostrarán que Obando ha convencido a Urvina.

Este empeño de García Moreno en favor de los jesuítas demuestra que es católico. Tratándose de los jesuítas, que representan la perfecta ortodoxia, y cuyo espíritu militante es conocido, no cabe indiferencia. Un católico puede no simpatizar

con ellos; pero quien simpatiza con ellos y quiere introducirlos en su país es católico: sino en la práctica, en las ideas. Un liberal en materia religiosa puede no odiar a los jesuítas; pero si se empeña en introducirlos en su país, no es un auténtico liberal. Donde están los jesuítas está toda la fuerza espiritual de la Iglesia, está Cristo con su poder inmenso sobre las almas. Probablemente García Moreno nunca ha dejado de creer en los dogmas católicos. Y seguramente el viaje por Europa, aquel retorno a la fe que ha visto en Francia, han influído en sus creencias. Su actitud en favor de los grandes propagandistas de Cristo hace pensar que también en el espíritu de García Moreno ha comenzado el retorno a la fe.

* * *

Ha pasado agosto, y en setiembre, el 25, Noboa, que aun permanece en Guayaquil, convoca a elecciones de convencionales para el 19 de octubre. Urvina, al frente de las tropas y como jefe de la revolución, dirígese a Quito. Detrás de él va Noboa.

Dos partidos se han formado: el uno quiere elegir a Noboa presidente de la República; y el otro, al general Elizalde. García Moreno, a pesar del favor que acaba de hacerle Noboa, no es partidario de este buen católico sino del liberal y masón Elizalde. Entre los elizaldistas figuran muchos liberales, entre ellos Pedro Moncayo. García Moreno, lo mismo que su cuñado Manuel Ascásubi, es elizaldista porque ante todas las cosas ama el orden y porque sabe que detrás del blanducho Noboa está Urvina, está el pretorianismo que puede acabar con todas las libertades y detener el progreso intelectual y moral del país. Probablemente también García Moreno sabe ya que Urvina está contra los jesuítas y contra la Iglesia.

Elecciones del 19 de octubre. En Quito, cada grupo evita votar al contrario. En algunas partes se ha impedido el sufragio de los elizaldistas. En otras, ellos hacen lo mismo con los noboístas. Un historiador de la época, citado por Camilo Destruge en su *Album Biográfico Ecuatoriano*, dice: "En la asamblea de la Catedral, se plantaron el doctor García Moreno, el mayor Salazar y otros, a no permitir que ciudadano alguno que fuese a votar por la lista contraria sufragase, al extremo de que algunos ciudadanos fueron abofeteados, otros apaleados, mal heridos...". El autor atribuye parte principal en las tropelías

a García Moreno, al afirmar que igual intransigencia demostrará años más tarde en el poder.

Triunfan los candidatos del Gobierno, como ocurre casi siempre en América, y la Convención se inaugura el 8 de diciembre. De esta Convención, la segunda que se realiza en Quito, sale la quinta constitución ecuatoriana. Esta nueva Carta suprime la Vicepresidencia de la República y establece una sola cámara, la Asamblea Legislativa. En su redacción interviene principalmente Pedro Carbo, personaje guayaquileño, considerado como liberal y francmasón. No obstante, la Constitución resulta opuesta a sus ideas: la Religión Católica es declarada "la única verdadera". La mayoría de los convencionales ha impuesto esa declaración. Y he aquí una paradoja de la política ecuatoriana: el partido de Noboa, que es el del liberal Urvina, da al país una Constitución estrictamente católica.

Ahora se va a elegir al presidente de la República. Es el 25 de febrero de 1851. Por veintitrés votos contra seis vence don Diego Noboa. Un historiador moderno asegura que la designación es recibida con júbilo. El 29, don Diego jura y ofrece ministerios al general Urvina y a Roberto Ascásubi, que no aceptan. Urvina ha preferido ir a Guayaquil, como comandante de la plaza.

Noboa, sin duda mal aconsejado por otros, y por temor a una revolución, comienza su gobierno desterrando a Elizalde y a muchos roquistas; suprimiendo del escalafón a ciento sesenta y tres militares, entre ellos Elizalde y Ayarza, y desterrando a algunos; y confinando a muchos ciudadanos en diferentes lugares del país. Con ésto, Noboa se ha creado una oposición formidable y ha logrado que roquistas y elizaldistas se acerquen. Uno de los que encabezan la oposición es Pedro Moncayo, que no quiso incorporarse a la Convención, por creerla ilegal y fraudulenta. Pero el principal adversario de Noboa es, aunque parezca increíble, el general Urvina. Acaso le ha fastidiado a Urvina la admisión de los jesuítas.

* * *

Mientras tanto, los jesuítas se han establecido en el Ecuador. Tanto los que vinieron por el norte como los que, pocos días después, entraron por Guayaquil, han sido recibidos con entusiasmo en todos los pueblos del tránsito. Igual ha ocurrido en

Quito, en donde a fines de enero quedan definitivamente instalados.

Pero a poco de llegar, ha empezado una violenta campaña contra ellos. La ha iniciado el gobierno de Nueva Granada, que está en manos de los "gólgotas" que forman la extrema izquierda del Partido Liberal y son auténticos "rojos" en materia religiosa. Llámanlos gólgotas, según un escritor colombiano, porque invocan constantemente al Mártir del Gólgota, considerado por ellos como "el primero y más sublime demócrata de todos los tiempos". El 30 de octubre del pasado año 50, cinco semanas antes de ser inaugurada la Convención, el cónsul general de Nueva Granada en Quito, un señor José María Vergara Tenorio, ha pedido al gobierno ecuatoriano el extrañamiento de los jesuítas. Noboa contéstale el 6 de noviembre. Su nota —le dice— es la primera noticia oficial que tiene de la expulsión de los jesuítas de Nueva Granada, y le comunica que someterá el asunto a la Convención.

Así lo hace Noboa, que en su Mensaje asegura ser "general el clamor de los ecuatorianos por el restablecimiento de la Compañía de Jesús en la República". Esto es verdad, y lo prueban las numerosas peticiones de todo el país, que alcanzan a la cantidad —asombrosa para el Ecuador— de cincuenta mil firmas y que Noboa envía a la Convención, junto con su Mensaje. Las sesiones en que se discute sobre la admisión de los jesuítas son muy agitadas. Una numerosa barra simpatizante con los padres asiste, mientras afuera, en la calle, el pueblo aguarda el resultado de la votación. En una asamblea que acaba de aprobar una Constitución netamente católica, el proyecto no puede tener muchos adversarios. Solamente lo atacan dos clérigos. Al tratarse los artículos sobre la devolución de las propiedades a los jesuítas, el presbítero Miguel Angulo se opone con fogosidad y aun con elocuencia. Parece que logra convencer a buen número de convencionales. El pueblo, al saberlo, se irrita. La barra amenaza. Pero otro sacerdote, con oratoria más persuasiva, convence a la mayoría y el proyecto queda convertido en ley el 25 de marzo de 1851. De este modo, y declarándolo especialmente, es derogada en el Ecuador la Pragmática de Carlos III, que expulsara a los jesuítas de España y sus colonias ochenta y cuatro años atrás.

Repiques de campanas en todos los templos de Quito anuncian a la ciudad el acontecimiento. Días después publícase

un bando con la nueva ley. Y la instalación de los padres en la iglesia que les había pertenecido, es celebrado con un desfile de las tropas de la guarnición, vestidas de gala, y con un tedéum. Tocan las bandas militares y las campanas son echadas a vuelo cuando los padres, entre las aclamaciones de los habitantes, van llegando a la iglesia por las calles alfombradas.

Todo esto significa un triunfo para Gabriel García Moreno, sin cuyo empeño no habrían desembarcado en el Ecuador los jesuítas.

Pero el rojo presidente de Bogotá, el general José Hilario López, no ha permanecido en la inacción. Precisamente en los días en que la Convención resuelve admitir a los jesuítas, está trabajando tenazmente en contra de ellos, en Quito, el nuevo representante granadino. Ya no es un cónsul, sino un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, don Jacobo Sánchez. Este Sánchez, hombre joven y belicoso "gólgota" de ley, al sentirse derrotado por el decreto de la Convención, se une, a pesar de ser extranjero y de su carácter diplomático, con los que intentan derrocar a Noboa. Su increíble actitud está de acuerdo con la del Presidente de su país. En un Mensaje al Congreso se ha quejado el general López de que el jefe de la revolución de Guayaquil —refiérese a Noboa— hubiese acogido a los jesuítas, "a despecho de las observaciones que el Cónsul general y el Agente Confidencial, en el interés de la buena inteligencia de los dos países, de su moralidad y de los progresos de la civilización, le hiciera". Y ahora pide al Congreso autorización para mover guerra al vecino, por no expulsar a los padres...

* * *

Pero no necesitará Nueva Granada declarar la guerra. Un suceso trascendental devolverá al gobierno de Bogotá su influencia sobre el de Quito.

Desde hace meses, el general Urvina no oculta su oposición al Gobierno. Además de haberse negado a asistir a la Convención, para la que había sido electo diputado, publica unas cartas anónimas tituladas *Marcistas a la Convención,* en las que habla de la reacción floreana y desacredita el proyecto constitucional. Ha rehusado ser general en jefe del Ejército y un cargo diplomático que Noboa, sin duda para alejarle del país, le ofreciera. Ahora trama una conspiración en Guayaquil, en donde hay suma intranquilidad.

El presidente Noboa es guayaquileño, como sabemos, y, acaso desconfiando de Urvina, resuelve ir a su ciudad natal para ver lo que pasa allí. Urvina entérase del viaje y prepara un golpe maestro, que logrará el mayor éxito. Hay quien asegura — y los hechos parecen probarlo — que Urvina lo ha llamado con un pretexto cualquiera, que no es sino una celada. Noboa, que ha partido de Quito el 10 de julio, va llegando a Guayaquil. En Babahoyo lo reciben tres altos jefes, a quienes el comandante de la plaza, general Francisco Robles, lugarteniente de Urvina, ha enviado para que lo acompañen hasta Guayaquil. En Babahoyo, pequeño puerto sobre el río Guayas, el presidente Noboa debe embarcarse para ir a la ciudad. Pero allí lo esperan otros enviados de Robles y de Urvina, que lo hacen subir al barquichuelo que le tienen listo, y en el que le llevan, en calidad de preso, a un buque norteamericano que deberá conducirlo a Chile.

Es el 17 de julio de 1851. La guarnición de Guayaquil, al mando del general Manuel Tomás Maldonado, — recordemos bien este nombre — quien ya se ha sublevado alguna vez, se pronuncia, y aclama como Jefe Supremo al general Urvina. El 24 es proclamado en el mismo carácter por el pueblo guayaquileño.

El general Urvina, ¿es un bandido como lo creen García Moreno y sus amigos y como lo juzgarán más tarde los escritores panegiristas del futuro presidente católico? Nada de eso. Urvina, de quien se dice ser hijo de un cura y de una dama, es distinguido e inteligentísimo y dúctil de espíritu. Físicamente es bajo y delgado, y tiene la mirada expresiva, la boca cerrada y el rostro pálido. Sus sentimientos no deben ser tan malos cuando a las ocho horas de pronunciarse decretó que la renta por la importación de pólvora se aplicara a la liberación de esclavos. Un historiógrafo conservador, Julio Tobar Donoso, le considera uno de los hombres más notables del Ecuador. Le cree "valeroso, inteligente, conocedor de los hombres, diestro para comprender el alcance de los acontecimientos, competente táctico en el campo de batalla". Tiene cuarenta y tres años y ha sido senador, ministro, diplomático y presidente de la Cámara de Diputados.

El derrocamiento de Noboa significa un nuevo fracaso de la tendencia civilista y un triunfo del militarismo. Rocafuerte representó la primera reacción civilista contra el militarismo extranjero — venezolano y granadino — que encabezaba Flores. Terminado el gobierno de Rocafuerte, — recordémoslo — vuelve

con Flores el militarismo por siete años, hasta que es arrojado por la revolución del 6 de marzo. El marcismo lleva al poder a un hombre civil, don Vicente Ramón Roca. Bien que Noboa había sido impuesto por una revolución, fué un gobernante civil y no se dejó dominar por los militares. Ahora, con Urvina, retorna el militarismo, un militarismo nacional, no extranjero. Pero, en cambio, durante algunos años, serán un castigo para el Ecuador los pretorianos de Urvina, los negros del batallón Taura, llamados "los Tauras" y a los que él dice "mis canónigos": brutales, insolentes y bárbaros.

* * *

Una de las razones que da Urvina para justificarse es la de que el Gobierno preparaba el resurgimiento del floreanismo. Se olvida el nuevo Jefe Supremo de Guayaquil que él fué floreano hasta la caída de Flores. No puede hacerse un cargo más injusto al gobierno de Noboa. Pero en cambio es verdad que Flores, desde Costa Rica, trabaja en la sombra por recuperar el poder.

Los sucesos de Nueva Granada van a poner en actualidad al creador de la República ecuatoriana. Aquel propósito del presidente granadino, general José Hilario López, de atacar al Ecuador por haber admitido a los jesuítas, ha debido quedar en nada: la guerra civil arde en su país. Ha ocurrido, en algunas ciudades de Nueva Granada, que grupos de fanáticos rojos, de "gólgotas", azotaban en las calles, sin motivo alguno, a personas distinguidas o de fortuna, inclusive a señoras. El general Julio Arboleda, poeta y hombre interesantísimo, fué encarcelado. Salió con fianza. Los "democráticos", como son llamados los fanáticos, le baleaban la casa noche a noche y le amenazaban con echarle abajo las puertas. Huyó y fué a parar a Quito, de donde se dirigió a su patria, con intención de levantarla en armas. El 11 de mayo del 51 se ha sublevado y ha sido vencido en el Sur el coronel Manuel Ibáñez. Arboleda apresura su marcha. Reune gente en el norte del Ecuador y penetra en Nueva Granada. El 10 de julio ataca al pueblo de Buesaco y es vencido. Por causa de estos levantamientos, el gobierno de López desiste de la guerra al Ecuador. Pero la sola noticia de la probabilidad de un conflicto armado entre el Ecuador y Nueva Granada ha alarmado a las autoridades del Perú, las que suponen que el Ecuador sería vencido. Y enton-

ces el gobierno del Perú llama al general Flores, espada famosa, héroe de la Independencia, para ponerle al frente de una expedición que impida el triunfo de los rojos de Nueva Granada.

Este llamado a Flores, que aun permanece en Costa Rica, ha sido a fines de 1850, cuando comienza a hablarse de las intenciones bélicas de López contra Noboa. A principios de 1851, ya el general Flores se encuentra en Lima. Y en los momentos en que Urvina derrota a Noboa y en los meses que siguen, Flores, con el apoyo del gobierno peruano, prepara su expedición.

* * *

Por aquellos días de fines del 51, cobra vigor la campaña contra los jesuítas que desde su llegada iniciara el representante de Nueva Granada. Un artículo del argentino Félix Frías, enviado desde París al *Mercurio* de Santiago de Chile, titulado *Los rojos en la América del Sur* y reproducido en el Ecuador, da motivo a Jacobo Sánchez para despotricar contra los jesuítas Frías comienza por atacar al presidente López. Le acusa de adular a la multitud, de ser un "indigno faccioso" y, lo que es peor en la pluma del unitario Frías, el ex secretario de Juan Lavalle, "un Rosas granadino". Transcribe frases de López: "la realidad del gobierno de la democracia", "la soberanía del número", "el predominio de las masas". Respecto de los jesuítas, dice Frías que López, no contento con expulsarlos del país, a pesar de los reclamos que de todas partes se dirigían en favor de ellos, pide al Ecuador que los expulse del lugar de su asilo. Y agrega: "de este modo se cruzan las protestas del tirano socialista con las de Rosas contra el asilo acordado a los proscriptos". Esto ha bastado para sulfurar a Sánchez, que inmediatamente, en octubre de 1851, publica un folleto — muestrario de necedades y de increíble estilo — en el que dedica un capítulo a la Compañía.

García Moreno le responde con su *Defensa de los Jesuítas*, extenso trabajo de cien páginas, que publica en diciembre del mismo año 51. No habla del infeliz Sánchez sino en un breve prólogo. Con su talento sarcástico y polémico lo pone en el más perfecto ridículo. Le saca el jugo a unas palabras del granadino en las cuales dice que a su edad —¡tiene treinta y cinco años!— "*todavía* no se hallan aclimatadas la hipocresía, la perfidia y

otras tantas nefandas pasiones". Y lo deja como un calumniador, pues a propósito del pedido de los jesuítas al gobierno de Bogotá, de que se les permitiera quedar en el país como particulares, vale decir, como individuos y no como miembros de una corporación, Sánchez deduce, calumniosamente, que ofrecían abandonar el sacerdocio, colgar los hábitos...

El folleto de García Moreno es una obra de erudición, de lógica, de poderosa dialéctica y de buen estilo. Estudia el instituto jesuítico y demuestra que no tiene carácter político sino exclusivamente religioso; que en cuanto a los votos, no se diferencia de las otras órdenes monásticas; que no existe el "misterio" que se les atribuye, pues su constitución ha sido publicada y estudiada muchas veces; que la obediencia impuesta a los jesuítas es la misma que se exige en todas las corporaciones monacales; que la mutua delación de las faltas, con el fin superior de remediarlas, está en las constituciones de los carmelitas, las ursulinas, los agustinos y otras órdenes; y cómo la doctrina de los jesuítas no es sino la doctrina de la Iglesia. Expone también la obra de la Compañía de Jesús en las misiones, en la enseñanza, en la predicación y en las congregaciones. Y termina con tres páginas sobre la vida privada de los jesuítas, cuya moralidad ha sido reconocida aun por algunos de sus más grandes enemigos, como D'Alembert y el calvinista Grocio.

Pero si el trabajo de García Moreno es importante como revelación de su talento —¡qué gran abogado pudiera ser!—, más nos interesa por una declaración personal que hace en las palabras preliminares: "Soy católico — afirma —, y me glorío de serlo, si bien no puedo contarme en el número de los devotos". Sus ideas religiosas y su patriotismo le llevan a defender a los jesuítas. Y agrega: "no me era dado guardar silencio, en una cuestión en la que mi creencia y mi país se hallan interesados igualmente, éste por la imperiosa necesidad de civilización y aquélla por la gloria y el honor de la Iglesia".

Sólo una duda queda, y harto importante. ¿Qué entiende García Moreno por no ser devoto? ¿Quiere decir que no practica en absoluto la religión? ¿O que la practica poco, limitándose, por ejemplo, a asistir a misa? ¿O que carece de fe viva, aunque sus ideas sean católicas? Devoto llámase vulgarmente al que es asiduo a las iglesias, al que oye misa aun en días de trabajo, al que confiesa y comulga con mucha frecuencia. Pero

si tiene convicciones católicas, ¿por qué no hace todo eso, según es propio de un católico auténtico? Debemos pensar que García Moreno carece de profunda fe. O que motivos mundanos, acaso algunos amoríos, le impiden ser el buen cristiano que quisiera.

En el hombre de pasiones que es García Moreno, la suposición de amoríos es harto fundada. Hasta ya entrado el siglo XX, vivía en Quito una persona de quien todos decían que era su hijo natural. Parecíasele. Y por su edad, esa persona ha debido nacer en los años 51 o 52.

* * *

Ultimo día de febrero de 1852. Parte del Perú la vanguardia de la expedición de Flores. En varios buques van ochocientos hombres de desembarco. Flores no partirá hasta el 11 de marzo. Esta expedición, como reconoce el escritor peruano Jorge Basadre, se ha organizado con la complicidad del gobierno del Perú y aun con el apoyo pecuniario del presidente Echenique y de algunos personajes del oficialismo, participación que confesará el propio Echenique, en un manifiesto que dará seis años más tarde. Inútiles han sido las reclamaciones de Urvina. A una de ellas, del 28 de febrero, Echenique contesta el 9 de marzo que ha ordenado impedir el enganche de expedicionarios y otros preparativos; y esto se lo dice cuando acaba de partir la vanguardia, y dos días antes del embarque de Flores con el resto de la expedición. Mandan el contingente diversos jefes ecuatorianos, antiguos partidarios de Flores.

¡Mala suerte la de don Juan José! Su vanguardia va a ser destruída por un extraño suceso. El famoso bandido Manuel Briones, presidiario en la isla de los Galápagos, se liberta junto con ocho compañeros, fusilan al gobernador de la isla, y apodéranse de una ballenera norteamericana, después de degollar a los tripulantes. Dirígense a Guayaquil, cuando ven llegar a los primeros barcos de los floreanos. Asaltan al delantero y asesinan a un coronel y a veintiocho hombres más. Los tripulantes de una balandra expedicionaria, aterrorizados, la hacen encallar y huyen. Así fracasa la vanguardia floreana. En cuanto a Briones, que aspiraba a un premio por su hazaña, es ejecutado con cinco de sus satélites por las autoridades del Ecuador.

Flores se instala en la isla de Puná, en los primeros días de abril. Durante el mes de marzo realiza algunos desembar-

cos, con grandes pérdidas de vidas. Al mismo tiempo, partidarios suyos se sublevan en Imbabura y en Quito, pero son vencidos. Flores ataca a Guayaquil el 9 de julio, y la avería de uno de sus barcos le obliga a retirarse. Este barco se rinde al Gobierno poco después. Flores, aunque ha logrado algún triunfo en tierra, tiene que abandonar su empresa, mientras sus tropas son vencidas y perseguidas hasta la frontera con el Perú por las gentes de la comarca.

Por esta época, y desde años atrás, el general Flores es generalmente odiado en el Ecuador y en casi toda la América. Si el Perú lo ha llamado y utilizado es por la vieja enemistad que ese país tiene con el Ecuador. Conviene recordar estos hechos, por las vinculaciones que tiempos adelante habrá entre Flores y García Moreno.

* * *

El general Urvina ha convocado una convención. Realízanse elecciones, y la asamblea se inaugura en Guayaquil el 17 de julio de 1852, primer aniversario de la revolución urvinista.

Esta Convención sanciona una nueva carta constitucional, la sexta que se da el Ecuador en veintiún años de vida independiente. Bien que la asamblea esté presidida por el masón Pedro Moncayo, y obre bajo la influencia de Urvina, y que desde el año anterior se llame "rojos" a los urvinistas, según cuenta Alejandro Holinski, que vivía por ese tiempo en el Ecuador, la Constitución no resultará liberal. Un proyecto de don Manuel Gómez de la Torre proponiendo que se elimine el artículo sobre la religión, provoca un gran escándalo. La asamblea hace dos supresiones. Una es muy buena, la de la esclavitud. Y otra nada buena, porque le quita al Ejecutivo el único medio de reprimir la anarquía: la de la pena de muerte por motivos políticos.

El 2 de setiembre la asamblea se prepara para elegir presidente de la República. Hay dos candidatos. Uno es Urvina, el Jefe Supremo; el otro es el doctor Francisco Javier de Aguirre, ciudadano eminente, de altas condiciones intelectuales y morales. Como en la Argentina, en el Ecuador también gana la carrera el caballo del comisario. La tendencia civilista logra pocos votos, y es elegido Presidente el general José María Urvina. Por otra vez ha podido más la fuerza que la inteligencia y la virtud.

* * *

Es el 29 de setiembre de ese mismo 1852. En la Convención va a tratarse de los jesuítas. La sesión, secreta, será la última. Las guardias han sido reforzadas: sábese lo que se resolverá y se teme, con razón, al enojo del pueblo.

La mayoría de la Comisión de Negocios Eclesiásticos informa. Treinta solicitudes, con muchos millares de firmas, se han presentado en favor de los padres y ninguna en contra. El despacho de la Comisión refiérese a esas peticiones y las elogia. Reconoce que todos "piden como un bien positivo el establecimiento del Instituto de la Compañía de Jesús, esperando que él va a ser útil a la Religión, al Gobierno y a cuantos ocupan la extensión poblada e inculta de la República". No obstante, la Comisión no aconseja una resolución definitiva, sino que se permita la permanencia de los jesuítas "en el mismo estado como al presente se hallan". Otro miembro de la Comisión, en disidencia, niega a la asamblea competencia para resolver el asunto, que debe ser tratado en el próximo congreso.

¿Qué dicen los convencionales? Uno de ellos, un doctor Ribadeneira, que cuenta con el apoyo del general Francisco Robles, lugarteniente de Urvina, quiere que "se excite" al Ejecutivo para que cumpla la Pragmática sanción de 1767, "que está vigente"; pero es falso, pues la Pragmática no rige ni en el Ecuador, donde es contraria a la Constitución, a las leyes y a los tratados con España, ni en España misma, donde quedó derogada por el solo hecho de la admisión de los jesuítas. Había sido anulada, como se recordará, por la Convención de Quito; pero el 10 de agosto la asamblea de Guayaquil había dejado sin efecto las resoluciones todas de aquella Convención. El tragafrailes de Rivadeneira afirma, sin el menor escrúpulo, que la paz, "especialmente en lo doméstico de las familias", ha sido perturbada "por los sectarios de Loyola", los cuales están ligados a los floreanos. El masón Moncayo los acusa de "enemigos acérrimos del progreso", de "inseparables compañeros del despotismo". Don Manuel Bustamante, aquel ministro al que García Moreno abofeteara, alega contra la admisión de los jesuítas el no haber presentado las reglas del Instituto para ser examinadas por el Congreso, ni haber demostrado que tienen fondos con qué mantenerse. Un liberal, don Manuel Gómez de la Torre, varias veces ministro, que en la Convención de Guayaquil, el 52, pretendió se suprimiera de la carta constitucional el artículo sobre la Religión y que en tiempo de

Roca, siendo ministro, escandalizó a la gente proponiendo el divorcio, declara su opinión adversa a los jesuítas; pero les reconoce el derecho de permanecer en el país, de acuerdo con la Constitución. Otro liberal auténtico, el respetable Francisco Javier de Aguirre, hace el proceso de los jesuítas y se pregunta si deben ser expulsados "porque sus opiniones sean opuestas a las nuestras". Exclama: "Y entonces, ¿dónde estará la libertad?" Agrega frases muy expresivas, al modo de ésta: "No concibo cómo es que se niegue el asilo al jesuíta en un país donde pueden residir mahometanos". Afirma que nadie puede contener la marcha de las ideas liberales, y asevera: "Yo no puedo votar la expulsión de los jesuítas, no porque soy jesuíta sino porque soy republicano".

Se vota el proyecto de expulsión. Los jesuítas no han tenido en la asamblea un solo defensor verdadero. Quienes debieron serlo han callado: unos por cobardía, otros por servilismo para con Urvina. Un diputado, no obstante, ha salvado su voto adverso a la iniquidad. Es don Manuel Fidelio Espinosa. Pero no esa noche: por singular rareza manda su explicación al otro día, por escrito. El señor Espinosa dice, sarcásticamente, que la asamblea ha resucitado a Carlos III, a cuyos pies ha caído la Constitución.

¿Qué va a ocurrir ahora? El secretario de la asamblea, que es el doctor Pedro Fermín Cevallos, el futuro historiador, comunica al Ejecutivo la sanción de la ley. Urvina tiene un solo ministro, el doctor Francisco Javier Espinosa. Urvina recibe, seguramente con sorpresa, la renuncia de Espinosa, que prefiere perder su cargo antes que cumplir la injusta ley. Entonces Urvina lo reemplaza con Cevallos. Años más tarde, Cevallos se declarará arrepentido por haber ordenado la expulsión de los padres.

Unánime indignación en Quito. García Moreno le escribe a Roberto Ascásubi, desterrado en Piura, puerto del Perú: reunión que rodeaba la Compañía y las calles vecinas. Unos pocos del pueblo han sido estropeados a garrotazos". Agrega que a una señora amiga, la viuda del coronel Klinger, se le ha procesado y que varios conocidos están presos. "La explosión "Toda la ciudad se ha conmovido, y anoche dispararon las tropas unos cuantos tiros al viento para dispersar la numerosísima del descontento universal —dice— en la que se han oído los

gritos de *¡mueran los rojos y el Gobierno!* ha sido espontánea y no obra de ningún agitador".

Pero pasan las semanas y los jesuítas no son expulsados. A pesar del temor al Gobierno, numerosas personas visitan a los padres. ¿Quién es ese hombre joven que todos los días llega al convento, apoyado en unas muletas? Es Gabriel García Moreno. En agosto, mientras examinaba una pistola, se ha herido casualmente en una pierna. Ha sufrido mucho. No ha querido esperar, para visitar a los jesuítas, estar bien del todo. Allá va diariamente a consolarlos, acaso a prometerles que alguna vez, por obra suya, volverán. El pueblo desfila frente a la casa de la Compañía. La inquietud popular decide al Gobierno a nombrar jefe de la guarnición de Quito al general Guillermo Franco, que se viene de Guayaquil al frente de los Tauras. Y se dan órdenes al batallón *Guayas,* instalado en un edificio lindante con el de los padres, del que sólo un tabique de adobe les separa.

¿Es Urvina tan enemigo de los jesuítas y del catolicismo como se cree? De que quiere la expulsión y trabaja por ella, no cabe duda, pero disimula y descarga su responsabilidad en el Congreso. El viajero Alejandro Holinski que ha hablado con él sobre este asunto en 1851, en Babahoyo, antes de que entrase en Quito, afirma haberle dicho el general que los principios y las enseñanzas de esos sacerdotes "pertenecen al siglo XVI" y que tienden "a hacer recular a la América del Sur hacia una época de servidumbre". Reproduce estas palabras de Urvina: "me será necesario obrar conforme a los intereses del país, y oigo con placer, de su boca, que encontraré auxiliares contra los jesuítas aun en el campo enemigo". Holinski, que le había asegurado ésto, insiste en que a Urvina le preocupaba la cuestión de los jesuítas; y por su parte agrega que era la cuestión más importante del momento, pues Nueva Granada hacía un *casus belli* si en el país quedaban los padres. Andrade refiere que años más tarde, en 1876, Urvina les dirá: "Ahora yo no expulsaría a ustedes, porque no son perjudiciales". En 1851 se les considera antiguos carlistas españoles. Se teme que favorezcan el absolutismo y aun que trabajen contra la independencia del país. Por este tiempo muchos católicos, sea por ignorancia o por prejuicios, son adversarios de los jesuítas.

El 19 de noviembre, el gobernador de la provincia de Pichincha comunica a los jesuítas que deberán partir dentro de

las siguientes cuarenta y ocho horas. Desconsuelo y angustia en la población. García Moreno redacta una nueva solicitud, en la que se ruega al Gobernador no ejecutar la orden, pues se pedirá al Presidente que la revoque. En tres horas se reunen ocho mil cuatrocientas veintinueve firmas, resultado prodigioso en una ciudad de sesenta mil habitantes, en la que predominan los analfabetos. El Gobernador no consiente y la sentencia va a ejecutarse.

Es la noche del 23 de noviembre de 1852. Enorme cantidad de gentes — hombres distinguidos, cholos, señoras — se estremezclan, en una común desesperación, frente a la casa de los padres, que está rodeada de tropas. Lloran las mujeres y muchos hombres del pueblo. Las iglesias se llenan de los que imploran a Dios por los expulsados. Mientras los padres terminan los preparativos para la partida, van llegando los caballos y las monturas que hombres pudientes les mandan para el viaje. En la plaza Mayor una multitud, enarbolando una bandera blanca, pide que no se ejecute la expulsión hasta que la solicitud, enviada a Guayaquil, donde está Urvina, tenga respuesta.

Las 12 de la noche. Los jesuítas, que son treinta y siete, incluyendo los novicios y los legos, aparecen en la puerta. La apretada multitud cae de rodillas, en espera de la bendición. Llueve. Todos quieren ser bendecidos especialmente. Se acercan a los religiosos, les besan las orlas de las túnicas, les ponen monedas en las manos. Y al salir el padre Rector, se oye una voz que grita con temblorosa emoción y tremenda cólera: "¡Adiós, padre! ¡De aquí a diez años cantaremos el tedéum en la Catedral!" ¿Quién es este vidente, este audaz profeta que anuncia lo que exactamente ocurrirá diez años después? Es Gabriel García Moreno, que en sus muletas se iergue frente a la iniquidad de Urvina.

Para él la partida de los padres significa una derrota. Tres días después, le escribe a Roberto Ascásubi: "Estoy tan profundamente afectado que me siento realmente enfermo". Es cierto que la partida de los padres le ha enfermado. Y así se ve en estas líneas que el primer día de diciembre le escribe a Ascásubi: "Todavía no tengo sano el corazón desde que tan vil y brutalmente fueron expulsados los jesuítas. Espero ahora toda clase de desgracias públicas; la salida de ellos es la salida de Lot para que llueva fuego sobre las ciudades malditas". El 27 ha publicado su magnífico *Adiós a los Jesuítas.* "Habéis

partido, lanzados por la violencia brutal, perseguidos por la iniquidad impudente", dice en una de las primeras frases. "Habéis partido en alta noche — agrega — escoltados, a semejanza del Redentor, por esbirros armados que os conducen como a bandidos". Habla de la pobreza con que viajan, de la falta de atenciones de las autoridades, del amor del pueblo. "Os váis de un pueblo que os llora como se llora por un amigo, como se llora por un hermano, como se llora por un padre, porque en vosotros miraba a los padres de los pobres, a los hermanos de los desgraciados y a los amigos de los desvalidos". Pero no son ellos los más desventurados, pues llegarán a otras playas donde serán bien recibidos. "¡Infelices los que permanecen en el Ecuador, contando los días de su vida por el número de sus infortunios, y dichosos los que se alejan de esta región maldecida en que, cada vez que el sol se levanta, tienen que admirar nuevas crueldades y crímenes mayores!"

* * *

Hay en el Ecuador, por ese tiempo en que comienza el despotismo de Urvina y de sus tauras, algunos hombres de coraje. Pero ninguno alcanza al valor heroico de García Moreno. Puede afirmarse que sólo él se le cuadra al dictador. Sin duda el pretorianismo urvinista, atropellador, matón e incivilizado, subleva al ciudadano, al hombre civil y de orden, al europeo, al espíritu que ama los libros y las ciencias, todo lo cual es García Moreno; pero acaso nada le empuja con tanta fuerza a oponerse a Urvina, al jefe de los tauras, como la expulsión de los jesuítas. Él mismo lo reconocerá veintiún años más tarde. Comentando su profecía con el padre Blas, le dirá: "...ese fué el juramento de Aníbal, y el deseo de cumplirlo fué una de las principales causas que me impulsaron a tomar cartas en la política". Sí, el deseo de cumplir su profecía; pero también el deseo, tal vez impetuoso, de vengar su derrota, ya que él introdujo a los jesuítas, y el deseo de vengar su orgullo humillado.

Hombre ejecutivo, de prodigioso dinamismo, en seguida comienza a atacar a Urvina. Difícilmente gobernante o caudillo alguno en el mundo ha sido combatido con tanta ferocidad y a la vez con tanto talento como Urvina por García Moreno. Un terrible duelo va a empezar. De un lado está la espada; del otro, la inteligencia. A Urvina le obedecen los tauras; a

García Moreno, los números, vale decir, los ritmos, las palabras, la idea, el Verbo. Hasta que algún día, el escritor empuñará también la espada para vencer a su enemigo.

Empieza García Moreno por escribir su *Epístola a Fabio*: ciento doce endecasílabos sin rima. Aunque la ausencia de consonantes sea una ventaja, no cabe duda de que este poema le ha dado mucho trabajo a su autor. Su contenido es muy grande. Es increíble todo lo que el poeta ha encajado en tan pocos versos. De ahí su estilo apretado, casi conceptista, de un vigor poderoso. Recuerda este poema a los más robustos versos de la lírica clásica. Esta página magnífica es probablemente lo que decidirá, cuarenta años más tarde, a hablar de García Moreno en su *Antología de poetas hispanoamericanos* a don Marcelino Menéndez y Pelayo, que la transcribe, junto con la *Sátira.* El más grande de los críticos españoles considera que el poeta ecuatoriano, "si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola a Fabio* grandes dotes para la alta poesía satírica". En los versos de García Moreno, — dice Menéndez y Pelayo — "quedó un reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra si no hubiese preferido el arte soberano de la vida y de la acción". Ensalza a García Moreno como a "uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza". Y termina: "la República que produjo a tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia".

La *Epístola* aparece, en hoja suelta, el 4 de febrero de 1853. García Moreno la ha escrito no sólo por atacar a Urvina: también por demostrar a Javier Endara, vocero del liberalismo y fiel del Presidente, que él es el autor de una mediocre elegía antiurvinista aparecida en enero. ¿Qué le dice García Moreno a Urvina? Cosas tan espantables como la de que su vida *encerrada en artículos se encuentra — en el severo código que inspira — saludable terror a los perversos,* vale decir, en el Código Penal. Llámale "conjunto horrible de corrupción", y le aplica esta marca que le arderá a Urvina toda su vida: *Monstruo que hasta el patíbulo infamara.* Pero la *Epístola* no es sólo un despiadado ataque al gobernante. Es un cuadro de la corrupción política de su patria, de esa "tierra maldecida" en la que, según él dice, nada valen la lealtad, la valentía y los más nobles hechos humanos. El poeta termina con el temor de

que pueda ser asesinado; pero si su patria *respira libre de opresión,* entonces él descansará "feliz en el sepulcro".

* * *

García Moreno, que ha cumplido treinta años en diciembre del año anterior, vuelve al periodismo. Reúnese con tres amigos y les propone fundar un semanario. Alguno de ellos prefiere la revolución, a lo que se opone vehementemente García Moreno. Hombre de orden, no quiere contribuir a la anarquía.

El semanario *La Nación* lanza su prospecto el primer día de marzo. Sorprende su moderación relativa. Tiene frases interesantes, como la de que en el Ecuador "la industria revolucionaria es el seguro medio de enriquecerse". Más que a Urvina, ataca al régimen. Quiere que la República sea una realidad "y no la prepotencia de la lanza, el derecho de la opresión, el privilegio vergonzoso del peculado y del robo". Quiere que la igualdad sea — anotemos estas palabras tan modernas — "la supresión de la injusticia en el orden social" y no "la supremacía del fango y el poderío del crímen sobre las clases honradas y laboriosas". Quiere que la democracia sea para la Nación "lo que es la Providencia para el mundo". Y escribirá para la Nación, sin que le arredren "las furias perseguidoras del poder".

El primer número sale el 8 de marzo. En un artículo sobre el aniversario de la revolución del 6 de marzo de 1845 contra Flores, compara aquella época y la actual. Del paralelo se desprende: que Urvina "entrega el mando de las provincias a hombres que gozan de infame reputación"; que el país "se ha empobrecido por requisiciones de caballos, préstamos forzosos y otras mil exacciones violentas"; que "la notoria y portentosa dilapidación de las rentas públicas" es "el crímen prominente de la administración"; que el Gobierno considera insulto que se le pida cuenta de las sumas invertidas en los veinte meses que lleva de existencia; que el régimen es una "mezcla monstruosa de desorden y violencia, de compresión y anarquía"; que el Ecuador "ha vuelto a la misma situación de dolor y de despecho, de oprobio y de vergüenza, de miseria y de humillación" y que las revoluciones no han producido "sino lo que producen los incendios: cenizas, destrucción, sole-

dad y ruinas". Y además de este artículo, publica el número primero una *Crónica de los abusos*, que será sección permanente.

Pero Urvina no está dispuesto a tolerar en su contra nada permanente, ni siquiera la existencia del semanario. Desde Guayaquil, donde se encuentra, manda a Quito, con el cargo de Comandante de la plaza, al general Guillermo Franco, su lugarteniente, para que reemplace al general Manuel Tomás Maldonado, cuya afición a sublevarse es notoria. Franco llega en vísperas de la salida del segundo número. Comunica a García Moreno que, si aparece el periódico, le encarcelará y desterrará. Y él le contesta que a sus razones para publicar el semanario ahora agrega las del honor, pues considera indecoroso callar por amenazas.

Es el 16 de marzo. El segundo número de *La Nación* sale valientemente. Contiene, además de la correspondiente crónica de los abusos del Gobierno y otras cosas, el artículo *Política de Gabinete*. He aquí una muestra de los procedimientos del gobierno, según *La Nación*: "¿Hay un pícaro redomado que reúne la doble ventaja de la maldad y de la estupidez, uno que sea tan cobarde como rapaz y tan rapaz como insolente, uno que posea el instinto de la ferocidad y las aptitudes del verdugo? Pues a ese ser abominable se le nombrará gobernador de la provincia de X o magistrado de policía del cantón Z; y se le dejará robar y oprimir a su arbitrio..." Con motivo de la expulsión de los jesuítas, realizada por exigencias del gobierno de Bogotá, dice que "el pacto obligaba a perpetrar un crímen y el crímen se perpetró". Al congreso que dictó la ley de expulsión lo llama "asamblea prostituída, en cuyo recinto (con pocas y honrosas excepciones) no hubo incapacidad que no estuviera dignamente representada". García Moreno sabe que Franco cumplirá su palabra de prenderle y desterrarle. No trata de esconderse ni de huir. Al contrario: quiere, por razones de propaganda política, que su prisión sea espectacular. Quiere ser preso en plena calle, a la luz del día, y no en su casa. Tiene noticia de la exaltación pública y sabe que su prisión será advertida. Así ocurre. Sale de su casa sereno y altivo. Dirígese a la plaza. En seguida llega la policía y lo detiene. Igual se ha hecho con sus dos amigos que editaban *La Nación*. Se les hace montar a caballo. Y después de despedirse de los que esperaban su salida de la prisión, parten los tres hombres con una escolta, hacia la frontera con Nueva Granada.

Urvina acaba de convertir en mártir a su enemigo. García Moreno, que hasta entonces sólo ha sido un periodista de talento, crece enormemente ante el pueblo. Ahora es una gran figura, acaso la primera figura de la oposición.

* * *

Pocas existencias tan variadas como la suya. Si en ella hay dramas y tragedias, también hay momentos de verdadera novela de aventuras.

Los presos llegan a Ibarra, después de tres días de viaje. No tardan en pasar a tierra granadina. Aquí las autoridades, por pedido del gobierno ecuatoriano, llevan a los desterrados primero a Ipiales, donde los encierran en un sucio calabozo, y luego a Túquerres, vigilados por treinta hombres que tienen orden de fusilarlos a la menor resistencia. El 22 están en Túquerres y el 28 deberán conducirlos a Pasto.

Aun deben ser internados muchos kilómetros más. Tienen resuelto las autoridades granadinas llevarlos a Nieva. Pero los prisioneros logran fugarse de la cárcel de Túquerres. Cómo han podido hacerlo, se ignora. Seguramente ha sido idea de García Moreno, hombre de infinitos recursos imaginativos. Sólo se sabe que se han escondido en la casa de un clérigo, que es cura en una pequeña localidad próxima. La policía los busca por todas partes. Parece que se los ha tragado la tierra. Por fin, con la ayuda del clérigo, que dispone todo para que nadie los advierta y que tal vez les proporciona caballos, parten hacia Quito. Es un rasgo de extraordinaria audacia y de gran valor. Viajan escondiéndose, de noche, y atravesando campos.

Ya están en Quito los tres valientes. Acaso saben que Urvina los fusilará si los encuentra. Se han ocultado y así seguirán unos días. García Moreno, incapaz de continuar en semejante situación, y sin duda también por exigencia de los suyos que comprenden el peligro de su permanencia en Quito, resuelve alejarse de su patria. Pero primero debe ir a Guayaquil, para embarcarse. Tal vez haya más peligro en el camino a Guayaquil que escondido en Quito. Y así, en vez de seguir la ruta de todos los viajeros, que es deplorable, atraviesa disfrazado las montañas de Quevedo, donde, por la soledad casi absoluta, hay el riesgo de extraviarse. Pero todo sale muy bien.

En Guayaquil también debe esconderse, naturalmente. Las autoridades ya saben de su llegada a Quito y de su huída. Espe-

ran capturarlo en el puerto. Pero él se les escapa y se refugia en un barco de guerra francés, en la corbeta *La Brillante*, anclada en la ría. Es el primer día de julio. La corbeta no saldrá hasta el 12. Esto inquietaría al prófugo si no contara con la simpatía del capitán.

Mientras anda escapado, le ocurre un romántico suceso. Una noche, ya cerca de Guayaquil, como los esbirros de Urvina le siguen de cerca y corre el peligro de ser copado, llama a la casa principal de la hacienda *Buijo*, ocupada por la familia del coronel José María Rivas, amigo suyo. "Soy García Moreno; guarézcame que me persiguen para asesinarme", le dice a la dueña de casa, que se ha asomado al balcón. Lo hacen entrar. García Moreno refiere que viene perseguido por el general Guillermo Franco en persona, y le pide que lo esconda por dos o tres días. No tarda en advertirse que la partida está frente a la casa. En tono autoritario, el jefe exige que se abra la puerta. García Moreno se refugia en el cuarto de Mercedes Rivas, que tiene quince años y está en la cama, enferma. La niña comprende el peligro y hace esconder al perseguido en su propio cuarto. Franco y su gente suben. El general pregunta por García Moreno. La señora simula no saber nada, y lo autoriza a registrar la casa. No aparece, naturalmente, el perseguido. Entonces Franco, que es también amigo de la familia, declara querer saludar a la enferma. Entra, conversa un rato con ella, mira hacia todas partes con desconfianza y se marcha. La niña se ha conducido con tanta inocencia y habilidad que salva a García Moreno de la cárcel, sino de la muerte.

Allí en la corbeta le llega una noticia asombrosa, que él no esperaba. El 10 se ha votado en el Guayas para electores de senador. El mismo día se han reunido los electores. El Gobierno y los urvinistas han tratado de presionar a la asamblea. Tiene mayoría la oposición. Y al votarse por el tercer senador, ha sido elegido García Moreno por ciento doce votos contra ochenta, y entre los aplausos opositores. La elección y el escrutinio han durado desde el 10 hasta la una de la tarde del siguiente día. El triunfador, pues, se entera de su inesperado triunfo la víspera de su partida.

Pero las autoridades están resueltas a no reconocerlo. En el temor de que desembarque apostan tropas en el muelle. García Moreno dirige una protesta al Gobernador: increíble le parece "que se quiera coronar con semejante escándalo la serie de vio-

lencias de que ha sido víctima un ciudadano que no ha sido juzgado, si ha delinquido". También dirige una Proclama a los electores. Les agradece el haberle designado para un puesto "que por ningún camino solicitaba". Señala el alto significado de la elección, que es una protesta contra los abusos del poder. En breve y vigorosa página recuerda los atropellos de que ha sido víctima. Promete volver para desempeñar su mandato, ya que ahora, sin otro motivo "que la voluntad sultánica del Presidente", no se le permite desembarcar. Agrega: "Si entonces se atenta contra mi libertad, si acaso alguna mano comprada se levanta contra mí en medio de las sombras, inclinaré la cerviz para recibir el golpe, pero vosotros me vengaréis". Y termina anunciando que si eso ocurre el pueblo saldrá de su letargo, "y ya sabéis que, cuando un pueblo despierta, cada palabra es una esperanza, cada paso una victoria".

Poco antes de la reunión del Congreso, se aparece García Moreno en Guayaquil. Y como si no tuviese inmunidades por ser senador electo, el Gobernador lo manda prender, y, desterrándolo de nuevo, lo envía a Paita, en un buque de guerra.

* * *

He aquí a García Moreno en Paita, pequeño puerto del Perú, a donde le ha conducido *La Brillante*. Paita tiene unas tres mil almas y está cerca de cincuenta kilómetros de Piura, la capital del departamento. Instálase en una pobre casita de madera. Pero no estará solo. Aquí en Paita le encontrarán tres amigos, desterrados como él, dos de los cuales fueron sus compañeros en la aventura que empezó el 6 de marzo. Aquí también están algunos de los jesuítas expulsados del Ecuador.

¿Qué hace García Moreno en aquel lugarejo de Paita, en el cual, según él escribirá, no hay sino aire, arena y agua salada? Ni comercio ni vida alguna tiene Paita. Don Ricardo Palma, el gran escritor peruano, habla de los "ardientes arenales" de Paita. García Moreno estudia todo el tiempo, encerrado en su casita de madera. Devora día y noche, como ha contado Palma, y no obstante estar enfermo de los ojos, tomos de Ciencias Naturales, de Teología y de Filosofía escolástica. Traduce en verso algún poema de Lamartine. También cultiva los estudios lingüísticos y ha compuesto una gramática que no llega a publicar y en la que, al parecer, acepta las nuevas teorías del venezolano Andrés Bello, anotándolas y corrigiéndolas. Y como de todo sabe este

hombre de múltiples talentos, hace de médico junto a uno de los jesuítas gravemente enfermo y le salva la vida. El jesuíta, al visitarle García Moreno, tiene el pulso muy débil y delira. García Moreno entérase de que el médico ha ordenado un purgante. "Si se lo administran, se muere el padre", dice. Dispone que se le dé unas cucharadas de cierto remedio y un poquito de vino generoso. El enfermo se moría de debilidad y el médico del pueblo iba a matarlo. Mejora y sana con el tratamiento de García Moreno, que de cuando en cuando, en todo lo largo de su vida, curará a otras personas.

Aquí en Paita le conoce Ricardo Palma, que es entonces un muchacho de veinte años. Palma, por causa de un conflicto amoroso, ha huído de Lima. Un protector le ha hecho nombrar contador de un buque de guerra. Ahora el buque, en esos días de fines del 53, detiénese por un tiempo en Paita. El peruano visita a las dos personas interesantes que allí viven: García Moreno y Manuela Sáenz, la amiga de Bolívar. Palma es enamoradizo y poco escrupuloso. Hay en Paita dos muchachas guapas y cuya conquista no parece difícil. Un día le propone a García Moreno intentar juntos la doble aventura. Y él le contesta: "No acostumbro a eso que usted llama trapicheos; y hágame el favor de no volverme a hablar en semejante tono". ¿Virtud? Mas bien es de creer que, enemigo de las familiaridades, le ha chocado que Palma le propusiera a él, que le lleva doce años y es ya una personalidad, andar en amoríos poco menos que públicamente. Acaso también, bajo la influencia de la Teología, que está estudiando, rechaza aquella tentación al pecado. De cualquier modo, esto no interrumpe la amistad: todas las tardes seguirá conversando con Palma sobre literatura francesa y española.

Este destierro de casi dos años, desde julio del 53 hasta abril del 55, significan para García Moreno un buen aprendizaje. Su espíritu se templa en la soledad y en la aspereza de la vida que lleva. Aprende la resignación. El verdadero modo de resignarse — escribe a los suyos — "no consiste en perder el ánimo y entregarse desfallecido a los rigores de la suerte, sino en conservar la sino por impulso de la fe". Bellas palabras de un cristiano.

¡Y cómo piensa en su patria! Sus compañeros de destierro le oyen hablar de sus proyectos. Ninguna voluptuosidad por el serenidad del espíritu en medio de los sufrimientos, resistiendo con valor los trabajos sin inclinar la frente y poniendo nuestras esperanzas más allá de la vida, no por consejo de la melancolía,

poder. Si aspira al gobierno es por hacer la grandeza del Ecuador. Uno de esos compañeros le recordará, muchos años más tarde, cuando a orillas del mar, o en su cuarto, explicaba sus planes con entusiasmo y "en breves y luminosos rasgos". ¿Qué planes son ésos? "Cambio substancial de la Constitución, reforma del clero, enfrenamiento y disciplina del Ejército, educación, obras públicas, todo, todo lo tenía previsto y meditado desde entonces, todo debía cumplirlo". Por estas palabras puede deducirse que en esos destierros en Paita y en Piura, cuando García Moreno tiene alrededor de treinta y dos años, está en él naciendo el futuro gran presidente del Ecuador. Tanto como al estudio y a su natural talento, García Moreno le debe a esos años de destierro, que han sido para el hombre y el político admirable escuela de formación moral y espiritual.

* * *

Hacia fines de octubre o principios de noviembre, García Moreno recibe una noticia sensacional: el ministro Marcos Espinel, en el Mensaje que acaba de presentar al Congreso, le trata como al principal enemigo del Gobierno. Hablando de la expulsión de los jesuítas, dice Espinel que los actos del Ejecutivo, al cumplir con la ley, eran considerados como heréticos o impíos y que existía un plan de rebelarse. Juzga "inmoral" la audacia de la prensa opositora. Transcribe frases de García Moreno y las comenta con enérgica severidad. Supone a "los alborotadores" en contacto con los floreanos y afirma que ciertas medidas de policía fueron necesarias para imponer el orden. Las palabras del Ministro tienen alguna eficacia, pero el hombre no advierte que con ellas agranda la figura de su enemigo.

El le contesta en el folleto *La verdad a mis calumniadores*, que escribe al correr de la pluma, inspiradamente, y que, impreso en Piura, aparece el 17 de noviembre de ese 1853. Con argumentos poderosos destruye a sus enemigos, y tiene para ellos frases de las que dejan marca por muchos años. "Hombres como Espinel, Casquete, Briones o Urvina, no infaman cuando insultan sino cuando elogian; porque ordinariamente alaban a los que se les parecen, y los que se les parecen son los hijos del oprobio". Eso de mezclar a Urvina y a Espinel con Briones, aquel famoso ladrón y asesino que se escapó de su prisión en la isla de los Galápagos y exterminó a la tripulación de un barco de los floreanos, constituye el más ocurrente y a la vez cruel de los dic-

terios. Pero nada tan eficaz como el citar opiniones de pocos años atrás, publicadas por la prensa, de Urvina sobre Espinel y de Espinel sobre Urvina. Del primero dijo su actual ministro que no era "general" sino "voluntaria", vale decir, algo como cantinera del ejército, gravísima ofensa con la que le llamaba a la vez cobarde y corrompido. Y Urvina dijo de Espinel que "estaba comprado por el despotismo, asalariado para difamar" y que por eso cuando habla "sólo habla el idioma de la difamación y la calumnia". En todo el folleto, García Moreno, cada vez que debe nombrar al ministro Espinel, lo designa con alguna de las palabras que le aplicara Urvina, y a Urvina lo llama, subrayando, "voluntaria", el mote espantoso que le aplicara Espinel. El Ministro es, pues, designado "el que gana su pan calumniando" o el del "oficio vil" o el "asalariado por el despotismo". Algunas frases de García Moreno las hubieran envidiado Luis Veuillot o León Bloy. Así ésta: "me he acostumbrado, como Boileau, a llamar gato al gato y Urvina a un traidor". O esta otra, en que contesta al reproche de haber acusado de "prostituída" a la asamblea que expulsó a los jesuítas: "Tiene mucha razón el señor Ministro; pues ¿quién no se convencerá de que soy conspirador por haber llamado *incapaces* a unos cuantos estólidos, entre quienes la burra de Balaam habría ocupado un lugar prominente?" García Moreno defiéndese del cargo de haber alentado a la facción floreana. Enumera los atropellos de los sicarios urvinistas: el saqueo y el maltrato, el látigo y la soga. Se afirma en su protesta por habérsele desconocido su inmunidad parlamentaria. Y termina citando algunas malversaciones de satélites de Urvina y aun del propio Presidente de la República y que él hubiera revelado desde el Congreso, razón por la que se le impidió ocupar su banca.

Espinel le contesta en el folleto *Gabriel García Moreno, o la verdad contra sus calumniadores,* que aparece el 20 de enero de 1854. Pero firma "Los demócratas", sin valentía para dar su nombre. Espinel le llama a García Moreno "publicista del terror" y "sicario de toda dictadura", y afirma que existía un plan revolucionario — pues se trató de seducir a varios jefes con mando de tropas, — y que *La Nación* era enseña de los conspiradores.

García Moreno pónese inmediatamente a escribir. Y en otro folleto, más extenso que el anterior y al que le dá el mismo título, publica su respuesta el 15 de marzo, aniversario de su primer destierro.

El epígrafe es una frase de Urvina sobre su actual ministro Espinel. Después de hablar de "su descaro y arrogancia", exclamaba Urvina, del que hoy es su ministro: "¡Pero de qué no es capaz en su papel de impostor!" García Moreno llama al Presidente "el malvado más sanguinario y feroz que en el Ecuador se ha conocido". Dice que Briones era valiente y Urvina es cobarde. "Briones principió como Urvina, por el vicio; Urvina acabará como Briones, por el cadalso; y, sin embargo, éste no ejerció nunca cierta profesión vergonzosa que los señores Rocafuerte y Moncayo imputaron al actual Presidente". Y asegura que Briones, de no haber derramado sangre angloamericana, sería ahora, por lo menos, "general y colector de sales en Babahoyo".

Lógica rigurosa es la de García Moreno. Dice no haber término medio: o Urvina y Espinel se calumniaron mutuamente, y entonces ninguna fe merecen; o se difamaron con la verdad, "y entonces tampoco son dignos de crédito, supuesto que Espinel es, según Urvina, un impostor vendido, un calumniador de profesión, y Urvina es, según Espinel, el infame *maître d'école* de *Los Misterios de París*". Otro ejemplo, mejor aún, de lógica: "Urvina, conspirador contra todos los gobiernos, es quien me acusa de haber seguido sus huellas; pero si fuese su discípulo, no sería el maestro quien debiera castigarme por haber seguido sus lecciones". Otro ejemplo más: arguye a Espinel que su periódico *La Nación* no probaba que conspirase, pues "en estas repúblicas no se ignora tanto el arte de conspirar como para difundir por la prensa designios cuyo éxito depende del secreto". Y este último: se le intimó el destierro si continuaba saliendo el periódico y se le desterró, y "habría sido inútil y aun ridículo intimar a un conspirador la orden del silencio".

Se indigna de que Espinel afirme cómo en otro tiempo fué amigo de Urvina. "Confieso — dice — que ninguno de los denuestos de Espinel me ha parecido tan atroz". Con cruel sarcasmo afirma que no faltan ciudadanos de mérito para gobernar: "el esclarecido Chachapoyas", un rufián muy conocido, podría recoger "la herencia del preclaro Urvina"...

¿Es tan malo Urvina como gobernante? ¿Son ciertos los cargos que le hace García Moreno? Ha habido atropellos por parte de los tauras, pero el Gobierno no ha mandado asesinar a nadie. Ha habido también algunos desfalcos en la administración, malversaciones y abusos, pero, si graves a veces, no mucho más que los que ocurren en todos los países del mundo. Urvina es

"manso y generoso" según un honrado historiador moderno, cuyas ideas católicas podrían impulsarle a decir lo contrario. Está realizando importantes obras públicas: el palacio del Gobierno, el cuartel de Artillería, la Policía, la Cárcel, puentes, caminos, fuentes y una gran extensión del muelle de Guayaquil. Establece la elección presidencial mediante asambleas de electores en cada departamento, en vez de hacerlo el Congreso, como antes. Su liberalismo en materia religiosa es relativo: rompe con el Vaticano, pero nombra miembro del Consejo de Gobierno al arzobispo Francisco Javier Garaicoa. Fomenta la enseñanza primaria, de tal modo que el número de alumnos, reducido a la tercera parte a principios de su administración, se duplica al final. ¿No merece, pues, los ataques de García Moreno? En parte los merece. Pero su exaltado enemigo exagera, aunque procede sinceramente, llevado por su temperamento volcánico, no por aquello de que "la política es la política".

Y ahora, después de cuanto les ha dicho al Presidente y al Ministro, ¿podrá García Moreno volver al Ecuador? Claro que no. Ni lo piensa. Quédase en Paita hasta fines del 54. Pero se enferma, no sabemos de qué. Acaso se agrava su afección en los ojos. Entonces se instala en Piura, lugar más importante que Paita, como que es capital del departamento. Allí permanece cinco meses. Escribe algunos artículos jocosos con la intención de publicarlos en el Ecuador, lo que no llega a hacer. Escribe también e imprime un opúsculo sobre la proyectada cesión, por parte de Urvina, de las islas de los Galápagos a los Estados Unidos, hecho absolutamente cierto, como que motivó una protesta colectiva, del 23 de noviembre de 1854, por parte de los representantes del Perú, de Francia y de Gran Bretaña en el Ecuador. ¿Por qué no lo publica? Tal vez porque las últimas noticias recibidas de los Estados Unidos le quitan actualidad a su trabajo. Tal vez porque tiene resuelto marcharse a Europa. Y así, en uno de los postreros días de abril de 1855, Gabriel García Moreno se embarca en Paita hacia Panamá, de donde seguirá viaje a Europa. Ahora no desea recorrer el Viejo Mundo. Ahora tiene sus ojos puestos en París. Allá va, a estudiar, a devorar libros, este extraño político sudamericano.

V. — FORMACION ESPIRITUAL Y POLÍTICA

Ya está en París García Moreno, en un pequeño departamento de la calle de la Vieille-Comedie. No ha ido a París para hacerse una plataforma, para vincularse con otros sudamericanos. Ninguna vanidad le guía. Su único propósito es frecuentar ciertas aulas de altos estudios, adquirir en París los conocimientos científicos que no podría adquirir en Quito. París, en la vida de García Moreno, es mucho más que un lugar de destierro. Significa los años de preparación del gran hombre, de esa época de reconcentración espiritual, de silencio y de soledad que suele preceder a la entrada ruidosa y sensacional en la acción.

Apenas llegado a París comienza a frecuentar la Universidad. Ha traído cartas de su amigo y maestro Sebastián Wisse para el famoso naturalista Boussingault. Este sabio ha estado en el Ecuador muchos años atrás y ha ascendido al Chimborazo. Conoce las exploraciones de García Moreno y las admira. Esta amistad del ecuatoriano con Juan Bautista Boussingault le será muy útil para vincularse en ciertos medios científicos. Por otra parte, un artículo de Wisse sobre la ascensión al Sangay ha sido publicado, dos años atrás, por el Instituto de Francia, en los *Comptes rendus de l'Académie des Sciences.*

Mientras tanto, estudia todo el día. Levántase en cuanto amanece. No asiste a los teatros ni pisará ninguno de ellos durante su permanencia en la capital de Francia. Tampoco asiste a fiestas o reuniones sociales entre sudamericanos. Estudia diez y seis horas diarias, principalmente Química. Lee por tres veces la *Historia de la Iglesia,* del padre Renato Francisco Rohrbacher, que consta de veintinueve tomos.

Este deseo de conocer a fondo la historia de la Iglesia demuestra que García Moreno es ya un verdadero católico. Lo corrobora su castidad, que ordénale rechazar a las busconas que tanto abundan en París, a las que les dice: "Inútil, mis bolsillos

están vacíos". No tarda en "convertirse" definitivamente. Un día, paseando con algunos compatriotas por las avenidas del Luxemburgo, como discuten sobre la eficacia de los sacramentos y él los exalta, uno de sus amigos le arguye: "Usted habla muy bien, pero me parece que a esa religión tan hermosa usted la descuida un poco en la práctica: ¿desde cuándo no se confiesa?" García Moreno le contestó: "Usted me ha respondido con un argumento personal que tal vez le parezca excelente hoy pero que mañana no valdrá más". Deja a sus amigos muy excitado, se encierra en su cuarto, medita, recuerda sus meses de seminarista y su fervor de esos años y en la misma tarde va a confesarse. Desde entonces se le ve todos los días en San Sulpicio, oyendo misa antes de trabajar. Reza diariamente el rosario. Los domingos su piedad edifica a los que frecuentan aquella iglesia. El escritor Luis Veuillot, uno de los más grandes prosistas de Francia, escribirá muchos años después: "En San Sulpicio le han visto, sin duda, varios de entre nosotros. Nos complacemos en decir que, tal vez sin conocerlo, hemos unido nuestra súplica a la suya; en todo caso, era de los nuestros y reclamamos el honor de ser de los suyos".

A fines del 55 estudia Química en el Laboratorio del eminente sabio Teófilo Pelouze. Allí llega en noviembre o principios de diciembre, un estudiante sudamericano, el granadino Vicente Restrepo, que será una distinguida figura en su patria. Restrepo habla de García Moreno en unas páginas autobiográficas: "Vestido con la blusa del obrero — dice — él mismo armaba sus aparatos para la preparación de los cuerpos simples, la composición y descomposición de las sales, y la observación de las reacciones químicas". Tiene la paciencia y generosidad de enseñarle a Restrepo "a doblar los tubos de vidrio al calor de la lámpara, a limar y pasar los corchos para adaptarlos a los frascos y redomas, y todas las manipulaciones preliminares". Llegan temprano, todas las mañanas, al Laboratorio. Almuerzan los dos sudamericanos, en un restorán modesto, un bife con papas y berros y media botella de vino, todo lo cual les cuesta sólo un franco por cabeza. Por las tardes van al Jardín de Plantas. Allí asisten a las lecciones de Geología y Mineralogía, la primera de las cuales asignaturas es enseñada por el famoso Carlos D'Orbigny. Estudian las muestras de minerales y de rocas que hay en el Museo. "Mas de un año — agrega Restrepo — vivimos en la grata intimidad que produce la afición a la ciencia, sin pensar en asomar-

nos una sola vez a los bailes y los cafés del barrio Latino". ¡Sorprendente en dos hombres jóvenes, y más en dos sudamericanos! García Moreno tiene treinta y cuatro años en 1855. Bien que casado, su mujer está en el Ecuador. La revelación de Restrepo convence ser verdad lo afirmado por el padre Berthe sobre la castidad de García Moreno. Y estos dos años de pureza podrán servir de pauta para juzgar futuras acciones suyas de interpretación dudosa.

Pero su pasión no se limita a las ciencias. Restrepo escribe: "García Moreno era hombre de vasta ilustración. Muchas veces le ví discutiendo, con aventajados estudiantes, cuestiones de historia y de crítica literaria, o resolviendo problemas matemáticos". Y termina el colombiano elogiando "su carácter levantado y sus profundas convicciones".

Desde París, García Moreno escribe con frecuencia a su cuñado y gran amigo Roberto Ascásubi. Por esas cartas se conocen detalladamente sus estudios. En enero del 56 es cuantioso lo que estudia este hombre: Química, en cuyo curso ocupa, por recomendación de Boussingault, un asiento reservado, inmediato al profesor; Física, que dicta el profesor Carlos Despretz: Zoología, de Enrique Milne Edwards; Análisis de Química Orgánica, de su amigo Boussingault; otro curso de Química, de Antonio Balard; Algebra Superior, de Juan María Duhamel; Cálculo Infinitesimal, de Luis Esteban de Lefebure de Fourcy; y Mecánica Racional, empezado por Carlos Sturm y continuado, a causa de su muerte, por Víctor Alejandro Puisieux. Y todavía piensa seguir los cursos de Geología y de Botánica en cuanto empiecen.

Esta labor exhorbitante ha estado a punto de enfermarle. Cada curso funciona dos veces a la semana, pero él se ha arreglado para trabajar en el Laboratorio los lunes, miércoles y viernes. "Conozco lo que abuso de mis fuerzas —escribe el 14 de marzo—, y poco ha faltado para que me cueste caro; ni mis fuerzas ni mi cabeza están en relación con la energía de mi voluntad". En junio dice: "Poco es el tiempo, pero la voluntad lo suple todo; y aunque mi cuerpo está ya bastante fatigado, voy a redoblar mis esfuerzos, seguro de que resistiré todavía tres meses y medio de fatiga". Pero el peligro pasa. Y así, unos meses más tarde, puede escribir: "Mi salud resistirá".

Está contento con sus progresos. "En Química — escribe el 14 de enero — he avanzado mucho, y en el mes entrante acabaré las preparaciones de metales y entraré en las preparaciones de

Química Orgánica". En febrero anuncia haber avanzado mucho para el corto tiempo que lleva trabajando y para el inmenso campo que ofrece la Química. En abril ya está adelantado en Química Orgánica. "Me ha salido bien el ácido esteárico, o sebo de composición, como allá dicen, a pesar de no tener en el Laboratorio más que una mala prensa de mano". Ha preparado muchas substancias, entre ellas quinina, éter, cloroformo. En mayo se complace por la facilidad con que hace los análisis de minerales. En junio: "conozco ya la teoría de la fabricación del aguardiente y del azúcar, y he preparado y rectificado el alcohol en el Laboratorio". Luego, refiere que no le ha costado el separar los diversos elementos de los minerales. Pronto empezará a determinar las proporciones de cada elemento en las substancias que analizará. Pero aunque contento por sus progresos, no lo está al pensar en lo que le falta aprender. "¡Cómo quisiera ensanchar diez veces más el círculo de mis conocimientos!", exclama, en su pasión por el saber, tan extraña en un político. Ha escrito un artículo sobre la aplicación del cálculo al análisis químico, y se ilusiona con que Boussingault lo publique en los *Anales de Física y Química* o lo presente a la Academia de Ciencias. Modestamente cree que la verdadera importancia de su trabajo es ser obra de quien diez meses atrás "no sabía siquiera la definición de la Química". Y hasta pretende inventar algo: "Me baila en la cabeza la idea de un pequeño aparato de mi invención para fabricar el ácido sulfídrico".

En todas sus cartas el Ecuador está siempre en su pensamiento. Estudia para su patria, para serle útil. "¡Pobre país! En él pienso diariamente, deseando trasmitirle los conocimientos que con tanto empeño procuro adquirir". Al hablar de sus trabajos sobre el azúcar y el alcohol, dice que estudiará lo que sea más aplicable en su tierra. "Estoy preparando el líquen — escribe en abril — que tanto abunda en el Ecuador, para tinturas". No he descuidado la Química Orgánica, "en la parte que más puede interesarnos", le dice a su cuñado; y agrega: "Creo, pues, que allá le seré útil en la destilación y en los ensayos de azúcar". Y además del país, también piensa, lo que es muy raro en él, en "ganar mucho dinero". Cree que la naturaleza ecuatoriana es muy rica pero no conocida, y le parece muy posible que, entre ciegos, el que tenga una linterna haga descubrimientos importantes. Compra una notable colección mineralógica y muchos aparatos científicos para llevarlos al Ecuador.

Ha pensado dejar el Laboratorio el 28 de setiembre. "El 17 de octubre digo adiós a las playas europeas, que acaso no volveré a ver". Pero no sucede así. En noviembre todavía está en París. Acaso se demora en la capital de Francia porque el 17 de noviembre va a recibir un homenaje a su condición de hombre de ciencia. En esa fecha, la Sociedad de Geología recíbele como miembro, a propuesta de D'Orbigny y Hugard. Hasta entonces, ningún sabio sudamericano ha logrado un éxito semejante. Sin duda por causa de este homenaje renuncia a su viaje a Londres. Y con el contento de ver recompensados sus esfuerzos y la esperanza de ser útil a su patria, abandona París, en uno de los últimos días de 1856.

* * *

Mientras tanto, en el Ecuador han ocurrido sucesos que le interesan. Por primera vez en la vida ecuatoriana, se han realizado elecciones directas para presidente de la República. El pueblo ha votado por electores, los cuales, por quinientos catorce votos, han elegido Presidente al general Francisco Robles. Ha sido su rival el doctor Manuel Gómez de la Torre, que ha obtenido doscientos noventa y cuatro sufragios. Robles, sin prestigio suficiente en el país, ha triunfado merced a las influencias de Urvina y de los militares.

Desde el 14 de octubre de 1856 gobierna Robles. Tiene cuarenta y cinco años. Combatió contra Flores el 45 y acompañó a su íntimo Urvina en las revoluciones de los años 49, 50 y 51. Es valiente, caballeresco, de maneras correctas y generalmente amables. Uno de sus defectos parece ser la decidida inclinación hacia los consuelos alcohólicos. Por la amistad entre él y Urvina, y por algún parecido moral que se les encuentra, llámaseles a ambos generales "los dos gemelos".

Robles comienza a gobernar benévolamente. Así, concede una amnistía, que García Moreno aprovecha para regresar. Alguien dice que Robles ha otorgado a García Moreno, por pedido de los amigos del desterrado, un "salvoconducto", pero no se vé el objeto de este documento cuando existe una amnistía. La benevolencia de Robles no convence a los partidarios de la candidatura rival, quienes, el 25 de octubre, intentan, sin éxito, un levantamiento.

Por ahora, cansado el país de revoluciones y de política, el peligro para Robles no está en el Ecuador, donde se le dejará

gobernar tranquilamente. El peligro está en el Perú. El general Echenique ha caído por obra de una revolución y ocupa nuevamente el gobierno el general Castilla. Del Perú, del general Castilla, vendrá pronto la desgracia para Robles y para el Ecuador.

* * *

He ahí en Quito a Gabriel García Moreno. Sus destierros, ilegales porque era senador; la permanencia en París, en contacto con grandes sabios; y las noticias de todo lo que ha estudiado y aprendido en beneficio del país, le han convertido en una eminente figura.

¿En qué relaciones está con Robles? En muy malas. Por esto resultan sorprendentes las palabras de una carta suya escrita en París: "Me ha hecho reír la ocurrencia de Pedro Pablo de que quién sabe si admitiré el ministerio. Ciertamente haré por el bien de mi país hasta el sacrificio de mi vida en caso necesario; pero jamás sacrificaré mi dignidad y mi reputación, sin los que nadie puede servir útilmente a su patria". ¿Ha creído posible su hermano que Robles ofreciera un ministerio a Gabriel?

Apenas ha descansado unas semanas del viaje, cuando lo nombran Alcalde Municipal; y muy poco después, Rector de la Universidad de Quito. Ninguno de los dos nombramientos depende del Gobierno: él no los hubiera aceptado. Pero también ambos demuestran que ni Robles ni Urvina se han opuesto, o que el poder de ambos no es tan grande como se cree. Robles ha podido ser indiferente hacia García Moreno, pero no Urvina. Según dirá muchos años más tarde el ex presidente Antonio Borrero, quienes nombran para ambos cargos a García Moreno son "los liberales, es decir, los partidarios de Gómez de la Torre".

¿Qué cargo es ése de Alcalde Municipal? Es nombrado por el Consejo Municipal y se trata de un juez para cuestiones vecinales. También interviene, con voz pero sin voto, en el Consejo. García Moreno realiza en su empleo una obra de consideración, como que, entre otras cosas, obtiene la fundación de escuelas primarias.

La rectoría de la Universidad se la dan los profesores, honor excepcional para quien como él no ha tenido ni tiene cátedra en la casa. Su único antecedente, fuera de los estudios que allí hiciera, es el haber enseñado latín diez y ocho años atrás, cuando era un adolescente.

García Moreno, con su dinamismo de siempre y su pasión por saber, hace grandes cosas como Rector. Desgraciadamente algo le impide lograr el pleno éxito que desea: la ley de cuatro años atrás, que permite a los estudiantes no asistir a las aulas. Como es natural, los profesores no tienen oyentes. Sin embargo, y dentro de esta penosa situación, García Moreno consigue resultados excepcionales.

Comienza por transformar el edificio. Le da, como lo reconoce su enemigo el ministro de Instrucción Pública, "comodidad, hermosura y decencia". El Rector, "inteligente, ilustrado y patriota", según el mismo Ministro, contribuye "con erogaciones de su propio peculio, por ser insuficientes los fondos universitarios para llevar a cima sus proyectos". Entre esas erogaciones puede incluirse la donación a la Universidad de un laboratorio de Química que trajo de París. Esto es patriotismo auténtico, de la más noble calidad.

Al mismo tiempo trata de formar una Facultad de Ciencias. Crea cátedras de Matemáticas y de Química, para cuya enseñanza ha hecho construir aulas apropiadas. Y lo verdaderamente fantástico si pensamos que se trata de un político, y de un político hispano americano, es que él mismo se pone a dictar la cátedra de Química. Y no sólo da lecciones a sus alumnos universitarios sino también conferencias públicas en las que —siempre hombre práctico y patriota, preocupado del progreso de su país— aplica la Química a la agricultura y a la industria.

* * *

Por esos días en que comienza a ejercer el rectorado universitario, vuelve al periodismo. Diríase que su temperamento de luchador, su carácter agresivo, no le permiten permanecer tranquilo. Y el 21 de abril de 1857, aparece, por la imprenta de Vicente Valencia, su semanario *La Unión Nacional.*

En los seis números que se publican hasta el 25 de mayo, ni palabra contra Robles, al cual ni nombra. Todo es contra Marcos Espinel, ahora vicepresidente de la República, y, sobre todo, contra Urvina. Es inagotable en la injuria García Moreno. El nombre de Urvina "es símbolo de tanto crimen y de tanto oprobio". Reedita, exagerando como siempre, sus cargos contra Urvina. Uno es el de haber "extinguido la enseñanza", siendo así que Urvina fundó colegios; pero él lo dice porque durante su gobierno concedió a los estudiantes universitarios libertad para

asistir o no a las clases. Acúsale también de "la insigne felonía de haber querido ponerse bajo el protectorado amenazador de los Estados Unidos, cediéndoles, por precio infame, una porción del territorio nacional, a pretexto de unos depósitos de guano que no existían".

Pero lo que más le indigna es la lista de personas que hará votar el Gobierno en las elecciones de principios de mayo. García Moreno ve, detrás de ellos, la reelección de Urvina. García Moreno y Pedro Moncayo son los jefes de la oposición. Ambos figuran entre los candidatos contrarios al Gobierno y ambos resultan elegidos senadores. Pero el Gobierno y sus amigos han hecho fraudes escandalosos. Al periodista le subleva especialmente que se haya amenazado a varios obreros: "artesanos", como se les llama.

He aquí a García Moreno — conviene señalar el acontecimiento — elegido senador. Lo ha sido por dos provincias: por la de Pichincha, cuya capital es Quito, y por la de Imbabura. Obligado a decidirse por una u otra, prefiere la representación por Pichincha.

En los últimos números de *La Unión Nacional,* el polemista se ensaña con Espinel y con Urvina. "Es altamente repugnante descender a la palestra para lidiar con un hombre deshonrado —refiérese a Espinel—, a quien se puede despreciar pero no aborrecer". Le acusa de haber sido cómplice de Flores; de haber dicho, hace años, que Rocafuerte era indigno de ser Presidente; y de haberse enriquecido en algún cargo público. Con Urvina no es menos cruel García Moreno: ha alentado, "con la impunidad, crímenes atroces"; ha dispuesto arbitrariamente de la propiedad de los ciudadanos; ha desterrado a las desiertas selvas del Napo a ciudadanos inofensivos, algunos enfermos y hasta a sacerdotes respetables, "que no cometían la bajeza de adularlo en la cátedra del Señor"; ha destruído la libertad de imprenta, y ha envilecido al país.

Y como en diversas ocasiones anteriores, aquí también se muestra el libelista formidable, el dialéctico, el escritor de vigorosa y limpia prosa castellana. He aquí, como ejemplo de su literatura, este párrafo magnífico, imagen, según dice, de lo que acontece en una nación en el momento en que, desilusionada, procura adormecerse para engañar sus dolores: "Cuando una ciudad cubierta por las tinieblas de la noche se entrega al reposo en el silencio de profundo sueño, el crimen se levanta

con la frente erguida y el brazo armado; y dejando la guarida en que antes se ocultaba cauteloso, se encamina insolente a poner en planta sus infames y alevosos designios. Las sombras le dan un velo; impunidad, el sueño de las víctimas; osadía, la falta de resistencia. La astucia le dirige sus pasos; la violencia le acompaña; el interés y el miedo le deparan cómplices; salva o derriba cuantos obstáculos importunos la previsión humana le opuso en su marcha; asalta sin ser sentido la morada del hombre laborioso, con una mano atacando su propiedad, con la otra amenazando su vida; pero así que oye resonar la voz de alarma, lanzada por labios intrépidos, así que, en defensa de la sociedad amagada, acuden los ciudadanos, fuertes por su unión, invencibles por su número, sostenidos por la justicia de su causa, el crimen abandona con aullidos de furor la presa que ya miraba entre sus garras".

Prosa de gran ritmo y movimiento, viva, exacta, caudalosa, variada, elocuente. Quizá más elocuente de lo que quisiéramos. Pero acaso sea la que conviene en la acción combativa y opositora. García Moreno levanta con su ejemplo la calidad de la literatura política en América.

* * *

Durante los años del gobierno de Urvina ha nacido, en cierto modo, el liberalismo ecuatoriano. Siempre hubo liberales, naturalmente; pero permanecían aislados, sin formar grupo, salvo en los tiempos de *El Quiteño Libre,* la pequeña sociedad formada por el coronel Hall, discípulo de Bentham. El liberalismo como embrión del futuro partido del mismo nombre, empieza a formarse en aquellos días de la expulsión de los jesuítas. Puede afirmarse que la ideología liberal proviene en gran parte de Nueva Granada. El ministro granadino en Quito, doctor Manuel Ancízar, contribuye con su cultura y su inteligencia al nacimiento del liberalismo doctrinario en el Ecuador. Pero este acercamiento entre los liberales es accidental: años más tarde, veremos a liberales y conservadores unirse contra los liberales Robles y Urvina.

Suele considerarse a Rocafuerte como el padre de este partido. Es error. Rocafuerte estaría influenciado por las ideas de la Revolución Francesa, pero en el Gobierno fué un hombre de orden. En su resolución de imponerlo, — recordémoslo — fusiló a sesenta y dos personas y encarceló y desterró a otras;

y pronunció frases análogas a las de Portales y de Rosas y a las que más tarde pronunciará García Moreno. Casi un siglo después, el jefe del Partido Conservador escribirá que Rocafuerte fué "el prototipo del conservador de entonces, del enemigo de las libertades desencadenadas, del adversario de la demagogia". Tampoco era liberal en lo religioso, como que oía misa y con el devocionario.

Urvina no trató mal a la Iglesia. Ni realizó política liberal, pues sus procedimientos fueron despóticos. Pero considerábase liberal. Estrechó relaciones con los "gólgotas" granadinos. A su lado estaban los más conocidos liberales, aunque también otros liberales le combatieron. Urvina es el verdadero padre del liberalismo ecuatoriano. Sobre todo ahora, durante el gobierno de Robles, parece definirse esa paternidad. Ahora comienza a formarse lentamente un partido liberal, cuya ideología abarca tanto lo religioso como lo político.

A la formación del liberalismo contribuye mucho, como es natural, la propagación de la Masonería en ese año de 1857. Desde el principio del gobierno de Robles, algunos ecuatorianos importantes se vincularon con una logia de Lima. No parece que por entonces hubiera en el Ecuador organización masónica alguna. Pero en aquel año se funda en Guayaquil la Logia Simbólica Filantrópica del Guayas. Desde ahora la Masonería va a prosperar extraordinariamente en el Ecuador.

En la vida de García Moreno la Masonería ocupa un lugar prominente. El la odiará con toda su alma y ella le odiará a él. Pronto va a empezar el tremendo combate de García Moreno contra sus tenaces enemigos: Urvina, Montalvo, los liberales, la Masonería.

* * *

Comienzan en setiembre las sesiones del Congreso de 1857. García Moreno y Manuel Gómez de la Torre son en el Senado los jefes de la oposición. Pero por el momento las cuestiones políticas no tienen capital importancia. García Moreno preside la Comisión de Instrucción Pública y pertenece también a las de Legislación, Hacienda y Negocios Eclesiásticos.

En estas sesiones del 57, que duran sólo dos meses, García Moreno se revela como hombre de trabajo y como formidable orador. Una veintena de informes — de despachos, según decimos en la Argentina — produce junto con sus colegas, en las

comisiones de que forma parte. Algunos de esos informes, que se conservan en sus originales, redactados por García Moreno, versan sobre proyectos relativos a la instrucción primaria, sobre la enseñanza de las ciencias, sobre la fundación de un Banco en Guayaquil, sobre la necesidad de derogar la ley de libertad de estudios, sobre una cuestión de derecho internacional y sobre otros temas diversos. El más importante se refiere al libre establecimiento de institutos católicos y a la prohibición de establecer logias masónicas. En el texto, escrito por García Moreno, la Comisión lamenta, "con dolor y extrañeza", que no se puedan establecer las Hermanas de la Caridad porque la ley de Patronato exige permiso del Congreso. Si esto asombra, "asombra más aún que se deje amplia libertad en la fundación de sociedades irreligiosas, que minan sordamente los cimientos de la sociedad, destruyendo los sentimientos y creencias que son la única base de la moral y, por consiguiente, la única garantía del orden público". La Comisión propone una ley que prohibe la creación de logias y ordena el cierre de las que existan.

Como orador, García Moreno sorprende. Hasta entonces poco ha hablado en público, salvo en su juventud, cuando combatía al gobierno de Flores. En estas sesiones se revela su mágico dominio de la palabra. Idea y palabra salen juntas de sus labios. Ninguna vacilación. Su frase es enérgica, precisa, sin flores retóricas, sin adjetivos innecesarios. Va derecho a su objeto. Sus miradas son de fuego; y sus gestos, de estupenda elocuencia. Desarrolla sus argumentos con poderosa lógica y al mismo tiempo con absoluta convicción y sinceridad. En la réplica es formidable. Aplasta al interlocutor con unas cuantas palabras. Ve el lado débil del adversario instantáneamente, y con rapidez y eficacia incontrastables lo deja en ridículo o lo anula. A un senador, para quien la Masonería no es contraria a la Religión Católica, lo silencia exclamando: "¿Será necesario enseñar el catecismo a los Honorables Senadores?" Su gesto del brazo extendido es de una grandeza dramática. Orador de ideas, a lo Donoso Cortés, que habla para convencer y no para lucirse, García Moreno es único en su patria. Supera inclusive a Rocafuerte, porque su palabra es más densa de contenido y más vigorosa de forma.

Pronuncia grandes discursos en esas sesiones del 57, ya se trate de la respuesta al Mensaje, con motivo de haber el ministro

de Gobierno tratado mal a la oposición; ya de la creación de Universidades, proyecto que él combate por considerar que no hay profesores; ya de una interpelación al ministro de Hacienda; ya de la abolición del tributo personal de los indios. Sus piezas oratorias principales las pronuncia al discutirse sobre la Masonería, al tratarse de sus proyectos de Ley Orgánica de la Instrucción Pública y de creación de la Facultad de Ciencias en la Universidad de Quito. ¡Con qué dialéctica cerrada demuestra el absurdo de que se permitan las logias en el Ecuador! Por ahí dice: "Para que se establezcan libremente todas las asociaciones religiosas o irreligiosas, sin traba alguna, era menester que no hubiese religión dominante, como sucede en los Estados Unidos; pero siendo la única religión del Ecuador la cristiana, católica, apostólica, romana, no puede permitirse el establecimiento de una asociación condenada por la Iglesia Católica, Apostólica, Romana".

Con motivo del proyecto de un profesor italiano sobre estudios científicos, la Comisión de Instrucción Pública del Senado presenta otro proyecto, obra de García Moreno, sobre organización de la enseñanza científica en los colegios nacionales y creación de una Facultad de Ciencias. García Moreno pronuncia un discurso en el que desborda su pasión por la cultura. Pero su proyecto no es aprobado: se clausuran las sesiones. El lo llevará a la práctica, y en forma grandiosa, catorce años más tarde.

Pero la gran obra parlamentaria de García Moreno en este año de 1857 es su proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción Pública. Su autor lo ha construído adaptando las leyes francesas a las necesidades y a la situación del Ecuador. Abarca desde la enseñanza superior hasta la primaria. Amplía los estudios secundarios, crea escuelas normales y engrandece la Universidad. Es admirable el plan para los colegios secundarios. Imposible nada más completo. No hay en él nada inútil. Pero tampoco este proyecto es aprobado. Como establece un Consejo General, los senadores partidarios del Gobierno lo atacan: temen que se quite al Ejecutivo un solo adarme de poder. Entonces, García Moreno y los demás firmantes del proyecto lo retiran.

No hay contradicción en García Moreno al oponerse a la creación de nuevas universidades e intentar que se funde una Facultad de Ciencias. El no quiere que haya demasiados abo-

gados y por eso se opone a la creación de nuevas universidades; pero desea que se inauguren en su patria los estudios de las ciencias naturales y físico-químicas.

* * *

No han terminado las sesiones del Congreso, cuando, el 13 de noviembre, García Moreno hace reaparecer a *La Unión Nacional.*

Su propósito es seguir combatiendo a Urvina. El año anterior, el presidente Robles ha nombrado ministro ante la Santa Sede a Urvina, que no ha partido ni partirá. Continúa — eminencia gris — gobernando detrás de Robles. García Moreno dice en el primer número de esta segunda época de su periódico que es necesario hacerlo reaparecer, "ahora que en la Legislatura principian a manifestarse tendencias disociadoras; ahora que la intriga se esconde bajo la máscara de reformas constitucionales; ahora que se acusa pérfidamente a la oposición de contrariar las miras liberales de los enemigos inveterados de toda libertad; ahora que se habla a media voz de proyectos misteriosos, de renuncias aparentes, de golpes de estado y de insolentes y nuevas traiciones, dirigidas por el hombre funestamente célebre que trata de disponer a su antojo de los intereses sociales". Y agrega: "Su venida repentina, su presencia en esta capital cuando debiera hallarse en Roma desempeñando la pomposa misión que se le confió hace un año, y para la cual se distrajeron más de veinte mil pesos de nuestro exhausto tesoro, son circunstancias de alta significación para los que conocen a este hombre".

Siete números llegan a publicarse de *La Unión Nacional.* El último es el del 27 de enero de 1858. Puede decirse que con él terminan las actividades periodísticas de García Moreno. Lo más importante de este semanario es que García Moreno todavía se considera, políticamente, como liberal. Lo prueban dos frases. He aquí la primera, en el artículo *Congreso de 1857*, sobre el proyecto que suprimía el tributo de los indios y que había sido presentado el 56: "Al proyecto, apenas fué admitido a discusión en ese año, se le condenó a la pena reservada por el despotismo, el error y la preocupación, a toda institución liberal, a toda idea de justicia y de filantropía: quedó sepultado en el olvido, durmiendo el sueño de la muerte". Y esta otra: "así que apenas fué lanzada nuevamente esta idea en el seno de

la Cámara de Representantes del presente año, la comisión a cuyo examen se sujetó, compuesta en su mayoría de representantes liberales, de diputados oposicionistas, la acogió con entusiasmo..." Y esta otra aún, en la que, hablando de los pseudo liberales que se opusieron al proyecto, dice que para ellos "pesaban más el sueldo del empleado, el boato del Ministerio, el brillo de las lanzas y de las bayonetas, el esplendor de los bordados, la magnificencia del zángano que revolotea en torno del tesoro para chupar la sangre del pueblo, que la libertad de una clase, la justicia y el derecho, la dignidad de la especie humana y el honor nacional". Y otra más, en que habla de "los hombres del Ministerio, que se atreven a censurar la conducta liberal y siempre progresista de los diputados de la oposición". No es este lenguaje el de un reaccionario. Aun hoy, ochenta y tantos años después, palabras como las de García Moreno en favor de los indígenas sublevan, en el Perú y en algún otro país de América, a los auténticos reaccionarios, a los enemigos de la liberación del indio. Pero García Moreno es también, por ahora, liberal porque odia al despotismo y porque clama, en todos los tonos, por las libertades ciudadanas que el poder de Urvina ha disminuído.

* * *

He ahí a García Moreno, dispuesto a descender una vez más al cráter del Pichincha. Ahora no es un muchacho, como cuando sus primeras exploraciones: tiene treinta y seis años y es un hombre muy importante. Considérasele uno de los jefes de la oposición. Es senador. Pero nada de eso le impide a él satisfacer su curiosidad científica. Su caso es único en América y acaso en el mundo.

Es el 16 de diciembre de 1857. No va con Wisse. Le acompaña un joven Jameson, hijo del eminente botánico inglés Guillermo Jameson, profesor de la Universidad de Quito y cónsul de Gran Bretaña. Conócense los pormenores de la exploración por una carta de García Moreno a Jameson, que la tradujo al inglés y la publicó en el *Philosophical Journal*, de Edimburgo.

Pocos pormenores de su hazaña da esta vez García Moreno. Sólo sabemos que pasó dentro del volcán la noche del 16 al 17 de diciembre y que tardó tres horas en bajar hasta el fondo. No parece que él haya corrido grandes riesgos pero sí el joven

Jameson que por poco encontró su sepulcro en el abismo. Los peligros son permanentes y muy graves. García Moreno dice: "No dudo que al bajar setecientos cincuenta metros de rocas, en donde las manos sirven más que los pies, un solo paso temerario tendría muy fatales consecuencias". A pesar de los peligros él piensa volver el año próximo. Desea pasar algunos días adentro. La expedición que relata no es sino preparatoria de otra más importante. Pero antes de emprenderla buscará el punto más fácil del descenso al fondo del volcán, para evitar "el inminente peligro de precipitarse al bajar la pared oriental".

Lo interesante de esta exploración es el descubrimiento de que el interior del Pichincha ha cambiado en diez años, desde el anterior descenso de García Moreno. Entre esos cambios, el explorador ha advertido algo que le anuncia la proximidad de movimientos sísmicos. En efecto, un año y tres meses más tarde, un espantoso terremoto sacudirá al país ecuatoriano.

* * *

García Moreno sale del volcán de la naturaleza para entrar en otro no menos terrible: el de la política. Durante unos meses, el Ecuador se convertirá en un infierno de pasiones. De allí saldrá García Moreno engrandecido. De allí saldrá con el poder en sus manos.

Ocurre que el 21 de setiembre del año anterior, es decir, de 1857, el Gobierno ecuatoriano, por el Tratado Icaza-Pritchet, ha cedido a sus numerosos acreedores ingleses — tenedores de ciertos bonos y asociados con el fin de cobrar su deuda — una fabulosa extensión de tierra en la región amazónica: diez y seis mil kilómetros cuadrados, equivalentes a más de la mitad del territorio de Bélgica. El Gobierno del Perú, que preside el general Ramón Castilla, protesta contra semejante cesión a una potencia europea. Castilla tiene toda la razón del mundo, especialmente si se considera que esas tierras están en litigio entre el Ecuador y el Perú. Pero aun cuando así no fuera, entregarlas al imperialismo inglés implica una traición a la América. Así lo hubiera entendido también, de haber gobernado en esos años, el dictador argentino don Juan Manuel de Rosas.

Pero el presidente Castilla se vale de un medio impropio, y aun grotesco, para romper con el Ecuador. Envía de Encargado de Negocios a Quito al más insolente, estúpido y mal educado de los diplomáticos: Juan Celestino Cavero. Tal vez le

ha dado instrucciones para provocar la ruptura. Llega Cavero a Quito, y, antes de notificar oficialmente su arribo, reconviene, mediante una esquela, al ministro de Relaciones Exteriores, porque el presidente de la República no lo ha visitado... A pesar de esta enormidad, o acaso en mérito a ella, lo ascienden en seguida a ministro plenipotenciario. Pronuncia, al ser recibido en audiencia pública, un discurso; y como el diario oficial se demorase ventiún días en aparecer con su pieza oratoria —retardos frecuentes en esos tiempos en que las imprentas son primitivas—, pregunta con altanera indignación al ministro de Relaciones Exteriores por la causa de esa demora. En noviembre protesta, lo mismo que el plenipotenciario de Nueva Granada, contra el Tratado Icaza-Pritchett, a lo que el Gobierno ecuatoriano contesta que sus países no sufrirán el menor daño.

El Ecuador no quiere la guerra y trata de soportar a Cavero y contemporizar con el gobierno del Perú. Pero unas palabras del doctor Antonio Mata, ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, agravan el conflicto. Al protestar ante el gobierno de Caracas, que ahora protege a Flores, el Ministro dice que el general "se lanzó a las aventuras de la piratería, consiguiendo en el Perú cómplices y patrocinio de su gobierno", y califica esa protección de "sórdida y menguada". Esto basta al representante de Castilla, que, el 23 de febrero — estamos ya en 1858 — reclama por aquellas frases, en las que ve un ultraje al Perú. Mata le contesta tres semanas después. Cavero insiste, y en términos injuriosos. El ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador es ahora don Francisco de Paula Icaza, que ha reemplazado a Mata. Responde Icaza y vuelve a la carga Cavero, con nuevas ofensas al Gobierno ecuatoriano. Icaza, cortésmente, pídele explicaciones, a lo que Cavero replica machacando con sus exigencias. Icaza le contesta el 10 de abril y parte a Lima como Encargado de Negocios. Mata le reemplaza. Cavero reclama otra vez, y en forma increíble.

¿Cómo dudar de que el Perú busca la guerra? Un hecho va a demostrarlo. En junio llega a Quito *La Gaceta Oficial*, de Bogotá, en donde el cónsul granadino en la capital ecuatoriana comunica, en carta de mayo, que el Perú ocupará Guayaquil para obligar al Ecuador a ceder. Al mismo tiempo, Cavero exige al Gobierno ordenar a los periódicos ecuatorianos que, cuando hablen del Perú, "guarden mesura y circunspección propias de países civilizados". Mata pide cuentas a Ca-

vero por la carta del cónsul granadino. Cavero esquiva responder claramente. Y entonces el Gobierno ecuatoriano rompe sus relaciones con el Perú y envía los pasaportes a su representante.

Ya está satisfecho Cavero, que parte del Ecuador el 5 de agosto. Y el presidente del Perú contesta a Robles enviando sus pasaportes a Icaza, el Encargado de Negocios del Ecuador en Lima.

* * *

El 28 de setiembre inaugúrase el período parlamentario. Asiste al Senado, que funciona en el convento de San Buenaventura, el líder opositor Pedro Moncayo, que faltó a las sesiones del 57. En una de las primeras reuniones de cada Cámara, trátase el Mensaje del Gobierno, en el que pide, con motivo de las amenazas de guerra por parte del Perú, las facultades extraordinarias. El Perú acaba de enviar un ultimátum, exigiendo la readmisión de Cavero y dando a entender que, si así no se hace, declarará la guerra. Las Cámaras conceden al presidente Robles las facultades extraordinarias y lo autorizan para contraer un empréstito y trasladar la capital a Cuenca o a Ríobamba.

Mientras tanto, el Gobierno peruano y sus agentes han hecho correr la voz de que el Perú no quiere la guerra, a pesar de que el Congreso de ese país ha autorizado al Poder Ejecutivo para declararla, sino la caída de Robles y de Urvina. En Quito sábese que Robles intenta trasladar la capital a Guayaquil, no a Cuenca ni a Ríobamba. Se le atribuye el propósito de vender a los Estados Unidos las islas de los Galápagos; y como está en esa ciudad el representante yanqui, allí se firmaría el convenio. Y esto se haría secretamente, de modo que el pueblo, por estar ya hecho el negocio, no pudiera oponerse a la enajenación de esa parte del territorio ecuatoriano.

García Moreno ha faltado a varias sesiones de octubre, ignórase por qué motivo. Acaso ha estado en Guayaquil, sea para averiguar la verdad de las noticias que circulan, sea para preparar el movimiento revolucionario que ocurrirá más tarde. El 27 de octubre asiste a la sesión del Senado y pronuncia uno de sus grandes discursos. Sus palabras causarán el desprestigio absoluto del Gobierno, serán para Robles y Urvina como una bomba de dinamita.

Afirma que no hay peligro de guerra, que el conflicto puede arreglarse. Si hubiera el peligro de una invasión peruana, no habría sido licenciado un cuerpo de la Guardia Nacional. Tampoco se prepara ninguna conspiración, como afirma el Gobierno. La única conspiración es "el tráfico del territorio nacional para adquirir una ingente suma, destinada a enriquecer a los autores de tan inicuo plan". Atribuye a Urvina ese proyecto del empréstito con los Estados Unidos, dando por garantía las Galápagos. "Por esto — dice — el ciego empeño, el misterioso afán de trasladar la capital a Guayaquil".

El día anterior, Robles ha enviado al Congreso un Mensaje en el que protesta contra el cargo que se le hace. Protesta con palabras que García Moreno considera ofensivas para los senadores, a quienes el Presidente acusa de provocar la guerra con el Perú.

Sesión del 29 de octubre en el Senado. García Moreno presenta, junto con Moncayo, un proyecto de supresión de las facultades extraordinarias, "por no haber motivo fundado para temer que el territorio nacional sea invadido". A esta sesión asiste el representante del Ejecutivo, que debe oír frases como ésta: "¡Y se quiere que haya entusiasmo, y se invoca el amor patrio, cuando la rapiña y la fuerza destruyen las garantías, cuando la violencia se sobrepone a las leyes y se abandona el país a la más brutal tiranía!" Pero el presidente de la Cámara no le permite hablar del asunto de las islas Galápagos, por tratarse de un tema ajeno al proyecto que se debate. Moncayo pronuncia también un gran discurso. En un momento, él y García Moreno, que pronto serán mortales enemigos, se dan un apretón de manos. El proyecto quedará aprobado en la primera sesión de noviembre. Aquel día de octubre hay en el Senado ambiente de tempestad. La oposición ocupa la barra y las calles próximas, vigilada, y aun amenazada, por los tauras. Al salir García Moreno a la calle, grupos de jóvenes lo escoltan entre vítores hasta su casa, para protegerlo contra los temibles sicarios negros.

Los hechos, sin embargo, dan la razón al Gobierno. Apenas se le han quitado las facultades extraordinarias, llega a Guayaquil una noticia sensacional: un buque de guerra peruano, la fragata *Amazonas*, bloquea el puerto y amenaza con bombardear la ciudad. En el Senado, García Moreno, Moncayo y

otro senador presentan un proyecto de defensa nacional, que no llega a votarse. No se autoriza al Gobierno para instalarse en Guayaquil, ni para hacer un empréstito, ni se le otorgan facultades extraordinarias; pero se amplían sus poderes de modo excepcional, aunque determinándoselos minuciosamente.

Robles había comunicado a Urvina los sucesos; y he aquí que Urvina llega a Quito. En una reunión con dos senadores, el presidente Robles y los ministros, Urvina propone a los senadores ausentarse, uno a Bolivia y otro a Chile, con el pretexto de obtener la alianza o la mediación de esas Repúblicas, y con el fin verdadero de dejar sin quórum al Senado. Los senadores no aceptan; pero triunfa la idea de interrumpir el funcionamiento de la Cámara alta. Y el 5 de noviembre ninguna de las dos ramas del Parlamento podrá ya reunirse: tres senadores y ocho diputados se han retirado, dejándolas sin quórum. Y el Presidente veta la ley del 1º de noviembre, por la que se le revocaban las facultades extraordinarias, y se queda con ellas.

* * *

En esos mismos días de noviembre, García Moreno abandona el rectorado de la Universidad. No renuncia. Deja en el cargo a uno de los profesores y se ausenta. Pero no volverá más.

Su obra en la Universidad, repitámoslo, ha sido realmente fecunda. Pocos meses atrás ha presentado al ministro de Instrucción Pública un prolijo informe sobre cuanto realizara. Ha mejorado positivamente el edificio, ha enriquecido la biblioteca, ha establecido entre los empleados el orden y la disciplina. Ha hecho todo lo posible para que la juventud adquiera una sólida ilustración. Pero agrega que todo es ineficaz debido a la ley sobre libertad de estudios, que ha legalizado la ociosidad y la pereza y autorizado el odio al trabajo. "Pretender —dice— que un joven se forme por sí solo en la edad de las pasiones, sin guía, sin la voz del profesor, sin estímulos, sin criterio, sin discernimiento suficiente y sin que sepa siquiera dónde encontrará el bien y la verdad, es aspirar a un imposible; y se han empleado la autoridad pública y toda una ley para que la primera de las necesidades morales, la del saber, sea entre nosotros nominal, aparente, equívoca y llena de errores".

¿Por qué García Moreno, que tiene tanto amor por la ciencia y por la enseñanza, abandona la Universidad? No hay sino una explicación: necesita de toda su libertad de movimiento para dirigir y preparar los sucesos que sobrevendrán. Con este fin, seguramente, se va a Guayaquil. Pero parece haberse desanimado, como si sus gestiones revolucionarias no hubieran encontrado eco en esa ciudad. Planea un viaje al Perú y a Chile, con Pedro Pablo, y por asuntos relacionados con la casa de comercio de su hermano. Esto se lo cuenta a su mujer el 29 de diciembre. Se pregunta en la carta cuál será el desenlace de la situación política. Y agrega estas palabras, reveladoras de su desánimo y de la indiferencia general: "Parece que todos, de acuerdo, han convenido en cerrar los ojos y aguardar inmóviles lo que el tiempo quiera darles". No obstante, renuncia al viaje y se queda en Guayaquil para conspirar.

* * *

Ha comenzado la guerra con el Perú. Robles, que el 9 de noviembre, en Ríobamba, delegó el mando en el Vicepresidente, está ahora en Guayaquil. Durante todo diciembre, los marineros de la escuadra peruana, que maniobra frente a Santa Elena, desembarcaron para hacer ejercicios en diferentes lugares de la costa y en la isla de Puná. El bloqueo es perfecto. Ningún barco puede entrar en Guayaquil, ni en ninguno de los demás puertos. Robles, el primer día de enero de 1859, ha vuelto a Ríobamba para reasumir el mando. La actitud de los peruanos no es hasta ahora precisamente belicosa.

Pero el 3 de enero, ciento cincuenta hombres de la escuadra desembarcan en Puná, atacan a la población y matan a un regular número de personas, inclusive algunos ancianos, mujeres y niños. Robles, entonces, decreta el 12 la traslación del Gobierno a Guayaquil. Y allá va inmediatamente.

Esto, que ahora parece tan poco importante, va a cambiar la política del Ecuador. Indignación unánime en Quito. Recuérdase que dos ministros han renunciado por no aceptar la transferencia de la capital a Guayaquil. El Municipio de Quito protesta el 15 de enero contra el decreto de Robles, y al otro día publica en hoja suelta un manifiesto, al que titula *Honor Nacional*. "Rota la ley fundamental — dice el documento —, quedan disueltos los vínculos políticos, porque las insti-

tuciones sociales no son otra cosa que unos contratos, y los contratos dejan de ser obligatorios desde que se quebrantan sus condiciones y se desprecian sus bases fundamentales". Da por destruído el orden constitucional y afirma que "nada queda sino el poder arbitrario de la fuerza". ¡Extraño celo legalista en un país en donde, como en toda la América española, se vive violando perpetuamente la Constitución! El gobernador de Quito, mejor dicho, de la provincia de Pichincha, no deja de estar en lo cierto al considerar subversiva la hoja del Municipio. Ordena el arresto y destierro de sus redactores y del impresor, que es aquel Vicente Valencia que imprimía *La Unión Nacional*, el periódico de García Moreno.

Un grave suceso ocurre con los desterrados, que perjudicará enormemente al Gobierno. En el camino han huído. A Valencia lo alcanzan los sicarios de Robles en los llanos de Cunchibamba, lo arrastran, lo maltratan, lo atan a un árbol y lo fusilan. Pedro Moncayo publica una hoja violentísima. Lo destierran al Perú. En Guayaquil prenden a García Moreno y lo destierran a Panamá, pero él consigue ir a Paita, aquel pequeño puerto del Perú en donde estuvo hace cinco años. Desde Paita se dirige en seguida a Lima. Allí, en la capital del Perú, cuando más lejos parece estar del poder, le llegará pronto la noticia de su brusca e inesperada ascensión.

* * *

Transcurren tres meses de relativa quietud en el Ecuador. En realidad, está fermentando la revolución. Nada han conseguido las autoridades con las prisiones y los destierros. La protesta de los consejeros municipales y la hoja de Moncayo van recorriendo el país y exasperando a las gentes contra Robles.

Dos revoluciones estallan casi en los mismos días. La de Guayaquil ha sido organizada desde la prisión por el coronel Secundino Darquea. El preso ha conseguido seducir, lo que no era difícil, al general Manuel Tomás Maldonado, especialista en revoluciones. Intentan prender al Presidente. En la noche del 20 de abril, un hermano del organizador del movimiento, el comandante Francisco Darquea, se presenta con veinte soldados en la casa de Urvina, en cuyo salón del piso alto Robles juega al tresillo con Diego Noboa y con Urvina. Entra Darquea con sus soldados y se lleva preso al presidente de la República. Urvina, sin armas y sin gente, nada puede

hacer. Pero el general Guillermo Franco, que, sentado en una hamaca bajo una puerta, ha visto el suceso, desciende rápidamente la escalera y se instala en la puerta. Al pasar Robles en medio de sus soldados, Franco le pregunta a dónde va. "El señor me lleva preso", contesta el Presidente. Entonces Franco salta sobre el soldado más próximo, le arrebata el trabuco, hace fuego sobre Darquea y lo hiere de muerte. Otra versión dice que Franco hace fuego desde un corredor alto. Darquea da orden a sus hombres de tirar, pero Franco obliga al sargento a concluirlo con un lanzazo. Robles queda libre. Franco pónese al frente del pelotón y dirígese al cuartel que ocupa el batallón sublevado. A la pregunta del centinela de "¿Quién vive?", él contesta "¡La revolución!". Así, engañado el centinela, sigue Franco hacia adentro, mata al oficial de guardia y domina a los rebeldes. Y al día siguiente, ya restablecido el orden, Franco le dice al Presidente: "Así se gobierna la República; así he de mandarla yo alguna vez". De este modo surge el dictadorzuelo Guillermo Franco, hombre grosero y brutal, como lo revela su tosco aspecto, y que para desgracia del Ecuador posee en alto grado estas cualidades, harto peligrosas en un sujeto de su naturaleza: la determinación y la energía.

Pero Maldonado no se da por vencido. Lleva sus tropas rebeldes al cerro de Santa Ana. Algunos de sus jefes se arrepienten y le abandonan. Sus soldados, que están sin recursos y tienen que mantenerse a la intemperie, manifiestan su descontento. El almirante peruano hace proposiciones a Maldonado, que las rechaza con indignación. Intervienen los representantes de Chile y de Nueva Granada, que se encuentran en Guayaquil, y Maldonado capitula.

La otra revolución estalla en Quito, el primer día de mayo de 1859. Algunos de los revolucionarios sólo quieren derrocar a Robles, de modo que ejerza el gobierno el Vicepresidente. Pero se imponen los que trabajan por la caída del régimen. No se combate en la ciudad: todas las tropas de la guarnición se sublevan. Los organizadores del movimiento celebran una reunión y resuelven que gobierne al país un Triunvirato. Propónense los nombres de los triunviros. El primero, el del doctor Gabriel García Moreno, es recibido entre grandes aclamaciones. Los otros dos son don Jerónimo Carrión, actual Vicepresidente, y Pacífico Chiriboga. Se designan

también tres suplentes, uno de los cuales es Manuel Gómez de la Torre. El secretario será Roberto Ascásubi.

El nuevo Gobierno comunica su establecimiento a todo el país. Inmediatamente recibe las adhesiones de las provincias del norte y del centro. Pero Carrión, a pesar de pertenecer al Triunvirato, no lo reconoce. El es Vicepresidente. Dice que por la traslación de Robles a Guayaquil a él le corresponde el Gobierno. Se declara el 6 de marzo en ejercicio del Poder Ejecutivo e invita a todas las provincias a reconocerle. Cuenta con tres batallones. Pero otras tropas de la guarnición no le responden. Prodúcese un choque. Vencen los adversarios de Carrión, que responden al Gobernador de la provincia y al Presidente Robles.

El mismo día de asumir el mando el Triunvirato, vale decir, Chiriboga, único titular que está en Quito, y los suplentes, hacen saber a García Moreno su elección.

* * *

Ya está en el poder Gabriel García Moreno, el hombre de poder, nacido para mandar, para ser conductor de su pueblo. Era fatal que llegase al Gobierno. Y no sólo por su poderoso talento, su cultura sin igual y su prestigio, sino principalmente por aquel don de mando con que Dios le señaló. No se concibe a García Moreno dedicado eternamente al periodismo o a la abogacía o en el ejercicio de cargos políticos secundarios. El tenía que ser el primero, el jefe auténtico, y pronto lo va a ser. Su advenimiento al Gobierno significa el más trascendental suceso ocurrido en el Ecuador después de su independencia y de su separación de Nueva Granada.

¿Cómo recibe él la noticia de su encumbramiento? Sólo sabemos que no le ha gustado lo del motín militar, aunque no corriera sangre. Pero es seguro que su elección no le ha sorprendido. Desde hace un tiempo, siente a su alrededor su prestigio, la fuerza de atracción de su personalidad. Y desde hace mucho tiempo, siente en su interior el don del mando. ¿Le alegra su triunfo? Es de creer que no. Hombre de fe, convencido de que todo viene de Dios, exento de toda vanidad, habrá recibido la noticia sin mayor entusiasmo, como algo que tenía que ser. Acaso se habrá alegrado por la posibilidad de realizar una gran obra de bien en favor de su Patria, de la religión y de los hombres.

Llégale en Lima la noticia. Instantáneamente, eléctrico como es, pónese en viaje. Se embarca en un buque de guerra peruano. En Guayaquil toma un bote del mismo buque y desembarca cerca de Sabaneta. No puede hacerlo directamente en Guayaquil, porque las autoridades de Robles le detendrán. Y aquí empieza una de las hazañas de García Moreno.

Entra en Guayaquil disfrazado. Nadie le reconoce. No se detiene. Emprende el viaje a Quito, a través de las montañas de Quevedo. Un guía, un indígena, le acompaña. Hay que atravesar selvas vírgenes, donde no existen caminos ni siquiera huellas. Va en mula. Para su desgracia, una víbora pica a su guía. No hay modo de atenderle en esas soledades, y el hombre muere. García Moreno queda solo, sin saber por dónde seguir. Para peor, su mula cae muerta de cansancio. Seguramente el indio marchaba a pie, como es costumbre entre ellos. García Moreno tiene que continuar del mismo modo. Va de aquí para allí, guiado por su instinto. Agotadas todas las provisiones, pasa dos días sin comer cosa alguna. Por fin, llega a una cabaña. Llama y no le contestan. Entra. Encuentra allí un poco de harina de cebada. La bate con agua y la toma. Para descansar se echa en el suelo y se revuelca, al modo de los asnos. Continúa su viaje. Y así, hambriento y cansado, después de terribles penurias, llega a Ríobamba. Y algunas horas después a Quito, el 25 de mayo.

Y ese mismo día, ese 25 de mayo de 1859, empieza a gobernar al Ecuador.

VI.—GARCIA MORENO, TRIUNVIRO

Apenas descansa de su viaje aventurero, García Moreno funda su último periódico: *El 1º de Mayo*, cuyo primer número aparece el 4 de junio. Publica allí un par de artículos y en seguida lo abandona. Así se lo exigen sus funciones. Ha sido designado Director Supremo de la guerra y debe partir, al frente de un reducido ejército.

He ahí a García Moreno, el abogado, el sabio, el poeta satírico, convertido en hombre de guerra. En cinco días organiza sus huestes: un millar de soldados, en su mayoría milicianos, a los que concentra en Santiago. Sabe que Urvina, con el negro Ayarza como segundo jefe, viene hacia Quito. Urvina, que está en San Miguel, a legua y media de su enemigo, manda mil quinientos veteranos. El 2 de junio, García Moreno le escribe a su Rosita: "Me preparo a atacarlo mañana, y mañana te comunicaré la victoria. Tengo tal fe en Dios que nos protege, que me siento animado de un entusiasmo extraordinario. Larga me parece la noche; pero, al fin, amanecerá". Encuéntranse ambos ejércitos en Tumbuco, el 3 de junio. García Moreno, sin esperar que llegue la retaguardia de su pequeño ejército, acepta el combate. Tiene poca suerte por esta vez. Una columna, detenida en unos fangales, no aparece. La lucha dura seis horas, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Es derrotado. Sus soldados, casi todos bisoños, se desbandan y huyen. Él mismo debe salvarse a caballo.

Ha llegado a Quito. Es el 4 de junio. El Gobierno Provisional le nombra Jefe Supremo de la República, y el 7 decreta que los miembros del Gobierno puedan reconstituírlo, y aun ejercer el poder aisladamente, en cualquier lugar del país. Titulares y suplentes se dispersan. Uno de los suplentes, Rafael Carvajal, dirígese hacia el norte, a Nueva Granada. García

Moreno, a Guayaquil, a donde llega ocultamente, disfrazado. Anotemos el acto de coraje de este hombre, que, siendo jefe de la revolución, se introduce en los dominios de Franco. De estar Urvina y Robles en Guayaquil, acaso su vida no corriera verdadero peligro: ninguno de los dos gusta de fusilar, pero Franco, autoridad principal en Guayaquil, donde Robles, en marcha hacia Quito, lo ha dejado en el cargo que ya ocupaba, de comandante de la plaza, no tiene escrúpulos, como se ha visto en el caso de Darquea, en matar a un hombre. En la capital del Guayas, Gabriel García Moreno se embarca para Paita, en un buque de guerra peruano. Y de Paita se va al Callao, puerto de Lima.

¿Cómo García Moreno, que quiere tanto a su patria, utiliza un barco del enemigo? Desde aquel desembarco en Puná, no ha habido por parte del Perú ningún acto de guerra, salvo el bloqueo. García Moreno cree en la sinceridad del presidente Castilla, quien dice que sólo desea ver fuera del Gobierno ecuatoriano a Urvina y a Robles. Y él va al Perú como jefe del Gobierno Provisional para concertar la paz entre los dos pueblos hermanos.

Mientras viaja hacia Lima, el general Urvina entra en Quito, el 17 de junio. Luego, dirígese a Ibarra, en donde obliga a capitular a Gómez de la Torre, que mandaba algunas tropas rebeldes, vale decir, fieles al por el momento fracasado Gobierno Provisional. Y vuelve a Quito, donde poco después llega Robles, que retoma el poder.

La revolución está vencida. Pero pronto va a resurgir, por obra de García Moreno.

* * *

Ya está en Lima. Es el 20 de junio. El coronel ecuatoriano José Veintemilla lo presenta al mandatario supremo del Perú. Los dos hombres celebran varias conferencias. El general Castilla, que tiene sangre indígena en sus venas, es muy astuto. Desde fines de marzo viene engañando a los representantes extraordinarios de Chile y de Nueva Granada, que intentaban arreglar el conflicto con el Ecuador, y los cuales, en los primeros días de julio, convencidos de la imposibilidad de tratar con Castilla, que no procede sincera ni claramente, renuncian a su tentativa. ¿Cómo no ha de engatusar también a García Moreno? Castilla le ofrece paz y alianza, y con acento

tan aparentemente sincero que él acepta. Nada le pide el astuto Castilla al ecuatoriano. Sus tropas, desinteresadamente, arrojarán del poder a Urvina y a Robles y se volverán al Perú.

Entonces García Moreno redacta una ardiente y exaltada proclama, y la lanza el 2 de julio, fechada en la ría de Guayaquil. Él mismo la lleva, pues no sólo quiere entusiasmar a su pueblo contra Urvina y Robles, sino también atraerse a Franco, autoridad suprema en Guayaquil. Habla en la proclama de los crímenes de aquellos "tiranos", con los cuales el gobierno del Perú hizo al pueblo del Ecuador "la justicia de no confundirle". Afirma, seducido por las hipócritas palabras de Castilla, que el Perú sólo ha querido evitar los horrores de la guerra a la nación ecuatoriana. Está seguro de que su Patria, desarmada, no podía combatir contra el Perú, y que la derrota hubiera acarreado — esto lo dice por Flores — "el restablecimiento de la ominosa dominación dirigida por el más vil de los tiranos". Considera un deber de su cargo de Jefe Supremo de la República aprovechar las "benévolas y amistosas disposiciones" que demuestran hacia el Ecuador el pueblo peruano y "su leal y valeroso caudillo". Promete que "la probidad histórica" del presidente peruano responderá de que sea respetada la integridad del Ecuador. En adelante —anuncia— "será dirimida toda desavenencia por medios honrosos y conciliadores". Agrega: "El ejército y la escuadra del Perú son vuestros auxiliadores, no vuestros enemigos; y a la Patria no le quedan más adversarios que los malvados que la tiranizan y los forajidos que intentan defenderlos". Hay que insistir sobre la condenable actitud de García Moreno, de la que no tardará en arrepentirse. Es parecida a la de los unitarios argentinos, que buscaron el apoyo del Brasil contra don Juan Manuel de Rosas. El Perú es al Ecuador lo que el Brasil, en 1851, era a la Argentina. Si el Brasil, enemigo de la Argentina desde los primeros años de las luchas por la emancipación, pretendió territorios argentinos, el Perú también ha sido siempre enemigo del Ecuador y ha codiciado territorios ecuatorianos: no solamente una parte de los desiertos amazónicos, sino la provincia de Guayaquil, que siete lustros atrás le perteneciera. La diferencia entre García Moreno y los unitarios reside en que el ecuatoriano es seducido por Castilla, mientras que los unitarios venían realizando, desde hacía cerca de diez años, una campaña epistolar y diplomática para con-

vencer al Brasil de que debía intervenir contra Rosas. Por esto se explica que el gobierno del general Robles, en un decreto del 6 de julio, declarase traidor a García Moreno: lo mismo hizo don Juan Manuel con los unitarios. Los hombres de fuertes pasiones, y que no han aprendido a controlarlas, incurren en actos como el de García Moreno. Los unitarios llegaron hasta ofrecer provincias argentinas a países extranjeros, y Domingo Faustino Sarmiento, por odio a Rosas, llegó a realizar toda una campaña para que Chile se posesionase del estrecho de Magallanes y de la Patagonia.

García Moreno permanece en la ría de Guayaquil, en el buque de guerra peruano que lo trajo. Sabe que el general Franco le es hostil, como que en una proclama del 4 de julio acaba de decir, con inesperada erudición histórica, que los ecuatorianos, al nombrar a García Moreno, "experimentan las mismas idénticas emociones que nuestros padres al recuerdo de ocho siglos de servidumbre, originados por la venganza innoble del traidor de España". No obstante, García Moreno le escribe el 12 de julio, desde la fragata de guerra *Callao*. Este documento muestra su sinceridad. Dícele a Franco que, como habrá leído en su proclama, Castilla no hace la guerra al pueblo ecuatoriano. Pueden terminarse amistosamente todas las cuestiones. El trae la paz. No se sacrificará la independencia e integridad del Ecuador: él ha hallado en las "generosas disposiciones" de Castilla cuantas garantías puedan apetecer el honor y el patriotismo. El ha declarado ante Castilla que el Ecuador elegiría los gobernantes que quisiera, y que él renunciaría al cargo que se le dió en Quito. Será el primero en someterse al nuevo Gobierno. Todo lo cual aprobó el Presidente peruano. Y por esto, pídele a Franco dejar al pueblo en libertad para que designe sus autoridades. El respetará la decisión popular, la apoyará, la defenderá. Con esto volverá la tranquilidad. "Negarse a esta propuesta — añade, — bien ajena de la ambición que unos pocos me suponen, equivale a declarar que usted prefiere ser el sostén de la desastrosa, tiránica e inconstitucional dominación de Urvina y Robles, conservada únicamente por la fuerza de las bayonetas; que usted prefiere sacrificar su posición, su porvenir y su vida y la suerte de la República en una guerra imposible para esos generales, que han visto siempre en usted un rival peligroso, y que para usted nada son el pueblo y sus derechos, la libertad y la patria". Y

termina rogándole que medite y exigiéndole respuesta dentro de veinticuatro horas. Esta carta, en que late una verdadera angustia por su patria — sólo un ciego puede no verlo — bastaría, si el error de hacer intervenir en la política ecuatoriana al Perú no fuese demasiado grave, para que se perdonase a García Moreno.

Franco no le contesta. García Moreno insiste y le solicita una entrevista. Encuéntranse los dos hombres en el *Bolívar*, buque norteamericano. García Moreno ha confiado seguramente en la poderosa fuerza de convicción de su palabra, pero esta vez fracasa. Una versión procedente del campo adverso a García Moreno, afirma haberle dicho Franco a su interlocutor que, puesto que tiene tanta influencia con Castilla, debe emplearla en hacer la paz entre ambos pueblos, para lo que él le otorga plenos poderes; y que en cuanto a su situación frente a Robles y Urvina, "esos son asuntos de familia que los arreglaremos entre nosotros". Asegura la misma versión que Franco ha dicho: "¡Qué distinto papel el de usted y el mío! Usted quiere reducirme a que traicione a mi patria y yo le proporciono medios para que se reconcilie con ella". No es hombre García Moreno a quien pueda decírsele impunemente esas palabras. Pero sí es cierto que, por el momento, el general Franco, que más tarde traicionará de veras al Ecuador, no quiere unirse con el presidente del Perú para combatir juntos contra Urvina y Robles en tierras ecuatorianas. Teme, seguramente, que el Perú cobre después muy caro por su participación en el derrocamiento de "los tiranos".

La negativa de Franco pone en muy difícil, en muy triste situación a García Moreno. Debe permanecer algunas semanas más, en espera de la llegada de Castilla, alojado en la escuadra de una nación cuyo gobierno, aunque él todavía no lo crea, es enemigo de su patria.

* * *

Mientras tanto, Urvina y Robles cometen en Quito los mayores abusos contra las personas y sus propiedades. Imponen al país una contribución de cien mil pesos, cantidad considerable para el Ecuador. Quito deberá entregarles cuarenta y cinco mil. Establecen lo que corresponde a cada persona. Fíjanle a don Manuel de Ascásubi, el ex presidente de la República, dos mil pesos y, por no pagarlos en el acto, lo encarcelan. Subastan los

ganados a cualquier precio. Allanan muchas casas en ausencia de sus dueños. Todo el mundo, inclusive amigos de ellos hasta ayer, pónense en contra de "los dos gemelos" Robles y Urvina.

Estas exacciones se explican por la necesidad de reunir dinero para la guerra. Urvina está resuelto a defender a su patria contra el Perú. Ahora se va a Cuenca, ciudad del sur, cercana del departamento peruano de Piura, en uno de cuyos pueblos, el puerto de Paita, Castilla tiene cinco mil soldados. Allí en Cuenca, Urvina forma su ejército. Robles, después de llamar "insigne traidor" a García Moreno en su Proclama del 17 de agosto, preséntase también en Cuenca; pero el 28 parte hacia Ríobamba.

¡Malas noticias le llegan a Robles! En Guayaquil, el 12 de ese mes, el almirante de la flota peruana ha dado a las autoridades tres días para hacer evacuar la ciudad, porque va a bombardearla. Pero han intervenido los representantes extranjeros y el 21 se ha convenido un armisticio: se alejarán la escuadra y las tropas de Franco y el pueblo elegirá una autoridad provisional para la provincia del Guayas. Así se ha hecho, y el 16 de agosto ha sido designado gobernador don Teodoro Maldonado. Para Robles, y con razón, el acto de Franco, el tratar con el extranjero como si él fuese el Gobierno del Ecuador, tiene un sentido sedicioso, y lo desaprueba. Parece que este armisticio lo ha hecho Franco siguiendo el consejo que, con el fin de separarlo de Robles, le diera García Moreno. Robles, que sólo ha permanecido dos días en Ríobamba y que ahora está en Quito, no ignora que acaba de perder a Guayaquil: sabe que Franco no tardará en sublevarse. Y parte de Quito el 30 de agosto, hacia Guaranda.

Mientras tanto, tres acontecimientos trascendentales ocurren en los primeros días de setiembre. El 2, el pequeño ejército fiel al Triunvirato que mandaba en el norte uno de los triunviros suplentes, Rafael Carvajal, y en el que vienen algunos granadinos, entre ellos Faustino Lemus Rayo —¡no olvidemos este nombre!—, derrota en Cuaruntún a las fuerzas que responden a Robles. El 4, en Quito, una multitud con palos y piedras ataca a la tropa apostada en la plaza Mayor y la obliga a retirarse al cuartel, trás de lo cual el Gobernador, que es el doctor Juan Borja —personaje que pronto ocupará un lugar en la vida de García Moreno—, y el jefe de la guarnición capitulan

y abandonan la ciudad al Gobierno Provisional, que se reinstala el 5. Y por fin, el 6, en Guayaquil, el general Franco se proclama Jefe Superior de la provincia del Guayas.

Todo se ha derrumbado para Robles. Con el país en su contra y el enemigo pronto para atacarle, nada puede hacer. Entonces, desde Guaranda, a donde le han llegado las últimas noticias, renuncia a su cargo de presidente de la República y, como un simple ciudadano, parte hacia Guayaquil. El general Urvina hace lo mismo. Aconseja al ejército que se adhiera a Franco y, con su mujer y sus hijos, dirígese también a Guayaquil.

Quedan frente a frente dos poderes: Franco en Guayaquil, y el Triunvirato en Quito.

* * *

¿Dónde está García Moreno en estos días de setiembre del 59? La fuerza de las cosas oblígale a permanecer en la escuadra peruana. Imposible pretender que Franco le deje desembarcar. Pero los acontecimientos van a favorecerle. El Almirante peruano se ha negado a reconocer la dictadura de Franco. Acepta, en cambio, que se convoque a elecciones para designar un Jefe Supremo.

Es el 17 de setiembre. Los ciudadanos principales de Guayaquil están reunidos. Van a votar. Hay varios candidatos. Dos de ellos son Franco y Urvina. Alguien resucita a don Diego Noboa, aquel presidente a quien exaltó y luego desbancó Urvina. Se habla también de don José María Caamaño y del actual gobernador del Guayas, don Teodoro Maldonado. Pero el candidato con mayores probabilidades es nada menos que el doctor Gabriel García Moreno. Hay presentes trescientas venticuatro personas. Una vota en blanco. El general Franco, dueño de la situación, obtiene ciento sesenta y un votos. Dos, apenas, logra el gobernador Maldonado. Y ciento sesenta, vale decir, uno menos que Franco, García Moreno.

Meditemos en este asombroso éxito de García Moreno. A pesar de que su candidatura lucha contra la del general Franco y de no haber podido trabajar por ella personalmente, sólo pierde por un solo voto. Y aun el triunfo de Franco es discutible. Roberto Andrade, el enemigo a muerte de García Moreno, escribirá años más tarde: "No hubo legalidad en el sufragio". El propio Andrade agrega que dos municipios de

la provincia del Guayas, Baba y Daule, se sometieron al Triunvirato, que "Babahoyo eligió a García Moreno" y que "en Guayaquil, Franco obtuvo una mayoría incierta".

Pero nada tan interesante como lo que este triunfo de García Moreno significa. Quiere decir que sus compatriotas lo admiran, que la mitad de ellos, por lo menos, lo cree digno de gobernar y que no lo considera un traidor. Franco, en realidad, tampoco ha vencido. Con la simple mayoría de un voto, no queda designado. Pero, según dirá Andrade, se impone como Jefe Supremo, por tener las armas en la mano.

En los mismos días anda por las calles de Guayaquil, olvidado y casi desconocido de todo el mundo, el ex presidente Robles. Está allí aquel día de la elección, y el 20 partirá para Chile, voluntariamente desterrado. Su destino es idéntico al de Urvina, que ha elegido el Perú para vivir.

* * *

García Moreno ha tenido el 10 de setiembre noticia del triunfo de Rafael Carvajal en Cuaruntún y de su entrada triunfal en Quito. No es la única buena nueva que recibe. Varias provincias se han ido declarando contra Franco: Cuenca y Esmeraldas, que el 24 se adhieren al Triunvirato; y Loja, que el 18 ha constituído un Gobierno autónomo. Y poco después sabrá de la adhesión de Manabí, ocurrida el 1º de octubre.

Ahora, García Moreno se dirige a Paita, a conferenciar con el presidente Castilla. No se sabe si esto ocurre en uno de los últimos días de setiembre o en los primeros días de octubre. Según Andrade, Castilla, que partiera del Callao el 29 de setiembre, ha estado en el Guayas el 3 de octubre, donde ha conferenciado con Franco. En seguida vuelve a Paita y allí le encuentra García Moreno. Pero Moncayo dice que primero Castilla se entrevistó con García Moreno en Paita y después, el 4 de octubre, en Guayaquil con Franco. Un historiador merecedor de fe asegura que el Triunviro fué llamado por Castilla para "tratar con él de la unificación de la República". No olvidemos que García Moreno es el jefe del Gobierno ecuatoriano, aunque, por el momento, las circunstancias le impidan ejercer su cargo.

¿Qué tratan los dos hombres? García Moreno quiere "sondear las disposiciones" de Castilla. Pero sale desengañado de la entrevista. Ha visto la doblez del mestizo, que trata al mis-

mo tiempo con él y con un representante de Franco, venido de Guayaquil. Según Moncayo, García Moreno llega a decirle al peruano: "Usted ha faltado a sus promesas y yo declaro rota la alianza". Si no ha pronunciado estas palabras, ha podido pronunciarlas: ese día García Moreno da por terminadas sus relaciones con Castilla y se embarca en un buque mercante para Guayaquil.

No cabe la menor duda sobre las intenciones imperialistas de Castilla. Han caído Robles y Urvina — su único deseo, según declaró muchas veces — y, sin embargo, está resuelto a continuar la guerra. Prueba la felonía del presidente peruano el convenio que el 16 de setiembre acaba de firmar su representante con el gobierno de Nueva Granada. Han estipulado la independencia del estado granadino del Cauca, al que se le agregarán varias provincias ecuatorianas, y la anexión de Guayaquil, Loja y Manabí al Perú. El Ecuador quedará reducido a una pequeña faja sobre el océano Pacífico y a las provincias interiores. De acuerdo con los límites que se le fijan, el Ecuador perdería sus vastas comarcas del oriente. Y mientras conviene esta iniquidad con Nueva Granada, este reparto de una nación hermana, Castilla afirma que sólo busca la paz y que no aspira a quitarle territorios al Ecuador...

García Moreno está ahora en Guayaquil. Por esos días, el 13 de octubre, ocurre allí un suceso interesante: se realiza la elección de Jefe Supremo suplente y triunfa un partidario de Flores, con quien está compartiendo su destierro en Lima: aquel señor Espantoso que ya conocemos. Unos quince ciudadanos distinguidos, adversarios de Franco, se reunen en la casa del general Elizalde, y Franco hace rodear la casa y llevarlos a la cárcel. Entre ellos está el ex gobernador Teodoro Maldonado y dos hermanos de García Moreno.

En Guayaquil, el Triunviro tiene un rasgo de asombroso coraje: se presenta en el despacho del dictador Franco. Sólo un exasperado patriotismo, una desesperación por la independencia y la integridad del Ecuador, han podido empujarlo al peligro de ser fusilado por Franco. Seguramente, ya García Moreno tiene noticia del Tratado entre el Perú y Nueva Granada, y ha de sospechar sus términos. ¿Qué le propone a Franco? La unión de los dos gobiernos, el de Guayaquil y el de Quito, en uno solo. García Moreno desea que Franco y el pueblo de Guayaquil reconozcan al Triunvirato. El renunciará:

así demostrará su desinterés y facilitará la solución. En su lugar irá al Triunvirato un guayaquileño, que podría ser el señor Espantoso, actual suplente de Franco. Y a Franco se le nombraría general en jefe del ejército. Pedro Moncayo dice que García Moreno "buscó a Franco y le habló en nombre del honor nacional, de cuanto hay de más sagrado en la tierra, para unirse a él y para reconciliarse con todos los hombres de buena voluntad". Y agrega: "García Moreno habla con el corazón en ese momento, y si Franco le hubiese escuchado, el país se habría salvado".

El dictador está a punto de ser seducido por la elocuencia de García Moreno, que indudablemente ha querido tocarle el corazón, mostrándole la segura derrota de la patria, la pérdida de sus territorios del oriente y tal vez su total desmembramiento. Franco promete consultar el asunto, convocar a una reunión de ciudadanos distinguidos. Pero algunos de sus corifeos le convencen de que García Moreno pretende tenderle una celada, y él entonces abandona su propósito y ordena la prisión del Triunviro. García Moreno, que sospecha de la existencia de esta orden, o la conoce a buen tiempo, huye de Guayaquil. Franco envía en su persecución a una patrulla de soldados. Pero García Moreno se ha metido en el boscoso laberinto de las sierras y los soldados no logran encontrarle.

* * *

¿Qué hace el Presidente Castilla durante la segunda quincena de octubre del 59? ¿Por qué no desembarca en el Ecuador, como, según parece evidente, lo tiene resuelto? Acaso está en tratos con Franco y haya algunas dificultades para ponerse de acuerdo. Porque aun pasarán algunos días antes de que sus tropas ocupen el territorio de la provincia del Guayas.

Tampoco sabemos bien lo que hace García Moreno durante ese mismo tiempo. En cambio, conocemos su estado de espíritu. Entre sus papeles póstumos se ha encontrado un manifiesto suyo, dirigido al pueblo, en el que habla de renunciar a su cargo. Considera como su deseo "más ardiente" esa renuncia. "Acusado injustamente por unos como ambicioso, calumniado vilmente por otros como traidor —dice—, lo he sufrido y lo he perdonado todo, bien seguro de que andando el tiempo llegarían a hacerme justicia mis más encarnizados enemigos". Parécele obvio que el Gobierno Provisional, en su

lucha contra la tiranía, tuviese el derecho, y aun el deber, de buscar la ayuda del Perú. Traición, dice, era "dejar al Ecuador en manos de sus bárbaros verdugos". La doctrina es mala, pues siempre hay peligro en las intervenciones extranjeras, que nunca son desinteresadas; y además los "gemelos" no eran tales tiranos, sino gobernantes inescrupulosos que abusaron de su poder. García Moreno incurre otra vez en el mismo error que los unitarios argentinos que combatían contra Rosas. Pero, más patriota que ellos, también reconoce que habría traición en sacrificar la independencia, la nacionalidad o la integridad territorial "para lograr el socorro solicitado, o en valerse de extraña protección para satisfacer miras ambiciosas". Su renuncia le parece la mejor prueba de que ha buscado la libertad del Ecuador y no su personal engrandecimiento. Hay un dolor contenido en este borrador de su renuncia. ¿Por qué no la presenta? Seguramente, sus amigos lo disuaden.

Pero si sabemos de sus inquietudes, no sabemos con exactitud de sus andanzas. Un historiador dice que en esos días, son los de mediados de octubre, García Moreno va a Guaranda —situada a quince leguas de Quito—, donde inspecciona las fuerzas militares allí acantonadas. Otros creen que va a Quito y que vuelve a Guayaquil. No tienen importancia estos pormenores. Pero la tiene, y trascendentalísima, el dramático suceso que va a ocurrir en Ríobamba y en el que él, de paso para Quito, será protagonista.

Es el 7 de noviembre. García Moreno ha llegado a la ciudad al atardecer o a la noche. Está durmiendo cuando la gente a su servicio le despierta con una detestable noticia: las tropas de la guarnición se han sublevado contra el Gobierno de Quito, vale decir, contra él, que es el Jefe Supremo. Parece que los soldados se quejan de no recibir sus sueldos y de estar mal alimentados. García Moreno está pensando en el modo de resolver la inesperada complicación, cuando se le presenta un comandante, jefe de los rebeldes. ¿Qué quiere? Su renuncia. "¡Jamás!", exclama el Triunviro. El comandante ordena al teniente Santiago Palacios que lo lleve preso y amenaza a García Moreno con fusilarlo al día siguiente, si persiste en no renunciar.

He ahí a García Moreno, al jefe del Gobierno de Quito, en la prisión. Sin duda allí le llegan noticias de los acontecimientos. La división que había venido de Cuenca se ha rebelado vitoreando a Flores y a Franco, a los que supone unidos.

Los jefes se han ocultado y la tropa saquea la ciudad. García Moreno piensa en escaparse. Cree que sus guardianes no resistirán a la tentación de abandonar sus puestos para participar en el saqueo. Alguien le muestra cómo le sería fácil escaparse por la ventana. El contesta que saldrá por donde ha entrado. Pasa muy poco tiempo. García Moreno adivina que en el cuartel no queda sino su centinela. Le habla en su tono de autoridad: "¿A quién has jurado ser fiel?" Respuesta: "Al jefe del Estado". García Moreno: "El jefe del Estado soy yo; me debes, pues, obediencia y fidelidad; tus oficiales son rebeldes y perjuros. ¿No tienes vergüenza de prestarles ayuda y traicionar así a tu Dios y a tu Patria?" El soldado, cuéntase, cae de rodillas y le pide perdón. "Te perdonaré — le dice García Moreno — si quieres obedecerme y cumplir tu deber". Y así sale de la prisión y corre a someter a los rebeldes.

Es todavía de noche. García Moreno busca a algunos de sus partidarios, da ciertas órdenes y se dirige a Calpi, lugar próximo. Allí se reúne con los jefes y oficiales y se entera de que los rebeldes, en su mayoría borrachos, se han dispersado con el producto del saqueo. Vuelve a la ciudad el 10. Refieren sus enemigos que en la plaza encuentra al teniente Palacios y le hace fuego, hiriéndole. Probablemente no es verdad. Palacios, ebrio, es detenido y juzgado en Consejo de Guerra, verbalmente, ahí no más, por los catorce compañeros de García Moreno, todos a caballo. Con perfecta razón y lógica, ya que se trata de un oficial rebelde y que ha participado en el saqueo o lo ha permitido, es condenado a muerte y fusilado en seguida, en la misma plaza. Andrade afirma que García Moreno, católico y todo, no le dió un sacerdote a Palacios. Es falso. Se le llevó un sacerdote, pero el reo no quiso confesarse. A otro, un capitán, se le indulta. García Moreno — según él mismo dice a las autoridades de Quito en un oficio del siguiente día — aguarda reunir otros prisioneros para someterlos a juicio y aplicarles la pena que el Consejo de guerra determine. Con "este acto de justicia reparadora", como él llama a la condena y fusilamiento de Palacios, García Moreno empieza su obra tenaz e implacable para establecer en su patria el orden, sin el cual no hay paz ni progreso.

Ahora García Moreno sale de la ciudad al frente de sus hombres, en busca de los rebeldes fugitivos. En los alrededores de San Andrés toman doce prisioneros. A la noche parte hacia

Mocha, donde espera encontrar a otros "revoltosos bandidos", como les llama. Allí están, durmiendo. Son ochenta y sólo se escapan cinco. Los demás caen prisioneros. Hay doce heridos, cuatro de ellos que no se salvarán, y un muerto. Andrade describe a García Moreno lanceando personalmente a los rebeldes dormidos y repite la versión de que las casas en donde duermen son primero incendiadas por el Triunviro y su gente. ¿Debemos creer todo esto? Lo probable es que los rebeldes se hayan despertado y defendido. Y lo poco cruento del resultado prueba que no se les atacó a mansalva.

García Moreno se dirige luego al Molino. Sabe que allí están trescientos rebeldes. Apenas llega, encuéntrase con otras tropas leales al Gobierno, que proceden de Ambato y vienen también en busca de los rebeldes. En la oscuridad de la noche se desconocen unas y otras fuerzas leales y combaten entre ellas. García Moreno ve caer muerto a uno de sus oficiales y gravemente herido a su segundo. Al escribir desde Ambato a las autoridades de Quito, dice: "He venido aquí para tomar medidas enérgicas y aprehender o destruir las partidas de facinerosos que vagan por el lado de Píllaro. Voy a armar una partida para marchar a Píllaro personalmente, y creo que por ahora se puede dar por concluída la infame revolución del 9 de noviembre".

Esta revuelta de Ríobamba, aunque algunos soldados vitorearon al general Flores, no ha sido obra de los floreanos. El ex presidente ha ofrecido sus servicios al Gobierno, de modo que ni él ni sus amigos pueden intentar, al mismo tiempo, alzarse en armas. Y no se advierten cómplices por ninguna parte. Lo importante de esta revuelta consiste en haber servido para que García Moreno revelase sus garras, su pasión por el orden, su tremenda energía y la rapidez de sus procedimientos. El país, cansado de tanta anarquía, temeroso ante el fantasma de la guerra exterior, empobrecido y maltratado por los gobiernos, ve ya en García Moreno al salvador. Su situación es análoga a la de don Juan Manuel de Rosas en 1829 y a la de Bonaparte en los días que precedieron al 18 brumario.

* * *

El presidente del Perú, general Ramón Castilla, ha llegado a Guayaquil. Se compone su escuadra de quince buques y su ejército de cinco mil hombres. El 8 de noviembre, un día antes del suceso de Ríobamba, desembarca y ocupa la provincia de Gua-

yaquil. Trae como secretario a Cavero, a quien quiere, por singular capricho, "rehabilitar" en el Ecuador. ¿Está Castilla entendido con Flores? Créese que sí, porque logra que Franco nombre gobernador a don Manuel Espantoso y secretario a otro partidario de Flores. Pero no olvidemos cómo García Moreno, que hasta el presente ha repudiado a Flores, también propuso a Espantoso para que le reemplazara en el Triunvirato. Refiérese que Espantoso y el otro indican a Franco llamar al general Flores, y que Franco les responde que hará fusilar al ex presidente en cuanto pise cualquiera de los puertos de la provincia.

Castilla, con su astucia de siempre, trata de demostrar que no tiene intenciones hostiles al Ecuador. Pide a Franco una conferencia. Realízase en el buque de guerra *Amazonas*, el 2 de diciembre. Allí convienen nombrar cada uno dos delegados para que aconsejen sobre la situación. Los delegados consideran que deben suspenderse las operaciones de guerra, a fin de que el Ecuador elija un gobierno único para todo el país. Este gobierno tendría los poderes necesarios para tratar con el presidente Castilla y terminar el conflicto internacional. Castilla, de acuerdo con lo aconsejado por la comisión, dirígese entonces a los cuatro gobiernos que hay en este momento en el Ecuador: los de Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja.

Mientras tanto, García Moreno, dominado por la aflicción de ver a su patria dividida y expuesta a un manotón de Castilla, recorre el territorio ecuatoriano con rapidez verdaderamente vertiginosa. Recordemos lo que por entonces son los caminos en el Ecuador. El geógrafo ecuatoriano Manuel Villavicencio dice que "casi todos son malos y peligrosos". Recordemos también que en esta época del año — fines de noviembre y primeros días de diciembre — comienza allí el invierno, vale decir, la estación en que los caminos pónense intransitables. Los viajeros, a caballo o en mula, pues no existe otro medio de transporte, deben vadear ciertos ríos en los que no hay puentes y soportar el crudísimo sol ecuatoriano. García Moreno, en la segunda quincena de noviembre, después de haber liquidado la insurrección de Ríobamba, sube hasta Ambato. Desde allí baja hasta Cuenca, situada a ciento cuarenta kilómetros al sur. En Cuenca se ha formado un gobierno que responde a Franco. Intenta atraerlo, le muestra el triste porvenir que espera al Ecuador si los ecuatorianos no se unen contra el Perú. De Cuenca pasa a Loja.

donde hay un gobierno independiente, al que da idénticas razones. Y de Loja rehace su camino y vuelve a Quito, en los primeros días de diciembre. Ha recorrido a caballo, en poco más de dos semanas, quinientos sesenta kilómetros por caminos imposibles, teniendo que vadear numerosos ríos y entre precipicios, bajadas peligrosas y soles traicioneros. ¡Hazaña auténtica la de García Moreno! Su mortal enemigo Roberto Andrade, que refiere con no disimulada admiración estas andanzas, esta desesperada lucha por la patria, lo muestra hecho un católico ferviente. Anda — dice el liberal Andrade — "con el devocionario en la maleta, escapularios en el cuello, letanías en la punta de la lengua". Agrega que mezcla la religión con la política: "La Reina de los Cielos nos ayudará a vencer a esos bandidos, a esos piratas, a esos forajidos".

En Quito se entera de las últimas noticias de Guayaquil, es decir, del encuentro en el *Amazonas* entre Franco y Castilla. Aun no puede saberse en Quito el resultado de la conferencia ni el nombramiento y dictamen de la comisión de los cuatro, porque de Guayaquil a Quito no es posible a ningún correo hacer el viaje en menos de cuatro días. El 6 de diciembre García Moreno ha de haber tenido la convicción de que Franco y Castilla se han entendido para desmembrar a su patria. Acaso también ha recibido más noticias del convenio de Castilla con Nueva Granada, firmado en setiembre y mantenido en secreto, por el cual el Ecuador sería repartido.

El caso es que García Moreno está pasando por horas de la mayor angustia. ¿Cómo salvar al Ecuador? Ni siquiera es posible la unión de todos contra Castilla. Loja, demasiado distante, nada puede hacer. La provincia del Azuay, cuya capital es Cuenca, está entregada a Espantoso, que por el momento responde a Franco. Mil veces se pregunta García Moreno: "¿Cómo salvar al Ecuador?" Entonces, en medio de la desesperación, piensa en Francia. El conoce a la gran nación europea. La cree desinteresada, noble, cristiana. El actual Gobierno, lejos de perseguir a la Iglesia, reconoce su autoridad y sus privilegios. El ama a Francia. Ha vivido en París cerca de dos años. Tiene grandes amigos en esa ciudad, que es para él la capital de la ciencia. ¡Hasta se le ha hecho el honor de nombrarle miembro de una sociedad científica! Y entonces, dominado por su angustia cada vez mayor, obsesionado, desesperado, viendo repartida a su patria, desaparecida su incipiente

cultura, borrado del mapa el nombre ecuatoriano, toma la pluma, el 7 de diciembre, y escribe. Va a cometer el más grave error de su vida.

* * *

El más grave error de su vida. Sin ninguna duda. ¿Qué está haciendo con la pluma en la mano, nervioso, agitado, sufriente? Está ofreciendo el Ecuador a la Francia, en la forma de un protectorado. Está escribiendo una carta al representante de la Francia, a monsieur Emile Trinité. Pero no es su primera gestión. Pocos días antes, por medio de otra persona, había manifestado a Trinité su deseo "de que la República del Ecuador se pusiese bajo la protección de Francia y España". Ha leído la respuesta de Trinité al intermediario: nada puede hacer sin consultar a su Gobierno. Parece que acaba de escribir a Francia. García Moreno aguardará la respuesta. Acaso llegue tarde. Pero el Gobierno ecuatoriano aprovechará "del primer momento oportuno para entablar una negociación en regla".

Todo esto se lo dice a Trinité en su carta del 7 de diciembre de 1859. Agrega estar convencido, y lo mismo puede decir de "todos los hombres de orden", de que "la felicidad de este país dependerá de su reunión al imperio francés, bajo condiciones análogas a las que existen entre el Canadá y la Gran Bretaña". ¿Qué razones pueden mover a García Moreno para semejante propuesta? Estas tres: el cansancio en la lucha contra el "desenfreno de la soldadesca y la turbulencia de los demagogos"; el trabajar en vano por contener la anarquía; y el ver "avanzar rápidamente el torrente arrasador de la raza angloamericana". ¡Extraño error el de este hombre! Por temor, ciertamente muy justificado, a los Estados Unidos, quiere entregar el Ecuador a la Francia. Acaso sea porque este país es católico y latino y el otro protestante y de diferente raza que la nuestra. García Moreno es un precursor de los que, ochenta años más tarde, por temor a un vago peligro de parte de Alemania, quieren entregar la América española a los yanquis. Unida su patria a la Francia, cree García Moreno que alcanzará "la civilización en la paz y la libertad en el orden". Parece estar arrepentido de su propuesta a España, pues dice que de aquellos bienes no haría disfrutar nunca al Ecuador "la débil y extenuada España".

¿Cómo podrá realizarse su proyecto? Lo principal es con-

tar con el Emperador. Si Napoleón III coopera en él y lo apoya, García Moreno promete "trabajar asiduamente para obtener, en la convención que deberá reunirse, el triunfo de nuestras ideas". Mientras tanto, él no le pide a Trinité que comunique la carta al Gobierno francés, sino que lo autoriza para hacerlo, si lo cree conveniente. Por su parte, ofrece no omitir "medio honroso para llegar a conseguir la prosperidad de mi desgraciado país". Es decir, no omitirá medio honroso para su deshonroso proyecto...

El 14 vuelve a escribirle a Trinité. Le responde del éxito. Ante el temor de que la República se disuelva antes de reunirse la Convención, habla de recurrir directamente al pueblo. En tanto, se ganará tiempo. El Gobierno de Quito ha aceptado la invitación del general Franco, y ese mismo día 14 salen para Guayaquil dos miembros del Triunvirato, uno de los cuales es don Manuel Gómez de la Torre. Ambos están enterados del proyecto y lo aceptan. Van más con este fin, el de ganar tiempo, que con el de constituir un gobierno nacional, en lo que pocas esperanzas tienen. García Moreno afirma que Quito acogerá con entusiasmo su proyecto. Gómez de la Torre hablará en Guayaquil con Trinité, y está autorizado "para admitir la protección de la Francia oficialmente".

Todavía hay una tercera carta, y es del 21 del mismo diciembre. La escribe en francés, en el temor de no haber conseguido hacerse comprender enteramente en español. Ha recibido, el día anterior, la respuesta del Encargado de Negocios de Francia. Contéstale García Moreno que, en efecto, él no propone un protectorado honorario, sino un protectorado que será gravoso para la Francia. No se trata de obtener de la gran nación europea garantías en favor de un hombre o de un gobierno, sino del país, que quiere librarse de la anarquía, "del azote de las revoluciones perpetuas". Y se trata igualmente del interés de la Francia, que se convertiría en "el dueño de estas bellas regiones, que no serían inútiles". ¡El dueño de su patria! Y hasta admite la desaparición del nombre ecuatoriano, al decirle: "El Gobierno de Quito interrogará al pueblo si quiere unirse al imperio francés, bajo el nombre que usted tuviese a bien indicarle de antemano". García Moreno se manifiesta seguro de la aceptación del pueblo, "tan cansado está de las calamidades de las revueltas y que tanto odia el que por la fuerza se le incline a las miras del Gobierno peruano". ¿Y no

es peor calamidad para un pueblo el perder su independencia y su nombre, como él lo desea para su patria?

Algunos escritores ecuatorianos intentan defender a García Moreno. Dicen que sólo se trata de un proyecto y que los demás miembros del Gobierno de Quito lo aceptan; y que no se realizaría sino con la aprobación popular. Nada de esto justifica a García Moreno. Suyo es el proyecto y, lo acepte el pueblo o no, es abominable, indigno de un patriota y de un americano. ¿O confía García Moreno que Francia "protegerá" al Ecuador por un tiempo y que después lo dejará libre? ¿Ha olvidado la historia de Francia? ¿Es tan ingenuo como para creer en el desinterés de la por entonces imperialista nación europea?

Una vez más, es preciso comparar el caso de García Moreno y el de los miembros del Gobierno de Quito con el de los unitarios que combatieron contra Rosas. Como ellos, Florencio Varela y otros argentinos intentaron ofrecer su patria a la Francia. Como ellos, Varela y otros argentinos creían en la nobleza y en el desinterés de la Francia. Unos y otros han estimado más la cultura que la independencia. Europeizantes, no han sentido a la patria profundamente, como la han sentido esos hombres que parecen haber surgido de la tierra: Artigas, Francisco Solano López, Juan Manuel de Rosas. Es cierto que antes de Varela y García Moreno otros americanos ofrecieron su patria a naciones europeas: Carlos de Alvear y Bernardino Rivadavia ofrecieron la Argentina, su patria, a Inglaterra y a España, respectivamente. Pero este triste antecedente no justifica ni explica a nadie. Sólo prueba que lo que hoy entendemos por patriotismo no existió en la Argentina sino como fenómeno puramente individual, hasta que apareció Rosas.

Gabriel García Moreno, sin duda el más grande de los hombres producidos por el Ecuador, no es — ha llegado el momento de decirlo — un ecuatoriano típico. Tiene el temperamento de un europeo. Mentalidad española y cultura francesa. Civilizador como Bernardino Rivadavia, realizará más tarde grandes cosas, pero su obra no será una creación americana, ni habrá en ella una tendencia hacia lo vernáculo. García Moreno es un espíritu universal, sin colorido americano.

Todos los hombres pecamos gravemente. Todos los gobernantes incurren alguna vez en un delito. El de García Moreno

son sus cartas a Trinité. Delito contra el Ecuador y contra toda la América. Pues no lo hay mayor que introducir entre nosotros al rapaz imperialismo europeo. En su descargo debe decirse que le ha movido la desesperación, que pronto manifiesta su arrepentimiento y, sobre todo, que él salvará al Ecuador.

* * *

Ya sabemos que el mariscal Castilla se dirigió a los cuatro gobiernos ecuatorianos, pidiéndoles enviar a Guayaquil sus representantes. Sabemos también que Quito designó a dos miembros del Triunvirato, uno de los cuales era don Manuel Gómez de la Torre, y que el 14 de diciembre partieron hacia la capital del Guayas.

Ahora están allí los seis representantes: los de Quito, Loja y el Azuay. Los de Quito, que han tardado mucho en llegar, seguramente porque se detuvieron en el camino, se encuentran con tres novedades: Franco ha obligado al señor Caamaño, que desde hace un tiempo representa en Guayaquil a las autoridades de Quito, a concurrir a la elección de un gobierno general que habrá de tratar con Castilla, y se ha hecho designar él mismo como autoridad suprema del país; ha aceptado a Cavero como Encargado de Negocios del Perú; y ha sido reconocido por Castilla en el carácter de representante de todo el Ecuador. Los delegados de Quito, que acaban de llegar, no protestan y, como si nada hubiera ocurrido, admiten entrar en conversaciones.

Hemos llegado ya al año 1860. El primer día de enero celebran su inicial reunión plenaria los ocho delegados de los cuatro gobiernos. Todos están de acuerdo en otorgar al general Franco autorización para tratar con el presidente del Perú. Le exigen no modificar las fronteras. Los demás gobiernos se comprometen a no entregar tierras al extranjero y a no contraer alianza ninguna mientras dure la ocupación peruana.

Pero Franco está resuelto a imponerse, a proceder dictatorialmente. Con el pretexto de no haberle García Moreno contestado su carta y de haber ordenado la prisión de un coronel que él enviara a Quito con comunicaciones oficiales, desaira de diversos modos a los representantes de Quito y llega, el 3 de enero, hasta arrestarlos. Y el 5 agrava, si es posible, su actitud, expulsándolos. Asegura Andrade que Franco estuvo a

punto de aceptar las condiciones propuestas, pero que uno de sus plenipotenciarios lo convenció de que eran deshonrosas para el Gobierno del Guayas.

Después de este atropello, la guerra es inevitable. Pero no la inicia el Gobierno de Quito, sino Franco. Y la inicia de acuerdo con el presidente del Perú, que le da un buque, armas y municiones. Y al parecer le ha aconsejado concentrar sus tropas en Babahoyo, con el fin de atacar las poblaciones de la cordillera.

* * *

Vamos a asistir a uno de los sucesos más extraordinarios que hayan ocurrido en América. Vamos a ver cómo un abogado, que es a la vez periodista, poeta, profesor, químico, geólogo y orador, se convierte en organizador de un ejército y en hábil hombre de guerra. García Moreno va a constituirse en el conductor y el salvador de su patria. Uno de sus más grandes enemigos, Pedro Moncayo, dice que su actividad y su éxito revelan al país que tiene en él "un caudillo capaz de salvarlo de los peligros a que le habían expuesto los ambiciosos sin talento". Añade: "No era militar, pero tenía las dotes de un caudillo. Previsión, ardor, entusiasmo, palabra enérgica y fascinadora, y, sobre todo, iba delante de todos. Mandaba con el ejemplo, y en todos los peligros era el primero". Y un escritor de estos tiempos, Remigio Crespo Toral, dice: "A este hombre singular debe la patria su segunda independencia".

García Moreno está instalado en una hacienda de Chillo, desde fines de diciembre. Allí dirige personalmente la fabricación de armas y de municiones. Hace componer las armas viejas que encuentra. Dedícase con ahincada energía a reclutar soldados, a prepararlos militarmente y a insuflarles, por medio de su palabra convincente, el anhelo de salvar al Ecuador.

Ahora, García Moreno está en Quito. Ha enviado a Guaranda, que será su cuartel general, algunas tropas. El general Franco ha ordenado la partida de ochocientos hombres, que salen de Guayaquil el 4 de enero. Dirígense a Guaranda, al encuentro de las tropas leales al Gobierno de Quito. García Moreno, en los días 9 y 10 de enero, lanza sendas proclamas al pueblo y al ejército. En la que dirige al pueblo recuerda las tramitaciones con Franco hasta la prisión de los comisionados de Qui-

to, a los que sólo se les dió seis horas para abandonar Guayaquil, y cómo las tropas peruanas han ocupado los cuarteles de esta ciudad. La proclama al ejército es una breve y vigorosa página exaltada. Junto con él firma Rafael Carvajal y, como secretario, Roberto de Ascásubi.

El 17 de enero García Moreno parte hacia Guaranda. Va a ponerse al frente de las tropas, a convertirse, por segunda vez, en general en jefe. Las fuerzas de Franco, mandadas por el coronel José Matías León, no están lejos de Guaranda. Habían llegado hasta Asancoto, pero retroceden al acercarse García Moreno. En los partes que envía al secretario del Gobierno, en los que se despide con las palabras "Dios y libertad", puede seguirse paso a paso el desarrollo de los acontecimientos.

El 23 sale de Guaranda con sus tropas y ocupa el pueblo de Santiago. El 24 está en San Miguel, que el enemigo ha abandonado en su retirada. Muchos hombres del adversario se pasan a su campo. El ejército del coronel León parece desorganizado. El de García Moreno se mantiene en la mejor disciplina. Para esto ha debido ser enérgico. Roberto Andrade asegura que, antes de partir de Guaranda, ha condenado a muerte a tres soldados. El 25 el enemigo está en las colinas de Yagüi y de Piscurco. Allí va a ser el combate.

Es el 25 de enero. A las nueve de la mañana, García Moreno se pone en marcha por el camino de Yagüi, para amenazar la línea de retirada del enemigo. Con el objeto de impedir que el enemigo ocupe los desfiladeros por los que deben pasar las fuerzas que él manda, ordena a dos compañías y a un escuadrón atacar por la cuesta de Piscurco. Mal tiempo: llueve y los senderos están intransitables. En muchas bajadas, los soldados se sientan en el suelo para descender resbalando sobre el plano inclinado de la cuesta. A las dos de la tarde llegan al frente de la hacienda de Yagüi, ocupada por el enemigo, que se ha parapetado en la casa y en las zanjas próximas. Uno de los jefes de García Moreno, el coronel Daniel Salvador, lo desaloja en una carga rápida, y sus oficiales lo persiguen, obligándole a replegarse bastante más lejos de allí, en las alturas de Páscay-Cruz. Otro jefe, el coronel Dávalos, ha vencido a otra columna enemiga en Piscurco.

García Moreno tiene resuelto ocupar el día siguiente la Chima, para lo cual, dueño del campo del combate, acampa en la colina que domina la casa de la hacienda de Yagüi. Pero

allí recibe noticias de que se acerca otro ejército que desde Ríobamba viene a atacarle. Este ejército ha partido de Cuenca días atrás, y lo manda el coronel Manuel Cerda. En vez de reunir sus tropas con las de León para hacer frente a García Moreno, Cerda se ha demorado en Ríobamba, donde su gente se dedicó al saqueo. García Moreno consulta con los jefes y decide contramarchar a San Miguel. Y envía a sus mejores hombres, al mando del general Manuel Tomás Maldonado, a oponerse al avance de Cerda. Maldonado, el eterno revolucionario, se ha puesto esta vez del lado del orden. García Moreno, en su parte del 26 de enero, habla de él así: "El general Maldonado acaba de dar una espléndida prueba de patriotismo, acudiendo en defensa del país". El 29 se produce el encuentro. Maldonado derrota en Sabún a Cerda, entre cuyos batallones figuran los tauras, y sigue su marcha hacia el sur. Y pocos días más tarde caerá en su poder la ciudad de Cuenca, cuya guarnición está mandada por el negro Ayarza.

Durante más de dos semanas, las tropas de García Moreno y las del Gobierno de Guayaquil permanecen inactivas. Se está tramitando un armisticio. Mientras tanto, el país entero se conmueve por una noticia llegada de la capital del Guayas a fines de enero: Franco acaba de firmar con Castilla — mejor dicho, con sus representantes — el 25 de enero, en la aldea de Mapasingue, un Tratado por el cual el Ecuador cede al Perú grandes extensiones de su territorio. Lo más grave de este convenio es el reconocimiento, por parte de un gobierno ecuatoriano — pues, aunque local e ilegal, el de Franco es un gobierno ecuatoriano —, de cierta Cédula Real de 1802. En este documento de la época colonial se reconocía a la autoridad eclesiástica del Perú influencia administrativa sobre cierta parte del territorio ecuatoriano. Jamás se atribuyó valor a la Cédula, y los límites entre el Perú y la provincia de Guayaquil quedaron definitivamente fijados en el Tratado de 1829, que se firmó a raíz de la batalla de Tarqui, en la que el Ecuador defendía su integridad territorial. El convenio entre Franco y Castilla significa, pues, por parte del primero, una verdadera traición a su patria; y por la de Castilla, la prueba de sus tenciones contra el Ecuador y de su pérfida y astuta política. Ochenta años más tarde, todavía el Ecuador estará padeciendo por causa de la traición de Franco.

Indignación unánime de los ecuatorianos contra el Tratado.

En Quito, el 13 de febrero, únense los hombres de las diversas tendencias para protestar solemnemente. En los mismos dominios de Franco, la provincia del Guayas, varias ciudades, como protesta, se adhieren al Gobierno de Quito. Un año más tarde, el Congreso declara traidores a los que han intervenido en la felonía. Y en el Perú no faltará quien manifieste su disgusto, y en 1863 el Congreso peruano desaprobará el inicuo Tratado de Mapasingue.

El pacto influye en la suerte de las armas. Los soldados de Franco desertan y los de García Moreno, estimulados por su jefe, cobran mayor entusiasmo por combatir en defensa de la amenazada integridad del Ecuador. Se ha convenido un armisticio, en Asancoto. Pero García Moreno se niega a ratificarlo, porque sus comisionados habían convenido que el ejército contrario pudiera retirarse. García Moreno procede con astucia. En su oficio del 18 de febrero dícele al secretario del Gobierno: "Conociendo de antemano la mala situación en que se encontraba, preví que la noticia sola de la desaprobación del armisticio lo pondría en la necesidad de apresurar su contramarcha". Así sucede. Manda que sus fuerzas acudan en busca del enemigo. Pero el jefe del ejército de Guayaquil, que ahora es el general Ríos, al saber, a las tres de la mañana, que el armisticio ha sido anulado, se pone en fuga. García Moreno ordena su persecución. Y en su marcha, las tropas de Quito van recogiendo armas y caballos abandonados por los que huyen e incorporando a los numerosos desertores.

Así termina esta jornada de la guerra. García Moreno la ha dirigido con indudable eficacia. Y sin haber tenido en ningún momento la debilidad de titularse "general". En la América española, en donde todo caudillo que manda unos cuantos hombres se gradúa *ipso facto* de general, el caso de García Moreno es único. Nada demuestra mejor su espíritu civil, su "civilismo", como suele decirse. Muchos que se han considerado a sí mismos espíritus civiles no resistieron a la tentación del generalato: así, Domingo Faustino Sarmiento, que sólo peleó una vez, cuando muchacho. Este "civilismo" de García Moreno tiene capital importancia. En el Ecuador no hubo ni hay caudillos populares, como en la Argentina o en el Uruguay. Los caudillos, si puede dárseles este nombre, son militares, jefes de batallones que un día se sublevan y se alzan con el poder. García Moreno detesta el militarismo, al que considera antidemocrático.

* * *

Los peligros no han pasado, ni mucho menos. García Moreno, que, por haber vivido algunas semanas en Lima, conoce el poder militar de Castilla, harto superior al suyo, busca de diversos modos la defensa y salvación de su patria.

Comienza por escribir al Gobierno de Nueva Granada, pidiéndole su ayuda contra Castilla. En Bogotá ya no mandan los "rojos". Obando, el enemigo de los jesuítas, que fué el último presidente rojo, cometió tales atropellos que todos los partidos se unieron en su contra y lo echaron del poder. Ahora mandan los conservadores. Pero el Presidente, don Mariano Ospina, no quiere, con razón, ponerse en guerra contra el Perú, y contesta que todavía no ha llegado para su país la hora de intervenir.

También ha escrito García Moreno al general Juan José Flores, que vive en Lima. Cámbianse algunas cartas los dos hombres. Flores llega a declararle a su feroz enemigo de otros tiempos, al escritor que tantos horrores le dijera desde *El Vengador*, catorce años atrás: "En las circunstancias difíciles en que usted se encuentra, déme usted aviso de si puedo serle útil, y estoy a sus órdenes". García Moreno le contesta: "Venga usted inmediatamente y será nuestro general en jefe". Los enemigos de García Moreno y los de Flores, como Andrade y Moncayo, consideran "vergonzoso" este entendimiento. En realidad los enaltece a los dos. Frente al viejo enemigo, el Perú, olvidan patrióticamente sus odios y se unen para salvar al país. Con su adhesión, García Moreno adquiere para el Ecuador el gran jefe militar que necesita. Flores, formado junto a Bolívar y uno de sus predilectos, es el creador de la República ecuatoriana, el padre de la patria. A pesar de todo lo que se ha dicho contra él, cuenta en el Ecuador con un gran partido. García Moreno, al conquistar a Flores, revela mucha sagacidad política. Nada mejor ha podido hacer para lograr la absoluta unión de todos los ecuatorianos; y, por ser quien más combatió a Flores, tenía autoridad de sobra para hacerlo.

¡La unión de todos los ecuatorianos! No es empresa fácil. Todavía hay provincias que no se han reincorporado. Loja es una de ellas y hay que atraerla cuanto antes, urgentemente, por su vecindad con el Perú. Allá va García Moreno, en los primeros días de marzo. El viaje es harto pesado, pero a él nada le arredra. En Loja, el Gobierno se ha mantenido in-

dependiente. Hay simpatías y antipatías hacia una y otra parte. García Moreno habla con los hombres de las dos tendencias, y con los que quieren que Loja siga independiente. Y con su verbo cálido, consigue convencer a todos y Loja declara el 23 de marzo su adhesión a Quito.

¿Qué falta, antes de reanudar la guerra? Solamente hacer una última tentativa ante Franco, llamar a su corazón para que se una con sus compatriotas contra el viejo enemigo de la patria. García Moreno ha sido declarado traidor por Franco, ha sido perseguido por sus esbirros. No importa. La patria ante todo. El se olvida de sus agravios y le escribe el 20 de marzo desde Cuenca, mientras, después de haber convencido a la gente de Loja, va de regreso a Quito.

El deseo de "economizar la sangre ecuatoriana" le mueve a esta "última invitación". Ya ha triunfado "el principio nacional" sobre "la impotencia y descrédito de los extraviados". Dícele a Franco que su empeño en continuar la guerra significaría extinguir las esperanzas que aun pudiera abrigar como ecuatoriano "para el día de su arrepentimiento", al sentir "el peso tremendo del anatema que ya lanzan sobre usted los pueblos de Sudamérica". Propónele terminar el proceso sangriento. "Salgamos del país, alejémonos los dos". Si Franco acepta, se dejará en libertad a los pueblos del interior para que se adhieran al Gobierno de Quito o bien para que se elija como mandatario "a un patriota próvido e ilustrado, como el señor Pedro Carbo". En cuanto Franco acepte, él abandonará el poder y saldrá del país: "No pretendo aconsejarle a usted un sacrificio, sin darle, al mismo tiempo, el estímulo del ejemplo". En este admirable documento, que sólo puede escribir un ferviente patriota, un corazón humanitario y una grande alma, hay algo sorprendente: la proposición de que se elija a Pedro Carbo como primer mandatario del país. Pedro Carbo es el jefe de los liberales. No anticlerical, pero liberal y dícese que masón. Acaso García Moreno está seguro de que el país no elegirá a Pedro Carbo. O de que Pedro Carbo, en el gobierno, respetará a la Iglesia. De cualquier modo, el haber lanzado el nombre del viejo liberal del Guayas honra excepcionalmente a García Moreno, cuyo patriotismo aparece por encima de las diferencias de partido y de ideología.

* * *

García Moreno, en los pocos meses que lleva al frente del Gobierno, procede con dureza y aun con despotismo. No puede gobernarse de otra manera en estos días de guerra civil e internacional. Para imponer en el ejército la disciplina, para luchar contra los malos ecuatorianos que se han unido al Perú, son necesarios la prisión y los castigos corporales y, a veces, la pena de muerte.

A principios de abril descúbrese en Quito una conspiración. Amigos de Urvina y de Robles han pretendido sublevar al ejército en favor de Franco. Nueve personas caen presas. Entre ellas figuran Marcos Espinel, el ex vicepresidente y viejo enemigo de García Moreno; el periodista Miguel Riofrío; el general Fernando Ayarza; el canónigo Antonio Martínez, ex legislador, ex vicerrector de la Universidad; el cura de Puéllaro, Víctor Ibáñez; y el padre Pablo Guevara, que había actuado en varios congresos y en la Convención de Cuenca. A uno de los sacerdotes, el canónigo Ibáñez, se le pone en el cepo. Al general Ayarza se le engrilla y encierra en un calabozo. Días después, García Moreno ordena que se le den a Ayarza quinientos azotes. Cuenta su enemigo Andrade, que García Moreno ha agregado: "... porque ese negro no merece otro castigo que el acostumbrado en las haciendas de trapiche". Ayarza es granadino. No se sabe con certeza su edad, pero tiene más de sesenta años. Es un héroe de la Independencia. En los últimos años su conducta ha sido detestable. Apoyó el levantamiento de Urvina, ha estado de parte de Franco y ha combatido al frente de los tauras, negros como él, en Cuenca, contra las tropas del Gobierno de Quito. Sin vacilaciones, se le puede considerar, lo mismo que a todos los que están con Franco y, por consiguiente, con Castilla, como a un traidor.

Es el 21 de abril de 1860. La orden de flagelar al general rebelde va a cumplirse. No se sabe con exactitud lo que realmente ocurre. Un historiador enemigo de García Moreno dice que él va a la prisión, hace desnudar las espaldas del reo y descarga el látigo; y en seguida cuenta que, como el ejecutor vacila, él le arrebata el látigo y castiga al negro. Otro historiador afirma que Ayarza sólo recibió cinco azotes. Otro, que cuarenta. No cabe duda de que la orden no se cumple enteramente. Parece que el triunviro Gómez de la Torre, que se presenta al comenzar la flagelación, arroja su capa sobre las espaldas de la víctima para impedir que el castigo continúe

¿Es en presencia de la guarnición o de un batallón, como alguien dice? Tampoco es posible saberlo.

¿Ha pretendido García Moreno humillar al ejército, hacer afirmación de antimilitarismo? Tal vez sólo ha querido castigar a un jefe por la traición que significa el rebelarse en tiempo de guerra. Acaso le impone ese castigo, y no otro, por tratarse de un hombre de color, como queriendo decir que no lo considera digno del fusilamiento. De cualquier modo, García Moreno ha cometido una mala acción. Ha debido desterrar a Ayarza o mantenerlo en la cárcel, ya que no fusilarlo. No le justifica, aunque atenúa su culpa, el hecho de que la flagelación sigue en las leyes y en las prácticas de todos los países de la América española, ni que Ayarza, años atrás, hubiera hecho flagelar también a un oficial rebelde, ni que el gran Rocafuerte hiciera lo propio con un joven "prestigiosísimo por el nacimiento, la riqueza, la ilustración y la influencia política". Por negro que fuera, el militar que había combatido junto a Bolívar, el que fué un héroe en Pichincha, no ha debido ser humillado como lo fué.

La noticia de la flagelación conmueve a todo el Ecuador, especialmente a los militares. El general Manuel Tomás Maldonado le escribe a García Moreno: "Sabiendo que se ha ultrajado a un general, no puedo continuar en el servicio militar y hago renuncia del mando que se me ha confiado". El coronel Secundino Darquea le escribe diciendo que no lo cree, pero si fuera cierto, "quemaría mi uniforme y mis charreteras". A lo que García Moreno contesta: "No ha debido dudarlo; es muy cierto que al negro Ayarza, como a traidor, le he mandado dar latigazos, para escarmiento de todos los demás". En Guayaquil, más de trescientos jefes y oficiales publican una protesta. El primer firmante es el coronel Pedro Pablo Echeverría, nombre que es preciso recordar.

Ayarza es puesto en libertad: dícese que en su favor han intervenido los representantes de España y de Francia. Pero el castigo le ha herido mortalmente y tres días después, en la calle, cae muerto. La flagelación y la muerte de Ayarza serán considerados, por los enemigos de García Moreno, como grandes crímenes.

Otros hechos muestran la dura mano de García Moreno. He aquí que en *El Industrial* va a aparecer un artículo contra el Gobierno: él manda deshacer las planchas y el propietario

huye al Perú. Dos días antes de la muerte de Ayarza, llegan de Imbabura dos presos, complicados en la conspiración. Dice Andrade que García Moreno, simulando el fusilamiento, los mantiene un rato delante de un pelotón que les apunta. Pero este cargo de crueldad no está probado. También encarcela, y luego confina en el sur, a dos señoras. Y confisca bienes de los conspiradores y traidores: no olvidemos ni por un momento que el Ecuador está en guerra con el extranjero y con los traidores que lo apoyan.

Se ha mentido sin escrúpulos sobre persecuciones a sacerdotes. Ningún sacerdote ha sido castigado por el hecho de serlo, sino por tomar parte en revoluciones o por graves faltas. Dícese que, después de la batalla de Sabún, atormentó a un padre González, por ser liberal. Se confunde González con Gutiérrez. Este mal sacerdote, cura de Sibambe, en Alausí, tomado prisionero en Sabún, llevaba una lanza en la mano, un puñal al cinto y un juego de dados en el bolsillo. Ya hemos visto cómo García Moreno puso en el cepo a Víctor Ibáñez y dió cárcel y destierro a Antonio Martínez: ambos habían conspirado. A Nicanor Sánchez, presbítero, y a Manuel Andrade, cura de San Roque, los desterrará al Napo. Los dos han atacado al Gobierno, y, dada la enorme influencia de los clérigos y frailes, son harto peligrosos en tiempos de convulsiones. Hay otro caso, el del franciscano Alejandro Pullas, ocurrido unos meses más tarde. Acusado de haber asesinado a una mujer, presunta amante suya, el mal fraile es absuelto. Pero no debe sentirse muy inocente, porque huye y se esconde. García Moreno pone pregones en las esquinas, en los que ofrece quinientos pesos de su peculio al que lo entregue. ¿No cree en la honradez de los jueces? Más probable es que lo persiga por estar amancebado, delito que tal vez no castigan las leyes civiles. Años después, en Loja, Pullas está diciendo misa, cuando, al volverse, ve con espanto arrodillado a García Moreno, que no le reconoce.

* * *

Nueva proposición de arreglo a Franco, por medio de los representantes de Estados Unidos y España. Es probable que esta propuesta, que no sería aceptada, tenga por objeto ganar tiempo, mientras llega Flores.

Es el 27 de mayo de 1860. Aclamado por gran parte de la

población, entra en Quito, y después de quince años de ostracismo, el fundador de la patria ecuatoriana, el general Juan José Flores. El pueblo se ha olvidado de que le echó del poder y ahora reconoce los méritos del ilustre jefe. El Gobierno dirige una circular a los gobernadores de las provincias. Dice que Flores, expulsado por el Perú como enemigo del Tratado de Mapasingue, se acercaba por el norte, no en calidad de jefe expedicionario, sino de ciudadano; y que viene a ofrecerse para defender el honor nacional. No le ha llamado el Gobierno, pero ha agradecido su generosidad.

Flores es nombrado jefe del ejército. Poco más de un mes dedican, él y García Moreno, a organizar las huestes de Quito. A fines de julio van a partir hacia la costa. García Moreno, que continúa con su cargo de Director de la Guerra, dirige dos proclamas desde Guaranda: una, a los habitantes de Guayaquil y de Manabí, provincias donde pelearán sus soldados, y otra, al Ejército nacional. Son dos páginas exaltadas, lacónicas, ardientes, dignas del gran escritor que hay en García Moreno y comparables con las mejores proclamas de Bolívar. En la que dirige al Ejército, entre otras frases notables, se lee ésta: "Dejad a los cobardes que busquen en los insultos el consuelo de sus derrotas". Y esta otra, verdaderamente magnífica, con que termina: "¡Soldados! Os mando que marchéis a la victoria".

Parten las tropas de Guaranda y, después de rápida marcha, llegan a Ventanas, cerca de Babahoyo. Franco tiene su ejército dividido entre ambas localidades. Flores ataca a Babahoyo el 7 de agosto. Sorpresa de las gentes de Franco. Dos horas de combate. La caballería de Flores, dirigida por él mismo, apodérase a lazo de los cañones de Franco y pasa a cuchillo a los artilleros. Franco, herido, se salva en un barco.

Ahora hay que tomar a Guayaquil. Está bien defendida por la fortaleza del cerro Santa Ana, al noroeste, y por el estero Salado, al norte. El problema grave es el cruce del estero. Este curso de agua, que es paralelo a la ría de Guayaquil, va entre dos orillas pobladas de mangles: arbustos que crecen en lugares pantanosos y cuyas raíces sobresalen del suelo y se enredan. ¿Cómo atravesar esas orillas de suelo fangoso y con el enemigo que los espera del otro lado? Flores y García Moreno tienen cada cual su estratagema. En la madrugada del 23 comienza el paso. Las canoas y las balsas, cargadas de hom-

bres y cañones, son tiradas por caballos. Los soldados cruzan por entre los mangles de rama en rama. La estratagema de Flores ha consistido en simular una línea de ataque al margen del estero y ordenar a todas las cornetas tocar a la carga: el enemigo lo espera por ese lado y, mientras tanto, los hombres de Flores vadean el estero. La estratagema de García Moreno es de otro orden: ha prometido al jefe de la fuerza que defiende el estero darle tres mil pesos y ascenderle a general, si hace la vista gorda. El jefe es aquel coronel Pedro Pablo Echeverría que en Guayaquil encabezó la lista de los militares que protestaron por la flagelación de Ayarza. Echeverría cierra los ojos y el llamado "Ejército Libertador" pasa el estero. A las cinco de la tarde ya está terminada la operación. A las once algunas guerrillas los atacan, pero son arrolladas.

Al otro día, 24 de septiembre, es el ataque general a Guayaquil. Cae la fortaleza del cerro. Las fuerzas de Franco luchan con valor, en las calles mismas de la ciudad. Al anochecer todo ha concluído. Franco ha fugado, embarcándose hacia el Perú. Flores y García Moreno entran en Guayaquil, que los recibe con júbilo. Allí se enteran de que Franco ha hecho firmar a civiles y militares una petición al gobierno del Perú a fin de que incorpore a ese país la provincia de Guayas. García Moreno decreta que Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona de Quito, lo sea también del Ejército.

He aquí, ahora, frente a García Moreno, que está en su despacho, al que intervino entre el Director Supremo de la Guerra y el coronel Echeverría. Viene a cobrar los tres mil pesos que se le ofrecieron al coronel por su traición. García Moreno se sienta y firma una orden para que el Tesoro pague esos dineros. Entonces el otro pregunta por el ascenso. García Moreno le contesta: "¡Nunca! Bastante tiene Echeverría con los tres mil pesos". Y agrega esta calderoniana sentencia: "La traición se paga, pero no se premia".

* * *

Pocos días antes de la caída de Guayaquil, reaparece Juan Montalvo. Está enfermo, reumático, en el lugar llamado Bodeguita de Yaguachi. Desde allí le escribe a García Moreno.

¿Qué ha hecho en años pasados el chicuelo que vino a estudiar a Quito en 1845? Cursó Filosofía y luego, en la Universidad y de mala gana, dos años de Jurisprudencia. Apro-

vechó la ley sobre libertad de estudios del año 52, para colgar los suyos. Su hermano Francisco, íntimo de Urvina, le hizo nombrar, cuando partieron los jesuítas, secretario del Convictorio de San Fernando. Era un bohemio. Frecuentó a los jóvenes literatos. Vagabundeó solitario por las afueras de Quito. A los veinte años, el 52, ya había mostrado su gran talento de escritor. Era liberal y romántico, con un romanticismo literario y democrático. Al año siguiente dejó el empleo y los estudios y desapareció de Quito. Colaboró en *La Democracia,* órgano oficial del despótico Urvina, que dirigía Francisco Montalvo. Un día del 57, en tiempos de Robles, su hermano se lo presentó a Urvina. El todopoderoso ex presidente, el jefe de los tauras, le hizo nombrar adjunto civil a la Legación ante los gobiernos del Brasil y de Italia. Urvina, el ministro plenipotenciario, ni se embarcó. Pero Montalvo ocupó su cargo, como secretario en Roma. El 58 le nombraron secretario en París. Volvió a viajar por Italia el 59, y, mediado el 60, llega al Ecuador con muletas. Tiene veintiocho años.

¿Qué dice su carta a García Moreno? Asegura haber mirado "los excesos de todos y los crímenes de muchos, con indignación". Considera una banda al partido que acaba de sucumbir. Pero ahora — dice — la patria necesita rehabilitación, y agrega, con magnífica insolencia: "Y usted, señor García Moreno, la necesita también". No le falta franqueza al que ya asoma sus garras de gran escritor y de sangriento libelista: "En su conducta pasada hay un rasgo atroz, que usted tiene que borrar a costa de su sangre". Se refiere a las cartas a Trinité. Para borrar su indigno paso, le propone llevar la guerra al Perú. "Si usted perece en ella, téngase por muy afortunado". Dícele que si triunfa, merecerá el perdón de los buenos ecuatorianos. Luego le habla de un temor que le quedaría: "Usted se ha manifestado excesivamente violento". Le aconseja: "Que el poder no le empeore, señor; llame usted a la razón en su socorro.". Le reprocha la persecución a su hermano. Anúnciale a García Moreno que si es hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendrá en él un enemigo, "y no vulgar, señor". Le reconoce "elementos de héroe y de... suavicemos la palabra, de tirano". Sin duda ha querido decir "de asesino". Reconócele "valor y audacia", pero no "virtudes políticas". Le pide dimitir "el poder absoluto que ahora tiene en sus manos", y agrega: "Si los pueblos, en pleno uso de su albedrío, quie-

ren confiarle su suerte, acéptela, y sea buen magistrado; si le rechazan, resígnese, y sea buen ciudadano".

Esta carta de Montalvo, un muchacho de veintiocho años, desconocido y sin situación alguna, es no sólo harto insolente y audaz, sino también ingenua. Pero revela en su autor la confianza en sí mismo, acaso la convicción de sus talentos literarios. ¿Cómo la recibe García Moreno? Según Andrade, dice, al leerla: "Este joven tiene probablemente alta idea de mi mansedumbre". Parece que ha agregado: "Se engaña". Pero nada ordena contra su autor.

* * *

García Moreno, apenas tomada Guayaquil, nombra gobernador del Guayas "al ilustrado y honrado patriota" Pedro Carbo, como dice en su comunicación al Gobierno. Carbo, recordémoslo, es liberal y masón; y no simpatiza con el Jefe Supremo. Este nombramiento demuestra dos cosas en García Moreno: su generosidad de espíritu y su liberalismo político. No es un fanático quien entrega la gobernación de la más importante y rica provincia de su país a un liberal militante. Lástima que después coloque en elevadas posiciones a sus hermanos. A José, lo nombra Jefe de Policía; a Miguel, administrador de la sales de Babahoyo; a Manuel, que es clérigo, Vicario capitular y gobernador del Obispado.

No cabe duda de que casi todo el Ecuador quiere y admira a García Moreno. Por el momento tiene poca oposición. Pero un decreto del 28 de setiembre va a aumentarla de golpe. Este decreto, fundándose en que durante el régimen de Franco y el de Robles los bienes nacionales "han sido escandalosamente dilapidados por contratos ilegales y onerosos", anula todos los contratos y concesiones hechos durante aquellos gobiernos, pero reconoce a los particulares el derecho de reclamar en juicio la indemnización que les corresponda por el dinero o efectos que hubiere utilizado la República. Establece que las exacciones de dinero, caballos, ganado o de otra cualquiera especie, lo mismo que los saqueos y actos de latrocinio, serán indemnizados "a costa de los que ordenaron, ejecutaron o permitieron los actos expresados". Los bienes de los responsables se embargarán y subastarán. No se precisa mucha imaginación para comprender que los empleados de las administraciones de Robles y de Franco, algunos jefes y oficiales del

ejército y numerosos particulares, se convierten fulminantemente en enemigos mortales de García Moreno.

Pocos días después, el 4 de octubre, va a producirse otro hecho que tendrá consecuencias adversas al Jefe Supremo. El pueblo de Guayaquil, presidido por Carbo, se adhiere por un Acta al Gobierno. Pero pide que se convoque pronto una Convención nacional para que el país entre cuanto antes en la legalidad, y pretende que se hagan las elecciones según el principio de representación por distritos. El Ecuador, a los efectos de las elecciones, está dividido en tres distritos — los de Quito, Azuay y Guayas — cada uno de los cuales elige diez diputados. Esto es antidemocrático, injusto y fomenta el espíritu regionalista, ya que el de Guayaquil abarca sólo dos provincias y el de Quito, que tiene doble población que aquél, seis. Los guayaquileños proceden por espíritu regionalista, que conspira contra la unidad del país.

Con este motivo, García Moreno le escribe a Pedro Carbo el 6 de octubre de 1860: "La igualdad de representación por distritos —le dice— es la igualdad de lo que es evidente y desmesuradamente desigual, como lo son la población y los territorios de ellos. Es la igualdad y el sometimiento del mayor número al menor". En su estilo exagerado y combativo, agrega: "Es la igualdad de la desigualdad de derechos, la consagración de antagonismos locales, la violación de la justicia, el germen de la discordia y la proclamación de la anarquía". Califica, en su enérgico lenguaje, de "estúpida y venal" la mayoría de las Cámaras que aprobó ciertos actos de los gobiernos anteriores, a los que llama "inmorales". Reduce a cifras las pretensiones de los guayaquileños, y de ellas resulta que una provincia con noventa mil habitantes nombraría dos diputados y otra con treinta mil, cuatro diputados. Como miembro del Gobierno, como ciudadano y como guayaquileño, sostiene que "la República debe considerarse una sola familia", que "el sufragio debe ser directo y universal" y que "el número de los representantes debe responder al número de los electores representados".

He ahí, pues, a García Moreno hablando como un demócrata, como un liberal. Alguien cree que sólo pretende disminuir la influencia de Guayaquil, nido de liberales. Pero recordemos que él siempre ha hablado así. Probablemente todavía

es demócrata y liberal en lo político, aunque no con el liberalismo que procede de la Revolución Francesa.

La indignación de algunos guayaquileños contra García Moreno, que, según ellos, traiciona al terruño, les lleva a conspirar. Un día de noviembre, apenas García Moreno ha partido hacia Quito, estalla una revuelta. Tratan los rebeldes de reemplazarle por Pedro Carbo y, al parecer, hasta de asesinarle. Pedro Carbo, ahora jefe del Partido Liberal que empieza a nacer, ha consentido en la revolución, pero ignora el intento de asesinato. La revuelta es sofocada. García Moreno seguirá gobernando. Pero una oposición formidable se levanta ya en su contra.

* * *

Días antes de estos sucesos, García Moreno le ha dirigido una nota al general Flores. Le comunica su reciente decreto por el cual, "cumpliendo con un deber de estricta justicia", le ha restituído los bienes y el cargo "que le fueron arrebatados en el furor de las discordias políticas". Pero el Gobierno, en nombre de la Patria, reconoce otro deber: el de la gratitud, por el desinterés y la nobleza con que Flores lo ha sostenido, olvidando sus quince años de proscripción, "rehusando las ventajas materiales que le ofrecían los enemigos del honor ecuatoriano". Agradece a la Providencia el haberle dado la honra de hacer brillar para Flores "el día de la justicia". Y termina el ex periodista de *El Vengador*: "Adversario ardiente y tenaz del gobierno que cayó en 1845, pero sincero hasta en mis errores, he conocido y apreciado el mérito de V. E. en medio de las crisis y de los peligros, y me he apresurado en expedir aquel decreto de reparación, más honroso todavía para quien la ordena, que para el que debe recibirla".

El mismo día, Flores le contesta. Le agradece, no tanto por las restituciones a que se refiere, cuanto por sus sentimientos "generosos y elevados" que prueban "la rectitud de su carácter y la integridad de su conducta". No deben juzgarse falsas ni exageradas estas palabras. Para Flores lo más importante es su rehabilitación moral, y nada puede complacerle tanto como el hecho de que la rehabilitación le sea concedida por quien fuera el más terrible y talentoso de sus enemigos, por el periodista de *El Vengador*.

A García Moreno ha de complacerle que Flores reconozca

su rectitud e integridad. Pero tal vez algo en la respuesta del general le halague más. Son las palabras con que Flores declara no deber aceptar los encomios sobre sus recientes servicios, sin reconocer "la parte principal" de García Moreno en la campaña, "por su actividad infatigable, por sus distinguidos talentos para concertar los planes, por su valor eminente para ejecutarlos y por las raras virtudes civiles y militares que colocan a V. E. en el escaso número de los hombres trascendentes". Sus raras virtudes militares... Lo dice una de las primeras espadas de América. Y termina con esta generosidad: "Así, la Patria debe a V. E. el triunfo de la causa nacional, y a mí el haber servido con decisión y patriotismo".

* * *

El Gobierno ha convocado a elecciones para convencionales. Uno por cada veinte mil habitantes. Realízanse en seguida y el 10 de enero de 1861 se reúne en Quito la asamblea presidida por Flores. Una semana atrás, García Moreno le ha escrito. Sin duda tiene noticia de que se quiere elegirle presidente provisional. Desde Guayaquil se adelanta a renunciar dicha presidencia para el caso de ser nombrado. Lo exige "la marcha regular y pacífica de la República". Dice que su permanencia es necesaria en Guayaquil para sostener el orden. Pero la Convención no toma en cuenta su pedido y, por unanimidad de votos, le elige presidente provisional de la República. Y él acepta.

Pero se queda en Guayaquil cerca de tres meses. Teme tal vez dos cosas: el levantamiento de los opositores y la agresión del Perú. Mientras tanto, en Quito, la Convención trabaja. A principios de marzo ya está muy avanzada la nueva Carta constitucional. Demórase la elección de presidente de la República. Es que quieren designarlo a García Moreno y él, que desaprueba el proyecto de Constitución, por juzgarlo excesivamente liberal, no acepta. Se lo escribe a Flores, el 2 de marzo: "La nueva Constitución, a pesar de los heroicos esfuerzos de usted, será siempre anárquica y funesta". ¡Nada menos que anárquica y funesta! No es hombre de paños tibios García Moreno...

Por fin, el 10 de marzo, la asamblea va a decidir. Hay treinta y ocho convencionales. Se vota, y el resultado es sorprendente. Uno de los más asombrados ha de ser Montalvo, que en su

carta consideraba impopular a García Moreno. Ha tenido treinta y siete votos García Moreno, y uno, uno solo, el liberal Pedro Carbo.

Ha quedado elegido presidente del Ecuador, por cuatro años, en ese 10 de marzo de 1861, el doctor Gabriel García Moreno. Por primera vez en América ocupará el poder un hombre que reúne en el más alto grado el talento y el saber, el valor y la audacia, la energía, la actividad y la pasión del progreso.

VII. — INICIACION PRESIDENCIAL

Gabriel García Moreno anda en los cuarenta años por los días en que asume la Presidencia. Sabemos ya algo de sus cualidades físicas y morales, pero no mucho de su persona. Ha llegado el momento de retratarle.

Es alto y delgado, elegante de figura y hasta esbelto. Bien formado, todos sus miembros, desde la cabeza hasta los pies, componen una noble y bella arquitectura humana. Cabeza de perfecta modelación. Frente alta, ancha, espaciosa y bastante perpendicular y con un abultado frontal, revelador de lo penetrante de su espíritu. Pelo negro, cuidadosamente peinado. Un mechón se encrespa sobre la oreja derecha, dándole aire de artista. Piel rosada, fina. Ojos negros, escrutadores, profundos, llenos de pensamientos y de preocupaciones, a veces relampaguean y a veces son serenos; y cuando ordenan, parece que miran con cierto enojo. Nariz casi enteramente recta, bien modelada y de tamaño más bien grande que pequeña. Boca ancha, cuyo labio superior se crispa en ocasiones, por desdén o imperiosidad. Bigote negro, poblado, grueso y de puntas cortas y caídas. Mandíbula algo avanzada, de dominador, y bastante puntiaguda. Perfil aquilino. Rostro descarnado, de líneas angulares, duro, de rasgos apretados, de músculos tensos. Su fisonomía es la de un hombre superior y austero, la de un aristócrata y gran señor. Atrae y fascina.

Su porte es resuelto, garboso, sin dureza. Camina siempre de prisa, extraña rareza entre los calmosos ecuatorianos y que revela su tremenda actividad, su dinamismo sin reposo. Hasta hay algo de marcial en su continente. Viste con elegancia. Uno de sus retratos le muestra con un cuello alto y muy abierto y una ancha corbata corta de grueso nudo, todo lo cual aumenta su aire de artista y de prócer. Gusta de cruzar los brazos, lo que acrecienta su distinción y hace destacar la belleza de sus manos señoriles,

de finos y largos dedos. Sus ademanes son precisos, enérgicos. Acciona con sobriedad. Su palabra es cortante, viva, exacta, y también enérgica. La precisión y claridad de su pensamiento y de sus resoluciones, tiene algo de las fórmulas del álgebra. Lástima su voz: demasiado fina, un tanto destemplada, sin suavidad ni matices. Y lástima también su hábito de hablar con harta rapidez.

Hombre fuerte y sano, a pesar de diversas enfermedades que ha tenido. Extraordinaria resistencia física. Parece organizado para vivir muchos años. Su fuerza acaso más resida en sus nervios, en su voluntad, que en sus músculos. Frugalísimo. No fuma ni bebe, pero toma rapé.

Conocemos algunas de sus características morales e intelectuales; recordémoslas aquí, junto con otras que aun no hemos tenido ocasión de valorar: la voluntad poderosa, sobrehumana, que le lleva a vencer a la naturaleza y a los hombres y que le hará vencerse a sí mismo hasta acercarse a la santidad y a transformar de arriba abajo al Ecuador; la inteligencia penetrante, agudísima, de excepcional rapidez de comprensión; la vehemencia y la combatividad; la pasión por todas las formas del saber; el gusto de la aventura y del peligro; el hondo espíritu religioso; el valor, que le hará decir al norteamericano F. Haussarek, quien suele juzgarle como a enemigo, que "era indudablemente el hombre más valiente del Ecuador y probablemente de Hispano América", y que estaba "siempre pronto para sacrificar su vida"; la tendencia despótica, que no le permite pedir consejo, ni abandonar la más mínima parte de su poder y que le conducirá a dominar al clero y a la Iglesia, a los que, sin embargo, desea libres; el temple de hierro —acaso el alma del soldado—, que le veda toda misericordia y le conserva implacable contra los delincuentes y los grandes fautores de anarquía; la honradez, que lo convierte en un gran administrador de los dineros públicos y le impide aumentar su patrimonio mientras permanece en el poder; el dinamismo insaciable, eléctrico, que no le permite estar quieto ni medio día, ni postergar sus resoluciones ni dilatarlas en su ejecución; la personalidad, que le hace dar un sello propio a todas sus obras; la capacidad de trabajo, sin igual en América, y mediante la cual ha hecho él más obra que, reunidos, todos los presidentes del Ecuador que le precedieron; la memoria asombrosa, y como no la hubo ni la hay en el Ecuador; el don de atraer a los hombres, de convencerlos y de dominarlos, logrando

entre sus amigos la absoluta sumisión; y el arte de la palabra, que le encumbra sobre sus contemporáneos como el primer orador de su tiempo y como un admirable conversador, rapidísimo en las réplicas y, según las circunstancias, mordaz, sentencioso y finamente espiritual.

Anécdotas diversas, unas más ciertas que otras, demuestran la verdad de esas cualidades y cómo todo el mundo las cree en el Ecuador. He aquí una, sobre su coraje. García Moreno sabe que se conspira y que sus enemigos se reúnen en cierta peluquería, con la complicidad del barbero. Allí va a hacerse afeitar, sin que al barbero, que antes hablara de asesinarlo, y que acaba de ser dominado por el valor de su cliente, se le ocurra realizar su criminal propósito. He aquí otra, sobre su ingeniosidad para escapársele a sus enemigos. Lo persiguen por las montañas, y en cierta ocasión se salva pasando por en medio de sus perseguidores, a todo lo que da su caballo y gritando: "¡toro, toro!", mientras ellos le abren camino atemorizados y sin reconocerle. Sobre su resistencia física referirá uno de sus edecanes durante su segunda presidencia, el más tarde coronel Timoleón Flores, hijo del general Juan José, que, después de uno de sus viajes atroces en que se recorre en menos de tres días la distancia de Guayaquil a Quito, a razón de ciento veinte kilómetros por día, y casi sin dormir ni comer, porque García Moreno quiere llegar con urgencia de huracán, sus acompañantes quedan a su término rendidos de fatiga, mientras él está ágil y descansado, como si viniese de dar sólo un paseo. Y asegúrase que alguna vez, en esos viajes fulminantes, no se alimenta sino con un buen trozo de pan, el que, por no perder un minuto, va comiendo al galope de su caballo.

Sería erróneo pretender hacer la psicología de este hombre tan complejo, de este hombre de tan rica naturaleza, tomando en conjunto su persona y su vida. García Moreno va a cambiar totalmente, en los aspectos defectuosos de su carácter, como sólo cambian los santos. El orgulloso se hará humilde; el vengativo, misericordioso; el despótico, tolerante. No digamos más. Ya llegará el momento de mostrar su alma en plena transformación y en el completo vencimiento a que aspira. La psicología de un hombre de esta especie, en el cual la voluntad de perfección llega a matar al ser antiguo y a dar vida a uno nuevo, ha de estudiarse, si no paso a paso, por lo menos en los momentos esenciales en los que una jornada empieza o termina.

Pero debe decirse, si se quiere sintetizar la personalidad de García Moreno — y aunque parezca cosa ya dicha —, que, no obstante sus graves defectos de juventud y madurez y con sus violentas pasiones, acaso no ha producido la América un hombre de su recia envergadura, de su elevación espiritual, de sus talentos preclaros y múltiples, de su grandeza moral, de su dinamismo fabuloso, de sus tremendas pasiones. Un escritor ecuatoriano que reconoce sus defectos dice, al hablar de su grandeza, que lo único pequeño en él "fué el escenario a que le trajo la Providencia para el desenvolvimiento de sus magnas acciones".

* * *

El 2 de abril de 1861 toma posesión del mando. El acto del juramento se realiza en la Catedral de Quito. Allí, en el magnífico templo colonial, uno de los más bellos de América, está reunida la Convención. Su presidente, el general Flores, pronuncia, después del juramento, un discurso. García Moreno le contesta con breves palabras en las que expone sus proyectos.

Declárase conmovido, "casi desalentado", como si se hubiera hecho "culpable de un acto de ciega temeridad". Tratará de "restablecer el imperio de la moral, sin la cual el orden no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera", y para ello se servirá de dos medios: la represión enérgica del crimen y la educación sólidamente religiosa de las nuevas generaciones. Protegerá a la Religión, sin cuya influencia no es posible la reforma moral. Fomentará la industria, el comercio y la agricultura, hasta ahora atrasados "por falta de conocimientos y de vías de comunicación". Se esforzará porque las conquistas pacíficas del trabajo y de la riqueza substituyan "a las peligrosas y absurdas teorías que en la juventud seducen la buena fe y extravían el patriotismo". Arreglará la hacienda pública, "sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito nacional". Y cuidará del ejército y de las buenas relaciones internacionales. Todo ésto lo promete, y todo ésto, salvo lo último, como se verá a su tiempo, lo cumple. Quienes le oyen saben que sus promesas no son vanas. Nadie duda de su palabra, que es sincera hasta el heroísmo, ni de su capacidad, única en todo el Ecuador, para cumplir aquellas grandes promesas.

Ese mismo día nombra a sus ministros. Para el Interior y Relaciones Exteriores, a Rafael Carvajal, su colega en el Triun-

virato; para Hacienda, a Carlos Aguirre y para Guerra y Marina, al coronel Daniel Salvador, que ha tenido parte principal en la campaña contra Franco.

Y realiza un bello acto de sencillez democrática y de caridad cristiana. Acaece que, en casos análogos, el nuevo Presidente debe dar un banquete a los ministros, diplomáticos y altos funcionarios. El se niega a esa inútil y costosa vanidad. "No tengo para gastar en esos lujos", contesta a quienes le recuerdan la tradicional costumbre. Su mujer, que tiene fortuna, dícele que los gastos corren por su cuenta, y le entrega quinientos pesos. García Moreno los toma y se va con ellos al Hospital. Allí da algunas limosnas entre los enfermos y ordena que se les prepare una buena comida. Al volver, Rosa le pregunta si alcanzarán para el banquete los quinientos pesos. El le contesta, riendo: "He pensado que una espléndida comida les vendría mejor a los enfermos que a los diplomáticos". Y le refiere lo que ha hecho.

No hay documentos que prueben la verdad de esta anécdota. Se la conoce por tradición oral. Tal vez no sea absolutamente exacta. Pero si algún hombre hay en el mundo capaz de ser el protagonista de semejante acción, ese hombre es Gabriel García Moreno. La importancia de la anécdota reside en que muestra cómo a este Presidente le preocupan los humildes. Y cómo es ya, acaso desde hace varios años, un auténtico cristiano.

* * *

Mientras tanto, la Convención ha continuado sus sesiones. Ha habido discusiones interesantes, algunas veces ásperas, al discutirse la nueva Constitución. No han faltado diputados liberales, como que más de uno ha pretendido la supresión del artículo que declara exclusiva la religión Católica. Y sin embargo, estos diputados liberales votaron también por García Moreno para Presidente de la República, ya que tuvo todos los votos, menos uno.

La Constitución, terminada en los días en que asume el poder García Moreno y promulgada por el nuevo Gobierno, ¿es tan liberal como alguien ha dicho? En sentido religioso, no, pues, aunque el juramento presidencial se hará bajo palabra de honor y no por Dios o los Evangelios, no sólo establece que la religión católica es exclusiva, vale decir, que no se permite otro culto, ni aun en privado, sino que, al consentir que la Constitución pueda ser reformada, prohibe expresamente cualquier cambio en el artículo sobre la religión.

¿En sentido político? Algunas disposiciones son indudablemente liberales, pero no otras. Son liberales aquellas que disminuyen el poder del Ejecutivo: el mantenimiento del Consejo de Gobierno, que, al revés de lo que pudiera creerse, no es el Ministerio, sino un cuerpo especialísimo al que se le concede ingerencia en las atribuciones del Presidente; la reglamentación restrictiva de la pena de confinamiento, de la facultad de contraer empréstitos, de arrestar a los sospechosos de conspirar; la abolición de las confiscaciones y de la pena de muerte por delitos políticos; la libertad de imprenta frente a las autoridades, y la reducción al mínimo de las facultades extraordinarias en momentos de convulsiones y el colocarlas bajo la discreción del Consejo de Gobierno. Da también carácter liberal a esta nueva Constitución el establecimiento del sufragio universal y proporcional: podrán votar los mayores de veintiún años, aunque no posean renta ni propiedad alguna, como se ha estatuído en otras constituciones, y con la sola exigencia de saber leer y escribir. Pero hay en la nueva Constitución disposiciones antiliberales: la restricción de la libertad de imprenta, en cuanto a la Religión, la decencia y la moral; la exigencia de saber leer y escribir para poder votar, y algunas otras.

Para los historiadores ecuatorianos lo más liberal de esta Constitución está en el "régimen municipal" que establece. He aquí lo que los convencionales han llamado régimen municipal: cada cantón elige por sufragio directo y secreto su jefe político y cada parroquia su teniente; cada provincia tiene una Junta, —un congreso o consejo minúsculo, que es presidido por el gobernador—, y cada cantón y cada parroquia un consejo. A estas juntas y consejos, la Constitución las llama "municipalidades provinciales, cantonales y parroquiales", y a ellas les corresponde lo concerniente a la policía, educación, mejoras materiales y manejo e inversión de las rentas". Al gobernador lo nombra el presidente de la República, no directamente, sino eligiéndolo de una terna que le propone la Junta Provincial y después de haber dictaminado el Consejo de Gobierno. Este afán sufragista, congresista y deliberativo —agravado aún por la ley reglamentaria del 11 de junio, que establece ternas hasta para los nombramientos de los directores de los colegios particulares—, nos recuerda la Constitución chilena de 1826, en que hasta los curas párrocos eran elegidos por medio del sufragio libre; la uruguaya de 1927, que estableció el ejecutivo "colegiado" y cá-

maras y consejos en cada departamento; y el sistema soviético, o de comités o consejos a granel. Ya puede adivinarse, por esos días de 1861, lo que será en la práctica el nuevo régimen. No hay ciudadanos con un mínimo de competencia para tantos cargos: más tarde, por este motivo, la provincia de Pichincha suprimirá los consejos parroquiales.

García Moreno detesta la nueva Constitución. No cesará de lamentarse de la insuficiencia de sus poderes y hasta se declarará arrepentido, más adelante, de haber aceptado el gobierno en semejantes condiciones. Sus partidarios llamarán "demagógica" a la Constitución. El Presidente, en uno de sus futuros mensajes, la considerará como culpable de haber establecido la "anarquía organizada". Es de imaginarse la situación molesta en que va a encontrarse a cada paso García Moreno, el hombre de poder, de temperamento autoritario, que no admite que se le contradiga y que ni busca ni quiere consejeros, teniendo que gobernar entre multitudes de consejos y juntas. Un potro indómito en un pequeño corral... Acaso los convencionales han establecido tantas limitaciones al Presidente y al Gobierno porque le temen, porque desconfían del temperamento despótico de García Moreno. Le han elegido porque salvó al país, porque el pueblo quiere ser gobernado por él y porque, en los actuales momentos, no hay otro hombre capaz de gobernar. Pero le cercenan sus atribuciones. Lo han elegido, pero quieren que gobierne lo menos posible.

No debe creerse, sin embargo, que ésto de limitar los poderes del Presidente sea novedad en el Ecuador. Por el contrario, siempre sucedió lo mismo. Es un viejo temor a la dictadura que viene desde los tiempos del Libertador. Flores debió imponer una Constitución a su gusto para poder seguir gobernando. Rocafuerte, aunque dispuso de mayores poderes que García Moreno para reprimir la anarquía, se quejaba sin cesar de la insuficiencia de las leyes y empleaba las mismas palabras que emplea García Moreno. Por eso pronunció frases como ésta, que ya conocemos: "En este país de insensatos es preciso gobernar a latigazos". García Moreno, al verse en la dificultad de realizar sus grandes proyectos, dirá más tarde: "Hay que hacer el bien a palos". Para terminar con las incesantes conspiraciones no queda otro remedio que el gobierno fuerte.

¿Exagera García Moreno al hablar de "insuficiencia" de las leyes? De ninguna manera. En caso de ser descubierta una conspiración, aunque esté a punto de estallar y por criminales que

sean sus designios, el Gobierno, por prohibírselo la Constitución, no puede arrestar a los conspiradores. No existe, como en Inglaterra, la suspensión del *habeas corpus.* No existe, asombrémonos, ni siquiera el estado de sitio, como en la Constitución Argentina. El Gobierno, desarmado por la ley frente al enemigo, sólo puede cruzarse de brazos y esperar. Si el movimiento se produce y fracasa, podrá acusar a los culpables por tentativa de rebelión. Es el consuelo que le dejan las leyes...

* * *

La primera preocupación de García Moreno al asumir el poder es la instrucción pública. No podía ser de otra manera tratándose de quien, ante todo, es hombre de libro, de quien tiene tan honda pasión por la cultura.

Desde antes de su elección se ha ocupado de éso. Unos días después de haber entrado en Guayaquil, firmó un decreto, junto con los otros triunviros, por el cual se declaraba que las órdenes religiosas podían establecerse en el país sin necesidad de pedir autorización a la Legislatura. Este decreto se dictó principalmente para que volvieran los jesuítas. El secretario general del Gobierno, Roberto de Ascásubi, en el informe a la Convención, dijo, hablando de los jesuítas, que se esperaba grandes progresos en la instrucción pública "bajo la dirección de esta sociedad tan ilustre como laboriosa".

Ahora, ya Presidente, y de acuerdo con una ley de la Convención, García Moreno declara abolida la "libertad de estudios" establecida en tiempos de Urvina y que consistía en permitir a los estudiantes el no asistir a las aulas. Por este mismo decreto, reconoce a los particulares la libertad de enseñar. La Convención —hecho singular tratándose de una asamblea constituyente— crea algunas escuelas y una Academia Nacional Científica y Literaria. Corresponde al Consejo de Gobierno el nombrar a los académicos, y el primero de los nombrados es García Moreno. El Presidente, por medio del ministro del ramo presenta a la Convención su gran proyecto de ley orgánica de la instrucción pública; pero la asamblea no lo toma en cuenta y encarga otro a la Academia. Esto demuestra que, por el momento, el Presidente no trata de imponer su voluntad y que no existe servilismo alguno.

Pero el realizar una gran obra en la enseñanza es harto difícil, si no imposible. El erario está en la indigencia y no hay

suficientes maestros y profesores. Sólo cabe una solución: llamar a los institutos religiosos extranjeros que se dedican a la enseñanza. Los religiosos no cobran sueldos de los gobiernos, sino pequeñas subvenciones; son especialistas, con la experiencia acrecentada en muchos años; se renuevan incesantemente; y a sus excepcionales méritos en la docencia agregan el de la enseñanza religiosa y moral. No habiendo maestros en el Ecuador, es preciso traerlos del extranjero; pero, ¿quién va a querer ser maestro primario por veinticinco o treinta sucres y profesor universitario por cuarenta u ochenta, que es lo que puede pagar el gobierno ecuatoriano? Sin vacilar un instante y con la urgencia y la rapidez en él características, García Moreno llama a los Hermanos de la Doctrina Cristiana, o de Lasalle, para la enseñanza primaria de los niños varones; a las Hermanas de los Sagrados Corazones, para la enseñanza de las niñas; y a los jesuítas, para encargarles de la enseñanza secundaria y universitaria.

Apenas asume el mando, resuelve enviar a Roma, como ministro, a Ignacio Ordóñez, canónigo de Cuenca, que más tarde será arzobispo de Quito. Le encarga contratar la venida de los Hermanos de Lasalle y de las Hermanas de los Sagrados Corazones. Le anuncia todo esto al ministro en París, Antonio Flores, hijo del general. En una carta a Flores le dice que él ha entregado a Ordóñez cuatro mil pesos de su peculio para los gastos necesarios, y que Ordóñez no cobra por su comisión y que ha cedido su sueldo para las Hermanas que se establezcan en Cuenca. El 27 de marzo de 1862, el ministro Flores firma el convenio con el Superior de los Hermanos. Por todo estipendio, los Hermanos del colegio que se funde en Guayaquil recibirán, en conjunto y por año, doscientos pesos; y ciento cuarenta los de los otros colegios. Un historiador de 1940 dice: "Ganaban, pues, anualmente, una cantidad inferior a la mitad del sueldo mensual del ingeniero francés Sebastián Wisse".

Mas, con ser tan excelente para el Ecuador, este convenio casi fracasa. ¿Qué ocurre? Que el Gobierno ecuatoriano está en la miseria y no tiene los dinerillos que se necesitan para costear el aprendizaje del español de los diez Hermanos que vendrían. Entonces, el canónigo Ordóñez y su hermano Carlos, grandes amigos de García Moreno, deciden contribuir personalmente a pagar aquellos gastos. Resultado del ejemplo que a todos da García Moreno.

He aquí ahora el contrato con las Hermanas. Se firma en

París el 4 de noviembre. A los siete meses de haberse recibido del mando García Moreno. Las Hermanas saben nuestro idioma: casi todas pasarán de Chile al Ecuador, menos cuatro que vendrán de Francia. Pero el Gobierno carece de fondos para los gastos del viaje. Y García Moreno repite su generosidad, entregándoles dos mil pesos de sus sueldos. Las Hermanas deberán enseñar gratuitamente a las niñas pobres, y el Gobierno, para estimular a los padres de familia a que eduquen a sus hijas, contribuirá con cierto número de becas.

La venida de los jesuítas presenta dificultades, a estar a la carta que en junio del 61 le escribe a García Moreno el Superior de la Orden. Pero el gobierno de Nueva Granada resuelve estas dificultades expulsando nuevamente a los padres. Desde marzo del 62 empiezan a entrar en el Ecuador, y el 9 de setiembre inauguran el colegio de Quito, dedicado a la enseñanza secundaria. Y el año siguiente el Gobierno firmará un contrato con el Superior.

¡Trascendental suceso el de la llegada de los jesuítas para García Moreno! Quizá ningún otro le ha hecho más feliz en su vida. Es un triunfo suyo, personal. "¡Dentro de diez años cantaremos el tedéum en Quito!", exclamó en 1852, hace justamente diez años, el día de la expulsión de los padres. Y no es sólo un triunfo del hombre, del profeta cuyo vaticinio se ha cumplido. Lo es también del cristiano, que espera de los hijos de Loyola grandes bienes morales para el país; y del gobernante, que así podrá realizar sus sueños de difundir la enseñanza superior. Es de imaginar el fervor con que él agradece a Dios el beneficio que le ha hecho. En adelante, habrá una estrecha unión entre esos sacerdotes y García Moreno. Sin él, ellos jamás hubieran vuelto al Ecuador; y sin los jesuítas, jamás García Moreno hubiera realizado la parte espiritual y religiosa de su obra. El tiene muchas afinidades con los padres y se siente muy cerca de ellos. Tal vez se siente como uno de ellos. Los jesuítas han de mirarle como al mejor de sus amigos, tal vez como a uno de los suyos. Y algunos años más tarde, cuando haya logrado vencer su orgullo y su carácter violento y ser un verdadero hombre de Cristo, García Moreno habrá marcado su vida y su alma con la intransigencia, la austeridad y el heroísmo del jesuíta.

En poco más de un año, García Moreno, a pesar de la enorme distancia que separa a su país de Europa, y de la falta de dinero, ha resuelto, en buena parte, el árduo problema de la

educación pública. No lo ha resuelto enteramente: las escuelas y los colegios sólo han podido ser establecidos en Cuenca, Guayaquil, Quito y Ríobamba. Ni el Gobierno tiene dinero para más, ni personal suficiente los Institutos; y algunos de los colegios tardan algo en establecerse, y más de uno, por razones ajenas al Presidente, queda sin fundarse. Así, los Hermanos de la Doctrina Cristiana no llegarán al Ecuador hasta fines de febrero del 63; y sólo podrán instalar por entonces los colegios de Quito y de Cuenca, pues el de Guayaquil, por enfermedad de los Hermanos y otras causas, no se fundará hasta 1870. Las Hermanas llegan pronto, a mediados del 62, pero no establecen sino dos colegios: en Quito y en Cuenca. De los jesuítas ya sabemos que organizan pronto, en setiembre del 62, el colegio de Quito; pero el de Guayaquil no comenzará a funcionar hasta abril del 63, y el de Ríobamba hasta el 64.

De cualquier modo, la obra de García Moreno para educar a su pueblo, en ese tiempo y con tanta escasez de medios, constituye una obra admirable. Casi pudiera decirse que constituye una revolución. Es de imaginar el efecto que produce la creación casi simultánea de ocho grandes institutos de enseñanza. El ha soñado para cada provincia un colegio de segunda enseñanza y varios de enseñanza primaria. No será posible durante mucho tiempo realizar este sueño.

Sus enemigos, los liberales, lo acusan, o lo acusarán, de entregar el país a los frailes, de clericalismo y reaccionarismo. Existen liberales que entre la ignorancia absoluta y la cultura enseñada por religiosos, prefieren la ignorancia absoluta. Parece indudable que García Moreno procedió más por pasión de cultura que por razones religiosas. Sus numerosas cartas muestran más al educador que al creyente. Pero no cabe duda de que al llamar a los religiosos él ha pensado también en que ellos moralizarán al Ecuador, no sólo por los principios éticos que lleva anexa su enseñanza, sino también, y principalmente, por la difusión del catolicismo. García Moreno quiere que su pueblo sea moral, y cree que ningún camino mejor para lograrlo que el conocimiento y la práctica de la religión.

* * *

Durante el primer año de su gobierno, García Moreno permanece relativamente poco tiempo en Quito. Ha asumido el mando el 2 de abril y el 17 ya está en marcha hacia la capital

del Guayas. Se queda allí un mes, y el 16 de mayo está en Quito. Vuelve a partir en agosto hacia Guayaquil, en donde pasa los últimos meses del año, hasta el 27 de diciembre. De los ocho primeros meses de gobierno del año 61, García Moreno ha vivido cuatro en Guayaquil.

¿Cuál es el motivo? Las amenazas del Perú. El Presidente Castilla, a raíz de la caída de Guayaquil en poder del ejército nacional, se retiró con toda su escuadra y sus tropas, sin bombardear a Guayaquil, a pesar de su buena escuadra, — contra la que el Ecuador no puede oponer sino un solo barco —, ni desembarcar tropas, a pesar de ser su ejército, bien organizado y armado, más fuerte y numeroso que el de Flores y García Moreno. ¿Ha procedido Castilla por humanidad o por sentimiento americano? ¿O ha temido al prestigio militar y popular de Flores y a la enorme fuerza moral que puede poner en su contra García Moreno? Lo ignoramos. Pero no ignoramos que, pocos meses después de haberse retirado, ya en pleno gobierno de García Moreno, vuelve con sus exigencias ante el Ecuador.

Lo que pretende es un absurdo: que las autoridades ecuatorianas cumplan el tratado de Mapasingue que él celebró con el general Franco, autoridad local, pues sólo era Jefe Supremo del Guayas. Según ese tratado, vastas comarcas del oriente ecuatoriano pasarían al poder del Perú. Castilla se ha dirigido al gobierno de Quito, en agosto del 61. García Moreno le contesta primero; y luego, el ministro de Relaciones Exteriores. Castilla, irritado, se acerca a Urvina, a quien detestaba, y a Franco, que viven en el Perú, y resuelve llevar otra vez la guerra contra el Ecuador. Atacan en los diarios a García Moreno por sus cartas a Trinité. Llegan a decir que el americanismo no permite tolerar "el yugo de un traidor". García Moreno —lo que es raro en él— se conduce con prudencia; y al mismo tiempo con energía. Interviene en Lima el cuerpo diplomático. Y pasa el mayor peligro de guerra. Poco más tarde todo quedará tranquilo, al dejar el gobierno Castilla y ser reemplazado por el mariscal San Román.

Las largas estadas de García Moreno en Guayaquil tienen por objeto organizar la defensa de la ciudad. Ordena una leva general, que reúne a diez mil hombres, a los que arma rápidamente. Se compran armas y fabrican municiones en gran escala. Con estos gastos necesarios, el Estado queda a dos pasos de la ruina; pero se ha contribuído con ellos a salvar al país. El Gobierno, para salvarse él ahora, pide un empréstito por quinientos mil pesos.

Pero no se limita García Moreno a organizar la defensa de Guayaquil. Trata, por todos los medios posibles, de tomar posesión de las tierras que codicia el Perú y que están abandonadas. Poco a poco fundará escuelas en esas regiones, abrirá caminos, establecerá oficinas y restablecerá las misiones que tuvieron allí los jesuítas.

* * *

Una de las grandes preocupaciones de García Moreno es el ejército. Durante la guerra de la Independencia, los jefes y los oficiales se hacían en los combates. El valor era casi el único motivo de ascenso. De ahí que hubiese varios generales negros, hombres sin cultura ninguna, como muchos que sólo eran mulatos o que no tenían sangre africana.

Hasta entonces no ha habido en los ejércitos disciplina ninguna. ¿Cómo asombrarse de las numerosas revoluciones militares y motines hechos por el ejército? De ese ejército, que careció siempre de todo sentido del orden, salieron los revolucionarios profesionales como Urvina, Otamendi y Maldonado. Al revés de la Argentina, donde los caudillos eran hombres de campo, jefes de gauchos, que se convertían de golpe en generales, en el Ecuador los caudillos fueron militares de oficio, sin arrastre popular. Por esto, las revoluciones ecuatorianas, salvo una que otra, han sido cuartelazos, pronunciamientos de jefes díscolos o ambiciosos.

García Moreno, hombre de orden y disciplina, detesta a este ejército. Una vez llega a decir: "Un ejército así constituído es un cáncer que devora a la nación; o le he de reformar o he de destruirlo". Y otra: "O mi cabeza ha de ser clavada en un poste, o el ejército ha de entrar en el orden". El no es antimilitarista, pero es un hombre civil. "Quiero que el frac negro mande a la casaca roja", dice. En los pueblos frecuentemente gobernados por militares, y sobre todo por militares despóticos como Urvina y Franco, las palabras "civil" y "civilismo" significan una definición. El triunfo de García Moreno, a pesar de que el Triunvirato surgió de un movimiento revolucionario, representa la victoria del civilismo. Y él es civilista, no sólo por temperamento y educación y por la clase de su cultura, sino también, como puede deducirse de sus palabras sobre el ejército, por doctrina. El quiere que el ejército no tenga otra misión que la de defender al país y al Gobierno, y no tolera que la espada pretenda gobernar.

¿Cómo realiza García Moreno la reforma? Apenas en el

poder, adopta las nuevas ordenanzas del ejército español; crea una Escuela de Artillería, que es inaugurada en 1862; organiza la jerarquía militar administrativa y la Guardia Nacional; y con calma y sin ruido, aparta del ejército a los jefes indóciles, sobre todo a los sospechosos de urvinismo, para lo cual —anotemos el significado democrático de esta transformación— suprime algunos batallones y reemplaza muchos militares profesionales ya viejos por jefes de la Guardia Nacional.

Pero García Moreno tropieza con dificultades en sus propósitos organizadores. Tiene que luchar contra la inercia de los Municipios, de los Consejos y de las Juntas. He ahí otro de los males que ha traído la Constitución. Y hay otro todavía más grave: la supresión de los Consejos verbales cuando el ejército está en campaña, lo que favorece las deserciones. Ya se verá pronto el resultado de este error constitucional.

* * *

Desde los primeros días de su gobierno, García Moreno realiza gestiones para un concordato con la Santa Sede. No lo ha habido nunca en el Ecuador. En las relaciones entre el Estado y la Iglesia sólo rige la ley del Patronato. Allí, como en toda la América, los gobiernos han creído haber heredado de los reyes de España el derecho de patronato. El Vaticano ha objetado, y con razón, que el patronato era un privilegio personal concedido por el Papa a los monarcas españoles; de modo que mal podía pasar como herencia a los gobiernos de América. Por este motivo, la Santa Sede jamás ha querido reconocerlo. La única forma de terminar con el desacuerdo entre los poderes civil y religioso, de reglar sus relaciones, es firmar un concordato.

Digamos la verdad: la Iglesia en el Ecuador no ha sido nunca esclava. Aparte del episodio de la expulsión de los jesuítas, ni el clero secular, ni los frailes, fueron perseguidos en ningún momento. Clérigos y frailes han sido diputados, senadores, convencionales y miembros del Consejo. Los gobernantes — presidentes, ministros, legisladores, magistrados — eran, salvo raras excepciones, católicos practicantes. El mismo Urvina, a pesar de sus relaciones con los "rojos" de Nueva Granada, no oprimió al clero. Eso sí, eran todos regalistas, vale decir, partidarios del Patronato. Creían que dentro del Estado no debía existir otro poder que el del Estado. Pero ejercieron con rara

moderación, con tolerancia y amplitud de espíritu, el derecho que se atribuían. La doctrina, legalmente, será mala a juicio de la Iglesia; pero no en la realidad. La Iglesia, por otra parte, sin renunciar a sus incuestionables derechos, ha tenido que transigir, en todas las Repúblicas de América, por la fuerza de las cosas, con el "hecho" del Patronato. No obstante aquella tolerancia, García Moreno y sus partidarios, lo mismo que algunos historiadores que le son parciales, presentan a la Iglesia en el Ecuador como encadenada y aun como mártir.

García Moreno inicia durante los días de la Convención sus gestiones para un concordato. Hace aprobar una ley por la cual se crea una Legación en Roma con el fin de celebrarlo, y sin que puedan "servir de obstáculo las leyes vigentes sobre la materia", hábiles palabras en que estaba implícita la renuncia al Patronato. Piérdense unos meses porque en el Ecuador se espera la venida de un distinguido sacerdote como delegado de Roma; pero no viene. Entonces, García Moreno designa como rerepresentante del Ecuador ante la Santa Sede al canónigo Ignacio Ordóñez, que está en Europa, según sabemos.

¿Qué desea el Presidente estipular con Roma? Lo dicen las instrucciones a su ministro: remediar los males que aquejan a la Iglesia y evitarlos en lo futuro; que la Iglesia "goce de toda la libertad e independencia que necesita para cumplir su misión divina y que el poder civil sea el defensor de esa independencia y el garante de esa libertad"; que se establezca en el concordato la prohibición de permitir cultos disidentes y sociedades condenadas por la Iglesia; que se suprima el "pase" para las bulas, breves y rescriptos pontificios; que tengan los obispos la "facultad de requerir, y el Gobierno la obligación de mandar, que no se permitan en las escuelas, colegios, facultades y universidades, libros y doctrinas condenados por la Iglesia"; que no existan los "recursos de fuerza", mediante los cuales la jurisdicción eclesiástica queda sometida a la civil; que los jueces civiles tengan jurisdicción solo "preventiva" en los casos de delitos comunes perpetrados por sacerdotes; que la Santa Sede nombre libremente a los obispos, y los obispos a los funcionarios de las curias, "dejando únicamente al Gobierno el derecho de oponerse, dentro de un breve término, a la elevación de un eclesiástico indigno o perturbador"; y que se reforme el clero regular, cerrándose los noviciados en los conventos en donde no se haga vida en común, encargándose de sus bienes la autoridad diocesana

y quitándose la facultad de elegir sus directores mientras la existencia de comunidad no se observe.

He ahí en Roma al canónigo Ordóñez, representante diplomático del Ecuador, discutiendo con el Papa la redacción del Concordato. Por fin, quedan ambos de acuerdo y el 1º de mayo de 1862 lo firman Ordóñez y el cardenal Antonelli. Pero García Moreno, al leer el texto, no queda contento. Verdaderamente es más papista que el Papa, pues no quiere ningún aumento de atribuciones para el Ecuador, sino para Roma. ¿Qué puede desear? Resulta que el Concordato nada establece sobre la reforma de los conventos. Roma ha creído, sin duda, que eso no es materia de un convenio semejante. García Moreno quiere imponer a los frailes la virtud violentamente, y la Santa Sede es partidaria de los procedimientos suaves. García Moreno, hombre terrible, no concibe la blandura. Y cuando Ordóñez llega a Guayaquil el 13 de junio, él le escribe que desea verle pronto, pues tiene curiosidad de conocer ""todos los pormenores relativos a la increíble oposición de esos señores". Ya sabemos quiénes son "esos señores": el Papa y los altos dignatarios de la Curia Romana...

Entérase García Moreno de todo lo conversado en Roma y del deseo del Santo Padre de llegar a la reforma por la dulzura y la persuasión, y se exaspera. Al pobre canónigo Ordóñez, que acaba de llegar después de un largo viaje, le ordena el 9 de julio embarcarse inmediatamente hacia Europa. Cuenta el padre Berthe, quien al parecer fué informado por el propio Ordóñez, que el tremendo Presidente le dijo: "Vuelva inmediatamente a Roma, y dígale al Papa que acepto todos los artículos del Concordato; pero a condición de que ha de imponer la reforma. Si él no puede imponer la reforma, yo no puedo imponer el Concordato". Y el señor Ordóñez emprende en seguida un nuevo viaje para exigir al Papa que acepte más privilegios en el Ecuador de los que quiere, vale decir, para exigirle que sea más católico...

Mientras Ordóñez va hacia el Viejo Mundo, llega a Quito el Nuncio de Su Santidad Pío IX, monseñor Tavani. Al recibirle sus credenciales, García Moreno pronuncia unas bellas palabras en las que dice que el Concordato "será la piedra angular de la felicidad de la República". Nada más, ni nada menos: la piedra angular de la felicidad del Ecuador.

En Roma no tardan todos en ponerse de acuerdo y en firmar el Concordato. Es el 26 de diciembre de 1862.

¿Qué establece el convenio? He aquí los puntos más importantes: los obispos tendrán el derecho de designar textos para la instrucción moral y religiosa y de prohibir los contrarios a la religión y a las buenas costumbres; los obispos, el clero y los fieles podrán comunicarse sin restricciones con la Santa Sede; el Presidente propondrá para cada obispado al sacerdote que elija de entre una terna que le presenten los obispos; y la Santa Sede erigirá nuevas diócesis y los obispos admitirán a las órdenes religiosas que quieran. ¿Y la reforma monástica? De esto se trata en una nota complementaria. El Papa decretará que cada orden tenga una o más casas en que deba observarse la vida en común, en las que se apliquen providencias rigurosas contra los religiosos incorregibles; y facultará a un Visitador Apostólico para que autorice o no la introducción de nuevas órdenes, para cambiar las existentes y para que adopte otras disposiciones, "según lo reclame el bien de la Iglesia y el de aquellas saludables instituciones".

Queda satisfecho García Moreno. El 19 de abril de 1865 pondrá en práctica el Concordato. Ese día se realizará el canje y lo solemnizará con una gran función en la Catedral. García Moreno, en los días de la firma del Concordato, está lejos de imaginar, espíritu poco realista como es, que ese convenio le traerá grandes disgustos. El liberalismo y la masonería se preparan a combatirlo. Ahora va a surgir una verdadera, una violenta oposición al Presidente.

* * *

A los tres meses de estar García Moreno en el poder, ha ocurrido un suceso al parecer insignificante, pero que tendrá las más graves consecuencias. No en su vida, por cierto, sino en el juicio de la posteridad sobre su persona y su obra.

Ha llegado a Quito el norteamericano F. Hassaurek, en calidad de ministro plenipotenciario. Cuando le entrega las credenciales, García Moreno lo saluda en un breve discurso. El yanqui se queda en el Ecuador durante todo el gobierno de García Moreno. Y cuando está fuera del país escribe su libro *Cuatro años entre los americanos del Sur.*

Enemigo de la Iglesia católica, de la que todo lo ignora; protestante, casi con seguridad; despreciador de nuestra raza, así como de nuestra cultura hispánica, que ni conoce ni comprende, Hassaurek ha llenado su libro de virulentos ataques

contra el presidente ecuatoriano. Apenas si le reconoce un mérito, el valor, y algunas buenas intenciones. He aquí el párrafo más favorable que se encuentra en una nota de su libro: "En justicia hacia el señor García Moreno, debo agregar que no carecía de esas cualidades que rediman. Era enteramente desinteresado en materia de dinero y gastaba todo su sueldo en beneficio público. Cuando no le enceguecían la pasión y el prejuicio, era un amplio espíritu, y aun se distinguía por un alto sentido de la justicia, el que, sin embargo, echaba a perder, por su empeño en inmiscuirse en todas las cosas y reglamentar todas las cosas". Ya conocemos sus palabras sobre quién le parecía "el hombre más valiente del Ecuador y, probablemente, de la América hispánica". Y agrega: "Estaba dotado de maravillosa energía y de infatigable actividad, neutralizada, sin embargo, por su atolondrada precipitación y falta de juicio. Era bien intencionado y sincero en su fanatismo, y no tengo duda de que realmente deseaba de corazón el bien de su país; pero también Torquemada fué un hombre más sincero que Tayllerand, y fué una maldición para España y no hizo nada bueno por su país o su raza".

A pesar de sus incomprensiones, Hassaurek tiene prestigio por su condición de extranjero y de ministro plenipotenciario, cosas ambas que suponen imparcialidad. Por esto, le ha hecho mucho mal a García Moreno. Hay que colocarlo entre sus implacables enemigos, junto a Urvina, a Montalvo, a Moncayo, a Pedro Carbo y a los jóvenes que, como Roberto Andrade, surgirán en la segunda presidencia.

* * *

¿Por qué le preocupa tanto a García Moreno la reforma del clero? Porque quiere hacer del Ecuador un pueblo moral. Considera que, siendo el Ecuador católico, no hay para su patria otras normas morales que las del catolicismo y que el catolicismo no habrá de ser cumplido verdaderamente sin un clero virtuoso. La buena conducta de los frailes y de los clérigos — cuatrocientos quince regulares y quinientos veinticuatro seglares en 1858 en todo el Ecuador, sin contar trescientas noventa y una religiosas — es para García Moreno una cuestión de trascendencia, cuya solución es necesaria al progreso moral y a la felicidad del Ecuador.

Asombra la franqueza de este hombre. Generalmente, los

políticos suelen tapar los defectos y vicios de sus correligionarios o amigos; y lo mismo hacen casi todos los hombres del mundo. El es católico ferviente y, sin embargo, lejos de ocultar la corrupción del clero, la denuncia con valentía y energía y está dispuesto a suprimirla. En las instrucciones a Ordóñez, que no son sólo para su ministro, sino también para el Vaticano, hay estas tremendas palabras: "La reforma del clero regular, entregado casi todo a la disolución, a la embriaguez, y a los demás vicios, es imposible. Contener el mal es todo lo que puede hacerse". Y poco después, en 1862, al desterrar a un mal clérigo a las regiones solitarias y casi salvajes del oriente, lo hace, según le escribe al Arzobispo, porque está cansado "de ver alentados, por la impunidad y por la negligencia de las autoridades eclesiásticas, los escandalosos crímenes que los eclesiásticos cometen diariamente contra la moral y el orden público".

¿No exagera García Moreno? Es indudable que no. Cuesta creer que la doctrina de Cristo tenga tan viles representantes en el Ecuador; pero sobran ejemplos para probar la triste verdad. El mal viene de lejos, de los tiempos coloniales. El más notable entre los historiadores ecuatorianos, Federico González Suárez, uno de los arzobispos de Quito, lo ha explicado. Antes de la emancipación, los frailes españoles gozaban de extraordinarios privilegios, dentro y fuera de las órdenes. Los cargos se les daban a ellos y nunca a los criollos. Eran seres aparte, regalados, solicitados, encumbrados por la sociedad y por el pueblo, sobre todo por las mujeres. González Suárez refiere lo que eran las elecciones de rectores o guardianes de los conventos: solía haber dos candidatos, y los partidarios de cada cual, frailes y civiles, salían por las calles en bandos contrarios, dando vítores y escandalizando y aun trenzándose en peleas al arma blanca y a tiros cuando se encontraban. Con la Independencia es claro que la situación no cambió, entre otros motivos porque nadie intentó cambiarla.

En estos primeros tiempos de García Moreno hay sacerdotes virtuosos, como también los hubo antes; pero, en su mayoría, los frailes, y aun los clérigos, viven como en la época colonial. Un fraile eminente y respetable, el padre Vicente Solano, dice: "Los clérigos y frailes juntamente van por el carril de la perdición", y al hablar de la venida de los jesuítas en 1851 asegura que fué para los católicos de Quito "uno como aire sano y vivificante, que cruzaba por la atmósfera moral en la que la

escandalosa corrupción de los frailes había difundido la más abrumadora pestilencia".

¿En qué consiste esa corrupción? Hassaurek asegura que, frecuentemente, se ven frailes vestidos de soldados que van a una jarana o bacanal de varias noches seguidas; y que a menudo los frailes incurren en excesos muy graves. El francés Ernesto Charton, que visita el país en 1862, precisamente en ese primer tiempo de la presidencia de García Moreno, dice: "No es raro ver a un cura arremangarse y bailar la zamacueca". Otros autores refieren que los frailes pasan largas temporadas en casas de amigos y aun de amigas, y que sólo acuden al convento de tarde en tarde y por poco tiempo. Ya hemos visto cómo García Moreno afirma que vivían entregados a la embriaguez, a la "disolución" y a los demás vicios. Seguramente juegan y bailan con mujeres. Muchos tienen hijos. En un congreso o convención reunido años después de García Moreno, una veintena de los diputados eran hijos de sacerdotes. Cuéntase que el general Manuel Tomás Maldonado, hombre tan mujeriego que obligaba a sus soldados a buscarse compañeras, pidió una vez al ministro de Guerra, cuando era coronel y jefe de un batallón acuartelado en un convento de provincia, que le cambiara de alojamiento, porque "los frailes estaban corrompiendo a los soldados"...

Justifícase, pues, la honda preocupación del gran católico y moralista que es García Moreno. Y al pretender adecentar a los frailes y a los clérigos, no lo hace sólo como católico, sino también como gobernante y patriota. Su anhelo es salvar al Ecuador de la corrupción, suprimir el mal ejemplo que para todos, principalmente para los jóvenes y las mujeres, representa la conducta del clero, y formar generaciones de ciudadanos austeros, cristianos, dedicados al trabajo y a la práctica del bien.

Pero él no espera el Concordato para empezar su obra moralizadora. En aquellos días de 1861 el Arzobispo hace varios nombramientos de párrocos. El niégase a sancionarlos porque se trata, según le dice al Prelado, de notorios tahures y libertinos. El Arzobispo le contesta que todos los hombres tienen debilidades y que es un error ser demasiado duro para con un hermano en falta. Sin duda por este y por otros motivos, García Moreno considera "una desgracia que el señor Ríofrío sea Arzobispo", como le escribe a su amigo el doctor Antonio Borrero, en junio del 61, agregando esta sentencia: "La integri-

dad sin firmeza, es como color sin cuerpo". No quiere saber nada con los sacerdotes politiqueros e intrigantes. Al nombramiento del clérigo Mariano Veintemilla, Provisor de Cuenca, para un cargo más alto, lo considera "calamitoso" y le niega el pase. García Moreno, imparcialísimo, sólo mira los intereses de la Iglesia y los del país. No los de la amistad y del parentesco. Así, poco antes de ser elegido presidente definitivo, y cuando ya lo era provisional, le escribió a Borrero desde Guayaquil, a propósito de los diversos candidatos para el Obispado de Cuenca: "No teniendo ofrecido a nadie el trabajar por ningún candidato, y no moviéndome más que el interés de la Iglesia y del Estado, sólo tengo exclusiones de los que no juzgo dignos, y entre esas exclusiones cuento la de mi hermano Manuel, cuya elección sería una calamidad deplorable".

Tampoco, en su afán de imponer orden y disciplina, García Moreno se detiene ante los más altos cargos eclesiásticos. Este ferviente católico y defensor de la Iglesia no perdona ni al propio arzobispo de Quito. He ahí la fiesta de Cuasimodo. El Presidente y altos funcionarios van a asistir, como es costumbre. García Moreno se presenta en la Catedral con su comitiva. ¡El Arzobispo no está! El Presidente se sulfura, se retira con todos sus acompañantes y, sin averiguar, da un decreto por el cual multa en cincuenta pesos al Prelado y a varios canónigos. La nota que el ministro del Interior manda al Prelado, probablemente redactada por García Moreno, es harto severa. Una de sus frases dice: "... la independencia de la Iglesia respecto del Estado jamás puede llegar hasta el extremo de que tenga éste que mirar impasible la incuria y negligencia de los prelados eclesiásticos en los actos relativos al culto religioso". Le ha de haber sorprendido la respuesta del Arzobispo, a quien él considera falto de carácter: "La pena que se nos ha impuesto y el modo con que se ha ejecutado no guarda consonancia ni con el derecho ni con la justicia, ni con la conveniencia religiosa y pública, ni con el mutuo respeto con que deben tratarse entre sí los gobiernos eclesiástico y civil". Considera la multa como una injuria a la independencia de la Iglesia y pide su revocación. La espera, porque tiene "plena confianza en las virtudes cristianas y en la alta inteligencia" del Presidente. El Arzobispo, el día de la función, ha estado enfermo. García Moreno perdona la multa y declara "que no procedió con ánimo de atacar la independencia de la Iglesia, ni de inferir un ultraje a los mi-

nistros del altar". García Moreno debe haber comprendido su precipitación, su injusticia y la mala jugada que le ha hecho su carácter impulsivo, violento e intransigente. Y si él cede, también cede el Prelado, que le contesta cómo no ha creído en el intento de atacar la independencia de la Iglesia ni a sus ministros, sino "en el celo recomendable de la autoridad suprema".

* * *

Este tiempo inicial del gobierno de García Moreno, desde que asume el poder hasta mediados del año 62, es trascendental en cuanto a progresos materiales. En los primeros quince meses de su administración, el nuevo Presidente comienza casi todas sus grandes obras.

Contrata a un ingeniero francés y a un arquitecto escocés. Estos dos extranjeros empiezan en seguida, en cierto modo bajo la dirección y supervisión de García Moreno, a realizar multitud de cosas: construir o arreglar puentes y calzadas, pavimentar calles, embellecer las plazas, levantar el viaducto a la entrada de Quito y reconstruir torres, claustros y cúpulas perjudicados por el terremoto del 59. Por este mismo tiempo, contrata la ejecución de considerables obras en el puerto de Guayaquil y la explotación del petróleo, por un norteamericano, en Santa Elena. Y comienza la construcción de edificios para oficinas del Gobierno, escuelas y establecimientos del culto y beneficencia.

Pero nada tan importante como las carreteras, de las que en 1862 hay cuarenta y seis kilómetros construídos. Ya sabemos lo que son los caminos del Ecuador. Pueden figurar entre los peores del mundo. Algunos se vuelven intransitables en los inviernos. Recordemos que ciertos ríos y arroyos deben ser pasados metiéndose en el agua, pues no tienen puentes. Ningún vehículo puede recorrer esos caminos. Sólo se puede transitar por ellos en mula, a caballo o a pie. ¿Qué comercio puede haber con semejantes rutas? García Moreno está resuelto a transformarlas. Su maestro Sebastián Wisse, por encargo suyo, estudia y proyecta la monumental carretera de Guayaquil a Quito, obra que aun hoy, a los setenta y tantos años de su construcción, sigue resultando asombrosa.

Por ahora, García Moreno se encuentra en la imposibilidad de hacer más. El erario está muy pobre. Los gastos que han debido realizarse por causa de las amenazas del Perú acabaron de arruinarlo. Pronto, a mediados del 62, empezará la

guerra con Nueva Granada. Y casi en seguida, una serie de revoluciones que durará hasta cerca de los últimos días del gobierno de García Moreno. Pero él volverá más tarde al poder, y entonces terminará su ingente obra de progreso.

No obstante esas dificultades, pone orden en la Hacienda Pública, se cubren los gastos de la Administración y no se contraen empréstitos. Para esto, ha debido hacer trabajar a los empleados. Hombre dinámico y laborioso, como no hubo ni habrá otro en el Ecuador, mueve a todos con su ejemplo y sus conminaciones. No perdona la menor falta en el trabajo, ni aun a sus ministros. Una noche que uno de ellos, Carvajal, da una fiesta en cierta finca que posee cerca de Quito, él se retira temprano y regresa a la ciudad, con la promesa de los ministros y funcionarios de que al otro día por la mañana estarán a la hora debida en sus despachos; y como así no ocurre, les manda una orden conminatoria para que vayan inmediatamente a trabajar.

* * *

Desde los primeros momentos, García Moreno ha revelado sus inclinaciones despóticas. Tiene resuelto imponer el orden y castigar duramente la traición. Y suprimir toda oposición manifiesta o velada, como lo prueba al disolver la Sociedad Republicana.

En Cuenca hay alguna inquietud sospechosa. El 4 de mayo del 61, García Moreno le escribe a Borrero: "Creo que Cuenca estará ya algo en orden y que cuatro insensatos no quieran ponerme en la necesidad de perseguirlos". Poco después, el 21 de setiembre, le dice al mismo gran amigo, a propósito de la amenaza peruana: "Tenemos que oponer el plomo al oro, y fusilar, a pesar de la Constitución, a los que se pongan de parte de los invasores". Sus intenciones son, pues, perseguir y fusilar. Está resuelto a exterminar a los que se vendan al Perú; y no le detendrá la Constitución, que prohibe la pena de muerte por motivos políticos.

Sus actos de violencia no parecen ser numerosos, pero sí bastante graves.

He ahí, en 1861, un individuo al que se arresta, acusado de asesinato. Se escapa unos días antes del juicio. Lo vuelven a capturar, y el Presidente ordena que se le apliquen cuatrocientos latigazos. Al juzgársele, el defensor sostiene que el reo ya ha sido castigado, que ha estado a punto de morir y que no puede dársele nueva pena por el mismo delito. Igualmente afir-

ma que el Poder Ejecutivo carece de facultades para administrar justicia. En esto tiene razón el abogado, pero no en lo otro, pues cuatrocientos azotes no constituyen adecuada pena para un asesino. El caso es que García Moreno ordena prender al abogado y lo destierra a Nueva Granada...

Al año siguiente obliga a otro abogado, a José Gabriel Moncayo, a marchar por las calles de Quito vestido de soldado, entre las plazas de un batallón. El abogado, más tarde, acusará al Presidente ante el Congreso. Pero, perseguido por el Gobierno, deberá huir al Perú.

En 1863 incurrirá García Moreno en otro caso de prepotencia. Un droguero francés ha vendido remedios a la guarnición de Guayaquil. García Moreno se ha negado a pagar la cuenta. Y como la Suprema Corte ha resuelto que debe pagarla el Gobierno, García Moreno la deduce del sueldo de los jueces del alto tribunal. Como se ve por estos ejemplos, García Moreno castiga también severamente a quienes no son traidores ni conspiradores.

Todavía no han empezado las conspiraciones, pero él las busca y aun las adivina. Un tal Viteri, a fines del 61, celebra un bautismo en su casa. En circunstancia en que las copas han empezado a hacerle efecto, dícele a uno de sus invitados, un militar muy partidario del Presidente, y señalándole las charreteras, que pronto le serán arrancadas. Al otro día es detenido Viteri, encarcelado por un tiempo y, por fin, desterrado al Napo.

Estos hechos son referidos por Hassaurek y por enemigos de García Moreno. ¿Debemos creerlos? Ningún panegirista del Presidente los ha desmentido y, por otra parte, están de acuerdo con el temperamento despótico y en exceso ejemplarizador de don Gabriel. Acaso sus enemigos sean injustos con él. Lo que en él les parece delito, no les enoja en otros. He ahí el castigo del látigo. Rocafuerte — recordémoslo — hizo flagelar a cierto joven prestigioso, pero nadie lo rememora ni se lo critica a ese ex presidente, al que juzgan liberal. Eso sí, las arbitrariedades de García Moreno en estos primeros tiempos de su gobierno, aunque sean pocas —ni sus enemigos ni Hassaurek citan más que las mencionadas—, ni extremadamente graves, muestran su temperamento impulsivo, harto enérgico, no exento de cierta inclinación por la crueldad. García Moreno es incapaz, por el momento, de una perfecta vigilancia de sí mismo.

VIII. — ENTRE DOS DERROTAS

García Moreno acaba de cumplir cuarenta años en diciembre del 61. Está, pues, en la edad en que las pasiones son más difíciles de dominar. Todo aumenta en esa época: el orgullo, la quisquillosidad, la agresividad, los instintos de violencia, el afán de vengarse. Pocos hombres crecen en perfección en esta edad peligrosa. A García Moreno los cuarenta años van a conducirle a uno de los grandes errores de su vida, acaso el mayor de todos: va a meter a su patria, al Ecuador arruinado y desarmado, en una guerra que será por fuerza desastrosa.

El mayor error de su vida, después del de las cartas a Trinité. Pero esas cartas en que pedía el protectorado de Francia, por odiosas que sean a los ojos de un buen americano, tienen una explicación psicológica, que casi podría ser una justificación. Las escribió —recordémoslo— porque veía al Ecuador anarquizado, hundiéndose en la barbarie. Las escribió en momentos de desesperación, creyendo así salvar a su patria. Aunque gravísimo error, fué el de un hombre sincero.

Pero ahora, en 1862, y después de todo lo que ha sufrido su patria, ¿cómo explicar que la conduzca a la guerra, por su propia iniciativa, cuando nadie la provoca, cuando el mínimo incidente que la origina puede arreglarse fácilmente? No hay justificación para García Moreno. Ni explicación siquiera. Sólo cabe la de los cuarenta años, que si en otros hombres más tranquilos se traducen en pasiones amorosas o en moderado acrecentamiento de los malos instintos, en él se manifiestan en formidables explosiones de su volcánico carácter.

* * *

En Nueva Granada, como sabemos, ya no mandan los rojos, sino los conservadores, que son católicos y que han traído de nuevo a los jesuítas. No es el único cambio: el 58 se ha fundado

la Confederación Granadina. Los mismos frailes con las mismas alforjas: la novedad sólo ha consistido en el nombre que adopta el país y en la forma de gobierno. Disgusto de los liberales. El gobernador del Cauca, Estado que linda con el Ecuador, declara al Cauca, el 8 de mayo del 60, separado de la Confederación. Este gobernador es el general Tomás Cipriano de Mosquera, conservador hasta ayer y ahora unido con los liberales, con Obando, su gran enemigo de años atrás. Pero una provincia, Pasto, se subleva, de acuerdo con el Gobierno nacional. Mosquera, entonces, levántase en armas contra ese gobierno, que está siempre en manos de los conservadores, y se declara Supremo Director de la Guerra. Ha habido y hay otras revoluciones locales en varios Estados: liberales contra gobiernos conservadores o conservadores contra gobiernos liberales. No nos interesan. Lo importante es que sepamos cómo, a principios del año 1861, tres ejércitos principales combaten: el que responde al Gobierno central, en el norte y centro del país; el que manda Mosquera, en el sur, y que va triunfando en todas partes, y el pequeño ejército de Pasto, adverso al liberal Mosquera y fiel al Gobierno central de Bogotá.

En lo mejor de la guerra, el 1º de abril del mismo año 61, va a terminar el período presidencial. El Congreso no se instala por falta de representantes. Asume entonces el poder, de acuerdo con la ley, el procurador general de la Nación. Mientras tanto, Mosquera sigue avanzando hacia la capital. El 25 derrota a las fuerzas del Gobierno en Subacoche. Cuatro días después es asesinado Obando y el 18 de julio entra Mosquera en Bogotá. Ordena fusilamientos y destierros y se declara Presidente provisional. Pronto dará al país el nombre de Estados Unidos de Colombia, mientras los conservadores seguirán llamándolo Confederación Granadina.

Los conservadores no se dan por vencidos, aunque se hayan quedado sin la capital. Elijen presidente de la República al general Julio Arboleda. Este jefe ha sido derrotado en el norte y ha huído; pero vuelve a entrar en Nueva Granada por el sur. Allí se pone al frente de las fuerzas de Pasto y de Antioquia. Mosquera manda en el resto del país, vale decir, en casi toda Nueva Granada. Existen, pues, a fines de 1861, dos gobiernos: el del liberal Mosquera, en Bogotá, y que, aunque autoridad "de hecho", es ahora la verdaderamente nacional, por la extensión del territorio que abarca; y el del conservador y católico Arboleda,

que anda por el sur y que gobierna en una pequeña parte del país. Al comenzar el año 62, ambos gobiernos tienen representantes diplomáticos en Quito.

¿Quiénes son y qué representan los generales Arboleda y Mosquera?

Julio Arboleda tiene cuarenta y cinco años. Se ha educado en Europa. Ha actuado en la prensa y en el parlamento. Es un espíritu de altísima calidad, uno de los grandes poetas de Nueva Granada. Distinguido, culto, hombre de libros, su lugar no está en los ejércitos. Las circunstancias lo obligaron a defender al Gobierno en 1840. El 51 encabezó la rebelión contra la dictadura de los gólgotas. Vencido, emigró al Perú. Volvió tres años después, para defender la causa del orden y de la Constitución. Ha presidido el Congreso en los años 54, 57 y 59. Está en Europa, en 1860, cuando estalla la revolución de los liberales. Se viene y asume el mando del ejército constitucional.

El general Mosquera tiene sesenta y cuatro años. Fué guerrero de la Independencia y edecán de Bolívar. Ha sido presidente de la República desde el 45 hasta el 49. Conservador primeramente, acaba de pasarse al campo liberal, combatido por él con encarnizamiento: entre los años 40 y 42, "había fusilado y ahorcado liberales a troche y moche", y cuando su candidatura a la anterior presidencia "había prometido mantener en el país a los jesuítas", afirma el respetable y eminente Miguel Antonio Caro. A los dos días de asumir el mando, empieza a perseguir a la Iglesia. El 20 de julio decreta que ningún sacerdote pueda ejercer sin autorización del Gobierno, bajo pena de destierro. El 26 disuelve la Compañía de Jesús y expulsa a los padres. El 9 de setiembre ordena que las propiedades de las comunidades religiosas pasen a poder de la nación. El 3 de noviembre encarcela al Arzobispo, que no obedece a sus decretos inicuos. Y el 5 del mismo mes suprime los conventos y las casas de religión. Mosquera es pariente de Arboleda. Ambos son del Cauca, de Popayán. Arboledas y Mosqueras se han unido en matrimonio muchas veces. Este Mosquera es una poderosa personalidad. Geógrafo, ha levantado planos. Ha escrito buen número de libros y folletos: una vida de Bolívar, una historia de la revolución de 1854, textos de Geografía. No ha sido un conservador auténtico, pues tuvo a veces explosiones de liberalismo, ni es ahora un verdadero liberal. ¿Cómo ha de ser liberal un autócrata como él? Una moderna e imparcial *Historia de Colombia* le considera co-

mo "de la talla de los grandes dominadores, desprovistos de escrúpulos". Es capaz de cosas muy buenas, pero también de otras muy malas. Sus ambiciones de gloria y de ruido son tan enormes como su orgullo, su audacia, su amor propio, su valor y su energía. Se encoleriza de pronto y tremendamente, y con igual facilidad se enternece y llora. Todo es original en él, inclusive su rostro, con sus gruesos bigotes y sus patillas. Reemplaza la quijada que perdió en un combate con otra de plata, por lo cual su pronunciación es harto confusa. Arboleda le supera en señorío, en calidad espiritual y en cultura; la cultura de Mosquera no es vasta ni profunda. Pero Mosquera es más original, más americano que su enemigo. Arboleda está más cerca de García Moreno por ser conservador y católico. Mosquera se parece mucho, por su temperamento, al presidente ecuatoriano. Inferior a él en moralidad y en talento, le iguala en vehemencia, en combatividad y en dinamismo.

Algún panegirista de García Moreno le presenta como si estuviera de parte de Arboleda contra Mosquera. La verdad es que el catoliquísimo García Moreno está en correspondencia, y en las mejores relaciones, con quien es ya el caudillo rojo de Nueva Granada. ¿Cómo han empezado estas relaciones? No olvidemos que Mosquera ha sido conservador hasta ayer. Su liberalismo data de 1860, al levantarse contra el Gobierno conservador de Bogotá. García Moreno puede ignorar el punto a donde llega, en lo religioso, el liberalismo de Mosquera. Es cierto que su nuevo aliado —que lo fué hasta el momento de morir—, el general Obando, viejo liberal, persiguió a los jesuítas el 50; pero no es menos cierto que el muy católico Arboleda ha escrito en 1848 un folleto contra ellos, si bien dos años más tarde, en el destierro, envió a sus hijos a un colegio de la Compañía. La correspondencia entre García Moreno y Mosquera empieza un año antes de los decretos antirreligiosos del presidente granadino.

Estas relaciones no constituyen una alianza. Las ha motivado otro asunto, ajeno a las cuestiones de política religiosa. Sucede que Mosquera piensa resucitar la Gran Colombia del Libertador, vale decir, reunir en una sola nación a Nueva Granada, al Ecuador y a Venezuela. A García Moreno le gusta el proyecto, pero encuentra dificultades de realización. A un amigo le escribe el 30 de junio de 1860, a propósito de Mosquera: "Estoy contento de las ideas y sentimientos colombianos que a él le animan. Estamos, pues, de acuerdo". Por estos días, Arboleda aun

no ha llegado a Pasto para reanudar la guerra. Eso ocurrirá en marzo del 61. Apenas Mosquera ocupa Bogotá, su representante en el Ecuador, que reside en Guayaquil, le escribe al general Flores. No sólo le habla del proyecto de reconstituir a Colombia, sino de las buenas disposiciones de Mosquera para defender la integridad del Ecuador contra el posible ataque del Perú, y el propio Mosquera ofrece a García Moreno quince mil soldados para cuando llegue el caso de ese ataque. El 17 de setiembre del mismo 1861, cuando ya Mosquera ha incurrido en algunos de sus atropellos a la Iglesia, el Gobierno de Nueva Granada declara oficialmente al del Ecuador sus sentimientos de amistad y lo invita para coadyuvar en su gran proyecto. El Ecuador no contesta. Pasan cuatro meses. El 13 de enero de 1862, Vicente Cárdenas, representante de Arboleda en Quito y que por el momento está en Pasto, le cuenta a García Moreno las atrocidades cometidas por Mosquera. Esta carta es recibida por el presidente ecuatoriano a fines de ese mes. Pero no la contesta hasta el 30 de marzo. Quéjase en su respuesta de que el anterior gobierno conservador de Nueva Granada "violó los deberes de la alianza y fraternidad cuando el Ecuador, hollado por una pérfida invasión, reclamó en vano el apoyo moral de aquel gobierno, y después que el del Ecuador había reconocido al de los Estados Unidos de Colombia y admitido el que aquí le representa".

Por esta carta se han hecho graves cargos a García Moreno. Se ha olvidado que el Ecuador tiene contra el Gobierno conservador de Nueva Granada el viejo resentimiento de que habla la carta. El Ecuador, que ha formado con Nueva Granada y Venezuela una sola patria en tiempos de Bolívar y que puede volver a formarla cualquier día, había pedido el apoyo de la nación hermana cuando se temía el ataque del Perú, y el gobierno conservador de Bogotá respondió con la neutralidad. En todo el Ecuador existe una opinión adversa al gobierno granadino que acaba de terminar, y se cree que Arboleda continuará su política. Acúsase también a García Moreno por la falta de verdad que hay en sus palabras. Despréndese de ellas que la carta de Cárdenas ha sido posterior al reconocimiento del Gobierno de Mosquera, y fúndase la acusación en que la carta llegó a fines de enero y el representante de Mosquera fué oficialmente recibido el 12 de febrero. La palabra "después", que emplea García Moreno, implicaría, por consiguiente, una mentira. Pero es probable que el enviado diplomático de Mosquera haya sido aceptado mucho an-

tes de su recepción, como ocurre siempre y en todas partes, sin contar con que, en un hombre de gobierno, las mentiras son a veces necesarias. De ser así, ¿por qué habría mentido García Moreno? Por esta sencilla razón: porque, a pesar de ciertos pequeños triunfos de Arboleda, el gobierno colombiano que se impondrá pronto en todo el país es, sin duda alguna, el de Mosquera. Como jefe de un gobierno extranjero, él no puede elegir.

Cuando así le escribe a Cárdenas, ya ha contestado al Gobierno de Bogotá. Lo ha hecho oficialmente, el 19 de marzo, a los seis meses de recibida la invitación de ese Gobierno. Decíale: "Convencido de que la disolución de la antigua República sólo sirvió para que sus fragmentos fuesen más fácilmente presa de la demagogia y de la anarquía, he sido el primero en promover la unión de Colombia, desde que el término feliz de la campaña de 1860 salvó al Ecuador de los peligros que lo rodeaban". Pocos días después, el 10 de abril, le escribe personalmente a Mosquera. Refiérese a una suya anterior dirigida a un amigo del presidente colombiano y que parece haberse perdido. "En esa carta — agrega — habría visto usted que coincidimos en las ideas de unión, y que me he adelantado a iniciar la restauración de la gran República". Pero se manifiesta en desacuerdo con la división del Ecuador en cinco pequeños Estados, pues alguno de ellos, previo soborno de su gobierno, podría declararse independiente y agregarse al Perú.

* * *

Mientras tanto, están ocurriendo en Quito sucesos de otra índole, pero que van a afectar las relaciones del presidente ecuatoriano con Arboleda.

García Moreno mantiene una amistad íntima con los señores Carlos y Juan Aguirre. Uno de ellos, Carlos, es su ministro de Hacienda. Noche a noche, reúnese con sus amigos y sus esposas, Virginia y Leonor Klinger, ambas hijas de un coronel francés que había servido al Ecuador. A estas tertulias suele acudir el granadino Arcesio Escobar, que está a cargo de la oficina del representante de Arboleda. Escobar es un joven elegante y simpático y además poeta. Pero entre sus méritos no figura la discreción. Molesta a García Moreno con sus insistencias para que adopte disposiciones rigurosas contra los partidarios de Mosquera que viven en el Ecuador. Llega hasta provocar discusiones en la tertulia, que originan "verdaderos escándalos". Por todo

esto, García Moreno le tiene antipatía. Un historiador, fanático partidario del Presidente, dice: "Con el fin de prevenir tan sensibles desmanes, púsose varias veces en observación el mismo Presidente, logrando así estorbar la entrada al descomedido secretario".

¿No es nada más que eso lo que tiene tan irritado a García Moreno contra el representante de Arboleda? Los enemigos de García Moreno, — contemporáneos y póstumos — dicen que hay algo más grave. Afirman que él anda en amores con la dueña de casa, Virginia, y que tiene celos del joven Escobar. En el Ecuador siempre ha habido quien creyera en esos amores, sin que exista el menor testimonio sobre su veracidad. Hasta se cuenta que, en un rapto de celos, García Moreno llega a herir con un estilete a Virginia. Juan Montalvo ha escrito sobre este motivo un relato fantástico: García Moreno habría llevado a una casucha de los arrabales a la joven herida y sacado de sus casas, por engaños, a un médico y a un practicante para que la atendieran. La joven habría permanecido allí algunos días, hasta su curación. Andrade afirma que el practicante, el más tarde médico doctor Camilo Casares, le contó estas cosas a Montalvo, durante un viaje a Chile. Pero la palabra de Montalvo no merece fe ninguna. Tan grande es su talento como su falta de escrúpulo. Pocos deslenguados ha habido como él. Por otra parte, su estilizado relato, en el que a nadie nombra, parece más fantasía que exacta expresión de la realidad. Y aun cabe observar algo sobre la edad del protagonista. Montalvo, cuya anécdota aparece en 1866, la da por ocurrida cuando el médico que en ella interviene, entonces de nombradía, era sólo un practicante. Esto permite creer que el suceso, de ser cierto, ha acontecido más de veintiséis años atrás, pues por diversos motivos —matrimonio reciente de García Moreno, sus destierros, sus viajes, su acción política—, no ha podido serlo después de 1846.

Dejando aparte la historia de Montalvo, ¿puede creerse en los amores de García Moreno con Virginia Klinger? Que él es capaz de una pasión, no cabe duda. Hasta es posible que sienta algún amor por aquella dama. Pero, ¿podemos deducir que los amores tuvieron realización material? Analicemos la situación de García Moreno. Es el Presidente de una pequeña República, cuya capital no tiene más de ochenta mil habitantes. Esto significa que todos, en Quito, le conocen. Y le conocen, no sólo físicamente, sino como un católico fervoroso y apasionado, como un gober-

nante que ha empezado una gran obra de moralización. ¿Con qué derecho podría exigir moralidad a los sacerdotes y a los ciudadanos en general, si él, casado y creyente, moralista acérrimo, fuese el primero en pecar? García Moreno puede sentir una pasión por una mujer, pero él tiene otras pasiones mucho más fuertes: la moralización del país, la salvación del Ecuador. De esto dedúcese: que sus conveniencias como hombre y gobernante están en no tener amores culpables, los que no tardarían en ser conocidos por el país entero; que todas las circunstancias le impiden llevar a término una aventura, pues, dada su situación, le sería imposible encontrar dónde esconderla; y que la elevada posición social de la dama, lejos de favorecer el cumplimiento amoroso, es otro obstáculo importante. Y, por otra parte, debe recordarse cómo en Paita, cuando tenía treinta y dos años, rechazó con enojo la propuesta de Ricardo Palma de conquistar a dos chicas, al parecer no difíciles; y cómo en París, cuando tenía treinta y cinco años y su mujer no estaba a su lado, rechazaba a las busconas. Quien resiste a las tentaciones allí donde es un desconocido — lo que representa la impunidad — y en la época del hombre en que son más fuertes las pasiones y los instintos, ¿cómo no ha de resistirlas en Quito, con su mujer al lado y con los peligros de que su pecado pueda descubrirse, puesto que es el presidente de la República?

Todo esto no quita que él guste de la conversación y la amistad con Virginia. Muy probablemente existe entre ellos una amistad sentimental, acaso un *flirt*. Ella es una de las pocas mujeres cultas de Quito y tiene inteligencia en alto grado. Hasta es posible — repitámoslo — un amor espiritual entre ellos. Esto no constituye un pecado. Cualquiera puede enamorarse, y mientras no se hagan tentativas para pecar, ni se tengan pensamientos impuros, no existe el pecado. El gran católico, el hombre austero que es desde hace años García Moreno, puede aceptar una situación semejante sin incurrir en grave falta. Pero cabe una pregunta: esa amistad sentimental, o ese amor espiritual, ¿pueden ocasionar celos? Claro que sí. La amistad profunda, el amor de los espíritus, ocasiona tan fuertes celos como la pasión puramente carnal.

Por estos días de marzo de 1862, García Moreno va a adoptar varias disposiciones contra Escobar y la Confederación Granadina, que sus enemigos atribuirán a celos. Cárdenas, el 27 de marzo, le escribe a Arboleda: "Nuestro cónsul fué desconocido

con chocante descortesía, negándose el ministro de Relaciones Exteriores a recibirle una protesta". En la misma carta le cuenta cómo, por noticias de Quito, sabe que el 14 de marzo el cónsul general "fué despojado del archivo, empleándose para ello la fuerza". Semanas después, García Moreno da órdenes para prender a Escobar, que se esconde. Más tarde, en junio, un día que el granadino sale de su escondite, es detenido en la plaza principal, en el portal de Salinas. Dícese que al pasar delante de la casa de Aguirre, Virginia, enterada del acontecimiento y resuelta a salvar al preso, consigue del oficial que lo custodia, mediante un ardid, que le permita entrar por un momento, de lo cual se vale para hacerlo huir por los fondos a una propiedad vecina, desde donde va a asilarse a la Legación Británica.

Pero, aun cuando los celos existan, ¿es posible que García Moreno se deje dominar por ellos hasta llevar a su país a una guerra? Los celos, de ser ciertos, se refieren a un empleadillo del consulado granadino. No al presidente del Estado vecino, ni siquiera a su representante diplomático. ¿Puede ser tan loco un hombre como para culpar a un gobierno o a un país entero de lo que ha hecho un empleadillo del consulado? Que ese grano de arena contribuye a poner a García Moreno en contra de Arboleda, no hay inconveniente en creerlo y en el supuesto de la existencia de los celos. Pero es ingenuo, ridículo y grosero imaginar algo más en un espíritu tan serio como el del presidente ecuatoriano.

* * *

¿Qué ocurre en el campo de Arboleda, mientras en Quito pasan estas cosas?

Por lo pronto, se conocen ya las buenas relaciones entre Mosquera y García Moreno, y hasta se cree que Mosquera ha ofrecido al Ecuador algunas provincias del Estado del Cauca, "a condición de ocuparlas en seguida militarmente", según le escribe Cárdenas a Arboleda. "Estamos en inminente peligro de que el gobierno ecuatoriano apoye solapada o abiertamente a nuestros enemigos, y no es imposible que intervenga militarmente en el momento en que nos considere más débiles". Y termina: "Ya ha declarado de una manera expresa que no reconoce en la Nueva Granada otro gobierno que el de los Estados Unidos de Colombia". Este gobierno es el de Mosquera. El país, debe recordarse, tiene por el momento dos nombres: Mosquera le llama Estados Unidos de Colombia; y Arboleda, Confederación Granadina.

Pero los hechos no demuestran que García Moreno quiera intervenir militarmente contra Arboleda. Por el contrario, desea la paz; tanto, que ha encargado a Manuel de Jesús Quijano la misión de procurar un arreglo entre los dos bandos en lucha. Desgraciadamente ha elegido un representante inapropiado. Quijano es granadino y pertenece al partido de Mosquera. Eso sí, tiene amistad con Arboleda, con Cárdenas y con el actual gobernador militar de Pasto, Francisco Zarama: en 1839, todos ellos, aficionados a las letras, fundaron en Popayán, capital del Cauca, una agrupación literaria, a la que llamaron Sociedad Filológica. García Moreno hace escribir, por su ministro de Relaciones Exteriores, a los gobernadores y comandantes militares de las provincias granadinas de Pasto y Túquerres, que responden a Arboleda, comunicándoles la designación de Quijano, y él mismo se dirije personalmente, el 30 de marzo, al gobernador de Túquerres: "La guerra de Nueva Granada camina a un desenlace terrible para usted y sus amigos". Para evitarse las calamidades que los amenazan, que es lo que él más desea, ha nombrado a Quijano. "Todavía es tiempo de escuchar palabras de paz; pocos días después, será tarde". El Ecuador garantizará la paz.

Ningún éxito logra en su empresa pacífica. El gobernador de Túquerres cree "en el triunfo de los defensores del principio legal", vale decir, de Arboleda y sus correligionarios, y recuerda cómo en los últimos meses les ha ido muy bien, hasta haber "humillado y derrotado al Dictador" en Boyacá. Pelearán hasta obtener el restablecimiento del orden o hasta morir. No quiere, ni debe, tener conferencia alguna con Quijano. Así le contesta el 10 de abril. Al otro día, Cárdenas, desde Pasto, le escribe a Quijano que el jefe militar de la provincia, Francisco Zarama, depende en lo civil del gobernador del Estado del Cauca, residente en Cali, y en lo militar del jefe del ejército, que está en Timbío; y le indica que se dirija a Arboleda. En igual fecha, Cárdenas le envía a García Moreno una carta que revela indignación por la paz que le ofrece. Después de comunicarle que las autoridades locales no están autorizadas para tratar sobre la paz y decirle que envíe un comisionado a Cali, donde está el gobernador del Estado, agrega: "¡Ojalá que ese enviado fuese un hombre imparcial, extraño a nuestras contiendas!". Ese hombre vería "los crímenes de la revolución".

Ha fracasado la tentativa de García Moreno de llevar la paz a los dos bandos que pelean en Nueva Granada. ¿Se ha pro-

puesto favorecer a Mosquera, como dicen sus enemigos? Más bien parece que ha tratado sinceramente de terminar una guerra civil que al Ecuador no le conviene. En todo caso, si la paz hubiese favorecido en algo a Mosquera, no sería por su liberalismo sino por el hecho de que Mosquera gobierna ya en casi toda Colombia y de que su triunfo definitivo es evidente. Como gobernante de un país vecino, a García Moreno le corresponde aceptar las autoridades de hecho, sean cuales fueren. En su carta de marzo a Quijano le manifestaba su seguridad del triunfo de Mosquera, "que supo vencer las fuerzas reunidas de la Confederación y tomar la capital", y consideraba una "fortuna muy grande para todos que a ese triunfo inevitable se anticipase el triunfo de la humanidad en el campo de la paz y de la reconciliación". García Moreno ha querido evitar, como lo dice en la misma carta, "los sangrientos y funestos resultados de la última derrota".

* * *

Va a ocurrir ahora el incidente que ocasionará la guerra entre las fuerzas del Ecuador y las de Arboleda.

Es el 19 de junio. A lo largo del río Carchi, que separa al Ecuador de Nueva Granada o Colombia, hay tropas de los dos bandos enemigos. Ese día, fuerzas liberales, vale decir, del bando de Mosquera, pasan el Carchi, penetran en territorio ecuatoriano y vuelven a pasar el río en otra parte para sorprender a las fuerzas conservadoras, o sea las del bando de Arboleda, acantonadas en Ipiales, pueblo colombiano próximo a la frontera. Advertida a tiempo la maniobra, salen de Ipiales ciento cincuenta hombres de Arboleda, derrotan a los liberales, que pasan el Carchi y entran en el Ecuador. Al perseguirlos, la gente de Arboleda penetra también en el país vecino. Mientras tanto, al iniciarse la maniobra de la pequeña fuerza liberal, un destacamento ecuatoriano, que manda el comandante Vicente Fierro, ha salido del pueblo de Tulcán, del que Fierro es jefe militar, para situarse en la frontera y defenderla. Estos soldados del Ecuador mézclanse, a lo que parece, con los liberales que se retiran; hecho lógico, pues los liberales, para volver a Colombia, al lugar de donde partieron, deben pasar forzosamente por donde están los ecuatorianos. En el ardor de la persecución y de la lucha, un oficial de Arboleda hiere al jefe del destacamento ecuatoriano. Este es en substancia el suceso que tanto irritará a García Moreno.

¿Han ocurrido las cosas como a él se las cuenta el comandan-

te Fierro? Afirma que al pretender avanzar por el territorio ecuatoriano los vencedores, él, con bandera blanca y desarmado, les salió al encuentro y les comunicó que no podían seguir. Comenzaron a retirarse los soldados. Pero de pronto, uno de los jefes, Matías Rosero, sujeto audaz, reo de otra anterior violación del derecho de gentes, se dirigió hacia Fierro y se desató en denuestos contra el gobierno ecuatoriano. Discutieron un rato, y sin mucha excitación, cuando de pronto Rosero atacó a Fierro con un sable, hiriéndole en la cabeza, en la espalda y en los brazos. Quedó Fierro con siete heridas. Leváronle a la próxima casa, en donde los oficiales de Arboleda le atendieron amablemente, mientras le pedían el mayor secreto por el suceso y se manifestaban indignados contra la conducta del heridor. En tanto le hacían curaciones a Fierro, Rosero ordenó hacer fuego sobre los soldados ecuatorianos y seguir persiguiendo a los rojos. Al ruido de los balazos, salió para el lugar del suceso el jefe político de Tulcán, con cuarenta milicianos. Desarmó a los hombres de Mosquera y a algunos de Arboleda.

Pero Vicente Cárdenas, agente de Arboleda, refiere de harto distinto modo los sucesos que asegura haber investigado bien. El incidente ocurrió en el campo de un tal José Bolaños, que está en territorio granadino y no ecuatoriano. Fierro fué herido en un momento de confusión, cuando "mezclados unos con otros los rebeldes que resistían, los soldados granadinos que los perseguían y los ecuatorianos que habían acudido al conflicto, no se distinguieron ni pudieron conocerse por falta de bandera, uniforme o divisa, que ninguno llevaba". Y la frontera, en el lugar del incidente, no está delimitada por el río Carchi, sino por una línea imaginaria que divide los dos países; de modo que los soldados, de ser cierto que se hallaban en territorio ecuatoriano, pudieron ignorarlo.

De cualquier modo, trátase de un vulgar incidente de frontera, de los que casi nunca originan la guerra. Cuando se producen, los gobiernos reclaman o investigan, o hacen las dos cosas; pero no se conducen como va a hacerlo García Moreno. Su actitud muestra hasta qué punto es de violento, agresivo y quisquilloso y cómo carece de serenidad y de control.

Apenas tiene conocimiento del suceso, envía a la frontera una división del ejército. Según dice en una circular al cuerpo diplomático, no lo hace para "intervenir" sino para reparar una injuria por los medios que permite el Derecho Internacional y

asegurar el respeto y la integridad del territorio ecuatoriano. Al mismo tiempo, el cuarto día después del incidente, su ministro de Guerra, el coronel Daniel Salvador, envía una nota a la autoridad superior de Pasto. No cabe dudar: García Moreno la ha redactado o inspirado. No se dirije por sí mismo a Arboleda porque no quiere comunicarse con él, lo que significaría reconocer su gobierno; y por eso lo hace con "la autoridad superior de Pasto", designándola así, anónimamente. Sus términos son descorteses y aun agresivos. ¿Puede creerse que las autoridades conservadoras tengan alguna culpa y hayan querido ofender al Ecuador? Sin embargo, el ministro habla de los derechos del Ecuador, "escandalosamente conculcados". Y exige que, en el término de cuarenta y ocho horas, la autoridad destituya al coronel que mandó o condujo la fuerza agresora y la entrega "del reo Matías Rosero". Esta enormidad exige García Moreno. Y para ello da dos razones singulares: que habiéndose cometido el delito en territorio ecuatoriano, corresponde que juzguen los tribunales del Ecuador; y que el tratado de 1855 obliga al gobierno de Nueva Granada a conceder la extradición del delincuente.

La respuesta del jefe civil y militar de las provincias del sur de la Confederación Granadina, Francisco Zarama, aquel que años atrás fundara en Popayán con Arboleda, Cárdenas y otros jóvenes aficionados a las letras, una sociedad literaria, es conciliatoria y prudente. Declara que los oficiales granadinos se olvidaron "de las precisas y reiteradas órdenes" que se les ha dado; que no ha habido "ánimo ni deliberación de irrogar un agravio" al gobierno ecuatoriano; que fué "un acto de precipitación y de calor"; que el tratado de 1855 sobre extradición se refiere a los delitos comunes; y que por ese documento las partes se comprometieron "a no apelar jamás al doloroso recurso de las armas, antes de haber agotado el de la negociación" ¿Qué más puede desear García Moreno? ¿Acaso no constituyen esas palabras una suficiente explicación?

Pero él no las considera así. Su carácter despótico exige algo más, tal vez mucho más. Se olvida que los soldados de Mosquera penetraron primero en el Ecuador y para atacar a los de Arboleda, y que sin embargo él nada ha reclamado al gobierno liberal de Bogotá, ni Arboleda le ha pedido al Ecuador explicaciones por haber dejado pasar a sus enemigos. Está tremendamente irritado. Durante los últimos días de junio y primeros de julio se prepara sin disimulo para la guerra. El periódico oficial llega

hasta decir, el 11 de julio, que el gobierno ecuatoriano impondrá un castigo a las provincias colombianas del sur y que se alegrará de ver restablecida en ellas las autoridades liberales.

* * *

Julio Arboleda estaba lejos de la frontera, en las proximidades de Popayán, su ciudad natal, cuando ocurrieron los sucesos del 19 de junio. Allí le llegaron las desagradables noticias. El 9 de julio, en Dolores, cerca de Popayán, reunió a sus oficiales, y la junta resolvió que el jefe marchara con ochocientos hombres a batir a García Moreno. El 18 está cerca de Los Arboles, a ocho leguas de Popayán, y el 31, todavía lejos del Ecuador, vence a unas fuerzas de Mosquera. Algunos escritores ecuatorianos afirman que Arboleda ha pensado en atacar al Ecuador, en la seguridad de una victoria que le permitiera luego avanzar por el sur contra Mosquera. No hay documentos que lo prueben. El hecho es que, por lo que considera una "provocación" de García Moreno, vése obligado a dividir su ejército: una parte seguirá luchando contra Mosquera, y la otra le acompañará hasta el Carchi. Empieza la marcha hacia el sur. Llega a la Unión, aldea situada entre Popayán y Pasto. En su deseo de constituír un gobierno, mientras él se dedica sólo al ejército, nombra presidente de la República al general Leonardo Canal, el 18 de julio, primer aniversario de la entrada de Mosquera en Bogotá. Este nombramiento, naturalmente provisional, deberá ser ratificado por el futuro congreso. Y el 10 de agosto llega, por fin, a Popayán. Por los mismos días, García Moreno tiene resuelto dirigirse a la frontera para asumir el mando de las tropas. Pero un grave inconveniente se lo impide. Tiene una herida profunda en una pierna, que se la hizo al dirigir a los trabajadores que abrían una ruta al través de un bosque, y se le ha formado una llaga. Los cirujanos no se atreven a operarle. Entonces él, que necesita montar a caballo urgentemente para dirigirse al Carchi, resuelve curarse por sí mismo. En un asombroso acto de coraje, calienta al blanco un hierro y lo hunde en la llaga viva. Tres días después, cicatrizada la herida, monta en su caballo y emprende las tres largas jornadas que lo separan del Carchi.

Mientras tanto, sus relaciones con el rojo Mosquera siguen siendo excelentes. Mosquera ha dado la razón al Ecuador. Y García Moreno, el día antes de partir para la frontera, ha escrito a un amigo de Cuenca: "Mañana salgo para Pasto; voy a cambiar

las autoridades de esa provincia y dar el triunfo al partido de Mosquera". Y como Pasto es la capital de una provincia granadina en la que mandan los conservadores, García Moreno sólo puede cambiar sus autoridades por la fuerza de las armas. Está resuelto, pues, a la guerra. No obstante, algunos escritores ecuatorianos le echan toda la culpa a Arboleda. Pero las palabras de García Moreno han sido mal interpretadas. No significan que hay una alianza entre él y Mosquera, ni solidaridad de ideas, ni hipocresía por parte del ecuatoriano. Para él, Mosquera — hay que repetirlo — es la autoridad de hecho en el país vecino. Bueno o malo su gobierno, con ese gobierno deberá entenderse pronto. Él no ha de estar lejos de creer, como Mosquera, que Arboleda es un rebelde. Y en cierto sentido lo es, pues, por curiosa paradoja, mientras Mosquera, presidente ilegal de Colombia, era, antes de rebelarse, gobernador legal del Cauca, Arboleda, que continúa el gobierno legal de Bogotá, es revolucionario en el Cauca, donde su partido estaba en la oposición.

Ya están frente a frente los dos ejércitos. El de Arboleda cuenta con tres mil hombres, mal armados y peor vestidos, pero muchos de ellos son veteranos, como que vienen combatiendo contra los soldados de Mosquera desde hace más de dos años. García Moreno, convertido nuevamente en general, manda dos mil hombres, o tres mil, como alguien afirma, y tiene buena artillería. Pero todavía no ha llegado el momento de combatir.

Un día, el 27 de julio, mientras las tropas de Arboleda van en marcha, el jefe recibe un pliego del presidente ecuatoriano. Firma otra vez el ministro de Guerra. Insistencia de García Moreno en que se entregue a Rosero, bajo amenazas de hacer un escarmiento. Pero nada irrita tanto a Arboleda como el procedimiento para enviarle el pliego. Va marchando el ejército cuando encuentran un particular y dos soldados, todos con armas. Arboleda le escribe por primera vez a García Moreno, el 29 de julio. Tuvo "el dolor" —le dice— de haber recibido el oficio, "concebido en términos tan poco dignos del que lo envía como del alto funcionario destinado a leerlo". Le ha chocado que el mensajero penetrara en territorio granadino sin pasaporte ni permiso de las autoridades del país. Ha podido considerar como espías a los tres hombres. Se ha limitado a arrestarlos, y así se lo comunica al presidente del Ecuador. Si se lo pide, los pondrá en libertad. Y si García Moreno o alguno de sus agentes quiere comunicarse con él, deberán enviar al punto del territo-

rio opuesto a Carlosama un individuo que se anunciará haciendo ejecutar tres veces, por un corneta, el toque de "¡atención!", y "la autoridad militar de Carlosama enviará al Carchi a una persona que se encargue del pliego en que se pida el salvoconducto". En esta carta, Arboleda laméntase de que el gobierno ecuatoriano haya armado a muchos granadinos de los pueblos fronterizos para que peleen contra sus hermanos. Y al despedirse, declara sentir que sean tan deplorables las circunstancias en que se dirige a García Moreno por vez primera.

¿Qué contesta el presidente ecuatoriano? Nada. Pero aleja de su ejército a los granadinos liberales que de él forman parte. Todavía no hay razón suficiente para la guerra, y esa actitud de García Moreno parece demostrar intenciones conciliadoras. Arboleda hace algo mejor: le pide una entrevista. No se conoce el documento que compruebe este pedido, pero de él hablan algunos escritores colombianos responsables, entre ellos el eminente don Miguel Antonio Caro, tan conservador y católico como García Moreno. Parece que Arboleda le dice al presidente ecuatoriano que lo esperará al otro día, a las cinco de la tarde. Lo espera hasta las ocho. Y entonces, y sin previa declaración de guerra, agresivo él también como su enemigo, Arboleda pasa el Carchi al frente de sus tropas, en la noche del 29 al 30 de julio.

La situación se presenta desastrosa para García Moreno. Arboleda, haciéndose guiar por un espía del campo adversario, capturado por la noche, aisla a la guarnición de Tulcán, compuesta por unos mil hombres. A García Moreno le aconsejan algunos de sus jefes retirarse. Pero él teme que la retirada se considere como una fuga. No le parece decoroso — les dice— "retroceder ni un palmo ante tamaña perfidia y alevosía". Y se lleva la guarnición y el resto de sus tropas a una colina denominada Las Gradas.

Es el 31 de julio. El día anterior, como anuncio de la lucha, ha entrado en acción, por un momento, la artillería. La batalla comienza a las diez de la mañana. Arboleda, tan valiente como García Moreno, se arroja sobre el enemigo, al frente de sus soldados, en una carga a fondo y de formidable violencia. García Moreno, viendo al cabo de una hora de lucha cómo empiezan a huir los suyos, y sin duda para contenerlos con el ejemplo de su coraje, atropella a los ya vencedores, acompañado de seis hombres de su guardia. Arboleda lo describirá en su parte de la batalla: va montado en un caballo blanco y se arroja al

combate "con un valor digno de mejor causa". Una bala le arrebata el sombrero. Otra le agujerea sus vestidos. Otra le pega en el pecho, pero una medalla religiosa le salva. Su caballo es herido y uno de sus seis hombres cae muerto. Al presenciar su denuedo, parte de sus tropas se reanima y resiste. Es tarde, sin embargo, y todos acaban por huir. Y entonces ocurre un suceso extraño, que sólo se explica por el respeto y temor que inspira su persona: se retira del combate, sin que nadie le ataque ni intente hacerle prisionero.

¿A dónde va? Sus tropas están lejos. Se dirige tranquilamente, "con dignidad", según dirá Arboleda en su parte, hacia un lugar próximo, en la llanura. Allí se echa en su suelo. Al cabo de unos momentos, ve venir a dos hombres. Son colombianos. Los supone enviados de Arboleda y les pide ir a decir al jefe vencedor que le mande algún distinguido oficial para entregarle su espada. Arboleda le envía al comandante Matías Rosero, el que ha originado la guerra. ¿Ha querido burlarse Arboleda?

He ahí prisionero al presidente del Ecuador. Arboleda le trata con el mayor respeto y consideración. No tarda en dejarle en libertad. Se hacen amigos. Andrade dice que, durante tres días, los dos jefes van juntos a oír misa.

* * *

La guerra ha concluído y se va a firmar un convenio. Dos días antes, Arboleda lanza una proclama. No ataca en ella a García Moreno, a quien en cierto modo quiere justificar diciendo que había caído "en los lazos que le tendían los traidores granadinos". Ya en el parte de la batalla los consideró como los autores del conflicto. La guerra —dice— "ha sido un favor señalado que Dios nos dispensaba". Y afirma que sus soldados estaban "desabrigados, desnudos, hambrientos y casi desarmados".

No hay obstáculos para el convenio. Arboleda ha dicho en su parte: "Con hombres de punto y valor como el señor García Moreno, concluír negociación es fácil". El 8 firman el pacto de Tulcán. Llámanle Artículo Adicional al Tratado de 1857. Lo importante del pacto es la cláusula cuarta, según la cual los asilados políticos que perturben el orden y la paz perderán el derecho de asilo y serán entregados a las autoridades del país vecino. Es un triunfo, en cierto modo, para García Moreno, pero que le expone al disgusto de Mosquera. En el Ecuador hay nu-

merosos liberales que no pueden pasar a Colombia porque en las provincias limítrofes domina Arboleda. Son rebeldes, y hasta ayer han contado con la amistad del gobierno ecuatoriano. Mosquera se enfurecerá cuando esos compatriotas y correligionarios sean entregados a Arboleda.

Pero hay algo más importante que este pacto, y es otro convenio secreto. Por él queda tácitamente reconocido como legítimo el gobierno de la Confederación Granadina. García Moreno, bajo la garantía de su palabra de honor, se compromete a entregar a Arboleda, en préstamo, y dentro del más breve plazo, cuatro mil fusiles, doscientos mil cartuchos de pólvora, cuatrocientos mil fulminantes, dos mil vestidos completos para la tropa, cien quintales de nitro y la suma de cien mil pesos; y los dos firmantes se obligan "a prestarse mutuamente y con buena fe, con generosidad e hidalguía, todos los auxilios que sean necesarios". Nada más lógico que este entendimiento entre los dos hombres. García Moreno es, ante todo, católico, igual que Arboleda; y Mosquera, un perseguidor de la Iglesia. Sin duda, García Moreno cree que, con su ayuda, Arboleda podrá vencer al presidente rojo de Bogotá. No hay en su conducta ni traición ni deslealtad hacia Mosquera, sino, sencillamente, el reconocimiento implícito de un error.

Y regresa a Quito, donde se le espera con ansiedad. Enemigos suyos han hablado de poner en el gobierno al liberal Manuel Gómez de la Torre. Pero el vicepresidente en ejercicio, sabedor de que García Moreno está en libertad —así lo ha escrito desde el campo de Arboleda— detiene la incipiente confabulación dando un decreto por el que declara que García Moreno vuelve al poder. Y dos de los cabecillas son desterrados al Brasil.

* * *

García Moreno se encuentra en una situación muy difícil y desagradable. Ha prometido a Arboleda, bajo su palabra de honor, una cantidad de cosas que el granadino necesita para poder continuar con éxito la guerra contra Mosquera; y no puede cumplir. A él, hombre franco, amigo de hablar con claridad, tiene que desagradarle que los acontecimientos le obliguen a mantenerse en una situación ambigua.

¿Qué ocurre? Primeramente que el Consejo de Gobierno se niega a aceptar el pacto de Tulcán. El 14 de agosto lo desaprueba, con la consternación de García Moreno, que no ha de

ser tan déspota como dicen sus enemigos cuando no logra imponerse a los consejeros. Lo que rechazan es, sobre todo, aquella cláusula relativa a los asilados, que puede originar, muy fácilmente, una guerra con el Gobierno de Mosquera. Y más que el pacto en sí mismo disgusta al Consejo, y, en general, a todos los ecuatorianos, la promesa de entregar armas, municiones y dinero a Arboleda.

No les falta motivo a los ecuatorianos. Desde principios de año se viene anunciando una invasión organizada por el general Urvina desde el Perú, con el apoyo del mariscal Castilla. ¿Cómo desprenderse de tan importante material de guerra en vísperas de esa expedición revolucionaria? Y hay todavía algo peor: los ecuatorianos no simpatizan con Arboleda, y en Tulcán han llegado hasta vitorear a Mosquera.

Durante agosto y setiembre, multitud de cartas dirigen Arboleda y sus agentes a García Moreno y sus representantes en Tulcán exigiéndoles el cumplimiento del pacto secreto. García Moreno, apenas llegado a Quito, el 11 de agosto, anuncia a Arboleda el envío de buena parte de lo prometido; y en la misma carta le expresa su inquietud por la inminente invasión urvinista. Dios días después, el gobernador interino de Ibarra le promete a Arboleda hacer cumplir con puntualidad lo dispuesto por el Presidente. El 18 se le comunica a Arboleda, otra vez desde Ibarra, la remisión de mil treinta y cuatro fusiles; y tres días después, de unas bayonetas.

Pero no llegan ni llegarán. El 28, Arboleda escribe al que le dijo haberle enviado los fusiles, diciéndole que no los ha recibido. Al gobernador interino de Ibarra, el mismo día, le afirma que las bayonetas no han partido siquiera. El nuevo gobernador — según Arboleda — cumple mal, o no cumple, las órdenes de su Gobierno. Él lo siente, porque eso perjudica tanto al Ecuador como a la Confederación. "Pero Dios sabe lo que hace —agrega, al parecer, resignado— y yo tengo fe en Él, que ordena hasta los errores de los hombres". Un señor Manuel Yépez, desde Tulcán, le hace saber a Arboleda que hay allí gran cantidad de fusiles a su disposición, pero no los ha mandado por falta de orden expresa. Arboleda le pide dejar a un lado las fórmulas, con lo cual harán un bien inmenso a sus naciones respectivas. Un agente de Arboleda ha encontrado en Ibarra la bayeta para los trajes y también las armas, pero no siguen viaje por falta de instrucciones. "Por lo que pude entender —escríbele

a Arboleda este agente— hay las mejores disposiciones del señor García Moreno para cumplir sus compromisos; pero muy malas por parte del gobernador Sala". Otro agente comunica que el jefe político de Tulcán no quiere entregar el armamento por falta de una orden oficial. Tiene allí carros, peones y bestias para cargarlo. Y agrega estas interesantes palabras: "Las autoridades de Tulcán temían que el pueblo se echase sobre las armas o tratara de quitarlas en el tránsito hasta el Carchi. Aquel pueblo nos aborrece de muerte".

Setiembre no se presenta mejor. Arboleda, el 2, le reclama a García Moreno cortésmente. Le dice que su hermano Sergio le instruirá de los procedimientos del gobernador de Ibarra y del jefe de Tulcán, le pide las órdenes para retirar el armamento y le refiere cómo uno de sus agentes ha sido provocado y silbado en Tulcán. Este agente le cuenta a Arboleda que en el mismo pueblo, en una reunión, se ha vitoreado a Mosquera; y que esperará la orden, o irá a Quito a exigírsela a García Moreno o a desengañarse. Tres días después, el jefe de Tulcán le muestra una orden de García Moreno, pero, como no es una nota oficial, él no entregará el armamento...

Por fin, el Presidente ecuatoriano le escribe a Arboleda, el 7 de setiembre. Reconoce la mala voluntad de los empleados. Le es imposible cambiar al gobernador. Considera innegable que en todo el Ecuador, y sobre todo en Guayaquil e Imbabura, existe un "vivísimo resentimiento" contra Arboleda y su partido. "Esto —dice— puede complicar de un modo funesto la marcha progresiva de este país". ¿Prepara justificarse García Moreno por no entregar el armamento? Ahora se vuelve a Guayaquil, donde ya ha estado unos días. Arboleda no se contenta con esta carta, y el 13 de setiembre vuelve a escribirle. Está cierto de que el pacto de Tulcán ha impedido que Urvina invada al Ecuador, si bien trata de hacerlo ahora, de acuerdo con Mosquera. Le trasmite diversas habladurías de los rojos, según los cuales no se le entregan los elementos de guerra prometidos porque hay en contrario órdenes reservadas de García Moreno. Le reclama, en tono amistoso, ese material, y le asegura que no necesita sino eso para derrotar a Mosquera, que está ya caído y al que sólo basta empujar. Y se titula "su amigo personal y político". García Moreno le contesta el 27. No le preocupa lo que digan los rojos. Afirma ser falso lo de la expedición de Urvina y lo de que Mosquera ha engañado al Ecuador. Reconoce haber dificultades para la

entrega del material, "pues el profundo resentimiento producido por los acontecimientos de Tulcán ha causado el espíritu de resistencia e insubordinación que se nota en las autoridades de Imbabura y aun en otras que debieran ser más obedientes". Como se encuentra en Guayaquil, le anuncia que pronto partirá para Quito, a fin de allanar los muchos inconvenientes. ¡Singular dictador, que no tiene poder bastante para hacerse obedecer de sus subordinados!

Pero Arboleda, impaciente, no ha querido esperar la respuesta de García Moreno, y al otro día de haberle escrito, el 14, pasa el Carchi con una escolta. Le escribe al jefe de Tulcán que sus esperanzas "han sido hasta ahora burladas". Agrega: "Usted rehusa entregar las armas". Dícele que lo mismo procede el gobernador de Ibarra. Podría hacerse justicia, pero no quiere realizar ningún acto que pueda ser juzgado hostil al Ecuador. Da el plazo de cuarenta y ocho horas. Si no le entregan las armas en ese plazo, amenaza: "tendré que valerme de otros medios para obtener se me entregue lo que pertenece a mi Gobierno". Escribe al vicepresidente del Ecuador y a los ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra. Todos reconocen, al contestarle, que los empleados se resisten a cumplir y que en ello no tiene culpa alguna García Moreno. El vicepresidente le arguye que el pacto de Tulcán es "confidencial" y carece del "carácter de un tratado público, obligatorio para la Nación".

Mientras tanto, dos granadinos han ido a comprar pólvora y armas, uno a Quito y otro a Tulcán. El que está en Tulcán es un hermano de Arboleda. García Moreno hace arrestar a los dos. El cruce del Carchi por Arboleda produce pésima impresión en el Ecuador. Arboleda comprende que ya no se le entregarán las armas, y retorna a su país. Para mayor desgracia suya, uno de sus generales, Henao, acaba de ser vencido. Entonces él abandona sus esperanzas y su lógico resentimiento y emprende la marcha hacia el norte, al encuentro del ejército de Mosquera. Pero al pasar por Berruecos, el 12 de octubre, en el mismo lugar en donde fuera asesinado treinta y dos años atrás José Antonio de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, cae también él sin vida, por la bala de un fanático.

* * *

Para comprender la situación de García Moreno es preciso saber que, desde principios de este año 62, el general Urvina

está en correspondencia con Mosquera y que prepara una invasión al Ecuador.

García Moreno se siente rodeado de enemigos. El Presidente del Perú, Castilla, se ha puesto de acuerdo con Urvina, quien detéstale hasta decir que le causa repugnancia tratar con él. También está con ellos el general Robles, desterrado, como Urvina, en el Perú. Urvina ha enviado emisarios ante Mosquera, y, como ambos son igualmente rojos y odian al catolicismo, del que García Moreno es empeñoso líder, parece lógico que se entiendan a fin de echarle abajo.

Urvina, inteligente y hábil, ha encontrado un buen pretexto para desprestigiar a García Moreno: las cartas a Trinité. No es un asunto viejo: aunque escritas a fines del 59, sólo han venido a conocerse el 61. Urvina pretende que Mosquera le declare la guerra al Ecuador y que Chile promueva una alianza de todos los países hispanoamericanos para hacer caer al que considera, por aquellas cartas, como un traidor a toda la América. "No necesita usted sino quererlo — le escribe a Mosquera el 14 de febrero— para que la redención del Ecuador se efectúe y queden conjurados los peligros que amenazan a toda la América". Pero Mosquera le contesta sólo a fines de mayo y en términos harto vagos. García Moreno, naturalmente, nada sabe de esta respuesta. Por el contrario, él ha de creer muy posible que, con el fin de combatirlo, los dos políticos liberales se entiendan.

Octubre de 1862. Va a partir, desde el puerto peruano de Paita, la expedición urvinista. El gobierno del Perú ha dado dinero, parte del cual, —ciento sesenta y nueve onzas de oro que más tarde caerán en manos de las autoridades ecuatorianas— es enviado por Urvina a Guayaquil para costear los gastos de la revolución. Los invasores son apenas ciento cincuenta enganchados, pero sus jefes esperan el apoyo de los correligionarios del Ecuador apenas desembarquen. Disponen de un solo vapor, el *Bernardino*, que zarpará con bandera chilena. El propio cónsul de Chile en Paita lo ha autorizado. Pero el Gobierno ecuatoriano, enterado a tiempo, había declarado pirata al *Bernardino*. Algunas legaciones americanas en el Perú hicieron lo mismo y el cónsul de Chile debió retirar al barco el permiso para navegar.

García Moreno, con este motivo, ha pasado en Guayaquil cerca de un mes, desde el 9 de setiembre al 7 de octubre. Urvina, una vez más, ha fracasado. Pero García Moreno estará siempre alerta. Sabe con qué clase de hombre tiene que luchar. Sabe que

el duelo entre él y Urvina sólo terminará con la vida de uno de los dos.

* * *

La muerte de Arboleda ha dado a Mosquera el triunfo definitivo. Ahora manda en toda Colombia. Y como es de esperarse, sus relaciones con García Moreno van a tomar pronto muy mal carácter.

Por el momento, ambos siguen en buena amistad. En su proclama del 3 de octubre, a nueve días de la muerte de Arboleda, Mosquera ha dicho que su ejército va a libertar el Cauca y "a castigar la osadía con que los rebeldes han ultrajado al Gobierno y pueblo del Ecuador". El 11 de octubre García Moreno le escribe al rojo Mosquera una interesante carta. Como el Presidente de Colombia le ha prometido indemnizar al Ecuador por los perjuicios sufridos a causa de la invasión del ejército de su enemigo Arboleda a Tulcán, él le dice: "Este acto de justicia es digno del carácter noble de que usted ha dado tantas pruebas". Y en la misma carta, objetando el proyecto de Mosquera de resucitar la Gran Colombia del Libertador, escribe: "abrigo la convicción de que si renace Colombia vivirá únicamente mientras dure la cabeza y la espada del general Mosquera". Pero en los primeros meses del 63, Mosquera y García Moreno ahondan el abismo que ya separa a cada pueblo del otro. Mosquera y su partido imponen a Colombia, en la Convención del Río Negro, una constitución furiosamente liberal que el Presidente sanciona en mayo: y García Moreno promulga el Concordato con la Santa Sede, como ya sabemos, unos días antes, el 19 de abril. Notas y cartas hablan de amistad entre los dos gobiernos, pero García Moreno ve venir la guerra desde fines del 62.

He ahí a Mosquera, el 15 de mayo de 1863, pidiéndole a García Moreno, como prueba de estimación, una entrevista. El pacto de Tulcán no parece haberle molestado, tal vez porque no lo cumplió García Moreno y porque este incumplimiento, perjudicial para su enemigo Arboleda, le había sido a él beneficioso. Anúnciale que el primer día de junio se pondrá en marcha. García Moreno le contesta dos meses después, el 15 de julio. Su respuesta, viril y franca, es la de un gobernante católico: "no puede ser asunto de nuestras conferencias ningún proyecto que tienda a refundir las dos nacionalidades en una sola, bajo la forma de gobierno adoptada en vuestra República". El Ecuador se ha dado

instituciones "muy diferentes de las vuestras" —agrega— y esas instituciones están "profundamente arraigadas en el corazón de los pueblos y el Gobierno". Pero acepta celebrar la entrevista; y le dice que pasado el 15 de agosto, y después de instalar, el 10, el Congreso Nacional, estará en la frontera.

Va a reunirse el Congreso y García Moreno envía su Mensaje. En él hay estas palabras: "Las reformas religiosas y políticas introducidas allá, no son propias para borrar el Carchi sino para hacerlo más profundo; y por otra parte nuestra Constitución y la opinión pública son barreras insuperables". Esto no es ofensa a Colombia sino una verdad probada. ¿Cómo el catoliquísimo Ecuador ha de unirse a Colombia, que se ha dado una Constitución belicosamente liberal? ¿Puede García Moreno entregar la Iglesia ecuatoriana a la rabia de los rojos de Mosquera? Sin embargo, las palabras realistas y sensatas del Presidente del Ecuador indignan al colombiano.

No cabe duda de que él ha tenido noticia del Mensaje. Cinco días es el tiempo máximo que necesita una carta para ir de Quito a Popayán, donde se encuentra. El 15 de agosto, al saber de ese Mensaje enviado por García Moreno el 10 al Congreso ecuatoriano, dirige a los ciudadanos del Cauca una proclama donde se lee: "Venid conmigo a los confines del Ecuador a afianzar la libertad y unificarnos por sentimientos fraternales con los colombianos del Ecuador, que necesitan, no nuestras armas, sino nuestros buenos oficios, para hacer triunfar el principio republicano sobre la opresión teocrática que se quiere fundar en la tierra de Atahualpa..." Así, de "opresión teocrática", califica Mosquera al gobierno de García Moreno. Y bien que sólo habla de "buenos oficios", no se ve por cual motivo avanza con todo un ejército.

García Moreno espera en Tulcán al Presidente de Colombia, durante las últimas dos semanas de agosto. Allí se entera de la proclama. Es seguro que las palabras ofensivas de Mosquera le deciden a volver a Quito. También las discusiones en el Congreso sobre el Concordato, que ya han empezado, obligan su presencia en la capital.

* * *

Desde hace algunos meses se ha venido agravando la oposición a García Moreno. El haber promulgado el Concordato le ha traído la antipatía de mucha gente, aun de algunos que pertenecen a su propio partido. Pero antes de esa promulgación, ha

ocurrido un incidente curioso que significa para García Moreno el distanciamiento político con hombres que hasta ayer fueron amigos y partidarios suyos.

En Cuenca existe un grupo de hombres inteligentes y muy cultos. Acaso lleguen a una veintena. Abogados, tienen serios conocimientos jurídicos. No les es ajena la historia ni la literatura. Producen, eso sí, harto poco. De cuando en cuando publican un artículo en *El Centinela*, que es algo así como el órgano oficial del grupo. Todos son católicos practicantes y fervientes. Pero no aceptan dos cosas: los excesos de García Moreno contra las libertades, y el Concordato. No se oponen a un convenio con Roma, pero quieren que el Estado mantenga lo que ellos consideran sus derechos. Son, pues, regalistas, como la casi totalidad de los hombres distinguidos de Hispano-américa.

El más importante de estos señores es el doctor Antonio Borrero, uno de los propietarios de *El Centinela*, hombre joven, de treinta y seis años. Sus escritos no revelan talento ni siquiera inteligencia, sino más bien mediocridad. De cualquier modo, se le respeta mucho. Se le atribuye, a más de luces, carácter y honradez. Se le llama "el Catón de Cuenca". Ha mantenido hasta ayer la mejor amistad con García Moreno, quien, cuando le escribe, le dice "mi muy querido amigo", y se despide así: "su amigo de corazón". En 1860 le ha ofrecido un ministerio o la gobernación de Guayaquil. Ahora, vacante la vicepresidencia, García Moreno, el 7 de febrero de este año 63, se la ofrece.

Pero Borrero no tiene ganas de aceptar. Siente "una repugnancia invencible". García Moreno, que le ha hecho designar candidato, insiste el 4 de marzo. Dícele que sostendrá de todos modos su candidatura. Lo que a Borrero le disgusta es, principalmente, que su candidatura deba ser propuesta y apoyada por el Gobierno. García Moreno considera que eso es legítimo, y aun que debe hacerse para evitar las consecuencias de la demagogia. En una circular dice que "cree de su deber tomar parte en la próxima elección, no de una manera solapada sino con la franqueza que acostumbran los gobiernos ilustrados, sin menoscabar por esto en nada la libertad de los electores". Él no impone candidatos ni permite el menor fraude, pero utiliza el poder enorme del Gobierno en favor de los que ha propuesto. A esto, Borrero le llama "régimen de tutela". Hay también de por medio la campaña, ya comenzada en Cuenca, en *La República* y en *El Centi-*

nela, contra el Concordato. Y probablemente también las arbitrariedades de García Moreno.

Borrero, elegido vicepresidente, renuncia con un desdén algo ofensivo para García Moreno. La amistad no se interrumpe, sin embargo. Por el contrario, García Moreno sigue empeñado en convencer a su amigo, que da como principal excusa la de sus asuntos particulares. El 19 de agosto le ruega, una vez más, aceptar. Le propone quedarse en Cuenca para atender sus asuntos particulares y no ir a Quito, como vicepresidente, sino en casos de gravísimo peligro. Y el 2 de setiembre le comunica que su renuncia ha sido rechazada por unanimidad.

¡Qué no ha hecho García Moreno por convencerle! Repróchale su egoísmo. "No hay un solo hombre de bien —le ha escrito — que no tenga motivos personales para preferir la tranquilidad de la vida doméstica y la dirección de sus propios negocios a la agitación de la vida pública". Pero si esto es razón de excusa, "no queda más arbitrio que declarar a los empleos propiedad exclusiva de los hombres sin probidad, prontos siempre a buscar en la carrera pública los medios de enriquecerse". En cuanto al Concordato, acepta que "se indiquen los defectos o vacíos de que adolezca", siempre que el Congreso lo apruebe primero en general.

No ha terminado la amistad, pero García Moreno experimenta una gran decepción ante lo que significa el distanciamiento político de quien es un amigo, un católico y el jefe de un núcleo de hombres de valer. García Moreno ha de prever que ese distanciamiento se convertirá en ruda oposición. Grande mal le harán Borrero y sus amigos de Cuenca.

* * *

El Congreso comienza a funcionar, como sabemos, el 10 de agosto. García Moreno ha de esperar con inquietud las discusiones: la mayoría le es adversa en ambas cámaras. Esto demuestra que ha habido libertad electoral, que él no ha podido en todas partes hacer triunfar a sus candidatos. Lo que ha suscitado la oposición es el convenio con la Santa Sede. Pero así como no todos los católicos, según se ha visto, están con García Moreno y su Concordato, así no todos los liberales están en contra. He aquí un ejemplo: el liberalísimo Manuel Gómez de la Torre le escribe a Borrero que irá al Senado para defender al Gobierno en el

caso de que se trate de volcarlo y que, si bien no acepta muchos puntos del Concordato, no quiere aparecer como "oposicionista".

En su Mensaje, el Presidente habla de los enemigos del Concordato. "El espíritu de partido —dice—, las tendencias irreligiosas y demagógicas, la antigüedad de los abusos, la resistencia de la rutina y los hábitos de vida escandalosa, debían, naturalmente, hacer mirar con disgusto que la Iglesia fuese libre y el clero puro". Exageraciones. Los hechos van a demostrar que no hay oposición al Concordato sino a alguna de sus cláusulas. Por si acaso, sin duda, él sostiene que ya es válido y que la aprobación legislativa sólo puede referirse a la responsabilidad del Gobierno. Ha sido ratificado y promulgado, y con autorización suficiente: la de la Convención. Y aun no autorizado — él afirma—, quedaría subsistente: es un tratado público, celebrado por un gobierno legítimo.

Sesiones del 24 y del 28 de agosto y del 1º de setiembre, en el Senado. Ni el liberal Gómez de la Torre ni el superliberal Mestanza piden el rechazo. El primero quiere que se le modifique, de acuerdo con el Santo Padre. El segundo cree que ha debido ser desaprobado; pero, una vez cometido el error, le parece obra de buena política reformarlo. Propónense varias modificaciones, que son aceptadas. En Diputados tampoco se pide el rechazo del convenio. Resuélvese que el Ejecutivo acuerde con la Santa Sede todas las reformas. No es objetado el artículo según el cual la Religión Católica será la única, ni el otro según el cual ella dirigirá la enseñanza moral y religiosa. Nadie ataca a García Moreno. Nadie ataca a la Religión ni a la Iglesia ni a la Santa Sede. Y todos se declaran católicos y reconocen que católicos son todos los ecuatorianos.

¿Cuáles son las reformas? He aquí las principales: no entrarán en el país congregaciones religiosas sin autorización legislativa; el clero tendrá un fuero especial, de modo que, en el caso de cometer un delito un sacerdote, será juzgado, no por tribunales ordinarios ni por tribunales religiosos, sino por jueces civiles especiales; el diezmo no pasará al Estado en una tercera parte, sino lo que de él sobre, después de haberse pagado los sueldos a los obispos y empleados eclesiásticos y los gastos del culto y de la beneficencia; el Patronato será ejercido más que por el Presidente, por los poderes Ejecutivo y Legislativo; y se necesitará el acuerdo del Congreso para la erección de nuevas diócesis y modificar la circunscripción de las existentes.

No parece que estas reformas hayan indignado a García Moreno. Seis meses después, él escribirá: "la verdad es que yo convine en las reformas y en aplazar la aprobación legislativa, para salvar al Concordato mismo". Dícese, aunque no se ha probado, que él mismo, reunido con algunos diputados y senadores, redactó el texto de las reformas. Ha hecho objeciones, naturalmente, que el Congreso no aceptó. La principal ha sido sobre la admisión de congregaciones. Todo demuestra que García Moreno pasa por un período de relativa tranquilidad de espíritu. Sin duda ha influído en él la aceptación del Concordato. Está en buenos términos con los legisladores. Pero ya desde meses atrás se ha advertido la disminución de su agresividad y de sus arbitrariedades. Así, Gómez de la Torre le escribirá a Borrero, el 11 de mayo: "Don Gabriel parece que ya va conociendo que su carácter violento y arbitrario iba perdiendo al país; quiere tomar el buen camino, se reconcilia con los buenos patriotas". En fin, el caso es que no toma por lo trágico las modificaciones que se han hecho a su Concordato y que el 24 de octubre lo sancionará con el regocijo de los liberales, que creen haber triunfado.

* * *

A García Moreno su carácter dominador le impide ser un obediente cumplidor de las leyes. Así, después de tanto empeño en asegurar la independencia de la Iglesia respecto del poder civil, él es el primero en violarla, el primero en ejercer fuerza contra un sacerdote. Ya lo hizo otras veces, pero entonces no existía el Concordato, su Concordato. Él cree necesario, para asegurar la libertad y la pureza de la Iglesia, que los sacerdotes sean juzgados por tribunales eclesiásticos, y no quiere que el Estado se inmiscuya para nada en orden a la disciplina del clero. Vamos a ver cómo respeta su propia ley.

Una noche, el 29 de agosto, mientras se discute en el Congreso el asunto de los fueros, sabe que un fraile dominico, el padre Calixto Zapater, se está divirtiendo en una casa de los arrabales, en donde bebe y baila con mujeres. Ordena a la Policía que se apodere del mal fraile y que lo lleve al Congreso. Así se hace. Zapater es raptado por los policianos en el indumento en que se encontraba; mangas de camisa y canzoncillos, y depositado en la barra. Pero parece que en el Congreso no se permitió introducir en el recinto al Padre Zapater. Con esta imágen viviente de la

corrupción del clero regular, García Moreno ha pretendido impresionar al Congreso para que acepte el fuero eclesiástico.

La anécdota es contada de diverso modo. Hay quien dice que el propio García Moreno llevó en ancas de su caballo al fraile y que al dejarlo en la barra dijo: "Estos son los frailes a los que quiero reformar". No falta quien afirme que el fraile fué cogido por habérsele encontrado en dirección a su casa, a donde iba para buscar una sábana de baño. Otra versión afirma que el capitán Durán, por orden del Presidente, que veraneaba en Guápulo, detuvo a uno de los frailes que no dejaban dormir con sus serenatas y algazaras y lo depositó al otro día en el Congreso con el hábito arremangado hasta la cintura, poncho, sombrero de paja, una guitarra y una botella. El narrador de esta versión refiere también cómo, veinte años más tarde, encontró en el pueblito peruano llamado Suyo a este sacerdote que era cura de la parroquia local y que maldecía de García Moreno, quien le hiciera llevar al Senado por el delito de haber dado una serenata a su Manuela, con la cual vivía y tenía catorce hijos...

Este procedimiento escandaloso de García Moreno, que ha puesto en el mayor ridículo y humillación a un sacerdote, disgusta a monseñor Tavani, el nuncio de Su Santidad. Tavani manifiesta su "más grande desagrado" en el ministerio de Relaciones Exteriores, protesta por la violación del Concordato y exige la entrega del preso. García Moreno, por intermedio del Ministro, le contesta con acritud. Dice que las trasgresiones policiales no están sujetas al fuero y reprocha al Nuncio, encargado de la reforma, el impedir que la policía reprima los escándalos de los religiosos. Tavani insiste: ha habido violación del Concordato. Afirma también ser falsos algunos pormenores sobre el fraile detenido y protesta de que él ha apoyado la reforma y no le ha puesto obstáculos. El Ejecutivo rompe relaciones con el Nuncio, que desde ahora se dirigirá directamente al Congreso.

Pero ya estaba mal García Moreno con el delegado de la Santa Sede desde unos días atrás. El Presidente le había reprochado la tardanza del Vaticano en crear las nuevas diócesis. Y como consecuencia de este cargo y de la respuesta del Nuncio, García Moreno le retiró la parte del diezmo que le correspondía, es decir, su único sueldo. ¡El católico García Moreno cortando los víveres al representante del Papa!

Sería grave error, sin embargo, confundir sus atropellos con los de Urvina. García Moreno, lejos de querer humillar a la Igle-

sia, la desea grande, perfecta, pura. Es arbitrario, a veces, con el clero por el prestigio y la virtud del clero mismo. En este sentido, es un precursor del escritor francés León Bloy, que, por amor a la perfección de la Iglesia, atacará en sus libros, con inaudita violencia, a los sacerdotes que faltan a su deber o que transigen con el espíritu de la época.

* * *

¿Y las relaciones con Mosquera? Van cada vez peor. La proclama del Presidente colombiano ha indignado a todo el Ecuador. En el Congreso, la opinión apoya unánimamente a García Moreno. El senador liberal y enemigo del Gobierno, Mariano Mestanza, declara: "La tiranía doméstica se puede sacudir más tarde; pero una vez perdida la independencia, es muy difícil restaurarla". Otro diputado quiere que, en el mensaje al Ejecutivo que enviarán las cámaras, se recalque sobre la amenaza que la proclama de Mosquera significa para la religión. El 19 de setiembre se vota en el Senado el mensaje. En él las palabras del Presidente de Colombia son consideradas como una provocación a la guerra y como un documento insultante a los fueros de una nación soberana. El mismo día, las Cámaras decretan que la República está en estado de defensa y conceden al Ejecutivo las facultades extraordinarias.

El país entero apoya con entusiasmo al Gobierno. Los habitantes de Quito le ofrecen sus personas y sus bienes. La Iglesia se desprende del diezmo y vende las alhajas de varios templos. Todas las municipalidades se adhieren a García Moreno y se manifiestan contra la unión con Colombia.

Mientras tanto, García Moreno ha designado ministro plenipotenciario ante Mosquera a Antonio Flores, hijo del general. Por los mismos días, su padre, que ha llegado a Quito, es nombrado jefe del ejército. El joven Flores celebra conferencias con Mosquera y con su ministro de Relaciones Exteriores en los últimos días de setiembre. Flores pide explicaciones por la proclama de Mosquera, y el ministro Quijano las da, pero son sencillamente ridículas, si no farisáicas: Mosquera no se refirió al Ecuador sino a Pasto... Ofrece cumplidas satisfacciones, si esas no bastan, y reclama a su vez por el Mensaje de García Moreno. Redactan un convenio sobre la unión de las tres naciones. Mosquera dirígese a Ipiales, para esperar allí al Presidente ecuatoriano, que irá, según dice Flores, acompañado del general don

Juan José. Y el plenipotenciario del Ecuador instálase en Tulcán.

Mediados de octubre. Cartas van y vienen. El ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Quijano, hace cargos a Antonio Flores y le recuerda que tiene un plazo para contestar. Respuesta de Flores: los magistrados ecuatorianos "no son postillones que se hallan a merced de ningún gobierno advenedizo". Mosquera se irrita. Les escribe a ambos Flores. Al general: "hoy he recibido un insulto oficial de tu apreciable hijo". Al hijo: su carta no le permite continuar las relaciones amistosas con el gobierno del Ecuador. Antonio Flores le pide una entrevista a Mosquera para arreglarlo todo "de manera honrosa y satisfactoria". Mosquera se ha alejado de Ipiales. Monta a caballo pero no le alcanza. Le escribe pidiéndole una entrevista: irá él con su padre. Mosquera le responde que los motivos de queja de Colombia son muy graves, pues al insulto se ha agregado la burla. Flores dícele que García Moreno y su padre están enfermos, de una epidemia catarral que hay en Quito. Protesta de que se le exija ir a donde está Mosquera. A Tulcán sólo dos leguas lo separan de Ipiales. Nuevas imprudencias del joven Flores en esta carta del 16 de octubre al Presidente de Colombia: "si yo refiriera al señor García Moreno lo que usted me ha dicho contra él en privado..." Mosquera no quiere mantener más correspondencia sobre estos asuntos y manifiesta estar enterado de haberse resuelto en Quito que vaya a la conferencia el general Flores en vez de García Moreno. Y su ministro Quijano le devuelve a Antonio Flores la carta del 16.

Nada de ésto anuncia forzosamente la guerra, ni siquiera la ruptura de relaciones. Mosquera le ha dicho a Flores que lo esperará el 19 en Túquerres. Flores no va, y ese mismo día él y Mosquera producen, cada uno, un documento agresivo. El del ecuatoriano es una protesta por los agravios que, según él, ha recibido el Ecuador. Nada hay en las palabras de Flores que Mosquera pueda considerar razonablemente como injuria. En cambio, el documento del Presidente, y que es un manifiesto a los colombianos, significa una verdadera provocación a la guerra. Habla del "insoportable despotismo" que sufre el Ecuador. ¿Y no le reprocha la flagelación de Ayarza, los destierros al Napo, las cartas a Trinité y el Concordato, al que llama "inicuo"? El convenio con la Santa Sede, que sólo compromete al Ecuador, le parece a Mosquera "una fuente de males", aun para Colombia... Y en el delirio de su sinrazón acusa a García Moreno por haber

recibido a los jesuítas que él desterró y que le parecen "una batería revolucionaria que nos obliga a estar en armas y preparados para la defensa". No se concibe una tontería mayor, que sólo el fanatismo anticlerical puede inspirar. Pero no cabe duda de que este hombre quiere la guerra a todo trance. Llega hasta decir, en su prepotencia, que García Moreno ha desoído las indicaciones de la Convención colombiana de Río Negro, vale decir, de un país extraño al Ecuador. Afirma que el Concordato traerá a Colombia —¿por qué?— la "guerra civil con el carácter de religiosa". Y termina su proclama, que parece obra de un demente, diciendo a sus compatriotas que aguarden tranquilos la llamada del clarín.

¿Qué puede venir ahora sino la guerra? ¿Puede el Ecuador transar con un gobierno extranjero que así pretende inmiscuirse en su política interna? Esa proclama ya es una declaración bélica. Y Mosquera la apoya y ratifica con los hechos: el 2 de noviembre declara zona de guerra el territorio de Pasto, Túquerres, Ipiales y Barbacoas. Este decreto, que viola un tratado de seis años atrás, según el cual, en caso de un conflicto armado entre los dos países, esa región será garantizada como libre, es recibida en Quito como el comienzo de las hostilidades. García Moreno contesta a Mosquera con otro Manifiesto, el 28 de noviembre. Días antes ha pactado con los conservadores del sur de Colombia — que no pueden soportar la tiranía roja de Mosquera — por una ayuda que no llegará a realizarse. Los enemigos de García Moreno le reprochan este pacto. ¿Y acaso Mosquera no acaba de entenderse con Urvina, a quien por esos días le ha escrito que prepare un golpe sobre Guayaquil y envíe una expedición que entre en el Ecuador por Loja?

Ha empezado la guerra. El general Juan José Flores ha penetrado en Colombia al frente de sus tropas, el 22 de noviembre. Los primeros combates favorecen a los ecuatorianos. El 6 de diciembre van a encontrarse los dos ejércitos en Cuaspud. El general Maldonado manda la división de vanguardia: mil doscientos hombres que componen tres batallones y un escuadrón de un regimiento de Lanceros. Flores le ordena situarse en determinado lugar, y Maldonado desobedece haciendo marchar a la tropa rápidamente, hasta fatigarla, y en dirección distinta, hacia las pampas de Chautalá. Allí, lejos del grueso del ejército, del que ha venido a quedar a cuatro leguas de su retaguardia, Maldonado se expresa violentamente contra "el tirano". Los jefes y oficiales

que le oyen reprochanle esas palabras en semejantes momentos, con lo que él se calla y deja para otra ocasión su intento de sublevarse. Si Mosquera ataca entonces, la derrota del ejército ecuatoriano, dividido en dos, será completa. Una tormenta lo salva. Y cuando el 6 de diciembre Mosquera ataca, Flores puede defenderse, aunque con dificultad, porque, salvo tres batallones que combaten con valor, los demás se desbandan y muchos soldados arrojan sus armas. Triunfa Mosquera, pero no rotundamente. Ha perdido más de la tercera parte de sus hombres, muchos de los cuales se pasaron al enemigo. Y como los conservadores también se han rebelado, a él también le conviene la paz. García Moreno se la aconseja igualmente a Flores: "una paz honrosa es preferible a la victoria más brillante. Si la paz fuera humillante, la rechazaré y continuaré la guerra hasta vencer o morir". Mosquera se conduce generosamente, y el 31 de diciembre se firma el tratado de Pinsaquí. No se le impone al vencido ni entrega de territorios, ni contribución de guerra. Y todo queda como antes.

García Moreno, hombre de paz, a pesar de su carácter apasionado y un tanto belicoso, ha tenido grandes disgustos con motivo de estos conflictos. Su lugar no está en la guerra. ¿Y cómo hacer a su patria el bien con que sueña en medio de tantos contratiempos? Piensa renunciar a su alto cargo — así lo escribe en una carta, el 28 de diciembre — para volver a su "estudio favorito de las ciencias".

IX. — EN NOMBRE DEL ORDEN

Hemos llegado al año 1864, el año trágico en la vida de García Moreno. Sucesos terribles van a acontecer. Su ya viejo duelo con el general Urvina asumirá proporciones dramáticas.

¿Acompaña el pueblo a García Moreno? ¿Puede estar tranquilo el Presidente? El pueblo, sin duda, le acompaña, pero sus enemigos han comenzado a conspirar. Ya el año anterior, al iniciarse el conflicto con Mosquera, el 2 de setiembre, un joven militar intentó sublevar a la guarnición de Guayaquil. Fué conjurado el golpe. Se arrestó al culpable, que tenía en su poder papeles comprometedores. En estos manejos habían andado Urvina y sus secuaces.

Otra intentona mucho más grave acaba de fracasar durante los mismos días de la guerra. El protagonista ha sido Marcos Espinel, aquel ministro de Urvina de quien tantos horrores escribió García Moreno hace diez años. Aún no había llegado Mosquera, ya vencedor, al pueblo ecuatoriano de Ibarra, cuando Espinel y sus cómplices le escribieron. Comunicáronle sus preparativos y lo invitaron a llegar hasta el interior del país, donde —decíanle— sería bien recibido por los pueblos. Y el día del pronunciamiento, 14 de diciembre, redactaron, en la localidad de Quinche, un acta en la que se proclamaba a Urvina Jefe Superior; se acusaba a García Moreno, entre otras cosas, de promover ideas monárquicas y haber entregado la soberanía nacional a la curia romana; y se decía de Mosquera, del "hijo de Bolívar", como se le llamaba: "nos ponemos a la sombra de su protección, e invocamos el auxilio poderoso de su cabeza y de su brazo".

La intentona terminó al instante, como que sus líderes fueron detenidos por la autoridad mientras en otro pueblo buscaban firmas para el acta. Pero ha tenido graves y prolongadas consecuencias. Parece que los presos, después de entregados a los jueces, fueron colocados en la barra, y que por ésto renunció uno de los

ministros, según carta de Gómez de la Torre, que aún no es enemigo de García Moreno. Hassaurek dice que el juez de primera instancia los había ya condenado por traición cuando se les puso en la barra, y que el mismo juez protestó, afirmando que la cárcel es muy segura y que semejante castigo es inconstitucional e ilegal. García Moreno contestó que la barra no es un instrumento de tortura e invitó al juez a probarla. Hassaurek cree que el Presidente intentaba colocar en ella al juez. Pero el magistrado no aceptó. Y los presos fueron dejados allí, hasta que quiso García Moreno.

Ahora el asunto está en la Corte Suprema. La de Apelaciones también ha creído que los acusados incurrieron en delito de traición. La Corte Suprema resuelve el 15 de marzo. Dos de sus miembros consideran que hay traición y votan por que se aplique a los acusados la pena de muerte. Pero la mayoría se decide por la absolución.

García Moreno se indigna, y con toda la razón del mundo. Si llamar al enemigo que está en la frontera, y en circunstancias en que se trata un armisticio, no es traicionar a la patria, entonces nada es traición. Aparentemente, los jueces han sentenciado de acuerdo con la ley. El propio García Moreno se lo dice a Borrero: "la Corte Suprema declaró ayer que la traición de Espinel no es más que una tentativa de rebelión, y como por el Código Penal se castiga sólo la rebelión consumada, claro que no hay pena que imponerle; que, por consiguiente, toda conspiración quedará impune, pues ninguno será tan criminal como Espinel; por último queda establecido, para los enemigos del orden del país, el derecho de anarquizarlo siempre que quieran y puedan. ¡Qué escándalo y qué ignominia!"

Por esos días va a reunirse el Congreso en sesiones extraordinarias. García Moreno dice en su Mensaje que hubiera solicitado una amnistía ilimitada para los que faltaron a su deber en la pasada guerra. "Mas como la Corte Suprema — agrega sarcásticamente— acaba de conculcar la verdad y las leyes declarando que no hay traición en los traidores, el gobierno cree que la prevaricación de los jueces hace extemporánea la generosidad". Después de estas agresivas palabras, los jueces han debido renunciar o pedir el juicio político del Presidente. No hacen ni una ni otra cosa. Pero la Cámara de Diputados le contesta a García Moreno diciéndole que si los jueces han prevaricado, espera le mande las pruebas para exigirles responsabilidades. Las pruebas

todos las conocen. ¿No decía una ley del Congreso del 19 de setiembre, votada en las vísperas de la guerra, que los que "favorecieren de algún modo la invasión que amenaza a la República serán considerados traidores"? ¿No dice el Código Penal que todo el que indujere o moviere a una potencia extranjera a emprender la guerra "o cometer hostilidades contra el Ecuador, es traidor e infame y sufrirá la pena de muerte"? Lo que pasa es que los jueces, aparte de buscar la salvación de Espinel y de sus secuaces, han querido hacer un acto de oposición a García Moreno. ¿Para qué, pues, va a mandar las pruebas del prevaricato al Congreso? Otra cosa sensacional tiene resuelto hacer: presentar su renuncia. Y en efecto, el 18 de marzo arroja en el Congreso esa bomba de dinamita.

* * *

¿Cómo ha quedado García Moreno con Mosquera después del tratado de Pinsaquí?

En las mejores relaciones. Mosquera le ha comunicado el 3 de enero que tuvo el deseo de ir a Quito para conocerle personalmente. Jamás pensó en invadir el Ecuador, "pero hay acontecimientos en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, que no se pueden impedir". García Moreno le ha contestado en seguida: "La conducta noble y generosa con que se ha distinguido entre los más ilustres caudillos de América, me ha ligado a usted para siempre". Le ha hecho la confidencia de su anhelo de abandonar el poder, "no por los últimos acontecimientos sino por la convicción de que no bastan las fuerzas humanas para conciliar en estos países el orden y la libertad". Y agregaba: "donde quiera que yo me encuentre, y cualquiera que sea mi porvenir, tendré siempre el honor de ser su amigo de usted y conservar por usted la más viva gratitud".

Mosquera ha procedido con nobleza y sinceridad. El mismo día que a García Moreno le ha escrito a Urvina. Después de recordarle una carta anterior, al comenzar las hostilidades, en que le invitaba a ir a su cuartel para unirse con los liberales de Colombia y tomar parte en la guerra contra el Ecuador, decíale que hoy "las circunstancias han cambiado notablemnte", porque después de Cuaspud se ha celebrado la paz y él no podría "continuar las hostilidades contra el Ecuador". Y le aconsejaba reconciliarse con sus enemigos del Ecuador, pues "mientras no desaparezcan

nuestras divisiones, usted lo sabe bien, no podrán progresar las repúblicas americanas".

Estas palabras han fastidiado a Urvina. García Moreno, aunque vencido, ha logrado un gran triunfo. Ahora cuenta con la amistad de su poderoso vecino y sabe que Urvina, a lo menos por ese lado, no tendrá ayuda alguna. Pero no puede decirse que su prestigio como hombre y como gobernante hayan aumentado por esas guerras con Colombia. En cambio, se ha engrandecido la figura del general Mosquera.

* * *

La intención de García Moreno de renunciar a la Presidencia no es una novedad. En agosto del año anterior pensó hacerlo, para el caso de no ser aprobado el Concordato. Así se lo escribió a Borrero. El debía "salvar su honor y su decoro". A un amigo: "Desorden, anarquía, sangre y miseria: he aquí lo que contiene esa caja de Pandora... Cuando la obediencia es imposible, el retirarse es un deber tan imperioso como la necesidad". A Gómez de la Torre, antes de la paz con Mosquera: "Mi deber es, pues, en caso de que Mosquera, como lo espero, haya aceptado las proposiciones de paz, retirarme definitivamente del mando". A Borrero, el 6 de enero, decíale lo mismo, y agregaba: "Estoy cansado; no puedo hacer el bien ni impedir el mal, al menos de un modo legal. Nuestra Constitución y leyes están calculadas más bien para producir las crisis que para conjurarlas". Enumeraba sus fracasos: la reforma del clero, que atribuye al odio contra el Concordato; la de la instrucción pública, "porque tuvieron miedo de que yo hiciera estudiar a las generaciones nuevas"; y la económica, que impidió hacer la carretera en tres años. Para todo progreso ha encontrado resistencia y encono. Y exclamaba, en sincero arranque: "¡Basta ya de lucha!"

La noticia de que el Presidente ha renunciado produce el pánico en todo el país. La familia del general Flores, poderosa por su influencia en diversos medios, había logrado de García Moreno que la postergara hasta la reunión del Congreso. He aquí algunas palabras del texto presidencial: "Hoy que la paz está sólidamente restablecida, no debéis ni podéis impedirme que realice mi propósito". Términos enérgicos, que evidencian el franco deseo de abandonar el poder. Pero el Congreso, inaugurado el 18 de marzo, no trata la renuncia. Y entonces el 22, el ministro del Interior urge a la asamblea para que lo haga.

Ahora se está discutiendo la renuncia. Este Congreso Extraordinario, como le llaman, y que no es sino el Congreso ordinario reunido en sesiones extraordinarias, parece en estos momentos menos adverso a García Moreno. Se le ha convocado para ocuparse del tratado de Pinsaquí y de la elección del vicepresidente de la República. Pero también se ocupará de otros asuntos, como por ejemplo del Concordato. ¿Qué dicen los oradores sobre la actitud presidencial? Algunos consideran que debe aceptarse la renuncia. Dos de ellos —uno de los cuales es Mestanza, que el año anterior hablara de la "tiranía doméstica"— declaran que la presencia de García Moreno en el poder es incompatible con la felicidad del Ecuador. El general Flores se manifiesta en contra. El mismo 22 de marzo se vota, y, por veintiocho sufragios contra catorce, la renuncia es rechazada.

Gabriel García Moreno seguirá, pues, siendo Presidente durante un año y algunos meses más, hasta el término de su mandato.

* * *

El Congreso sanciona varias leyes, entre ellas algunas muy importantes, y de acuerdo con los deseos de García Moreno.

En su Mensaje, el Presidente ha explicado así la derrota de Cuaspud: "Los cuerpos que corrieron, cubriéndose de eterna ignominia, estaban minados por una deserción diaria y escandalosa que habría podido contenerse si con el castigo ejemplar de algunos desertores se hubiera restablecido la disciplina; pero el castigo era imposible por haberse opuesto la legislatura de 1863 a la conservación del juicio verbal en campaña". El Congreso Extraordinario comprende que el Presidente tiene razón y restablece el juicio verbal en campaña. García Moreno vuelve a triunfar. Ha quedado demostrada, una vez más, la insuficiencia de las leyes y cómo las restricciones al poder oficial pueden ser funestas para el país.

Devuelve las facultades extraordinarias que se le dieron en setiembre del año anterior. Nadie le acusa de haberlas ejercido impropiamente. El Mensaje agrega que dentro del país se ha mantenido el orden, sin desterrar ni perseguir a ningún ciudadano, ni recurrir a empréstitos forzosos. Tampoco legislador alguno contradice esta afirmación.

Pero para García Moreno nada hay tan importante como el Concordato. En su Mensaje explica por qué, para tratar de las re-

formas propuestas, no se dirigió en seguida a la Santa Sede. No lo ha hecho porque, "presentadas las reformas como preceptos y violado el Concordato", a su pesar, "por el restablecimiento de los recursos de fuerza en la ley de procedimiento civil, la misión sería inútil y la negociación imposible". Y agrega estas bellas palabras, y que significan un verdadero reproche a los legisladores: "Si se tratase de un convenio con el más pequeño, débil e insignificante Estado del globo, no permitiríais que el Ecuador se deshonrase violando o alterando ninguna de sus estipulaciones, ni menos pretenderíais imponerle a ese Estado como obligatorias las modificaciones que, por la esencia misma de los contratos, no pueden fundarse sino en el consentimiento recíproco y libre. ¡Y habríamos de faltar a la fe pública y mancillar el honor nacional cuando se trata de la primera, de la más grande autoridad moral del mundo! ¡Y olvidaría un pueblo católico los vínculos que le unen con el centro y alma de la unidad religiosa, y los olvidaría hasta el punto de negar al Padre Santo el respeto y consideraciones que concedería al Jefe de la menor de las repúblicas!" No quiere que a la Santa Sede se le presenten, como intimación de un sitiador, las reformas que han de ser materia de negociaciones. No quiere tampoco que subsistan los recursos de fuerza, que sirven para "favorecer la impunidad y alentar los desórdenes de los eclesiásticos delincuentes". Intimar las reformas y al mismo tiempo violar el Concordato es el mejor modo de que no se reforme y "de preparar sordamente la ruptura de la unidad religiosa y el cisma de la República". Y termina con esta enérgica manifestación católica: "pero vosotros, el pueblo y yo, lejos de dejarnos arrastrar a esa extremidad horrible y desgraciada, conservaremos ilesa la verdadera fe de nuestros mayores, aun a costa de nuestra propia vida". En estas palabras hay dos conceptos importantes: el de la unidad del Ecuador, la que no puede existir sino dentro del catolicismo; y el de la identificación del Concordato con la fe religiosa.

García Moreno obtiene del Congreso casi todo lo que desea. Los representantes han evolucionado. Uno de ellos llega a confesar su conversión político-religiosa. En el Senado sólo hay un enemigo: Mestanza. El Congreso resuelve que el Ejecutivo se dirija a la Santa Sede, no imponiendo las reformas al Concordato, sino "suplicándole respetuosamente" que se digne acceder a ellas; y que quedarán derogados los recursos de fuerza apenas la Santa Sede consienta en la supresión del fuero ecle-

siástico. Pero no es García Moreno quien quiere esta supresión, sino el Congreso, cuyas resoluciones él debe cumplir.

Comienzan en Roma las conversaciones entre Antonio Flores, enviado por García Moreno en calidad de ministro plenipotenciario, y los representantes papales. García Moreno hace saber a la Santa Sede cómo algunos obispos y parte del clero se han opuesto al Concordato. Y se queja del Nuncio, que ha sido condescendiente con los Obispos; que no se ha ocupado de la división de las diócesis, perjudicando así al Concordato; y cuya conducta ha fortalecido a los regalistas. García Moreno es más católico que los obispos y que el Nuncio y más papista que el Papa. Es más severo con los sacerdotes que el Papa y que el Nuncio. Él está por los procedimientos enérgicos, casi quirúrgicos. El Nuncio y el Papa están por los procedimientos suaves, por la persuasión, por que la reforma del clero se haga sin ruido. Cuéntase que una vez discuten García Moreno y el representante de Su Santidad en la Nunciatura cuando entra un oso domesticado, de propiedad de monseñor Tavani. "Mire usted —observa el prelado— cómo hasta los animales feroces se domestican con el buen modo". Y García Moreno le contesta: "Es que ese oso no ha sido fraile".

En los últimos meses del año, Flores conseguirá de la Santa Sede todo esto: la abolición del fuero eclesiástico; la mitad del diezmo para el Estado; la fijación del presupuesto para las diócesis; la obligación de los obispos de ponerse de acuerdo con el Gobierno para admitir nuevas congregaciones; un donativo de la Iglesia por los dos años pasados y por los dos que vendrán, el segundo de los cuales será de cerca de doscientos mil pesos; la conformidad con que el derecho de Patronato se regule según las leyes que dictará el Congreso; y la aceptación obligatoria de los maestros primarios por los obispos, que sólo podrán oponerse a su nombramiento en caso de que el examen resultara insuficiente. Más tarde será todo esto modificado por el Congreso, aunque ligeramente. Y las negociaciones sólo quedarán terminadas en 1866, cuando ya García Moreno habrá terminado su gobierno.

* * *

Los conspiradores del Quinche, que debieron ser absueltos por culpa de la Corte Suprema, han vuelto a las andadas. Espinel, apenas en libertad, se fué a Guayaquil, para organizar una

nueva conspiración. Desde Guayaquil comunicóse con Urvina, que permanece en el Perú, y se entendió con Pedro Carbo. Logró seducir a un general y agrupar a algunos descontentos. El plan comprendía toda clase de recursos, hasta el incendio, el saqueo y el asesinato. El 20 de marzo se lanzaron a la revolución. Atacaron el cuartel. Pero la guarnición los rechazó y restableció el orden.

Pocas semanas después, el presidente García Moreno da parte al Congreso de lo ocurrido. Reclama atribuciones "a fin de cortar de raíz el cáncer que amenaza devorar la sociedad, de salvar a la República y responder del orden interior". García Moreno ha de temer que vuelvan aquellos tiempos de Flores y de Rocafuerte en que había ocho o diez revoluciones por año. Para cualquier gobernante, eso es intolerable. Aparte del peligro de perder sus bienes y su vida, ¿cómo realizar obra alguna en tan atroces circunstancias? Es de imaginarse lo trágica que será una situación semejante para García Moreno, que tiene la pasión del orden y la pasión del progreso. ¿Ve venir él un período de revueltas y de conspiraciones? Sus palabras lo revelan. El ha palpado el cáncer que amenaza devorar a la sociedad y considera urgente extirparlo. Quiere salvar a la República. Pero para esto necesita que el Congreso le conceda amplias facultades. ¿Qué hará si no sucede así? Ahora ya no se puede retroceder. Ahora, estando de por medio la salvación de la patria, de la Religión y de la sociedad, él no abandonará el poder. Hacerlo equivaldría a dejarle su lugar al enemigo. De modo que, con autorización del Congreso o sin ella, él salvará a la República, extirpará el cáncer de la anarquía. Pero el congreso, por ley del 14 de abril, le concede las facultades extraordinarias que pide.

Mientras tanto, y acaso por última vez, procede con clemencia. Indulta a los fracasados conspiradores de Guayaquil, salvo a algunos que tienen condenas por delitos comunes. No fusila ni destierra a nadie y deja en libertad a Espinel. Ha ensayado, como se ve, desarmar a sus enemigos por la benevolencia. Esto demuestra que es muy humano. Su cristianismo lo empuja a la misericordia. Pero fracasa. Esos indultados van a rebelarse otra vez, y muy pronto. Está de Dios que para gobernar al Ecuador se hace necesaria la dura mano de Rocafuerte. El gran Presidente fusiló en sus cuatro años de gobierno a sesenta y dos personas. ¿Tendrá que hacer lo mismo él, Gabriel García Moreno, el gobernante católico? No cabe duda de que en

lo hondo de su alma ha comenzado ya el primer acto de una cruel tragedia moral.

* * *

Durante las primeras semanas del 64, nada pareció preocupar tanto a García Moreno como las elecciones para vicepresidente. Su candidato era Rafael Carvajal, uno de sus ministros, cuya elección ha sido aprobada por el Congreso el 22 de marzo, el mismo día en que se rechazó la renuncia presidencial. Ha logrado imponerlo, pero debió luchar contra varios rivales. Uno de ellos, poco peligroso, era el general Maldonado, el perpetuo revolucionario. Otro, mucho más serio, era Manuel Gómez de la Torre. A García Moreno le alarmó este candidato. Lo supuso "aliado con Espinel", vale decir, con Urvina. Gómez de la Torre le escribió a Borrero, el 21 de febrero, ya realizadas las elecciones, que si llegaban tantos votos, como se anunciaban, de Cuenca, Loja y Manabí, Carvajal sería el vicepresidente, "a pesar de haber sido rechazado hasta por los mismos íntimos amigos del Gobierno y aun de los parientes inmediatos de don Gabriel". Agrega Gómez de la Torre: "Don Gabriel, que estaba moderado, al ver que su candidato había sido rechazado completamente en los pueblos donde le conocían, se ha puesto insolentísimo, amenazando con el destierro y el látigo a los impresores de las hojitas volantes que han circulado en los días de elecciones". Este señor Gómez de la Torre, que así habla ahora de García Moreno, desterró en 1848, siendo ministro del Interior, y según lo dijo él mismo en el Mensaje al Congreso, ciento cuatro personas...

Ahora, triunfante ya Carvajal, por cerca de seis mil votos, le preocupan a García Moreno las elecciones para diputados, y también, aunque todavía sobra tiempo, las elecciones presidenciales. La primera persona en quien piensa para que le suceda es don Jerónimo Carrión. A Borrero escríbele el 16 de marzo: "yo no encuentro más candidaturas posibles que la de Carrión o la de Malo". A los dos les reconoce "probidad", que es para él la primera condición del gobernante. Por su firmeza de carácter prefiere a Carrión. Parece que la primera confidencia sobre esta candidatura se la hace a Borrero: "todavía no quiero exhibirla, porque deseo consultar la opinión de usted y otros amigos, así como la del señor Carrión". A Benigno Malo le supone débil, y teme que con él la República fuese "otra vez

la fácil presa de la escuela de Urvina". Pero la candidatura de Carrión no es aceptada por Borrero ni por nadie. El mismo García Moreno le habla a Borrero el 23 de abril, desde Guayaquil, de la "resistencia universal" hacia su elegido. Ahora teme "que si Carrión sale de Presidente, u otro del interior, la restauración de los malvados urvinistas" sea "pronta e inevitable". No queda más remedio que cambiar de candidato, y "como Carbo es inaceptable por sus ideas religiosas y lugareñas" ha aceptado a José María Caamaño. Al gobernador de Cuenca, García Moreno le escribe que no ha podido negarse a admitir esta candidatura y le pide aceptarla y trabajar por ella, "de un modo leal y decoroso".

Las elecciones para diputados y senadores van a realizarse en mayo. A su amigo Carlos Ordóñez, que vive en Cuenca, le dice, el 23 de marzo: "Como patriota y amigo, debe usted no descuidarse en las próximas elecciones de mayo". Quiere que se ponga de acuerdo con el Gobernador, el Obispo, el jefe de la guarnición, el señor Carrión y demás amigos, para evitar que la provincia sea "mal representada" en el congreso. Para estos manejos preelectorales le sirve el clero. A Borrero le escribe Juan León Mera, un escritor distinguido, que más tarde se hará íntimo de García Moreno, a propósito de "las maquinaciones en que anda el clero con el objeto de aprovechar las próximas elecciones, obtener mayoría del Congreso ordinario, sostener el Concordato y todas sus pretensiones"...

García Moreno es por naturaleza un gobernante elector, pero en estos momentos tiene motivos especiales para imponer sus candidatos. Hasta entonces no ha tenido un congreso enteramente adicto, y lo necesita para sus fines. Ha llegado el instante de conseguirlo, y no cabe duda de que, salvo la falsificación de las actas eleccionarias y el robo del voto, empleará todos los medios para triunfar.

* * *

Un incidente ocurrido en Cuenca, y relacionado con la preparación de las listas de candidatos, tendrá desagradables consecuencias para García Moreno. Va a perder otro de sus fieles amigos y correligionarios, que pasará a engrosar el fuerte núcleo opositor.

El gobernador del Azuay, la provincia del sur que tiene por capital a Cuenca, es su condiscípulo Manuel Vega. El lo ha

confirmado en el cargo, que ocupa desde el 60 y en el que Vega ha aumentado su prestigio intelectual y personal. García Moreno le ha escrito varias veces, a fin de que intervenga en la formación de las listas de candidatos. En una carta le dice: "Ahora importa mucho el influir para que sean nombrados en mayo próximo buenos senadores y buenos representantes, porque, de otro modo, si el partido de Urvina llegara a obtener la mayoría en las cámaras legislativas, podría anular arbitrariamente las elecciones populares y lanzar al país en la más espantosa anarquía". Vega no encuentra nada irregular en esto, y él mismo dirá después, hablando de las elecciones: "en todas ellas trabajé con mi conciencia y con mis convicciones en el sentido que favorecía las miras del Gobierno".

Pero ahora, en vísperas de las elecciones de mayo, se ha producido entre las personas adictas al Gobierno una disidencia. El Obispo tiene una lista y el Gobernador otra. La del Obispo está formada por partidarios del Concordato y en ella figuran algunos eclesiásticos. La del gobernador Vega está formada por personas de las que García Moreno considera "regalistas" y que, sin dejar de pertenecer al partido que gobierna, no están conformes con ciertas arbitrariedades del Presidente. Los dos bandos no intentan ponerse de acuerdo y van, cada uno con su lista, a las elecciones. Llega el momento del escrutinio, función que corresponde al Consejo Municipal. Un asistente a la barra — nada menos que el jefe de Policía — pide la eliminación de las listas de aquellas personas que ocupan cargos y las cuales, según las leyes, no pueden ser elegidas. Esas personas pertenecen a la lista episcopal, y el Consejo las elimina. Los partidarios del Obispo, naturalmente disconformes, encuentran el modo de promover una cuestión: pretenden que la Junta Provincial, donde ellos predominan, niegue al Consejo toda competencia para juzgar sobre la calificación de los representantes. Importa poco que sepamos quien tiene la razón. Tal vez la tenga la Junta. El caso es que algunos miembros de la Junta piden verbalmente al Gobernador que les permita reunirse en la Casa de la Gobernación. Como Vega no consiente, se traban en palabras; y luego hay otros incidentes de menor importancia. La Junta comunica lo ocurrido a García Moreno, y, entre otros cargos, acusa al gobernador Vega de haberse opuesto a su reunión.

Han pasado varios días. El ambiente se ha tranquilizado. Los partidarios del Obispo han comprendido que para ellos las

elecciones estaban perdidas, aun sin la eliminación de algunos de sus candidatos. Pero al saber en Quito los sucesos, García Moreno se exaspera, y, en uno de sus frecuentes arrebatos, hace dirigir a Cuenca dos oficios. Por el primero, suspende en su cargo a Vega; y por el otro, ordena que se le procese criminalmente. El proceso se funda en "los abusos" cometidos por Vega "con el objeto de que triunfe la lista del partido que acaudillaba". Al mismo tiempo le hace otro proceso por atentado contra la Constitución, por haber embarazado la acción de la justicia, por haberse ausentado de la capital de la provincia sin licencia del Ejecutivo y por haber encarcelado, en venganza, a un distinguido ciudadano.

Vega renuncia en un documento célebre. Dícele a su amigo de ayer algunas magníficas insolencias, que le atraen un tercer proceso. Se hace tan popular esta renuncia que hasta se la reimprime en seda y la reproduce, en inglés, el *Times*, de Londres. Vega afronta los tres procesos con energía. Ganará los dos primeros, que serán fallados, en última instancia, en agosto de este mismo año 64. Y el tercero no llegará a terminarse.

La carta de Vega es, sin duda, el ataque más eficaz que por esos días se le hace a García Moreno. Lo que a Vega más le incomoda es que el Gobierno haya enviado los dos oficios por medio del Obispo de Cuenca. Después de recordar los elogios que como gobernador ha recibido de García Moreno, le dice: "Pero, ¿quién creyera que hoy nos halláramos en los mismos tiempos de la Colonia, en los cuales bastaba el informe apasionado de un obispo para decretar, de buenas a primeras, la suspensión del gobernador de una provincia?". Juzga el haber recibido el oficio por medio del Obispado como un "nuevo y original órgano de correspondencia establecido por V. E. para entenderse con sus agentes en esta provincia". Con fina ironía agrega que él no ha podido reconocer en el Obispo y los clérigos de las diócesis "otro carácter que el de ministros de Jesucristo y nunca el de agentes electorales de V. E.". Reprocha al Presidente que, en vez de hacer respetar la autoridad, la ultraje y la deprima "por no haberse prestado a servir de torpe instrumento" del partido que acaudilla el Obispo. Dícele que ese partido, "al mismo tiempo que desde lo alto de la cátedra sagrada apoda, denigra y calumnia a V. E. apellidándole el ladrón de los diezmos y rentas eclesiásticas, es, sin embargo, el mismo a cuyo servicio ha creído V. E. que debía poner el prestigio de la auto-

ridad". Recuerda cómo García Moreno, sin que nada le ocurriera, ha podido llamar "prevaricadora" a la Corte Suprema, ultrajar y deprimir al Nuncio, multar y vejar al arzobispo de Quito, mientras él no ha podido abrir la boca para decirle al Obispo *regnum vestrum non est de hoc mundo* sin incurrir, por el solo hecho, en la pena de suspensión de su cargo.

Por todo eso, Vega le devuelve la gobernación de la Provincia, que él conceptúa será mejor desempeñada — le dice, con graciosa insolencia— "a lo menos a juicio de los agentes curiales que V. E. tiene aquí, por el notario de esta Curía Episcopal o por el pertiguero de esta santa Catedral. . .". Y termina declarando que continuará en las filas del partido a que pertenece, trabajando "en bien de la Patria y en pro de la libertad de mi país, seriamente amenazada por la tiranía teocrática, mucho más humillante y mucho más ominosa que la tiranía política". Por la "tiranía teocrática". . . Estas palabras le han de haber dolido a García Moreno.

En uno de los juicios ocurre un incidente pintoresco. Vega, que es humorista, pide que García Moreno exponga, bajo juramento, lo que considere falso o injurioso en su renuncia. El ministro del Interior contesta que, no tratándose de un asunto privado, el Presidente no puede informar. También Vega ha pedido la declaración del Nuncio por el juez, en lo que le concierne, y monseñor Tavani responde: "No me es dado, por el carácter que invisto, emitir el informe jurado que V. E. me pide". E igualmente el implacable Vega ha querido que el juez solicite informe al ex arzobispo de Quito, monseñor Ríofrío, ahora retirado de sus funciones, en Loja. Monseñor Ríofrío contesta que, en efecto, el Presidente le impuso una multa de cincuenta pesos por no haber asistido a la festividad de Cuasimodo; que pagó la multa, y que, pasados algunos meses, le comunicó el Presidente que la mandara retirar, pero que él la cedió para un objeto de beneficencia.

* * *

Junio y Julio: revoluciones urvinistas en diversos lugares del país. Entre los revolucionarios figuran Marcos Espinel y sus amigos, que el 11 de junio han sido favorecidos, por segunda vez, con el indulto de García Moreno. Días antes, el 5 de junio, los revolucionarios atacan en Montecristi, capital de la provincia

de Manabí, la residencia del Gobernador, siendo derrotados. Uno de los jefes de este movimiento es un joven de veintidós años, Eloy Alfaro, que será muchos años más tarde, y por largo tiempo, dictador. Alfaro había ido al Perú, a pedir instrucciones a Urvina, y al volver a Manabí encontróse con que el movimiento ya había empezado.

En Quito trabaja Espinel, a pesar de sus dos indultos, para echar abajo al Gobierno. Tanto estos revolucionarios como los de Manabí, aspiran a convertir a Urvina en Jefe Supremo del Ecuador, aunque en una localidad de Manabí han proclamado como tal a Pedro Carbo. El caudillo militar del movimiento es el general Manuel Tomás Maldonado. Ya conocemos a este hombre turbulento, revolucionario de profesión. Si bien apoyó al Gobierno Provisional en 1860, al cual le dió un gran triunfo en la batalla de Sabún, desde hace unos meses está en contra de García Moreno. Ha conspirado en vísperas del combate de Cuaspud, vale decir, frente al enemigo, lo que en todas las naciones del mundo es delito que se castiga con la muerte. Hubo también de rebelarse en Otavalo, a poco de firmarse el tratado de Pinsaquí. Y ahora, sin duda descontento por no haber logrado la vicepresidencia, conspira en Quito, donde quiere sublevar a la guarnición.

García Moreno acaba de tener noticia de este propósito, e inmediatamente llama a su presencia al general Maldonado, a quien estima por su valentía y por los servicios que prestara al Gobierno Provisional. No hace poco, y después de una de sus frustradas conspiraciones, García Moreno le ha hecho un beneficio importante. Maldonado quería poner a sus hijos en el colegio de los jesuítas, y, sin duda por no haber ya lugar, no lo conseguía. Recurrió entonces al Presidente, el cual influyó con los jesuítas, que nada pueden negarle, y los niños fueron admitidos en el colegio.

Ahora, los dos hombres están frente a frente. ¿Tiene ya García Moreno informes exactos del plan feroz preparado por sus enemigos? ¿Conoce Maldonado al detalle lo que han urdido Espinel y los jefes civiles del movimiento? Trátase no sólo de una revolución sino de cosas todavía más graves: el Presidente, entregado por su edecán a cierto Stillman, deberá ser asesinado por este extranjero; un tal Juan Gómez Cox deberá abrir los calabozos y la cárcel y dar armas a los delincuentes; y la ciudad será saqueada. Probablemente García Moreno aun no

sabe de estos pormenores, porque, de saberlos, su benevolencia sería suicida. Tampoco es de creer que los conozca Maldonado, incapaz de semejantes procedimientos.

¿Qué le dice García Moreno al militar rebelde? Ha sido informado de que el jefe intenta atraer para su causa a varios oficiales que estuvieron a su servicio, y le reprocha su deslealtad. Maldonado trata de defenderse. Y entonces García Moreno, según testimonios orales y escritos de quienes oyeron sus palabras, le contesta: "No quiero saber más del asunto. Yo le perdono a usted. Pero si en adelante le vuelvo a encontrar en una conspiración, por más general que usted sea le fusilo en la plaza". No, García Moreno nada sabe del asesinato que se trama. De cualquier modo, su magnanimidad, dados los antecedentes de Maldonado, asombra. "Yo le perdono a usted...". Son las palabras de un cristiano. Maldonado se retira, probablemente tranquilo. El Presidente le ha perdonado. Ahora podrá seguir conspirando en la sombra. Así lo hace con repugnante deslealtad, y mientras García Moreno le manda pagar sus sueldos, que el general no cobraba desde meses atrás, a consecuencia de sus tentativas revolucionarias.

El movimiento debe producirse el 22 de junio. La víspera, enterado García Moreno de todo, por un delator, ordena prepararse a la guarnición y prender a los cabecillas. Uno de ellos, capturado, declara ante el propio Presidente, y después de amenazársele, todo el plan de los conjurados y sus nombres. La Policía saca de las casas próximas al Cuartel de Artillería, donde estaban escondidos, a los principales culpables. Pero Espinel y Maldonado logran escaparse. Espinel consigue transponer la frontera y pasar a Colombia. Maldonado se salva "a uña de caballo", según un historiador, y se oculta en los baños del Manchángara.

No transcurre siquiera un mes cuando, el 21 de julio, los urvinistas invaden Manabí y atacan a Montecristi, su capital. Son rechazados, pero a los pocos días aparece otra partida, que consigue apoderarse de la Casa de Gobierno. Vuelven a ser vencidos. Y al mes siguiente, reorganizados, entran por tercera vez en la provincia, logrando al fin la decisiva derrota.

En el mismo julio, el 27, se ha producido una revolución en el Napo, la lejana y semisalvaje comarca del oriente. Unos revolucionarios iban conducidos al Brasil, desterrados, cuando he aquí que, en una distracción del jefe del destacamento que

los vigila, se apoderan de las armas de sus guardianes, los someten y se adueñan de la región. En el pueblo de Napo redactan una proclama, vitorean a Urvina y nombran Jefe Superior al ex comandante Pedro Jaramillo, indultado por García Moreno. Tócale la gobernación de la provincia del Oriente a cierto criminal, que estaba allí confinado desde el tiempo de Urvina. El nuevo gobierno destierra a los sacerdotes misioneros, pues no quiere soportar, según dice la resolución, la "usurpación monacal" ni permitir la "propaganda venenosa" que hacen , "con grave daño de la sociedad y de los hijos de la patria". La propaganda venenosa es la prédica del cristianismo. No cabe duda de que los rojos de Colombia han hecho escuela.

El jefe de todos estos movimientos, el verdadero jefe, es el general Urvina. ¡Terrible duelo el de este hombre con García Moreno! Hasta ahora él ha movido a su gente sin actuar por sí mismo. Pero muy pronto abandonará esta actitud. Pocas semanas más, y saldrá de la sombra para atacar en persona a las tropas de García Moreno, al frente de sus fieles y de sus enganchados.

* * *

¿Qué asuntos son esos de Méjico y del Perú de que hablan los enemigos del Presidente?

En Méjico gobierna el emperador Maximiliano. Urvinistas y liberales dicen que el Presidente ecuatoriano se ha manifestado en contra del republicano Benito Juárez y en favor del monarca extranjero. Gómez de la Torre, meses atrás, le ha escrito a Borrero que García Moreno está empeñado en reconocer al Imperio de Méjico. Acaso le parece a Gómez de la Torre una actitud antirrepublicana, tal vez antiamericana. Sin embargo, no corresponde sino reconocerle. Se trata de un gobierno de hecho, estable por el momento, y reconocido por las potencias europeas y por Wáshington. Pero García Moreno, a pesar de todo, no lo reconoce. Acúsanle los liberales de haber calificado a Benito Juárez como responsable de la demagogia rapaz, inmoral y turbulenta de Méjico. Es falso. El Presidente ecuatoriano, en su Mensaje del 63, no nombra a Juárez para nada y sólo refiérese, en general, a la demagogia mejicana. "En Méjico —decía— la guerra puede considerarse como terminada; y nuestros votos deben dirigirse ahora a que esa rica y privilegiada región de la América se constituya libremente, preservándose de los excesos

de la demagogia rapaz, inmoral y turbulenta". La palabra "libremente" es muy significativa. Lejos de ser favorable al Imperio, que ha sido impuesto por el extranjero, le es adversa. García Moreno quiere ver a Méjico gobernada por un gobierno de orden, antidemagógico y al que los mejicanos hayan elegido por sí mismos, "libremente", no por imposición extraña.

Ahora, en 1864, en esos días de julio en que el urvinismo provoca inquietudes y revueltas, García Moreno hace enviar a los gobiernos de América una circular donde les comunica que "ordenó a su representante en Méjico que no reconociese al Imperio que se ha establecido en ese país, y cesara en el ejercicio de su cargo diplomático". El 29 de octubre, el representante del Ecuador en Méjico anuncia al ministro de Relaciones Exteriores de Maximiliano que ha cesado en sus funciones por orden de su gobierno; y en la Memoria enviada al Congreso el año siguiente, por el ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, se leen estas palabras definitivas: "Establecido el Imperio en Méjico, el gobierno del Ecuador previno a su encargado de Negocios que no reconociera la nueva forma de gobierno, y aun puso término a sus funciones, a fin de arreglar su política a la que en esta parte observen las demás repúblicas americanas". No significan, tampoco, estas palabras un desconocimiento absoluto del gobierno de Maximiliano. García Moreno desea saber lo que opinan los demás gobiernos americanos, para proceder de acuerdo con ellos. No se concibe, pues, actitud más republicana y americana que la de García Moreno. Y sin embargo, setenta y cinco años después hay quien le considera como simpatizante de Maximiliano y partidario del régimen monárquico...

Compárese la actitud franca de García Moreno con la del gobierno de Wáshington. A pesar de que la doctrina de Monroe le obliga a oponerse a los avances de Francia, se declara neutral. Un diario ecuatoriano, *Los Andes*, de Guayaquil, dice, el 20 de febrero de 1864, que Méjico nada debe esperar de los Estados Unidos en defensa de la independencia y de las libertades que Napoleón III trata de arrebatarle. Y agrega estas palabras significativas: "Una cobarde neutralidad es la panacea que los señores Lincoln y Seward han hallado para obviar todas las dificultades de la política exterior; eso es lo que ha substituído a la valiente idea de Monroe, eso es lo que Méjico en su agonía tiene que esperar de los Estados Unidos, tan fuertes para con él en su pasado movimiento expansivo y anexador como en su actual egoísta

concentración". Son otros, pues, y no García Moreno, los que nada hacen por Méjico...

Algo análogo sucede con motivo del conflicto entre el Perú y España. Por deudas que el Perú no le paga, España ha ocupado, "como hipoteca", según dijo el almirante español, las islas Chinchas. Esto ha ocurrido a mediados de abril del 64. Conmoción en toda la América hispánica. La noticia llega en mayo a Quito. El gobierno ecuatoriano declara su neutralidad y se ofrece para mediar en el conflicto. Se le critica a García Moreno por esa "neutralidad". Pero Chile hace lo mismo y nadie lo encuentra mal. ¿Y cómo podría mediar sin ser neutral? García Moreno comunica a Chile su oferta de mediación y le pide que ambos países intervengan juntos. Además, el Ecuador, de acuerdo con el pedido del gobierno peruano, acepta enviar sus representantes a una conferencia americana que se proyecta reunir en Lima. La conducta americana de García Moreno es, pues, en este caso, perfecta. García Moreno, en su inclinación hacia el Perú, a pesar de ser este país el eterno enemigo del Ecuador, llega hasta soportar la impertinencia del ministro peruano de Relaciones Exteriores. Este señor replica al ofrecimiento de mediación diciendo que no puede aceptarlo porque el Perú no ha cometido ningún agravio y porque "el asunto no es de aquellos que se someten a discusión diplomática". García Moreno calla para no crear, en tan difíciles momentos, un conflicto con el pueblo hermano.

Mientras tanto, en el Ecuador hay quien quiere que se declare la guerra a España, cosa que aun no ha hecho el Perú. España ni siquiera ha aprobado todavía la ocupación de las islas Chinchas. Esto ocurre un poco más tarde. La noticia llega a Lima en agosto, y sólo en setiembre el congreso peruano autoriza al Gobierno a declarar la guerra a España, pero como último medio. El Perú no declara la guerra ni la declarará durante el tiempo que le falta a García Moreno para terminar su administración. El Perú, a principios del 65, hará un arreglo con España. Volverán las dificultades, y esta vez por culpa del populacho de El Callao y de Lima, que asaltan a oficiales de los buques españoles. Pero la guerra no será declarada sino varios meses después del descenso de García Moreno del poder. Sus enemigos, con todo, le acusan de traición a la América. ¿En dónde está la traición? Eso basta para mostrar con qué pasión

se le ha juzgado y se le juzga todavía, contra la verdad de todos los documentos.

Alguien preguntará: ¿y los Estados Unidos y la doctrina de Monroe? Los Estados Unidos, por esta vez, lo mismo que cuando Inglaterra y Francia atacaron años atrás a la Argentina, han envainado la doctrina de Monroe, que sólo sacan a relucir cuando conviene a sus intereses imperialistas.

* * *

Un día de agosto, el general Manuel Tomás Maldonado cae en manos del Gobierno. Buscáronle durante dos meses. Acaban de cogerle en la hacienda de Hacho, mientras se dirigía a Manabí, con objeto de huir al Perú.

Antes de caer preso, el rebelde ha recibido unas líneas del teniente Justo Robalino, donde le comunica que el general Veintemilla, jefe de la escolta que le busca, le encarga decirle, de parte de García Moreno, que se esconda o fugue "porque, si ahora cae preso, sin remedio será fusilado". Maldonado, según testigos, se rió, estrujó el papel y exclamó: "A fe de Maldonado, aunque yo conspire cien veces, tendrá que perdonarme el loco del Presidente". Agregó que si no lo hizo fusilar después de Cuaspud, no lo fusilará nunca. Se alabó de haber llamado a Mosquera y haberlo hecho vencer en Cuaspud y entrar en Ibarra. Uno de los presentes le aconsejó huir. Él le contestó: "¡Cobarde! Huya usted; lo que es a mí, el Loco es imposible que me haga fusilar".

Ahora lo llevan hacia Quito. En Guaranda, Veintemilla le da oportunidades para escaparse. "No fugo —le dice él— porque no se me da la gana, y sepa que el Loco no puede fusilarme nunca". En Ambato, un señor Holguín, de acuerdo con Veintemilla, le ofrece caballos y un guía para que fuge; y él los rechaza. Hasta llegan a dejarlo solo, sin guardia ninguna, durante una hora, mientras la mujer del general Urvina da una comida a Veintemilla. La dama le pide a Maldonado, de rodillas y llorando, que huya. Maldonado entra en el comedor y se sienta junto a Veintemilla, en vez de huir. Veintemilla se fastidia, y entonces hace engrillar al preso y llevarlo a Quito.

Es evidente que García Moreno ha querido salvar al vencedor de Sabún. Lo demuestran las líneas del teniente Robalino y la actitud de Veintemilla para con él. Veintemilla, de no proceder por orden de García Moreno, sería fusilado en el caso

de que el reo fugase. García Moreno, pues, va a resolver por razones de justicia y de disciplina, no por venganza, ni por odio, ni por innecesaria ferocidad.

Es el 29 de agosto. Ha llegado el preso cargado de grillos. García Moreno acude al cuartel y se presenta en el calabozo. Maldonado, que acaso cuenta con la impunidad, manifiéstase "altivo y desdeñoso", según un historiador. El Presidente le contesta: "No cuente usted ya, general, con jueces prevaricadores, que se burlan de la justicia absolviendo a los mayores criminales. Le dije a usted que si volvía a conspirar sería fusilado en la plaza. Prepárese usted a comparecer delante de Dios, pues mañana, a estas horas, habrá dejado de existir". Maldonado comprende que García Moreno cumplirá. Y manda llamar un sacerdote y se confiesa.

Pero el ministro de Guerra se niega a firmar con el Presidente la orden de fusilamiento, y debe renunciar. García Moreno designa entonces ministro a su cuñado Manuel de Ascásubi.

El creyente que es García Moreno pasa una noche angustiosa. Reza sin cesar. Discute consigo mismo su orden de fusilamiento. Por un lado, su piedad religiosa le inclina al perdón. Por otro, la necesidad de acabar con las revoluciones y de salvar a la patria le inducen a la inflexibilidad. Hace venir a dos personas de consejo y pídeles opinión. Habla con el hermano del reo. Por fin, resuelve mantener su orden y queda con la conciencia tranquila.

30 de agosto. Las campanas de las iglesias doblan a muerto. Córrese la voz por la ciudad entera: en la plaza de Santo Domingo será fusilado esa tarde el general Maldonado. El pueblo se entristece. En las calles, grupos de hombres y mujeres comentan doloridos el luctuoso acontecimiento que se anuncia. Maldonado es un valiente, y ha salvado a la autoridad cuatro años atrás. Y tiene esposa e hijos. García Moreno es visitado por numerosas personas que piden por la vida del general. Piden por él los amigos del Gobierno, los parientes de García Moreno, las damas de Quito, los sacerdotes. El propio Arzobispo acude en demanda de gracia. El contesta al prelado: "Si usted me asegura que incurro en pecado venial por esta sentencia de muerte, perdono a Maldonado, aun exponiendo la paz de la República". El prelado, que no puede asegurar semejante cosa, se retira entristecido. García Moreno, para terminar con las súplicas incesantes, se encierra en su despacho y da orden de que no entre nadie.

Es poco más de las cuatro de la tarde. Maldonado es sacado del calabozo. Custodiado por un piquete, y con una soga al cuello, cruza las calles. Dos frailes dominicos le acompañan. Ya llega a la plaza de Santo Domingo. El cadalso donde ha de morir está levantado. Una multitud colma la plaza. Un batallón forma cuadro frente al reo. El piquete que hará fuego prepara las armas. Y el reo se arrodilla para recibir la muerte.

¡Alto! ¿Quién es esa mujer que ha roto el cuadro militar y como una loca, con los cabellos sueltos, se acerca al condenado y lo abraza entre sollozos? Los que no lo saben lo adivinan: es la esposa. La infeliz agarra la soga y con ella se enlaza a sí misma junto con su marido. Quiere morir con él. Los espectadores lloran. Hasta los soldados tienen lágrimas en los ojos. El jefe, apiadado, permite que se traigan sillas. El reo y su mujer se sientan, cambian palabras abrazados, entre sollozos. Una voz: "¡Viva el general Maldonado!". Otras voces contestan: "¡Viva!". Alguien, persona de importancia, dirígese al despacho de García Moreno, rompe la orden de no llegar ante él y pídele clemencia. El la manda arrestar. El jefe de las tropas, al ver las manifestaciones del pueblo, y acaso temeroso de un levantamiento, envía su ayudante a García Moreno. Espera nuevas órdenes. García Moreno le contesta al ayudante: "Dígale al coronel que si a las cinco de la tarde no oigo los disparos, él será fusilado".

¡Ya no queda esperanza para el vencedor de Sabún! El coronel encarga a un oficial fornido que arranque de los brazos del reo a la esposa. El oficial la levanta casi desmayada y la conduce a una casa vecina. El condenado dobla la rodilla. Lo han puesto de espaldas al piquete, pues debe morir como traidor. La voz de "¡fuego!" estremece a todos los corazones. Los soldados disparan sus armas. ¡El general Maldonado ha caído muerto! Dos personas han oído los tiros, no lejos del lugar: la esposa, que se ha desmayado, y el Presidente García Moreno. El ha estado rezando todo el tiempo, y al oír los disparos exclama: "¡la República está salvada!".

Conmoción en la plaza. Gritos amenazantes contra el Presidente. El ahora recibe a algunos amigos. Los más prudentes aconséjanle no poner los pies en la calle. Pero él tiene resuelto salir, y lo hará en seguida. Quiere terminar su obra: demostrar que sólo le ha guiado la justicia y que tiene su conciencia en paz. No le ha movido la venganza de la pasión. Dos meses atrás,

al ser descubierta la conspiración de Maldonado, le escribió a un amigo que le felicitaba por haber salvado la vida: "...He de vivir para reprimir a los facinerosos y reducirlos a la nulidad". Y más tarde, al mismo: "...Dios me guarda para tormento de los malvados y para el bien de nuestra patria, y, porque lo creo así, estoy más resuelto que nunca a sacrificarme por ella, defendiéndola de los bandidos". Por eso ha querido que la ejecución del revolucionario varias veces reincidente, del más peligroso cabecilla del país, fuese espectacular, en pleno día y en la plaza principal de Quito. Y por eso va a salir ahora mismo a la calle.

Y así lo hace. Sus amigos, asombrados de su coraje y temiendo por su vida, lo ven dejar su despacho sin compañía alguna, sin policías que le guarden las espaldas, y dirigirse a inspeccionar los trabajos de reparación de cierta calle. Al verle, la gente, atemorizada, huye. La plaza y las calles quedan desiertas. Hay quienes se encierran en sus casas y atrancan la puerta. Pero por las rendijas lo ven pasar. El va solo, caminando con menos rapidez que de costumbre. Va impávido y grave, con su mirada dirigida a lo lejos. Y todos ven en su persona una extraña grandeza, una inconmovible majestad.

¿Habrá recordado Gabriel García Moreno el fusilamiento del otro Maldonado, el comandante don Facundo, dispuesto por el gran Rocafuerte? El no lo vió, pero llegó a Quito unas semanas después del suceso, cuando seguía siendo el tema de las conversaciones. Es curiosa la semejanza entre ambos fusilamientos. Por aquel otro Maldonado también pidió todo el mundo: las mujeres, los amigos del Gobierno, el clero, los diplomáticos. Y lo mismo que don Gabriel veintiocho años más tarde, Rocafuerte fué inflexible. ¿Habrán quedado esos recuerdos en la subconciencia de García Moreno? ¿No habrá pensado ahora García Moreno en estas extrañas coincidencias? Por ese tiempo, nada se sabe sobre lo subconciente. Hoy resulta misteriosamente singular que Rocafuerte y García Moreno, dos hombres tan parecidos entre sí, hayan hecho fusilar a dos jefes Maldonado y por los mismos motivos y en idénticas circunstancias. Y dan deseos de pensar que acaso el fusilado por García Moreno debió seguir, impulsado por misteriosas órdenes de la infraconciencia, el mismo destino aciago del fusilado por Rocafuerte.

Esa misma tarde del fusilamiento, García Moreno da una proclama sensacional. Dirígese a los ecuatorianos, cuyo reposo,

propiedad y vidas "se encuentran diariamente amagados por las tentativas sin cesar renacientes de un corto número de criminales, alentados por el oro que la perfidia les arroja desde las playas peruanas, y sobre todo por la falta de represión, debida a la insuficiencia de las leyes". Recuerda los últimos conatos revolucionarios, "prueba de que por la corrupción e impunidad de unos pocos el orden público se halla en peligro". El Gobierno tiene que optar: "o deja que el orden y vuestros más caros intereses, junto con la Constitución y las leyes, sean devorados por la audacia de los traidores y sepultados en la anarquía; o asume la grave y gloriosa responsabilidad de reprimirlos por medios severos pero justos, terribles pero necesarios; e indigno sería yo de la confianza con que me honráis si vacilase un momento en hacerme responsable de la salvación de la Patria". Esto significa que García Moreno se decide por esos medios "terribles", como ha sido el fusilamiento de Maldonado. Para salvar la Constitución y las leyes, — la Constitución dice: "queda abolida la pena de muerte por delitos políticos" — está dispuesto a ordenar por sí mismo, violando la Constitución y las leyes, la muerte de los malhechores. Sus palabras equivalen, pues, a declarar la dictadura. Pero él tiene razón cuando anuncia que salvará a su patria. Y termina con estas palabras formidables, que se harán célebres: "En adelante, a los que corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo; a los peligros que hoy corre el orden, sucederá la calma que tanto deseáis; y si para conseguirlo es necesario sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme por vuestro reposo y vuestra felicidad".

El Ecuador entero sabe que estas palabras no son vanas. Sabe que García Moreno, valiente como nadie, patriota como nadie, héroe del orden, está realmente dispuesto a morir. Y sabe, sobre todo, que, en adelante, "a los que corrompe el oro los reprimirá el plomo".

* * *

El mismo día en que fué cogido el general Maldonado, desembarcó en territorio del Ecuador la expedición revolucionaria de Urvina. Los invasores se han apoderado del puerto y del pueblo de Machala y ahora han ocupado Alamor, en la provincia de Loja, que linda con el Perú.

El momento es gravísimo para el Gobierno. Urvina es proclamado, en Machala, Jefe Supremo del Ecuador. Preséntase

como el libertador del pueblo oprimido, y sus partidarios declaran colocarse bajo el protectorado del Perú. Los invasores tienen dinero, cañones, buen número de fusiles y abundante cantidad de municiones. No queda al Gobierno otra salvación que enviar al general Flores para combatir al invasor. Flores está enfermo, y de alguna gravedad. No obstante, se embarca en Guayaquil. Lleva sus tropas en dos vapores. Desembarcan en Machala. Flores queda en uno de los barcos, con un ataque de uremia. Los jefes, en tanto, derrotan a los urvinistas.

La invasión está vencida. Jefes y soldados se salvan, pasando al Perú el 22 de octubre. Pero el Ecuador ha perdido al primero de sus generales, al fundador de la patria. Este suceso ocurrió el primer día de octubre, en uno de los barcos. Para García Moreno la muerte del general significa una pérdida muy grande. "Nada encuentro en el mundo — le escribe al hijo del ilustre jefe — que reemplace al amigo fiel, decidido, previsor, sagaz, conciliador, inteligente, instruído y experimentado". Bien arrepentido ha de estar por la forma desmesurada como le combatió diez y siete años atrás. Flores ha sido muy atacado. Pero es falso que hubiese sido un tirano. Sólo puede reprochársele lo poco que hizo durante su gobierno. No está probado que quisiera alguna vez imponer a su patria el protectorado de España, ni menos implantar en ella la monarquía. Juan Montalvo, que con tanta dureza ha juzgado a casi todos los gobernantes ecuatorianos, ha escrito sobre él: "Flores, soldado de Colombia, valiente de primera clase en los combates; Flores, condecorado por Bolívar; Flores, héroe del Portete, dueño del afecto de la aristocracia de Quito; fundador de la República, lleno de fama, talento, prestigio, valor".

Por esos días hay dos nuevas revoluciones. Una, que fracasa, se produce en las proximidades del Carchi y cuenta con la protección de las autoridades colombianas de los pueblos vecinos. La otra, más seria, ocurre en la población de Cañar, situada a cuarenta kilómetros de Cuenca. Los rebeldes son amigos de Urvina y proceden de acuerdo con él. Se levantan al recibir la falsa noticia de que Urvina ha obtenido una gran victoria en el sur. Sale gente de Cuenca a combatirlos, pero los rebeldes los derrotan, reúnen más hombres y avanzan hacia Cuenca. Atacan la ciudad el 16 de noviembre. Los habitantes, que temen el saqueo de los urvinistas, se unen para defenderse. Y después de hora y media de combate, los obligan a huir.

Ahora García Moreno recorre las provincias que habían sido invadidas. Perdona a los que fueron engañados y castiga a los cabecillas. Al llegar a Cuenca, se encuentra con que uno de los jefes rebeldes, el comandante Campoverde, ha sido condenado a muerte por el Consejo de Guerra y está en capilla. Pídenle muchas personas el perdón del reo. El les contesta: "Si invocáis la justicia, probad que no es culpable. Si os mueve la caridad, tened compasión de los inocentes cuya muerte váis a causar; pues si indulto a este criminal, mañana correrá la sangre en una nueva revolución". Es el mismo concepto de don Juan Manuel de Rosas. El que hace revoluciones es culpable de la muerte de otros hombres, y, por consiguiente, debe morir.

* * *

Poco días antes de que huyera al Perú la expedición urvinista, se ha producido una nueva invasión a la provincia de Manabí. Un grupo de individuos que esta en Jipijapa ha entrado en Montecristi el 15 de octubre, en circunstancias de hallarse ausente el Gobernador. Vencidos, cinco de los cabecillas son fusilados. El Gobernador, general Francisco Javier Salazar, responde fielmente a las ideas de García Moreno.

En medio de estas revoluciones, ha ocurrido en Quito, el 6 de octubre, uno de los sucesos que más utilizarán los enemigos de García Moreno para darle fama de cruel tirano: ha muerto en su prisión don Juan Borja y Lizarzaburu.

Había sido apresado al día siguiente de la fracasada conspiración de Maldonado, de la que era uno de los jefes civiles. Al ser descubierto el movimiento, fué allanada su casa. Huyó por el techo a una propiedad vecina. Un día permaneció allí, y salió para refugiarse donde una hermana suya. Denunciado y perseguido — dícese que García Moreno había ordenado que se lo llevasen "vivo o muerto"— arrojóse, desde una azotea, a la quebrada de Manosalvas, una de las cañadas más profundas de las que cruzan la ciudad. Cayó al fondo. Tenía el cuerpo lleno de lastimaduras y una grave herida en la garganta. La versión de los enemigos del Presidente afirma que fué llevado con grillos a la cárcel y metido en un calabozo.

Juan Borja tenía cuarenta y tres años. Era descendiente de los duques de Gandía. Pertenecía, pues, a la misma familia que el Papa Alejandro, que César Borgia y que San Francisco de Borgia. Era abogado y gozaba de prestigio social e intelectual.

Los enemigos de García Moreno atribuyen su larga prisión a motivos de venganza. El 47, al saberse de la proyectada expedición de Flores, García Moreno había acusado a un hermano de Borja, que estaba en España, de complicidad con el general. Borja le contestó por la prensa. Dijo que su hermano estaba lejos de ser un aventurero; y que en cambio lo era García Moreno, que se había casado, por codicia, con una señora de sesenta años. Por esta calumnia, García Moreno habría quedado con un hondo resentimiento contra Borja. A esto se agregaría que en 1859, cuando la revolución nacional contra Robles, uno de cuyos jefes era García Moreno, Borja, gobernador de la provincia, se puso al mando de la guarnición contra el ataque revolucionario del 4 de setiembre. Fué preso y en seguida puesto en libertad, lo que García Moreno, que acababa de llegar del Perú y era uno de los triunviros, supo con notoria irritación. Al ser nombrado Jefe Supremo, García Moreno hizo procesar a Borja por aquel hecho; pero los jueces lo absolvieron. Marchóse Borja al Perú y fué intermediario entre Urvina y Mosquera. Por pedido de Mosquera, a raíz de la paz de Pinsaquí, volvió al Ecuador a principios del 64. Pasó unos meses en la provincia de Imbabura y llegó a Quito poco antes de la revolución de Maldonado.

¿Es verdad que lo pusieron en el cepo, engrillado, y que su calabozo es el más húmedo y sombrío de la cárcel? ¿Y que García Moreno le ha negado ser atendido por un médico y visitado por su familia? ¿Que se enfermó de disentería y le apareció un cáncer en una úlcera de la mandíbula? Lo que parece cierto es que, cuando el fusilamiento de Maldonado, le sacaron del calabozo para que asistiese a la ejecución. Sostenido por soldados marchaba por uno de los tránsitos de la cárcel, cuando pasó junto a él Maldonado, entre dos sacerdotes y con un crucifijo en las manos. Cuéntase que en la plaza un sacerdote le ofreció a Borja sus auxilios espirituales, con lo cual él pensó que también iba a morir. Pero nada le ocurrió. Presenció el fusilamiento de quien era su amigo desde la infancia y fué devuelto al cuartel.

Ciento seis días ha pasado en la cárcel Juan Borja. El 1º de octubre se comunicó a la familia la extrema gravedad del enfermo. Su madre, doña María Lizarzaburu, acudió a San Diego, donde estaba oyendo misa García Moreno, que acababa de comulgar. Al salir él, se le arrodilló, pidiéndole por el hijo. Pero él no consintió en dejarle salir de la prisión, ni que le visitase nadie, ni su mujer ni sus hijos. El 5 de octubre, estando Borja

casi agonizante, pudo ver en su prisión a su madre y a su hijo Luis Felipe. A las siete de la tarde, rechazó al sacerdote que le enviaban. Y a las tres de la madrugada del 6 de octubre murió.

Aun descontando la exageración adversaria, no cabe duda del proceder poco cristiano de García Moreno. Hombre de pasiones, es, naturalmente, capaz de cualquier venganza. Pero si se concibe una venganza rápida, instantánea, ordenada en un mal momento, bajo la sugestión del Tentador, no es comprensible en un católico ferviente la venganza lenta, la imposición de un martirio que dura ciento seis días. Aun tiene que andar mucho Gabriel García Moreno para arrancar de sí al hombre antiguo, para poner de perfecto acuerdo su voluntad cristiana con su conducta como gobernante, indigna, a veces, de un cristiano.

* * *

Hemos llegado al año 1865, en que terminará el gobierno de García Moreno. Hay que elegir al nuevo Presidente. El país está alborotado. Pedro Carbo aspira al alto cargo, pero acaba por desistir. La oposición se agrupa alrededor de don Manuel Gómez de la Torre. Con él, que representa el liberalismo político, están todos los descontentos, inclusive, como es natural, los revolucionarios de junio del 64. Pero Gómez de la Torre no pertenece a un partido distinto que el de García Moreno. En realidad, no hay todavía partidos. No hay partido conservador ni partido liberal. Los únicos partidos son: el gobierno y la oposición.

García Moreno resuelve imponer la candidatura del gran católico doctor José María Caamaño. Pero, por haber sido cerrado un club opositor, con el pretexto de que allí se reúne gente con "fines prohibidos", Caamaño renuncia. Si a Gómez de la Torre — les dice en una carta a sus amigos — le cierran "la vía de publicación", él se la cerrará a sí mismo. Pídele al Presidente explicar su conducta. García Moreno contesta que en ese club, "compuesto en parte de los restos de la conspiración de junio", se hablaba, so pretexto de elecciones, "de un modo insolente y sedicioso". Niega el derecho al desorden, y afirma que todos podrán "encomiar" a los candidatos que quieran y votar por ellos. Parece que a Caamaño le satisface la explicación: declara que, "de haber tenido conocimiento anticipado de la existencia de sociedades de esa naturaleza, habría aprobado las medidas del

Gobierno". Pero García Moreno ya ha escrito, el 28 de febrero, a sus amigos y a los empleados recomendando a don Jerónimo Carrión, en quien había pensado el año anterior.

En este documento singular, García Moreno reconoce haber propuesto a Caamaño y se felicita de que el propio candidato haya desengañado al país. Afirma que en la Constitución y en las leyes "no se encuentra reconocido el derecho de formar clubs" de modo que "el Gobierno tiene completa libertad de acción para tolerarlos o prohibirlos". Reprocha a Caamaño el haber reprobado esta "medida legal", con lo que demostró "cuál sería su política si mandase". Agrega: "No permita el cielo que contribuyamos a establecer una administración débil y ciega, que dejara sin freno las pasiones anárquicas y entregase el país en las manos rapaces y envilecidas de que se libertó a costa de grandes sacrificios. No permita el cielo que influyamos para que el señor Caamaño sea elegido". Y en una carta a un amigo dice de Caamaño que "se puso a halagar a los rojos, antes de ser elegido, creyendo segura su elección".

Para hacer triunfar a su candidato, García Moreno destituye a empleados y aun a gobernadores. El año anterior, en Cuenca, el gobernador destituyó al Jefe de Policía, por ser partidario de Gómez de la Torre y no de Carrión. García Moreno lo aprueba, pero luego lo exonera por ser partidario de Carrión y no de Caamaño. En Guayaquil, Pedro Carbo y otros hombres de prestigio, partidarios del candidato opositor, son invitados a exilarse. Oblígase a renunciar a dos miembros del Tribunal de Cuentas y a un Juez Letrado y a un Agente Fiscal, porque tienen amistad con Gómez de la Torre, y se les pone presos y se les amenaza con el destierro. Y los partidarios de Gómez de la Torre no encuentran quien les imprima unos volantes de propaganda, porque el Gobierno ha amenazado a los impresores.

Con estos procedimientos, no es de sorprender el triunfo de Carrión. Pero a pesar de la presión oficial, Carrión sólo obtiene catorce mil votos, contra ocho mil de Gómez de la Torre. Dícese que en algunas partes, en Cuenca, por ejemplo, los urvinistas han votado por Carrión, antiguo urvinista que reemplazó a Marcos Espinel en la vicepresidencia, durante el gobierno del general Urvina.

Con motivo de estas elecciones presidenciales, rómpese del todo la amistad entre García Moreno y Antonio Borrero. Ocurre que *El Centinela*, de Cuenca, órgano del grupo cuyas más altas

figuras son Benigno Malo y Antonio Borrero, está de parte del candidato liberal Manuel Gómez de la Torre. Ya conocemos las disidencias de Borrero con García Moreno: se negó a aceptarle la vicepresidencia de la República; desaprobó la política electoralista del Gobierno, que él ha llamado "régimen de tutela"; ha combatido al Concordato en algunos de sus detalles; y durante el conflicto con España ha criticado la política de García Moreno. Ahora, ha fustigado al Gobierno con anterioridad a las elecciones y sigue fustigándolo. García Moreno se considera atacado desmedidamente y sin respeto a su cargo, y resuelve lograr la desaparición del periódico. No lo suprimirá: recurrirá a los procedimientos más o menos legales. Llama a Quito al impresor y lo reprende. *El Centinela* contesta a esto con mayor violencia. Entonces García Moreno, que no aguanta pulgas, recurre a un artículo de la Constitución que le permite interrogar a los periodistas y, si hay causa, entregarlos a la justicia. *El Centinela* publica un artículo muy bravo, titulado *Estamos fuera de la ley*. El Presidente ordena al Gobernador detener a los directores del periódico, uno de los cuales es hermano de Borrero, y enviarlos a Quito. El Gobernador no lo hace, y es destituído, a fines de junio. Un nuevo funcionario los arresta y los envía a la Capital. Y después de tratar duramente a García Moreno, *El Centinela* deja de aparecer.

* * *

Ultimo acto del duelo entre García Moreno y Urvina. Esta vez, el general ha movido con más habilidad a sus agentes en Guayaquil. Tiene una pequeña escuadra. El 31 de mayo ocupan sus secuaces el *Wáshington*, vapor inglés entregado por su capitán mediante mil pesos al contado y diez mil a pagar. El mismo día, poco antes de la media noche, ese barco se acerca al *Guayas*, único buque de guerra ecuatoriano, que está anclado junto al malecón; y sus tripulantes asaltan a los del *Guayas* y matan a hachazos al capitán y al cocinero. Con estos dos buques, el *Bernardino*, que han traído del Perú, una goleta de que se apoderan días después y algún velero, preséntase Urvina, el 14 de junio, titulándose "Presidente en campaña", frente a la rada de Guayaquil.

García Moreno se encuentra en Chillo, enfermo del hígado, al recibir las noticias de estos sucesos. Salta del lecho, redacta varios decretos y el 6 de junio monta a caballo. Le acompaña su

ayudante. Y hace en tres días, cabalgando bajo la lluvia y el sol y aun de noche, los trescientos kilómetros que le separan de Guayaquil.

Hélo ahora en esta ciudad. Los urvinistas dominan en el Consejo Provincial, desde donde preparan la revolución. Al saber que García Moreno ha llegado, los aterrorizados consejeros se dispersan y la revolución queda detenida. El 10 de junio el Presidente promulga tres decretos: el que reconoce el estado de guerra; el que le nombra a él "jefe del ejército en campaña" y el que declara "pirática" la invasión. Sofoca dos motines en lugares próximos a la ciudad. En Jambelí, donde han desembarcado los invasores, un grupo de sus leales háceles frente, pero es vencido.

Urvina está delante de Guayaquil. Cuenta con que sus amigos se levantarán en armas y, en espera de este suceso, nada hace. El golfo de Guayaquil es una amplia entrada en forma de pera, con la punta hacia el norte. En el extremo de la punta, que es la ría de Guayaquil, se asienta la ciudad. En medio del golfo hay muchas islas, y entre las más grandes, que son las de Puná, y la tierra firme, está el canal o bahía de Jambelí. Allí, a ochenta kilómetros al sur de Guayaquil, debajo de las islas, sitúase Urvina con su escuadra, que en cierto modo queda escondida de la ciudad.

García Moreno quiere salir a combatirlo. Pero no tiene un solo barco. No lo hay tampoco en el puerto de Guayaquil. En un principio ha pensado salir en un vaporcito fluvial, el *Smyrk*, con cien hombres y dos cañones. A su mujer se lo escribe el 9 de junio y agrega: "no necesitamos tanto para tomar el *Wáshington*". Pero ha comprendido su temeridad, tal vez al enterarse de las fuerzas de Urvina, y decide esperar. Por fin, el 19 de junio fondea en Guayaquil el *Talca*, barco inglés. García Moreno se apersona ante el Cónsul británico, que es también representante de la compañía, y le compra el *Talca* en cincuenta mil libras. Empiezan a armarlo. El capitán niégase a su entrega y arría la bandera ecuatoriana y enarbola la inglesa. Echa a soldados y obreros. Acude García Moreno y le advierte que el Derecho Internacional le permite utilizar el barco, mediante indemnización. El capitán le dice que antes de arrancar la bandera inglesa tendrá que pasar por su cadáver. Entonces García Moreno, mientras clava en él su mirada de fuego, le contesta: "Y yo voy a fusilarlo en

este instante y su bandera le servirá de mortaja". Y al frente de sus soldados se apodera del barco.

Ya está listo el *Talca,* con cinco cañones y los elementos para el abordaje. Como es locura que un solo buque ataque a cinco, ha habido dificultades para encontrar técnicos. Cuando los consigue, se enfrenta a sus soldados. Sólo acepta hombres de gran coraje: "pasen a la derecha los valientes que quieran acompañarme". Son doscientos cincuenta y todos le siguen. Y en seguida — es el 24 de junio — les dirige una ardiente proclama. "Muy pronto el castigo ejemplar de los piratas dejará tranquilos a los hombres de bien". Agrega que tendrá la honra de acompañarlos, para ser testigo de su valor y de su disciplina. Sólo siente que hayan de combatir contra enemigos indignos, contra "viles piratas y asesinos, contra lo más abyecto y lo más infame".

26 de junio. Las nueve de la mañana. Desde lejos, les hace fuego el *Guayas.* García Moreno dirige hacia ese barco el *Talca* y el *Smyrk.* Al *Smyrk* lo lleva como explorador. Las dos escuadras se acercan. La de Urvina tiene cinco barcos, algunos grandes y bien armados; la de García Moreno, un solo barco mal armado y un vaporcito fluvial. Ahora va a ser el gran duelo entre los dos enemigos a muerte. ¡Fuego de todos lados contra el *Talca!* García Moreno, sin contestarles, pasa por entre ellos — ¡asombrosa audacia! — y ordena concentrar todos los tiros contra el *Guayas,* que está a trescientos metros. Le abre un boquete junto a la popa. ¡A toda máquina, contra el herido! El *Talca* lo atropella y le abre con el espolón una formidable brecha. ¡Al abordaje! Dos palabras ardientes a los soldados. Saltan al *Guayas.* Combaten a pistola, a lanza y al arma blanca. Vence García Moreno y hace trasladar los heridos a su barco, porque el del enemigo se hunde. En seguida, García Moreno ordena atacar al *Bernardino.* Combaten poco tiempo. El almirante enemigo, el ex presidente Robles, que lo comanda, huye en un bote al *Wáshington,* para encontrar a Urvina. "Todo está perdido", le dice. Abordaje al *Bernardino,* cuyos tripulantes huyen. Ahora hay que atacar al *Wáshington.* El pequeño *Smyrk* lo busca y lo encuentra cerca de los esteros de la tierra firme. El capitán del vaporcito, con coraje temerario, lo ataca. Pero Urvina, poseído por el pánico, se arroja al agua junto con Robles y sus oficiales y se salvan entre los esteros. ¡Triunfo inaudito el de García Moreno! Y realmente suyo porque ha vencido sin oficiales que le aconsejaran, sin técnicos en cosas de guerra. El, en un momen-

to de inspiración genial, ha ganado el combate, él solo, con la ayuda de sus soldados. Caen en su poder cuarenta y cinco prisioneros, armas, municiones y el equipaje y los papeles de Urvina. Y no lo atribuye a sus méritos, pues, al saberse vencedor, su primer acto es levantar los brazos al cielo y exclamar: "¡Gloria a Dios, que nos ha concedido la victoria!".

Ese día llega al puerto de Guayaquil un buque en que viaja Ricardo Palma, que viene de Panamá y se dirige al Perú. Apenas García Moreno, ya vencedor, se entera de que está en el barco su viejo amigo de Paita, va a visitarle. Viste el Presidente ecuatoriano un frac azul, abrochado, y empuña una lanza en la mano. Le pregunta a Palma si va a entrar en la revolución que se prepara en el Perú contra el presidente Pezet. Palma le contesta que no es imposible, y agrega: "También usted, don Gabriel, tiene a su Ecuador movido". Y García Moreno le contesta: "¡Oh! lo que es aquí no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambelí no me asustan. Mañana mismo daré cuenta de ellos". Y Palma, al contarle todo esto al amigo, el historiador que redactará la anécdota, ha añadido que, mientras hablaba García Moreno, le parecía reconocer en sus claros ojos, los del incansable lector de Paita, "la mirada fría e implacable de acero pavonado, de los retratos de Felipe II".

Ha triunfado García Moreno, pero ahora va a manchar su triunfo. Sinceramente convencido de que hace justicia, manda fusilar a los veintisiete prisioneros que fueron tomados por la fuerza. Lo peor es que no los fusila a todos juntos, lo que podría explicarse como un rapto de rabia o de venganza: dos son ejecutados en seguida de caer presos; doce o quince a la tarde; y el resto, al día siguiente. Eso sí, todos en el barco. Él mismo interroga a los presos y los condena o los absuelve. Quienes merecían la muerte eran Urvina y Robles, así como la media docena de oficiales que fusiló, uno de los cuales se llama Darío Viteri. Pero veinte, por lo menos, de sus víctimas, no debieron morir. Algunos pelearon por un sueldo; otros, arrastrados o engañados. García Moreno ha querido terminar de una vez con las revoluciones, pacificar a su país, amedrentar a los ambiciosos. Mas no debió castigar a la morralla sino a los jefes; y no teniéndolos, sólo a tres o cuatro oficiales.

El 28 llega a Guayaquil. Según alguno de sus enemigos dicta este bando: cárcel al primero a quien se le encuentre llorando por las víctimas, pues todos deben bendecir a Dios por el triunfo. En

seguida, ordena la prisión del abogado Santiago Viola. Entre los papeles de Urvina se ha encontrado una carta en clave que le exhibe como agente entre el jefe y sus cómplices en la ciudad. Santiago Viola es argentino. En su casa de Buenos Aires, allá por los años 37 y 38, reuníanse los jóvenes de la Asociación de Mayo. Era rico y tenía una buena biblioteca. Como todos sus compañeros, se hizo enemigo del general don Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires. Partidarios exaltados de Rosas, un día del terrible año 39, lo "calaron", vale decir, le introdujeron por cierto orificio una gruesa vela. Esto le enfermó. Huyó a Montevideo y más tarde a Guayaquil. En Guayaquil, donde tiene una casa y mucho prestigio intelectual y social, es uno de los más fervientes enemigos de García Moreno. Apenas arrestado, García Moreno lo hace comparecer a su presencia. García Moreno está rodeado de jefes militares. "Doctor Viola: ¿sabe usted la pena que merece un traidor?", le pregunta. "La muerte", contesta Viola. El Presidente le muestra las cartas y el acusado reconoce su firma. García Moreno le dice: "Doctor Viola, ya que la traición es patente y que, a su propio juicio, la muerte es el castigo de la traición, prepárese usted a ella. Será usted fusilado a las cinco de la tarde". Todo Guayaquil pide por Viola, hasta los cónsules extranjeros. García Moreno contesta que el reo morirá a las cinco de la tarde y que es necesario sentar un ejemplo. El Obispo le sugiere que esa ejecución es contraria a la ley y a la Constitución. El le declara que siendo imposible salvar al país de la anarquía tratando de gobernar según la Constitución, él gobernará según sus opiniones jurídicas y la pública necesidad. La propia madre de García Moreno pide por el preso. Conmovido, él le contesta: "Madre, pídame cuanto quiera; pero no un acto de debilidad que perdería al país". Mientras tanto, no se le permite a Viola ser visitado; ni escribirle a cierta amiga. Sólo pudo entrar una persona a la que, por tener él atadas las manos, le dicta varias cartas. Rechaza al sacerdote que le envían. A la hora fijada, lo llevan a las afueras, donde es fusilado. Niégasele sepultura cristiana por no haber querido confesarse, y a nadie se le permite asistir a su entierro.

El 30 García Moreno redacta otra proclama. Felicita a sus "compañeros" por la victoria con que el Dios de los ejércitos ha premiado su "denuedo asombroso". Las aguas ecuatorianas ya están libres de piratas. Sólo falta que a "los que se han ocultado en los bosques o hayan vuelto a su existencia de salteadores, los

extermine el brazo de la justicia, envueltos en su propia sangre". Y termina con esta terrible frase: "De hoy más, el patíbulo del malvado será la garantía del hombre de bien".

Vuelve a Quito el 16 de julio y ordena una solemne misa en la Catedral, en acción de gracias. Quiere que el Nuncio ofici- Monseñor Tavani le contesta que su ministerio es de paz, y se excusa. Y García Moreno, indignado, dispone que se le cierren las puertas de la Catedral al representante del Papa.

* * *

Unas semanas más tarde, el 7 de setiembre, García Moreno entregará el gobierno a don Jerónimo Carrión.

Su Mensaje al Congreso es una página de rara valentía. No deja de mencionar ninguna de sus represiones sangrientas. Ni trata de disminuirlas ni de defenderse. Después de enumerar los diversos levantamientos, dice: "En la alternativa inevitable de entregar el país en manos de insignes malhechores o de tomar sobre mí la responsabilidad de salvarlo escarmentándolos en el patíbulo, no debía ni podía vacilar". Y sus palabras sobre lo de Jambelí recuerdan al *Veni, vidi, vici,* de Julio César: "dejé al vicepresidente el ejercicio del Poder Ejecutivo; tomé el mando del ejército; armé en cuatro días el vapor mercante *Talca,* en el cual me embarqué el 25 de junio por la noche; y el 26 fué tomada al abordaje toda la escuadrilla enemiga, castigados de muerte los más culpables y libertada la República de la irrupción del crimen y de la barbarie".

En cuatro años, ha realizado García Moreno una extraordinaria labor. Ha ajustado las finanzas, organizado la administración, disciplinado el ejército, iniciado la reforma del clero, comenzado grandes obras públicas, fundado escuelas y colegios y concluído con el militarismo.

¿Ha sido un verdadero tirano, como dicen sus enemigos? Debe observarse que no usurpó el poder: le eligió el país entero; y que el pueblo acepta su sistema de gobierno, como lo reconoce su rival Gómez de la Torre, en carta a Borrero, al decirle que él no aspira a nada y que desea irse a Europa: "que manden otros empleando la violencia y la arbitrariedad, porque el país está acostumbrado a ese régimen y parece que no se conforma con otro". Le han acusado y seguirán acusando sus enemigos, por largos años, de haber suprimido todas las libertades. El yanqui Hassaurek dice que durante su administración no salieron

diarios. Miente este hombre. Por lo menos trece periódicos aparecían, y si se cuenta los de vida efimera se llega al número de treinta. Algunos de ellos como *La República, El Centinela* y *El Popular*, de Cuenca; y *La Crónica, La Gaceta Municipal* y *El Duende*, de Guayaquil, atacaban reciamente a García Moreno. También le combatieron *El Constitucional*, de Loja, y *La Palabra* y *La Crónica Semanal*. Algunos periódicos le hicieron perder la paciencia, que en él no es mucha; pero puede afirmarse que, en general, y a pesar de haber suprimido varias publicaciones, no fué en exceso riguroso con el periodismo. En *El Duende* —que predicaba la revolución— se le llega a llamar "monstruo de opresión, aborto infernal, hijo espúreo de la patria, estúpido tirano".

Lo que no permitió García Moreno era que se hiciesen revoluciones. Pero los enemigos suyos que no conspiraban, como Antonio Borrero, pudieron vivir tranquilos. En las Cámaras se le atacó enérgicamente. Recordemos las sesiones en que se trató el Concordato y aquella otra en que se le dieron facultades extraordinarias, cuando la guerra con Colombia, y en la que el senador Mestanza habló de la "tiranía doméstica". Ya sabemos el daño que le hizo Manuel Vega con su valerosa e insolente carta; y sin embargo, nada le sucedió a Vega. Y Pedro Carbo, que simpatizó con todas las revoluciones, ¿no vivió en Guayaquil los cuatro años del gobierno de García Moreno sin que nadie le molestase? Debe convenirse en que esta tolerancia no es la de un tirano feroz.

Fusiló a cerca de cuarenta personas, y es principalmente por estas represiones que le llamaron "tirano". ¡Y por qué no le dieron el mismo nombre a Rocafuerte, que fusiló a sesenta y dos? Sencillamente porque García Moreno es fervoroso católico y a Rocafuerte se le considera como liberal. ¿Y a cuantos fusilaron Simón Bolivar, a quien la posteridad, con razón, no consiente en tratarle como a un tirano; el general Francisco de Paula Santander, "el hombre de las leyes"; y Tomás Cipriano de Mosquera? Quienes no conspiraban nada temían. No fué así en tiempos de Urvina, a quien no se le considera tirano, en que muchos enemigos y ciudadanos independientes padecieron, en sus personas y en sus bienes, por la tiranía de los *tauras*, aquel regimiento de negros semibárbaros, colombianos en su mayoría, que formaban algo así como una escolta de Urvina y a los que él llamaba "mis canónigos", autorizando así sus tropelías.

Pero no puede negarse que García Moreno, aunque procurase el bien de su pueblo, se entrometía en la vida privada. Esto se agravará durante su segunda presidencia. Y tampoco puede negarse que fué un gobernante elector. Dejó libertad para votar, pero ¿de qué servía esa libertad si obligaba a las policías y a todos los empleados a trabajar por sus candidatos y no permitía la formación de ningún partido político? Sus extralimitaciones procedieron, en gran parte, de su temperamento despótico, pero también de su santo horror al urvinismo. Para él Urvina representaba el desorden y la anarquía, el liberalismo "rojo", las persecuciones a la Iglesia y la expulsión de los jesuítas. El pensar que las asociaciones religiosas puedan ser expulsadas, cerrados los claustros, encarcelados los sacerdotes y que se difunda la inmoralidad y el indiferentismo hacia la religión de Cristo, le aterroriza a García Moreno. Por eso odia tanto a Urvina y por eso ha tratado de exterminar a sus secuaces. En cinco ocasiones, sin embargo, concede amnistías generales. Y no solamente concede indultos individuales por sí mismo: el 23 de febrero de 1862 le escribe a Vega, gobernador de Cuenca: "oficialmente se le encarga a usted que haga respetar la amnistía del Gobierno Provisional, y además se le faculta para conceder, a nombre del Gobierno, indultos particulares". Inclusive llega hasta perdonar por dos veces a los mismos conspiradores. Pero cuando por tercera vez, en menos de seis meses, ve conspirar a los indultados, comprende que contra los urvinistas no cabe otra cosa que la máxima severidad. Sólo entonces él se torna implacable. A los grandes males que esos hombres causan a la patria y a los particulares, corresponden los grandes remedios de la represión enérgica. Y entonces fusila. Lo hace con la conciencia tranquila. Tiene la certeza de que sirve así a Dios y al Ecuador.

* * *

Ha llegado el momento, ahora que García Moreno termina su primera presidencia, de insistir en el varias veces esbozado paralelo de su carácter, de sus ideas y de sus obras con las de Rocafuerte, y de finiquitarlo. Y de establecer el parentesco que pueda tener García Moreno con otros gobernantes de América.

¡Extraña semejanza entre las de don Gabirel y Rocafuerte! Ambos tiene el carácter áspero y violento, la vehemencia, la exaltación y la ira fáciles y la franqueza militante. Ambos tienen hondo espíritu religioso. Rocafuerte va a misa con un devocio-

nario, lo que en esos tiempos de respeto humano supone profunda convicción, si bien hay en él, al contrario de García Moreno que es la ortodoxia andando, algo de herético debido a sus largos años en países protestantes. Ambos son ambiciosos del poder, pero García Moreno lo quiere para hacer el bien, mientras que al otro le halagan los honores que don Gabriel desprecia y rehuye. Como gobernantes, los dos se preocupan por las mismas cosas: las carreteras, la instrucción pública, la moral, el orden, la religión. Créesele liberal a Rocafuerte porque antes de asumir el mando, lo fué en política. Pero ¿puede ser liberal en religión quien, aparte de practicarla, prohibe "la venta y circulación de las obras contrarias al dogma"? ¿Y que establece el derecho del Poder Ejecutivo a prohibir libros "de acuerdo con la autoridad eclesiástica"? Es harto curioso que a los dos les preocupara la reforma del clero, y por las mismas razones. En uno de sus Mensajes, Rocafuerte dijo: "Los ministros del altar son los verdaderos maestros de la moral pública, los que deben enseñar al pueblo la importancia del trabajo y grabar en sus almas, con el sello de la Religión, la santidad del juramento, que es la base de la legislación y garantía de los pactos sociales". En virtud de estos motivos, Rocafuerte enuncia la urgencia de la reforma del clero antes de toda otra cosa, y dice: "La reforma religiosa ha precedido siempre a la política".

Los dos fueron auténticos "civilizadores". Tuvieron vastísima cultura. Eran escritores y oradores de garra; y grandes civilistas, lo que es fundamental en un país generalmente gobernado por militares. Distintos de los demás, amigos de decir lo que pensaban, a los dos se les llamó "el loco". Ambos eran europeizantes por naturaleza, por educación y por pasión por la cultura. No eran americanos típicos. Resultaron extraños en su país, como lo hubieran resultado en cualquier otro de América.

Pero nada asemeja tanto a estos dos seres como el amor violento que sentían por el orden y la disciplina. Ya conocemos muchas frases de los dos, de forma y de contenido idénticos. Ambos se lamentaron de la insuficiencia de las leyes, con iguales palabras. Ambos, para imponer el orden, turbado por los eternos díscolos y ambiciosos, flagelaron y fusilaron. Y el parecido es tan asombroso y misterioso entre los dos gobernantes que cada uno tuvo su Maldonado y ambos se condujeron en las circunstancias, que eran exactamente las mismas, con idéntica

energía, con la misma convicción de que así procedían para salvar al Ecuador.

Los dos se parecen a don Diego Portales. Si bien el chileno sólo permitió tres fusilamientos de revolucionarios, desterró y metió en la cárcel a muchos. Impuso el orden enérgicamente, y su odio a las revueltas le hizo decir: "Si mi padre hiciera revolución, a mi padre fusilaría". En esta pasión por el orden, los tres se emparentan con don Juan Manuel de Rosas, que escribió: "Crimen sin castigo, calamidad". García Moreno ha dicho: "Hay algo peor que un crimen, y es un crimen impune". Rocafuerte escribió numerosas frases de análogo contenido. Es el mismo concepto de la sanción el que tienen los cuatro hombres.

También Rocafuerte y García Moreno se parecen a Domingo Faustino Sarmiento, el cual es autoritario y tiene la misma pasión por la cultura, que no tuvo Rosas. El Presidente argentino cree en el principio de autoridad, en la necesidad de la jerarquía y del orden. Organiza implacablemente el exterminio de la montonera del general Vicente Peñaloza, llamado el Chacho; pone a precio la cabeza del caudillo Ricardo López Jordán; y ahoga a sangre y fuego la revolución de Entre Ríos. Quiere imponer la cultura al pueblo, quiere que todos sepan leer y escribir, exactamente como Rocafuerte y García Moreno.

Algo tiene también de parecido García Moreno con el doctor Gaspar Rodríguez de Francia, el tirano del Paraguay. Ambos imponen — García Moreno lo hará en su segunda presidencia — la misma sumisión de todos. El jefe del Estado es para los dos una especie de ente providencial. Quieren estar en todo, hasta en las pequeñas cosas. Y hacerlo todo ellos mismos, con minuciosidad, por espíritu absolutista y porque no confían en nadie. Pero el doctor Francia es harto sombrío. Don Gabriel no es tampoco alegre. Sin embargo, su fe religiosa, al ir atenuando sus exasperaciones, sus inquietudes, y, tal vez, sus remordimientos, terminará por darle un sosiego espiritual y una conformidad y una esperanza que no están lejos de la alegría interior.

Alguien le ha encontrado parentesco a García Moreno con el doctor Rafael Núñez, presidente y dictador de Colombia. En efecto, ambos son gobernantes de tipo europeo, civilizados, educadores, civilistas, enérgicos y tradicionalistas, y ambos realizan obra católica, si bien Núñez, por vivir con una mujer con la que

no está casado ni puede casarse, permanece al margen de la comunión católica. Y fuera de América, García Moreno tiene dos grandes precursores: Felipe II y el Cardenal Jiménez de Cisneros, con los cuales le une el concepto romano y católico del Estado, el espíritu "contrarrevolucionario" y la energía para defender la integridad de la fe religiosa y del dogma y la pureza de las costumbres.

X. — OPOSITOR Y REVOLUCIONARIO

El 7 de setiembre, García Moreno entrega el poder a don Jerónimo Carrión. El Congreso declara que ha merecido "bien de la patria", y su presidente dice que en cinco años él "ha hecho más bienes a la República" que cuantos "han gobernado en más de tres centurias". El pueblo lo despide, por lo menos en su corazón, con aplausos a su obra y con el sentimiento de verle alejarse del mando. La clase distinguida de Quito le dirige un mensaje donde le proclama "el primer ciudadano" del Ecuador; y diez sociedades patrióticas le regalan una medalla de oro y diamantes con una inscripción en la que le llaman "modelo de virtud". No cabe duda de que millares de ecuatorianos han de temer ahora que, estando el gobierno en otras manos que las de García Moreno, acaso en manos débiles, retornen la anarquía, la inseguridad y la miseria. Pero tampoco cabe duda de que otros millares de ecuatorianos, sin incluír en ellos a los enemigos del ex presidente, han sentido un alivio al saberle privado de los medios de despotizar.

Don Jerónimo Carrión es nada más que una buena persona. Quienes le conocen le respetan por su austeridad y su relativa ilustración. Pero nadie le reconoce envergadura de gobernante. Es unánime la opinión de que no tiene ni el talento ni la energía necesarios para continuar la obra de progreso moral y material que ha realizado su antecesor. García Moreno, que no parece poseer el don de conocer a los hombres, se ha equivocado con él. Le atribuyó carácter, cualidad de que el buen don Jerónimo carece. Eso sí, es católico de ley, y esto constituye para García Moreno la virtud primordial entre todas. Siendo católico ferviente mantendrá el Concordato y no permitirá el retorno del urvinismo al poder, ahora que Urvina y sus secuaces representan el liberalismo ultrarrojo.

Pero en lo que más se ha equivocado García Moreno ha sido

en creer que Carrión le será leal, tanto a su persona como a sus ideas. Ya poco antes de la entrega del mando, él comprendió que Carrión le sería infiel, dejándose gobernar por don Manuel Bustamante. Este señor Bustamante, pariente cercano de Carrión, es aquel con quien, hace diez y siete años, tuvo un incidente García Moreno. Además, es regalista y liberal. Tiene el don de la palabra y buena cultura jurídica. Su aspecto físico y su carácter son los de un dominador. Pero como gobernante no pretende dominar, sino, al contrario, gobernar para todos, con liberalidad. Estos son también los propósitos de Carrión, que es legalista y tímido. Desde el primer momento, la oposición sabe que habrá libertad de prensa y de reunión. Y se prepara para atacar a este gobierno de transición y, mediante la libertad de sufragio, para alcanzar el poder.

El ministro de Guerra, el general Ignacio de Veintemilla, es también enemigo de García Moreno. Aunque figure como partidario suyo, Veintemilla no ha olvidado que García Moreno, después de haber nombrado director del establecimiento de sales de Babahoyo a su hermano el coronel José, lo destituyó en 1861: por exigirlo la justicia, según dijo García Moreno, que luego le hizo procesar por incorrecciones graves.

Carrión empieza a gobernar en situación muy difícil. No cuenta con un partido propio, y tiene en su contra a los liberales y, en cierto sentido, a los conservadores, que le miran con desconfianza.

* * *

Pocos días después de haber dejado el mando García Moreno, manifiéstanse en el Congreso dos opiniones contrarias, vehementemente contrarias, sobre su obra de gobierno.

Unos, los menos, quieren someterle a juicio de residencia. Pero como los partidarios de García Moreno, lejos de demostrar inquietud, se muestran satisfechos de que se les ofrezca tan buena ocasión de defender a su ídolo, los enemigos desisten. No obstante, García Moreno, tanto por sí mismo como por el país, resuelve abandonar la política y alejarse del Ecuador. Pide permiso al Congreso. Después de algunas discusiones se le concede, pero se le ruega no ausentarse sino en caso muy necesario y para bien de la Patria.

Otros miembros del Congreso, naturalmente partidarios suyos, quieren designarle, por ley, general en jefe del Ejército,

para que colabore en el Gobierno y apoye con su prestigio a las nuevas autoridades y al orden. Esto dicen, pero más de uno desea ese nombramiento pensando que, desde el cargo de general en jefe, García Moreno tendrá a raya al Presidente y a sus ministros.

García Moreno se conduce como un buen republicano. Ha podido aceptar, en beneficio mismo de sus ideas, en beneficio del orden. No ignora que, en caso de nuevas revoluciones, sólo él podrá salvar al país. Y sin embargo, no acepta. Democráticamente, quiere dejar gobernar a Carrión, demostrar que no lo eligió para dirigirlo desde la sombra ni desde algún cargo. En cuanto tiene noticia del proyecto, se opone enérgicamente a su aprobación. El 6 de octubre le escribe al secretario de la cámara de Diputados. Desea que no se trate siquiera el asunto, aunque ya ha sido aprobado en general. E insiste en que no quiere "título ni premio de ninguna especie".

* * *

García Moreno se acerca a los cuarenta y cuatro años, que cumplirá el 21 de diciembre del 65. Su mujer, Rosa Ascásubi, tiene cincuenta y seis; pero es como si tuviera algo más, debido a su pésima salud. ¿De qué padece Rosa? Debe tratarse de algún mal crónico. Tiene también una hernia que la hace sufrir mucho.

Es posible que el permanente estado de mala salud de Rosa haya influído en el carácter de su marido. Y no sólo por lo que significa tener enferma a su mujer sino por motivos sexuales. El es fuerte y todavía joven. Diversos hechos prueban que no puede mantenerse casto. Es lógico, pues, que la falta de relaciones materiales con Rosa aumente su nerviosidad y su irritación. No sería imposible que esto hubiese contribuído, con otras causas, a alguno de sus harto enérgicos actos de represión del último año y medio de su gobierno.

Una noche de octubre de 1865, a los cuarenta días de haber dejado el poder García Moreno, Rosa se enferma. Sus dolores son atroces. El médico acude y le receta láudano. Pero la enferma muere. Es el 18 de aquel mes. Algún enemigo de García Moreno le acusa de haber envenenado a su mujer, a la que no amaba. Se funda en que el médico dejó un frasco de láudano y en la visita siguiente lo encontró vacío. Supone el enemigo del ex presidente que a Rosa se le dió todo el frasco. Pero, ¿no

pudo volcarse el contenido? ¿Y por qué creer que él mismo le ha hecho beber todo el láudano? ¿No es más probable que haya habido error involuntario de alguna mujer de la familia o de alguna criada? No suelen ser los hombres quienes se ocupan del cuidado de los enfermos.

Nadie en el Ecuador, salvo uno que otro irresponsable, ha creído en semejante infamia. Manuel y Roberto Ascásubi, hermanos de Rosa, no dejan ni por un instante de ser grandes amigos y admiradores de su cuñado. ¿Y cómo suponer que un hombre austero, un católico ferviente, puede cometer el bárbaro crimen de envenenar a su mujer? No sabe uno de qué asombrarse más, si de la imaginación y de la maldad monstruosa de quien inventó la historieta, o de la estupidez patológica de quien hoy lo repite.

Y no es exacto que García Moreno odiase o no amase a su mujer. A su amigo Carlos Ordóñez le escribe, cuarenta días después de la muerte de Rosa: "La postración de ánimo en que he quedado desde el día de mi inesperada desgracia, me ha impedido contestar antes a los amigos que, como usted, me han acompañado en mi pesar". Todo en esta frase, empezando por su "postración" revela un dolor sincero. Más adelante recuerda y agradece la bondad con que le ha acompañado en esos "horribles días". Le ruega pedir a Dios por "su virtuosa compañera", que le ha sido "tan cruelmente arrebatada" a su cariño. "A mi cariño", dice él. No es posible demostrar mayor sentimiento. No obstante, alguien que hoy cree, o simula creer, en el delito de García Moreno, ve en las palabras "horribles días" y "cruelmente arrebatada", la prueba de la culpabilidad...

Por el mismo tiempo, el 28 de noviembre, le escribe a otro gran amigo, el doctor Nicolás Martínez: "He quedado tan abatido y desconcertado desde el día de la eterna separación de Rosita, que ni a usted ni a nadie he contestado las amistosas cartas que me han dirigido. Para sobrellevar todos los trabajos me he sentido con vigor; pero ahora me he visto anonadado y sin fuerzas". Agrega que dos días más tarde partirá para Mindo, en donde, probablemente, fijará su residencia. "Necesito —dice— silencio y soledad, y las selvas de aquel valle me brindan lo que deseo".

A una vieja amiga, doña Francisca Ríofrío, a la que llama cariñosamente "mi amadísima mamá", le habla de su dolor en una carta del 29 de noviembre. "Cuánto habré sufrido —comien-

za — desde el día de mi inesperada desgracia, sólo usted, que me dispensa el cariño de una madre, puede considerar y compadecer". Revelan un padecimiento y un amor auténticos las palabras que siguen: "He perdido todo lo que hacía grata la vida, al ver arrancada por la muerte a mi cariño la virtuosa compañera que Dios me había concedido. No soy un insensato para quejarme del rigor con que me ha tratado su justicia soberana: pero mi corazón ha quedado destrozado y mi existencia completamente trastornada". Y termina con esta angustiosa frase: "Voy a buscar en las selvas de Mindo el silencio y la soledad del campo, mientras llega el silencio y la soledad de la tumba para su afectísimo y desgraciado hijo".

Le ha escrito con frecuencia a Rosa. Encabezaba las cartas llamándola "Rosita mía" o "Mi adorada Rosita". La despedida solía ser: "Recibe el corazón de tu Gabriel". A sus cuñados les ha escrito mucho, y siempre tiene en sus cartas alguna palabra cariñosa para su mujer. No se sabe de disgusto alguno entre ellos. En cartas de los meses y años que siguien le manda recuerdos a don Manuel de Ascásubi, a quien llama con afecto "don Manongo", el cual, poco después de muerta su hermana, le cede en arrendamiento — lo que basta para probar las buenas relaciones entre ambos — su hacienda *Guachalá*, cerca de Cayambe.

* * *

Como les ocurre a todos los dictadores, sus más grandes y tenaces enemigos son los hombres de letras. Es lógico. El espíritu necesita de un ambiente de libertad para poder manifestarse. Cuanto más personalidad tiene un hombre, tanto menos puede soportar la opresión. El espíritu es enemigo de la fuerza. Hay casos en que la felicidad del pueblo exige una disminución de la libertad; pero el escritor, casi siempre egoísta, no lo comprende o no lo acepta. Al obrero que debe trabajar ocho horas o más por día, poco le importa esa libertad que tanto reclaman los periodistas y los escritores: no sabe qué hacer con ella. No puede decirse, con Lenín, que la libertad sea un prejuicio burgués; pero sí que es un lujo burgués. El hombre que opina por sí mismo, o que cree que opina por sí mismo, necesita poder hablar mal de los gobiernos, exponer sus teorías más o menos personales sobre la cosa pública, criticar, juzgar, sentenciar, afirmar, protestar y chillar. Si no se le permite nada de esto, hará oposición. No se levantará con las armas en la mano porque es, generalmen-

te, cobarde. Combatirá con la pluma, en el propio país o, mejor, en el destierro. Animará a otros a que tomen las armas. Aconsejará el asesinato y buscará por todas partes enemigos a su enemigo.

Mientras García Moreno gobierna, los hombres de letras han permanecido en silencio. Pero ahora que Carrión da libertad, comienzan a atacar al ex presidente. Varios folletos aparecen durante la presidencia de Carrión. Y se combate a García Moreno en los periódicos, diciéndole, ahora que él nada puede hacerles, lo que no se atrevieron mientras gobernara.

El 10 de octubre aparece el folleto de Julio Zaldumbide titulado *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República.* Julio Zaldumbide es uno de los más bellos espíritus que haya producido el Ecuador: inteligentísimo, noble, generoso, distinguido, excelente poeta. Su familia ocupa una elevada posición social y tiene una buena casa, donde en 1852 el joven poeta recibía a sus amigos, uno de los cuales era Juan Montalvo. Zaldumbide ha sido elegido diputado y participa de las discusiones cuando se trata de enjuiciar a García Moreno.

Su folleto, sereno y escrito con rara elegancia, no es un varapalo injusto. Reconoce los méritos del ex presidente, sus "excelentes prendas". Le considera "exento de vicios, despreciador de los placeres y trabajos, impasible al atractivo de las riquezas". Entre sus "perniciosos defectos" enumera los de ser "altanero, molesto y mal sufrido". Dice que "puso la mano en todo, y, como hombre superior, lo absorbió todo en torno suyo". Gobernó él solo. "Dió muestras de justo y de cruel; de laborioso gobernante y de imprudente político". Le acusa de haber excedido las faltas que censuró en otros gobiernos. "La libertad de imprenta, que defendiera el ciudadano, el Presidente no la pudo sufrir y púsole mordaza; la libertad del sufragio era el dogma de la República que antes había defendido él con más calor que nadie contra sus apóstatas y renegados y él mismo renegó también, sobrepasando a todos en lo descarado de la apostasía. Proclamó, en fin, la insuficiencia de las leyes porque embarazaban su voluntad y se alzó con la tiranía". Le acusa de haber desterrado a diputados y senadores, de los fusilamientos, de la sumisión del Congreso. No ha ido él al Congreso para dañarle, pues ningún mal le hizo, sino por deber. Pero se ha alejado "por mejor salir de esa atmósfera de servidumbre que me oprimía el corazón y exacerbaba en mi alma el dolor de ver a la patria envilecida".

Dos meses y veintitrés días más tarde, el 3 de enero, aparece en Quito *El Cosmopolita*, de Juan Montalvo. Es una revista político-literaria, de cuarenta y dos páginas, escrita íntegramente por Montalvo. Dice el prospecto: "Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos a fuerza de callar por fuerza".

¿De dónde sale Juan Montalvo, después de cinco años de silencio, desde aquella carta juvenil que dirigió a García Moreno en 1860? Ha pasado todo el lustro en su pueblo de Ambato, dedicado casi por entero al amor. Ha hecho su querida de la hija de un comerciante adinerado del lugar, con la que tiene un hijo. No vivió con ella y los amores se mantuvieron ocultos, aunque nadie los ignoró. Murió el hijo, casóse Montalvo con su Adelaida, nacióle una hija y murió su mujer. ¿De qué ha vivido el futuro gran escritor? De lo que vivirá toda su vida: del dinero de los otros. Pasábase las horas vagando por los bosques — dice uno de sus mejores biógrafos — "y en espera de ayudas económicas extrañas". No realizaba "trabajo remunerativo alguno". Inadaptado a la existencia de hogar, fué mal marido y peor padre. Jamás demostrará cariño por su hija. Más tarde, lejos del pueblo, enviará regalitos a sus hermanas, y en las cartas y aun en algún artículo en que hable de sus sobrinos no se acordará "para nada de su hijita".

He aquí, por fin, frente a frente a los dos más grandes hombre que ha producido el Ecuador: el prosista maravilloso, el último de los clásicos de la lengua española, y el político de genio y de garra. En poco se parecen como no sea en el talento. Montalvo, como buen bohemio y como escritor, ama la libertad; García Moreno pone por encima de la libertad el bien de todos y de la patria. Montalvo tiene costumbres liberales; García Moreno es austero hombre de hogar. Ambos son vengativos, apasionados y terriblemente mordaces. Pero el político lucha, como creyente que es, contra su apasionamiento y jamás se vuelve contra sus amigos aun cuando es abandonado por ellos, como ha ocurrido con Borrero; mientras el escritor escarnece precisamente a quienes le ayudaron a subsistir. Esta diferencia se explica: García Moreno es hijo de un español y por su madre tiene sangre noble; y en cambio por las venas de Montalvo, a quien llaman "el zambo", corre sangre impura.

Aunque García Moreno ha descendido del gobierno, *El Cos-*

mopolita se ensaña con él. Pero no todo es política en el periódico. Montalvo inserta allí recuerdos de viaje, versos, y ensayos de crítica literaria. Desde el primer número se revela el eximio escritor. Su prosa es personalísima, superbrillante y de una extraña riqueza de léxico y de formas. Sin parecerse a ninguno de los clásicos del siglo de oro español, él también es un clásico. Recarga su prosa de imágenes; y entre sus méritos no figura el de la sobriedad, que tanto amamos los escritores del siglo XX. Todo lo cuenta por lo largo, sin la menor intención de ahorrar palabras. Carece de ideas, y por eso concede tanto valor a la forma. Artificioso, afectado de casticismo y clasicismo, nada tiene de americano ni de viviente. Don Juan Valera considérale como "el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado de todos los prosistas del siglo XIX". Don Miguel de Unamuno dice que no sobrevivirá porque imitó a Cervantes, sino porque, al luchar contra los tiranos, "imitó a don Quijote". Pero don Quijote jamás hubiera hecho lo que Montalvo, que llega a escribir groseras frases contra una sobrina de Urvina por haber dicho, en una reunión, que Montalvo debía ser diputado, pues para ello no era necesario ser blanco ni buen mozo.

Juan Montalvo vivirá en la historia por su enemistad contra García Moreno. Porque no ha escrito ni escribirá un verdadero libro. Es un fragmentario, un articulista. Su caso nada tiene que ver con el de Montaigne o el de Gracián, que son filósofos. Su prosa anticuada no parece a propósito para vivir mucho. Pero el odio a García Moreno y a otros dictadores le convierte en uno de los más originales y grandes maestros del insulto que haya habido en el mundo. Vivirá por su amor a la libertad y por su sinfonía de violencias verbales, de injurias y calumnias, que son sus escritos políticos.

¿Cómo recibe García Moreno los primeros ataques de su enemigo? En un artículo sobre Roma, que visitara unos años atrás, Montalvo, al evocar las ruinas del Foro, habla de que vió allí, "acurrucado, un gato negro" y un "gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía". Esto le basta a García Moreno para dos sonetos crueles que publica en diferente periódico de Quito cada uno. En uno de ellos, que contiene palabras italianas y se titula *Soneto bilingüe dedicado al "Cosmopollino"* — obsévese la malignidad del autor, al trocar *El Cosmopolita* por *El Cosmopollino* —, después de recordar lo del gato y lo del gallo, dícele que el cuento "con su pata de gallo así rema-

ta"; le pregunta si quiere que le diga lo que siente, y termina: "*Si te viste tú mismo, ya discurro —que debiste de ver también un burro*". Para comprender el otro soneto titulado *A Juan, que volvió tullido de sus viajes sentimentales*, debe recordarse que Montalvo, después de dos años en Europa, regresó reumático y con muletas. García Moreno habla del viaje, del tiempo perdido. "¡Oh desengaño" exclama. "*Dejar las tunas, el nopal, la sierra*", sólo por variar de costumbres y de teatro, y, después de fatigas y de años "*¡regresar de cuadrúpedo a su tierra— quien yéndose en dos pies volvióse en cuatro!*".

* * *

No son estos los únicos versos que ha escrito García Moreno durante los anteriores meses. Entre sus poesías figuran las traducciones de tres *Salmos penitenciales*. Se ignora la fecha exacta de estos trabajos y sólo se sabe que han sido realizados antes de la muerte de su mujer. Se ha supuesto que lo fueron en el 64. ¿Pero es posible que, en medio de las revoluciones de ese año, el año trágico en su vida, y preocupado también por el grave problema de buscar un sucesor, tuviera ánimo García Moreno para ponerse a escribir versos? Parece más lógico que los haya escrito el 65, cuando han terminado las convulsiones políticas y ya Carrión ha sido elegido Presidente.

Estas tres traducciones, que él ha hecho del latín, son tres piezas líricas de gran valor. No sorprenden por su emoción religiosa, siendo García Moreno un creyente férvido, sino por su densidad y por la excelencia de su forma. Como en las obras de los grandes poetas, las ideas y la forma van íntimamente unidas. El arrepentimiento del pecador, el dolor y la esperanza han sido vertidos con palabras hondas y fuertes y en un verso generalmente perfecto. El mejor elogio que de estos poemas puede hacerse es reconocer que parecen haber sido originalmente escritos en español. No se advierte en ellos el menor rastro de su procedencia. A cada paso el autor encuentra expresiones exactas, sobrias y profundas para traducir el pensamiento del salmista. *Nada hay sano en mi alma corrompida* —dice en el *Salmo XXXVII*, donde se lee también estos dos magníficos versos: *De dolor encorvado, la tristeza —Como mi sombra junto a mí camina*. En el *Salmo XXXI* hay estos otros, que parecen expresar su propio sufrimiento: *Me hirió tu mano y me agitó, punzante — Como espina, roedor remordimiento*. No cabe duda de que García Moreno, si

se hubiera dedicado a las letras, habría sido un gran poeta místico.

* * *

Apenas enterrada Rosa, García Moreno se prenda de una sobrina de la muerta, Mariana del Alcázar. Es una chiquilla de quince años. Enemigos del ex presidente aseguran que el mutuo sentimiento ha nacido antes, o en los mismos días, de la muerte de la esposa. Es muy posible, porque es perfectamente humano, sin que haya en ello nada vituperable para García Moreno. La necesidad vital de reaccionar contra el dolor le lleva al hombre más recto, sin darse cabal cuenta algunas veces, al consuelo de la amistad sentimental con una mujer. Y como bien sabemos, sin necesidad de aceptar las doctrinas de Freud, en toda relación sentimental entre un hombre y una mujer hay siempre un fondo amoroso.

García Moreno se casa el primer día de abril, justamente a los cinco meses y dos semanas de la muerte de Rosa. Dicen algunos de sus enemigos que el padre de Marianita le niega la mano de su hija, lo que no cuesta creer, dada la poca edad de la niña; y entonces él la rapta. Aunque los procederes violentos no repugnan a García Moreno, cuesta creer en un verdadero rapto. Lo que ha ocurrido es, seguramente, que los novios, sin que los padres de la niña lo sepan, han ido a la parroquia del Sagrario para recibir la bendición. Los casa el gobernador del Arzobispado, y son padrinos Juan Aguirre, grande amigo de García Moreno, y su esposa doña Leonor. Un periodicucho de Quito, *El Marcelino,* refiere el "abordaje matrimonial" con palabras malignas y sin nombrar a García Moreno; y termina con esta exclamación: "¡Así se casan los hombres que comulgan con frecuencia, los que no respetan el santuario de la famiila, los rígidos partidarios de la moral!". Como si fuese un pecado, o poco menos, el haberse casado sin consentimiento de los padres de la novia... En realidad, García Moreno ha apresurado el casamiento por razones de estricta moral. Su temperamento apasionado le impide la absoluta castidad, y entonces, para no caer en pecado, adelanta el matrimonio con la mujer que ama. No ha faltado a ninguna ley moral, sino, a lo sumo, a las conveniencias sociales. Y nadie en la familia de Rosa ni en la de Marianita corta relaciones con él por causa del casamiento. En una carta que le escribirá a su mujer, desde *La Ciénega,* el año

siguiente, el 13 de diciembre, le manda "mil finezas" a varias personas, entre las cuales don Manuel Ascásubi, hermano de Rosa y tío de Marianita; a Ignacio del Alcázar, hermano de ella; a las hermanas de Rosa y a las de su segunda mujer.

Apenas recibida la bendición sacerdotal, los recién casados parten a Rumipamba, cerca de la Carolina, al norte de Quito, donde pasarán la luna de miel. Pero no tarda en volver a la capital García Moreno, en donde van a darle una misión de importancia.

* * *

En los primeros días de este mismo año de 1866, el gobierno peruano ha declarado la guerra a España. Chile, por causa de la agresión al Perú, también está en conflicto con la Madre Patria. Parece, por palabras de Pablo Herrera, ministro que fué de García Moreno, que el ex presidente, antes de terminar su mandato, había hecho un pacto con Chile. De cualquier modo, se haya hecho o no ese pacto, la actitud americana de García Moreno es inobjetable; no así la del gobierno de Carrión, que, por exigencias del representante de España, quien pretendió se corrigieran ciertas expresiones de la Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores de García Moreno, se humilló diciendo que hubo en ellas una "equivocación de redacción y que deben considerarse como eliminadas". El Ecuador ha firmado en Quito un pacto de alianza ofensiva y defensiva con Chile y el Perú el 30 de enero, y el 28 de febrero ha declarado la guerra a España: un mes y medio después de haberlo hecho el Perú, que era el ofendido. Pero al Ecuador nada le sucede, al contrario que a Chile, que había declarado la guerra el año anterior, y cuyo puerto de Valparaíso es bombardeado el 31 de marzo por la escuadra española.

El 2 de mayo el heroísmo de los peruanos salva al Ecuador y a la América. La escuadra española, al mando de Méndez Núñez, bombardea el Callao. Combate de cinco horas con los barcos peruanos. Un buque español queda fuera de combate. Otro recibe cuarenta cañonazos. Una explosión mata al héroe peruano, el ministro de Guerra, coronel José Gálvez. Pero el Perú ha vencido. Y la escuadra española debe retirarse para no volver.

En Quito, terminada la lucha, trátase de enviar a Chile un representante diplomático del mayor volúmen posible; y el

Gobierno elige a García Moreno. Acaso tiene también el deseo de alejarle por un tiempo, ya que sus relaciones con él no son inmejorables y su presencia en el país puede ser peligrosa. García Moreno acepta. Incomprensible actitud. Hace apenas dos meses que se ha casado y está apasionadísimo de su mujer. En junio ya es indudable el embarazo de Marianita. ¿Por qué la deja en Quito? No parte él en busca de honores ni de sueldos. Sólo queda una explicación: su patriotismo, su deseo de servir al país, su convencimiento de que realizará una gran obra en favor del prestigio del Ecuador en Chile. Y parte el 27 de junio, cuando no hacen aún tres meses de su casamiento.

* * *

Es el 2 de julio. El barco en que viaja García Moreno llega al puerto peruano del Callao, muy próximo a Lima. Tal vez se entera, porque compra armas para él y sus acompañantes, de que unos refugiados ecuatorianos pensaron atentar contra su vida en ese pueblo y fueron descubiertos por la policía. Toma el tren a poco del desembarco y llega a la capital del Perú. Van con él Pablo Herrera, secretario de la embajada; el agregado Ignacio del Alcázar, hermano de Marianita; un hijo de Herrera, de catorce años; y una sobrinita suya, de ocho, que él lleva a Valparaíso. Apenas se detiene el tren en la estación, donde dos o tres amigos ecuatorianos lo esperan, García Moreno salta del coche y extiende la mano a su sobrinita, para que baje. En este momento, un individuo le grita: "¡Bandido, vengo a vengar la sangre de mi hermano!". Y le hace dos disparos de revólver a quema ropa. García Moreno sujeta a su agresor y, a pesar de estar herido en un dedo, lo estrecha contra un pilar. Uno de los amigos que esperaban a García Moreno y que también está herido —un balazo le ha atravesado la mano izquierda— y que había ayudado al ex presidente a sujetar al asesino, debe soltarlo. El agresor queda libre. Del Alcázar le hace fuego y lo hiere en el costado y en el brazo izquierdo. García Moreno saca su revólver, pero, en el instante en que va a tirar, se presenta la policía. García Moreno indica al asaltante para que sea aprehendido, y entonces el sujeto le arroja su arma y lo lastima en la cabeza. Con los policianos ha venido el Prefecto de Lima. García Moreno le entrega su arma cargada, a la que no le falta una sola bala. Y mientras él es acompañado al Palacio de Gobierno, el agresor es conducido a la cárcel.

¿Quién es el fracasado asesino? Llámase Juan Viteri. Es sobrino de Urvina y hermano de Darío Viteri, uno de los fusilados en Jambelí. ¿Ha procedido solo por su cuenta? Indudablemente, el deseo de vengar a su hermano fué lo que ante todo le moviera. Pero ¿cómo no pensar en que Urvina, hombre sin escrúpulos, ha atizado aquel anhelo vengador? Dícese también que la masonería limeña tuvo su parte de responsabilidad en el suceso. No se ha probado. De lo que no cabe duda, eso sí, es que el asesinato estaba planeado desde meses atrás. En la Carolina, mientras García Moreno pasaba su luna de miel, se corrió el rumor de que iba a atentarse allí contra su vida. En viaje a Guayaquil, donde se embarcaría, detúvose en Guaranda, en donde una señora que venía de Lima le aconsejó mucha cautela pues en la capital peruana se tramaba su asesinato. Parece que en las montañas por donde debía pasar para ir de Guaranda a Guayaquil fracasó una combinación para matarlo; y lo mismo en el puerto de Paita, porque él no bajó a tierra.

García Moreno permanece menos de una semana en Lima y en seguida parte para Santiago, la capital de Chile.

Mientras tanto, la justicia peruana levanta un proceso contra Viteri. Pero en Lima los ecuatorianos desterrados, voluntariamente o por el gobierno de Quito, son poderosos y traman la absolución del asaltante. Para eso pretenden probar que el ex presidente atacó a Viteri. Otros dicen que la agresión no fué premeditada sino un acto primo, propio de un muchacho de poco más de veinte años. Pero esto es falso: Viteri había recibido un telegrama en el que le anunciaban la llegada de García Moreno, y entonces se proveyó del arma. Y por otra parte, ¿por qué García Moreno había de atacar a Viteri en cuanto le vió, como afirman sus enemigos, si ni sabía quien fuese? Pero aunque hubiera descargado su arma contra el muchacho, cosa que no hizo, siempre se hubiera tratado de un caso evidente de propia defensa: Viteri lo injuriaba, lo atropellaba y tenía un revólver en la mano. La conducta de García Moreno fué lógica y prudente. No obstante, Juan Montalvo, con su mala fe habitual, tan grande como su talento de escritor, considerará a García Moreno, poco después, como el asaltante contra Viteri . . .

Viteri no fué condenado y recuperó pronto su libertad. Los enemigos de García Moreno fraguaron testimonios falsos, y sus amigos, que eran sus acompañantes y podían desmentirlos,

habían partido de Lima. Y en la segunda instancia, el tribunal de justicia incurrirá en la desvergüenza de declarar que hay lugar para perseguir a García Moreno por tentativa de asesinato...

García Moreno se ha salvado milagrosamente de la muerte. Pero el suceso parece haberle dejado una hondísima impresión. Dícese que, desde entonces, García Moreno, comienza la última jornada de su transformación espiritual: la del misticismo. Hasta entonces, desde hace poco más de diez años, ha sido un católico ferviente. Ahora va a elevar su alma hacia las grandes alturas.

* * *

El 11 de julio García Moreno llega a Valparaíso. Está enfermo, con una agudísima inflamación de los ojos, que le ha sobrevenido en los últimos días de la navegación. Se queda en Valparaíso una semana, a fin de atenderse, y el 18 está en Santiago. En la capital de Chile se le recibe con las mayores consideraciones y simpatías. Se agasaja en él no sólo al representante de un país aliado y hermano, sino también al político ilustre y al católico eminente.

Su misión tiene por fin principal realizar un tratado de comercio y navegación y una convención postal. Firma la convención postal pero no el tratado de comercio, porque los gobiernos de Chile y del Perú quieren firmarlo en Lima, donde el Ecuador tiene un representante. Y consigue la promesa, por parte del gobierno chileno, de hacer algo por la fortificación de la plaza de Guayaquil.

Numerosos informes envía al Gobierno de Quito. En ellos hay dos frases que deben ser señaladas.

Una se refiere al gesto del Gobierno chileno por el que crea diez y ocho becas para que jóvenes del Ecuador y del Perú, sus aliados, puedan estudiar gratuitamente en el Instituto Nacional de Santiago. Esta resolución tiende, según García Moreno, a la realización de una idea suya, que ya ha manifestado al ministro de Relaciones Exteriores de su país: la de la emancipación intelectual, con respecto de Europa, complemento de la emancipación política. Y agrega: "¡Ojalá que ese vasto plan llegue pronto a plantearse, y se acerque el día en que, para defenderse, no necesite más la América del Sur ir a buscar en tierra extranjera los elementos de resistencia a costa de enormes sacrificios y a merced de los que, sin cesar de explotarnos, nos

humillan y desprecian!". Diríanse escritas en 1940 esas palabras que convierten a Gabriel García Moreno en un precursor de los que luchamos por la independencia económica y espiritual de la América española, ahora sometida a las garras voraces del inglés y del yanqui.

La otra frase refiérese a la guerra del Paraguay. Las repúblicas aliadas del Pacífico han ofrecido su mediación al Brasil, para terminar la espantosa guerra que este país, en unión del Uruguay y de la Argentina, lleva contra el Paraguay. El Brasil, que busca el exterminio de Franciso Solano López y del Paraguay, no acepta la mediación. García Moreno comenta con estas palabras la actitud antiamericana e inhumana del gobierno de Río Janeiro: "Dios protejerá a los valientes paraguayos, que tan heróicamente defienden el suelo de su patria; y tal vez no está lejos el día en que los que se conjuraron para arruinar a aquel país, reciban un escarmiento digno de su ambición y perfidia".

El 17 de octubre anuncia que se embarcará de regreso a la patria, en el primer buque de vela que salga de Valparaíso. Así lo hace pocos días después, y el 12 de noviembre llega a Guayaquil. Aun tarda algo en dirigirse hacia Quito. El tiene en Guayaquil a su madre y a algunos de sus hermanos; y cada vez que pasa por esa ciudad, detiénese en ella unos días para visitarlos. El 27 de noviembre está en Quito y presenta la renuncia de su cargo diplomático.

El viaje a Chile ejerce una importante influencia en García Moreno. Toma tanto cariño a ese país que — según lo dirá siempre — si debiese abandonar el Ecuador iríase allí. Cree que la prosperidad de Chile es debida a su Constitución y al genio de Portales, al cual, a su juicio, debiera levantársele una estatua de oro. Durante un tiempo dedícase a estudiar la Constitución chilena, que él imitará en su proyecto de 1869.

* * *

García Moreno tenía resuelto abandonar la política y volver a la vida privada. Con este fin, poco después de la muerte de Rosa, tomó en arrendamiento, a su cuñado Manuel Ascásubi, su propiedad en Guachalá. También ha pasado algunas semanas en Guayaquil: piensa ayudar a su hermano Pedro Pablo en sus trabajos mercantiles, y hasta se asegura que llega a ponerse al frente de su casa de negocios.

Ahora, después de los días pasados en la capital y de haber renunciado a su cargo, dirígese a Guaranda. Allí lo espera Marianita, cuyo período de embarazo toca a su término. Sus enemigos cuentan que Marianita estaba en Guayaquil y que él la obligó a hacer a caballo las diez y seis leguas que separan a esa ciudad de Guaranda, y que, ante las protestas del suegro, contestó: "Las mujeres de los soldados dan a luz hasta en los campos de batalla". Pero García Moreno, para ir de Quito a Guaranda, no ha pasado por Guayaquil, ni su suegro, que vive en la capital, tenía para qué ir a la ciudad del Guayas.

Un día de diciembre da a luz Marianita una niña. Pónenle su nombre. García Moreno acompaña a su mujer durante todo el tiempo de la convalecencia y luego parte a Guayaquil. El 4 de febrero le escribe desde allí a su amigo Carlos Ordóñez, que vive en Cuenca: "Por ausencia de mi hermano Pedro Pablo, estoy encargado de todos sus negocios". Por esta carta se ve que Marianita está a su lado, pues dícele al amigo cómo ella le retorna, agradecida, sus felicitaciones.

El anhelo de García Moreno es, por el instante, permanecer alejado de la política. Pero los próximos sucesos le obligarán a renunciar a su retiro. Ha nacido para el combate y él cumplirá con su deber.

* * *

Según la Constitución en vigor, el Congreso se reune sólo año por medio, y cada vez tiene que haber elecciones. Ahora, en 1867, habrá un nuevo Congreso. Las elecciones serán en abril.

Los conservadores que rodean a García Moreno y que ya forman una especie de partido — no un verdadero partido porque carecen de organización—, están sencillamente desesperados. Ocurre que sus enemigos han venido trabajando con habilidad contra García Moreno y su círculo, desde el día en que Carrión subió al poder. Tanto Carrión como su ministro Manuel Bustamante son neutrales, y gobiernan con los hombres del grupo que exaltó a Carrión. Pero a la sombra de esa neutralidad se ha atacado exhuberantemente al gobierno anterior y a García Moreno. La Sociedad Republicana, que él suprimiera, le ha llamado "el terrorista cuyos únicos medios de gobierno habían sido la tortura y el cadalso". Montalvo, que ha adquirido repentinamente un formidable prestigio literario, ha publicado

dos números de *El Cosmopolita* el año anterior y uno en este año 67. En estos tres primeros números ha recordado la flagelación de Ayarza, el martirio de Borja y cuanto puede perjudicar a su enemigo. En el primer número afirmaba: "reinando don Gabriel García, la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido. Los propietarios de imprenta perseguidos unos, corrompidos otros; los oficiales y cajistas fugitivos unos, en los cuarteles otros...". En el segundo número, tras de reconocerle, "en medio de sus maldades y ferocidades, ciertas prendas y aun virtudes", como el haber sido durante "tanto tiempo el primero, el único para todo" y el haberse encumbrado "por obra de su sola voluntad y valor", le considera como un "tirano desenfrenado y terrible". En el tercer número, que aparece en vísperas de las elecciones, muestra en García Moreno "el poder infernal de la serpiente que fascina, domina, atrae a sí a ciertas aves para devorarlas". En otro artículo de ese mismo número afirma que García Moreno "nació para tirano", y que "en todas sus crueldades no hace sino cumplir con las leyes de su naturaleza". Recuerda que él "ha dado de azotes a ciudadanos beneméritos, ha hecho morir en el suplicio a otros, ha degollado prisioneros rendidos".

Con estos ataques y otros no menos virulentos de los periódicos liberales — liberales en política, no precisamente en religión—, no es de extrañar que el prestigio y la influencia de García Moreno corran grave peligro. Un historiador que le es adicto reprocha al Gobierno "su completa prescindencia y los alardes de neutralidad". Por causa de esto —dice— "las elecciones para el Congreso de 1867 fueron, poco más o menos, lo que debían ser". ¿Y por qué no han trabajado también los partidarios del ex presidente, haciendo conocer al país su obra y explicando sus actos? ¿Y no dicen que él es tan amado por todo el pueblo? Los hechos van a demostrar que García Moreno ya no es popular.

Dos candidatos a senador se presentan en la provincia de Pichincha, cuya capital es Quito: García Moreno y Manuel Angulo. Este Angulo es aquel profesor a quien el estudiante García Moreno le rectificó una vez en el aula. García Moreno le atacó pocos años más tarde, en prosa y en verso, diciéndole horrores por haber dado su voto a Roca. Angulo es católico, pero adversario de la política del ex presidente. Comparado con Gar-

cía Moreno, Angulo vale harto poco. Pero el pueblo lo prefiere. En las elecciones él obtiene mil ciento treinta y seis votos y apenas cuatro cientos cuarenta y dos García Moreno. ¡Derrotado, el que fuera gran Presidente! ¿Cómo el pueblo ha podido ser tan escasamente comprensivo y tan ingrato? No cabe sino una explicación: el temor a que vuelva al poder García Moreno, con sus procedimientos de violencia.

Pero la verdad es que, aunque derrotado García Moreno, a él le corresponde la senaduría. Angulo, por los cargos oficiales que ocupa, no puede ser elegido senador. Lo prohibe la ley. Y de acuerdo con sus claros términos, la Junta Provincial elimina a Angulo y da por electo a García Moreno.

23 de agosto del 67. Sesiones preliminares del Congreso. En ambas cámaras predominan los enemigos del gobierno anterior. En el Senado se elige presidente a Pedro Carbo. El secretario es Javier Endara, revolucionario del Quinche e indultado tres veces por García Moreno. En el día de la primera reunión, en los corredores del edificio de la legislatura, los enemigos de García Moreno hablan exaltadamente contra él cuando, de pronto, le ven venir; se hace un silencio absoluto, le abren paso, y todos se llevan al mano al sombrero. Entran en sesión los senadores. En la barra, con amigos, está Montalvo. García Moreno llega y completa el quorum. El secretario interino dice no haber número. El Presidente dice que lo hay. El secretario contesta que en el recinto se sienta un senador espúreo de quien los periódicos y el pueblo aseguran que no es senador legítimo: el señor García Moreno. Estruendo de aplausos. El se pone en pie: "Pido que se dé lectura a las credenciales que me acreditan como senador por la provincia de Pichincha". El secretario, nervioso, sin duda al sentirse frente a frente con el gran hombre, se turba y lee: "Quito, julio de 1860...". García Moreno, que se había sentado, levántase bruscamente y pide con vehemencia que se rectifique. La comunicación es del 67 y no del 60. "Equivocación de cifras", se excusa el secretario. Terminada la lectura, García Moreno debe retirarse, pues se trata de una cuestión personal. Ahora el secretario, que no es Endara, sino Mestanza, que le reemplaza, se despacha contra García Moreno y contra la Junta Provincial. Igual hacen otros. Un urvinista, ex ministro de Robles, hombre de ley, defiende la elección del ex presidente. Considera que la Junta ha procedido con absoluta corrección, y que si se sospecha de la conducta de

sus miembros debe sometérseles a proceso, pues no cabe al Poder Legislativo discutir las decisiones de aquel tribunal. Se vota, y apenas unos cuantos senadores están por García Moreno. Ha quedado elegido senador, aunque arbitrariamente, el doctor Angulo.

Y al salir a la calle el público de la barra, Montalvo es aplaudido. Esta demostración significa, en quienes la hacen, el convencimiento de que se debe a *El Cosmopolita* la derrota de García Moreno.

* * *

Mientras tanto, se ha ido formando una recia oposición a Carrión, o, por mejor decir, a su ministro don Manuel Bustamante. Se acusa al Gobierno de arbitrariedades y de nepotismo. Se habla de la prepotencia del ministro de lo Interior. Los adversarios, sea por temor a la influencia de García Moreno o porque quieren el poder para ellos, piensan echar abajo a Carrión. Acaso no les basta con la neutralidad política del Gobierno, y desean que se inutilice a García Moreno. Por su parte, García Moreno también está contra Carrión. Le culpa de lo sucedido en el Senado. No admite la posición imparcial del Gobierno y cree que debió evitarse el éxito de los adversarios. Prevé el triunfo del urvinismo, si bien sus enemigos no son todos urvinistas, ni mucho menos. Pertenecen a este bando Espinel y Endara, pero no Borrero ni tampoco Pedro Carbo.

Ahora el Congreso, donde por el momento se concentra la oposición, ha aprobado un par de leyes que son unánimemente interpretadas como agresiones al Ejecutivo. Por una de ellas, queda suprimida lo que llaman "la alta Policía": especie de policía de investigaciones, con facultades más amplias que las concedidas a las autoridades policiales comunes. Por la otra ley, se establece la responsabilidad personal de los funcionarios. Mediante la primera, se reduce el poder ministerial. Mediante la segunda, se les dice a los funcionarios, a fin de amedrentarlos, y suscitando así la resistencia a ciertas resoluciones del Ministro, que ellos serán también responsables de las violaciones de las leyes que realice el Ejecutivo.

Bustamante se enfurece. Para salvarse de la derrota y aplastar a la oposición y al Congreso, simula haber descubierto una conspiración. Arresta y destierra a varias personas. El Congreso pide explicaciones. El senador Mestanza exclama: "¡Aquí no

hay más conflicto que el del Gobierno contra el pueblo!". Bustamante prende a Mestanza y a otros cuatro legisladores. Entonces el Congreso inicia juicio al Gobierno por violación de los fueros parlamentarios. El vicepresidente y el coronel Teodoro Gómez de la Torre, hermano de don Manuel, buscan un arreglo entre los dos poderes. Todo parece ir bien cuando, de pronto, Bustamante ordena la prisión de Gómez de la Torre y decreta la disolución del Congreso y la convocatoria a nuevas elecciones. Pero dos personas se niegan a promulgar el dictatorial decreto: el jefe político, que es un sobrino carnal del ministro, y el gobernador de la provincia de Pichincha.

Es el 3 de octubre de 1867. Las Cámaras, que no aceptan la ilegal disolución, están reunidas en Congreso. Abigarrada concurrencia en la barra. Multitudes en las calles adyacentes. Comienza a hablar Angulo contra el atropello, cuando las tropas encargadas de disolver al Congreso rodean el edificio, ocupan los pasadizos y llegan a la barra. Oyense los gritos del pueblo, que vitorea al Congreso. Angulo pronuncia bellas palabras: "Hemos vivido bastante, y no debemos excusar el sacrificio, aun de la vida, si así lo exigen el honor, el deber y la patria". Antonio Flores, presidente de la Cámara de Diputados, al ver que las tropas quieren desalojar a la barra, la invita a entrar en el recinto. Llega la noticia de que el jefe de la guarnición ha sido destituído porque se opusiera a atacar al pueblo. Solicítase al Comandante de la plaza, general Julio Sáenz, el apoyo de la fuerza. Por estar rodeado de tropas el Congreso, envíanle la nota con un niño; pero el general se niega. Han pasado cuatro horas cuando se presenta el ministro de Guerra, general Ignacio de Veintemilla. Ofrece retirar a las tropas si el Congreso da por terminada la sesión. Flores contesta: "Salga esa guardia, que nos oprime pero que no nos intimida, y el Congreso deliberará". Vase el ministro en busca de nuevas instrucciones. Se levanta la sesión y se la reanuda a las once. Accédese a que se lea el Mensaje presidencial. Son las doce y media de la noche y se resuelve continuar la sesión al otro día. Pero apenas ha comenzado esta sesión del 4, cuando llega una gran noticia: ha renunciado Bustamante. Los nuevos ministros son Rafael Carvajal, en Interior y Relaciones Exteriores; Manuel de Ascásubi, en Guerra y Marina; y el general Dávalos, en Hacienda. Es un ministerio netamente conservador. Los dos primeros fueron también ministros de García Moreno,

Y sin embargo, no le entusiasma a García Moreno la solución. A su amigo Mera le escribe el 14, desde Guayaquil. Teme que Carrión vuelva a elevar "al malhadado señor Bustamante", que sería el verdadero Presidente. "El nuevo ministerio —dice— va a hacer el oficio de pararrayos: si sale mal, se desacredita sin remedio ni provecho para el país; y si desarma la tempestad, se irá a descansar cuando crea el señor Bustamante que puede volver". Considera al nuevo Gabinete como "una peripecia" y no como "el desenlace del drama que está representándose".

Entre tanto, el Congreso, aunque satisfecho, como todo el pueblo, de la caída de Bustamante, continúa el juicio de responsabilidad; y a Carrión, para que no haga daño, le retira, el 18 de octubre, las facultades extraordinarias que le había concedido. Los cargos contra el ex ministro son insignificantes: haber nombrado gobernador de Imbabura a quien no figuraba en la terna, y cierta violación de la libertad de sufragio. El juicio se sigue en Diputados. Bustamante se defiende bien, pero, evidentemente, hay interés en condenarle. Corresponde fallar al Senado. Y el 4 de noviembre se le condena a dos años de incapacidad para desempeñar cargos públicos.

Mas he aquí que el senador Mestanza, en esa misma sesión, declara al Presidente de la República tan culpable como su ministro, y hace una denuncia sensacional: Bustamante había propuesto, de acuerdo con Carrión, a los senadores liberales, vale decir, a la mayoría de la Cámara, entregarles todos los ministerios y los altos cargos en el ejército, con tal que el Congreso renunciara a las acusaciones. Estupor en quienes ignoran que la denuncia es cierta. Mestanza pronuncia nobles palabras. Reconoce que a ellos, los liberales, les convenía la propuesta, pues significaba alcanzar el poder; pero le parece infame aquel pacto. "Que venga García Moreno, que caigan nuestras cabezas, pero que caigan con honra". Y agrega: "La conducta maquiavélica, pérfida y falaz es para los traficantes políticos; yo nunca lo fuí, jamás lo seré".

Es el 5 de noviembre y el Congreso va a clausurar las sesiones. Preséntase el ministro Carvajal. Pide conocer el acta de la reunión anterior. Cuatro senadores declaran ser ciertas las afirmaciones de Mestanza. Carvajal sostiene que el Presidente de la República ha ignorado la propuesta de su ex ministro Bustamente, y se retira. Pero no tarda en renunciar él también,

junto con los otros ministros, y en la renuncia condenan a Bustamante y a Carrión. Entonces el Congreso, ese mismo 5 de noviembre de 1867, produce la más sensacional de las declaraciones. Después de considerar, entre otras cosas, que el Presidente, "hollando escandalosamente y por reiteradas veces la Constitución y las leyes, se ha concitado la general reprobación" y que ha procedido con "desleal y pérfida" conducta hacia los hombres de todos los partidos, lo declara "indigno del alto cargo".

García Moreno ha seguido con el mayor interés los acontecimientos. Desde Guayaquil le ha escrito a Ordóñez el 21 de setiembre, casi un mes después de inaugurado el Congreso: "Nada importarían las venganzas ni la injusticia de mis enemigos, sino hubieran de tener resultados funestos para el país. Yo las considero como los preparativos que el bando urvinista hace antes de dar un ataque decisivo a la República; y como la perfidia del Gobierno nos entrega maniatados en manos de ese bando, quise salir del país con tiempo para no ser sacrificado inútilmente. Pero he desistido de tal proyecto, por no contar con los medios de vivir en país extranjero. Me quedo, pues, a correr la suerte de todos". Poco más tarde, cuando ya ha caído Bustamante, le ha escrito a su amigo Juan León Mera, el 14 de octubre: "Si el Presidente y su favorito, para comprar su absolución, se entregan en manos de Urvina y sus rojos, cometen un acto de insigne traición, que no quedará sin pronto y eficaz castigo; la situación entonces será más agitada y violenta, pero clara y definida, y, mediante la protección de Dios, la dominaremos". Estas palabras y las anteriores demuestran su convencimiento de que el Presidente ha estado traicionando al partido que le llevó al poder, y que él ha temido la restauración del urvinismo. Y entonces, como su hija se muere en Quito y él está decidido, además, a voltear a Carrión, parte para la capital en los últimos días de octubre.

Cuando llega, Carrión ya ha sido declarado "indigno" por el Congreso. Carrión no quiere renunciar y piensa en el ejército para salvarse. En estas vacilaciones tiene un encuentro con García Moreno. ¿El lo ha llamado para pedirle consejo, o García Moreno ha ido a verle? No lo sabemos. Más probable parece que Carrión, sintiéndose solo, recurra a quien le hizo Presidente. Carrión, que, a la verdad, no ha hostilizado a don Gabriel, que ha gobernado con los amigos del ex presidente y

que ha dejado en los altos cargos del ejército a los jefes que su antecesor nombrara, tiene derecho a exigirle que lo salve. Aun cuando no cuente con mayoría en el Congreso, García Moreno es poderoso. Alguien cree que, enojado con Carrión porque no evitó que el Senado rechazara su acta, ha preparado su caída. Pero no puede ser verdad: son los senadores liberales, los periódicos liberales, los que han colocado en tan mala situación al Presidente. Y en cuanto al enojo de García Moreno, es perfectamente explicable ahora, cuando se sabe que Carrión quiso entregarse a los liberales. ¿Qué aconseja García Moreno al pobre Carrión? La renuncia. Al parecer lo convence de que no podrá contar con el ejército. Y el 6 de noviembre, Carrión dimite no sin acusar al Congreso — y con razón — de haber exasperado a los partidos y encendido la hoguera.

Los enemigos de García Moreno dicen que él "obligó" al Presidente a que renunciara. Según su versión, García Moreno se lo habría "ordenado" por medio del comandante de la plaza, general Julio Sáenz, el cual se habría expedido así: "Excelentísimo señor, manda a decirle el señor García Moreno que renuncie inmediatamente la Presidencia". Carrión le habría preguntado cómo el Jefe de la plaza, llamado a defender la ley y la Constitución, venía con semejante recado al Ejecutivo. A lo que Sáenz habría respondido "¡Qué Ejecutivo ni qué ley! Yo no tengo otra Constitución que obedecer al señor García Moreno".

Pero si él no ha ordenado renunciar a Carrión, es seguro que le retiró su apoyo, vale decir, el único apoyo con que podía contar el Presidente. García Moreno ha contribuído, pues, a echar abajo a quien él mismo exaltó al poder, a aquel que impuso por considerarle "hombre de Estado, fiel a la religión de nuestros mayores, inconciliable con los bandidos, amigo del progreso del país, firme en el cumplimiento de sus deberes y enérgico para reprimir a los sediciosos". ¡Cómo se equivocó! Resultóle débil el que supuso enérgico; faltador de sus deberes, el que imaginó cumplidor; y dispuesto a entregar el país a Urvina y a los rojos el que parecía "inconciliable con los bandidos" y fiel a la religión.

* * *

Con la renuncia de Carrión, entra en ejercicio del poder el vicepresidente. Es el doctor Pedro José de Arteta, un ancia-

no de setenta años. Nombra ministros a los últimos que tuvo Carrión: a Carvajal, a Ascásubi y a Dávalos. Como el último se excusa, va al ministerio de Guerra el general Francisco Javier Salazar, uno de los fieles de García Moreno. Arteta convoca a elecciones para presidente y vice y para un congreso extraordinario.

García Moreno es todopoderoso. El hará el próximo Presidente. Reúne a sus amigos y les propone al doctor Javier Espinosa. El 13 de noviembre ya lo tiene elegido, como se lo escribe a Ordóñez. Cree que Espinosa será "el mejor de los presidentes", según dice en una carta. Queda muy satisfecho de su elección, como le escribe a un amigo: "El candidato que he presentado, el católico y virtuoso Javier Espinosa, ha sido aceptado con entusiasmo, aun por cierto número de rojos". El candidato tiene cincuenta y dos años y es un hombre de bien. Ocupa el cargo de Fiscal de la Suprema Corte. No pertenece al partido que se está formando, o se ha formado ya, en torno a García Moreno y que no tardará en denominarse "Conservador". Como Carrión, ha servido durante la administración de Urvina; pero renunció valerosamente a su cargo de ministro por no autorizar con su firma la expulsión de los jesuítas. No hay otro candidato que él. Triunfa, naturalmente, en las elecciones, y jura en la Catedral el 20 de enero de 1869. Y nombra ministro de lo Interior a su primo hermano el doctor Camilo Ponce, que había servido con Urvina y Robles y que ahora es gran católico y partidario de García Moreno.

Mientras tanto, García Moreno ha emprendido el regreso a Guayaquil. El 13 de diciembre está en *La Ciénega*. Desde allí le escribe a Marianita. Empieza con estas palabras: "Amor de mi alma, encanto y felicidad de mi vida". Sin duda se ha detenido en el lugar, porque el día anterior recibe noticias de ella. Por otra persona, tal vez un criado, tiene el consuelo de saber que ella sigue sin fiebre. Le envía recuerdos a su suegro, don Manuel, y a Ascásubi, "don Manongo". La hijita no ha muerto, porque entre las últimas frases él le dice a la madre: "Dios te conserve y conserve a nuestra linda hijita con salud y les devuelva la robustez que necesitan". Y se despide con estas ternezas: "Hazle a mi hijita mil cariños y recibe el corazón, que te adora, de tu Gabriel". Nueva carta el 15, desde Guaranda. Le da algunas noticias. Iguales ternuras. "¡Ojalá pudiera

escribirte todos los días!". Y se despide: "y tú, amorcito lindo, mi angel y mi cielo, recibe el corazón de tu Gabriel".

El 18, García Moreno está en Guayaquil. El 25 le escribe a su amigo Félix Luque. Dícele, con harto optimismo, que las elecciones "han traído la concordia y la paz". Y afirma: "Nuestro pobre Ecuador acaba de atravesar, sin sacudimiento, una crisis que podía traer por resultado una guerra civil".

No tarda en volver a Quito. Su hija se muere y esta vez va a ser verdad. La llora desconsoladamente, y después de pocas semanas vuelve a Guachalá con su mujer. ¿Qué hace en aquella hacienda García Moreno? Dedícase a las labores agrícolas. Olvida su desgracia. Enseña a los peones y a sus hijos el catecismo. Juega con los niños de sus servidores. Arrinconada la pena por su hijita en el fondo lejano de su alma, llega a estar contento y buenhumorado. Ignora que en la distante Quito, a sus espaldas, ha comenzado una nueva jornada de la interminable tragedia política del Ecuador.

* * *

No hay duda de que García Moreno tiene mala mano para elegir a los hombres. Acaso entre sus méritos no figura el don psicológico. Una vez más, como en el caso de Carrión, la criada le ha salido respondona.

El Presidente Espinosa, aunque sea católico y deba el cargo a García Moreno, incurre en el mismo error que Carrión y que Arteta: nombra altos funcionarios a algunos conocidos urvinistas. Tal vez se han alejado de Urvina esos señores o han sido, o son, urvinistas moderados. Pero el nombrarlos para altos puestos es dar motivo al enojo del omnipotente don Gabriel. Cuanto huele a urvinismo le merece a él odio implacable. El triunfo de Urvina y de los liberales rojos que le siguen significaría, según su convicción, una catástrofe para la Iglesia y para el orden social, impediría el retorno de los jesuítas. Y por temor de que el liberalismo — religioso o político, pero moderado—, deje la puerta abierta a Urvina y a sus compinches, lo detesta casi con el mismo furor.

A la verdad, los temores de García Moreno son infundados. Urvina podrá intentar revoluciones, pero fracasará. Sigue en el Perú y carece de toda fuerza, sea militar o popular. García Moreno exagera, acaso por política, al llamar "urvinistas" a católicos disconformes con su pasada dictadura o a liberales como

Carbo y Gómez de la Torre, que nunca fueron partidarios de Urvina. Ve el peligro en todas partes, sueña con él. En mayo de este año 68, desde Guachalá, le dice a Ordóñez que habría sido más acertado reemplazar por el propio Ordóñez o por su hermano, al obispo de Río Bamba en la lista de candidatos de Cuenca, "así se habría cerrado la puerta a las asechanzas de los rojos". De modo, pues, que hasta en un obispo ve el peligro rojo... Días después, habla de "la política misteriosa del actual Gobierno, el cual se está pareciendo mucho a la finada administración de don Jerónimo". Se considera hecho a un lado por Espinosa. Con motivo de "faltas gravísimas" del gobernador de Cuenca, le aconseja acusarle ante la Corte Suprema. Pero no ofrece su apoyo, porque "más puede con el señor Espinosa el último de los bandidos urvinistas que yo o cualquiera de los que trabajamos con tanto interés para elevarle". Y se pregunta si es eso "ingratitud, perfidia o inconsecuencia o debilidad de carácter".

Tal vez no hay en el Presidente, sino dos propósitos: el de gobernar por sí mismo, sin la tutela de don Gabriel; y el de lograr la conciliación entre los ecuatorianos. También es seguro que Espinosa no simpatiza con los procedimientos de García Moreno. Pero nada de eso significa hostilidad hacia él, ni perfidia, ni ingratitud, ni debilidad de carácter. García Moreno, sin embargo, no lo ve así. Y la moderación hacia el común enemigo, el urvinismo, y el atraerse a los católicos adversarios de la dictadura y a los liberales políticos, le parece traición horrible.

* * *

Comienza a agitarse la cuestión presidencial. Espinosa debe terminar el período de Carrión y entregar el poder, en agosto del 69, al nuevo jefe del Estado.

Amigos de García Moreno, entre ellos Ordóñez, quieren hacerle Presidente otra vez. El le contesta a Ordóñez el 10 de julio: quisiera complacerles, pero "después de cuatro años y ocho meses de gastar la fuerza de mi voluntad en nadar contra el torrente, salí de él con resolución de no volver a luchar para hacer el bien a los que ni lo aceptan ni agradecen y para evitar males a los que pagaban mis sacrificios con la más negra ingratitud". Es terminante en su resolución: "Suceda lo que sucediere, no acepto el poder, a menos que los rojos intenten

apoderarse, por la fuerza o por el fraude, de nuestro país". Si esto ocurre apelará a las armas, "hasta exterminarlos o morir combatiendo". Tendrá que hacerlo: para defenderse y para defender a los que fueron sus fieles compañeros. Repite: "solamente los rojos pueden obligarme a mandar por la necesidad de defenderme". Pídeles a sus amigos no pensar en él, y les propone al general Saturnino Darquea. Retengamos aquellas palabras de García Moreno, del enemigo de las revoluciones, del que fusiló a Maldonado: "Entonces, tendré que apelar a las armas". Dos días después, insiste: "Siento mucho no poder condescender con los amigos que, como usted, quieren honrarme con la Presidencia en el próximo período". El no podría gobernar —le dice— con las "leyes anárquicas" que rigen, y después de haber declarado su insuficiencia y de haber tenido que comprometer su responsabilidad para salvar al país. Les pide a sus amigos fijarse en el general Darquea: "el que mayores seguridades da de ser irreconciliable con los rojos". Ya lo considera propuesto oficialmente a Darquea, y estima que sería de su parte el colmo de la bajeza aceptar su candidatura cuando ese amigo no ha dado razón para alejarse de él. No cree perjudical para el país, ni para "la santa causa" que ellos defienden, el hecho de que él no tenga ambiciones ni interés personal alguno. Pero agrega: "En caso de extrema necesidad de salvar el país, es decir, cuando los rojos pretendan apoderarse de él por el camino que fuere, entonces sí aceptaré el peligroso cargo de libertar otra vez a nuestra patria, imponiéndome yo mismo la obligación de separarme del mando después de conjurado el peligro".

¿Cómo dudar de la sinceridad de García Moreno? ¿Con qué objeto le hablaría así a un íntimo, si realmente quisiera la Presidencia? Sin embargo, algunos amigos creen que su intención secreta es retornar al poder. Darquea ha sido mal recibido. "Su nombre indigna aquí a todos", le escribe a Ordóñez un amigo. Rafael Borja, partidario ferviente de García Moreno, le ha dado a entender a Ordóñez, en cartas de junio, que don Gabriel rechaza a todos los candidatos que le proponen porque quiere ocupar él la presidencia.

Pero el 12 de julio, el mismo día que a Ordóñez, García Moreno le ha escrito al obispo de Cuenca, el doctor Remigio Estevez de Toral, esta frase desconcertante: "Si a pesar de todos mis esfuerzos los rojos consiguieran elegir a Carbo, o Bo-

rrero o Gómez, etc., tendría yo que tomar las armas para salvar al país". ¿Cómo? ¿No propuso en 1860 que se eligiera presidente a Carbo? ¿No quiso hacer vicepresidente a Borrero en 1863? Se dirá que Carbo, en el 60, estaba contra Urvina y que ahora, por oposición a los conservadores, parece haberse acercado al que es jefe supremo del liberalismo. Pero Borrero no ha sido nunca liberal en religión, aunque pueda serlo en política. Es tan ferviente católico ahora, en 1868, como lo era en 1863. ¿Y qué importa que los rojos apoyen a Borrero, si Borrero es siempre un buen católico? ¿Acaso Borrero se volverá rojo? Es como para creer que don Gabriel quiere ser presidente. Pero suponerle nada más que ambiciones sería falta de comprensión psicológica. García Moreno es de esos hombres que no transigen jamás. No lo acepta a Borrero porque no acepta, ni en la menor dosis, el liberalismo político. Y no, tal vez, porque el liberalismo político le parezca tan malo en sí mismo, sino porque teme que, al amparo de la libertad, se apoderen del poder los rojos, los liberales radicales, los enemigos de la Iglesia. García Moreno considera que con los rojos no caben contemplaciones. En otra carta de un mes atrás, al mismo obispo de Cuenca, le habla así de Carrión y de Bustamante: "se ponen a gobernar creyendo que la gangrena roja se cura con cataplasmas emolientes y que la mejor política es la debilidad". El no comprende para con los rojos otra política que la del exterminio o la de someterlos de tal modo que no puedan causar daño.

* * *

En agosto, un suceso trágico pone breve paréntesis a las actividades políticas. Un terremoto, el día 16, arrasa la provincia de Imbabura. Ciudades enteras, como Otavalo, quedan en el suelo. Mueren veinte mil personas, cifra pavorosa en una pequeña nación como el Ecuador. El temblor tiene sus ecos en la provincia de Pichincha, cuya capital es Quito, en la que mueren alrededor de cien personas. Imbabura ha quedado arruinada. Cien mil seres humanos se encuentran en la mayor desolación y miseria. Y como ocurre siempre en estos casos, gentes desalmadas — tal vez más desesperadas por el hambre que desalmadas — roban y saquean.

El Gobierno comprende que para poner orden en aquel caos es necesario una mano enérgica. En Imbabura hay que

reconstruir pronto las ciudades, conseguir alimentos, castigar a los ladrones, establecer la confianza, imponer el orden y la disciplina. Y para todo esto, y para otras cosas, nadie mejor que García Moreno. Casi puede decirse que es la única persona con autoridad suficiente como para realizar tan difícil obra. Nómbrasele Jefe Civil y Militar de Imbabura. El comprende que no puede rehusarse, y, ante todo hombre de deber, allá va, con la rapidez vertiginosa de que sólo él tiene el secreto.

¡Qué no hace García Moreno en Imbabura! Organiza un servicio de postas; hace recoger a cerca de quinientos heridos en Ibarra; destituye al Gobernador, que ha desaparecido; construye grandes barracas para alojar a los enfermos; ordena quemar los millares de cadáveres que han quedado bajo las ruinas; termina con la hostilidad y rebelión de los indios y con los robos; evita las epidemias que podrían sobrevenir, por causa de la putrefacción de miles de cadáveres sepultados bajo los escombros; distribuye los alimentos y vestidos enviados desde la Capital; reconstruye los caminos, los puentes y los acueductos; reorganiza las parroquias; remite a Quito viudas y huérfanos; levanta hospitales; compra grandes cantidades de bayeta para vestir a las gentes que han quedado semidesnudas; profundiza los cauces de algunos ríos; concluye con el tifus y la disentería; limpia las calles de las ciudades y de los pueblos; hace construir cañerías para la conducción de agua a varias poblaciones; recorre, una a una, muchas veces, las localidades afectadas por la catástrofe; planea la reconstrucción de Ibarra; y dirige al Gobierno, desde el 24 de agosto hasta el 10 de octubre, diez y seis notas, algunas de las cuales tienen, impresas, tres nutridas páginas.

Estas notas, sobrias, escuetas, dejan ver, aquí y allí, el gran corazón de García Moreno. En una de ellas dice no poder hacer la relación exacta de cuanto ha visto y sufrido, porque eso le llevaría muchas horas que necesita para atender a tantos desgraciados como hay. En otra: "Nada omitiré, ni el sacrificio de mi vida, por el alivio de tantos desgraciados". Habla ahora de unos pobres seres: "El terremoto los ha dejado sin hogar, ni familia, ni medios de subsistencia; pero les queda en el Cielo un Padre que jamás abandona a ninguno de sus hijos, y en su patria la compasión de todos sus hermanos". Y renuncia a las bendiciones de que le colman los infelices, porque ellas perte-

necen al Gobierno y a las personas caritativas de la Capital y de las provincias que los han socorrido.

Pero el trabajo excesivo y las repetidas insolaciones acaban por enfermarle. Por una carta del 25 de octubre a su cuñado, sabemos que desde hace varios días está en Guachalá. Sin duda ya se sentía mal. En Guachalá, el 12, le acomete un ataque cerebral que por poco resulta una apoplegía. A la semana siguiente se repite el ataque, pero "con menos fuerza". Le dice a su cuñado que está convaleciente y todavía muy débil. "Con algunos días de reposo y baños —agrega— recuperará las fuerzas perdidas". Y convaleciente y todo vuelve a Imbabura, desde donde dirige al Gobierno, el 14 de noviembre, tres extensas notas.

Con esta obra absolutamente desinteresada y noble, de rara abnegación, de probado patriotismo, el prestigio de García Moreno llega a la cúspide. A sus enemigos, naturalmente, esto les incomoda. García Moreno ha recobrado su popularidad de otros tiempos y será Presidente si lo desea. Es preciso, pues, se dicen para sí sus adversarios, minar en lo posible esa popularidad. Entonces lo atacan con dureza por dos o tres motivos: haber flagelado a un teniente; haber comprado para sí, y a bajo precio, unos bueyes. Pero el teniente era un especulador sin entrañas, que se aprovechaba de la desgracia ajena; y los bueyes fueron comprados, no obligando al vendedor a cedérselos, como mienten sus enemigos, sino con su completo beneplácito. En estas miserias se complicaron hombres que debían ser serios como Mestanza, Carbo y Montalvo. Carbo, en *El Eco Liberal*, de Guayaquil, criticó a Espinosa por haber enviado a Imbabura "a un terrorista para aumentar el terror de los aterrados"; por haberle dado a García Moreno "facultad de asesinar, haciéndolo dueño de vidas humanas"; y porque en vez de consolar a los imbabureños les había puesto "fuera de la ley, arrojando sobre ellos la maldición de una dictadura". Parece que también Pedro Moncayo atacó por ese tiempo a García Moreno; pero en su libro sobre el Ecuador dirá más tarde, hablando del terremoto de Imbabura y del ex presidente: "Fué en esa provincia donde se desplegó su genio creador y organizador".

Pero nada mejor en elogio de García Moreno que la opinión de los propios interesados. Toda la provincia de Imbabura le manifiesta su agradecimiento y admiración. En una nota publicada el 7 de noviembre en *El Nacional*, de Quito, nume-

rosas personas principales de Imbabura recuerdan cómo García Moreno sacó a los imbabureños de la tumba en que yacían. Protestan contra los ataques que se le hacen. Confían en que los seguirá protegiendo su mano — "esa misma mano que nos dió seguridad y garantías contra los ladrones y bandidos alevosos" —, contra los "bandoleros que aun quieren explotar las ruinas y agravar nuestras dolencias". Y terminan: "Dejadnos, señores políticos; no cuidéis de nosotros, mientras nosotros tengamos a nuestro bienhechor; él nos basta para endulzar nuestras lágrimas y menoscabar nuestros padecimientos".

* * *

Vuelve el tema de las candidaturas presidenciales. Los amigos de García Moreno insisten una vez más. Y entonces él, desde Guachalá, el 17 de octubre, uno de los días en que convalece, les contesta, aunque todavía no oficialmente, que, cediendo a sus exigencias, los deja en libertad de tomar su nombre para la candidatura presidencial. Pero esta carta se pierde, o cae en manos de sus enemigos. Y él vuelve a escribir al mismo amigo, el 8 de noviembre, recordando sus palabras de la carta anterior. Pero no las ratifica. Desea que no se le elija, "para continuar gozando de la tranquilidad de la vida privada y formando lo que yo llamo el peculio de la vejez". Aspira a que se presente "un hombre capaz de sostener la regeneración moral y católica del país". Deploraría que se designase a un pariente de Urvina o a un hombre débil, pues en tal caso habría que defender la obra de 1860 "por medio de las armas". Pero él no cree en el triunfo de sus enemigos, salvo por "la fascinación o el fraude".

Quiere decir, pues, que García Moreno está resuelto a acudir a la revolución si se elige Presidente a un pariente de Urvina. Se refiere con estas palabras al doctor Francisco Javier de Aguirre, a quien todos los grupos contrarios a García Moreno van a hacer su candidato. Entre los ciudadanos que sostienen a Aguirre figura Juan Montalvo, que despierta a *El Cosmopolita,* dormido desde hace muchos meses, para publicar los cuatro últimos números en estas postreras semanas del 68 y primeras del 69 y en los que arrecia sus ataques contra don Gabriel. En Cuenca, días antes de la carta de García Moreno, cuarenta y cuatro personas distinguidas han publicado un manifiesto en favor de la candidatura de Aguirre. Y pocos días después, también en Cuenca, aparece *El Constitucional,* dirigido por Bo-

rrero, fundado para sostener aquella candidatura, la que es proclamada en un notable artículo del doctor Benigno Malo, ciudadano eminente, conservador y católico. Aguirre es una de las grandes figuras del Ecuador. Aunque concuñado de Urvina, no fué jamás su parcial sino su adversario. Tiene sesenta años. Reúne el talento reconocido, el prestigio, la cultura, el patriotismo. "Notabilidad política y literaria" le llama Benigno Malo. Es extraño a las pasiones de partido y no ha actuado en las disensiones políticas. No desconocen sus partidarios, según dice Malo, el mérito de otros candidatos, pero cree que hoy se necesita un hombre "aceptable a los diversos círculos políticos" y que "a la elevación de sus ideas, a su amor a la justicia, a su respeto a las libertades públicas, una, no sólo la prudencia y la calma de la edad provecta, sino también la prescindencia de los partidos". Malo promete, sin duda en nombre del candidato, dos cosas esenciales: que "la Iglesia no será atacada en sus derechos y libertades", lo cual interesa a los conservadores; y que "serán religiosamente respetadas la Constitución y las leyes".

Trátase, pues, de lograr la conciliación de todos los ecuatorianos. Aguirre, en esos días iniciales de su candidatura, no es la bandera del liberalismo, sino de la conciliación. Si es cierto que los liberales, aun los rojos, están de su parte, también lo están muchos católicos, entre ellos nada menos que el Arzobispo de Quito; y esto no puede asombrar: Aguirre es creyente, y hasta el punto de que Montalvo dice de él que "su casi clerecía, por subido en lo piadoso, le ponía a salvo de la tacha de ateo". El doctor Malo cree que el triunfo de un candidato conservador o de uno liberal puede traer la guerra civil. Por eso dice: "nos interponemos nosotros entre los dos bandos enemigos, les ofrecemos la oliva de la paz, les convidamos con la unión". Y de acuerdo con este propósito, Borrero, a fines de octubre, ha escrito, cortésmente y con solemnidad, a su antiguo amigo García Moreno, pidiéndole que trabaje por Aguirre. Le recuerda que Aguirre no votó por Urvina y que combatió su política. Dícele que Darquea es rechazado por la opinión. En cuanto a usted —le declara— "no es ni puede ser aceptable", pues "ha dicho, repetidas veces, oficial, pública y privadamente, que las instituciones que actualmente rigen al país son insuficientes para gobernarlo, por cuya razón se había visto obligado a romper la Constitución". Aguirre significa el término medio entre la candidatura de Carbo, rechazada por el Partido Con-

servador y muchos liberales, y la de García Moreno, "constitucionalmente imposible". García Moreno contesta a esas palabras, tn valerosas como impertinentes, — impertinentes porque van dirigidas al propio interesado — diciéndole que desea saber, primero, si Aguirre acepta o no su candidatura.

No tarda don Gabriel en dar el sí a sus amigos. Lo hace el 16 de diciembre de 1868, en una carta a Rafael Borja, Presidente de la Sociedad Conservadora del Azuay, aunque, en realidad, ya había consentido tácitamente al no oponerse a un manifiesto de la Sociedad Patriótica, que el 28 de noviembre lanzara su candidatura. En su carta a Borja recuerda que propuso a Darquea, quien fué resistido y no aceptó, y el haber dado pruebas de no aspirar al poder. Pero los "irreconciliables enemigos del catolicismo y de la Patria", hoy llamados "liberales", se atreven a procurar el perdido poderío de Urvina. Aguirre, "pariente, aliado y favorecedor de Urvina", está apoyado por la masa del partido que sigue al "popularmente aborrecido caudillo", de modo que, elegido, "sería el precursor necesario de un traidor, para quien en esta República no puede haber más lugar que el cadalso". Para evitarlo, acepta su candidatura. Y si las leyes son insuficientes, y no siendo admisible que por esta causa un hombre honrado renuncie a la Presidencia, toca al pueblo y a sus representantes allanar este obstáculo. Lamenta que a los cómplices de Urvina, a los traidores de Cuaspud y del Quinche y a los piratas castigados en Jambelí, se unan algunos que. "llamándose católicos son enemigos del Concordato, se burlan del Sumo Pontífice y del Syllabus y regalan el apodo jansenístico de *ultramontanos* a los verdaderos hijos de la Iglesia". También acepta por un motivo personal. Atacado procazmente, cree llegado el día del fallo: el de la elección. El pueblo hará justicia. Rechazar su candidatura sería para sus acusadores una prueba de que, por sentirse culpable, rehuye el juicio. Y termina prometiendo respeto y protección a la Iglesia, adhesión a la Santa Sede, caminos, fomento de la enseñanza, garantías para las personas y la propiedad y — en frase que se hará célebre en el mundo entero— "libertad para todo y para todos, menos para el crimen".

Pero algo más le decide, seguramente, aunque no lo diga, Para él hay una piedra de toque: la opinión sobre los jesuítas. Cierto que Aguirre votó en contra de la expulsión, pero se declaró enemigo de ellos y él cree a los jesuítas necesarios para

la moralización del Ecuador. El asunto de la expulsión de los jesuítas es para García Moreno algo así como lo que será más tarde para los franceses el asunto Dreyfus.

García Moreno, pues, está resuelto a ir a la elección. Pero la evidencia de una conspiración urvinista para el 10 de febrero, le hace cambiar de parecer. El 15 de enero dirige una circular a sus amigos, con motivo de haber renunciado ese día, o poco antes, el ministro del Interior. Cree que el Presidente dejará el cargo. Y no siendo el vice un hombre como para luchar con la revolución urvinista, ni conviniendo convocar a elecciones para elegir otro Presidente por cuatro días, considera que el país debe establecer un gobierno interino que llame a votar para una Convención que reforme las instituciones.

Ya está resuelto, pues, García Moreno a derrocar a Espinosa. No es sólo el probable triunfo de Aguirre lo que le decide, sino la inminente revolución urvinista, que ha adelantado la fecha. Parece que será el 18. Entonces García Moreno, el hombre de orden, el que ha fusilado a tres docenas de revolucionarios, va a hacer una revolución él también. Pero la hará para salvar al país de la anarquía y de los rojos. Y la hará, sobre todo, para salvar a la Religión y a la Iglesia.

Pero antes, le exije al Presidente un cambio de política. Diversos enviados suyos van a verle. Entre ellos figuran su confesor, el Nuncio y don Modesto Espinosa, hermano del Presidente. Espinosa dice a todos que no: que García Moreno haga lo que le plazca. El último de los mensajeros es el doctor Manuel Polanco — retengamos este nombre —, quien se expresa ante Espinosa con tanta violencia que su propio mandante lo reprueba. El Presidente persiste en su actitud. Ya no queda, para García Moreno y su bando, otro remedio que la revolución.

Las diez de la noche del 16 de enero de 1869. Dos centros liberales están reunidos. García Moreno, con unos pocos amigos, llega al cuartel de Artillería. "¿Quién vive?", dice el centinela. "García Moreno", le contesta el ex presidente. El soldado le pregunta qué quiere. "¡Quiero salvar la Religión y la Patria!", exclama él y le pide que lo deje pasar. El soldado da un "¡Viva García Moreno!". Los revolucionarios entran. García Moreno arenga a los soldados, les dice que viene a buscarlos para defender a la Religión y a la Patria, y todos le vitorean con entusiasmo. Y allí no más le proclaman Jefe Supremo de la República.

XI. — EL ESTADO CRISTIANO

De nuevo en el poder, el primer cuidado de García Moreno, en esa noche del 16 de enero, es dominar a los liberales. Encarcela a Mestanza y a muchos otros. Algunos sálvanse, como Juan Montalvo, que se refugia en la Legación de Colombia.

Con su rapidez en esos trances, García Moreno redacta una proclama que aparecerá el día siguiente. Declara cómo, para librar a la República de sus enemigos y que el país fuera inundado de sangre, esquilmado por la guerra y devorado por la anarquía, ha tenido que ponerse al frente del ejército. Habla de los agentes de Urvina; y del ex presidente Espinosa, el cual, "obcecado por la pusilanimidad o arrastrado por pérfidas sugestiones", ha dejado conspirar. "Seguir sufriendo por más tiempo —agrega— habría sido hacernos responsables de las incalculables calamidades que nos amenazan; seguir obedeciendo al Gobierno habría sido favorecer a los traidores, faltar a todos nuestros deberes, cometer el delito de traición contra la República". Declara que, al aceptar el cargo de salvar al Ecuador "de una verdadera conjuración de Catilinas", no le mueve sino el más puro y desinteresado patriotismo. Y promete ante Dios y ante el pueblo, por su "palabra de honor jamás violada", que, una vez asegurado el orden y reformadas las instituciones, se separará del mando. Esa misma noche, a las doce, acompañado de su ayudante y dos amigos, monta a caballo y parte a Guayaquil, donde el peligro es mayor que en Quito. Y mientras viaja hacia el Guayas, deteniéndose en algunos puntos para convencer a los partidarios que no están conformes con el derrocamiento del gobierno legal, una reunión de padres de familia lo nombra Presidente interino de la República.

En Guayaquil. Noche del 21 de enero. Como todos los que vienen de Quito, entra por el puerto, pues se había embarcado en Babahoyo. Llama a un jefe de su confianza y, con cien

soldados, se presenta en el Cuartel de Artillería. Pónese de acuerdo con los jefes de los batallones allí instalados. Llama a Darquea, comandante de la plaza, que le declara su adhesión. Sólo el Gobernador le resiste, pues los miembros de la Municipalidad, al saber su presencia, se desbandan. Esa misma noche, dirige una proclama a los guayaquileños. "Una revolución inicua —dice— tramada con la más cínica insolencia por los agentes del traidor y cobarde Urvina, y favorecida por la connivencia del Gobierno, iba a entregar a nuestra hermosa patria en manos de ese corrompido caudillo. Armas han venido del Perú para consumarla y se han repartido puñales a los que han recibido ya el miserable estipendio del crimen". Declara haber venido para salvar a la Patria y afirma que no aceptará el mando definitivo.

En poco tiempo restablece el orden. Para ello destierra a los más comprometidos dentro de la facción de Urvina. Parece indudable que un levantamiento se preparaba. Un hijo del general Robles, según testigo de máxima responsabilidad, ha exclamado al saber la revolución de García Moreno: "El Loco se nos ha anticipado". Y no pasarán dos meses sin que graves hechos confirmen las afirmaciones del Presidente interino.

* * *

Tranquilizado Guayaquil, él vuelve a Quito. Llega el 12 de febrero, "sin novedad, a pesar del mal tiempo y peor camino", como le escribe a Ordóñez. No se le ocurre descansar. Y por el contrario, pónese a redactar decretos. Por uno de ellos, declara que el presidente y vicepresidente de la República interinos no cobrarán sueldo. Por otro, cierra la Universidad hasta que sea reorganizada: quiere no sólo mejorar la enseñanza sino fundamentarla en la doctrina católica. Y por otro, clausura el Colegio Nacional de Ríobamba por haber sido "escuela de inmoralidad para la juventud" y dispone que el Seminario, a cargo de los jesuítas, tenga también el carácter de un colegio nacional.

El decreto que más nos interesa, por el momento, es el que se refiere a la futura Convención. Aunque su poder ha surgido de una revuelta — o quizá por eso mismo —, él no quiere permanecer en la ilegalidad. Su principal deseo, su sueño más ardiente desde años atrás, es dar a su patria una gran constitu-

ción católica. Esto exige convocar una convención. Y así lo hace, fijando para las elecciones un día de abril.

Sorprende la forma en que habrá de sufragarse. Critícase a García Moreno por haber renegado de sus viejas ideas sobre la representación proporcional. Recordemos su carta a Pedro Carbo, en el año 60. Por entonces, García Moreno sostenía el principio democrático de la representación de las provincias según el número de habitantes, mientras el liberal y demócrata Carbo sostenía, con espíritu reaccionario, la vieja ley que dividía al país en tres distritos, con un número igual de representantes. Carbo procedía por sentimientos localistas: esa ley daba al distrito de Guayas, compuesto por las provincias de Guayas y Manabí, la misma cantidad de representantes que al de Quito, mucho más poblado, como que lo forman seis provincias. Para estas elecciones del 69, García Moreno decreta que cada una de las diez provincias elija tres diputados, lo mismo la desértica Tungurahua que la del Pichincha, cuya capital es Quito. ¿Por qué esta voltereta de don Gabriel? Dice no merecerle confianza el censo de la población de la República. Pero la verdad, según su enemigo Borrero, es muy otra. García Moreno quiere imponer una Constitución a su gusto, y para ello necesita operar sobre el menor número posible de personas; y por eso la próxima convención será la más reducida entre las muchas asambleas análogas que ha habido en el Ecuador. Y puede agregarse que, para los gobiernos electores como el de García Moreno, es harto más fácil imponer sus candidatos en las provincias poco pobladas, donde no hay sino campo, que en aquellas más habitadas y en las que hay ciudades de importancia.

Dictados estos decretos sobre la convención y las elecciones, celébrase al otro día con una misa solemne, en Santo Domingo, la feliz transformación de la República. Y el Presidente dedícase a reorganizar la administración, arduo trabajo que le lleva todas sus horas. Todavía no ha tenido tiempo de preparar la carta constitucional que va a dar a los ecuatorianos. Así se lo dice a Ordóñez, el 3 de marzo: "Deseo substraerme durante unos quince días a las continuas ocupaciones que me rodean, para preparar el proyecto de Constitución y publicarlo antes de que la Convención se reúna; pero no sé si podré".

* * *

Marzo. ¡Revolución en Guayaquil! El 19, tres jefes con mando de tropa han proclamado Jefe Supremo del Ecuador al general José de Veintemilla, hermano del general don Ignacio, ex ministro de Carrión; y han arrestado al general Darquea, comandante de la plaza, y a otros militares fieles a García Moreno. Se ha combatido en las calles durante varias horas. Y todo ha terminado con la muerte del jefe del movimiento, por obra de una bala perdida, y con el destierro del general Ignacio de Veintemilla y otras personas.

García Moreno, apenas se entera, autoriza al Comandante general para indultar a los rebeldes hasta el grado de teniente, inclusive. Pero de los jefes del movimiento sólo se captura a tres capitanes. El Consejo de Guerra, según la habitual blandura cuando se trata de rebeldes, los absuelve. El Gobierno apela ante la Corte Suprema, que, naturalmente, está en Quito. Pero con motivo de largas demoras por falta de cumplimiento de las formalidades legales, García Moreno, con salvadora arbitrariedad, ordena la revisión del proceso en Guayaquil. El nuevo Consejo de Guerra condena a los tres rebeldes a ser degradados y a morir. Fusílase a dos de ellos y se indulta al otro.

El mismo día en que recibiera el informe sobre la revuelta, García Moreno dirigió una proclama. Como siempre, atribuye el movimiento a los urvinistas: "La traición que desde el año anterior se tramaba para entregar la República en manos del pérfido y cobarde Urvina . . .". Pero no está probado que su viejo enemigo fuese el instigador de la revuelta, aunque no cabe duda de que a la corta o a la larga ella le beneficiaría. Una proclama del gobernador de Guayaquil la atribuye únicamente a las ambiciones de Veintemilla y de otros jefes. A los Veintemilla, García Moreno, según Borrero, los había "sacado de la nada". Y parece que también ha tenido parte en el movimiento el doctor Vicente Piedrahita, gran amigo, hasta ayer, y partidario de García Moreno y jefe del Partido Conservador en Guayaquil. Pocos días después de la revuelta, el Gobernador le da doce horas de plazo para que abandone la ciudad y se dirija a su hacienda, en donde quedará confinado hasta nueva orden. Pero lo notable en la proclama de García Moreno es el final: "Los vencidos por el valor, lo serán otra vez por la clemencia. Al arrepentimiento le amparará la generosidad; y el brazo terrible de la justicia herirá únicamente a los principales culpables, sobre todo a los que derraman el oro para que corra la

sangre". ¡Bellas palabras! "Los vencidos por el valor, lo serán otra vez por la clemencia"...

* * *

Por estos días de 1869 en que van a realizarse las elecciones, García Moreno está muy mal de salud. El médico le prescribe descanso y él resuelve irse a Guachalá por una semana. Pero no lo hace. Teme un movimiento revolucionario. A Ordóñez, a quien ha nombrado gobernador de Cuenca, le escribe a mediados de abril: "Tenga usted mucha vigilancia para descubrir las tramas de los titulados liberales, los cuales siguen trabajando en toda la República y no han de aquietarse hasta que vuelvan a derramar sangre y se los fusile por docenas". Poco después, insiste: "Sigue la trama revolucionaria, dentro y fuera de la República y seguirá hasta que los criminales se escarmienten en el cadalso". Uno de sus temores es el de una invasión organizada por refugiados ecuatorianos en Colombia.

Tampoco el trabajo le permite salir de la Capital. Prepara la nueva Constitución, empieza a realizar su gran obra de gobierno y redacta varios decretos. El más importante es aquel en que devuelve los fueros a la Iglesia. Sabemos que para García Moreno es un derecho de la Iglesia juzgar a los sacerdotes que incurran en delitos o faltas. Pero en 1863, por exigencia del Congreso, debió consentir en que se pidiese a la Santa Sede aceptar la abolición del fuero eclesiástico. Pocas semanas después de terminar su primer gobierno, el representante del Ecuador en Roma, que era Antonio Flores, comunicó haber obtenido esa concesión por parte del Vaticano. La nota de Flores decía, textualmente, que había logrado, entre otras ventajas: "la abolición del fuero eclesiástico en los mismos términos que se ha concedido a las repúblicas de América que la han solicitado". Y así, el Presidente Carrión pudo, el 20 de abril de 1866, sancionar definitivamente el Concordato, declarándolo ley de la República.

Ahora, García Moreno, que es más papista que el Papa y no tiene un Congreso que limite sus atribuciones o le pida cuentas, devuelve a la Iglesia el fuero. Es como si le dijera al Santo Padre: "Habéis renunciado, en mi favor, a vuestro derecho de juzgar a las personas eclesiásticas que cometen delitos; pero yo no quiero esa renuncia que no habéis debido hacer y

os devuelvo ese derecho". Esto es en teoría, porque en la práctica el decreto establece tantas limitaciones que resulta harto disminuído el derecho que devuelve a la Iglesia. Así, el Estado, y no la Iglesia, juzgará a los eclesiásticos que fueren "concubinarios, ebrios de profesión y comerciantes"; a los que cometieren delitos políticos o atentasen contra los funcionarios públicos, sea "en el ejercicio de sus funciones o por causa de ellas"; a los que por haber cometido delitos atroces no gozan de fuero eclesiástico; y a los que incurren en otros delitos que, "por experiencia", exigen la supresión del fuero, debiendo esto determinarse posteriormente de acuerdo con la Santa Sede. Quedan algunos delitos, por ejemplo: los robos y los hurtos, la injuria y la calumnia, siempre que la víctima no sea un funcionario, y los que se cometen contra la honestidad. Pero no cabe duda de que García Moreno reduce enormemente las atribuciones de los jueces eclesiásticos. Les quita lo que más le importa a él: los delitos políticos y los atentados contra los funcionarios públicos...

* * *

Vísperas electorales. García Moreno y sus fieles preparan la lista de los candidatos a diputados a la Convención. El trabajo no es arduo: él y sus amigos saben bien quienes son católicos a ultranza y aceptan en todo las ideas del jefe del partido. Sí, del jefe del Partido Conservador, que acaba de formarse definitivamente. Siempre hubo conservadores en el Ecuador, como es de imaginar. Pero los matices que los dividían y los intereses políticos no les permitían constituirse en una agrupación bien definida. Durante la primera presidencia de García Moreno aun no existía el Partido Conservador. García Moreno gobernó con muchos liberales. Era lógico. ¿No subió al poder llevado por los hombres de la revolución de mayo del 59, en la que había gentes de todas las ideas? El Concordato apartó de su lado a muchos liberales en religión o en política. Los gobiernos de Carrión y de Espinosa fortalecieron indirectamente al conservadorismo. Se vió patente el peligro de una resurrección urvinista. Y la fusión de los parciales de Urvina con otros liberales, contribuyó a formar, por reacción defensiva, el Partido Conservador. Pero apresurémonos a decir que no lo ha fundado García Moreno. El no es hombre de partidos ni de banderías. Le impiden serlo su patriotismo integral, su concep-

sión del Ecuador como una unidad y la elevación de su espíritu, que le coloca por encima de los partidos. Si persigue a los liberales no es por partidismo, sino porque cree que, si llegaran al poder, ellos destruirían la unidad espiritual del Ecuador. ¿Qué distingue al Partido Conservador del Liberal? Los conservadores quieren un gobierno fuerte, que termine con las revueltas, que impida la anarquía y la disgregación para lo cual es preciso suprimir el Régimen Municipal y dar vigor al Ejecutivo; y los liberales quieren dividir la autoridad entre el mayor número posible de personas, debilitando el poder del Presidente. También les separa el concepto sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia. No precisamente la religión, pues muchos de los miembros del Partido Liberal son católicos, sino la cantidad de poder y de privilegios que han de permitirse a la Iglesia.

En el proyecto constitucional de García Moreno, y que él va redactando rápidamente, se concretarán las aspiraciones del Partido Conservador. García Moreno tiene a la vista la Constitución de Chile, obra de Diego Portales, a quien él tanto admira porque creó en su patria el orden: no sólo el policial, sino el de la disciplina y la jerarquía.

Pronto se realizan las elecciones. Y como el Presidente ha trabajado por sus candidatos y la oposición había sido desde poco antes aniquilada, triunfan canónicamente los conservadores.

* * *

García Moreno tiene excepcional memoria. Muchísimas veces, seguramente, ha recordado aquella noche de 1853 cuando, perseguido por los sicarios de Urvina, se llegó a una hacienda próxima a Guayaquil, de sus amigos los Rivas, y pidió que le salvaran. No habrá olvidado a la linda niña de quince años, Mercedes Rivas, que, con su aplomo y su inocencia, evitó que el jefe de la patrulla, el temible Guillermo Franco, descubriera al perseguido. Ahora va a tener motivo para acordarse, una vez más, de esos sucesos de diez y seis años atrás.

Sucede que en enero, a raíz de la revolución que llevó al poder a García Moreno, ha sido detenido un señor Juan Antonio Robinsón. Sus precedentes no le favorecen: en dos ocasiones ha participado en movimientos urvinistas. ¿Sabe García Moreno que este enemigo suyo es el marido de Mercedes Rivas, su salvadora del 53? El caso es que el preso, al ocurrir el levantamiento de Veintemilla, teme ser fusilado. Hasta parece que hay

orden de fusilamiento. Entonces él, como postrer recurso, pide que se le entregue al Presidente interino cierta carta.

Don Gabriel la recibe. Es un día de fines de marzo o principios de abril. Seguramente ve la firma antes de leerla. Es la de una mujer: Mercedes Rivas de Robinsón. Su memoria le recuerda la dramática noche del 53 y cómo a Mercedes Rivas le debe la vida. ¿Sabe que su salvadora se convirtió después en mortal enemiga suya? ¿Que ha escrito contra él un soneto al que ha titulado *El Tirano?* Es seguro que García Moreno lo sabe todo: no hay nadie en el Ecuador mejor informado que él sobre hombres y cosas.

Ignórase lo que ella le dice en la carta, salvo el pedirle por la vida de su marido. Pero indudablemente le recuerda las palabras agradecidas que el perseguido de 1853 le escribiera, al llamarla su salvadora: "Nunca olvido los favores que recibo". ¿Será verdad que es don Gabriel tan agradecido?

El tarda algo en contestarle. Ha querido informarse exactamente sobre el preso y su situación. Y ha querido — como se lo dice en la carta — que su respuesta se la llevara él mismo. Escríbele el 22 de mayo: "El proscripto de 1853 no ha olvidado jamás las palabras generosas de aquella señorita de inteligencia elevada y de noble corazón que usted conoce". Si en enero, y "a pesar de esto", hizo detener a Robinsón fué sólo por separarle del lugar en que podía, por tercera vez, levantar la bandera de Urvina. "La carta de usted —agrega— me decidió, sin embargo, a ponerle en libertad y permitirle su regreso, pues confío en que la influencia de usted contribuya a evitarle la desgracia de dejarse arrastrar por los que dos veces le engañaron". Termina: "¡Ojalá, en adelante, nos ayude a trabajar por el bien general del país y del particular de aquel hermoso cantón!". Y se despide llamándose su "siempre agradecido amigo y obediente servidor".

Observemos las delicadezas del ogro y del "monstruo": el deseo de que el marido le lleve la respuesta; los elogios a la señorita "que usted conoce"; la justificación del marido, a quien supone engañado y arrastrado por otros.

* * *

El 16 de mayo la Convención inaugura sus sesiones. No hay en ella hombres eminentes. No lo son los señores Herrera, Carvajal y Roberto de Ascásubi, considerados como tales por

los panegiristas de García Moreno. Pero sí son todos hombres de fe católica y de respetabilidad. Si no hay en la asamblea grandes cabezas, hay, lo que acaso vale más, sensatez, ilustración, honradez y patriotismo. La Convención elije al doctor Rafael Carvajal, ex ministro de García Moreno, para que la presida. Y escucha el Mensaje del Ejecutivo.

Interesan las palabras sobre la nueva Constitución. García Moreno declara haber tenido en mira dos objetos: armonizar las instituciones políticas con las creencias religiosas y dar a la autoridad la fuerza suficiente para resistir a la anarquía. "La civilización —dice— creada por el catolicismo, degenera y bastardea a medida que se aparta de los principios católicos". Conviene en que las instituciones y leyes han reconocido la unidad de creencias del pueblo ecuatoriano, pero considera que "han dejado abierto el camino a todos los ataques de que la Iglesia ha sido blanco con tanta frecuencia". Esto no es exacto. Fuera de la expulsión de los jesuítas, ni el clero ni la Religión han sido perseguidos nunca: sólo ha habido uno que otro atropello por parte de los gobiernos, y no más graves que los de García Moreno. Pero sí es indudable que los ataques se producirían ahora, si llegasen a gobernar los rojos. "Entre el pueblo arrodillado —agrega— al pie del altar del Dios verdadero, y los enemigos de la religión que profesamos, es necesario levantar un muro de defensa; y esto es lo que me he propuesto y lo que creo esencial en las reformas que contiene el proyecto de Constitución".

Estas palabras explican la obra de García Moreno durante los últimos años. Su propósito primordial no es dominar ni imponer el orden, sino defender a la religión de Cristo. Por defenderla habrá que imponer el orden, ensanchar las atribuciones del Gobierno. Y como ha jurado el 17 de enero no aceptar el poder, no se le puede, cuando pide a la asamblea que robustezca una autoridad que él no va a ejercer, acusar de egoísmo ni de designios ambiciosos.

Pero ya la lectura del Mensaje ha terminado y García Moreno se retira. Ahora hay que elegir al presidente y vice interinos de la República. Por unanimidad de votos son designados García Moreno y don Manuel de Ascásubi. Una comisión le lleva el nombramiento a García Moreno y él contesta verbalmente, y luego por escrito, negándose a aceptarlo. Recuerda en la nota de ese mismo día su juramento. "No rehuso

continuar sirviendo a mi Patria; pero no puedo deshonrarme por la violación de mi palabra, comprometida el 17 de enero ante Dios y ante el pueblo". Procede sinceramente, como se ve en una carta del día anterior a su íntimo Carlos Ordóñez. La asamblea no quiere saber nada con esta negativa e insiste, ese mismo 16 de mayo. Y él responde que le es "imposible, absolutamente imposible aceptar la presidencia, ni con la calidad de interina".

Entonces, los convencionales tratan la situación. El actual obispo Ordóñez, aquel canónigo que fuera a Europa a traer sacerdotes y hermanas para fundar en el Ecuador colegios y escuelas, sostiene que el juramento de García Moreno es nulo y perjudicial para la Patria; pero consiente en que se acepte la renuncia, por condescendencia. Un diputado protesta contra estas palabras del Obispo sobre la nulidad de un juramento, alaba el "noble ejemplo de abnegación y desprendimiento" de García Moreno y dice que, con ese ejemplo, las tendencias a la revuelta "quedan reprobadas y los ambiciosos corridos por la conducta de un hombre que dimite el poder y se deniega a continuar ejerciéndolo, así que todo estaba en sus manos". El general Francisco Javier Salazar considera que pretender desvirtuar el juramento de García Moreno equivale a querer "arrancarle la gloria de haber dado un noble ejemplo".

Por fin, la renuncia es aceptada. Pero no se elige otro presidente interino. Queda al frente del Gobierno el Vice, don Manuel de Ascásubi, quien nombra ministro de Hacienda a García Moreno, su hermano político.

* * *

El 19 de mayo comienza para el Ecuador uno de los períodos más trascendentales de su Historia: la discusión del proyecto de carta constitucional que ha redactado García Moreno. Ese día la comisión encargada de su estudio lo presenta. Le ha bastado tres días para conocer, analizar y aprobar la más grave reforma imaginable de las instituciones ecuatorianas. Probablemente ya estaban enterados del proyecto, y ellos saben que con García Moreno es preciso correr, si no volar. En el Ecuador, como en casi toda la América hispana, la gente es harto lenta, y allí, por ese tiempo, el único hombre dinámico, el único que no espera, es García Moreno. El proyecto queda aprobado en general. La segunda discusión se realiza en los

días 21, 22 y 24 de mayo. Y la tercera dura desde el 28 de mayo hasta el 4 de junio.

En la Constitución de García Moreno hay dos aspectos que considerar: el político y el religioso. Comencemos por el político; pero, antes, es preciso decir unas palabras sobre el espíritu de las anteriores constituciones en esta materia. Fueron todas, en general, harto liberales. Mermaban de diversos modos la autoridad presidencial. Uno de ellos era el Consejo de Gobierno, institución que no existe en la Argentina, y que tenía atribuciones exageradas en la provisión de los altos cargos; otro era la limitación de las facultades extraordinarias en caso de ataque exterior o conmoción interna; y otro, la reducción del derecho presidencial a vetar las leyes aprobadas por las cámaras. De manera que el jefe del Estado no podía nombrar jueces ni gobernadores a quienes él quisiera, ni impedir la sanción de leyes perjudiciales al país; y en caso de conspiración, no podía adoptar providencia alguna, salvo las policiales, hasta no haberse producido la revuelta.

García Moreno va a terminar con todo eso. Sabe qué resultados desastrosos han producido las constituciones liberales. Mientras en Chile, con la Constitución del 33, obra de Diego Portales, hay paz y prosperidad, en el Ecuador las incesantes revoluciones no han permitido gobernar. Ese liberalismo político es, pues, nocivo, tanto al progreso material como al progreso moral. Pero la Constitución de García Moreno está lejos de ser "reaccionaria", como se ha dicho. En lo político, y en conjunto, es más liberal que la Constitución argentina.

Se la ha acusado de oligárquica porque exige ciertos requisitos para determinados cargos y porque prolonga a seis y nueve años, respectivamente, la duración de las diputaciones y senadurías. En la Constitución Argentina, considerada como liberal, los senadores duran también nueve años, y se exigen ciertos requisitos para poder entrar en las cámaras. García Moreno es demasiado autoritario para ser oligarca; y lo que se ha propuesto con esos largos períodos es disminuír el número de las elecciones, origen de odios y revueltas.

Con mejores argumentos se la ha considerado autocrática. Pero ni la extensión del período presidencial a seis años, como en la Constitución argentina, ni la reelección inmediata por una vez, como en la de los Estados Unidos, son expresiones de autocracia. El estado de sitio no ha existido antes en el

Ecuador. En las constituciones anteriores, y en caso de invasión exterior o de revuelta interior, se le daban al Poder Ejecutivo ciertas facultades: aumentar el número de soldados, exigir contribuciones o negociar empréstitos, trasladar la Capital y arrestar o desterrar. La Constitución de García Moreno concede al Ejecutivo, previa declaración del estado de sitio, y aunque sólo se trate de amenazas de invasión o revuelta, la facultad de allanar y registrar domicilios, prohibir publicaciones y reuniones y hacer juzgar militarmente, como en campaña, y aplicando las ordenanzas del ejército, a los autores, cómplices o auxiliadores de la invasión exterior o de la revuelta interna, y aun cuando haya terminado el estado de sitio. Estas disposiciones, salvo la última, que implica la pena de muerte a los revolucionarios, figuran en la Constitución argentina, considerada como liberal. Por ellas se ha llamado "reaccionaria" a la de García Moreno y se le han atribuído tendencias hacia la monarquia absoluta. No se advierte que en el Ecuador, donde en treinta y nueve años hubo cerca de cincuenta revoluciones y motines, necesitábanse leyes que estableciesen el orden. En cuanto al Consejo de Estado, García Moreno lo conserva. Pero si en la Constitución del 61 había tres miembros — un vocal de la Corte Suprema, un eclesiástico y un propietario — nombrados por el Congreso, ahora el primer magistrado preside el Consejo, lo que antes correspondía al vicepresidente, y nombra y remueve a todos sus miembros. Júzgase que el Consejo así designado será un instrumento del presidente. Sin embargo, se ha dado muchas veces el caso, en el Ecuador y en otros países, de presidentes que no se han atrevido a eliminar a ministros con los que estaban en desacuerdo. Además, mientras no haya prueba en contrario, debe suponerse que los hombres son dignos y honrados.

Nadie ha objetado, en cambio, a la Constitución de García Moreno la supresión del cargo de vicepresidente y el artículo donde se determina que, en caso de ausencia del primer magistrado, ocupará su lugar el ministro del Interior. Generalmente el vice tiene con el jefe del Estado algún diverso matiz de opinión, por lo cual constituye, por su sola existencia, un poder moderador. Los presidentes no se ausentan por temor a lo que pueda hacer el vice en la Presidencia. Y este poder del vice resulta considerable allí en donde, como en la Argentina, es presidente nato del Senado.

Dos temas requieren comentario más minucioso: el del veto y el de los nombramientos judiciales.

El veto, según parece, fué tomado de la Constitución del Brasil, que era monárquica. Portales lo incluyó en la de Chile. García Moreno, siguiendo a Portales, estatuye que si el Presidente devuelve a las cámaras el proyecto de ley, con observaciones que equivalen a desecharlo en su totalidad, quedará reservado para la siguiente legislatura. Si se trata de simples modificaciones y no son aprobadas en las dos cámaras, se reservará para la siguiente legislatura. En algo García Moreno es más liberal que Portales, cuya Constitución, en aquellos casos, considera a los proyectos como no presentados. Pero es menos liberal en cuanto no concede a la legislatura el derecho de insistir, como lo establecía la Constitución de Chile, según la cual si dentro de dos años, aprobado el proyecto, el Presidente lo desechase en el todo, sería ley si las cámaras lo aprobasen por dos tercios de votos.

Sobre nombramientos judiciales establecían las anteriores constituciones que debían hacerse por el Ejecutivo, en terna propuesta por el Consejo de Estado, como la del 30; o por el Congreso, según terna presentada por el Ejecutivo, como la del 35; o por el Senado, según terna del Ejecutivo, como la del 43. En la del 45 los magistrados de la Suprema Corte eran nombrados por el Congreso. Este excesivo liberalismo no existe hoy en ninguna parte. En la Argentina los jueces son nombrados por el Presidente y sólo se exige el acuerdo del Senado, el cual siempre lo concede: la negativa no estaría justificada sino en casos de grave mala conducta. García Moreno, más liberal que los constituyentes argentinos del 53, establece, entre las atribuciones del Ejecutivo: "Proponer al Congreso, en terna, los magistrados de la Corte Suprema y del Tribunal de Cuentas y nombrarlos interinamente en receso de aquél; nombrar, a propuesta en terna de la Corte Suprema, a los magistrados de las demás cortes de justicia".

Pero en materia religiosa no cabe duda de que a García Moreno se le fué la mano, aunque Borrero afirma que la Constitución católica de García Moreno es "igual, en el fondo, a todas las constituciones del Ecuador". Dejemos a un lado el juramento de profesar el catolicismo exigido al Presidente; la presencia de un eclesiástico en el Consejo de Estado, que también la establecía la Constitución chilena de Portales y otras

constituciones ecuatorianas; y diversos pormenores de escasa importancia. Y transcribamos el artículo primero, que dice: "Para ser ciudadano se requiere ser católico". García Moreno que, como ministro del Presidente interino Ascásubi, asiste a las sesiones en que se discute la Constitución, explica que sólo se trata "de declarar los derechos a elegir y a ser elegidos, que son los propios de la ciudadanía". Pero estas palabras y otras no explican nada. ¿Qué ha de entenderse por "católico"? Si es nada más que el bautizado en la religión Romana, pase, porque en el Ecuador no hay quien no esté bautizado. Pero si se exige el practicar la religión, el asistir a misa, confesarse y comulgar, entonces la disposición inventada por García Moreno resulta una de las mayores arbitrariedades que sea posible imaginar. Debe decirse en su descargo que hay precedentes justificadores. En una convención anterior se trató de exigir también la condición de católico para merecer la ciudadanía; y varios convencionales dijeron que eso era innecesario porque se desprendía del artículo por el cual la religión Católica era exclusiva. Jamás García Moreno define la palabra "católico". Los hechos demostrarán que exige mucho más que el bautismo, no para votar, ciertamente, lo que sería casi imposible, pero sí para ocupar cargos. Y ese artículo constitucional se completa con otro que establece: "La religión de la República es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de cualquiera otra, y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas". Estos dos artículos concretan el carácter esencialmente católico de la Constitución de García Moreno. Pero no significan, como se ha dicho, el sojuzgamiento del Ecuador ante la Santa Sede. Si la Constitución y el Concordato dan plena libertad a la Iglesia dentro del Estado, la carta de García Moreno fortalece al Estado por modo extraordinario. No coloca a ambos poderes frente a frente, sino el uno al lado del otro. Más aún: al declarar en el primer artículo que los poderes públicos están obligados a proteger y a hacer respetar a la Iglesia, se reconoce la mayor fuerza material del Estado. Y entre los miembros del Consejo de Gobierno, el eclesiástico es el único que no puede reemplazar al Presidente.

En síntesis, puede decirse que la Constitución de García Moreno es bastante liberal en cuanto limita el poder del Presidente. Pero lo es menos en lo que atañe a la defensa de la so-

ciedad, y esto no puede criticarse si atendemos a que el Ecuador ha vivido en perpetuo desorden hasta el advenimiento de García Moreno. La necesidad de defensa social es lo que le hace establecer la pena de muerte para los delitos políticos, suprimir la masonería y exigir la condición de ciudadano nativo para ser presidente, ministro, senador, consejero de Estado y miembro de la Suprema Corte.

En la discusión del proyecto constitucional no ha habido imposición ni servilismo. Los convencionales han manifestado sus opiniones con absoluta libertad. Varios de ellos han objetado tal o cual artículo sin perder después sus cargos ni la amistad de García Moreno, como el doctor Nicolás Martínez y don Pedro Lizarzaburu, que se opusieron al estado de sitio, y el general Salazar, que combatió el artículo que exigía la condición de católico en el ciudadano. García Moreno a nadie pidió su voto ni menos amenazó a nadie. Su arma fué la de su palabra convincente. No le detuvo el riesgo de disgustar a los convencionales cuando, al contestar a sus alegatos, que calificó de "sofismas", dijo que procedían de la incompetencia, del miedo y de la confusión. Tuvo frases notables, como estas sobre el estado de sitio: "Existe en las repúblicas hispano-americanas un fermento o una tendencia a los trastornos políticos; tenemos, por desgracia, ciertos hombres a quienes debe llamarse especuladores revolucionarios, por el propósito de hacer fortuna en las revoluciones, y es indispensable contenerlos por el temor del castigo. Para evitar que se derrame sangre, es preciso armar al poder; la compasión por los criminales es la mayor crueldad contra los ciudadanos honrados y pacíficos; se ha visto la insuficiencia de las leyes comunes para contener los trastornos y se quiere todavía tener inerme al poder, en favor de los que atacan la propiedad y hacen derramar sangre. Lincoln, en la Unión Americana, tuvo que asumir la dictadura para salvar la República, y la salvó aunque a costa de su vida".

* * *

Ya está aprobada la Constitución. Pero García Moreno quiere someterla al plebiscito popular. Por algo ha dicho que la Constitución es para el pueblo y no el pueblo para la Constitución. Se ha de votar por sí o por no, aceptándola o rechazándola íntegramente.

Los liberales pónense a trabajar para que el pueblo la repudie. Hasta parece que desde semanas atrás conspiran. García Moreno le ha escrito a Ordóñez el 29 de mayo: "quiera Dios que los malvados se muevan: hallarían el cadalso". Y el 9 de junio: "No deje de tener vigilancia para observar y descubrir las incesantes tramas de los rojos. ¡Ojalá hagan algo para que reciban lo que merecen!".

Pero él también trabaja por su Constitución. Así se ve en otra carta a Ordóñez, gobernador de Cuenca, en donde le dice cómo espera que él y el Obispo triunfen de los liberales y logren para la Constitución, en el Azuay, de cuatro a cinco mil votos. Respecto de los liberales de Cuenca, sus antiguos amigos los Borrero, Malo y otros, no le importa que lo censuren. "Tienen por mi parte —le escribe a Ordóñez— libertad y derecho de hacerlo, con tal que no entren en conspiraciones". Y agrega humorísticamente: "Hasta podría dárseles el título de censores con trescientos sesenta y cinco días y horas por renta".

Plebiscito del 28 de julio. La Constitución logra un triunfo impresionante: trece mil seiscientos cuarenta votos en favor, contra quinientos catorce. "Con esta prueba — escribe él, muy contento — y las instituciones nuevas, los rojos deben perder la esperanza para siempre".

Por otra parte, él tiene medios para aplastar a los revolucionarios. En los últimos días de mayo, la Convención lo ha nombrado general en jefe del Ejército. En los considerandos, el nombramiento dice que él "ha mandado varias veces en campaña el ejército de la República y combatido en mar y tierra con heroico denuedo; que por las brillantes cualidades que posee como guerrero y los reiterados y eminentes servicios que ha prestado a la Nación, los generales, jefes y oficiales del ejército y de la guardia nacional han hecho constantes votos por que ocupe el primer puesto en la escala militar; y que la justicia y la pública conveniencia exigen no retardar por más tiempo el cumplimiento de tan espontáneo y patriótico deseo". El ministro de Guerra, que es Salazar, le comunica la noticia el día del aniversario de la batalla de Pichincha. Lo hace constar en su nota, y agrega que el nombramiento, si bien impone a García Moreno gran responsabilidad y sacrificios, "significa una garantía de orden para estos pueblos y abre al ejército la esperanza de ser organizado de manera que pueda llenar cumplida y satisfac-

toriamente su destino en paz y en guerra". García Moreno acepta esta vez. Lo hace, dícele al Ministro, "por el deber de seguir defendiendo la Religión y la Patria".

La Convención ha terminado. Sólo le falta —atribución que tuvieron todas las asambleas análogas en el Ecuador— elegir al Presidente de la República. Ha llegado el día trascendental. Es el 9 de agosto. Se vota y resulta elegido García Moreno por unanimidad de sufragios, salvo dos, uno de los cuales es el de su cuñado e íntimo amigo Roberto Ascásubi, que ha procedido así por delicadeza.

¿Aceptará? El mismo día, apenas le comunican la elección, contesta. Cree que nada puede dispensar a un hombre de servir a su patria, y "que nadie puede obligarse a causarle, directa ni indirectamente, desgracias, y que toda obligación de esta especie sería, en sí misma, írrita y nula". Pregunta a la Convención si su alejamiento del mando "ha de producir males considerables al país". En este caso aceptará el poder. Pero si los diputados juzgan que su separación no acarreará consecuencias funestas, entonces les pide que admitan su renuncia. La Convención se reúne y resuelve, por unanimidad de votos, no aceptar la renuncia. ¿Ha faltado García Moreno a su juramento? Tratábase de un juramento político, y los convencionales, que representan al pueblo, bien pueden eximirle de su cumplimiento. Y no cabe duda de que por ese tiempo sólo su prestigio, su carácter y su dura mano pueden gobernar al Ecuador.

Ha llegado el 10 de agosto y don Gabriel García Moreno va a jurar ante la Convención. La ceremonia se realiza en la Catedral de Quito. Después de haber jurado y de haber oído el discurso del presidente de la Convención, él pronuncia palabras memorables. "¿Cómo gobernar —se pregunta— donde gobernar es combatir? ¿Cómo asegurar la civilización y el progreso, " a pesar de los que desean el desorden para medrar, porque saben que cuando el agua se revuelve el cieno es el que sube?" El confía en "la fuente regeneradora del catolicismo", en el ejército, en la observancia de las nuevas leyes, en "la buena fe y justicia como única política digna, conciliadora y segura" y, sobre todo, en "la fe en Dios". Y termina con estas palabras misteriosas, en las que aparece el presentimiento de ser asesinado, y en las que dice, al hablar de su juramento presidencial: "¡Feliz yo, si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, Religión y Patria!".

¡Ya está de nuevo en la presidencia efectiva García Moreno! El país parece contento, salvo el reducísimo número de sus enemigos. Para la gente de orden, para los que aman la paz y el progreso y quieren vivir tranquilos, significa un gran alivio saber que García Moreno seguirá gobernando. No tarda él en nombrar a sus ministros. El de Guerra es aquel general Darquea cuya candidatura propuso el año anterior y que no fuera aceptado por sus partidarios. El de lo Interior y Relaciones Exteriores es el doctor Francisco Javier León, honorable, ferviente católico y admirador cien por ciento de García Moreno.

¿En qué situación física le encuentra la segunda Presidencia a don Gabriel? Tiene apenas cuarenta y ocho años, y aun no cumplidos; pero ha envejecido mucho y pronto. Su cabeza está blanca y los ojos se le han ahondado. Se ha acentuado en su rostro, dramáticamente, la expresión ascética.

Pocos días después de haber asumido el mando, le escribe a Ordóñez diciéndole que ha aceptado a su pesar la Presidencia. "Confío —agrega— en que Dios me seguirá protegiendo, puesto que busco la felicidad pública en la moral cimentada en la Religión Católica".

* * *

Pero los adversarios del Presidente, sin temor a la severidad de la nueva Constitución, trabajan para derrocarle. Marcos Espinel, el tenaz enemigo de García Moreno, dirige o aconseja a los conjurados. El principal de ellos es el joven guayaquileño Diego Pimentel, quien, por ese motivo, da su nombre al movimiento. La conjuración de Pimentel ha preparado para el 14 de diciembre la revuelta, que deberá estallar en la Capital, Guayaquil, Machala y Cuenca. A Pimentel lo secundan José Antonio Sánchez y Manuel Cornejo Cevallos.

¿Qué intentan estos muchachos? Nada menos que el asesinato del Presidente. Tienen resuelto asaltarlo al salir él con Mariana de casa de su suegro, en la esquina de la iglesia de la Compañía. Unos le harán fuego, ocultos detrás de la cruz que hay delante del atrio, y otros lo atacarán desde unas cuantas tiendas de enfrente. Piensan, también, matar al general Sáenz, comandante de la plaza, y sublevar a la Artillería.

El plan va siendo realizado con audacia y habilidad. Son amigos del edecán del Presidente y, valiéndose de esa amistad y

a fin de disimular sus maquinaciones, utilizan para la correspondencia el sello presidencial. Han imaginado levantar a la guarnición de Guayaquil mediante una falsa carta del ministro Darquea, cuya firma ha imitado a la perfección Manuel Cornejo Cevallos. Pero todo es descubierto a tiempo, el 14 de diciembre, por dos conductos: una sospecha de García Moreno y la delación de José Antonio Sánchez. García Moreno, que ha leído en los sobres de su correspondencia el apellido de enemigos suyos, manifiesta su sospecha. Se abre una carta y allí se encuentran suficientes datos para proceder a una investigación. Por su parte, el joven Sánchez, movido por el arrepentimiento y el temor, se presenta a las autoridades.

He aquí a los autores y a los cómplices descubiertos y detenidos. Espinel, no obstante sus años, logra escaparse y huir al extranjero. Otro de los culpables es el general Ignacio de Veintemilla, quien, antes de partir para el destierro, a raíz del levantamiento de su hermano José en Guayaquil, le ha aconsejado a Cornejo el asesinato de García Moreno. El Consejo de Guerra juzga a los conspiradores. Dos de ellos, Pimentel y Cornejo, son condenados a muerte.

Pero no se les fusila. Ambos son indultados por "el tirano", como llaman sus enemigos a García Moreno. A Pimentel le conmuta la pena por la de trabajos públicos y a Cornejo por la de destierro. Cornejo la consigue él mismo. Estando en capilla, obtiene, por intermedio de cierto coronel que se apiadara de su situación, una entrevista con el Presidente. García Moreno lo recibe en su dormitorio. Cornejo, entre sollozos, súplicas y promesas, muestra su arrepentimiento. El "monstruo", como él mismo lo llamará poco después, se conmueve y lo perdona. No lo haría si fuera otra la víctima presunta, pero perdona por lo mismo que se ha atentado contra él. Cornejo se marcha a Panamá, desde donde, semanas más tarde, enviará un folleto en el que dice, del hombre que le ha perdonado la vida: "el asesinato de tal monstruo era simplemente un acto de legítima defensa, un derecho sin el cual la libertad de que Dios ha dotado al hombre llegaría a ser un inmenso sarcasmo".

A Cuenca no ha llegado, ni puede llegar por falta de tiempo, la noticia del descubrimiento de la conjuración. Los que allí están comprometidos suponen que el 14 todo ha ido bien en Quito; y el 15 deciden lanzarse a la revuelta. Una muchedumbre

de estudiantes y de obreros, dirigida por jóvenes distinguidos, se apodera del Cuartel y del Palacio de la Gobernación y arresta al Gobernador don Carlos Ordóñez, el íntimo de García Moreno, al jefe Político y a otros funcionarios. Tropas leales a la autoridad llegan de un lugar próximo al otro día. En el combate son vencidos los revolucionarios, que, antes de huir, hieren gravemente, de tres balazos, al Gobernador.

La indignación de García Moreno, al recibir la noticia de estos sucesos, es enorme. Publica un manifiesto, en donde anuncia que escarmentará a los rebeldes. A Ordóñez le escribe el 20 de diciembre: "El crimen cometido contra usted hace imposible la clemencia". Agrega que "cuantos sean tomados serán juzgados en Consejo de Guerra y fusilados". Y en otra carta de días posteriores dice que "podemos y debemos perdonar las ofensas personales", pero que "no podemos ni debemos olvidar que responderemos, ante Dios y la sociedad, de los crímenes que se cometan por nuestra falta de rectitud". Absolver a los rebeldes sería, pues, faltar al deber. Y ordena que se proceda con la máxima severidad.

Así se hace. Tres de los cabecillas son condenados a muerte y otros a varios años de prisión o de trabajos públicos. Como sucede siempre, toda la ciudad pide por los condenados. Hasta el propio Ordóñez se empeña por ellos. García Moreno, que ha sido generoso con los que atentaron contra su propia vida, no quiere serlo cuando se trata de la vida ajena. Y los tres cabecillas son fusilados públicamente, en uno de los últimos días de enero de 1870.

Pero Ordóñez ha quedado abatido y no quiere continuar en la Gobernación. García Moreno le ha escrito en enero varias cartas, en las que hay frases como estas: "Gobernar en estos países es luchar sin tregua contra los malvados"; "volando habría pasado a Cuenca a confortarlo"; "la impunidad del crimen es el mejor aliciente para la perpetración de nuevos y peores atentados". En febrero, ya fusilados los cabecillas, le escribe: "La justa represión de los criminales es la mejor salvaguardia de la sociedad; así los tres ajusticiados son la mejor guarnición de Cuenca". Y en marzo le repite unas palabras de Rocafuerte, su precursor, al que tanto admira: "El Gobierno no tiene amigos al administrar justicia".

Con todo, las conspiraciones no terminan. A mediados de

marzo, García Moreno tiene noticias de que algo preparan en Guayaquil los urvinistas, y allá va. Llega a Guayaquil el 21. En pocos días, el plan revolucionario queda descubierto. Entre otras cosas sábese que los conjurados trataban de comprar traidores, con cartas de crédito falsificadas, en nombre de tres casas de Lima. Las autoridades apresan al emisario, un tal Ruperto Suárez, y lo condenan a muerte. Pero García Moreno le conmuta la pena por la de prisión.

En junio son descubiertas nuevas tentativas revolucionarias, en las que anda el general Juan Manuel Uraga, comandante general de Guayaquil, de acuerdo con Franco; pero destitúyese a Uraga y pasa el peligro. Y en julio del 71 habrá un motín urvinista en Montecristi, con armas enviadas desde Panamá por Eloy Alfaro y que caerán en manos del Gobierno.

Mientras tanto, García Moreno ha recibido el premio a sus afanes. Le ha nacido, en los primeros días del 70, un hijo. ¡Y es un varón! Le ha puesto su nombre. Ya tiene el tremendo luchador un motivo, fuera de su amor a Dios, para consolarse y amar la vida.

* * *

Marzo de 1870. Conflicto con el delegado del Papa. Ya no es monseñor Tavani, que partiera el año anterior, sino monseñor Serafín Vannutelli, el futuro famoso Cardenal.

García Moreno, por medio de su ministro de Relaciones Exteriores, comunica a la Curia su extrañeza de que en las iglesias no se haya rezado el Viernes Santo la oración por el Jefe del Estado, y pregunta si ocurrirá lo mismo en la próxima Semana Santa: en tal caso, el Poder Ejecutivo no concurrirá a los oficios divinos de la Catedral. La Curia consulta al Nuncio. Vannutelli responde que nadie puede agregar nada en el Misal, en donde no hay oración por el Jefe del Estado: la que hubo siglos atrás por el Emperador Romano, fué suprimida a la caída del Imperio.

Enterado García Moreno de esta respuesta, resuelve no asistir a las ceremonias de la Semana Santa y a otras festividades religiosas, y solamente a las cívicas; y lo hace saber al Vicario general de la Arquidiócesis. El Nuncio informa al Ministro que ha encontrado una solución. Como el Gobierno tiene privilegios de los Reyes de España, puédense cambiar ciertas palabras por

estas: *Republicam ejusque gubernium ab omni adversitati custodi.* Aun esto, hay que consultarlo a Roma; pero, bajo su responsabilidad, lo permite para la próxima Semana Santa.

Descontento de García Moreno. Comunica: "se cree en el indeclinable deber de no concurrir a las funciones" porque "no considera satisfecho el decoro del Gobierno". Y envía sus pasaportes al Nuncio, aunque después los retira.

Meses más tarde, el 12 de agosto, Vannutelli le hace saber al Ministro que Pío IX ha concedido al Presidente el notable privilegio de que a las oraciones de la feria sexta de la Semana Mayor se añadan dos: una por el Presidente, sin expresar su nombre, y otra por la República. ¡Triunfo único el de García Moreno! Sus enemigos pretenden que ha tratado de imponerse por orgullo y vanidad. Mas no es por eso, sino por aumentar la autoridad moral del cargo y porque cree que tanto él como su patria necesitan de una especial protección divina.

* * *

El 20 de setiembre de ese año de 1870 un suceso hace llorar a todos los católicos del mundo: el Papa ha perdido sus Estados, al apoderarse de Roma las fuerzas enemigas. García Moreno sufre como nadie. Si ha derramado lágrimas, de sangre habrán sido.

Al saber la noticia, piensa en protestar contra el rey de Italia. Pero el Ecuador es tan poquita cosa, que juzga prudente esperar a que lo hagan las grandes naciones. Transcurren semanas y nadie protesta. Y entonces García Moreno tiene un gesto sublime: el pequeño Ecuador, la insignificante República americana que no cuenta ni con un millón y medio de habitantes, va a protestar ante el mundo, va a engrandecerse moralmente. Y el 18 de enero de 1871 redacta dos notas que firmará su ministro de Relaciones Exteriores: una para el gobierno de Italia y otra para las repúblicas de América.

¡Documentos de raro valor y de enérgica afirmación católica! "Atacada la existencia del catolicismo — le dice al ministro del rey Víctor Manuel — en el representante de la unidad católica, en la persona sagrada del augusto jefe, a quien se le ha privado de su dominio temporal, única y necesaria garantía de libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, es innegable que todo católico, y con mayor razón todo gobierno que rige a

una porción considerable de católicos, tiene no sólo el derecho sino el deber de protestar contra aquel odioso y sacrílego atentado". Refiere cómo ha esperado la protesta de Europa "contra la injusta y violenta ocupación de Roma", o que el mismo Víctor Manuel devolviera al Papa sus estados. Pero no habiendo ocurrido ni una ni otra cosa, cúmplele a él protestar, "ante Dios y ante el mundo, en nombre de la justicia ultrajada y, sobre todo, en nombre del católico pueblo ecuatoriano", contra la "inicua invasión de Roma", la falta de libertad del Santo Padre y las garantías de independencia, que considera "irrisorias".

Análogas palabras contiene la circular a los gobiernos de América. Díceles que ellos no pueden mirar con indiferencia la injusta violación, "y ya que en el Antiguo Mundo ha encontrado solamente el silencio de los reyes, es natural que en el Nuevo halle la severa reprobación de los gobiernos que lo representan". Por esto, les pide protestar. Pero ninguno lo hace. La indiferencia de los gobiernos americanos es tan absoluta como la de los europeos. Sesenta y cinco años más tarde, todos esos gobiernos que no se conmueven por la afrenta y la violación cometida contra el representante de Cristo, protestarán por la violencia que el mismo gobierno, el de Italia, comete contra el Negus de Abisinia...

¿Contestan, siquiera, las repúblicas americanas a García Moreno? Unas sí, pero las más no. El le cuenta a un amigo, por esos días, cómo fueron las contestaciones. "Colombia me ha dado respuesta negativa, en términos moderados; Costa Rica, una respuesta igualmente negativa, pero en términos insolentes; Bolivia me ha hecho decir, con mucha cortesía, que tomaba mi proyecto en grande consideración. En cuanto a Chile, al Perú y a los otros Estados, no se han dignado siquiera enviarme una nota de recibo". Y agrega: "Empero, ¿qué importa esto? Dios no tiene necesidad ni de nosotros, ni de nada, para cumplir sus promesas, y él las cumplirá a despecho del infierno y de sus satélites los francmasones, que, por medio de los gobernantes, son más o menos dueños de toda la América, a excepción de nuestra patria".

Pío IX contesta el 21 de marzo de 1871 con una hermosa carta al "espléndido testimonio de fidelidad, adhesión y respeto a la Santa Sede", y le otorga una excepcional condecoración. García Moreno ha dado la mayor publicidad a su protesta, y el mundo católico se conmueve. El Ecuador deja de ser una tierra

incógnita para convertirse en un pueblo noble y caballeresco, y Gabriel García Moreno se eleva a la condición sublime de un Don Quijote de la Iglesia y de la Fe.

* * *

Por estos días de fines del 70 y principios del 71, García Moreno tiene un incidente con el general Mosquera. El gran caudillo colombiano, reelegido Presidente en 1866, había sido derrocado en el 67 y desterrado al Perú. Sus enemigos encontraron entre sus papeles el convenio que ya conocemos con el Perú, firmado ocho años atrás, y por el cual se estipulaba la repartición del Ecuador. García Moreno tenía noticia del convenio tal vez desde 1860, pero sólo se publicó el 67, por obra de los enemigos de Mosquera.

Ahora, en noviembre de 1870, Mosquera, que está en el puerto peruano de Paita, se propone embarcarse para su patria. Como todos los vapores tocan en Guayaquil y los pasajeros bajan a recorrer la ciudad, es casi seguro que Mosquera lo hará también. A veces es preciso cambiar allí de barco. García Moreno se encuentra por esos días en Guayaquil. Es natural que considere a Mosquera, que ha intentado la polonización del Ecuador, como el mayor enemigo de su patria.

El 26 de noviembre llega un buque. García Moreno teme que en él viaje Mosquera. "Debió haber llegado en ese vapor; no se ha atrevido", le escribe a Ordóñez. Entonces toma la pluma y le dirige a Paita unas líneas enérgicas. Se refiere al proyecto que se atribuye a Mosquera de llegar a Guayaquil y trasbordar a otro barco. "No lo creo —le dice—, porque no creo que haya usted olvidado la felonía con que en plena paz trataba usted de suprimir y repartir el Ecuador con el Perú". Su crimen es, pues, gravísimo. "Si usted viene a las aguas del Ecuador, por un momento que sea, se hallará sometido a la jurisdicción de nuestras leyes y será inmediatamente preso, juzgado y obligado a sufrir las consecuencias". Y termina: "Por lo mismo que usted es enemigo de mi patria, debo ser generoso en cuanto lo permitan la dignidad y la justicia; y lo soy al anunciar a usted lo que tendré que hacer si usted se presenta en aguas ecuatorianas".

García Moreno, como se ve, procede en defensa de la dignidad de su patria. Está en su derecho al impedir la entrada en el Ecuador de quien ha pretendido repartirlo con el Perú. Sus

enemigos, no obstante, le acusan de ingratitud y felonía para con Mosquera . . .

* * *

Durante estos primeros años de su segunda presidencia, ocurren en la vida de García Moreno acontecimientos de índole privada y del más vario carácter.

A fines de julio del 71 muere su madre, en Guayaquil. Por estar en Quito, él no ha podido asistir a sus últimos momentos. La señora tenía noventa y cuatro años. Con todo, él la llora como si hubiese sido posible que ella viviera mucho más. A su amigo Ordóñez le escribe: "fué el tesoro y la gloria de sus hijos". Cuando le dan el pésame, él dice que más bien debieran felicitarle: su madre era una santa, está en el Cielo. Y un año más tarde, cuando va a Guayaquil y pasa unos días en la casa donde ella viviera, le cuenta a Marianita: "No he querido hablarte de la impresión diaria que me causa la falta de mi buena y santa madre. Entrar en su cuarto y hallar vacío el lugar en que la hallaba siempre, ciega en su hamaca, es lo más triste para mí. En el cielo rogará por nosotros y por toda la familia".

Poco más de siete meses después de esta muerte, le nace otro hijo a don Gabriel. Esta vez es una niña y le ponen por nombre Mariana, como la madre; y como la primera hermanita, que murió seis años atrás. No hay idea de cómo García Moreno quiere a sus hijos. Se acuerda de ellos en todas las cartas a Mariana: "Haz mil cariños a mi hijo", le dice. Una vez le confiesa: "Mis hijos también me hacen mucha falta. Mi corazón se ha quedado allá, contigo y con ellos; y para estar contento, necesito volverme cuanto antes". Otra le pide que, cuando le conteste, le haga poner al pie de la carta al varoncito, que tiene ya dos años, "con su mano, un garabato siquiera".

Y a ella, a Mariana, ¡cómo la sigue queriendo! Desde Guachalá le escribe en febrero del 72 después de haber estado enfermo: "Sigo bien; pero no me hallo con gusto y duermo mal, extrañándote sin cesar". Quiere saber si ella se ha enfermado o no, y dícele que la adora. En agosto de ese año besa con ternura una carta de su mujer, según se lo refiere. Por los mismos días le escribe: "Te quiero, amorcito, con tanta vehemencia que después de Dios y de la Virgen tú eres lo primero en mi pensamiento y lo único en mi corazón". Al mes siguiente le declara: "Quisiera

volar ahora mismo allá, para colmarte de caricias; pero aunque esto no sea posible por ahora, mi corazón, mi memoria, mi pensamiento están contigo sin cesar, pues todo el día pienso en tí, aun cuando me ocurra algo desagradable". Al otro día vuelve a escribirle para que vea cómo piensa en ella y cómo la quiere "con delirio". Estando en Guayaquil, le escribe, desde el 27 de agosto hasta el 7 de setiembre, seis cartas.

La mala salud de su mujer es la primera de sus preocupaciones. "Tu salud y tu vida me interesan más que la mía", le escribe. Mariana padece de "debilidad de estómago", según los médicos. Desde Guayaquil, donde él ha hablado con el doctor Chiriboga, le envía un método curativo y los remedios correspondientes. Le ruega, le exige, que durante treinta o cuarenta días lo cumpla.

Todas las cartas de García Moreno abundan en palabras afectuosas para su suegro, sus cuñados y sus parientes y amigos más queridos. No se olvida de nadie. Durante sus viajes, mueren en los lugares en donde él se detiene diversas personas de la intimidad o parentesco de la familia, y es de ver con qué dolor él le cuenta a Mariana esas desgracias.

Sorprende en estas cartas a su mujer todo lo referente a sus negocios particulares y sus trabajos de campo. En una ocasión dice, desde Guayaquil: "Hoy he recibido carta de Londres sobre los encargos para la casa. Quince cajones de papel están ya en camino y tal vez lleguen mañana". Como es mucho papel para una familia, debe deducirse que se trata de la casa de comercio de su hermano Pedro Pablo, en la que tal vez él tiene parte.

En el campo, en Guachalá, este Presidente trabaja como un ciudadano cualquiera. En sus cartas a Mariana le habla de las sementeras de cebada, de los maizales, de las arvejas y las lentejas, del arroz y de la harina de cebada, del ganado y de los potreros. Está contento del resultado de sus trabajos agrícolas, en esos días del invierno de 1872. Y así, le dice a Mariana: "Dios ha echado la bendición sobre Guachalá".

* * *

En mayo del 73 García Moreno tiene un incidente con el obispo de Cuenca, monseñor Remigio Estevez de Toral. Nos interesa por modo extraordinario porque en este suceso se manifiesta el carácter enérgico e intransigente de García Moreno.

En Cuenca hay gran oposición al gobernador Ordóñez, cuya íntima amistad con el Presidente conocemos. Desde marzo, especialmente, los diarios enemigos lo atacan sin descanso, y calumniándole e injuriándole. Entre los adversarios de Ordóñez figura un hermano del obispo. Ordóñez es defendido, naturalmente, por los diarios oficialistas. La guerra periodística llega a tornarse grave: los combatientes de cada bando hurgan en la vida privada de sus contrarios. Entonces el obispo da una Pastoral en la que, bajo amenaza de excomunión, "ordena" a los periodistas poner término a la campaña. Ordóñez declara el estado de sitio y destierra al Obispo. Y entonces monseñor Toral excomulga al Gobernador.

A García Moreno le irrita sobremanera todo esto, tanto la conducta del Obispo como la de Ordóñez. A él no le importa que ambos sean amigos suyos. El pone la justicia y la ley por encima de todas las cosas. Y sobre sus dos amigos cae su condenación. Le escribe a Ordóñez el 10 de mayo que "la increíble y abusiva conducta del Obispo va a traerle graves consecuencias", no sólo porque el Arzobispo reprobará y revocará "la vergonzosa monitoria y la excomunión" sino también porque él se dirigirá a la Santa Sede, que "no dejará sin castigo un escándalo y una violencia sin ejemplo entre nosotros". Esto, para el Obispo. A su confidente el gobernador Ordóñez lo amonesta así: "Usted también ha abusado del poder que ejerce, ha violado la Constitución y ha procedido con inexcusable violencia". Observemos cómo a García Moreno le indigna que su amigo haya violado la Constitución y ejercido inútil violencia. Sus palabras son las de un hombre de ley, y hasta diríase las de un demócrata. Le reprocha haberse abrogado facultades que no tenía y lo castiga —a su íntimo, a su confidente, al gran católico que es también Ordóñez— destituyéndole. "He dispuesto, —le dice— que vaya en el acto un comisionado del Gobierno a encargarse de la Gobernación y a revocar la declaración del estado de sitio". Pero no por esto García Moreno deja de ser amigo de Ordóñez. Se excusa ante él por verse obligado a proceder según "un deber imperioso de conciencia y honor". En el cumplimiento de sus deberes él ha procurado "con la ayuda de Dios, hacer abstracción completa de parientes, amigos y conveniencias". Y confía en que Ordóñez conocerá su falta y el deber que tiene de corregirla y que no hará como otros, no lo acusará injustamente de

inconsecuencia, como si él debiera echar sobre su alma la responsabilidad de los hechos de sus amigos.

Pero si García Moreno procede como un personaje de Calderón de la Barca, no procede con menor nobleza Ordóñez. En cartas sucesivas, García Moreno insiste en que él fué justo y debió ser severo y sobreponerse a la amistad. Ordóñez le contesta el 17 de mayo: "tengo fe en la probidad de usted y en la rectitud de sus intenciones. No abrigo resentimiento alguno, y, tanto por usted como por la santa causa que usted patrocina, estaré siempre, en todo tiempo y en todas las circunstancias, dispuesto a sacrificar mi vida y mis intereses a fin de llenar los deberes de buen ciudadano y sincero amigo". Agrega que los adversarios de García Moreno han creído firmemente que le verían ahora en las filas liberales, pero él siempre tendrá a honra "ser el primero en defender al actual Gobierno". Comentando estas palabras, un descendiente de Ordóñez escribe que el ex gobernador de Cuenca continuó siendo "gran conservador y panegirista del famoso caudillo, semidiós de los conservadores".

En cuanto al Obispo, cuyo secretario es Borrero, García Moreno pide al Papa su separación del obispado. Monseñor Estevez de Toral presenta su renuncia. Pero la Santa Sede no se la acepta y se limita a amonestarlo. Hacia octubre, el Gobierno vuelve a pedir al Papa que liberte "definitivamente a la infortunada diócesis de Cuenca de un pastor que la conduce a su ruina espiritual y temporal". Pero en esos mismos días los dos personajes, por intervención del Nuncio, se encuentran y se reconcilian y el conflicto queda terminado.

* * *

Mientras tanto, García Moreno va realizando una obra de gobierno que puede considerarse como única en la América española.

Ha comenzado por organizar la administración y por preocuparse de la Hacienda pública. Logra que los empleados cobren sus sueldos mensualmente. El abuso de dejarlos impagos le parece "un oprobio" para el Gobierno, según le escribe a Ordóñez. No acepta que se le recomiende a nadie para un empleo, y por eso le dice al mismo Ordóñez, en carta del 72: "No puedo sentar el precedente de dar ascensos por empeños; cuando nadie

se empeñe por Andrade, será ascendido". La Hacienda, según palabras suyas, debe arreglarse "sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito público". Así se hace desde el primer día de su Gobierno. En consecuencia, aumentan de modo fabuloso los ingresos, tanto los que provienen de la Aduana como los del diezmo o de los estancos del aguardiente y del tabaco. También los impuestos a la propiedad producen mucho más que antes, debido a una nueva y más justa valuación de los bienes raíces. Antes de García Moreno las rentas nacionales apenas llegaban a cuatrocientos mil pesos, en los años mejores. En 1870 producen un millón doscientos cuarenta y ocho mil. Y en 1872 cerca de tres millones. El sucre, unidad monetaria del Ecuador, llega a estar a la par del dólar, hecho fantástico si pensamos que hoy, en 1941, un dólar vale quince sucres. Y en fin, amortiza antiguas deudas, — empréstitos exteriores — y termina de pagar otras.

En materia de obras públicas la acción de García Moreno alcanza a lo portentoso. En sus seis años de gobierno construye numerosos edificios para colegios, escuelas, hospitales, cuarteles, casas de huérfanos, una casa de expósitos, una espléndida Penitenciaría, el Observatorio y el Conservatorio de Música y Bellas Artes. Empieza los edificios para la Escuela Normal y para la Facultad de Medicina, así como la construcción de un ferrocarril y del telégrafo. Pero lo más grandioso de su obra son los caminos y las carreteras. Al final de su administración funcionan cuatrocientos kilómetros de caminos de herradura y trescientos kilómetros de carreteras. Para estas carreteras ha sido preciso construir más de cien puentes de cal y canto y cerca de trescientos acueductos. Trazados de acuerdo con un inteligente plan, estos caminos y carreteras unen a las principales ciudades del país, venciendo así al grande enemigo de la prosperidad ecuatoriana: la falta de comunicaciones. Y esta obra gigantesca no se ha realizado sin lucha. Así como en la Buenos Aires del tiempo de la presidencia de Mitre la gente se opone al tranvía y al ferrocarril, así en el Ecuador hay quienes se oponen a las carreteras. Nada menos que Pedro Carbo las combatió años atrás, durante el primer gobierno de García Moreno. La de Cuenca al Naranjal ha debido avanzar lentamente por la oposición de buen número de habitantes del Azuay. Cuando al gobernador Ordóñez, que tanto trabajaba por esa obra de progreso, lo encarce-

laron en 1869, algunos individuos le pegaban diciéndole: "¡Toma carretera!" Y no cabe duda de que al éxito, aunque momentáneo, de esa revuelta, contribuyó la oposición de mucha gente a la obra salvadora de la carretera.

No menos grandiosa es la acción de García Moreno en materia de Instrucción Pública, que abarca desde la Universidad hasta la enseñanza primaria y especial, y para la que cede la mitad de sus sueldos. Funda numerosas escuelas, de las cuales noventa y tres en los dos últimos años de su administración. Declara obligatoria la enseñanza para los niños y niñas de seis a doce años, y establece una multa de tres a diez pesos anuales a los padres de familia que no envíen sus hijos a la escuela. Él mismo lucha personalmente, heroicamente, para que los padres de familia cumplan, venciendo la tradicional apatía. "Sin castigo alguno —le escribe a Juan León Mera— he conseguido que en la escuela que sostengo a mi costo en Guachalá, envíen los indios a sus hijos dos veces por semana". El número de alumnos aumenta de poco más de trece mil, que había en 1867, a treinta y dos mil en 1875. Funda escuelas para los soldados; y otras en las cárceles para los delincuentes, una de las cuales — la de Quito — es frecuentemente inspeccionada por él mismo. Incita a sus amigos ilustrados, como a Mera, a componer textos escolares. Aumenta considerablemente las escuelas para niñas, que de cuarenta y una en 1857 llegan a ciento sesenta y cuatro en 1875. Continúa su obra de la primera presidencia trayendo de Europa a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, llamados comúnmente de Lasalle, a los que encarga la enseñanza de los niños varones en todo el Ecuador; a las Hermanas de los Sagrados Corazones; a las Hermanas de la Providencia; y a las de la Caridad, a las que pone al frente, no sólo escuelas, sino también de hospitales, hospicios y casas de expósitos.

En la enseñanza secundaria y universitaria no es menos grandiosa su obra. Pone la primera en manos de los jesuítas. Como, por esos años, Bismarck persigue en Alemania a estos sacerdotes, y a la Iglesia Católica, en general, muchos padres, algunos de los cuales son verdaderos sabios, pueden ir al Ecuador. Modifica el espíritu de la enseñanza universitaria, —que si nunca fué, a lo menos en conjunto, declaradamente liberal, estaba influída por el regalismo—, dándole una base estrictamente ortodoxa. Trae eminentes profesores extranjeros: unos, laicos,

como los médicos Esteban Gayraud, de la Universidad de Montpellier, y Domingo Domec, de la Universidad de Lille; y sacerdotes otros, como el sabio jesuíta Enrique Terenziani. Crea una Escuela de Obstetricia y hace dar carácter práctico a los estudios médicos. Sobre la calidad de la enseñanza secundaria y universitaria organizada por García Moreno escribirá más tarde uno de esos profesores, el doctor Domec: "los estudios literarios y científicos se elevaron en el Ecuador a la altura de los de Europa".

Pero la obra más grande de García Moreno es la Escuela Politécnica. En este instituto se estudian tres carreras: la Arquitectura, la Ingeniería y las Artes industriales. Abarcan la construcción de máquinas, la Metalurgia, la Minería, la Topografía, la Agrimensura, la Química, las Ciencias Naturales, y la Agricultura. García Moreno provee de gabinetes, laboratorios, colecciones y bibliotecas, que hace traer de Europa, a estas diversas facultades o escuelas. Levanta un espléndido Observatorio astronómico. Para estimular los estudios, ya que la gente desconfía de su utilidad, establece becas, y él mismo, —¡admirable y conmovedor ejemplo!— asiste a ciertas clases como oyente. Fomenta la publicación de obras científicas y el estudio topográfico, geológico, meteorológico, botánico y zoológico del hasta ayer desconocido Ecuador. El profesor Domec juzgará así la Politécnica: "un centro de enseñanza que podía, no tememos decirlo, rivalizar con nuestras mejores facultades de ciencias. Muchas veces visitamos esta Escuela, examinamos minuciosamente sus diversos laboratorios, asistimos a las pruebas científicas de sus alumnos, y cada vez salimos admirando este foco científico, el primero, tal vez, de la América Meridional" En la pretensiosa Argentina no existe por esos años, en que gobierna Sarmiento — auténtico educador y civilizador, sin embargo — nada que se parezca a la obra formidable de García Moreno.

Tampoco ha sido fomentada en la América hispana la enseñanza agrícola. García Moreno contrata con los Hermanos de las Escuelas Cristianas la creación de granjas modelos. Pero su propósito no podrá realizarse. Los Hermanos se han quedado sin personal suficiente: han sido asesinados muchos de ellos cuando la Comuna de París. Entonces él concibe una escuela práctica de Agricultura y llama para instalarla a los benedictinos. Dos padres de esta orden llegan al Ecuador a fines del 74 y visitan la

meseta de Canchacoto, donde piensan fundar una colonia, una escuela y su convento. Pero la muerte de García Moreno deja sin realizar este proyecto.

Pocas iniciativas tan hermosas como la de la Escuela Normal de Indios. Hasta entonces, los indios han sido considerados como bestias. García Moreno quiere educarlos: para él son hombres, hijos de Dios. Sabe que ellos, por desconfianza. jamás enviarán a sus hijos a las escuelas comunes. García Moreno cree que sólo hay una solución: formar maestros indígenas para que vayan a difundir entre sus hermanos de raza los rudimentos de la cultura. En 1873 hay doce alumnos en la Escuela de Quito, a cargo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Dos años después salen de allí cinco Preceptores, que se distribuyen en las provincias de Imbabura y de Loja, donde comienzan a enseñar. Y por cierto que ha sido preciso luchar. Como aquellos señores que se han opuesto a las carreteras, los indios se han opuesto a que algunos de ellos fuesen a estudiar a Quito, y hasta ha habido un levantamiento en Otavalo. En cuanto a los indios semisalvajes del oriente, sólo pueden ser civilizados por misioneros. García Moreno encarga de esta obra a los jesuítas. ¡Gran corazón el de este hombre, que así se empeña en salvar de la barbarie a nuestros semejantes!

Y sus creaciones no se limitan a la enseñanza. También es única su obra cultural.

Funda el Conservatorio Nacional de Música, para lo cual trae profesores italianos. Favorece los conciertos, y él los prestigia con su presencia. Hace más aún este hombre singular: aprende Armonía. Un artista extranjero que habla con él largamente sobre la materia, afirma que la conoce como un profesional. Y ha de ser así, puesto que asiste a los exámenes y se los toma a los alumnos.

Mientras da los primeros pasos para fundar la Escuela de Bellas Artes, contrata con un artista español la creación de una Escuela de Escultura. Durante su Gobierno nace la Academia Ecuatoriana, fundada de acuerdo con la Real Academia Española y de la que aquella es correspondiente. Y crea el Protectorado, o Escuela de Artes y Oficios, en que unos Hermanos norteamericanos, llamados por él, enseñan las principales artes aplicadas: ebanistería, talabartería, herrería y otras. En este establecimiento también se enseñan conocimientos generales y

religión. García Moreno ha dicho en su Mensaje del 71, al hablar de este instituto: "El trabajo y la instrucción, apoyados en la práctica de las virtudes cristianas, arrancarán a la corrupción las víctimas que preparan en toda sociedad el ocio y la miseria".

Fomenta las investigaciones científicas más desinteresadas. Con este fin, trata de contratar al célebre Adolfo Bastian, autoridad mundial en Antropología y Prehistoria. Bastian va al Ecuador y celebra una entrevista con García Moreno, de la que hablará en su libro *Die culturlaender des Alten Amerika.* Pero sobre todo le preocupan al Presidente civilizador los estudios científicos relacionados con la posible explotación de las riquezas del país.

Lo más estupendo en la obra de García Moreno es su carácter de universalidad y totalidad. No se trata de escuelas o colegios aislados, como se fundan en otras partes. Su visión de gran gobernante lo abarca todo, desde la Universidad hasta la escuela primaria, y comprende hasta los estudios militares y los del clero, los artísticos y los profesionales. Nada ha escapado a su plan gigantesco. Y todo esto lo realiza con rapidez genial, un poco autoritariamente, porque de otro modo nada se hace, y sin aumentar los impuestos ni contraer empréstitos. No hay un caso semejante en Hispano América.

* * *

Si tanto hace García Moreno por la cultura y la instrucción, ¡qué no hará por la religión y la moral! Su obra en este sentido sólo puede ser comparada con la del Cardenal Jiménez de Cisneros o la de Felipe II. El Presidente ecuatoriano dedica todas sus fuerzas, como gobernante y como hombre, a propagar la fe católica y la moral de Cristo. Por medio de la enseñanza y del clero, al que incita constantemente a cumplir con su deber, combate todo lo que condena el *Syllabus*: desde el panteísmo y el indiferentismo hasta las sociedades secretas, el socialismo y el liberalismo. Por esto, bien ha dicho un historiador francés: "El Ecuador es el único país donde el *Syllabus* ha tenido fuerza de ley". Y por esto se le ha llamado a García Moreno "campeón del *Syllabus*".

Sus relaciones con el clero son excelentes durante esta segunda presidencia. No tiene sino el conflicto con el Obispo de Cuenca,

que ya conocemos. Crea nuevas diócesis. Estimula a los prelados a continuar la obra de la reforma del clero, iniciado por él durante su primera presidencia. Introduce en el país varias órdenes religiosas, además de las ya mencionadas, como la de los redentoristas y lazaristas, y encarga a estos últimos de algunos colegios nacionales. Influye decididamente en la reforma de los dominicos. Y entrega a la Santa Sede el diez por ciento de los diezmos que corresponden al Estado, fundándose en que el Santo Padre ha sido despojado de sus dominios y rentas.

Es notable la sumisión al Papa del hombre hasta ayer orgulloso que fué García Moreno. Con motivo del conflicto con el Obispo de Cuenca le escribe a Ordóñez: "No temo que el Santo Padre sea engañado; pero sea cual fuere su resolución, la dignidad de un gobierno católico consiste en someterse con humilde docilidad a las disposiciones del Vicario de Jesucristo". El Papa, al recibir el Mensaje al Congreso del año 73, le dirige una hermosa carta. El le contesta conmovido. "En justicia tengo que confesar —dícele —que todo lo debemos a Dios, no sólo la creciente prosperidad de esta pequeña República sino todos los medios que empleo y aun el deseo, que El me inspira, de trabajar por su gloria". Pero lo más interesante de esta carta son las palabras en que pide al Santo Padre alcanzar de Dios que le perdone y le salve, que le alumbre y le dirija y le "conceda morir en defensa de la fe y de la Iglesia".

En ese mismo año, García Moreno consagra la República del Ecuador al Corazón de Jesús. No ha sido suya la idea, y en un principio ha vacilado en adoptarla, en virtud de que su patria "no acababa de regenerarse en la caridad, en las costumbres y en la justicia". Con autorización del Gobierno, el Concilio de Quito resuelve el 31 de agosto aquella consagración. La Legislatura la aprueba el 18 de octubre y declara al Corazón de Jesús "patrón y protector" de la República. El 25 de marzo de 1874 realízanse las grandes fiestas religiosas de la consagración nacional. Y esa mañana, en la Catedral, ante el Arzobispo y el clero, los ministros, los jefes militares y el pueblo, y mientras está expuesto el Santísimo Sacramento y se echan a vuelo las campanas de todas las iglesias y retumba el cañón de las salvas, el Presidente García Moreno, vestido de Capitán General, con su banda y sus condecoraciones, y después que el Arzobispo ha recitado la fórmula de la consagración, pónese en pie y pronuncia

estas palabras emocionantes: "Este es, Señor, vuestro pueblo; siempre, Jesús mío, os reconocerá por su Dios; no volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y misericordia que brilla en medio de vuestro pecho...".

* * *

En esta segunda presidencia, ¿se conduce García Moreno como un tirano o siquiera como un déspota? ¿Es un verdadero dictador? ¿Oprime de algún modo al pueblo, impone a todos su voluntad?

García Moreno ha sido elegido legalmente y gobierna de acuerdo con una Constitución que, salvo en lo religioso, y según hemos demostrado, es más liberal que las actuales de los Estados Unidos y de la Argentina. No hace fusilar a nadie, si bien no indulta a tres o cuatro individuos a quienes los jueces han condenado a morir. Tampoco destierra ni confisca.

Pero tarda un poco en corregirse de sus violencias y arbitrariedades. A su mujer le escribe: "No quiero digustarte en nada, a pesar del mal carácter que tengo, y con el cual te ofendo a veces sin quererlo. Mucho tienes que perdonarme, porque, aunque soy tan malo, te quiero con delirio". Este "mal carácter" le lleva a algunas violencias. Sus enemigos las han señalado: a un campesino, a quien ve desviando un hilo de agua, le da de latigazos; al doctor Bustamante le obliga a pagar el precio de un reloj público que iba a ser colocado en una plaza y se arruinó en un incendio, cuando él era ministro; al propietario del edificio que quiere alquilar para una escuela y que protesta por el precio bajo que le ofrece, lo hace arrestar y a la mujer del propietario la amenaza con hacerla rodar por las escaleras de la Casa de Gobierno si no se aleja. ¿Todo eso es cierto? No lo sabemos. Otros cargos que le hacen son falsos. El no manda fusilar a su criado Salazar. Este hombre, que estuvo a su servicio pero no lo está ahora, es soldado, y la justicia militar lo condena a muerte por haber abofeteado a un general; de modo que a él sólo se le puede criticar por no indultarle, lo cual no es una obligación, y menos tratándose de un delito tan grave contra la disciplina y la jerarquía militares.

Su voluntad, eso sí, es la única. El actual jefe del Partido Conservador, don Jacinto Jijón y Caamaño, que le admira, dice: "Sus ministros, salvo pocas excepciones, fueron simples ama-

nuenses". En cierta ocasión, llega un órgano que el Arzobispo ha encargado para la Catedral; pero el Arzobispo no logra que sea colocado donde él quiere, porque García Moreno ordena que se coloque en otra parte.

Su despotismo se ejerce en materia de moralidad. A Ordóñez le escribe que si la policía de Cuenca no interviene para evitar que "dos tunantes" anden desmoralizando la ciudad, él acudirá por ellos y por el Comisario. A un tal Merino lo hace prender en Guayaquil "por autor y divulgador de mentiras". De un doctor Córdoba, de Cuenca, dice que lo indultará "siempre que dé garantías de su buena conducta y de no escandalizar al vecindario con sus continuas serenatas". Sobre este mismo Córdoba, que tiene aficiones alcohólicas, le escribe a Ordóñez: "Repréndale usted y amenácelo con enviarlo a sacar horchilla en Galápagos, si reincide; y después del castigo de policía, déjelo usted en libertad o confínelo a un pueblo". No tolera las riñas de gallos. En su afán de austeridad niégase a fomentar el teatro; y pretende suprimir las corridas de toros, convirtiendo en parque la plaza en que se celebraban, pero la oposición general oblígale a permitir que se realicen en otra plaza. A los que viven en concubinato les ordena casarse; y así, quiere imponerle el matrimonio, con pérdida del empleo, si no le obedece, a un sobrino suyo que anda en amores con una negra. El nuevo Código Penal, inspirado por él, castiga a los concubinarios con reclusión y destierro; y al culpable que no pueda casarse, a siete años de destierro. Es implacable con los borrachos y las mujeres de mala vida. Encierra en el Buen Pastor a las muchachas de conducta ligera. Ofrece gratificaciones a los que las denuncien o capturen. Hace un tratado con naciones europeas sobre extradición de rameras y proxenetas. En las ciudades y pueblos de provincia, tiranuelos locales extreman hasta lo intolerable la preocupación moralizadora. Así en Cuenca, en donde, al margen de toda ley, funciona un verdadero tribunal inquisitorial que juzga y condena a las prostitutas. Pero los resultados que obtiene con sus leyes severas y con su obra personal son asombrosos. Un hecho basta para probarlo: al inaugurarse en el último año de su gobierno la gran Penitenciaría, cuya capacidad es para trescientos delincuentes, no se encuentran, en todo el Ecuador, sino cincuenta que puedan merecidamente ocupar sus celdas...

Su afán de dirigirlo todo le lleva hasta imponer la profesión

militar. He ahí el caso del futuro coronel Angel Polibio Chávez. Es el joven Chávez alumno de los jesuítas y tiene novia. García Moreno lo llama y le exige que se case. El muchacho objeta que no tiene edad para casarse, ni dinero, ni deseos de hacerlo, ni lo consentirá su padre. El Presidente le da a elegir: o el matrimonio o el cuartel. Lo saca del colegio y lo mete de soldado en un batallón. Chávez llegará a coronel y — a pesar de lo sucedido — tendrá durante toda su vida la mayor admiración por García Moreno. Y no es el único caso: a un joven de ilustre familia, emparentada con la de don Andrés Bello, lo manda, para que se corrija, a la marina, en donde el entonces muchacho llegará, con el tiempo, a capitán de fragata.

No es menos notable que en asuntos de moralidad su despotismo en materia religiosa. Nadie puede casarse sin certificado de confesión, ni nadie — se asegura — recibe un nombramiento sin un certificado de haber cumplido con el precepto pascual. Exígese a los estudiantes, para comenzar un nuevo curso, certificado de confesión. Una vez va a la Facultad de Derecho y asiste a los exámenes. No le corresponde examinar porque no es profesor. A un joven que con la prueba que acaba de rendir termina sus estudios, le pregunta sobre Religión, fundándose en que "un magistrado debe no sólo saber el Derecho sino también, y sobre todo, la ley de Dios"; y como el futuro abogado poco sabe, le ordena ir a San Francisco, encerrarse allí por ocho días, estudiar el catecismo y volver para ser de nuevo examinado. El actual jefe del Partido Conservador, que — como sabemos — mucho le admira y que le reconoce como el fundador de su agrupación, dice, en un libro, que García Moreno ha procedido con celo indiscreto, con falta de fino tacto psicológico. Agrega que la consecuencia ha sido, en parte, mala, pues "la piedad, el fervor religioso, la práctica de los sacramentos, promovidos por la autoridad civil, tenían forzosamente que avivar un vicio atroz, a que eran ya propensas las poblaciones españolas: la hipocresía". No obstante, la práctica de los sacramentos mejora siempre al individuo. La hipocresía, el hacerse pasar por devoto o por virtuoso, es defecto y no delito. García Moreno sabe la importancia que tienen los sacramentos, y por esto escribe a un amigo, en 1874, diciéndole que está satisfecho de la reforma de las costumbres, que es incalculable el número de los que durante la cuaresma se han regenerado por la penitencia, y que, mientras

en su juventud señalábase a los que llenaban sus deberes religiosos, hoy señálase a los que los descuidan.

Pero no nos asustemos demasiado por las restricciones de la libertad en materia moral y religiosa que García Moreno impone. En Inglaterra, en Francia y en Italia rigen, por esos tiempos, leyes y disposiciones semejantes. En la libérrima república de los Estados Unidos, una ley imponía multa a quienes, en domingo o día de fiesta, fuesen a un concierto, baile o teatro; y a los que, no estando enfermos, no concurriesen a la iglesia durante tres meses. Reconozcamos que no llegan a tanto las exigencias del Presidente ecuatoriano.

También, invadiendo los privilegios del Poder Judicial, García Moreno resuelve y falla en asuntos de toda clase. No lo hace por acrecer su autoridad, sino por amor al bien. González Suárez, que no es su partidario, le aplicará la frase de San Pablo: "Ministro de Dios para el bien". García Moreno a Ordóñez: "Ruéguele a Dios para que jamás me haga desviar de la justicia una idea falsa de clemencia, ni otro motivo alguno". Nadie tiene mayor sentido de la justicia que él. He aquí el modo cómo la practica. A cierto funcionario y ricachón, que ha despojado a unos indios, lo destituye y le obliga a restituir las tierras robadas. A una viuda le hace pagar por el Gobierno diez mil pesos que le habían extorsionado, y luego llama al delincuente y le ordena devolverlos. A un sujeto que ha expoliado, guardando las apariencias legales, a otra viuda, le dice haberle nombrado Gobernador de las Galápagos, islas por entonces inhabitables, y que debe partir inmediatamente, con dos soldados que lo acompañarán como escolta; con lo cual el individuo comprende, reconoce su pillería y pide a la viuda que le salve, situación que arregla el propio García Moreno, diciendo, al funcionario "a su pesar", que acaba de aceptar su renuncia...

Es falso que no tolere la libertad de imprenta en esta segunda administración. *El Porvenir*, de Cuenca, y *La Prensa*, de Guayaquil, lo atacan, y, a veces, con dureza. *El Rosicler* es prohibido el 71, pero no por combatir al Gobierno, aunque lo hace y reciamente, sino por negar la infalibilidad del Papa. *El Guayas* deja de aparecer el mismo año, por voluntad de los propios directores, a causa de una polémica sobre temas religiosos en la que se dijo algo contra los milagros. Por ataques al Gobierno y al Presidente sólo es suprimido *El Espejo*. García Moreno llama

al director y le pide que se retracte; y como se niega, lo recluye durante cinco días hasta que, por intervención del Arzobispo, pasa a vivir en la Curia, en donde poco después, sin duda comprendiendo la inutilidad de resistir a García Moreno, termina por retractarse. Aparecen por estos años, además de los nombrados, buen número de periódicos, como *El Nacional*, *El Ecuador*, *La Verdad*, *Nueva Era*, *El Bien Público*, *La Esperanza* y *La Voz del Clero*. A fines de 1874, *Nueva Era*, de Cuenca, publica un injurioso artículo contra el Presidente. Son arrestados los directores Federico Proaño y Miguel Valverde, ambos jóvenes. El fiscal se niega a acusarlos, fundándose en que la acusación corresponde al propio ofendido. La Corte aprueba al fiscal. Y García Moreno destierra al Perú a los directores, que deberán seguir el camino del Napo.

Todo esto es mucho menos, muchísimo menos, que lo que hicieron otros grandes hombres a los que la Historia ha absuelto. Napoleón, por ejemplo, cerró diarios, como el que dirigía Chateaubriand; mantuvo en la cárcel, sin proceso, a más de tres mil presos políticos y por razones tan insignificantes como la de "detestar" al Gobierno o al Emperador; no permitió el regreso de madame Staël, porque "esa mujer enseña a pensar"; obligó a ciertos profesores de la Universidad a que permaneciesen solteros; exigió a un escritor, que iba a publicar una *Historia de Bonaparte*, titular su libro *Campañas de Napoleón el Grande*; y en fin, impuso en los colegios un catecismo en donde se decía que él era la imagen de Dios en la tierra...

Pero no hay duda de que a García Moreno se le teme y aun de que inspira terror. Antonio Flores, personaje conservador y más tarde presidente de la República, dirá: "García Moreno no tuvo necesidad de recurrir a medidas de rigor ni a severos castigos, merced al terror que inspiraba la Constitución de 1869". Muchas anécdotas demuestran cómo se le temía. He aquí una, referida por Angel Polibio Chávez. Cierto José Contreras, teniente político de Vilován, se ha dejado decir que tiene amistad con el Presidente; y para probarlo, le escribe una carta, delante de sus tertulianos. Pero apenas la carta — en la que llama al Presidente "grande y buen amigo" y le pide algunas leyes impresas y un diccionario — ha partido, le entra el pánico. Confiesa su mentira y, aprobado por todos, huye. Tiene por seguro, y sus amigos creen lo mismo, que no tardará la orden de fusilamiento.

Una noche en que golpea a la ventana del cura, entérase de que hay un oficio para él. No se atreve a abrirlo, tal es su terror; y cuando lo hace, lee que García Moreno le anuncia el envío de una colección de leyes, un diccionario y — dice el Presidente, con malicia— "un manual de urbanidad, que no dudo le será útil"...

El despotismo de don Gabriel, patriarcal y simpático al pueblo, tiene por objeto imponer la virtud y la Religión. Para este fin santo, él no teme en recurrir a la violencia y a las amenazas: es un terrorista de Dios. "Gobernaba demás", afirmará más tarde el gran historiador Federico González Suárez, arzobispo de Quito. Y alguien ha dicho que don Gabriel se creía el capellán de una gran casa de ejercicios, lo que le autorizaba a introducirse en lo íntimo de la vida familiar. "Libertad para todos y para todo —suele él repetir— menos para el mal y los malhechores". Quiere destruir el pecado. El amor ilegal se convierte en delito y cada uno teme que se les vea conversar con personas del otro sexo. Todo esto infunde inquietud y miedo a mucha gente. Y florecen la delación y el espionaje.

¿Puede calificarse de "teocrático" a su gobierno o al Estado que acaba de organizar? Ciertamente, en el sentido de que ha dedicado el país al Corazón de Jesús y en que todo se hace para la mayor gloria de Dios. En los actos del Presidente, y aun del Gobierno, está la "presencia de Dios". "Nada habría hecho García Moreno por el Ecuador sin su adhesión intrépida, completa, a la Iglesia Romana", dice el eminente colombiano Miguel Antonio Caro, que añade: "La República del Ecuador es hoy el único Estado social y políticamente católico". Pero no son teocráticos el Estado y el Gobierno ecuatorianos en el sentido corriente de que el clero mande allí. Aunque García Moreno pida por escrito a algunos prelados que le señalen sus hechos reprensibles para corregirlos y los medios para utilizar su poder con mayor ventaja para la causa de Dios y de la Iglesia, quien manda es él y sólo él. Ya hemos visto cómo se ha impuesto al Nuncio, al Arzobispo y a otros prelados. No hay, pues, tal Estado o gobierno teocrático en el Ecuador. Hay, sencillamente, un Estado cristiano, un orden cristiano. García Moreno es el precursor de Dollfuss y de Oliveira Salazar.

XII. — HACIA LA SANTIDAD

Gabriel García Moreno ha cumplido cincuenta años en diciembre de 1871, cuando lleva dos en su segunda presidencia. No es, pues, un anciano ni lo será en los próximos primeros años. Por el contrario, conserva su agilidad física de siempre y su poderoso vigor mental. Viaja de aquí para allí. Y trabaja como nunca, acaso, ha trabajado en su vida de implacable trabajador.

A los cincuenta años ningún hombre sano y fuerte se encuentra con sus pasiones aletargadas o apagadas por la simple acción del tiempo; y menos un hombre de tan grandes pasiones como García Moreno. Si él ha cambiado, no es por decrepitud o principio de decadencia, sino por obra de su voluntad.

Desde la infancia ha venido luchando contra sí mismo. Por momentos parece que hubiera abandonado toda lucha o, a lo menos, que hubiera cedido en algún punto. Pero el deseo de vencer, de vencerse, vuelve, en seguida, a adueñarse de su voluntad. Poco a poco se han ido mitigando sus profundos odios. Desde hace años no injuria a sus enemigos. Sus violencias tremendas desaparecen por completo. ¡Qué lejos han quedado sus bofetones al militar, al doctor Miño y al ministro Bustamante, sus ataques a los convencionales de Cuenca, la flagelación de Ayarza, el fusilamiento de Maldonado, el martirio de Borja!

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo y por qué motivos ha cambiado tanto García Moreno? Sencillamente porque se propuso alcanzar la perfección cristiana. Para esto ha tenido que domar su mala naturaleza, combatir sin descanso contra el hombre antiguo, despreciarse a sí mismo, orar, castigarse. Pocos hombres han luchado tanto como él. Muchos seres nacen santos, y basta con el ejemplo de Teresita del Niño Jesús. Otros, que han nacido con una naturaleza viciosa, o apasionada hasta el exceso, deberán luchar toda su vida para arrancarse de su entraña sus inclinaciones al mal. A esta familia de hombres, que es la de los San Agus-

tín y San Ignacio de Loyola, pertenece Gabriel García Moreno. Sus panegiristas han tratado de ocultar o paliar sus errores y sus graves defectos, imaginando que ellos podrían perjudicar a sus seis años de vida heroica, a su fama de "santidad"; y sus enemigos han agrandado incomensurablemente esos errores y defectos olvidándose de los años de virtud, que, por ser los últimos, son los que valen. Unos y otros, faltos de comprensión humana, se equivocan. Porque lo más grande que hay en la vida de García Moreno, más que sus geniales actos de gobernante, es la lucha heroica contra sus pasiones, su tenacísimo amor a la perfección cristiana y a Dios y su maciza fe de creyente. Todo eso fué lo que para vencerse movió a este violento, a este orgulloso, que llega a tornarse, por influencia de Cristo, en un hombre de caridad.

* * *

Desde hace muchos años García Moreno es austero. Pero ahora su vida es la de un monje.

Se levanta a las seis de la mañana, haga calor o frío, y oye misa, en la que comulga casi todos los días. De la iglesia va a hacer su cotidiana visita a los pobres y enfermos del Hospital. A las siete ya está trabajando. Suspende su labor a las diez para tomar un frugal almuerzo. Vuelve a sus tareas hasta las tres de la tarde, o un poco más. Hacia las cuatro hace su comida, igualmente frugal que su almuerzo. Después de comer, y hasta las seis, realiza algunas visitas e inspecciona ciertas obras del Gobierno. Dedica tres horas a su familia y sus amigos y probablemente también a sus oraciones. A las nueve, cuando todos los demás de su casa van a acostarse, él lee diarios, escribe cartas. En este trabajo permanece hasta las once o las doce, hora en que se acuesta.

No asiste al teatro ni a fiestas. No da comidas ni las acepta. No bebe vino sino muy raras veces. No fuma, pero toma rapé. Como otros hombres excepcionales y de temperamento análogo al suyo, como Felipe II, el doctor Francia o don Juan Manuel de Rosas, él lo hace todo. No confía gran cosa en los demás. Está al tanto de los menores detalles de la administración. El también podría decir: "El Estado soy yo".

Pero todo eso constituye su vida material, su vida visible para los otros. Por bien ordenada y noble que sea, no deja adivinar la hondura de la vida de su alma. Esta existencia espiritual, oculta a los ojos del mundo, es conocida por una página escrita de su

mano y encontrada después de su muerte. La vida espiritual de García Moreno es la de un santo. ¿Cómo tiene tiempo, en medio de sus afanes de gobernante, para tan honda vida del alma? ¿Cómo su preocupación en las minucias de jefe de la administración pública no le distrae, ni le materializa? El secreto está en unas palabras del programa que se ha impuesto: "conservar siempre la presencia de Dios". Para quienes ignoran este bello dogma, recordemos que Dios está presente en el cristiano dentro de su alma, de la que no se ausenta sino por el pecado mortal. "Conservar la presencia de Dios" significa representarse, en cualquier momento, aunque sea en menos de un segundo, que Dios está en nuestra alma, en nuestro interior. El hombre que tiene a Dios en su pecho no necesita más que cerrar los ojos — y aun esto no es indispensable — y mirar dentro de sí mismo. Allí lo encuentra, en su ser que se ha convertido en un templo. A El le consulta el cristiano, le pide ayuda, le reza. Todo esto, y mucho más, significa la "presencia de Dios".

García Moreno divide en dos partes su programa de vida espiritual. En la primera, que se refiere a su vida pública, se obliga a no hacer nada sin pensarlo o sin que lo hayan pensado otros; a escribir todas las mañanas lo que ha de hacer en el día; a observar escrupulosamente las leyes. Todo esto, en realidad, no es la vida del alma, pero en el cuarto artículo de su programa establece que todo ha de realizarlo, exclusivamente, *ad mayorem Dei gloriam,* a la mayor gloria de Dios.

La segunda parte, que se refiere a su vida privada, nos muestra al hombre que busca la perfecta virtud. En este admirable documento se ven sus luchas contra sí mismo, su sed de Dios, su temperamento místico. En los primeros ocho artículos se impone la obligación, en la oración de la mañana, de "pedir particularmente la humildad"; de trabajar de un modo útil y perseverante y de distribuir su tiempo; de contenerse, pensando en Dios y en la Virgen, y de hacer lo contrario a que se incline, en caso de humor colérico, y de ser amable aun con los importunos; de hacer examen de su conducta antes de comer y de dormir; de "decir cada hora *infernus est domus mea,* y soy peor que los demonios"; de hacer actos de humildad, como besar el suelo y desearse toda clase de humillaciones, "procurando no merecerlas", y de alegrarse de que censuren sus actos y su persona; de oír misa, rezar el Rosario y leer el Kempis, diariamente, y de

conservar la presencia de Dios; y de confesarse, por lo menos, una vez cada semana.

Luego vienen once artículos con nueva numeración. Ha de hacer examen general de su vida cada noche, y examen particular, dos veces al día, sobre la humildad, la modestia, la caridad y la paciencia; lo cual quiere decir, no sólo que habrá de meditar sobre esas virtudes, sino de examinarse para ver en qué ha faltado a ellas y cómo podrá obtenerlas. En las dudas y tentaciones pensará como si estuviese en la hora de su muerte, preguntándose: "¿qué pensaré de esto en mi agonía?" Hará siempre lo posible por conservar la presencia de Dios, sobretodo al hablar, para refrenar la lengua. Evitará, con toda prudencia, las familiaridades, aun las más inocentes; de lo cual podemos deducir que se trata de las mujeres. No jugará más de una hora, a pesar de que solamente lo hace por puro entretenimiento. Leerá todas las noches, después del Kempis, "estas y las otras instrucciones", que acaso son aquellas sobre su vida pública y privada. Se impone esta obligación: cuando haya de decir de alguno que es un tonto o aplicarle otro denuesto, decírselo a sí mismo. Tampoco hablará de él, como no sea para mostrar sus defectos o malas acciones. Refrenará la vista y el habla y su áspero trato. No deberá rezar en la cama. Levantará el corazón hacia Dios, ofreciéndole sus obras antes de empezarlas. No dirá nada malo de sus enemigos. Y se mortificará todos los días menos el domingo: los lunes, miércoles, viernes y sábado, se castigará con disciplinas, y los martes, jueves y sábado llevará un cilicio.

Observemos cómo él conoce su mayor defecto, el orgullo, y con qué heroísmo trata de arrancárselo. Todo este programa de vida revela su aspiración a la santidad, especialmente esas disciplinas y ese cilicio. ¡Así castiga su carne, humillándose, quien es un jefe de Estado y uno de los más grandes talentos que haya producido la América!

* * *

¿Cumple García Moreno su programa de vida espiritual? Todo deja creer que sí.

Por lo pronto, consagra a la oración buenos ratos del día. La Misa es parte de la oración, y él la oye diariamente y muchas veces la ayuda. No olvida nunca de hacer su visita al Santísimo Sacramento y a Nuestra Señora del Rosario. En los templos, los fieles le ven rezar con toda la apariencia de una fe profunda. Se

absorbe tanto en su oración que a veces habla en voz alta, sin advertirlo. Más de uno le ha oído exclamar: "¡Señor, salva al Ecuador!". Todos los años hace ejercicios espirituales. No por respeto humano, de que se ha liberado por completo, sino para que no le molesten, hace correr la voz de que va a partir para Guachalá o para otro lugar cualquiera; monta a caballo y se dirige hacia Cotocollao, sitio próximo a la capital, en donde tiene una finca; pero al anochecer vuelve a Quito, deja su caballo en las afueras y va al Colegio San Gabriel, donde se encierra en un cuarto. Sólo tres personas tienen noticia de su permanencia en el Colegio: el Rector, el sacerdote que le dirige en sus ejercicios espirituales y el lego que le sirve. Una vez, al entrar en su cuarto el sacerdote, sin duda para despertarle, a las cinco de la mañana, lo encuentra en el suelo, boca abajo, dormido: había intentado pasar la noche en oración y el sueño le había vencido. En numerosas ocasiones, personas que entran en su despacho le encuentran arrodillado ante un Crucifijo, rezando con absorbente devoción; y al ser sorprendido, él se levanta sonriendo, acaso un poco ruborizado, y pide disculpa por no haber advertido la presencia del visitante o del empleado que entrara. Una de sus devociones predilectas es el Rosario: lo reza en los templos; y también en su casa, con su familia. Y con quien puede, como con unos obreros irlandeses que trabajan en un aserradero a vapor y a los cuales él trajera de Europa. También tiene la devoción de la Cruz, y — como se verá más adelante — desea alcanzar lo que ella simboliza: el martirio.

Cumple con todas las prescripciones de la Iglesia, entre ellas con la del ayuno. No obstante sus frecuentes enfermedades y el cuantioso trabajo intelectual que realiza desde que se levanta hasta que se duerme, ayuna durante los cuarenta días de la cuaresma. Y ayuna sin atenuaciones de ninguna especie, con la estrictez de los santos. Más de una vez se le reprocha este exceso. A cierto amigo le contesta: "¿Pues qué? ¿Por ser presidente he dejado de ser hijo de la Iglesia?". Y le declara que si para gobernar fuese necesario faltar a los preceptos de la Iglesia, se retiraría, inmediatamente, a la vida privada.

Asiste a las procesiones y siente un verdadero placer en llevar el guión. No lo hace por ostentar su fe, sino por dar ejemplo y por humildad. También acompaña al Viático cuando ve que lo llevan a algún moribundo. Encabeza el Vía Crucis de los miembros de la congregación a que pertenece, y que no es la

Caballeros sino la de los Artesanos, a los cuales suele leerles y explicarles trozos de los Evangelios y de otras obras religiosas.

Con esta permanente e intensa práctica de la oración, de la penitencia y de los preceptos de la Iglesia, es lógico que García Moreno, al par que destruye en él al hombre antiguo, vaya logrando la virtud cristiana. Aun prescindiendo de la opinión de los creyentes, quienes consideran que Dios envía su gracia a quienes tan heroicamente luchan contra sí mismos, puede convenirse, desde el punto de vista humano, en los efectos positivos del ejercicio religioso. La Psicología y aun la Fisiología nos enseñan sobre la eficacia de la repetición de los actos y de las palabras. ¡Qué no será cuando los actos y las palabras se repiten con hondo fervor, con el alma entera, y cuando se trata de actos y de palabras que llenan la vida de un hombre, la guían y la exaltan!

* * *

La primera de las virtudes cristianas es la caridad, que no sólo consiste en dar limosnas sino en dar, además de dinero, muchas otras cosas: consuelos, ejemplos, consejos, enseñanzas. Hace caridad el que enseña a rezar y el que enseña a leer; el que procura regenerar al pecador; el que trata de convertir al incrédulo; el que acompaña a los enfermos y asiste a los moribundos. García Moreno, que en los combates consolaba a los heridos y lloraba al verlos sufrir, llega a ser, en sus últimos años, un auténtico hombre de caridad.

En las cartas a su mujer se ve cómo acompaña a los enfermos y cómo los trata. En Guayaquil ha visitado a Angelita Mateus. La ha encontrado muy abatida y débil. "Hago lo posible por reanimarla. La veo dos veces al día". En Guaranda se entera de que han muerto Julia Ruiz, su marido y una hijita: la primera, y acaso los tres, de fiebre amarilla. "No tienes idea de lo que me ha afectado esta lamentable noticia". Siente la muerte de Julia Ruiz, pero "mil veces más" siente la desgracia de Rafaela, que es la madre de la muerta, a quien compadece con toda su alma. Al parecer, Rafaela, que sin duda vive en Quito, ignora su tremenda desgracia. García Moreno le ruega a su mujer: "Tú no divulgues esta noticia; que la madre no sufra por nuestra causa".

Todas las mañanas visita a los enfermos del Hospital, a los enfermos de la cárcel y a los leprosos. Habla con ellos y trata de consolarlos y de infundirles la esperanza en Dios. Con los leprosos llega hasta el heroísmo de comer en su compañía.

Caridad es también para el creyente el trabajar con el fin de que los otros sigan el sendero de Cristo. He ahí un gran amigo de García Moreno, que se dice cristiano pero que no practica la Religión. Hace años que no se confiesa. García Moreno le cuenta haber ofrecido un ramillete a la Virgen y que él lo pagará. El amigo, hombre de fortuna, interpreta las palabras de García Moreno en sentido material y le contesta que pagará con placer todas las flores que quiera. Pero el ramillete consiste en el ofrecimiento de que ambos irán a comulgar juntos en el día de Nuestra Señora de la Merced.

También hace caridad el que ruega a Dios por el alma de los demás. Cuando su antiguo criado Salazar, soldado en el ejército, es condenado a muerte por haber abofeteado a un general, pídenle a García Moreno el indulto. El, entre lágrimas, contesta: "¡Sabe Dios cuán vivo es en mí este deseo, pero mi conciencia no me lo permite!". Y se va a una iglesia y allí permanece orando todo el tiempo, para no oír la descarga y para pedir a Dios por el alma del desdichado.

Los pobres y los enfermos están para él por sobre todas las cosas. Su intolerancia de otro tiempo se ha amenguado en mucho, pero no cuando se trata de los desgraciados. He aquí que el Presidente ha llegado a Guayaquil. Tal vez hace algún tiempo que no va a esa ciudad. Uno de sus primeros actos es visitar a los enfermos del Hospital. Allí, con gran disgusto, se informa de que muchos de ellos carecen de lecho y duermen en esteras. El Gobernador de la provincia, duramente increpado por García Moreno, alega falta de recursos y promete que dentro de algunas semanas todos los enfermos tendrán su lecho. El Presidente le contesta: "Dentro de una semana no, porque no pueden esperar. Esta noche dormirá usted aquí, junto a los enfermos y en una estera, y todas las noches sucederá lo mismo hasta que todos los enfermos tengan una cama con colchón". Al anochecer, había camas para todos los que habían dormido en esteras.

* * *

Es cosa de no creer, pero el orgulloso que fué hasta hace pocos años García Moreno se ha convertido en un hombre humilde. ¿Cómo se ha operado semejante transformación? ¿Es un milagro de Cristo? Es el milagro —ya se ha dicho— de la poderosa voluntad de García Moreno.

Caridad y humildad van unidas, y casi siempre forman una

sola virtud. Porque si hay caridad en visitar a los enfermos, también hay en ello humildad. Pero García Moreno es igualmente humilde en otras formas. Si por acaso, y a pesar de su vigilancia interior, molesta a quien quiera que sea, pide perdón. Entre otros casos cuéntase uno muy significativo, ocurrido con un sacerdote. El Presidente está harto atareado en su despacho cuando entra el eclesiástico para comunicarle algo que considera urgente. García Moreno, que ya ha recibido mal la interrupción, ahora, al enterarse de la insignificancia del asunto, despide ásperamente al importuno. El sacerdote retírase incomodado, pero no tarda en olvidar su disgusto. Y al otro día, temprano, preséntasele García Moreno a pedirle perdón.

Ante los sacerdotes, representantes de Cristo, él tiene la humildad de un cristiano. Considérase, frente a un sacerdote, como un ciudadano cualquiera. He ahí un fraile capuchino que se descubre en su presencia. Le ruega ponerse el sombrero. "Un pobre religioso no puede estar cubierto en presencia del Presidente de la República", contesta el fraile. García Moreno le quita el sombrero de la mano, se lo pone al capuchino en la cabeza y le dice: "¿Qué es un Presidente del Ecuador en presencia de un sacerdote de Dios?". Y otra vez en que el prior de San Diego, iglesia de las afueras, le ofrece enviarle a su confesor habitual, fray Manuel de Antuñano, a fin de que no pierda su precioso tiempo, García Moreno le responde: "No, padre. Es al culpable a quien le toca ir a su juez y no al juez correr en busca del pecador".

No demuestra menos humildad el dirigirse a ciertos prelados por carta y pedirles que le digan los errores en que como gobernante ha incurrido. Y el dar la razón a los otros, en las discusiones, es también prueba de humildad. Y cuando le ruegan cuidarse porque puede ser asesinado y él es el único que puede gobernar al Ecuador, contesta: "Para Dios no hay hombre necesario".

No busca honores, ni gusta de exhibirse y ser aplaudido. Es naturalmente modesto, y la modestia constituye una expresión de la humildad. Un ejemplo de su modestia, citado varias veces, es su oposición a que se le ponga su nombre a una especie recién descubierta de una flor, y obtiene del naturalista que le dé el nombre de la Virgen. Sólo por devoción y para dar el ejemplo exhíbese García Moreno en los actos religiosos.

Pero la más bella forma de la humildad cristiana es el recibir las injurias con resignación, aceptarlas como algo que mere-

cemos por nuestros pecados. García Moreno tiene en grado heroico esta tremenda virtud. No la tuvo en otros años, ciertamente, cuando devolvía los ataques en proporción de tres a uno, cuando injuriaba o atacaba sin la menor misericordia a Flores, a Espinel o a Urvina. Ahora, el injuriador de otro tiempo, convertido en cristiano perfecto, hasta se alegra de que lo maltraten. Más de una vez, quienes le rodean le han oído exclamar, al enterarse de una feroz calumnia o injuria: "Bienaventurados seréis cuando os maldijeren". En cierta ocasión ha dicho: "No puedo evitar la involuntaria alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los enemigos de la Iglesia". Y en otra: "Si mis enemigos me aborrecieran por alguna falta cometida, les agradecería y procuraría corregirme; pero si ellos aborrecen en mí la fidelidad a mi Dios, también les agradezco y me esforzaré en merecer sus odios: la injuria es mi salario".

Sin embargo, a pesar de que el García Moreno injuriador e inmisericorde ha muerto definitivamente para renacer en el hombre de Cristo que es ahora, sus enemigos de entonces, así como los póstumos, sólo hablan de aquellas injurias y nunca de sus virtudes.

* * *

Las creen hipocresía, tal vez porque ellos, como la mayoría absoluta de los humanos, no pueden comprenderlas. Tanta virtud en un hombre que anda en el mundo, que ejerce el poder, les parece inconcebible. Suponen algún oculto interés. Creen que lo hace para tapar maldades y vicios. Y como él ha sido en otro tiempo pecador, violento y orgulloso y no saben que ha dejado de serlo — o no lo quieren saber — es lógico que atribuyan sus virtudes de ahora a móviles escondidos. Los que no son cristianos difícilmente comprenden la revolución moral que produce en un alma el verdadero encuentro con Cristo. Es inútil que las biografías de los santos y que los estudios sobre los efectos de la conversión revelen las transformaciones de ciertas almas. Los hombres "carnales", los que sólo viven para el placer, o la vanidad, nunca podrán comprenderlas.

García Moreno es el hombre menos hipócrita del mundo, como que practica la franqueza y hasta en forma exagerada. No es capaz de decir lo que no piensa; ni de hacer nada contrario a sus convicciones, salvo en un instante de pasión. Pero sus malas

pasiones han sido completamente dominadas, ahogadas, exterminadas. En los últimos años de su segunda presidencia, no tiene él otra pasión que la de Cristo.

No ostenta su religiosidad porque lo crean religioso. En lo posible la esconde, como es natural: la intimidad con Dios exige soledad y silencio. Cuando se muestra públicamente en actos religiosos lo hace — repitámoslo — para dar ejemplo, por noble proselitismo. O mejor dicho: por caridad hacia los otros. Pues él sabe cómo a otras almas les hace bien el ver al Presidente de la República, a un hombre de su colosal prestigio, realizando un acto de devoción.

Pero si él no anda exhibiendo su intimidad religiosa, por ejemplo sus penitencias, que fueron descubiertas por casualidad, cree un deber del católico mostrarse como tal. Lo dice en su Mensaje del 73: "Pues que tenemos la dicha de ser católicos, seámoslo lógica y abiertamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia pública y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras". Este deber del católico le parece mayor por esos días, "en tiempo de la guerra espantosa y universal que se hace a nuestra Religión sacrosanta; ahora que la blasfemia de los apóstatas llega aun a negar la divinidad de Jesús, nuestro Dios y Señor; ahora que todo se liga, que todo conspira contra Dios y su ungido...". La conducta animosa, resuelta y consecuente le parece doblemente obligatoria al católico; y la inacción en el combate, traición o cobardía. Invita a los católicos a proceder con "fidelidad incontrastable", fincando su esperanza en la protección del Altísimo. Y por su parte, él se considera feliz si merece "el odio, las calumnias y los insultos de los enemigos de nuestro Dios y de nuestra Fe".

Todos los que le rodean conocen su profunda sinceridad religiosa. Hay numerosos testigos sobre esto. El general Salazar dirá que García Moreno poseía "la fe religiosa más incontrastable que puede albergar el pecho humano". Y en fin, ahí están sus penitencias para probar su sinceridad. Nadie se azota para hacer creer a los demás en su virtud.

El hombre hipócrita simula virtud o religiosidad para quedar bien con otro o con otros. Es seguro que en el Ecuador de García Moreno muchos hombres se fingen fervorosos creyentes para obtener de él algún favor o simplemente por adularle. Pero él, ¿ante quién puede tratar de fingir?

Estas consideraciones parecerán poco menos que inútiles. Pero no lo son. En el Ecuador, enemigos de García Moreno han negado su sincera religiosidad, y aun hoy, a más de sesenta años de su muerte, no falta quien repita, en el Ecuador y otros países de América, que García Moreno, el hombre que se azotaba, que comulgaba con gran frecuencia, que deseaba morir por Cristo, no era católico...

* * *

No hay perfecta virtud cristiana sin la obediencia. Virtud difícil, a veces heroica, por aquel fondo de orgullo y vanidad, de rebeldía y suficiencia que todos tenemos. Pero García Moreno, que es el primer mandatario de la República, que no tiene padres, ¿a quién deberá obedecer?

Ante todo, a las leyes de su patria. Más de una vez, en otros tiempos, las ha desobedecido. Pero lo ha hecho por salvar al país. Para evitar su desobediencia, el tener que cumplir leyes absurdas o deficientes, él ha dado al Ecuador nuevas leyes, las que él puede cumplir y cumple. Desde 1869 pocas veces ha desobedecido García Moreno a las leyes. Y en los últimos años, ninguna vez.

Tiene que obedecer, como gobernante y como hombre, a Dios. Por encima de las leyes humanas están las leyes divinas. El ha tratado de que las segundas no contradigan a las primeras sino de que las realicen e interpreten. Por eso ha dado a su patria una Constitución cristiana, por eso ha tratado de crear un orden cristiano. Como gobernante y como hombre él no supone que pueda ocurrir algo contra la voluntad de Dios. Y se afana en descubrirla y en conocerla. Por esto son tan frecuentes en sus labios y aun en sus últimos escritos las frases como ésta: "Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad; hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio".

También como cristiano y como gobernante de un país cristiano debe obediencia al Santo Padre, al representante de Cristo en la tierra. Nadie como él está más dispuesto a obedecer al Papa. Junto con la obediencia le mueve el amor. ¡Qué devoción la que siente por el Santo Padre! "Cuanto más nos bendice Vuestra Señoría — le escribe a Pío IX — siento que crece más mi confianza en Dios, fuente única de todo valor y de toda fortaleza". A un amigo que está en Europa y ha podido ver al Papa, le dice: "Envidio tu felicidad, de haber besado los pies del Vicario de

Jesucristo y conversado con él, ¡con él, a quien amo más que a mi padre y por cuya defensa y libertad daría la vida de mis hijos!". Observemos las terribles palabras: daría la vida de mis hijos...

Pero nada más elocuente como manifestación de obediencia y de veneración al Santo Padre que la carta que le dirige a Pío IX veinte días antes de morir. Le pide otra vez la bendición, "para obtener del Cielo las fuerzas y luces que necesito más que ninguno, para ser fiel a nuestro Redentor y obediente a su Vicario infalible".

* * *

Hay en García Moreno, en estos postreros años de su vida, una extraña ambición: la de sufrir y morir por Cristo. Este deseo, extraordinariamente raro, aun en los cristianos más virtuosos, sólo es propio de los santos.

La primera manifestación pública de su ambición de martirio — que ha debido sorprender a quienes no le conocen bien — la hace en su discurso al asumir el mando por segunda vez, en 1869, y refiriéndose a su juramento. "¡Feliz yo — exclama al terminar — si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, Religión y Patria!". Sellarlo con mi sangre... A un sacerdote le escribe cinco años después, en 1874, rogándole que le pida a Dios fuerzas, no sólo para hacer el bien a sus enemigos sino para regocijarse de tener que sufrir "en unión con Nuestro Señor". Considera "una verdadera felicidad" el sufrir los insultos en compañía de los institutos religiosos, de los obispos y del Sumo Pontífice. Y recordemos cómo, en 1873, le pide al Papa alcanzarle de Dios "que le conceda morir en defensa de la Fe y de la Iglesia".

Tiene la certeza de que su muerte ha sido resuelta por sus enemigos, y no se atemoriza. Sabe que entre esos enemigos figura la Masonería, que ve en él al hombre de Cristo. Por esto, hasta le alegra el morir. Y así el 4 de agosto de 1875 se lo escribe a su íntimo amigo don Juan Aguirre, que está en Europa: "Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el Cielo".

Esta misma certidumbre la demuestra en su carta al Papa Pío IX, del 17 de julio de 1875. Sabe que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, procuran "sigilosamente" los medios de asesinarle. Por esto — dícele al Santo Padre —

"necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra Religión santa y de esta pequeña República". Y agrega estas exclamaciones: "¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro divino redentor! ¡Y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del Cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz, por nosotros!".

Palabras claras y terminantes. Más no podrían serlo. Y él se las dice al Papa, al Vicario de Cristo. Aparte de que no ha de mentirle al Santo Padre, hay en ellas una unción, una sinceridad y una tristeza que impresionan. Sí, una tristeza. ¿Cómo no ha de apenarle el dejar a su Marianita y a sus hijos, a los que adora? Y observemos cómo no sólo espera la muerte sino que le ruega al Santo Padre alcanzar del cielo "el morir en defensa de la Fe y de la Iglesia", el favor de derramar su sangre por Cristo, por aquel que, siendo Dios, la derramó por nosotros en la Cruz...

Este deseo de dar la vida por Cristo es, sin duda, lo que le infunde a García Moreno su honda devoción por la Cruz. Por esta devoción ama tanto a Pío IX, al que considera, por haber perdido sus Estados y recibido humillaciones y estar prisionero, como el Pontífice crucificado. Se ha recordado el lema que se aplica a este gran Papa: *Crux de cruce.* Es decir: cruz que viene de la cruz. Es la cruz símbolo de sufrimiento y martirio. En ella murió Jesús. ¿Cómo no ha de amarla García Moreno? ¿Y cómo no ha de aspirar a ella el gobernante cristiano por excelencia, el católico que siente la pasión de Cristo? Nadie, entre los laicos, ha hecho por la Iglesia y por Cristo, en el mundo entero, lo que el Presidente del Ecuador. Sabe que su obra le ha atraído el odio de los enemigos de Cristo. Y sabe que, muriendo por la Iglesia y por Cristo, él completará esa obra. No solamente ganará el Cielo para su alma, sino que ganará muchas almas para Cristo en América y en el mundo entero. Por esto, él quiere dar su sangre. No es sólo su salvación lo que busca, el rescate de sus grandes pecados, el perdón de Dios por el martirio de Borja, por los fusilados de Jambelí, sino la salvación de otros hombres, la salvación de la Iglesia en América, la salvación de Cristo en los corazones.

Y he aquí que va a dar ante los hombres, y ante el mundo asombrado, una estupenda prueba de su amor a la Cruz. Vamos a asistir a uno de los más extraños y grandiosos acontecimientos

que hayan ocurrido en América y en el mundo. Diríase un suceso de la Edad Media, cuyo protagonista pudo ser San Luis de Francia o Godofredo de Bouillon. Se necesitaría para describir esta escena sublime la pluma de Shakespeare, esplendorosa de colores y de sonidos, o la pluma ingenua, y a la vez épica, con que el beato Jacobo de Vorágine refirió las historias de los santos en su *Leyenda Dorada.*

Es un día de 1874. Imaginémonos el escenario del acontecimiento que va a ocurrir. Estamos en la maravillosa Quito. Gigantescos cerros, el Pichincha, el Panecillo, el Ichimbía, que se ven desde cualquier punto de la pequeña ciudad, serán los testigos del suceso. He ahí la plaza Mayor, con sus viejas casas coloniales y su Catedral magnífica. La iglesia desborda de concurrencia. He ahí el Presidente de la República y sus ministros. Hay señores, artesanos, indios. Todos están unidos por la fe de Cristo y exaltados en el sentimiento religioso.

Ese día termina una "misión" de los padres redentoristas. Han predicado y confesado. Como recuerdo de estos actos de fe, han querido regalar a la ciudad una cruz. Es una espléndida e imponente cruz. Tiene seis metros de largo y un pie de grosor y procede de un árbol entero. Concluída la ceremonia, esta enorme cruz va a ser llevada en procesión por las calles, para volver a la Catedral, en donde será plantada.

Uno de los padres de la Misión está predicando. ¡Con qué recogimiento le escuchan! Quien más atiende a sus palabras es el doctor Gabriel García Moreno, el Presidente de la República. A pesar de ser él un sabio en Historia y en Teología, como lo es en otras disciplinas, escucha al predicador con el interés con que le escucharía si fuese un ignorante. Incorpora a su espíritu instantáneamente las palabras del sacerdote. Quizá no es un insigne orador; pero para él es como si hablase el propio Cristo.

¿Qué dice ahora el predicador? Habla de la redención por la Cruz. Desea que la procesión que va a recorrer las calles signifique el triunfo de Cristo Redentor. Recuerda cómo el emperador Heraclio, doce siglos atrás, cargó sobre sus espaldas la Cruz del Calvario, que los persas se habían llevado de Jerusalén y que acababa de ser devuelta. El predicador espera que todos, arrojando de sí el respeto humano, envidien el mismo honor.

Va a empezar en seguida la procesión. El predicador ha pronunciado sus últimas palabras. Ahí está la enorme Cruz que aguarda ser cargada por los fieles. De pronto, asombro en todos

los semblantes. ¿Qué va a hacer el Presidente de la República? Se ha acercado a la Cruz y quiere llevarla sobre sus hombros. Los ojos de todos los asistentes se agrandan de estupor. Algunos se han llenado de lágrimas de emoción. La voz se difunde por todo el templo. Pero como la procesión comienza, la gente sale a la plaza, donde hay una multitud como raras veces se ha visto en Quito. Ya está sobre los hombros del Presidente de la República la pesada Cruz.

Y entonces, la ciudad asiste al más extraordinario de los espectáculos: el doctor García Moreno, el ex rector de la Universidad, el ex general en jefe del Ejército, el escritor, el sabio, el legislador, el Presidente de la República, ha empezado a andar lentamente, llevando sobre sus hombros la Cruz de Cristo, por las calles atónitas y conmovidas de la vieja capital.

Y el pueblo le sigue, estupefacto, lleno de lágrimas, sin creer a sus propios ojos. El ministro del Interior le ayuda. Dice alguno de sus enemigos, creyendo ridiculizar a García Moreno, que en aquella imitación de la Vía Crucis tiene el Presidente su Cirineo y que, en cierta parte del camino, una mujer, al verle agobiado y sudoroso, le ofrece una taza de caldo. Lejos de ridiculizarle, agrándanle con esto. Él mismo viene a ser otro Cristo, el imitador del Hijo de María. Él ha querido honrarse cargando la Cruz. Y si no morirá crucificado, acaso sabe ya, porque lo ve con su visión genial, que soportará por Cristo su martirio.

Y allá va el Presidente de la República, con la Cruz a cuestas. Va entre rezos y lágrimas y expresiones de asombro y de admiración. Todos comprenden, y acabarán de comprender un año más tarde, el símbolo de lo que están presenciando. Y allá va por las calles de Quito, mientras las campanas son echadas a vuelo, ante las montañas gigantescas, con la Cruz de Jesús sobre sus hombros, en un sublime acto de humildad y de fe, el Presidente de la República, el doctor don Gabriel García Moreno, convertido en otro Cristo...

XIII. — REELECCION Y ASESINATO

Hay calma en el Ecuador de García Moreno. Por fin la patria ecuatoriana conoce la paz. Y con la paz y la tranquilidad hay orden y trabajo: la paz de García Moreno, lejos de ser la de la inacción, la de la muerte, es la paz viviente de un pueblo que empieza a prosperar de veras, la paz en que se realizan obras públicas antes no conocidas ni sospechadas en el país, la paz del estudio en las escuelas y en los colegios creados por el gran Presidente. Orden, paz, trabajo, tranquilidad, ¡qué bellas palabras y cómo suenan en el Ecuador otrora turbulento!

Ya no hay revoluciones. Apenas si el 73, unos ocho o diez descontentos planearon asesinar a García Moreno, en Guayaquil, al embarcarse para Babahoyo, en viaje de regreso a Quito; pero al verle acompañado de amigos y de una escolta, los conjurados perdieron toda audacia y envainaron los puñales. Y al principio del 74, también en Guayaquil, descúbrese la conspiración llamada "del padre Pantaleón": un sacerdote que animaba a unos cuantos enemigos del Presidente, algunos de los cuales fueron detenidos y otros huyeron.

García Moreno ha dejado de ser el hombre terrible de 1864 y 65. Gobierna según su Constitución y ya no es arbitrario ni violento. No necesita tampoco serlo, ni siquiera oprimir a nadie, porque basta con su Constitución, que inspira temor a los revoltosos y díscolos. Si se inmiscuye en la vida privada, todos saben que es por hacer el bien. González Suárez dirá de él que amaba el bien con entusiasmo y odiaba el mal "con vehemencia, con furor", porque en su corazón no había lugar a pasiones ruines y todo en él era "de talla colosal". Ya apenas le dicen "el loco". Todos ven cómo el que creyeron loco está transformando al Ecuador. Ahora llámanle generalmente Don Gabriel. Hablan de él con respeto y a veces con amor. Han visto con sus propios ojos hasta qué punto él quiere al Ecuador, y cómo, por la Patria

y por la Religión, lleva una vida de absoluto renunciamiento. Ha llegado a ser para su pueblo un patriarca. Algunos le creen harto riguroso y amigo de imponer la virtud. Pero, ¿no es riguroso consigo mismo, y mucho más que con los otros?

Casi no tiene enemigos. Los que antes le combatieron, los que contra su poder se levantaron en armas, han vuelto a la patria desde el destierro y se mantienen tranquilos. La mayoría de esos hombres han reconocido su error. No piensan más en conspirar. Algunos hasta declaran su admiración por el viejo enemigo. Uno de ellos es el doctor Mariano Mestanza, hombre de tremendo carácter y que había intervenido en más de una revolución contra don Gabriel. Como un amigo le preguntara si es o no García Moreno un tirano, le contesta que sí, y muy peligroso, como que procede como "un patriota, un hombre inteligente y un gobernante honrado". Mestanza ha empleado la palabra "tirano" en el sentido de que García Moreno es el terror de los ladrones y los bandidos.

Son muchos los hombres que han cambiado de opinión ante la obra gigantesca de García Moreno. Algunos no lo dicen por entonces, pero lo dirán más tarde. Cuando tiempos adelante hablen del Presidente católico, lo harán pensando en este lustro de ahincada labor y de austera paz cristiana. He ahí a Julio Zaldumbide, que le atacara en un folleto quince años atrás y que fuera siempre su enemigo. Ahora ha abierto los ojos y ha comprendido. No se le acerca. Pero años más tarde, asistiendo a un funeral por el alma de don Gabriel, como al salir de la Catedral un amigo le observa que ha llorado, él le contesta: "No lo niego, pues merece ser llorado. Era tirano, pero tirano bueno. Con él estaban seguras la honra, la propiedad y la vida". Salvo cinco o seis desorbitados como Roberto Andrade, no ha habido enemigo de García Moreno que, ulteriormente, y pensando en estos años de la segunda presidencia, no haya tenido para él los mayores elogios. Uno de ellos dirá: "García Moreno: tirano excelso, con toda la excelsitud de su grandeza. Talento, saber, honradez, valor, energía inquebrantable de carácter, suyos son. No tuvo precedente en América". Cierto periodista bilioso y talentoso dirá de él: "Ese genio maldecido sin ton ni son, calumniado sin misericordia, con ferocidad de fiera. A nada conducirá esa diatriba, porque las generaciones le harán justicia, perpetuando su memoria en el bronce... El moralizó la sociedad, creó la honradez administrativa, justificó con sus obras su ambición, mató la re-

volución. Tuvo la locura del genio, con sus defectos y virtudes. Fuímos uno de sus enemigos fanáticos y ciegos; después, con los años, con la comparación, al fin hemos venido a hacerle justicia". Igual que sus víctimas: Valverde, a quien acaba de desterrar, hablará de él en el Congreso, años más tarde, en forma entusiasta, alabando sus obras y llamándole "hombre verdaderamente extraordinario" y "gigante del Guayas". El propio hijo de su víctima don Juan Borja, que tanto le odia por el momento, se rendirá a la evidencia años más tarde, y dirá, en solemne ocasión, que si, para regenerar a la patria, le fuera concedido devolver la vida a alguno de los grandes ecuatorianos, no elegiría a otro que a García Moreno.

Y sin embargo, a pesar de la paz y del progreso, del mejoramiento moral y de la moneda valorizada, de haber terminado en absoluto las persecuciones y la violencia oficial, hay quienes meditan en la sombra el exterminio del hombre a quien tanto debe el Ecuador.

* * *

García Moreno tiene enemigos que le odian a muerte. Son hombres sinceros, que creen románticamente en la libertad. Suponen que la sola libertad trae el progreso moral y material, la paz y el orden. Se han olvidado de lo que fuera el Ecuador, y todas las repúblicas de Hispano América, con el régimen de libertad. No les preocupa el pensar en todo lo que puede perder el Ecuador con la caída de García Moreno. Habrá libertad, y esto les basta.

Saben que a García Moreno es imposible hacerle revoluciones. Si no lo echaron abajo cuando él tenía a la mitad del Ecuador en su contra, menos lo voltearán ahora, cuando todo el país lo admira y aun lo ama. García Moreno tiene un buen ejército, como nunca lo hubo mejor en el Ecuador, y la Constitución concede tan gran poder al Gobierno que conspirar es exponerse al fusilamiento. No queda para los enemigos de García Moreno otra solución que el asesinato. Y ahora, en 1875, se han resuelto a acometer la empresa.

No es la primera vez que se intenta. Pero las iniciativas anteriores han sido individuales y aisladas, sin organización ni maduración, y hasta espontáneas. Recordemos aquella de Guayaquil, cuando se pensó asesinarle al embarcarse. Por los mismos días, enemigos suyos pagaron a un cazador de caimanes para que

lo matase de un tiro de rifle; pero el hombre, al ver acercarse al Presidente, preguntóse: "Si este es un acto glorioso, ¿por qué no lo ejecutan ellos?", y bajó el arma. En Guachalá, en octubre del 73, hombres armados rondaron la hacienda y esperaron su salida. Lo único importante de estas tentativas es que sus dirigentes, dándolas por bien logradas, comunicaron a otros países el asesinato de García Moreno; y así, en Colombia y en el Perú se publicaron descripciones de la tragedia "sangrienta" y en realidad nonata, y necrologías del Presidente ecuatoriano.

Pero ahora la cosa es seria. El anuncio de que García Moreno será reelegido Presidente — concluye su período el 10 de agosto de 1875 —, exaspera a sus enemigos y los moviliza en una vasta conspiración. No ignoran ellos, ni nadie, que la Constitución de 1869 autoriza la reelección presidencial. A ellos, esto les parece una monstruosidad, el mayor atentado contra las libertades. No creyeron que García Moreno ni su partido se atrevieran a proponer la reelección. Han imaginado que harían Presidente al general Salazar o a don Manuel de Ascásubi. Pero el Ecuador entero, salvo unos centenares de personas, considera que García Moreno es el único Presidente posible. Y la reelección, lejos de ser una monstruosidad, un acto liberticida, está en otras constituciones, como en la de los Estados Unidos, reputada por liberal. La reelección, en un país como el Ecuador en donde todo está por hacer, es no solamente aceptable sino hasta necesaria, siempre que el reelegido, entiéndose, tenga las capacidades múltiples y excelsas de García Moreno.

Las elecciones presidenciales van a ser en mayo. Desde mediados del 74 se habla de la candidatura de don Gabriel. Algunos han propuesto, como candidato opositor, a Antonio Borrero, entre ellos los redactores de *Nueva Era.* Y no falta quien asevere que estos jóvenes no fueron desterrados por sus ataques verbales contra el Gobierno sino por haber lanzado una candidatura de oposición. García Moreno nada dice. Sin duda por haberse equivocado con Carrión y Espinosa no se atreve a proponer candidato. Tal vez sabe que sólo él puede ocupar la presidencia y espera que sus amigos se la ofrezcan. Pero a pesar de su silencio y el de sus partidarios, sus enemigos ya lo dan por reelegido y hasta afirman que su reelección está decidida desde 1869.

* * *

Ahora, a fines del 74, reaparece Juan Montalvo. ¿Dónde ha

estado el gran escritor desde aquella noche de 1869, cuando fué derrocado el presidente Espinosa, por obra de García Moreno, y él buscó refugio en la Legación de Colombia? Ha pasado un largo tiempo en Europa y en algunos países de América. Ha escrito los más importantes de sus libros, pero poco ha zaherido a García Moreno. Ha vivido, según dice uno de sus modernos biógrafos, que mucho le admira como escritor, del dinero "en préstamo" de sus amigos, que jamás devolvió. Uno de los que le han prestado es el general Ignacio de Veintemilla, a quien no solamente no le devuelve el dinero sino que, años más tarde, lo pondrá en la picota. Muchos defectos y errores se le pueden disculpar a un hombre, pero no el maltratar a quien le ha dado de comer.

En 1872 ha tenido un incidente con el doctor Mariano Mestanza, liberal como él, y, como él, enemigo de García Moreno. También Mestanza le ha prestado dinero. Ese año, don Mariano publica en Lima una hoja suelta contra Montalvo, en donde le llama "calumniador y pordiosero" y lo presenta como estafador. El se venga en su folleto *Judas*, en el que también trata muy mal a Espinel, su amigo de ayer. Otros compañeros de proscripción atacan igualmente a Montalvo, y todos — según cuenta su biógrafo — "le recuerdan su sistema de vida, mediante los préstamos que no paga nunca". El se defiende y contraataca en folletos terribles, algunos "de fondo tan notoriamente ruin" que él mismo lo advierte a tiempo y retira la edición.

Montalvo ha combatido a García Moreno en dos de sus obras de ese tiempo: en *Fortuna y Felicidad*, que aparece en 1872, y en el *Judas*, que aparece en 1873. Pero en ambos folletos sólo de paso habla de García Moreno. El gran escritor vive en Ipiales, pueblo de la frontera de Colombia. Nadie le ha desterrado y podría volver al Ecuador. No intenta hacerlo. El es hombre libre, y no tolera ninguna especie de despotismo.

La posibilidad de que García Moreno sea reelegido le saca de quicio. Afila su maravillosa pluma. Abre las gavetas en que guarda su inigualada colección de insultos, calumnias, maldiciones, amenazas y sarcasmos y escribe *La dictadura perpetua*. Lo que le da motivo para escribir este folleto es un artículo en elogio de García Moreno, publicado en el diario inglés de Panamá *Star and Herald*, que propicia la reelección. El folleto de Montalvo es editado en Panamá por su amigo Eloy Alfaro, el futuro dictador.

¿Qué es *La dictadura perpetua?* Es una de las más feroces

diatribas que jamás se hayan escrito en América. Montalvo llama al Presidente: traidor, ente fatídico, azote, satanás, tiranuelo, hombre sin patria. Habla de su maldad, de "la lepra de su alma". Recuerda sus errores, algunos verdaderos como la flagelación de Ayarza, la guerra con Arboleda y las cartas a Trinité, y otros absolutamente falsos. Miente Montalvo sin el menor escrúpulo al decir que García Moreno ha vendido a su patria "una y mil veces"; que en el Ecuador hay diez mil sacerdotes italianos, veinte mil jesuítas y cien mil monjas; que los regimientos del ejército se llaman *Guardianes de la Virgen* o *Hijos de Su Santidad*; que los caminos construídos por García Moreno representan "miles de vidas perdidas".

Su odio más violento parece ser contra los institutos religiosos. No hay calumnia que no les arroje. Olvida Montalvo lo que eran los conventos antes de García Moreno, y no reconoce la obra purificadora y cultural de los religiosos extranjeros. Para él, los sabios jesuítas expulsados de Alemania por el Kulturkampf, los redentoristas, dominicos, franciscanos y las Hermanas del Sagrado Corazón son "chorros de pus" y "mangas de fantasmas tenebrosos". Los acusa de haberse apoderado de todo el dinero que había en el Ecuador, de haber saqueado las iglesias, de haber desnudado a las imágenes...

El Ecuador, en el libelo, aparece como un cadáver al que "García Moreno, sus esbirros y sus jesuítas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita, andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados". O como un país desdichado, "a donde acuden en ríadas pestilentes la hez de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego, es el contralor celoso de la lectura en todos sus ramos". En el Ecuador, el soldado, según Montalvo, está sobre el civil, "el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano" y todo esto "nadando en un océano de sombras corrompidas". Y en fin, García Moreno ha dividido al Ecuador en tres partes: "la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre".

Pero nada muestra mejor la mala fe de Juan Montalvo, la maldad de sus sentimientos, su falta absoluta de escrúpulos y de amor a la verdad, que cierta frase en que presenta a García Moreno "abrazado de un Cristo en que no cree"... ¡García Moreno

incrédulo y ateo! Es lo que faltaba que se le dijese. Y tiene que ser Montalvo quien se lo diga.

Y a pesar de *La dictadura perpetua*, con sus calumnias y sus injurias, Montalvo no deja de admirar a García Moreno. Ya lo observará don Miguel de Unamuno, en su prólogo a una edición de las *Catilinarias*. Años después de muerto García Moreno, Montalvo escribirá, en su ensayo *Joya Literaria*: "Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano". De buena gana... Y en el *Desperezo del Regenerador* dirá: "¡García Moreno! ¡Qué hombre! Este sí: ¡qué hombre! ¡Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacia lo malo! Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invencionero, ardidoso, rico en arbitrios y expedientes, imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor. ¡Qué lástima! García Moreno hubiese sido el primer hombre de América si sus poderosas facultades no hubieran sido dedicadas a la obra nefanda de la opresión y la tiranía". Así hablará Juan Montalvo no muchos años más tarde, reconociéndole sus "poderosas facultades", elogio extraordinario en su severa pluma. Pero por ahora don Juan es sólo el autor de *La dictadura perpetua*.

* * *

Aunque la policía impide la entrada del libelo en el país, algún ejemplar llega a Quito. He ahí tres jóvenes leyéndolo, en un día de mayo de 1875. Los tres se exaltan con aquella lectura, que acaban de hacer a puertas cerradas, a la luz de un vela. Y resuelven organizar una conspiración.

El mayor de estos muchachos llámase Manuel Cornejo Astorga, y anda en los veintiséis años. Otro de ellos, que se va a Guayaquil y no persevera en su propósito, no nos interesa. El tercero se llama Roberto Andrade y tiene veintidós años. Cornejo — inteligente, entusiasta, risueño, movedizo, estudioso — es hijo de un abogado, muerto tiempo antes. Escribe artículos. En 1869 fué admirador de García Moreno y colaboró en el derrocamiento de Espinosa.

Roberto Andrade es también escritor y redacta el periodiquillo literario *El Alba*. Pertenece a una familia de Imbabura, de condición social modesta. Tiene un alma exaltada, y es capaz de grandes odios. Publicará en su vida varios libros, en la mayoría

de los cuales atacará a García Moreno con más vehemencia aún que Montalvo, y excediendo a todo lo imaginable, pero sin pizca del talento literario de este artista de la prosa.

El va a narrar en un libro la conspiración en que entra como iniciador. Habla con sencillez y da impresión de veracidad. No trata de defenderse ni de defender a sus amigos. Al contrario, alaba con exaltación su obra. Se le puede creer en cuanto se refiere a su grupo. Y por otra parte, casi todo lo que narra coincide con las afirmaciones de los numerosos testigos que conocieron la conspiración y los trágicos sucesos que van a ocurrir.

Aquella noche en que terminan la lectura del libelo de Montalvo, los tres se levantan al mismo tiempo, se oprimen las manos unos a otros y exclaman: "¡Conspiremos!". Trazan un plan. A Andrade le toca ir a Ipiales, a ponerse de acuerdo con Montalvo. Pero después de conversar sobre el asunto, Andrade dice: "Mejor sería matar al tirano a mediodía y en el lugar más público de Quito". A los otros no les entusiasma esta idea. Cornejo, risueñamente, dice que García Moreno, monstruo a quien deben contemplar los siglos, ha de ser conservado para ganar dinero exhibiéndolo.

* * *

Lo primero que hace Andrade es buscar al poeta Abelardo Moncayo, que preside cierta sociedad literaria en la que él ha leído algunas páginas. Moncayo, que no tiene parentesco con don Pedro, pertenece a una distinguida familia. Ha sido seminarista con los jesuítas y llegó a diácono. En Cuenca y Guayaquil ha dictado clase de Humanidades y adquirido fama de orador religioso. El año anterior ha colgado los hábitos. Tiene veintiocho años. Toda su familia consiste en varios tíos ancianos, uno de los cuales es el doctor José Gabriel Moncayo, a quien García Moreno desterrara cuando su primera presidencia.

Abelardo Moncayo escucha a Andrade y le contesta: "Iba yo a hablar contigo, facultado por individuos de dos familias respetables, acerca de un proyecto enteramente igual; estas personas son los Polanco y los Bueno". Existe, pues, una trama anterior. Más tarde se hablará de una tercera. Es posible que haya otras, porque el número de los conjurados llega pronto a ser considerable. La existencia de varias ramas en la conspiración es punto de importancia. Se ha afirmado que la Masonería decretó la muerte de García Moreno y hasta se asegura que la orden ha

venido de Alemania a las logias del Perú. Nada se ha probado, tal vez porque nunca se prueba nada en los asuntos de la Masonería. Alemania, en esos años del Kulturkampf, es algo así como la central del anticatolicismo. Hay en el país más de quinientas logias. Andrade niega enérgicamente toda intervención masónica en la conjuración de que es iniciador. Sin embargo, él está en relación con la secta, y lo prueba el hecho de que, después de la tragedia, publicará una carta en *La Revista Masónica,* de Lima. Además, puede él ignorarlo. Acaso las logias tengan contacto con otros grupos conspiradores. Frases de periódicos de la Masonería europea — el anuncio de la tragedia y el contento por saberla realizada — y sospechosos pormenores de toda índole, autorizan a creer en que alguna parte tienen las logias en la conspiración.

Por esos días, y durante años, se cree en el Ecuador que quien ha oído la sugestión masónica es Rafael Portilla, uno de los primeros comprometidos en la conjuración. Portilla se hace sospechoso porque gasta demasiado dinero. Veinte años después de la tragedia se enfermará de la cabeza e irá a atenderse a Lima. Un franciscano, el padre Baltasar Moner, que da misiones en los pueblos de la provincia de Pichincha en junio del 75, confiesa a Santos Cevallos que desea convertirse, el cual, comprometido en la conjuración contra el Presidente, le refiere cómo una logia de Alemania, de acuerdo con una de Lima, ha enviado a Guayaquil seis mil pesos para ser repartidos entre los descontentos contra García Moreno, a fin de procurar su asesinato. Y años después, un escritor liberal, que ha vivido en Lima muchos años en contacto con los masones, dirá de García Moreno: "Su muerte fué obra de una conspiración impulsada por la Masonería de Lima, porque veía en él un paladín religioso y obstáculo para sus miras, como fué público y notorio".

Tal vez Manuel Polanco ande en tratos con los masones. Polanco, ex jesuíta, había sido expulsado de la Compañía por causa de cierta carta injuriosa que escribiera contra un hombre honrado, el doctor Vicente Cisneros. Es muy frecuente que los sacerdotes apóstatas se afilien a la Masonería. Las logias los buscan, tal vez por explotar su odio contra la Iglesia, o porque esperan obtener de ellos revelaciones de secretos o porque suelen ser oradores y hombres relativamente ilustrados. Manuel Polanco es también poeta, y en esos días en que comienza la conspiración ha escrito un soneto *A Quito* en que reprocha a la ciudad el oprobio de sufrir el látigo y de no oír el crugir de las cadenas y

lo invita a morir o a vencer a su "feroz tirano". Polanco es hermano de un coronel que en Guayaquil, donde mandaba la Artillería, anduvo el año anterior en pasos sospechosos y que, nombrado edecán del Presidente, con el fin de alejarle del mando, no aceptó y se convirtió en furioso enemigo del Gobierno. Manuel Polanco ha sido partidario de García Moreno. Recordemos cómo, en las vísperas de la revolución del 69, fué a exigirle al presidente Espinosa, de parte de García Moreno, que cambiase de política.

¿De qué modo toman contacto con Polanco los del grupo de Andrade? Muy sencillamente: Abelardo Moncayo, el poeta y ex jesuíta, lleva un día al joven literato Roberto Andrade a la casa del ex jesuíta y poeta Manuel Polanco. No es raro que sean hombres de pluma los fautores de la conjuración, empezando por Montalvo, su autor moral, e incluyendo a Cornejo, a Andrade, a Moncayo y a Polanco. Los escritores necesitan libertad para producir y para opinar; y los gobernantes despóticos suelen despreciarlos, creyendo que no constituyen un peligro. Y tampoco es raro que conspiren contra el católico García Moreno, el Presidente que consagró la República al Corazón de Jesús, dos individuos que han colgado los hábitos y otro — Andrade — que ha sido expulsado por los jesuítas.

Todos pónense a trabajar y en pocos días comprometen a buen número de personas. Andrade da los nombres de una veintena de ellas. Uno de los conspiradores es hijo de Juan Borja. Pero la principal conquista no la hacen hasta mediado junio: es el comandante Francisco Sánchez, segundo jefe de uno de los batallones que tienen su cuartel en la plaza Mayor, frente al Palacio de Gobierno. A Sánchez lo ha descubierto Moncayo por medio de una mujer, Juana Terrazas, separada de su marido y amante del militar. Por palabras de la Terrazas a Moncayo, parece que Sánchez ya ha andado en conversaciones con otros militares.

Pero el comandante, como es lógico, no quiere tratar con los muchachos; y, siendo todos miembros del Partido Liberal, solicita encontrarse con un liberal de categoría que los represente. El que propone Sánchez, no está en Quito. Uno que acepta la entrevista, falta. Otro les dice a los muchachos que desconfíen de los militares. Y Sánchez se cree burlado. Por fin, el comandante se encuentra con Manuel Polanco, en el cuarto de Moncayo. Al parecer, todos desconfían un poco de Sánchez, cuyos antecedentes no conocen; y Sánchez desconfía también de los demás. Celé-

branse desde entonces varias entrevistas, en las que se discute el objeto y el plan de la conspiración.

* * *

Desde el primer momento ha habido entre los conspiradores dos tendencias: unos, como Andrade, quieren el asesinato de García Moreno; otros, como Cornejo, quieren que se le juzgue por lo que ellos consideran sus crímenes y que se le ejecute en un acto espectacular.

Pero hay un grave problema: ¿qué ocurrirá al ser asesinado el Presidente? No por eso ha de caer el Gobierno. Quedan los ministros, quedan los partidarios de García Moreno; queda, sobre todo, el general Salazar, ministro de Guerra y hombre de agallas. Toda esa gente reaccionará contra los conjurados, se vengará. La solución consiste en una revolución militar que estalle en los mismos momentos en que sea asesinado el Presidente. De ahí la importancia de Sánchez, único jefe, entre los que tienen mando de tropas, con el que cuentan los conspiradores.

¿Cuál es la opinión de Sánchez? Según Andrade, desde la segunda entrevista con ellos, el comandante ha exigido la muerte de García Moreno. Parece que ha dicho: "El ejército le odia, pero al mismo tiempo le teme; si vive, no se subleva, esté o no convencido de que se halla el tirano con grillos; si está muerto, se subleva". El 25 de julio todavía están discutiendo si asesinarán o capturarán al Presidente. En una reunión de esa noche, Cornejo se declara, una vez más, por la captura. Eso le parece lo noble. La gloria de los conspiradores consiste en arrastrar por las calles al victimario del pueblo ecuatoriano y presentarlo a la Convención elegida por el pueblo, para que lo condene a muerte. ¿Cómo se le capturará? Se le espera frente a cierta casa. "Pasa el tirano y nos acercamos todos; le rodeamos, le imponemos, le constreñimos a entrar en la casa, donde desde antes tendremos grillos y cadenas". Al mismo tiempo, otros conspiradores acuden al cuartel, "sacan el batallón al mando de Sánchez, someten a los demás cuerpos y la revolución queda consumada". Polanco, Andrade y otros refutan a Cornejo. Sus palabras son extensas y enfáticas. Pero convencen a los demás, al parecer. "Desde entonces — dice Andrade — ya no hubo escrúpulo ninguno: todos salimos resueltos a atacar a García Moreno en público y de día". Sánchez no ha asistido a la reunión. Polanco le lleva instrucciones y el encargo de pedirle que designe el día del levantamiento.

* * *

Todavía no han sido presentados todos los actores de la tragedia. Falta el más importante, no como persona sino por el lugar que ocupará en el momento del desenlace. Es el capitán Faustino Lemus Rayo. Está en relaciones con Polanco, pero no entra en contacto con los demás. Al principio, ellos se enteran de que también Rayo conspira porque a Cornejo se lo cuenta un funcionario policial. Después, Polanco les habla de él. El funcionario sospecha de una conspiración y vigila a Rayo y a sus amigos, que desde hace tiempo preocupan al Gobierno. Dícele el funcionario a Cornejo que al Presidente le han llevado denuncias contra Polanco y otros individuos, pero que García Moreno las ha despreciado, diciendo que serían "charlas de abogadillos y estudiantes".

Estas noticias sorprenden desagradablemente a Andrade y a sus compañeros; tal vez porque Rayo es colombiano. Asegura Andrade que ninguno de su grupo había intentado comprometer a Rayo. Andrade se contradice al hablar de este hombre. Primero afirma que, hasta la referencia del funcionario policial, ellos no tenían "ni conocimiento de Rayo". Y más adelante cuenta que en los días de la conjuración oyó su nombre a uno que otro conjurado.

¿Quién es este nuevo actor de la tragedia? Se le considera colombiano. Sin embargo, después de Cuaspud, cuando Mosquera lo condenó a muerte, él obtuvo el perdón demostrando haber nacido en territorio ecuatoriano, en la hacienda de Santa Rosa, cerca de Tulcán. Como sabemos, llegó de Colombia en 1858, con las tropas de Rafael Carvajal. Tiene ahora unos cuarenta y cinco años. Es bajo de estatura. Aspecto de campesino, en el que no hay un rasgo simpático ni agradable. Rostro flaco, huraño y tosco. Pelo rubio y revuelto, cejas contraídas y bigotes caídos. Sus ojos, pequeños, miran agresivamente. Ha servido a García Moreno. En 1863 mandó la escolta que conducía desterrado a Colombia al doctor José Gabriel Moncayo, tío de Abelardo. García Moreno le nombró gobernador de la provincia de Oriente, pero como explotase a los indios, comprándoles vainilla, pepitas de oro y otras cosas a vil precio, lo exoneró. Desde entonces Rayo le odia a muerte, aunque disimula su feroz sentimiento. En Quito ejerce el oficio de talabartero. Cuando ve a García Moreno enrojece y dice que lo matará. Por esos mismos días de la conjuración, don Gabriel le ha encargado una silla de montar para su hijito que tiene poco más de cinco años. Algún enemigo de García Moreno

dice que el odio de Rayo proviene de que don Gabriel le quiso enamorar a su mujer; pero aparte de lo absurdo que esto sería, nadie lo dice en su tiempo ni inmediatamente después. Es una invención reciente, de un escritor extranjero, y que proviene de sugestiones de Andrade, con quien ese escritor estuvo en íntimo contacto.

Rayo tiene algún cómplice. Uno de ellos es su amigo Gregorio Campuzano, con quien anda siempre. Y se ve con Polanco, que sin duda le fomenta su odio a García Moreno y le estimula en su propósito vengativo. Polanco es hombre de malas condiciones morales. Tiene fama de gran mentiroso y los hechos le mostrarán como un cobarde.

* * *

García Moreno se encuentra por esos días abatido. A principios de julio ha muerto su hijita. No le queda sino un descendiente, Gabrielito. A un amigo le escribe que esta pérdida le ha dejado un profundo pesar, pero que él ve a su hija en el cielo, colmada de gloria. Desde entonces acude casi todos los días a la capilla de la beata ecuatoriana Mariana de Jesús, que él hizo construir, para rezar por sus dos hijas, que allí están sepultadas.

En las últimas semanas, García Moreno ha recibido varias denuncias y avisos de su inminente asesinato. El 26 de julio, una tarjeta a su mujer, que en ese día cumple años, le dice: "Señora, cuide de su marido; lo asesinan". El padre Moner comunica al Presidente la revelación de Santos Cevallos, a quien le habían buscado para que fuese uno de los asesinos. El jefe de Policía le ha trasmitido palabras de Campuzano que revelan su intento criminal. Y un cierto José Fuentes también le ha denunciado algo de importancia.

¿Cómo recibe estas noticias García Moreno? Cuando le repiten las palabras de Campuzano contesta que son charlatanerías. A Fuentes lo manda a paseo. Al jefe de Policía le ha ordenado vigilar en varias ocasiones, pero no adopta providencias de ninguna especie para evitar un atentado. Dijérase que se ha entregado en manos de Dios. Semanas atrás, al despedirse de su íntimo Aguirre, le dice, lagrimeando: "Ya no volveremos a vernos, lo presiento. ¡Sea este nuestro último adiós!" Y ya sabemos lo que le escribe el 4 de agosto, dos días antes de la tragedia, y con qué seguridad le cuenta que va a ser asesinado. A varias personas que le instan a cuidarse, les replica que prefiere con-

fiarse a la guarda de Dios, que en El tiene puesta su suerte y que El le sacará de este mundo del modo que quiera. Si le insinúan que pueden matarlo, comenta: "Los enemigos de Dios y de la Iglesia podrán matarme, pero Dios está sobre todo y Dios no muere'. Con estas palabras que muchas personas le oyen — "podrán matarme, pero Dios no muere" — quiere significar que hay quienes, en odio a Dios y a su Iglesia, quieren impedir que él siga realizando su obra a la mayor gloria de Dios, pero que todo es inútil porque Dios, que no muere, se valdrá de otros hombres. En los últimos días de julio y primeros de agosto, cuando el atentado parece inevitable y sus amigos le ruegan hacer algo por impedirlo, les dice: "Después de reflexionar maduramente, he visto que la única medida que tengo que tomar es la de estar pronto a comparecer ante el tribunal de Dios. ¡Suceda lo que Dios quiera! ¡Yo me pongo en sus manos en todo y para todo!".

Pero nada revela mejor su estado de ánimo y el presentimiento de que va a morir, que su carta al Papa Pío IX. La ha escrito el 17 de julio, veinte días antes de la tragedia. Aunque hasta el 30 de agosto no asumirá de nuevo el poder, quiere comunicarle la reelección porque necesita obtener del Cielo fuerzas y luces. Ya hemos hablado de este documento impresionante. Pero recordemos que allí refiere cómo las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, han decretado su muerte, y cómo sería para él una felicidad inmensa que el Santo Padre le obtuviera del Cielo el derramar su sangre "por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros".

* * *

La conspiración es poco menos que un secreto a voces. Andrade habla de una "muchedumbre de personas", y en la nueva lista, la de los comprometidos en los últimos días, nombra diez conjurados más, entre los cuales figuran tres coroneles y dos escritores.

Hay en Quito, por esos días, un ambiente espeso. Presiéntese una tragedia. Muchos de los conspiradores viven horas de angustia: saben que, si son descubiertos, irán al patíbulo. Sus familias tiemblan. Y no menos preocupados están los amigos de García Moreno. Si muere el Presidente o si triunfa una revolución, correrá su sangre. ¿Volverá el Ecuador, se preguntan los hombres de orden, a la anarquía de otros tiempos ya lejanos?

¿Se apoderará Urvina del gobierno y volverán los tauras a mantener en perpetuo temor a la población?

Un día ocurre un suceso dramático, que muestra hasta dónde llegan la inquietud y la angustia.

Se vuelve loco un señor Larrea, de distinguida familia de Quito. Trépase al techo de una casa, y, andando por sobre las goteras, llega frente a otra calle de la misma manzana. Corre el peligro de caer y de matarse. Mucha gente se ha ido reuniendo. Contémplanle con asombro y con lástima. Desde lo alto, con acento lúgubre, arroja el loco estas palabras fatídicas: "¡Van a matar a García Moreno!". Por fin, baja a una casa: un colegio en el que Abelardo Moncayo es profesor. Lo han ayudado a bajar por medio de escaleras. Mucha gente se cuela para verle y oírle. El pobre señor Larrea, a quien evidentemente el terror le ha trastornado el juicio, dice a gritos a las personas que atestan la casa: "¡Van a matar a García Moreno en la plaza! ¡Va a correr mucha sangre! Pero ¿por qué van a fusilarme a mí, cuando yo voy a denunciar a los autores del proyecto?".

Y no es el único caso. Cierta señora Castrillón, a la que le dicen "la loca", ha pronunciado palabras semejantes. Los que han oído al demente Larrea han quedado con una pavorosa impresión. Sus palabras suenan en sus oídos como un anuncio de muerte, como una obsesión de la que no pueden librarse: "¡Van a matar a García Moreno! ¡Van a matar a García Moreno en la plaza!".

* * *

Es la noche del 5 de agosto. En la mañana de ese día se ha fijado el siguiente para el crimen y la revolución. Han elegido el 6 porque Sánchez estará de ronda y tendrá mando en todos los cuarteles. Esa noche del 5, Juana Terrazas va a casa de Andrade para recordarle la fecha y decirle que es preciso matar a García Moreno, a fin de que se subleve el batallón.

Reunión en el cuarto de Moncayo. Polanco revela los nombres de las numerosas personas comprometidas, y propone que Rayo dirija a los grupos de conspiradores: pero los demás elijen a Cornejo. En lo mejor de la reunión se presenta un tal José Bermeo con diez o doce individuos y exclama: "Señores: aquí está mi gente". Los conspiradores, aterrorizados, despachan a esos sujetos.

Entre Cornejo y algunos otros queda ajustado el plan. Gar-

cía Moreno vive en la plaza de Santo Domingo, a cinco cuadras de la plaza Mayor, donde están la Casa de Gobierno y la Catedral. Suele salir de su morada entre las diez y las once, en dirección al Palacio de Gobierno, y acompañado de su edecán el coronel Pallares. Lo atacarán en la plaza de Santo Domingo. Moncayo y Andrade deberán sujetar a Pallares, sin herirlo. Polanco estará en la plaza Mayor con la mayoría de los conspiradores, y al saber la muerte de García Moreno se dirigirá al cuartel, cuyo portón está en una calle central, a cincuenta metros de la entrada del Palacio de Gobierno, y, de acuerdo son Sánchez, sublevará a las tropas.

Mientras así se trama contra su vida, García Moreno redacta el Mensaje que el 10 de agosto presentará al Congreso. Seguramente lo trabaja esa misma noche. Contrasta con el clima de pasión en que se mueven sus enemigos, su optimismo y su fe en la patria. "Desde que poniendo en Dios toda nuestra esperanza, y apartándonos de la corriente de impiedad y apostasía que arrastra al mundo en esta aciaga época, nos reorganizamos en 1869 como Nación realmente católica, todo va cambiando día por día para bien y prosperidad de nuestra querida patria". Enumera sus grandes obras: el ferrocarril comenzado, los caminos, las carreteras, la Penitenciaría, el Observatorio, las escuelas. Con satisfacción observa que todo eso "raya en lo increíble para los que conocieron el atraso y pobreza del país y no saben lo fecunda que es la confianza en la Bondad Divina". ¡Siempre ha de estar presente en su pluma el nombre de Dios, a quien atribuye todas sus obras! Después de exponer lo que se ha hecho en los diversos departamentos de la administración, recuerda que — "plegue a Dios que bien", dice, pensando en los anuncios de muerte — pronto va a concluir su período para el que fué elegido en 1869. Y termina con estas palabras admirables, que sólo puede escribir un auténtico hombre de Cristo: "Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario creéis que en algo he acertado, atribuidlo primero a Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después a vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que, en los diferentes ramos de la administración, me han secundado con inteligencia y lealtad a cumplir mis difíciles deberes". ¿Cuándo se ha visto a un gobernante de las edades modernas

pedir perdón por sus faltas? El gesto cristiano de García Moreno evoca los tiempos medioevales.

Ha terminado la noche del 5 de agosto. El hombre de Cristo deja su trabajo y, antes de acostarse, reza con el hondo fervor de siempre. Acaso castiga su cuerpo. Examina lo malo que puede haber hecho ese día. Pide humildemente perdón a Dios. Y reza por la Patria, por los suyos, por la Iglesia, por todos, por esos mismos que, en un cuarto de la ciudad, preparan su muerte y le llaman "tirano" y "monstruo"...

* * *

Ha amanecido el 6 de agosto de 1875. Es el día de la Transfiguración del Señor, y primer viernes del mes. García Moreno comulga temprano y vuelve a su casa a trabajar, a dar los últimos toques a su Mensaje, que piensa leer por la tarde a sus ministros.

Diez de la mañana. Andrade y Moncayo van a la plaza de Santo Domingo, por donde ya andan muchos conjurados. Encuentran a Cornejo. A las once y media, Cornejo pregunta a un edecán, a quien ve en el portón de la casa del Presidente, a qué hora saldrá Su Excelencia; y el inquirido contesta que no será hasta la tarde. Moncayo dirígese a la plaza Mayor, a comunicar la novedad a los conjurados que allí aguardan. Ambos grupos se dispersan, para volver algo después. Unos van a almorzar y otros refúgianse en las casas de sus amigos que viven cerca. El calor es tan fuerte que no permite permanecer en las plazas.

Andrade está en una casa vecina a la del Presidente, a cuyo morador, un abogado liberal, piensa comunicar el proyecto de asesinato y revolución. Apenas ha entrado, ve, desde la ventana, que García Moreno pasa con su edecán Pallares y con dos asistentes. Alguien dice que le acompaña su mujer; pero es preferible creer a Andrade, que lo vió y lo siguió. Lleva el Presidente en la mano un pliego de papel, el Mensaje, y un pèqueño bastón. Andrade corre a la plaza. Nadie. Por fin se topa con Borja y ambos deciden seguir al Presidente. Le ven entrar en la casa de su suegro don Manuel del Alcázar. Los asistentes se quedan en la puerta. En la casa del suegro lo notan preocupado y triste, lo que es raro en él, pues en familia muéstrase generalmente jovial y risueño. Llega, traído por un criado, su hijito, al que abraza.

Va Andrade en busca de Cornejo y lo encuentra. Después de un rato, ven pasar a Sánchez, que se retira del cuartel, y a

Juana Terrazas. Juana les dice que Sánchez teme que todo sea cosa de muchachos. Andrade convence a Juana, que alcanza al comandante. Sánchez accede volver al cuartel; pero quiere que alguien le acompañe, e indica a Polanco. En seguida, Andrade encuentra a Moncayo y, con él, a Polanco, que se encamina al cuartel. Y en diversos lugares, a Portilla, a Bermeo y a otros conjurados.

La una y media de la tarde. García Moreno sale con Pallares. Para llegar a la Casa de Gobierno tiene que andar sólo una cuadra. Andrade y otros enemigos lo siguen desde la acera opuesta. Dícese que García Moreno entra en la Catedral, por la puerta que da a la cuadra, y reza un breve rato; pero Andrade lo niega. Ya va llegando el Presidente a la plaza. Nada sospecha. Es de imaginar la angustia de los muchachos, el latir de sus corazones, ante el acto que van a ejecutar. García Moreno ya empieza a cruzar la calle. Un instante más, y subirá al Palacio de Gobierno por el costado. Unos cuantos escalones, una ancha galería con columnas...

De pronto, Andrade y sus amigos ven a Rayo. Le ha pedido fuego a un transeúnte y enciende su cigarrillo. Viste, dice Andrade, "un paletó largo y plomizo". Andrade le dice a Cornejo que hable con Rayo. Cornejo le contesta que aun no es el momento. Andrade cree que será necesario esperar tres horas, hasta que salga el Presidente. Pasan junto a Rayo sin mirarle.

García Moreno ya ha cruzado la calle y va subiendo los escalones laterales del Palacio de Gobierno. Andrade, Moncayo y Cornejo síguenle. Algunos transeúntes van o vienen por la galería. García Moreno ha dado apenas unos ocho pasos en la galería, cuando Rayo, a quien los otros no han visto venir, le grita: "¡Tirano!" Saca un machete, y al volverse García Moreno le pega, con ademán de cortarle la cabeza, un golpe en la nuca. El asesino vuelve a gritar: "¡Al fin llegó tu día, bandido!" Cornejo corre y sujeta a la víctima, mientras le grita que va a perecer en nombre de la Patria, lanza una interjección y le dispara un tiro de revólver. Moncayo y Andrade ya tienen inmovilizado a Pallares, que da voces de auxilio. Cornejo suelta a García Moreno: Rayo va a darle otro machetazo. Pero el Presidente, al sentirse libre, corre, con el rostro ensangrentado, hacia una de las entradas del Palacio. Andrade abandona a Pallares, se le adelanta a García Moreno, lo espera en la puerta y con su revólver, cuya bala no sale, le pega un golpe en el pecho. García Moreno, mal-

herido y aturdido, retrocede y grita pidiendo socorro. Un mulato transeúnte ha sujetado a Rayo, mientras vocifera: "¡Matan al Presidente!". Llegan otros conjurados, y, a la vez que Cornejo, disparan sus revólveres al aire y gritan: "¡Ayarza, Maldonado, Borja, las víctimas de Jambelí!". Otros exclaman: "¡Libertad!". Ahora Andrade hace fuego sobre García Moreno y le hiere en la frente. Rayo, liberado del mulato, al que ha herido, cae sobre García Moreno otra vez. Él intenta sacar su revólver, pero el machete de Rayo le da en la mano derecha y le corta el dedo pequeño, que queda colgando. Rayo, que parece querer decapitarlo, le pega feroces cuchilladas, de las que él intenta atajarse con el brazo, el bastoncito y el Mensaje. Trastabillando, ciego por la sangre que llena su rostro, alcanza, en busca de una columna en donde apoyarse, el filo de la galería. Rayo le empuja violentamente, y él cae de cabeza y rueda por los escalones y la angosta acera hasta el empedrado de la calle. Los criminales, que lo contemplan desde la columnata, exclaman: "¡Viva la Patria! ¡Hemos matado al tirano!".

¡Espantoso espectáculo! Huele a pólvora. Gritos, confusión, desorden. Rayo, implacable en su odio inhumano, corre hacia García Moreno, ya casi agonizante, y que, rodeado de algunas personas compasivas, quiere levantarse apoyándose en los codos. Rayo les grita que se aparten. A un artesano que se retira le lanza una interjección obscena. Hinca una rodilla en el empedrado y descarga tajos en la cabeza del agonizante, mientras lo insulta: "¡Tirano de la libertad! ¡Jesuíta con casaca! ¡Muere! ¡Muere!". Una mujer le ruega entre lágrimas que deje a su víctima. Algunos testigos oyen al mártir susurrar dificultosamente: "¡Dios no muere!". Otro artesano, a Rayo: "¡No sea infame!". El asesino tírale un mandoble; y como en ese mismo instante García Moreno levantara una mano, se la corta. Alguien asegurará que Rayo se le pone encima al agonizante y lo pisotea y patalea. Por fin, la cabeza del mártir cae sobre las piedras. Y entonces, los asesinos, dándole por muerto, tiran los sombreros al aire y vitorean a la Libertad y a la República. Y miran hacia el cuartel, esperando que aparezcan las tropas sublevadas por Sánchez.

Todo esto ha sido instantáneo. Apenas fué herido García Moreno alguien corrió al cuartel, con el sombrero de la víctima, para dar fe de la luctuosa noticia. En seguida, un pelotón de soldados ha tomado las armas y se ha dirigido hacia la

tragedia. En el momento en que los asesinos vitorean a la libertad, llegan los soldados a la plaza. Pero no vienen a apoyar a los conjurados — como creen ellos — sino a atacarlos. Algunos de los asesinos corren hacia el centro de la plaza, entre ellos Rayo, que cojea por haber sido herido en un pie. Hay allí mucha gente. Los soldados buscan a quien prender o atacar. Y mientras Cornejo, Andrade y Moncayo logran huir, después de encontrar a Polanco que no había ido al cuartel ni tomado parte en el asesinato, un oficial y dos sargentos detienen a Rayo.

García Moreno está rodeado de varias personas. Lo levantan, a punto de entrar en agonía, y se disponen a llevarlo a la Catedral. Sin duda él lo ha pedido. Entre los acompañantes hay un sacerdote que le da la absolución. ¡Triste cortejo! Cinco hombres lo conducen en brazos. En la calle, ensangrentado, queda el Mensaje. Hay que transportar al moribundo con cuidado porque tiene, como se sabrá por la autopsia, veinte heridas, catorce causadas por el machete de Rayo, ocho de las cuales en la cabeza. Van cruzando lentamente la calle, seguidos por mucha gente, que profiere expresiones de horror y de dolor. No tarda en llegar el cortejo a la Catedral. Algunos ilusos creen reanimar al moribundo. Un médico intenta hacer algo por él. Pónenle sinapismos en los pies. Pero todo es inútil. El gran hombre va a morir. El chantre de la Catedral préstale los últimos auxilios religiosos. Los circunstantes lloran. Pregúntale el sacerdote si perdona a sus enemigos; y él, con un movimiento de cabeza, asiente. El chantre lo absuelve y le administra la Extremaunción. Y en la capilla de la Vírgen de los Dolores, al pie de la gran cruz que él llevó sobre sus hombros por las calles de Quito, se extingue la vida del hombre extraordinario.

¡Ya no existe más el renovador y el salvador de su patria! Ha muerto como lo deseaba: sufriendo por Dios. El ha escuchado sus ruegos y ha permitido su martirio. Los médicos que le hacen la autopsia enumeran con elocuente sobriedad los objetos religiosos que llevaba: dos escapularios, ensangrentados; un rosario de cuentas negras, del que pendía una medallita del Concilio Ecuménico de 1869; y un relicario de plata que deja ver, a través de un vidrio, una pequeña cruz blanca sobre un fondo de género rojo.

Al saberse el asesinato la ciudad se conmueve, como se conmueve todo el Ecuador y el mundo católico de América y de Europa. No hay quien no condene el inútil crimen, salvo los cri-

minales y sus cómplices y quienes le odiaban por motivos religiosos. Pero hay un hombre que se alegra. Es Juan Montalvo. Al llegar la noticia a Ipiales, el pueblito de Colombia en donde vive voluntariamente desterrado, exclama, poseído de diabólico orgullo: "¡Mi pluma lo mató!".

* * *

Ha muerto García Moreno, pero no ha caído el Gobierno. Asume el poder el ministro de lo Interior, doctor Francisco Javier León. Pero quien de veras mandará, aunque por muy poco tiempo, será el general Salazar, el dueño de la situación. Por muy poco tiempo. La necesidad de buscar a los asesinos y cómplices del gran crimen y de asegurar el orden, le obliga a meter en la cárcel a mucha gente y a cometer algunas arbitrariedades. La oposición se esfuerza por agitar al pueblo y lo consigue. Cuenta con la complicidad del jefe de la plaza, general Sáenz, que aspira a la Presidencia. El 2 de octubre se realizará el más imponente mitin callejero que se haya visto en el país; renunciará Salazar, que huirá al extranjero; habrá elecciones el 17 de ese octubre del 75, y, por la división entre los conservadores, que votarán por tres candidatos diferentes, y porque el espíritu público simpatiza con el candidato de los liberales, triunfará el doctor Antonio Borrero por más de treinta y ocho mil votos contra dos mil ochocientos que obtiene Antonio Flores y tres mil quinientos el general Sáenz.

¿Cuál es el destino de los principales conjurados? Rayo, a quien el pueblo ha querido linchar, es conducido hacia el cuartel, entre las exclamaciones de los que piden su muerte o se asombran de verle vivo, cuando llega el cabo Manuel López, exige imperiosamente que se abran a los que rodean al preso y descarga su rifle contra Rayo, que cae sin vida. Muere antes que García Moreno. El pueblo arrastra su cadáver por las calles, lo pisotea y lo arroja en un torrente del Manchángara, de donde lo sacarán más tarde, de en medio de las inmundicias en que había caído, para enterrarle en el lugar destinado a los parricidas. Pero la Gran Logia de Lima, sin duda para desmentir su participación en el crimen, honrará en él a un prohombre mandando pintar un inmenso cuadro que representa su hazaña y celebrando como una fiesta el 6 de Agosto.

Moncayo y Andrade se salvan y más tarde huirán al Perú. Cornejo recibe de su propia familia un merecido castigo. Su

madre, informada del crimen atroz, niégase a acogerle en su casa. Una de sus hermanas le permite permanecer en la suya; pero debe huir porque entran los soldados en su busca. Y la otra hermana, junto a la cual busca también refugio, "le insulta en términos crueles", según dice Andrade, y le señala un tabuco para que allí se quede y a donde ninguna persona de la familia podrá entrar a verle.

El primero de los fusilados es Gregorio Campuzano, íntimo de Rayo y al cual se le viera con una cuchilla en la plaza. Era el menos culpable. Se le ha condenado, en parte, por la declaración del Presidente de la República, el doctor Francisco Javier León, quien afirmó estar moralmente convencido de su culpabilidad. Meses más tarde, sin duda atormentado por el remordimiento, el doctor León se vuelve loco.

Semanas después de la tragedia es capturado Cornejo, en una hacienda. Lo traen a Quito a caballo, engrillado, con las manos atadas a la espalda. Síguele un gentío. Un oficial, con el revólver en la mano, va en el mismo caballo. Cornejo es procesado, y en enero de 1876 se le fusila.

A Polanco lo detienen en seguida. Pero no es fáeil reunir pruebas eficaces contra un hombre hábil como él. La caída del Gobierno, el 2 de Octubre, lo favorece. Va a ser presidente Antonio Borrero, cuyo hermano es pariente político suyo. Electo presidente, Borrero visita en la prisión a Polanco. Y el otro Borrero, su pariente, se encarga de defenderle como abogado. Se le condena a diez años de prisión. Pero un día de octubre de 1877, cuando ya no gobierna Borrero porque lo ha echado abajo el general Ignacio de Veintemilla, solicita que se le conceda combatir en las barricadas contra las tropas insurrectas del general Yepes, que han entrado en la capital. Se le concede y ocupa un lugar en las barricadas. Pero una bala, que se ha supuesto enviada por algún enemigo personal y en la que el pueblo ve el dedo de Dios, termina con su existencia.

Sánchez, aunque no ha tomado parte en el crimen ni ha intentado movimiento revolucionario alguno, es detenido y procesado. Como se enferma, es remitido al hospital, de donde logra escaparse. Portilla, de quien se sospecha haber tenido contacto con los masones de Lima, no es siquiera procesado. Pero años más tarde, como dijimos, se enloquecerá y se irá al Perú para tratarse.

Asesinados, fusilados, enloquecidos... No ha ocurrido en América una tragedia más espantosa.

* * *

Gabriel García Moreno ha muerto para la vida material, pero ha nacido para la Historia y aun para la Leyenda.

Van a hacérsele extraordinarios funerales, nunca vistos en el Ecuador. Le han embalsamado, vestido de Capitán General y colocado en un sitial en el Palacio de Gobierno; y frente a él, durante dos días y dos noches desfila acongojado el pueblo de Quito. El entierro se realiza ocultamente, por temor a los enemigos. Su corazón será guardado en una urna.

El Congreso dirige el 16 de agosto un manifiesto a la Nación. Llama a García Moreno "vigoroso gigante". Dice: "Hemos perdido un hombre grande, no sólo para el Ecuador sino para América, y no sólo para América sino para el mundo; porque poseyó la grandeza del genio". Más adelante insiste: "era un genio atormentado por dos divinas pasiones: el amor al Catolicismo y el amor a la Patria; y si por el amor a la Patria fué grande para el Ecuador, por el amor al Catolicismo fué grande para el Ecuador, para la Patria y para el mundo". Recuerda en síntesis su inmensa obra civilizadora. Y afirma que su sangre ha sido vertida "por la santa causa de la Religión, de la moral, del orden, de la paz y del progreso". Y un mes más tarde, el 16 de setiembre, el Congreso dicta una ley de homenaje. En los considerandos, se le juzga el primero entre los más preclaros ecuatorianos; se reconocen sus "nobilísimas virtudes"; se declara que él "amó la Religión y la Patria hasta recibir por ellas el martirio". La ley decreta una estatua que lo represente y glorifique como "ilustre regenerador de la Patria y mártir de la civilización católica".

Desde entonces, y durante muchos años, el pueblo recuerda con cariño a García Moreno. Muchos hombres distinguidos que lo combatieron llegan a reconocer sus virtudes y sus talentos. Hasta Montalvo, como sabemos, le elogia. Sin embargo, los hombres que gobiernan son adversarios de su memoria y de su obra. No precisamente Borrero, que mantiene la Constitución de 1869. Esto es causa de su caída: el 8 de setiembre del 76, cuando él no ha gobernado siquiera un año, se subleva el jefe militar de Guayaquil, que es el general Ignacio de Veintemilla, derrota a Borrero y establece su dictadura. En pocos meses, Veintemilla seculariza la enseñanza, vale decir, destruye la obra de García More-

no. El ministro general, don Pedro Carbo, persigue al clero, acusándole de conspirar. El arzobispo Checa protesta, y es envenenado. El Vicario decreta el interdicto: ciérranse los templos y no se dice misa ni se realiza acto religioso alguno. El pueblo se congrega en las plazas y llora. Se hacen procesiones. El Cotopaxi, en castigo de Dios, como cree el pueblo, entra en erupción; y su espantable amenaza dura tres días. El general Santiago Yepes se subleva y se dirige hacia la capital con el grito de "¡Viva la Religión!". Pero es vencido y sigue gobernando Veintemilla. Después de él asumen el poder los conservadores, y luego vuelven los liberales. El general Eloy Alfaro, ultraliberal, — transcurridos veintidós años desde la muerte de García Moreno —, anula el Concordato, expulsa a los jesuítas cuyo Superior es asesinado por la soldadesca, destierra a los obispos, decreta la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y del Estado.

En los últimos años del siglo XIX, dos corrientes de opinión se forman sobre García Moreno. La una, cuyo vocero principal es Roberto Andrade y en la que están la Masonería y el sectarismo anticatólico, le considera tirano, asesino, uxorcida, degenerado, mentiroso, farsante, ateo y traidor. La otra, en la que están los liberales auténticos, los católicos y muchos serenos espíritus que no son ni lo uno ni lo otro, exalta su obra y su genio. Un biógrafo ecuatoriano, Francisco Campos, dice de él: "a los ojos de las generaciones futuras tiene que aparecer como una figura inmensa". El español don Marcelino Menéndez y Pelayo transcribe versos suyos en su *Antología de poetas americanos* y termina su juicio así: "La República que produjo tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la Historia". Uno de los más grandes prosistas franceses, Luis Veuillot, escribe a raíz de su muerte: "fué el más antiguo de los modernos, un hombre que hacía honor al hombre". Agrega que no fué sólo "un hombre de Plutarco, que esto no bastaría", sino "un hombre de Jesucristo en la vida pública", un "hombre de Dios". Otro francés, interesante pensador e historiador, que ha estudiado a Bolívar, Marius André, dice de García Moreno: "figura la más admirable" de "todas las Américas, y una de las mayores de la Historia". Para el argentino Carlos Octavio Bunge, como puede leerse en su gran libro *Nuestra América,* García Moreno "es uno de los más conspicuos gobernantes criollos" y su gobierno le parece "único en la historia contemporánea, pues no existe otro en que la acción se haya

amoldado tan estrictamente a los principios absolutos de la Iglesia Católica"; cree que si Godofredo de Bouillon resucitase y gobernase, gobernaría como García Moreno; y le muestra como un fantasma de los viejos tiempos, llevando "en una mano la espada del Cid, en la otra la Cruz de Gregorio VII y además, en la oreja, la pluma de Santo Tomás". Y un peruano eminente, Francisco García Calderón, para quien García Moreno es "una de las más grandes individualidades de la Historia americana", asegura que representa grandes principios civilizadores en la democracia ecuatoriana y que "Carlyle lo habría clasificado en su galería de héroes".

A su muerte, en el mundo entero se realizan exequias. Dos Papas ilustres pronuncian palabras magníficas sobre el Presidente católico. Uno de ellos Pío IX, manda levantarle un monumento, que hoy está en el Colegio Pío Latinoamericano, y en donde se le llama "integérrimo guardián de la Religión". Y León XIII recibe con palabras excepcionales el obsequio que, en nombre del Ecuador le hace el doctor Antonio Flores, del Mensaje ensangrentado, en un relicario de cristal de roca. "Cayó por la Iglesia bajo la espada de los impíos", dice el gran Papa, repitiendo las palabras con que la Iglesia celebra la memoria de dos mártires: Santo Tomás de Cantorbery y San Estanislao de Polonia.

Y al morir, Gabriel García Moreno ha nacido también para la Leyenda. Mas no en el sentido en que esta palabra se opone a la verdad histórica, sino por lo que ella contiene de extraordinario, de maravilloso, de cuento de hadas. Porque, ¿no es maravilloso en grado superlativo que el pueblo del Ecuador le considere un santo y le rece y le pida su intercesión ante Dios para obtener ciertos favores? En hojitas piadosas que circulan entre los creyentes se le ruega a Dios conceder la dicha de ver a García Moreno "exaltado al honor de los altares". Las gentes piden gracias a García Moreno y a veces, según dicen, las obtienen. He ahí un joven a quien es preciso operar de la garganta; pero le reza a García Moreno y el médico declara, con estupor, que ya no es necesaria la operación. He ahí una joven que no creerá en la santidad de García Moreno sino cuando él le envíe una máquina de coser; y meses más tarde, el día de su cumpleaños, una parienta, que nada sabía de las palabras de la incrédula, le regala una máquina de coser. Porque García Moreno, según dicen sus devotos, favorece a los jóvenes y sobre todo a los estudiantes. Y es sin duda en razón de estas gracias, así como de los últimos años de

virtud en grado heroico del gran Presidente y de su martirio, que la Iglesia ecuatoriana ha pedido a Roma su beatificación.

¿Fué realmente un mártir García Moreno? Conviene dilucidarlo. Sin duda no lo mataron solamente por su obra católica. Hubo algo de venganza personal en Rayo y mucho de romántico amor a la libertad en Montalvo, autor moral del asesinato. Pero tampoco hay duda de la participación de los anticlericales en el crimen. De los autores principales, — recordémoslo — dos eran jesuítas que habían colgado los hábitos, uno de los cuales, que llegó a casarse, no hizo bautizar a sus hijos. Otro de los asesinos, Andrade, estuvo en contacto con la Masonería y en sus libros revela un odio mortal a todo lo que sea católico. Rayo, ejecutor primero del crimen, era cristiano, según se cree; pero, hombre de pobrísima mentalidad, fué sugestionado por uno de aquellos ex jesuítas. Y él mismo no debía ser un verdadero católico cuando al ensañarse con su víctima le gritaba: "¡Jesuíta de casaca!". Todo el Ecuador, el de ese tiempo como el de ahora, tiene la certeza de que García Moreno murió por su Fe. Y así lo han creído Pío IX y León XIII, y ya sabemos que no existen en el mundo entero hombres mejor informados que los Papas.

Pero descendamos de estas alturas y pongamos los ojos en la tierra, en nuestra tierra americana. Dirijamos una mirada serena por todo el continente. Comparemos a García Moreno con las cumbres de nuestra Historia. Y entonces veremos su excelsitud. Porque él ha tenido, en diversas dosis, la grandeza moral de San Martín; el ímpetu genial de Bolívar; el afán civilizador de Rivadavia; la voluntad enorme de don Juan Manuel de Rosas; la universalidad de espíritu de don Francisco de Miranda; la pasión del orden de Diego Portales; y el dinamismo poderoso de Domingo Sarmiento. Y tuvo, además, lo que ninguno de ellos: la pasión de la santidad cristiana, la vida sobrenatural, el diálogo interior con Dios. Por esto, Gabriel García Moreno significa para los pueblos de la América española un faro de potente luz, que surgido en el pequeño Ecuador habrá de iluminarnos en la marcha lenta, en la marcha dolorosa, hacia nuestros gloriosos destinos.

FIN DE LA "VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO"

20 de diciembre de 1940.
27 de setiembre de 1941.

INDICE

V. — FORMACION ESPIRITUAL Y POLITICA

VI. — GARCIA MORENO, TRIUNVIRO

VII. — INICIACION PRESIDENCIAL

VIII. — ENTRE DOS DERROTAS

IX. — EN NOMBRE DEL ORDEN

X. — OPOSITOR Y REVOLUCIONARIO

XI. — EL ESTADO CRISTIANO

XII. — HACIA LA SANTIDAD

XIII. — REELECCION Y ASESINATO

Este libro se terminó de imprimir el día 6 de Julio de 1942, en los Talleres Gráficos A. RIERA y Cía. - Humberto 1.º 1050
Buenos Aires